CRONICAS POTOSINAS

S. A. DE DIEGO
BIBLIOTECA

Dejar
las
tapas

TIPO - LITOGRAFIA
"Marinoni"
YANACOCHA 79
— 1919 —

Por
MODESTO OMISTE

CRONICAS POTOSINAS

ESTADISTICAS, BIOGRAFICAS NOTAS HISTORICAS, Y POLITICAS

SEGUNDO TOMO

GONZALEZ Y MEDINA
Editores.
LA PAZ—BOLIVIA.

Pon
MODESTO OMISTE

HUALLPARRIMACHI
O UN DESCENDIENTE DE REYES

DE BENJAMÍN RIVAS

Hácia los años de 1759 a 1769, nació en España, Francisco de Paula Sanz, fruto bastardo de los secretos amores de Carlos III y de una princesa napolitana, cuyo nombre no conocemos.

Sea que la familia del nuevo príncipe, interesada en ocultar el origen de tan preclaro vástago, quisiera alejarlo del suelo en que sus ojos se abrieron para ver la luz, o sea que él mismo, seducido por los mágicos atractivos que se ponderaban en la Metrópoli del continente descubierto por Colón, determinara trasladarse a América, lo cierto es que vino a fijar su residencia en Potosí, y nada menos que en calidad de gobernador intendente, llegado a esa edad en que la ambición tiene sus sueños dorados y campo vasto la vanidad para ejercitarse en todas sus pasiones.

Algún tiempo más tarde de su arribo a la opulenta villa, se dejaba ver en las calles de ésta, aunque muy rara vez y recatada siempre, una encantadora jóven a quien acompañaba un hombre entrado ya en años y demasiado conocido con el nombre de Juan Gamboa, oriundo de Portugal y a la sazón afortunado minero de Porco.

Gamboa, que pasaba por padre de la que por todas las apariencias parecía ser su hija, no la había presentado jamás en el bullicio de esa sociedad entonces ruidosa y de extrañas aventuras como eran al propio tiempo las cortes del viejo mundo, y la tenía sumida en el más completo aislamiento, si bien rodeada de una opulencia extraordinaria, en el retiro de su hogar, que admiraba a las personas que pocas veces la habian sorprendido entregada a sus labores domésticas, ó a aquellas que movidas por la curiosidad seguían sus huellas, en las concurridas calles, contemplando, sorprendidas, los encantos de su virginal belleza y el lujo regio que ostentaba en su traje y adornos.

Y al emplear la palabra *regio*, no creemos haber incurrido en una exageración: veamos como ella conviene perfectamente a la misteriosa y engalanada dama que nos ocupa.

Despertada, primero, y cimentada después, la curiosidad general de los habitantes de la populosa Potosí, se emplearon cuantos recursos

sugerir puede la imaginación para aclarar el misterio con que se presentaba envuelta la diminuta y extraña familia de Gamboa; dando por resultado el empeño perseverante de todos aquellos que se habían propuesto descubrir el orígen y condiciones de nuestros dos personajes, la adquisición de la verdad desnuda, sin tintes de la más pequeña duda, ni asomo de género alguno de disputa.

Así se vino en conocimiento de todo: Juan Gamboa, no era portugués; israelita de orígen y llamado Jacob Mosés, tentó la fortuna en los minerales de Porco a los que debió una crecida riqueza. Viajando por el Cuzco con negocios que íntimamente se ligaban a los que tenía establecidos en sus asientos mineros, conoció a la jóven que nos ocupa, cuyo nombre era *María Sauraura*, descendiente de la real familia de los Incas y a la que había rabado, protegido por las espesas sombras de una noche tempestuosa, de su tranquilo hogar donde reinaban la paz y la alegría, cuando ella no contaba sinó siete años de edad.

Fijada después la residencia de ambos en Potosí, conocemos ya su extraño método de vivir.

María crecía en edad y hermosura, ostentando todas las gracias físicas con que la naturaleza la dotó y las prendas de su alma de angelical pureza, cuando en uno de esos momentos fatales creados por la casualidad, fue conocida por el gobernador intendente don Francisco de Paula Sanz, el hijo bastardo de un rey de España.

Apenas las miradas del príncipe habíanse fijado, sin pestañar, en los hermosos ojos de María, negros, despidiendo deslumbradora luz, sobre el que la contemplaba absorto y sorprendido, cuando sintió, al mismo tiempo, violentársele el corazón al compas de extraños y punzadores latidos. Un instante sólo, la duración de un minuto había bastado para que esos dos corazones atrayéndose a la vez por mágico encanto ó irresistible armonía, se encendieran súbitámente en abrasadora hoguera, sustentada por el fuego de ardiente amor.

No transcurrieron muchos días sin que el gobernador intendente, hubiera encontrado los medios de ponerse en inmediata relación con la dueña de sus pensamientos.

—María, amarte como te amo (le decía en una de esas ocasiones que se ofrecían para que los apasionadas amantes se hablaran sin testigos), amarte como te amo es la suprema felicidad de que no puede gozarse aquí, en la tierra; es vivir tan sólo por ti, huyendo de otro mundo de ilusiones que nos presenta el brillo de un prisma engañador, fugaz; amarte como te amo es no tener mas pensamiento que el tuyo que piense en mí, ni más corazón que el tuyo que me consagre todos sus latidos, todo su vehemente amor; amarte como te amo, hija de reyes, es confundir tu regia cuna con la mía también real; porque, como tú, ilustre vástago del gran Manco-Capac, soy hijo de Carlos III, señor de la España y señor de la América. He ahí por qué vengo a ofrecerte con toda

mi pasión mi existencia misma.....Amémonos siempre, María, en medio de la anhelada ventura, que amor ha tejido brillantes guirnaldas de flores para ceñir nuestras frentes coronadas!

....

II

Algún tiempo después, el 24 de junio de 1793, el asesor del gobernador intendente, doctor don Pedro Vicente Cañete, conducía a la pila bautismal con el mayor sigilo a un niño a quien se le dió el nombre de Juan, fruto de los frenéticos amores de María Sauraura y de don Francisco de Paula Sanz.

Jacob Mosés, el falso Juan Gamboa, a quien María no habia podido ocultar su pasión por don Francisco, cayó en un estado de lastimoso abatimiento a juzgar por su palidez cadavérica y por todos sus movimientos que traslucían, sin que él pudiera disimularlo, el desfallecimiento de su espíritu. Sus labios no se habian abierto para dirigir a María ni un solo reproche, ni una queja. Tal vez no tenía más derecho que el que da la autoridad de padre ó tutor, encargado de velar por la honra de la que amparaba bajo un mismo techo contra las asechanzas de la seducción, para emplear una reconvención justa é imperiosamente reclamada; pero, permaneció encerrado en el más profundo silencio, mudo, ahogando los suspiros que despedazaban su pecho, ó enjugando esas lágrimas de fuego que quemaban sus pálidas y descarnadas mejillas. Sólo cuando se hizo patente el desliz de María, con el nacimiento de Juan, se le oyó exclamar:—«¡Oh, yo mataré a ese miserable!.....Mataré al gobernador!..... y ¡ella también morirá!»—deseo de venganza que ni aun pudo realizarlo, porque desde el momento que lo concibió perdió completamente la razón, y en un acceso de furor desesperado, se ahorcó.

Don Francisco de Paula Sanz, aun antes de conocer a María, habia solicitado la mano de una noble dama española, hija del conde de«.....con quien debía casarse. Embriagada ésta por la funesta pasión de los celos, juró vengarse cruelmente de su hermosa rival, a la que, en efecto, hizo envenenar.

III

A Juan, el descendiente de reyes, se le vió, andando el tiempo, en el pueblo de Macha a donde lo hobían conducido robado unos indios, quienes se encargaron de darle una educación basada en los sentimientos que comenzaban a dominar el corazón de los alto-peruanos, preocupados ya por romper las cadenas de la tiranía a que estaban sujetos.

Ignoraba el desventurado que descendía por su padre de una familia real, y sólo tuvo conocimiento de que su abuelo materno se llamaba *Huallparrimachi*, de la distinguida raza de los incas; así es que, ani-

mado del legítimo deseo de perpetuar el nombre de sus mayores se hacía llamar *Juan Huallparrimachi.*

Dotado de sentimientos delicados, cantaba las desgracias de su raza en dulces y armoniosos versos que escribía en el expresivo idioma de su madre: desahogos de un corazón que sufría y que revelaban el estado de su alma de inspirado y melancólico poeta, de esa alma triste y abatida, tal vez porque conservaba siempre doloroso el recuerdo del desgraciado fin que de su madre le habían referido, de esa madre tan tierna por cuya memoria guardaba el más religioso respeto y la adoración más profunda; tal vez o al mismo tiempo por haber llevado la amargura y la desgracia al hogar de dos esposos, impulsado por un amor irresistible, en una edad en que todavía no tiene el hombre que parece haber nacido predestinado a la desgracia, la enérgica voluntad de ahogar en su nacimiento una pasión que constituir cree, en su delirante imaginación, realizadas sus ilusiones más queridas, colmadas sus halagadoras esperanzas, sin entrever el funesto resultado a que lo arrastra la ciega fatalidad.

Hé aquí como sucedió este desgraciado incidente en la intranquila vida de *Huallparrimachi:* Muy jóven todavía contrajo un amor vehemente por Vicenta Quiroz, unida en matrimonio, a pesar suyo, con un anciano andaluz, rico minero de Potosí. Conoció ésta a Juan y le consagró todo el tierno afecto que negara a su esposo; pero sin que la admisión siquiera de la idea de un crímen pudiera torturar su conciencia. Sorprendidos por el andaluz el incauto mancebo y la cándida Quiroz, en un coloquio amoroso, que parecía ser sostenido verdaderamente por dos niños, fueron separados para ser conducida ella a un convento de Arequipa, y él para alistarse de voluntario en las filas que a la sazón organizaba el famoso guerrillero coronel Manuel A. Padilla, célebre por sus hazañas militares en favor de la causa de la independencia y, bajo cuya paternal protección habia permanecido ya Juan desde algunos años antes.

El triste suceso que ligeramente hemos apuntado, cubrió de negra melancolía la frente de Juan, aumentando el dolor que hería su corazón sensible, comprometiéndolo en una lucha borrascosa de encontrados sentimientos que quizás le hicieron pensar en la manera de acabar con su existencia, pero acabar gloriosamente. A este fin creemos que obedeció el afán de reclamar siempre el primer puesto y el de mayor peligro en todos los encuentros en que tuvieron que cruzarse las armas de los patriotas con las de los realistas; combates a los que concurría animoso é infatigable, lleno de brío, armado solamente de una honda en cuyo ejercicio adquirió uua destreza admirable.

No terminaremos este informe ensayo sin dar a conocer al lector una muestra de las inspiradas poesías de *Huallparrimachi,* insertando enseguida la preciosa imitación que de una de ellas ha hecho nuestro amigo el doctor José A. Mendéz.

LA PARTIDA

Paloma del alma ¿verdad es que dices
Que a tierras lejanas por siempre te vas,
Echando al olvido tus horas felices.....
Es cierto que nunca, jamás volverás?
¿A quién, dí, me dejas? En esta honda pena
Mis dulces consuelos, a quien implorar,
Cual tú me los dabas, hermosa morena?
¡Ay! ¿quién en mi pecho te puede igualar?
Te ruego me enseñes cual es el sendero
Que tienen ligeros tus pies que tomar,
Pues antes que vayas cruzarlo yo quiero
Con llanto, de hinojos—por irlo a regar.
Si el sol con sus rayos te abrasa y sofoca
Y sombra ya buscas en dó reposar,
Tendrásla en la nube que desde mi boca
Mi aliento amoroso llegará a formar.
Si ansiosa y sedienta por tierra de abrojos
A solas ya cruzas un seco arenal,
La nube que formen llorando mis ojos
Daráte, paloma, su fresco raudal.
¡Ingrata adorada! ¿tu pecho es de hielo?
Dime, hija de roca, ¿no tienes piedad?
¿Qué haré si me dejas? Llorar sin consuelo
Sin una esperanza, crüel soledad.....
Muy tierna eras cuando mi pecho a quererte
Constante empezara, mi dulce beldad;
Sin vista mis ojos pusiéronse al verte
¡Ay! cual si mirasen al gran luminar.
Que al ver el reflejo de tus ojos negros
Frenético y loco sentía soñar,
Pues como en la noche se ven dos luceros
Así me alumbraba su dulce mirar.
Hoy veo eclipsado mi sol tan radiante
De dicha inefable, de dicha sin par—
Estoy delirando; perdida mi amante
Ya nadie me mira con tierna piedad.
Quisiera prestarme del cóndor el vuelo
O en leve insectillo quisiera tornar,
Para ir a buscarte, mi grato consuelo,
Besar tus mejillas, tu faz contemplar.
Veloz como el viento volar ya quisiera
Para ir a halagarte con todo mi afán,
Así como arrulla la brisa ligera
Las hojas del molle süave al pasar.

.....

Pues enlazamos nuestras dos vidas
Ya ni la muerte las cortará,
Y nuestras almas, sí, confundidas
Hará sólo *una* la eterdidad.

Mientras yo viva por donde quiera
Que pueda hallarme ¡oh! harás latir
Sola mi pecho tú, hasta que muera,
Pues mi alma sólo vive por tí.

Cuando al gran Misti veas ardiendo
¡Ay¡ piensa entonces en el volcán
Que aquí en mi pecho dejara hirviendo
Tu bello encanto, con tierno afán.

Marcho sin juicio, mi bien, por verte
Entre mil breñas que nadie holló,
Y a veces busco sólo la muerte
Llorando loco mi pobre amor.

Más nadie escucha mi triste llanto
Ni compadece tanta aflicción;
Nadie se duele de mi quebranto
Y errante vago sin dirección.

Sólo responden: bosque profundo,
Fuentes y sierras a mi clamor;
Nadie comprende ya sobre el mundo
¡Ay! mi *quebranto* ni mi dolor!

Parece que este sentido ¡adiós! fue dado por *Huallparrimachi* cuando la arrancaron de sus brazos a la hermosa Vicenta Quiroz, para conducirla, como ya lo hemos dicho, a un convento de Arequipa.

IV

En la célebre jornada de «Las Carretas». de memorable recordación y en la que los independietes comandados por Padilla, hicieron prodigios de valor, durante cuatro días, resistiendo serenos e imperturbables el ataque de los realistas, que obtuvieron el triunfo debido a una incalificable traición, cayó *Huallparrimachi*, herido mortalmente por una bala de fusil.

Así acabó su vida el hijo del príncipe bastardo don Francisco de Paula Sanz y de la descendiente de reyes, María Sauraura, pagando con su sangre el tributo de su amor a la libertad.

Cochabamba, noviembre de 1885.

DE BENJAMÍN BLANCO

La Venganza de una Mujer

Leyenda tradicional

El pueblo me lo contó
Sin notas ni aclaraciones.
Con las mismas expresiones
Se lo cuento al pueblo yo.
J. ZORRILLA.

INTRODUCCION

La América doblaba su sien de blanca nieve,
Al yugo que ominoso le impuso el castellano;
Cautiva entre prisiones, ni a lamentar se atreve
De sus amargas penas, el insondable arcano.

No orlaba sus cabellos con perlas de sus mares,
Con flores de sus campos, con oro y pedrerías;
Ni al viento daba alegre, tiernísimos cantares
De arpegios armoniosos, de dulces melodías.

Con llanto de sus ojos lavando sus cadenas,
Sonríe a sus señores, que arrancan sin piedad,
El oro de sus montes, la sangre de sus venas,
Con sórdida codicia, con bárbara crueldad.

Las puertas de las cienciás cerradas para todos,
La Libertad velada con fúnebre crespón,
América obediente se humilla ante los godos,
Que imbéciles desgarran su tierno corazón.

En época tan triste de postración que espanta,
Más que gobierna explota, la gran Villa Imperial, (1)
Un regidor ávaro, que con soberbia planta,
Camina en pos del oro, famélico y venal.

Y un hijo tiene joven, gallardo y de coraje,
De pésimas costumbres, aunque de afable trato,
Galán y vanidoso por su expresión y traje,
De la virtud se mofa, se burla del recato.

Don Leandro el temerario, le llaman en la Villa,
Amigo de don Diego, famoso aventurero,
Que bebe de lo tinto y juega a maravilla,
Como ninguno diestro, como el que más fullero.

(1) Gran Villa Imperial, sobrenombre que se dió a Potosí en tiempo del coloniaje.

Los dos hacen alarde de indómita bravura,
Y están los dos unidos con lazos de amistad;
Se aprecian y se estiman con fraternal ternura,
El vicio los estrecha, los une la maldad.

Así en delirio insano, caminan al acaso,
Placeres y pendencias buscando con afán;
Las flores desgarrando que encuentran en su paso,
Cual débiles aristas que arrastra el huracán.

I

EL Y ELLA

Cual vistosa, rica perla
Que yace en medio del mar,
Sin ornar alguna joya
Donde pudiera brillar,
En una calle excusada
De la opulenta ciudad,
Vive Teresa retraida
Con una vida ejemplar;
Y no turba su reposo
El bullicio mundanal,
La calumnia ni la envidia
Llegan allá donde está.
A solas su vida pasa
Sin más inquietud ni afán
Que las que el amor prodiga,
Cuando en su copa fatal
Nos da veneno endulzado,
Que con extrema ansiedad,
Hasta las heces bebemos
Sin sentir su agrio quizá.
La crió el cielo tan hermosa
Que es dechado de beldad,
Tan pura y tan inocente,
Cual plegaria virginal:
Su alma, emanación divina,
Está exenta del pesar:
Es flor que en la primavera
Abre el cáliz de coral,
Al beso casto y liviano
Del aura errante y fugaz;
Es tórtola que dejaron
Sus padres en orfandad,
Que inexperta y solitaria
Empieza dulce a trinar,
Cuando encapotado el cielo
Anuncia una tempestad.

Reclinada en su ventana
Soñando felicidad,
En una noche apacible
De envidiable claridad,
Está Teresa esperando
La hora que se acerca ya,
De la anhelada venida
De su bizarro galán.
La luna ténue se mece
En el domo celestial,
Y con sus rayos infunde
A la natura solaz.
Y el jugueton cefirillo
Suavemente al resoplar,
Deshace los rizos negros,
Que bajan en espiral
Por la frente de Teresa;
Y ella en éxtasis letal,
Goza un dulce sentimiento,
Una emoción ideal,
que semeja nuestra vida
A la esencia divinal.
¡Ay! es grato en dulce calma
Gozar del dulce esperar
De una cita apetecida,
Y en una reja velar,
Y ver que pasan las horas
Y que otras vienen detrás,
Trayéndonos en sus alas
Sueños de felicidad.
Así Teresa esperaba,
Y esperaba con afán,
Esa hora de venturanza,
Hora que se acerca ya,
De la anhelada venida
De su bizarro galán.

Leve ruido
se ha sentido
en el dintel,
y al que espera
placentera
mira en él

EL.—
Me esperabas?.....

ELLA.—
Sí.....

EL.—
¡Amor mío!.....

ELLA.—
Cuánto me parecen largas
Las horas y cuán amargas
Las paso, mi bien sin tí;
¿Y contigo?....deleitosa....
En mil dulzuras perdida,
Pasa sin sentir la vida
En celestial frenesí....

EL.—
¡Ay! calla, por Dios, Teresa,
Temo que en mi alma reviente
El volcán inmenso, ardiente
Y haga terrible explosión
Ah! siento aquí, grande, eterno
Incomprensible, sublime
Amor inmenso que oprime,
Y desgarra el corazón.
Con la inocencia en la mente
Y en el seno la ventura,
Sonriendo a la natura
Surcaba el éter fugaz;
Más te ví mujer divina,
Y de tu mirada al fuego
Perdí mi dulce sosiego,
Y perdí también mi paz.

ELLA.—
Quisiera unir a la tuya
Mi vida con fuertes lazos
Y morir luego en tus brazos..

EL,—
¡Ven a ellos, bella mujer!
—Dijo, y enlazados ambos
Quedaron adormecidos,
Embotados los sentidos
Con el colmo del placer.
Es un éxtasis divino
Ese celestial momento,
Es todo allí sentimiento,
Todo amor y adoración
Es la imagen verdadera,
Es el cuadro más perfecto
De sublime, grande afecto,
Y de exaltada pasión.
Identificados ambos
En un misterioso vuelo,
Suben sus almas al cielo
En las alas de un querub:
Y allí, en fruición inefable,
Sin acordarse del mundo.
Gozan de un amor profundo
En apacible quietud.
Y despues de breve pausa
En que cien besos sonaron,
Y sus fuerzas se agotaron
Hablaban los dos así.

ELLA.—
Seré tu esposa?....

EL.— Lo juro,
Por mi sangre de español,
Que es más pura que ese sol
Que reluce en el zenit.
Y que mi alma en los infiernos,
Sea por siempre pavesa,
Si infiel fuera a mi promesa,
Si olvidara tu beldad.
Que un rayo súbito parta,
Mi corazón a pedazos
Si rompo tan bellos lazos....

ELLA.—
Basta, mi bien, la verdad
Leo en tu tierna mirada,
En expresión que no engaña,
Y....¿me llevarás a España?
Conoceré el ancho mar?....

EL.—
Tu voluntad para mí
Es ley santa, bella amiga,
Y obedecerla me obliga
El sino sin vacilar,
A España, mi bien, iremos,
Verás el mar portentoso,
Ese infinito coloso
Que es inmenso como Dios,
Y como mi amor tan grande;
Y en tanta grandeza hundidos,
Gozaremos así unidos,
Las dulzuras de ambos dos.
Verás esa altiva España
Cuna de ínclitos guerreros,
De galanes caballeros,
Que del moro la altivez
Domeñaron denodados;
Que con fe y ardiente llama,
Por su Dios y por su dama
Conquistaron honra y prez.

Verás Córdova y Granada,
Te contaré cien historias,
Llenas de amor y de glorias,
De Gomeles y Zegrís
Y de Abencerrajes fieros:
De sus justas y torneos,
De amorosos galanteos
Que te harán llorar y reir.
Y escenas de sangre y luto,
O mil rasgos de grandeza,
De traiciones y vileza
Y de generosidad;
De brujos y de gitanas
Y de amantes trovadores
Que cantan glorias y amores
Por su camino al pasar.

ELLA. —
Ven otra vez a mis brazos,
Eres mi único tesoro!
Oh!, mi bien, cuánto te adoro
Con ardiente corazón!.....
—Y tornan a estrecharse ambos,
Torna el entorpecimiento,
De ese celestial momento,
De esa inefable fruición.

II

DELEITE DE AMOR.

EL.—
El tibio rayo de la luna pura
Reverbera en tu rostro virginal,
Y tu aliento embalsama la natura;
Con tu voz habla el límpido cristal:
El jilguero del bosque en la espesura
Tu cántico preludia celestial;
Abre la flor su cáliz a la brisa
Al entreabrir tu labio dulce risa.
¡Cuán hermosa eres, mágica ilusión,
Dulce sueño de inquieta fantasía
Cuánto amor y frenética pasión
Inspira esa tu lánguida apatía
Angel eres de eterna adoración:
Brilla en tu frente el esplendor del día,
Y en tus ojos un fuego resplandece,
Que el mismo sol al verte palidece...
Amame siempre celestial amiga,
Un océano de amor yo te daré
Y el tierno lazo que las almas liga
A la tuya unirá mi ardiente fe:
Nunca le romperá mano enemiga,
A tu lado doquier felíz seré.....
Amor corone mi delirio loco,
Y húndase el cielo!.... q' me importa poco

Y después.....se abrió la puerta,
Se escuchó un triste gemido;
Y luego un hombre ha salido
Embozado hasta la sien.
—Es don Leandro el embozado,
Que sale lleno de gloria,
Ha tenido otra viotoria
Y otra víctima también.

¿Y Teresa? ¡ay! es desgracia
Ser hermosa y seductora,
Vislumbrar risueña aurora,
Y vivir en orfandad.
Pobre aflijida Teresa,
Flor dorada y rozagante,
Deshojada en un instante
Por revuelta tempestad.
Al tocarla mano impura,
Su corola desprendida,
Sin matices y sin vida
Mustia y marchita cayó:
Ya no tiene grata esencia,
Ni brillantez que embelese;
Y el céfiro no la mece,
Que la tierna flor murió.
Tal vez su espíritu mora
En el aura perfumada,
Más la flor yace tronchada
Lejos del tallo gentil.
¡Pobre flor! Murió....¡tan bella!
En su primera mañana:
Era ¡ay! una flor galana,
Más no gozó del abril.
Era una fior solitaria,
Sonrosada y hechicera,
Que al rayar la primavera
Abrió el broche virginal;
Y las flores al mirarla
Tan gallarda y tan brillante,
Arrollaron al instante
Sus cálices de coral.
Abrió el capullo lozano,
Lloró su cristal rocío,
Más luego al hálito frío
De la muerte sucumbió:
Era tórtola apacible
Que entonaba en melodía,
Dulce arrullo de armonía,
Más su voz enmudeció.
Sólo le quedan tormentos
Y entre sus tiernos cantares
El eco de sus pesares
En el aire vibrará.
Ay! es triste, sin consuelo,

Llorar idas ilusiones,
Que ese sueño de visiones
A volver no tornará.
Y es más triste todavía
Abrir los ilusos ojos,
Y ver entre mil enojos,
La faz de la realidad.....
Así la infeliz Teresa
Ve en el mundo todo frío,
Todo enlutado y sombrío,
Todo en negra opacidad.
No hay cantares ni armonía,
Ni venturas, ni delicias;
No hay amores ni caricias,
Que cual humo todo huyó,
Perdió su flor más hermosa
La perdió, y fuese con ella
Su ilusión más grata y bella:
Todo para ella acabó.

III

LAS BODAS

Rápido el tiempo con veloz carrera,
Hunde seis meses en el caos profundo,
Donde sepulta sin rencor prolijo,
Dichas y penas.

Blanca y hermosa, la argentada luna,
Astro de amores, con su lumbre pura
Brilla en el cielo, derramando en torno
Dulces placeres.

Eran las doce: Potosí descansa
Vagas quimeras halagando inquieta;
Y entre las sombras de la noche oscura,
Duerme apacible.

Nadie a tal hora por sus calles cruza,
Reina silencio sepulcral doquiera,
Sólo en la casa de don Leandro se oye
Báquica bulla.

Se oye el estruendo de confusas voces,
Música alegre que al placer provoca,
Y de los vidrios al través se advierte
Danza festiva.

Cuando más recia la algazara suena,
Pasa una sombra por la estrecha calle,
Mira un momento, y un suspiro exhala
Triste y amargo.

Era el lamento del pesar supremo,
Grito de angustia que la muerte arranca,
Último canto de doliente cisne,
Lánguido y suave.

El ¡ay! postrero de la virgen pura,
Hondo gemido, de amargura lleno,
Eco lejano de laud que estalla
Roto en pedazos.

Ay! de la hermosa que soñando amores,
Víctima ha sido de mentido halago,
Roto el encanto de su amor primero,
Muere angustiada.

Y en la estancia
Se oye en tanto
Grato canto
De festín,
Y las risas
Y el estruendo,
Conmoviendo
Van sin fin.
Todo es bulla,
Todo es gozo
Y alborozo
De placer:
Aquí bailan
Con soltura,
Que hay ventura
Por doquier.
Allá beben
Embargados
Ynalagados
Con amor;
Que están llenos
Los cristales
De raudales
De licor.
¡Cómo giran
Desdeñosas,
Las hermosas
A granel;
El aroma
Suave y blando
Respirando
Del clavel!
Y luciendo
Mil colores
Cual las flores
Del jardín;
Ricas sedas
Son sus trajes
Con encajes
Ce clarín.

Y en las sienes
Peregrinas
Clavellinas
De coral;
En sus ojos
Brilla ardiente
Fuego ingente
Divinal.
Y en los bailes
Embelesa
Tal destreza
Sólo el ver;
Y es tan bello
Por la alfombra,
Tanta sombra
Ver mover.
Los galanes
Caballeros
Van ligeros
A la par;
De amor hacen,
Muy contentos,
Juramentos
Al bailar.
Y las bellas
Que los miran,
Ay! inspiran
Dulce ardor!
Y en los valses
Estrechados
Van lazados
Con amor.
Que respiran
Mil placeres
Las mujeres
Por doquier:
Todo es bulla,
Todo es gozo
De placer.

Calló la algazara: Don Leandro bizarro,
Esbelto y apuesto, con traje de gala,
Seguido de muchos, ha entrado en la sala.
Resuenan mil frases de aplauso en redor;
A un ángel celeste conduce su mano,
De cándido pecho, de frente rosada,
Vestida de blanco, su sien coronada
Con flores nevadas de límpido albor.

Vestal pudorosa, paloma inocente
Que al ara conducen de cruento holocausto
Con ricas preseas de expléndido fausto
E incauta la virgen no mira su mal;
Le place el presente, no piensa en mañana,
Soñando venturas se muestra risueña,
Que es dulce la vida, cuando ella halagüeña
Nos pinta ilusiones en terso cristal.

Fantásticos goces le brinda la suerte,
No turba su mente recelo mezquino;
A este ángel de amores ligó su destino,
El jóven don Leandro, bizarro galán:
Por eso aturdidos prolongan la fiesta,
Y beben y bailan en giros confusos.
Que el vino los tiene contentos é ilusos
Y siguen alegres el báquico afán.

Empero en la calle, doliente un gemido
Se oyó de quien sufre terrible tormento,
Un ¡ay! de horror lleno; mas rápido el viento
Con alas ligeras el ¡ay! se llevó.
Temblad ¡ay! Don Leandro, que el tríste suspiro,
El ¡ay! lastimero, la voz solitaria
Se eleva hasta el cielo, cual tierna plegaria,
Que siempre justicia de Dios alcanzó!

La mujer engañada es flor perdida,
Arrastrada por raudo torbellino,
Que al rebramar en su áspero camino,
Se la lleva del tallo desprendida.

Y entre sus pliegues, mustia y oprimida,
Pierde su esencia y brillo diamantino;
Pierde su esbelto cáliz purpurino,
Sus mil matices, su primor y vida.

Ni el céfiro le da su beso amante,
Ni la alborada su cristal rocío
Derrama ya en su pálido semblante.

Mas ¡ay! de aquel que temerario, impío,
Rasgó su broche puro y rozagante.
Le queda torcedor, punzante hastío.

IV

ELLA

Soñar un deleite eterno,
ver un cielo
Con oro y nácar brillar,
Y encontrar cruel infierno,
donde en duelo
Hay por siempre que penar;

Soñar con la virtud bella,
adornada
Con gala y blanco crespón,
Y dar con la inmunda huella,
descarnada
Del crímen y la traición;

Nacer con las ilusiones
de la vida,
Creer en los goces y amor
Y ver entre nubarrones
por siempre ida
La inocencia y el candor;

Amar con ansia y delirio,
con vehemente
Y exajerada pasión,
Y encontrar fiero martirio,
de repente,
Que desgarre el corazón;

Y con lágrimas amargas,
ardorosas,
Tantos pesares llorar,
Y ver esas horas largas,
fastidiosas,
Con lento giro pasar;

Tener en el pensamiento,
encarnada
Una imágen de placer,
Halagarla, y al momento
disipada,
Verla desaparecer;

Sin una idea que halaga
de ventura,
Entre tormentos vivir,
Con un recuerdo que vaga,
de amargura,
Recuerdo que hace morir;

Y maldecir esa vida,
dolorida,
Que oprime al alma, fatal,
Y no encontrar un secreto
amuleto
Que calme tan grande mal;

Buscar en vano sosiego
a ese fuego
Que extingue nuestro solaz,
Y mirar con negro adorno
en su torno,
De la adversidad la faz;

Son amargos sufrimientos
y tormentos
Que hacen llorar y gemir,
Son horas de desconsuelo
y de duelo
En que se quiere morir;

Horas que al ánima oprimen
y que el crímen
Nos inspiran al pasar,
Son horas de desventura
y locura
En que se quiere matar.

Así la infeliz Teresa
es la presa
Sanguinaria del dolor:
Cisne que perdió el encanto
de su canto
En las aras del amor.

Vive triste y olvidada
despreciada
Por su pérfido galán;
Más ¡ay! entretanto él goza
de su esposa
Las caricias sin afán.

El ríe entre mil placeres,
pues hay seres
Destinados a gozar;
Y ella solitaria y mustia,
en su angustia,
Ni aún puede quizá llorar.

Tornóse en gualda su frente
inocente,
Y sus ojos sin fulgor,
Sin entusiasmo su pecho
ya deshecho
Por las garras del dolor.

En tal situación la vida
tan sufrida
Más le valiera perder,
Que perder tan halagüeños
dulces sueños
Formados por el placer.

Los perdió la virgen bella,
la alba estrella
Que en el cielo antes lució;
La ventura que tenía,
en un día
Convertirse en humo vió.

La que fué hermosa y altiva,
pensativa
Hoy devora su pesar,
Le pinta fatal venganza
la esperanza,
Y se siente deleitar.

Sea, dijo, y de un dorado
esmaltado
Y riquísimo cajón,
Sacó rizos, ramilletes
y billetes
Que revelan gran pasión.

"Muera mi amor con el fuego"
dijo, y luego
En hoguera convirtió,
Tantos recuerdos tan bellos,
y con ellos
Su amor también extinguió.

Irónica y agria risa
se desliza
De sus labios de color;
Sus ojos desencajados,
ay! preñados
Están de rabia y rencor.

Sus fibras se han agitado
y crispado
Con histérica emoción;
Ha cruzado por su mente,
de repente,
Diabólica inspiración.

Vértigo infernal la agita,
y palpita
Su seno con saña hostil;
Un grito profundo lanza
y ¡VENGANZA!
Prorrumpe con voz febril.

V

EL SACERDOTE

Largos días pasaron de agonía
Para la huérfana infeliz, que vive
Sin contento ni plácida alegría,
Y solo en lontananza,
A lo léjos percibe
La hoguera de venganza.
Marchitada su frente en primavera
Ni aun tiene ya siquiera
El rosado candor.
Y no dar escarmiento.....no poder,
Latiendo el seno ardiente, abrasador,
Vengarse cual mujer.....
¡Es horrorosa, lamentable suerte!
En lánguida apatía
Más valiera yacer, ó en tumba fría,
Al sentimiento y a la dicha inerte.
Así Teresa a su pesar, consuelo
Buscando al pie del ara sacrosanta,

Cual ligera paloma se levanta,
En las etéreas alas de oración,
Al expléndido trono del Señor.
Y allí también que ¡horror!
Anhela destrucción;
Tan sólo sangre quiere,
Y ¡VENGANZA! le grita
La voz del corazón, y al punto muere.....
¡VENGANZA!....¡ay! la incita
Un recuerdo fatal que el alma hiere!

Cuando Teresa ardía
En la terrible saña
De la venganza impía,
Don Alvaro de Egaña
En el seno sentía
Torpe, impuro, liviano,
Grande, inmenso volcán de amor profano;
Pues que unido al altar
Con lazo indisoluble, huir debía
De terrena beldad, y no arrastrar
Su blanca estola en corruptor pantano.
Más ¡ay! el sacerdote brillar vió
De Teresa la frente,
Y en el fulgor de su mirada ardiente,
Todo el veneno del amor bebió.

Mil veces su delirio le ha llevado
A los pies de Teresa
A ofrecerle, sumiso y prosternado,
Su corazón, más en su impura empresa
Fue siempre el miserable rechazado.
Oh! ¿cómo destrozar tan duros lazos,
Rasgar esa sotana en mil pedazos
Y extinguir la corona
Que sobre su cabeza
Cual mole inmensa, insoportable pesa?
La razón le abandona,
Delirando frenético maldice,
Prorrumpe a gritos con febril locura,
Que el ministro infelice
Apuró hasta las heces, de amargura
La copa emponzoñada;
Maldice su existencia,
Su estrella desgraciada,
Que le prohibe aspirar la bella esencia
De la flor más preciada;
Maldice sus entrañas, donde mora

Ese fuego de amor,
Ese insano licor
Que todo el sér y la razón devora.

Más Teresa entretanto,
Desolada y sumida
En su agudo quebranto,
Llora al verse perdida
En triste desamor,
No encontrando salida
A su eterno dolor,
Y no piensa siquiera
En que una mano fiera
La persigue traidora.
Con falaz esperanza
Pensaba en la venganza
Que su seno devora,
Cuando un ruido sonó,
Y fué el ruido del quicio,
Y la imagen del vicio
En un hombre miró.

———

TERESA—Huye, fantasma funesto,
No te burles de mi lloro;
Huye de aquí....¡te detesto!
D. ALVARO—Y yo, Teresa te adoro!
TERESA—Huye: tu aliento está infesto.

D. ALVARO— Tu boca respira esencia.
TERESA—Aparición de pavor!
D. ALVARO—Ángel celeste de amor,
Dulcifica mi dolencia.
TERESA—Huye espectro de terror!

D. ALVARO— Bella, radiante criatura,
Con delirio y frenesí,
Con fanática locura,
Te amo, ángel de hermosura,
Soy todo amor para tí.

A lo lejos muy distante
Veo un porvenir sombrío,
Y aquí un cielo muy brillante,
Y a tí, dulce hechizo mío,
Tiendo mi vista al instante.

———

Con la cólera que impresa
Se vé en su adusto semblante,
Indignada y palpitante,
Mira la infeliz Teresa
A su reprobado amante.

Más es la mirada horrenda
Que la mujer ofendida,
Lanza de rencor henchida
Al que atrevido la ofenda,
Para arrancarle la vida;

Del condenado que gime
Es ¡ay! la torva mirada,
Terrible y emponzoñada:
Mirada de horror sublime
Que el espíritu anonada.

Don Alvaro que rendido
Imploraba solo amor,
A esa mirada de horror
Sintió el corazón herido
Por el genio del rencor.

D. ALVARO.—Si mi amor con necia injuria
Pagas ingrata mujer,
Basta! vas a perecer
A mi sanguinaria furia,
—Al decir esto hizo ver

El brillo de su puñal,
Y al momento por la mente
De Teresa, de repente
Cruzó una idea infernal,
Que la acarició inclemente.

TERESA—¿Sabes blandir un acero
Y sepultarlo hasta el pomo?

D. ALVARO—Sí, Teresa, mirad como.
—Y con un ímpetu fiero
Dejó caer su brazo a plomo,

Y clavó el puñal vibrante
En una mesa apartada,
D. ALVARO—¿Qué tal?.....

TERESA—Bien, eso me agrada.
—Y sonriendo al instante
Alargó su mano helada,

Que el sacerdote besó
Con ardorosa ansiedad,
Y Teresa con bondad
A su amante contestó
Con expresión de verdad:

—Por hoy deja que se aquiete
Mi espíritu....por favor....
Mañana ven a las siete;
Más ahora...es preciso...vete,
No me conserves rencor,
Que te preparo un banquete...

No sabe que ha de pensar
Don Alvaro, ni decir,
Nada acierta a su pesar
condenado así a callar
Se debió luego salir.

———

VI

EL JURAMENTO

Como anhela impaciente el nauclero
Que ha luchado con ruda tormenta,
A la rada llegar que se ostenta
A lo lejos envuelta en vapor;
Tal don Alvaro anhela que arrolle
Su dorada vital cabellera,
La gigante y hermosa lumbrera,
Que reluce su bello esplendor.

Y que venga la noche en silencio
Con su manto de estrellas luciente,
Que su seno devora inclemente
Fuego inmenso de torpe pasión.
¡Cuánto sueño de dicha y placeres
Le arrebata en su inquieto delirio!
¡Cuánto goza en su propio martirio
Su exaltado y febril corazón!

¡Cómo pinta su mente agitada
Nacarados colores doquiera!
¡Cuánto tarda el momento que espera,
Que parece no llega jamás!
Y quisiera en su vano deseo,
De las horas robar esas horas
Fastidiosas, del bien precursoras,
Que caminan con lento compás.

¿Por qué tarda el instante del goce
Con que el alma anhelante delira?.....
¿Por qué el pecho angustiado suspira
Si colmado su afán ha de ver?.....

Porque el hombre al pesar relegado,
En la tierra sufrir en su sino:
Tal ordena implacable destino,
Sufrir debe el dolor y el placer.

Más el mar de carmín que en poniente
Relucía, de negro cubrióse,
Y en sus hondas el sol sepultóse,
Y la noche ya viene a reinar;
Ya la luna descorre las nubes
Y en el cielo magnífica brilla,
Cual vestal de tornátil mejilla
En las gradas de expléndido altar.

Impaciente don Alvaro en tanto
Horas cuenta y aguarda la cita
Cada vez en su pecho se excita
Nuevo fuego, entusiasmo y ardor.
Ha llegado el instante que espera,
Y cual rauda centella ha salido....
Un momento después conmovido,
Se halla alegre en la estancia de amor.

Más ¿qué espectáculo terrible mira
Que sumerge en pavor al pecho yerto?
¿Por qué con lúgubre tapiz cubierto
Halla la que pensó grata mansión?
¿Para qué están, en la enlutada mesa,
Dos blancos cirios de mezquina luz,
Los evangelios y la santa cruz,
Adornados con fúnebre crespón?

¿A qué Teresa con vestido negro,
Los atavíos del dolor ostenta,
Con su pálido rostro que amedrenta,
Con sonrisa sarcástica y feral,
Luciendo en su gallarda, blanca mano,
Cual un fantasma de visión impura,
Con enhiesta y magnífica soltura
Fino acero de límpido puñal?.....
Don Alvaro de horror sobrecogido
no acierta a articular;
Y exhalando, Teresa, hondo gemido,
así comienza a hablar.

—Ven, te contaré una historia:
Amé a un hombre con ternura,
Que de mi fresca hermosura
Prendado, me juró amor.
Le abandoné en mi delirio
Mi corazón en sus brazos,
Y él le rasgó en mil pedazos
Con indomable rigor.

Me robó la dulce calma
Y marchitó mi pureza,
Y con desdén y fiereza
Me abandonó al vendabal.
Por el desamor batida,
Como la hoja por el viento,
De hundirle hice juramento
En el seno este puñal.

Más era mujer y débil,
Y era trémula mi mano,
Para quitar al villano
Su abominable existir.
Necesitaba por tanto
Un esforzado asesino,
Que al traidor en su camino,
Fiero le hiciera morir.

Si otra cuna me meciera,
Con oro, del homicida
Comprado hubiera su vida,
Más....vivía en orfandad.
Al presente me propongo,
En mi rabiosa locura,
A venderte mi hermosura
Por su vida de maldad.

Condesciende con mi instancia,
Pues sólo en este concepto....
Responde, ¿aceptas?—Acepto....
Balbuciente contestó:
—Y ese hombre?...dijo don Alvaro,
Dominado por terror.
—Es hijo del Regidor,
Teresa le replicó.

Ven, sobre este libro santo,
Pon sin vacilar tu diestra,
Lleva luego la siniestra
Al sitio del corazón.
A aqueste Cristo enclavado
Ahora levanta los ojos,
Y no temas sus enojos,
Que obras por mi salvación.

Pánico terror le ajita,
A sus plantas ve el infierno,
Con su fuego ardiente, eterno,
Que ya esperándole está.
Sus ojos se le encadilan,
Sus mejillas palidecen,
Y sus fibras se estremecen,
Y ni a hablar acierta ya.

Su corazón sin latidos,
Su pecho angustiado y yerto,
Su cuerpo, todo cubierto
De heladísimo sudor.
En situación tan terrible,
Teresa la voz levanta,
Y con acento que espanta,
Dice llena de furor:

—¿Juras, del altar ministro,
Por este Dios enclavado
Y este evangelio sagrado,
A don Leandro muerte dar?....
—Y el cielo oyó un juramento.
—Si no le cumples en breve,
¡Ay de tí! mi saña aleve
Sólo en tí se ha de vengar.

Dijo y luego descorriendo
Un tupido cortinaje,
Mostró de un lecho el ropaje
Que convidaba al placer:
—Celebrado ya el contrato,
Tuya es la infeliz Teresa,
Así a cumplir la promesa
Hoy te enseña una mujer.

Don Alvaro suspendido,
Con crüel presentimiento,
Parado está, sin aliento,
Pues siente no sé que afán.
Embargado está su espíritu,
Huir anhela de ese apuro....
Va a salir....más....de seguro
Le precipitó Satán.

Linda lectura, ved cómo
Teresa al fango se lanza,
Por amor y por venganza,
Y es dos veces criminal.
Guardad vuestra esencia pura;
Porque una vez marchitada,
La flor caerá deshojada,
Y se llevará el terral.

Ay! si se empaña ese vidrio,
Ya no hay mágicos colores,
Ni pinturas, ni primores,
Que se ven con la ilusión.
Todo muere y todo acaba,
Y quedan sólo pesares,
Tormentos, duelos y azares
En el triste corazón.

VII.

EL PENITENTE

Iban los días tras los otros días
Siempre brotando y marchitando flores,
Doquier vertiendo penas y alegrías,
Cambiando escenas y variando actores;
Se escucha el són de alegres armonías
El eco funeral de los dolores;
Así en misterio funeral, profundo,
En eterno contraste gira el mundo.

Don Leandro sigue su fatal carrera,
En medio de sus lúbricos placeres.
Avanza altivo con su faz severa
Desprecia al mundo y sus menguados seres
Pasa la vida dulce y placentera
Con el juego y el vino y las mujeres:
Riendo siempre en bacanal orgía
Le halla la noche, le sorprende el día.

Y el infeliz don Alvaro de Egaña,
Que holló con planta impura su conciencia
En el delirio de una fiebre extraña,
Buscó después con dura penitencia
El delito lavar que al alma empaña;
Si del señor obtuvo la clemencia,
Al torcedor, tenaz remordimiento
Había exhalado su postrer aliento

Y Teresa, la huérfana perdida,
Nadie en el mundo de ella sabe nada;
Quizá por su venganza no cumplida,
Tal vez por su hórrida pasión llevada,
Lanzó la llama de su triste vida,
Como la flor que muere en la alborada:
Cuando intenso dolor el alma hiere
La mísera existencia al punto muere.

En tanto la ciudad de la riqueza
En lamentable postración yacía,
Pues que terrible, con feroz crudeza,
Fantasma aterrador la perseguía:
Aparición de incógnita fiereza,
Trasgo deforme que tal vez venía,
Rodeado de misterios y de encanto
De los silos profundos del espanto.

Espectro que amedrenta
A la torpe multitud,
Era gigante fantasma
Vestido de blanco tul,
Era aparición terrible,
Con larguísimo capuz
El rostro todo velado,
Que con santa beatitud
En su descarnada mano
Llevaba pequeña cruz,
Y en la otra una disciplina
Que batía sin quietud.
A las doce de la noche,
Hora de fatal augur,
De pasearse por las calles
Tiene el fantasma habitud,
Pavor y espanto infundiendo
A la torpe multitud.

El vulgo necio y estúpido
En sus temores mezquino,
Forja doquiera sin tino
Quimeras de destrucción,
Del penitente terrífico,
Que cual pesadilla impura,
Vaga por la noche oscura
En siniestra aparición.

Hay quien su forma diabólica
Viera y su contorno extraño,
Que es verdad y que es engaño,
O una ilusión infernal;
Hay quien sintiera mefítico,
Maligno hedor virulento,
Como el corrompido aliento
Del negro genio del mal.

Hay quien en sus ojos lívidos
Viera lucir fuego ardiente,
Con que se inflama el ambiente
Que le cerca en derredor;
Hay quien de su labio cárdeno
Viera esa risa maldita,
Muda y sorda con que excita
Un pavoroso temblor.

Quizá el espíritu réprobo
De algún sacerdote impuro,
En tan infame conjuro,
El cielo lo transformó;
Quizá de ramera impúdica
Es el ánima que expía
Los crímines que otro día
Despechada cometió.....

Mas al Regidor fanático
Tanto terror le ha infundido,
Que un buen premio ha prometido,
A quien pueda descubrir
Aquel espectro fatídico,
Que, en medio a la noche oscura,
Horror, espanto y pavura
Hace a la villa sufrir.

Era una noche serena
Envuelta en densa neblina,
En que la casta Lucina
Brilla con tenue fulgor;
El cierzo apenas soplaba
Con impulso que estremece,
Y apenas la flor se mece
En su cáliz de color.

Todo es monótono y triste,
Silencio se oye profundo,
Que duerme impasible el mundo
Sueño tranquilo, letal;
Y entre los claros y sombras
Que a trechos deja la luna,
No se ve forma ninguna,
Ni vestigio de un mortal.

Ni en la reja solitaria,
Velada en negra tristeza,
Suspira amante belleza,
Ausencias de su galán;
Ni el amador entusiasta,
La cita espera cercana,
Al pie de férrea ventana
Con exagerado afán.

Todo está en calma, que temen
La presencia impertinente
Del siniestro penitente
Que vaga incierto y fugaz.
Naturaleza descansa,
Y en su descanso más bella,
Su luz lánguida destella
La luna de blanca faz.

Sólo un bulto se distingue
De apuesto y esbelto talle,
Que, pensativo en la calle,
Parece hablar entre sí;
En su frente resplandece,
Rugada y amarillenta,
La saña que fiera ostenta,
El delirio y frenesí.

Es don Diego que ha perdido
Todo el oro que tenía
En el juego y maldecía
Su suerte escasa y fatal;
Y blasfemando exclamaba:
"Al infiierno, con su fuego,
Lléveme Satanás luego,
O vuélvame mi caudal".

Su cerebro está revuelto
Por los espesos vapores
De espiritosos licores
Que en su despecho bebió.
"¡Maldición al mundo todo!"
Con ronco grito prorrumpe,
Más la frase le interrumpe,
Un espectro que miró.

Era el maligno fantasma
El penitente sangriento,
Que con paso macilento
Hácia a él miró venir.
Su cabello se le eriza
Y su cuerpo se estremece,
Y va a faltarle parece
El aliento del vivir.

Estáncase entre sus venas
La sangre que antes hervía,
¡Oh Dios! qué cruda agonía
Para un miserable ser.
Mira y el fantasma pasa,
Y sus ojos se nublaron,
Y sus nervios se encresparon
Y sintió su frente arder.

El miedo invade su pecho,
Y su corazón palpita,
Un secreto afán le agita
Que no sabe dominar.
Volvió a mirar, vió el fantasma
Acercarse a la Matriz;
De nuevo tembló ¡infeliz!
Y una llave oyó sonar.

Produjo eléctrico efecto
Aquel crugiente sonido,
Que vino a fijarse al oído
Con indeleble impresión:
Y su terror dominando
Se sintió con nueva vida,
Miró la visión venida,
Más se perdió la visión.

Y se dijo a sí mismo: "¡Hola!
Fantasma que abre con llave,
Mal su conveniencia sabe:
Cayó en las redes el pez".
Iba a acercarse a la iglesia,
Más fatal presentimiento
Mudó al instante su intento,
Bien atrevido pardiez!

Y esperó en la calle estrecha
Al fingido penitente,
Sin cuidar que le amedrente
Otra vez su aparición.
Pasado hubo largo tiempo,
Cuando salió solitario
El fantasma sanguinario,
Que marchó sin dilación.

Don Diego le sigue absorto,
Sin perderlo de su vista,
Pues que ha encontrado la pista,
Es forzoso ya seguir.
Después de cruzar cien calles
La visión y en pos don Diego,
Que ansía con desasosiego
Tal misterio descubrir;

Llegó por fin el fantasma
A una misereble puerta,
A la que después de abierta,
Se metió sin precaución.
Don Diego le pone un signo,
Y "vamos! ya he descubierto"
Dice "al personaje incierto
Que nos puso en confusión".

"Me le envió Satán, no hay duda,
Pues que resarcirá mi oro
El prometido tesoro
Del avaro Regidor".
Con la esperanza del premio
Así alegre platicando,
Se fue con calma mirando,
El espacio en derredor.

VIII

LA JUSTICIA

Está el sol en el oriente
Entre nubes de coral,
Cual espléndida lumbrera
Luciendo en sagrado altar,
Disipando las tinieblas
De medrosa oscuridad,
Con que entoldara la noche
Del mundo la alegre faz:
Empieza otra vez la bulla,
La algazara y el afán,
En que veloz gira el orbe
En eterna actividad:
Las gentes que van y vienen
Caminando sin cesar,
Vieron en grupo parados,
Cerca de un pobre portal,
A un Alcalde y seis corchetes,
Que con severo ademán
Querían se abra la puerta,
Do existía la señal
Que hubo marcado don Diego
En la noche de ansiedad,
En que viera aquel fantasma
En menguada hora y fatal,
Más de esperanza colmada
Para el insigne truhán,
Que ha pasado, con el premio,
Toda la noche en soñar.

—

ALCALDE—

El de casa abrid la puerta,
Abridla en nombre del rey,
Que así lo quiere la ley
Y es forzoso obedecer.
—Cual canto de ondina pura
Que en los mares resbalara,
La voz argentina y clara,
Contestó de una mujer.

MUJER—

Ignoro qué la justicia
En mi morada pretende,
Más por cierto no me ofende
Que acatarla quiero yo.
—Dijo y la puerta en el quicio
Con sonido suave y blando,
Corrió sobre sí girando;
Luego el Alcalde allí entró,
Una mujer de pálido semblante,
De lánguido mirar y expresión triste,
así como se viste
la forma del dolor.

Ante el Alcalde se postró temblando,
Cual purísima y cándida paloma,
cuando ve que se asoma
milano destructor.

ALCALDE—

Decid, mujer, ¿el fantasma
Que la villa entera agita,
En dónde está, o en dónde habita?

MUJER—

No entiendo lo que decís.

ALCALDE—

Anoche ha entrado a esta casa,
De lo dicho estoy seguro,
Y por mi vida os lo juro
Que he de dar con él aquí.

MUJER—

Mentira, señor, mentira,
Vilmente os han engañado,
Pues que nadie anoche ha entrado,
Os lo juro por mi honor.
Nadie por mí se interesa,
Que en el mundo de falsía
Vivo sólo en compañía
De mi punzante dolor.

ALCALDE—

Dadme todas vuestras llaves,
Id a registrarlo todo (*a los corchetes*)
Con cuidado, de tal modo
Que nada dejeis pasar.
-A tal orden los corchetes,
Se esparcieron por la casa
Y comenzaron sin tasa
En tropel a registrar.

MUJER—

Mirad, señor, que ultrajáis
A la ley, si de manera
Os comportáis tan severa
Con una pobre mujer,
Que abandonada en el centro
De mar revuelto y profundo,
Sin que haya un eco en el mundo
Que le pueda responder.

Hiende en su barquilla débil
Por entre rocas y azares
Las olas de sus pesares
Agitadas por turbión.
Mirad mi faz macilenta
Empapada en la tristura,
Ved, mi llanto y mi amargura
Y mi tremenda aflicción.

La voz que lamenta y gime,
La voz que siempre suspira,
No es la voz de la mentira,
Es la voz de la verdad.
Es la verdad en mi labio,
Lo que en las hermosas flores
La fragancia y los colores,
Y en el cielo la beldad.

Os prometo que no hay nada
Que a la justicia competa,
Que en mucho la ley respeta
Esta afligida mujer.
Ordenad que esos verdugos
Al punto con vos se vuelvan,
Y mi alcoba no revuelvan
Con infame proceder.

—En esto el fantasma
Del blanco crespón,
Con paso marcado
Y lento salió;
El rígido Alcalde,
Al ver tal visión,
De horror conmovido
Convulso tembló.

Y entonces el bulto,
Con recia extorsión,
Satánica risa
Al aire lanzó;
Y el eco al instante,
Con hórrido són,
La risa estupenda
Veloz repitió.

Fue un soldado que encontrando
En excusado desván.
Una máquina de alambre,
Envuelta en blanco disfraz,
Salió cubierto con ella
A acusar la criminal
Con la prueba más precisa
Del delito más audaz.
Tranquilizóse el Alcalde
Al saber motivo tal,
Y la mujer en angustia
Toda se puso a temblar.

Diabólica.
Crugiente,
Furente,
Fatal,
De sus labios
Fría risa,
Se desliza
Sin igual.

¡Oh momento
Crudo y fiero!
Más ligero
Ya pasó;
Que entonces
Su sino
Ferino
Cumplió.

ALCALDE—

Decid en nombre de Dios,
¿Con qué intención criminal,
Con esta máquina informe
Alarmáis a la ciudad,
Vagando sola y perdida
Con tan siniestro disfraz?....
—La mujer a tal reproche,
Sin poderse dominar,
Mordiendo su labio pálido
Salió con fiero ademán;
El Alcalde y los corchetes
Salieron también detrás,
Luego a la Matriz llegaron
Y entraron todos allá:
Sacó la mujer entonces,
De su nicho sepulcral,
Una caja funeraria
Que abrió con su mano audaz,
Y dejó ver un cadáver
Medio corrompido ya,
Vestido con paramentos
De la orden sacerdotal,
Y con una voz tronante
Cual voz de la tempestad,
Que cuando en el cielo brama
Aterra al triste mortal
La mujer les dijo así,
Inspirada por Satán:

"Este hombre que veis aquí,
Por Dios vengarme juró;
Más ¡ay! no me vengó, no,
Y de este perverso....sí....
Ved cómo me vengo yo".

Frenética se abalanza,
Cual furia de destrucción,
A mascarle el corazón:
Era el genio de venganza
En su bárbara explosión.

Y con infernal crugido,
Con diabólica alegría,
Ese corazón podrido,
Hasta la mitad comido
Con rabia y furor mordía.

Con salvaje complacencia,
Con extorsiones extrañas,
Con delirante insolencia
Sacó todas sus entrañas
Y las rasgó con violencia.

¿Qué ser maldito era aquel,
Que por costumbre venía
A la Iglesia, do comía,
Convidada de Luzbel,
Un muerto con saña impía?

¿Y con qué color fatal
Podré pintar esta escena
De maldición infernal,
Y aquella furia del mal
De exterminio y horror llena?

Lo que infierno con su aliento
Entre sus llamas lanzó;
Y al ver su obra retembló
Conmovido en su cimiento,
No se puede pintar, no.

EPÍLOGO

Era esa mujer maldita
Mi triste y pobre Teresa,
Que en una y otra empresa
Enfangó su terso escudo;
Se vengaba de don Alvaro,
Porque éste no la vengó;
Que a don Leandro no mató
Porque no quiso o no pudo.

El Alcalde de horror lleno,
Mandó de allí la arrancaran
Y a una cárcel la llevaran
Para juzgar su delito.
Pasó el tiempo arrebatando
Gloria, riqueza y poder,
Y no volvió a aparecer
Teresa al mundo maldito.

Muchos pensando en el caso,
Pretenden y con razón,
Que la santa Inquisición
Hizo de ella un escarmiento;
Y que la huérfana en Lima,
En medio a su tribulanza,
Sin completar su venganza,
Murió en terrible tormento.

Y otros dicen, yo lo creo,
Que el tal Regidor prolijo,
Por no acriminar al hijo
La justicia ejecutó,
Sin que nadie se aperciba;
Y que lo hizo con tal maña,
Que no se supo en España
Lo que en Potosí pasó.

Pero don Diego y don Leandro
Muy largo tiempo vivieron,
Y al fin....creo se murieron,
Pues eso siempre sucede;
Que en este mísero mundo
Todo el que vive se muere....
Si uno vive como quiere,
Al fin muere como puede.

A la vista de este cuadro,
Reflexionando el lector,
¡Qué estragos hace el amor!
Dirá temblando de miedo;
Más no le asuste mi historia,
Porque el amor hoy en día
Sólo es pura fruslería.
Que en verdad no vale un bledo.

No hay ya esas pasiones fuertes
De abnegación exclusiva,
En las que sólo un ser viva
Reinando en el corazón.
Ya se ve....en nuestro sistema,
Hoy, del poder soberano,
Un pueblo republicano,
Se hace igual distribución.

Cada cual tiene un derecho
Al amor de una mujer,
Cuyo pecho viene a ser
Como un registro civil.
Esta marcha alternativa
Lleva en sí mucha ventaja,
Uno sube y otro baja,
Y en pos de uno vienen mil.

Con resultados felices,
Hoy se aplica a los amores,
El sueño de los Doctores,
El sufragio universal.
La nobleza y democracia
Se disputan el poder,
Más, *realista* la mujer
Proclama al *poder real.*

Siento no sea mentira
Esto que en amor sucede:
Pero porque no se enrede
Mi estilo en otra cuestión,
Y me vea en el apuro
De decir otras verdades,
Sin vanas formalidades
Concluyo mi narración.

Más, si inmoral os parece
Mi leyenda y baladí,
Ved, la culpa no está en mí,
Sinó en don Leandro y Teresa;
Si creeis el verso flojo,
Sin pureza y mal escrito,
No es cosa ni es gran delito,
Y por cierto no me pesa.

Si por estas mis dos faltas,
Algún criticón postema
Me lanza crudo anatema,
Con saña fiera, importuna;
Vivo, diré con Zorrilla,
En tan dulce excepticismo
Que se me importa lo mismo
Por las dos que por ninguna.

Cochabamba, 1853.

LA VOZ DE JEHOVA

A LA SEÑORA MARIA JOSEFA MUJIA

DE M. C.

Era noche: se hallaban silenciosas
Del fabuloso pueblo potosino
Las calles por el hielo. Borrascosas
Las nubes, en confuso torbellino,
Nadan en el espacio sin destino.
Ya se apiñan,
Ya se estienden,
Y se hienden
Sin cesar,
Y flamean
Por el viento
Con violento
Desplegar....
Vestiglos son acaso que en lo oscuro
Aéreos y vacilantes se deslizan?
Luchan al parecer:
Con sus ecos de trueno aterrorizan,
Con sus armas de rayos electrizan,
A su furor, va todo a perecer!.....
Quiza en su pugna frenética
Rasgan su seno, inclementes,
Y estallan efervecentes
Relámpagos mil y mil.....
Entonces hierve la tierra,
Se incendían bosques enteros;
Convierte de roca oteros
En polvo el rayo febril.

Los huracanes sañudos
A la voz de estos vestiglos
Jénios del horror, que ha siglos
Su imperio han plantado aquí,
En ráfagas se desatan;
Con sus miradas se animan,
Destructores se encaminan
Por el munco baladí.

*
* *

Tal era la noche; conjunto ajitado
Que a los moradores del orbe tenía
En larga agonía.—
El niño lloraba al seno apretado
De su tierna madre. Los malos temblaban;
Y todos oraban.

*
* *

En estas noches el cielo
Suele su ángel enviar,
Algún sublime misterio
En el mundo para obrar.
En estas noches derrama
Su santo temor Jehová;
Para castigar al hombre
O llamarlo hácia El quizá.

En estas noches del trueno
En el hórrido bramar,
Su voz se escucha tremenda
A penitencia llamar.

En estas noches se ve
De la centella al brillar,
El rayo de su mirada
Los espacios abrazar.

Ante el fulgurar sulfúreo
En la densa lobreguez
Se electriza el homicida.
Cae el puñal a sus pies.

Tiembla el hombre, su miseria
Encontrando allá en su *yo*,
Envuelto entre las tinieblas
Y el mal en que se sumió.

Al dilatarse lejanos
En el ámbito sin fin
Unos tras otros los truenos
De un confín a otro confín,

Lúgubres se repercuten
En el alma criminal,
Cual del Eterno la voz
En el gran día final....

Y la tormenta se aleja
Dejando en la humanidad
La compunción, el espanto,
La luz de la caridad.

Retirándose nos queda
Vaga idea del poder,
Y de la ira omnipotente
Del inenarrable Ser.....

En estas horas envía
Su ángel esterminador
Que al atravesar el éter
Llena el orbe de estupor.

En estas noches derrama
Su santo temor Jehová
Para castigar al hombre
O llamarlo hácia El quizá

*
* *

Así fué: entre esa niebla
fría impenetrable, un ser
se desliza misterioso
hundido en la lobreguez;
traspone una encrucijada
tuerce una esquina también;
arrebujado en su capa
avanza sin timidez.
No parece reparar
los faroles en vá y ven
que el viento rechinar hace,
las vidrieras que a sus pies
caen hechas mil pedazos
de la una y otra pared.
Traspone una esquina y otra,
y otra vez más, y otra vez
sin que le amedren las sombras
ni le hagan estremecer
el crudo frío cortante
y los ruidos cien y cien.

Llegando a una puerta llama.
responden de adentro—
—¡Quién!
Soy yo, padre....
—¡Qué me quieres!
—Confesión!.....
—Espera, pues.

Tornó a reinar el silencio.
Se oyeron pasos después.
Crugió la puerta del claustro,
y apareció en el dintel
un mercenario embozado,
cual del otro mundo un ser
entre sus albos cendales,
El hombre cae a sus pies;
el pide bañado en lágrimas
con dolor e inmensa fé
que le escuche en confesión.

Bostezando y con desdén—
Ven tras mí—le dice el fraile.
Dó marchaban sin saber
le siguió en las galerías
confiando en el Dios que lée
de la conciencia en el fondo.
El religioso después
abrió del templo la puerta,
una vez entrando en él
se arrellenó en un asiento,
y el penitente a sus pies
se postró con humildad.

*
* *

La tormenta atronando entre las bóvedas
Del sagrado recinto continuaba;
Del Santuario la lámpara oscilaba
Penetrando las sombras con su luz.
Se oyó el gemír del hombre arrepentido
Resonar en el templo sonoroso;
En sus ámbitos huecos el sollozo
Vagó siniestro con su capuz.

Al fin se oyeron voces que decían:
—Piedad, señor!
—Pidad?.....no la tuvisteis!
—Perdón, padre!....
—No, no, que le ofendisteis
De una manera sin ejemplo.....atroz;
La copa de piedad ha rebosado
Del juez eterno entre las manos santas!.
—Ay! mis culpas, Señor, son tantas, tantas!
—Y abominables!!!
—Ah! piedad, mi Dios!!....
Por un largo relámpago flamíjero
El templo iluminóse en este instante
La airada faz del fraile y la humillante
Posición de la víctima se vió!
Del mártir del Calvario augusta efijie
Que en el altar cercano se veia
Estendiendo su diestra excelsa y pía
Con vagorosos ecos así habló:

"*Absuélvele: sus culpas he lavado*
Con mi sangre vertida sobre el Gólgota"
El ministro del cielo hizo aterrado
El signo de la santa redención
Del pecador sobre la frente. El cielo
Serenóse al instante cual las nubes
Del crímen, que envolvían con su velo,
Del absuelto el contrito corazón.

Sucre, julio 7 de 1875,

UN SANTO NIÑERO[1]

DE I. M. CAMACHO

Muriéndosele estaba a Juanita Veisaga de Gomez su primer chiquillo, un angelito acabado de nacer, pero no como Dios manda vengan a la vida los niños, sanos y rollizos, sinó macilento, enclenque, enfermizo y *ainda mais* sietemesino.

Gomez, desesperado, no quiso asistir a la agonía de su criatura y se salió fuera congiéndose con ambas manos la cabeza.

Quedé, pues, sólo, digo mal, quedé con el Doctor y con la viejecita doña Engracia, comadrona esa vez por comedimiento, novelera y gruñona, como pocas, puro fatigas y hace que nada hace y fastidia que da dolor de cabeza.

—Ay! nuestro Padre san Nicolás de Tolentino, obra pues tu milagro!,—decía y repetía la vieja hasta el cansancio, en tanto que el recién nacido daba los últimos latidos de su existencia.

No le oyó, sin duda, nuestro Padre san Nicolás de Tolentino, porque el chico se murió.

—En fin—dijo el Doctor al contemplar el cadáver del parbulíto—la ciencia no puede nada cuando natura no ayuda.

Yo suspiré recordando que era el presunto padrino del muertecito.

Y doña Engracia se puso a gruñir:

—¿Qué valen remedios ni boticas? No se le ha encomendado al niño a nuestro padre san Nicolás de Tolentino, y por eso ha muerto.

—¿Y qué virtudes obra con los niños nuestro padre san Nicolás de Tolentino, señora doña Engracia?

—Bah! y no ha de saber usted, cuando dicen que eso ya está en libros.

La presencia de Gomez interrumpió la charla que empezaba.

Momentos después me retiré y fuíme a casa de un amigo que con general aplauso ha dado en la flor de ser bibliómano ó bibliófilo, o para mejor decirlo, bibliógrafo, apasionado por lo antiguo, gran verdugo de polillas y telarañas, y discreto apuntador de noticias históricas. Era día de su santo y hacíale los acostumbrados cumplimientos.

—¡Hombre, don Nicolás! (tal se llama]—le dije acordándome de doña Engracia—¿qué cosas hace con los niños su santo Nicolás de Tolentino?

1.—Esta misma tradición se halla referida por don Ricardo Palma, en la que lleva por título LA MODA EN LOS NOMBRES DE PILA, inserta en este mismo tomo—Sobre el mismo argumento ha escrito el tradicionistas potosino *Brocha Gorda*, con el rubro PUES TE LLAMAS NICOLÁS, VIVIRÁS! que la insertaremos en lugar correspondiente de este tomo. N. del E.

Mi amigo sonrió a la pregunta y me advirtió que su santo era Nicolás de Bari, obispo y confesor. Más, como es un surtidero inagotable y siempre complaciente, de datos, documentos y curiosidades históricas, refirióme punto por punto ciertas cosas a mi pregunta pertinentes; y hacerlo a mi vez se me ocurre, quizá ignoren la conseja mis lectores y pueda que les sirva en teniendo *guaguas*, *bebés*, o niños, que todo es uno.

Treinta años cabales hacía desde que se descubrió el Cerro de Potosí, y por mucho que allí fueran españoles y españolas a avecindarse y formar familia, no era posible hubiese niños; suceso grave y fuera del órden, no al poco celo conyugal debido, sinó a los fríos horribles que allí reinan y que daban muerte por congelamiento a las criaturas.

Y no es punto como para estarse en citas de autores eso del clima de la Villa Imperial. Con pasar dentro de sus goteras algunas semanas se llega a paladear estas *sabrosas* inclemencias de la *puna brava*. ¡Barajolines con el friazo! Como carámbanos se quedan los pies, las manos se entumecen, las narices se ponen como en estado de reuma y a uno le da dentera crónica de tanto tiritar. En el invierno las nevadas, y en otras estaciones los vientos *tomabis;* si el prógimo no se hiela se resfría, y si del resfriado no le vienen pulmonías, coge por lo menos una carraspera de darse al diablo.

No me dejarán mentir las crónicas. En agosto de 1557 cayó tal nevada en once días continuos que la nieve subió a más de una vara de alto, murieron muchas gentes, y no pudo en cuarenta días descuajarse el hielo.

En octubre de 1567 cayó también tal suerte de granizo por espacio de dos horas que era cada grano como huevo de paloma y eran más grandes algunos. Cuanta casa con techo de paja había, fué destruida. Al derretirse el granizo se formó un rio caudaloso que se llevó toda una *ranchería* pereciendo ahogadas en ella más de treinta personas.

¡Qué raro, pues, que no soportasen tan crudo frío y tan espantosas tormentas las criaturas recién nacidas?

Las vecinas de la villa no hallaban remedio a tanta desdicha, y aún cuando se iban a los valles a dar a luz a los frutos de su vientre, no bien tornaban con ellos a la Imperial como los perdían.

Entre estas vecinas, ninguna como la bellísima doña Leonor de Guzmán para morírsele sus hijos.

Seis había tenido, que los seis habíansele muerto.

—¿Qué valen tesoros y comodidades si hijo no tenemos?—solía decir quejosa y desesperada doña Leonor a su marido don Francisco Flores,

Estos esposos, en verdad, gozaban de pingües rentas: dos mil pesos de a ocho reales cada semana, amén de otros cachivaches y otras gollorías y no recordamos cuales otros adminículos de más.

¡Que tiempos los pasados y como se han trocado! Ayer con tener tanto caudal en pesos del rey, era el límite de la humana ambición, un chiquitín. Hoy con tener unas cuantas pesetas se creen ya las gentes con derecho a alzarse hasta el quinto cielo.

Don Francisco Flores sufría las mismas congojas que su cara mitad; pero más sereno en sus pesares, solía responderla suspirando:

—Conformarse hija mía, que ha de ser de Dios el no darnos herederos.

Pero doña Leonor estaba inconsolable. Ni cómo había de resignarse a tamaño infortunio si otra vez sentía agitarse en su seno un nuevo niño?

Esposo y amigos la aconsejaban se fuera a los valles.

—No iré allí—rezongaba la acongojada dama—que tantas veces he ido y otras tantas de vuelta a la villa perdí mis hijos. Parirlo hé a éste en Potosí es mi ánimo, y Potosí se lo trague de nuevo, si así la voluntad de Dios es.

Es el caso que un día, estando de lo más afligida doña Leonor de Guzmán, entró a visitarla el P. Prior de San Agustín, y notando su abatimiento, así la dijo:

—Diríasme, doña Leonor ¿por qué han llorado esos ojos?

—Padre,—respondió aquella—dolores son del alma que me agobian.

—Tanta es tu desdicha que al llanto acudes?

—Ah! si vuestra paternidad supiera la causa que me mata.....

—¿Qué es pues? Dílo, hija mía, que, con la intercesión de los santos, Dios suele poner enmienda.

Satisfízole doña Leonor, y no bien hubo acabado de contarle el motivo de su aflicción el Prior la dijo:

—Qué poca almita te acompaña doña Leonor, y qué poca fe. Encomiéndate a nuestro padre san Nicolás de Tolentino y espera en Dios nuestro Señor que parirás con bien y te sobrevivirá el heredero.

Agradeció el consejo la aflijida señora y prometió novenas y ricas ofrendas al santo, y llamarle Nicolasito al que naciere, y si hembra fuese, la cosa era lógica, llamarle Nicolasita.

Aún no atino a figurarme cómo tendría que componerse el señor de Tolentino con este empeño. A no ser santo, seguro estoy que habría exclamado amoscándose:

—Yo comadrón, por San Ramón Nonato, váyase noramala quien por tal quiere tomarme, pues abogado soy de náufragos y panaderos y oficio mío no es partear.

Pero nuestro Padre san Nicolás de Tolentino no fué jamás de cáscara amarga, suspicaz ó resentidizo, y al oir las preces de doña Leonor, intercedió tan a maravilla que el día de la Natividad del Señor, sintióse la noble señora con los dolores, fuése al lecho y allí dió a luz un niño, hermoso como el sol, sano, robusto y asombro de los vecinos: nació a los nueve meses cabales, de pié, y sin indicio de salud afectada.

Pusiéronle por nombre el de Nicalás, vivió lozano y fuerte, y fué el primer fruto de vientre que se logró de cuantos hasta entonces en Potosí nacieron.

De ocho años lleváronselo sus padres a Lima, y allí, Nicolasito Flores, floreció en virtud y letras: doctor fué de la Universidad y Rejidor en aquel ilustre Cabildo.

Tan grande favor por doña Leonor alcanzado, se divulgó en todas partes. Y desde entonces, cuanta dama potosina se daba a las *concepciones* no hacía sinó ofrecer el fruto a San Nicolás.

El santo la escuchaba, y las cosas venían a pedir de boca.

Tanto se adiestró en el nuevo oficio San Nicolás que no erraba parteo, y todos los niños alcanzaban vida y hubo en esos tiempos tal emjambre de Nicolasitos y Nicolasas, que el forastero podía sin peligro de equivocación llamar con este nombre a cualquier criollo, seguro de ser oido.

Y por tan irreprochablemente histórico tengo lo referido, sobre todo, lo de la *nicolasería*, que si se ha de recorrer documentos de esa época, no bien se dice potosino, se ha dicho ya Nicolás.

¿Y no tenía su razón la viejecita doña Engracia en reirse de médicos y boticas como de cosas fútiles é inservibles, decantando tan sólo las excelencias de nuestro Padre Nicolás de Tolentino el *Santo Niñero* de Potosí.

Diciembre 6 del 87.

DE J. M. CAMACHO

FRAY BERNEDO

«Reza muchacha quedo, no te mire fray Bernedo» cuéntase que decían las mamás a sus pimpollos, allá en la Villa Imperial de Potosí, por esos años en que Dios guardaba la vida del rey y señor de Españas é Indias don Felipe IV.

Y las mozuelas al oir tal encargo volvían instintivamente la vista atrás, con aire entre esquisitivo y medroso como quien a la vez anhela y teme encontrarse con los ojos de algun atisbador mancebo.

Y, sin embargo, fray Bernedo, hacía marras que pasára a mejor vida. Mirarlas el lego no podía ni aún queriéndolo; pero a tal punto eran temidas todavía sus miradas que, no embargante su muerte, nadie que no fuese moro o judío, gran tuno o descreido, se creía libre de ellas.

Es que fray Bernedo, cuando estuvo sobre la tierra, miraba a los diablos.....!

Y si el lector pone en esta verdad duda, vaya a preguntárselo a don Bartolomé Martinez y Vela, autor de los Anales de la dicha Villa; y si tiempo no tiene para hacerlo, prosiga esta lectura, pues el tal don Bartolo tampoco da audiencia personal, si no sea en los cielos, adonde en estos pecaminosos tiempos es dificilillo aportar.

Dice, pues, el susodicho cronista que en 1601 llegó de España a Potosí el siervo de Dios fray Vicente Bernedo, religioso de nuestro Padre santo Domingo y asombro de virtudes.

Era el bendito una cosa así como Santo, si tal no lo era, pues tenía la doble vista, esta que nosotros los desterrados poseemos y la otra con que se mira a los espíritus y toda esa gente incolora que dizque en el mundo pulula. En las edades que atravesamos ya no hay de estos mirones, quizá porque también ya no se habla de aquellos espíritus con luengas astas, uñas puntiagudas, rabillo enroscado y olor a azufre.

Fray Bernedo asistía, pues, en el convento de Santo Domingo, y en esto como en todo lo dicho al cronista me atengo, y me atengo, y me atuviera, así mismo, a las doctas plumas que escribieron la vida y milagros del siervo de Dios, si a la mano me cayeran esas sus escrituras como le cayeron sin duda a las de don Bartolomé.

Cuando a Potosí llegó, tenía fray Bernedo 18 años cabalitos; así que fué en Potosí donde el leguito se dió a los misticismos, y fueron esos

fríos aires los que le tornaron varón preclaro. Tal virtud en el airecillo de Potosí se mantiene intacta todavía, infundiendo a sus habitantes amor patrio, valor civil y juicio recto, cosas por cierto de dar envidia.

Según lo dije yá, fray Bernedo solía ver a los diablos. Y como lo cuenta Martinez y Vela, estos animalitos le hacían el mismo efecto que las cosquillas: fray Vicente soltaba la risa a carcajadas, y esté o no en solemnes ceremonias, tenía que apretarse la barriga con ambas manos: no fuera que sin esta precaución se desternillase o reventase.

En un día del año del Señor de 1610 fué fray Bernedo acompañando a otros religiosos al oficio del Cabildo, con cierta diligencia.

El Cabildo que estaba situado en la que se llamaba plaza del Regocijo y que hasta hoy es con ese nombre conocida, barrunto, por los potosinos, era lugar poblado por toda suerte de clientes, pues, siendo Potosí país minero, sobraban pleitos y querellas, y quienes con razon, cuales sin ella, íbanse todos a rebatiña tras las mercedes de doña Justicia por allí sentada con sus rábulas y escribanos.

Los religiosos y fray Bernedo con ellos, hacían por lo mismo, lujo de humildad en el porte y de recogimiento en el semblante así que se llegaban por esos barrios: hipocritilla costumbre no olvidada hasta ahora y que la practican sin reparo todos, así sean los siervos de Dios o los del diablo.

Pero nuestro fray, en llegando al cabildo y como viese que a él acudían los escribanos, se salió de la moderación; olvidó el recogimiento, y con una espontaneidad y franqueza que daba gusto, echóse a reir con tales extremos que fué motivo de general extrañeza y de no escasos murmullos.

Los religiosos se santiguaron confundidos, y hubo uno que le dió un pellizco al pobre lego en aquella parte, que así no más no se nombra.

—¿De qué os habeis reido hasta escandalizar al Cabildo y ponernos bajo tan mal predicamento?—interpelóle el Superior una vez de vuelta en el convento.

—Perdone, su reverencia—respondió el lego reilón;—motivo fué que vi entrar al Cabildo tanta multitud de demonios tras los escribanos y con tal prisa, que se cayeron unos sobre otros.

Otra vez, en 1615, fray Bernedo ayudaba a la misa al P. Prior y a punto de alzar la hostia, de improvisc, sin ocasión, a lo que parecía, echóse a reir comenzando por una estrepitosa carcajada.

Feligreses y Prior rezaron sendos credos para no verse incursos en el pecado de tamaña irreverencia.

Acabada la misa, el P. Prior entróse a la sacristía con el siervo de Dios y le requirió dijese la causa de tan estupenda alegría.

—Sabrá, vuestra paternidad,—repuso el lego,—que en vez de oir la misa dos mujeres, se estaban parlando divertidamente, y que, cerca de ellas, un demonio escribía, a gran prisa, en un pergamino aquello que las mujeres decían.

—Y qué!—observó el Prior que tomaba a impostura el cuento del lego:—¿habreís de estaros estrellando siempre contra la escribanía y enderezándole epigramas.

—Líbrenme de ello María Santísima y la corte celestial,—replicó fray Bernedo;—que no esta allí el nudo, sinó en que faltándole el pergamino al demonio y no dejando las mujeres de parlar, cogió por el un cabo de la pieza con los dientes y por el otro con las dos manos, y tan grande tirón diera por alagarlo que rompióse el pergamino y fuese de espaldas el lucifer al suelo. Porrazo igual en mi vida he visto.

En otra ocasión (pero esto ya no lo cuenta don Bartolomé Martínez y Vela) llamaban las campanas del convento a la misa mayor, y fray Bernedo que se estaba en el átrio tomando el sol, como es uso cuando se siente frío, vió venir una dama de fuste, cual sólo Potosí pudo y supo tener: saya de a doscientos pesos, de a ocho reales vara, jubón con pedrerías, chapines con tachuelas de oro, digo pues, una potosina del partido de los *vascongados*, una de esas *Nicolasitas* de gran calibre, a quien cautivara y redujera el principal de aquel bando, con el brillo de su espada, con la fama de su coraje y con el peso de los marcos de plata de que era pródigo.

La dama al caminar hacía sonar hasta los fustanes, y con ser apenas manceba, estaba tan pagada de sí, que no envidiaría a la más pintiparada minera de su época.

Pero fray Bernedo la miraba.....

Erase por el mes de febrero, y en Potosí, desde que nuestro padre san Agustín fué constituido en patrón de la villa, solía llover a cántaros.

En la víspera de aquel día que lo traemos a cuento, había llovido, y en las calles se habían formado charcos, fangos y otras humedades.

La dama topó, pues, delante del átrio con un barrizal, y confiando en la agilidad de sus piececitos alzóse con sin par coquetería las faldas de su saya y, trás, trás, pegó un salto más mono y tentador que dengue de marisabidilla.

Fray Bernedo que la miraba, soltó al mismo tiempo una gruesa, sonora, interminable carcajada.

La dama notólo con el más soberano disgusto y, roja de rubor y de enfado, se le encaró al fraile y le dijo:

—Decidme, señor lego, miraron vuestros ojos agravio alguno a la honestidad y al recato cuando yo saltaba el charco?

Pero ¡qué había de responder el lego! Fray Vicentito se reía a más y mejor, sin desprender la vista del fango.

—Cuenta monigotillo mal enfrenado—prosiguió en tono amenazador y exaltándose más y más la dama—que si no me lo decís, haré que os lo requiera el P. Prior, y entonces sabréis reir sorbiendo lo que lloreis.....

Pero el lego no daba tregua a la risa.

—Quereis acaso decirme con vuestras estúpidas risotadas que os lucí vergüenzas, lego embustero y sarna del convento?—profirió ya fuera de sí la soberbia potosina.

Esta vez el lego, rie que rie, se limitó a extender la mano y apuntar con el índice el barrizal.

Amoscada como nunca la criolla, a quien dolíale más el que se le reían que no el que se lo hubiesen visto, cogió del cerquillo al lego y le estrechó a responder.

La pregunta así accionada, era ejecutiva. Paróle la risa a fray Bernedo y, una vez repuesto exclamó señalando siempre al charco.

—¡Cómo sale tan embadurnado!

Y volvió a la risa.

La dama creyó loco a Fray Bernedo, y aun cuando no le creyese, manifestó hallarlo tal y lo abandonó, procurando ganar de una vez las puertas del templo.

Unos gordos religiosos del convento que habían sido testigos de la escena, acercáronse entónces a fray Bernedo y le preguntaron:

—Qué dimes y diretes fueron esos y cuál fué el pleito, fray Vicente, con esa señora?

El siervo de Dios, que diera por fin remate a su risa, explicó la causa:

—Nunca diéranme, como ahora, tal hartazgo de buen humor estos pícaros demonios. Figuráos que uno de estos se venía sentado como en carretela en las colas de la saya de esa dama. No bien esta saltó, aquel fango, el demonio que se estaría desprevenido, sin duda, cayó en él patas arriba y tanto se enredó en su propio rabo que en balde pugnó mucho rato por reponerse. Cuando salió daba grima de tan embadurnado.

En 1619, pasó a gozar de la vida eterna y no contando sino 57 años, este bendito siervo de Dios.

Al decir del cronista, a quien por tantas veces he traído a colocación, estuvo su bendito cadáver en la Iglesia de Predicadores, o de Santo Domingo, o de la Compañía mayor, que con todos estos nombres fué la suya conocida, y estuvo entero, tratable y oloroso, obrando innumerables milagros con los moradores de Potosí.

Y, cuidado, que los hacía como para dejar pasmados a los mismos incrédulos y sacarme molde.

Vaya la historia de uno sólo, en gracia de estos recuerdos.

En 1661 un delincuente perseguido por el corregidor Sarmiento, corrió a pedir asilo a la Iglesia de Santo Domingo. El sacristán, a quien movió a compasión se dió trazas, en su apuro, para meterlo en una urna y colocarlo en la sacristía en lugar del cadáver de Fray Bernedo al cual lo mudó a otra caja en el *De Profundis*.

Casi al punto entró el corregidor y olfateando por cerca de la urna gato encerrado, pidió se la abrieran so pretesto de venerar los santos despojos.

Abriéronla, quieras no quieras, los religiosos y ¡milagro patente! en vez del perseguido estaba el cadáver del siervo de Dios, entero, tratable y oloroso.

—Cáscaras! que se me va echando a perder el olfato—murmuró el corregidor, y se retiró al *De Profundis*, no sin haber venerado las reliquias.

—Y esta otra caja?—preguntó en viendo la otra urna, a la que momentos antes había transportado el sacristán los restos de fray Bernedo.

Los frailes sudaban tinta, al creerse ya cogidos en la red.

—Abridla!—dijo el bravo corregidor.

La abrieron.....

Y fray Bernedo se estaba también allí, entero, tratable y oloroso.

....

Hoy por hoy, no se conseguiría un fray Bernedo ni para remedio.

¡Qué de cosas no viera el siervo de Dios con sólo abrir los ojos y darse una vueltecita por estos andurriales.

¡Quizá viera que el demonio ya no camina suelto porque ha visto que se está con más comodidad y ménos expuesto a percances, metido en el cuerpo y posesionado del corazón de los mortales.. ...!

ROCHUNO

Orígen de este Bolivianismo

DE JULIO CÉSAR VALDÉS

I

Hay palabras y frases vulgares, nacidas en momento oportuno, aceptadas por el uso en el lenguaje de una nación y que se imponen por la fuerza de la costumbre. Esas palabras y esas frases, forman la familia de los *ismos* en el Diccionario oficial de la lengua castellana.

El Diccionario ha aceptado, por simple deferencia, las voces netamente americanas. Los literatos de la península, encariñados con el purismo de Cervantes, de Lope y fray Luis de León, se resisten, con seráfico rubor, a usar en sus escritos las palabras de orígen americano. Si la casualidad, o la mala fortuna, les obliga a emplear algún americanismo, ya tienen dispuesta su salva-vidas en la frase de estilo—*como dicen nuestros hermanos de América.*

Pero estos temores de conciencia desaparecerán, mediante la mancomunidad literaria que se establece ya entre España y las Américas.

II

Rochuno equivale a moneda falsa, de mala ley.

El adjetivo *rochuno* ha entrado con general aceptación en el idioma castellano y se ha introducido no sólo en el romance populár, sí que que también en el lenguaje culto. Es *bolivianismo.* Y es uno de los bolivianismos que, con razones más sólidas que los otros, puede golpear a las puertas de la Academia Española, pidiendo carta legal en el idioma de Cervantes.

—Esta *chaucha* no pasa.

—¿Y por qué no pasa?

—Vamos! no vé U. que es *rochuna?*

Este diálogo se escucha cada día, en el mercado, en las pulperías, en las tiendas de trapos y en los grandes almacenes y bancos. Y esto a pesar de que la moneda *rochuna* ha desaparecido aún antes que la de Fernando VII.

¡*Rochuno*!

¿Qué significa esto?

Si el lector quiere saberlo, baje la vista al renglón siguiente y fije su atención en el párrafo—

III

Era allá por los años de 1647, alcalde provincial de la Villa Imperial de Potosí don Francisco Gomez de la Rocha.

Las crónicas potosinas colocan el nombre de Rocha entre los más notables de la ciudad fabulosa, que tanto ha dado que hablar a los historiadores y poetas.

Rocha poseía seis millones de pesos adquiridos lícita y laboriosamente; pero Dios ha hecho al hombre de tal manera que su ambición no se satisfaga nunca, aun cuando, como Alejandro, domine el mundo y, como Carlos V, llegue a las cimas más altas de la gloria y del poder. A don Francisco le pareció un puñado de frejoles su respetable fortuna. Quiso aumentarla rapidamente, de cualquiera manera, aun cuando fuese a costa del sacrificio de su vida y su honra. Se cegó. Buscó la amistad del ensayador de la Casa de Moneda, estableció una gran fábrica de falsa amonedación y derramó su dinero, con profusión, en todos los grandes centros comerciales del Alto y Bajo Perú.

Ha dicho el Espíritu Santo «nada hay oculto debajo del sol». Esta sentencia, sospechada antes de la palabra del Espíritu Santo y confirmada con la experiencia de los siglos, no tiene vuelta quedarle, estan cierta como el discurso de la burra de Balaam. Y no lo tomen a broma los lectores; porque si las *mujeres aullan* (1) es posible que las *burras hablen,*

Como iba diciendo.....

Rocha veía cada minuto crecer su fortuna y los ojos de la avaricia, que antes le hacían ver los seis millones como puñado de frejoles, ahora le hacían ver la fortuna adquirida de mala fe, como la montaña donde Satanás se propuso tentar a Cristo. Todo marchaba viento en popa. El negocio estaba al parecer asegurado y la señora Justicia, a la que pintan vendada—y con razón—no veía nada, absolutamente nada.

¡Pero quién hubiera dicho que el diablo fuese tan envidioso y tratase de hacer un flaco servicio a los suyos!

En un santiamén y antes que salte una pulga, los socios se pusieron en un desacuerdo completo y la *hidra de la anarquía* [estilo ministerial] destruyó la labor paciente y productiva de Rocha y compañía.

En este caso sucedió lo que sucede en todos los casos. El que menos tiene que perder es el más intrasigente. No faltó diablo que dijo:—Rocha tiene que rifar su fortuna, su honor y su vida; yo.... ¡psch!.....yo sólo voy a perder esta misérrima existencia. ¡Cáscaras! húndase Rocha y hundámonos con él.

Hecho y dicho.

La justicia abrió sus ojos de Argos y echó mano del principal socio, de Rocha.

Paréntesis. Antes le gustaba a la Justicia habérselas con los ricos, los grandes y los nobles; sin rodeos y sin miedo. Hoy, sea por vieja o por flaca, no tiene fuerzas ni valor para lidiar con los poderosos y se contenta con extrangular a los pobres diablos de las clases ínfimas de la sociedad.

1 Frase histórica, empleada por uno de nuestros oradores en el Congreso de 1889. (N. del A.)

¡Y en qué manos cayó el infeliz Rocha!

¿Ustedes han oido hablar de Nestares Marin?

¿No? Pues escuchen, antes de horrorizarse,

Era Nestares Marin el Ricafort de Potosí. Hombre sanguinario y cruel, tenía todos los instintos de la hiena. Hizo temblar a la Villa Imperial y «doblegó su altiva cerviz», según nos dice Martínez y Vela. Este hombre infundió tal terror a todos los vecinos de Potosí que nadie, en los últimos momentos de su vida, se atrevió a decirle que recibiera la Extremaunción. Este Nestares Marin se llamaba don Francisco y era Presidente interino de Chárcas. El conoció como juez en el juicio seguido contra Rocha y tuvo a bien sentenciarlo a garrote.

Otra circunstancia perdió al desgraciado Rocha, mejor dicho, decidió a Nestares a dar muerte inmediata al reo. La chismografía sopló a los oidos del Presidente que Rocha había jurado hacerle tragar el *bocado* el día que menos pensase su usía.

Rocha ofreció para salvar su vida la suma de 400,000 pesos. Nestares los rechazó. Cuando el rey tuvo conocimiento de este incidente, reprendió severamente a Nestares Marin; porque, decía S. M. y decía bien,—más valía aceptar aquella cantidad por *las urgencias del erario,* que sacrificar la vida de un hombre.

El poeta Juan Sobrino, entre otras estrofas, pone en boca de Rocha la siguiente:

"En un confuso tropel
Juntos venis a mirarme,
En esta plaza, a notarme,
Cómo estoy en un cordel.
Fué mi riqueza oropel,
No surtió ningún provecho;
De mí honor me ha derribado
Cuando ententí ser honrado
Con un Hábito en mi pecho."

Se refiere al Hábito de Calatrava que Rocha compró de España y que no llegó a usar.

Nestares reselló una parte de la moneda falsa y despreció la otra. A la primera se llamaba *rodaces* y a la segunda *rochuno.*

El *Lunarejo* [don Juan Espinosa Medrano] poeta peruano del siglo XVII, en el poemita que con el título de *Silvas* dedicó al vizconde del Portillo y que tiene por argumento la muerte de Rocha, dice:

«Ya todo patacon tiple ha quedado,
quiero decir, capado;
pues le han quitado dos, y los tostones
chiclanes quedan, cuando no capones,
porque les quitan uno,
que a todos los capó fuego Rochuno».

La muerte de Rocha, aunque arreglada en todo a las leyes, fué sentidísima. Rocha no pudo contar con la impunidad de nuestros días. Llegó muy temprano. Hoy se ejerce el oficio con tranquilidad y la moneda *rochuna* suele a veces tener ley mejor que la garantizada por las autoridades; habiéndose visto en épocas no lejanas, el curioso fenómeno de solicitarse con premio la moneda de cierto empresario particular.

Nestares Marin murió en 1657, repitiendo estas gráficas palabras: *¡Si como he servido al Rey hubiera servido a Dios, qué distinta fuera esta hora!* Entre las poesías que se escribieron con motivo de su muerte, registra Vela en sus *Anales* unas décimas muy fluidas, al parecer hijas de la misma pluma de Sobrino. Una de ellas dice:

«Tocó la fama el clarín
En todo aqueste emisferio;
Miedo me tuvo el imperio
Que fuí Nestares Marin.
A Rocha di muérte en fin,
Y al soberbio Potosí
Humilde a mis plantas ví;
No en blasonarme anticipo,
Mas sabe mi rey Filipo
Qué ayer maravilla fuí».

Los tesoros de Rocha pasaron a la region misteriosa de los *tapados*.

IV

El adjetivo *rochuno*, que ha recorrido ya dos siglos y pico sin perderse en el curso de tan largo tiempo; que cuenta con los atavios de la tradición y el apoyo de la historia; que se ha hecho indispensable en el lenguaje popular de este país, en el que los descendientes de Rocha nos ahogan con los *rochunos* de plomo— merece ser inscrito en el Diccionario de la lengua, entre los *ismos* valientes que han penetrado a ese templo de las letras.

El bolivianismo *rochuno* queda presentado a la Academia Española por este humilde servidor de ustedes.

(Del libro "Siluetas y Croquis").

EL CRISTO DE SAN LORENZO

TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH

I

En la parroquia de San Lorenzo, de Potosí, venérase la imagen de un Santo Cristo de madera, de gran tamaño, y es una de las efijies más antigua de aquella, en otros tiempos, grande, opulenta y espléndida ciudad.

Corría el año de 1688, y gobernaba la Imperial Villa, el General don Pedro Luis Enriquez, conde de Canillas de Torneros y Caballero de la orden de Calatrava, hombre benigno, cortés, virtuoso y de muy estimables prendas, según lo afirma Martínez Vela, en sus *Anales de la Villa Imperial de Potosí.*

En esta época, dice el referido autor, que gozó Potosí de muchos siervos de Dios, dignos de perpétua memoria, por sus esclarecidas virtudes; sobresaliendo entre ellos, el Padre Felipe Albízuri, de la Compañía de Jesús, a quien por su sabiduría y virtud, lo llamaban el Apóstol de Potosí; Fray Juan de los Rios, Fray Pedro de Ulloa y Fray Pedro de Santo Domingo, de la órden de Predicadores; el Padre Juan de Zereceda, Rector de la Compañía de Jesús; el presbítero Juan de San José; Fray José Weld, de la órden de San Francisco; la Madre Josefa de Jesús, abadesa y fundadora del Convento de Carmelitas; la sierva de Dios, Juana de Chirinos y el Presbítero Francisco Aguirre, que murió en el referido año de 1688, después de haberse consagrado a la práctica de la virtud y haber asombrado por sus penitencias.

II

El clérigo Aguirre, uno de los hombres más ricos de la riquísima Villa Imperial de Potosí, había sido en su juventud, uno de los más galanes y profanos que escandalizaban con su conducta a la imperial ciudad.

Era tal su profanidad, dice la crónica, que siempre vestía sotana y manteo de las más ricas y costosas sedas, felpas y rasos, armadores de finísimas telas, coletos bordados de oro; y era tal la fragancia que los perfumes de sus ropas despedían, que se sentía a más de una cuadra de distancia.

Estando en la flor de su edad y en su mayor lucimiento, olvidando a Dios, tenía toda su voluntad entregada a una bizarra y bellísima dama, a quien amaba con delirio, con una de esas pasiones ciegas que a más de un clérigo han perdido para siempre.

Prescindiendo de esta falta era don Francisco un hombre muy caritativo, instruído, inteligente, de excelente carácter y magnánimo corazón.

Un día dióle a la dama un mortal accidente que puso en peligro su vida. Dn. Francisco no dejó en la ciudad médico ni medicina que no la trajese, pero nada le aprovechaba y la enfermedad hacia rápidos progresos.

Cuando los médicos, después de una larga consulta, declararon que ya no había remedio y que la dama se moría, salió desesperado el clérigo, y al pasar por frente a la iglesia de San Lorenzo, se le ocurrió pedir a Dios por el alivio de aquella mujer a quien frenéticamente amaba.

Entró en la iglesia, que estaba solitaria, y arrodillándose al pie del altar, pedía fervorosamente a la imagen del Santo Cristo por la salud de la dama enferma, cuando, en lo más ferviente de sus ruegos, parecióle que se movían los labios de la sagrada imagen, y oyó una voz que, como saliendo de la divina boca, le decía: «Francisco, como tú sanes del alma, ella sanará del cuerpo».

Profundamente impresionado y cubierta de llanto la faz, se echó por tierra el hasta entónces enamorado clérigo y con verdadero dolor de su corazón y poseido de sincero arrepentimiento pidió perdón al Señor por las ofensas que le había inferido, y saliendo de la iglesia, se dirigió a su casa, todo arrepentido; distribuyó sus riquezas entre los pobres y dos días después, se retiró a vivir en una de las celdas de la iglesia de Jerusalén, donde permaneció hasta su muerte, vestido de tosco sayal, consagrado a la práctica de las virtudes y haciendo las más severas penitencias.

La dama se alivió; pero no volvió a ver a su galán.

El cadáver del clérigo Aguirre fué sepultado en la misma iglesia de Jerusalén, y escribió su vida, que es realmente la de un santo, el padre jesuita Pedro Lopez Pallares, pue fué confesor suyo.

1889.

TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH

SONKO MICCUC

Corría el año de 1645 y gobernaba la opulenta Villa Imperial de Potosí el General Juan Vazquez de Acuña, caballero de la órden de Calatrava.

Entre los amigos del gobernador, había un jóven español de noble cuna, clara inteligencia y gran fortuna: el mismo que cortejaba a una bella señorita potosina de antecedentes en nada inferiores a los suyos.

Existía entre ambos jóvenes palabra de casamiento; compromiso que en aquellos tiempos se respetaba tanto como el juramento y que nadie podía violar impunemente, como sucede ahora.

Trato de matrimonio en tiempo de nuestros abuelos, era lo más sério del mundo, y era rarísimo e inperdonable el caso de que un novio,

como acontece con muchos en nuestros días, faltara a su palabra y dejara a la novia, *a la luna de Valencia* y más fresca que una lechuga.

Sin embargo, así lo hizo nuestro enamorado galán, y el día menos pensado por la dama, sin decirla *ahí quedan las llaves*, se casó con otra.

Y aquí parece terminada esta vieja historia que con harta frecuencia se repite en todas partes, no sólo en Potosí.

Pero la presente no terminó en el consabido matrimonio, como acaban tantas novelas.

La desairada novia ardió en celos y en indignación y juró en sus adentros vengarse del pérfido que tan inicuamente la engañara y tan en ridículo la pusiera.

Había pasado algún tiempo, cuando una noche en que el jóven se hallaba en un meson charlando y bebiendo con entusiasmo entre varios camaradas, disfrazada de hombre, penetró en él la engañada novia, y sin ser notada, arrojó una buena dosis de veneno en la copa de su antíguo amante, saliéndose luego del meson.

Pocas horas después, el infortunado jóven era cadáver, habiendo pagado con la vida, la violación de su palabra y el perjurio de sus amores.

La Justicia practicó desde el momento, las más sérias y activas diligencias, pero estérilmente; pues no le fué posible descubrir al asesino.

Al dia siguiente, el cuerpo del envenenado se sepultaba en una de las naves de la iglesia Matriz, en la cual, desde esa noche se oyeron ruidos terribles, todas las noches de las diez adelante, espantando a los sacristanes y hasta a los transeuntes, que aseguraban que el alma del envenenado *penaba* allí.

Los ruidos continuaban todas las noches, hasta que en una de ellas, un clérigo guapo que si no tenía miedo a los vivos menos lo tenía a los muertos, resolvió *afrontar la situación*. A las ocho de la noche se ocultó con gran cautela en un confesonario, de la Matriz, resuelto a descubrir el orígen de aquellos ruidos nocturnos que ya traían tan asustados no sólo a los sacristanes y los vecinos de aquel barrio, sino a los de toda la Imperial y opulenta Villa.

El clérigo permanecía quieto y en el mas absoluto silencio dentro del confesonario, cuando, a poco de las diez de la noche, oyó un leve ruido y vió salir de detrás de uno de los altares, una enlutada que, con paso lento se dirigió al sitio donde estaba sepultado el cuerpo del envenenado; removió el sepulcro, sacó el cadáver del ataud y abriéndole el pecho con un puñal, le estrajo el corazón, que después de contemplarlo largo rato en sus manos, le punzó repetidas veces con la punta del toledano puñal que llevaba, y estrujándolo con los dientes, comió un pedazo de él, volviendo después a colocarlo en el pecho del cadáver, que otra vez encerró en su tumba.

Cuando después de concluida tan terrible y antropófaga operación, la enlutada se disponía a salir del templo por una claraboya, el clérigo que lo había comprendido todo, salió del confesonario y dió un grito, señal convenida con dos sacristanes y dos ajentes de la Justicia, saliendo de la sacristía, donde más muertos que vivos de susto, estaban apostados, se apoderaron de la burlada amante, de la envenenadora del novio traidor, que ésta y no otra era la enlutada, a quien desde ese momento, llamó el pueblo la *Sonko miccuc*, que en quechua quiere decir: la come corazón.

1890.

DE JOSÉ MANUEL APONTE

EL SANTO CRISTO DE BRONCE

I

Doña Magdalena Tellez fué allá por los años mil seiscientos sesenta y tres de la era cristiana, una real moza, criolla, viuda, rica, mujer de pelo en pecho y con más ínfulas que un militar novel de espada limpia, y ciertos aires de nobleza de abolengo; pues en la portada de su casa, había un escudo de la madre España, labrado en alto relieve sobre piedra de sillar.

Excusado parece añadir que con tantas prendas personales como *reales*, tenía Dña. Magdalena más pretendientes que una cartera ministerial y que a todos se les hacía agua la boca y se les caía la baba por conquistar el corazón de la viuda; cosa que, a decir verdad, era para deseada y no había mancebo que, desde muchas leguas a la redonda, no viniese a rendir culto a tan sin par belleza, pero a la larga, todos se retiraban medio cariacontecidos, porque la dama no era de las que daba pronto a torcer el brazo.

Que si el difunto marido fué bueno o malo, no lo dicen las crónicas de aquel tiempo, ni yo tampoco. Menos he podido saber cómo se llamaba.

Por entonces gobernaba la Villa el General D. Gomez de Ávila de la órden de Calatrava, 21 en número de los Corregidores de Potosí, y a quien dos años después depusieron del cargo los belicosos moradores de la Villa, por haberse hecho intolerable su gobierno, habiendo fallecido a poco, envenenado.

II

No sabré decir por qué motivos llegaron a ser enemigas mortales, Dña. Magdalena y Dña. Ana Roéles, legítima esposa de D. Juan Sanz de Barea; pero el caso es que se aborrecían cordialmente y no perdían ocasión de hacerse recíprocos agravios.

Cierto día, en que debía tener lugar una función religiosa en el Templo de la Compañía de Jesús, Dña. Magdalena ocupó maliciosamente el lugar destinado para Dña. Ana, con cuyo motivo se armó entre ambas rivales una escandalosa pendencia, a vista de cuantos allí estaban y sin respetar ni la santidad del lugar. En defensa de Dña. Ana, salió su esposo Dn. Juan, quien le sacudió a la viuda una furibunda bofetada,— de cuyas resultas salió ésta echando pestes y maldiciones, y jurando vengarse pronto.

Pasó algún tiempo, y la rencorosa viuda no perdía la esperanza de tomar la revancha, como que lo había intentado varias veces, infructuosamente.

Persuadida de que por sí sola, nada podría avanzar, se decidió a entregar por segunda vez la mano, ya que no el corazón, a quien quisiera tomar venganza por ella; pues que ésta fué la condición única del matrimonio.

Muchos de los antiguos pretendientes, algo timoratos, no sintiéndose con piernas para esponer sus costillas y aun la vida, se retiraron de la casa disimuladamente, bajo frívolos pretextos. No faltó un pelaire que sin más mira que la de amanecer rico, aceptó las proposiciones y casó con la noble viuda, quien vino a ser esposa del contador, vascongado, Pedro Arrechua,—hombre prudente y nada amigo de andar fresco ni con su misma suegra.

No dicen las crónicas quien fué el Cura que les echó la bendición y con ella una cruz más pesada que un fardo de tocuyos de contrabando.

Pasaron y vinieron días y semanas y el S. D. Pedro ni resollaba; quizá por que a esas horas prefería el saborear la luna de miel, que buscarle tres pies al gato.

Entre tanto, Doña Magdalena se volvía puro bilis y no pasaba día sin que le recordase a su esposo el solemne compromiso. Ni por esas; el flamenco novio, no era de aquellos que meten la mano al fuego por otro, o quien sabe si había olvidado sus juramentos con más facilidad que un Diputado olvida las ofertas a sus electores.

La de Arechua, que por todo habría pasado, menos por verse cruel y ridículamente burlada, exijió, impuso, refunfuñó, pero en vano, hasta que el fin se decidió a tomar venganza por sus propias manos, pero no contra Doña Ana sinó contra.....su marido D. Pedro, a quien quiso darle una lección dolorosa como para que no olvidase él ni los demas maridos habidos y por haber y sirviese de ejemplo sangriento a las generaciones venideras.

III

No hacía mucho que los nuevos esposos se habían retirado a la poética hacienda de Mondragon, propia de Doña Magdalena y situada a una legua río abajo de la aldea de Tarapaya, como quien dice a seis leguas de la Imperial Villa; cuando una tarde, insistió por última vez Do-

ña Magdalena, para que sin más demora se llevase a cabo la proyectada venganza.

Tampoco dicen las crónicas cual sería ella,—porque ésto fué un secreto que sólo ambos pudieron saberlo.

El resultado fué que en un abrir cerrar de ojos la señora mandó amarrar con sus criados y colonos al contador, y sin oir súplicas ni gimoteos, hizo crucificar en la gran cruz que tenía preparada, y lo llevó a un pequeño cuartito de la casa, dondo permaneció el infeliz.

Todas las mañanas, tenía cuidado la viuda de hacerle comer lo necesario, como para que no se muera de hambre, y después le pinchaba el cuerpo con un alfiler amarillo que lo dejaba como si fuese en una masa inerte. Al día siguiente se repetía la operación y el pobre Arechua soportaba otro alfiler. Ella se retiraba sin proferir una palabra, pero sedienta de venganza y probablemente haciendo de cuenta que su marido era su enemiga Doña Ana.

Al fin, espiró la víctima después de muchas semanas de martirio, pero Doña Magdalena siguió clavándole un alfiler diariamente, hasta que el cuerpo quedó paulatina, pero totalmente cubierto de alfileres y no hubo campo para otros, de tal suerte que más que un hombre, parecía aquel un *Santo Cristo de Bronce.*

La Justicia, que a veces husmea con tino, olvidando su tradicional pereza, tomó cartas en el asunto; y no contentos los jueces con saberlo de lejos, se trasladaron a Mondragon donde la viuda les hizo una espléndida recepción digna de mejor causa y sin darse por entendida. Si no fueron tratados en la mesa como unos Duques, al menos comieron como unos Bernardos.

Mientras recibían y despachaban testigos y hacían la inspección de la casa, el alguacil andaba en requiebros y zalamerías con la cocinera, muchacha alegre y rolliza. Como buena amiga, confío a su prometido el terrible secreto de que la comida de esa tarde estaba *condimentada*; e hizo plato aparte para ella y su Adonis. La viuda y su cocinera abrigaban la confianza de que los Jueces no saldrían vivos de su casa.

Pero el alguacil, que sin duda no tenía pelos en la lengua, corrió a denunciar el hecho; de cuyas resultas los Jueces y los Alguaciles se pusieron en movimiento y sin pérdida de tiempo apresaron a Doña Magdalena y los criados, sin exceptuar ni a la cocinera y junto con las ollas y potajes, dieron cara vuelta a Potosí el mismo día, temerosos de que por la noche les jugase la viuda alguna partida serrana.

Ignoro al cabo de qué tiempo terminaría el juicio. Lo que puedo asegurar es que la trasladaron a Chuquisaca, de donde la trajeron para ahorcarla publicamente en esta Villa, apesar de que los vecinos se suscribieron con 200 mil pesos para rescatarla de las manos del verdugo y aun el Arzobispo se arrodilló sombrero en mano a los pies del Presidente de la Audiencia, solicitando la conmutación de la pena. No hubo remedio y fué ejecutada.

IV

Mondragón, goza desde entónces de triste celebridad. Sobre todo existe allí un cuartito, el mismo donde murió Arechua, y en el que no hay sujeto que pueda dormir.

Muchos indivíduos que han ido allí de paseo y a quienes, tal vez por malicia, se les ha proporcionado por alojamiento el terrible cuartito, han salido despavoridos y por poco no se han tirado al río, que está cerca. (1)

Los incrédulos o que al menos aparentan serlo, dirán seguramente que aquello son visiones que resultan de una imajinación nerviosa o de la predisposición del ánimo; pero aseguro que, según cuentan personas doctas, todo es verdad. Y si lo dudan, vayan a pasar una noche en el cuarto del *Santo Cristo de Bronce*, que no les quedará ganas para repetir la visita.

Potosí, octubre de 1889.

Y YO LE DIGO LO MISMO

DE JOSE MANUEL APONTE

I

Estoy convencidísimo hasta la pared del frente, caro lector, que esto de morirse es un mal que no tiene remedio.

Hay quienes se mueren de hambre, de indigestión, de debilidad, de robustez; unos fallecen en la infancia, otros de puro viejos. Muchos se destapan los sesos o se ahorcan; y la mayor parte de la gente, se muere contra su voluntad. Y sé de buena tinta que, en los casos de epidemia, han muerto varios con el contagio. También suelen haber algunos que se mueren de miedo, verbi-gracia: los militares; que en esto de morirse cada cual tiene su manera de hacerlo, como cada cual tiene su modo de matar pulgas. En todo caso, el provecho es para las gentes de sotana, para los médicos y boticarios.

Santo y bueno que se mueran los que quieren, pero los que no piensan lo mismo, por qué se han de morir a *forcióribus*? De aquí se infiere que la señora muerte es soberanamente déspota; cosa incomprensible en estos tiempos de libertad, en que el sufragio popular es la expresión neta y genuina de la voluntad electoral.

¡Si se suprimiera la muerte, así como se han suprimido las Comandancias generales! Ni para qué pensarlo, si las Cámaras nada hacen en favor del país.

1.—Esta referencia no es exacta.— Tampoco existe el aludido cuartito, en cuyo lugar se han levantado nuevas construcciones. (N. del E.)

Pero tengo entendido que a la larga, la civilización dará al traste con la muerte, y entonces su presencia no será tan pavorosa, como la de un cobrador, por que hablando, acá inter-nós, el acreedor y la muerte son uno en persona: aquel arrastra sin piedad a la cárcel y ésta al cementerio. Y válgame Dios que así como es difícil encontrar fiador para un deudor, así debe serlo allá en los dominios de Lucifer y que ningún Santo quiera arrostrar la menor responsabilidad.

Una de las fatales consecuencias que acarrea la muerte, cuando hay herencia, es la de que los herederos hacen la división y partición a capazos, dejando una bonita parte de sus bienes en poder de los albaceas, abogados, escribanos y procuradores, por un peso más o un peso menos.

Nuestros abuelos y bisabuelos (a quienes Dios tenga en su santa guarda), se morían en conciencia, con arreglo al charlatanismo de los curadores de esa época, los modernos se mueren con arreglo a la Clínica y Terapéutica. No sé cual de estos sistemas sera mejor.

Pero, ya es tiempo de entrar en materia.

II

Cosa muy sabida fué, hace un siglo y pico, que en la casa mortuoria, la pieza destinada para las señoras, no podía contener más que almohadones enlutados, que se colocaban junto a las paredes, para las personas del bello sexo que iban a dar el consabido pésame.—Las dolientas y sus visitas, acurrucadas en un oscuro rincón, apenas alumbrado por una cera bendita, permanecían abismadas en un profundo silencio, levemente interrumpido por los suspiros, pensando las primeras en la herencia; y las segundas, en despedirse lo más pronto.

En cuanto al sexo macho, la cosa era distinta.—La luz del día penetraba libremente en la estancia que ocupaba; y las sillas, bancas y mesas, nada podían temer al ostracismo.

Allí, reinaba más libertad para fumar y charlar, y aun se podía criticar en voz baja al doliente, dueño y soñar de la casa.

Tocaba por lo general, en esos tiempos, poner término a la visita al más anciano o más caracterizado de los circustantes, quienes se aproximaban, para despedirse, al doliente; y por no repetir todos lo que el primero había dicho, se contentaban con articular la ya usada frase: *y yo le digo lo mismo.*

Sucedió pues, en cierta ocasión, que, habiéndosele muerto la cara mitad a un alto personaje, de empolvada peluca, sus amigos diéronse prisa a felicitarlo, digo mal, a darle el acostumbrado pésame.

Habiéndose levantado uno de ellos para retirarse, se aproximó al viudo, y en vez de dirigirle algunas palabras de consuelo, le advirtió al oido. que su peluca estaba mal puesta y que la compusiera; pues la parte correspondiente a la nuca estaba en la frente, debido a que se había mesado el pelo, olvidando que era postizo.

Y *yo le digo lo mismo*, añadió el que seguía; y nuestro afligido personaje giró la peluca, creyendo que se refería a ella.

Y *yo le digo lo mismo*, repitió el tercero; y el viudo volvió a componer su peluca.

Y *yo le digo lo mismo*, refunfuñó el cuarto amigo; y la peluca siguió andando.

Y *yo le digo lo mismo*, agregaron uno por uno, los demás; y la pobre peluca, siguió girando, buscando probablemente el polo norte de aquella respetable esfera; hasta que, aburrido de tantas advertencias, esperó a que saliera el último amigo para tirarla al rincón y amarrarse la cabeza con un pañuelo.

III

Cada año se reune el Congreso; y lo primero que hace, es acercarse cortesmente al Ejecutivo y decirle: *y yo le digo lo mismo*, para que componga su peluca, que está mal puesta: se sobreentiende que es para que combia el Ministerio. El jefe del Ejecutivo, suele ser alguna vez complaciente.

Un diputado novel, de dudoso talento, interpela al Ministro, sobre si ha dado algunos pasos para declarar vacantes a las viudas. Y con tal motivo, venga bien o venga mal, pide que la Cámara censure al Ministro.—A poco otro diputado, elegido por una provincia que no conoce, hace alguna *interpeladura;* y corroborando lo expuesto por su H. colega, concluye magistralmente: *y yo le digo lo mismo*, al Ministro, como quien dice: si mi H. colega le dice que U. es un asno *yo le digo lo mismo*.

Un periódico de oposición, cuyo propietario anda metido en cierto contrabando de tabacos, registra en sus columnas, un artículo contundente contra el Gobierno y sus agentes, por que persiguen a los contrabandistas.—Los demás periódicos, del círculo, responden en coro *y yo le digo lo mismo*.

Un orador de taberna, jarra en mano y cigarro en boca, abrumado por el licor, maldice y reniega de su patria, por que le han quitado el puesto o más claro, el sueldo—Los que le oyen, absortos de tanta sabiduría, contestan por turno: *y yo le digo lo mismo*.

Y ninguno sabe lo que dice, pienso yo, allá para mi capote.

De aquí se colige que en opinion de todos los descontentos políticos, el Gobierno jamás hace una cosa acertada; y que es necesario, indispensable, que cambie constantemente la posición de la peluca gobiernista.

Y pongo aquí punto final, con una filosófica reflexión: los hombres hablamos, por que.....tenemos boca.

Potosí—1888.

DE JOSÉ MANUEL APONTE

EL ARCO DE UNA IMAGEN

I

Potosí, la Imperial Villa de Felipe II, ofrece a la consideración de propios y extraños, dos aspectos distintos, excepcionalmente fecundos, que constituyen su riqueza: sus minas y sus tradiciones.

De las primeras nada nuevo tenemos que decir, por que hace ya tres siglos y medio que la fama divulgó, hasta en los más remotos países del globo, la noticia de sus poderosas entrañas, de sus finísimos metales e incalculables riquezas, aglomeradas allí como a porfía. Y tanto que el inmortal Cervantes, no pudo menos que hacer mención de Potosí, en su monumental obra, Don Quijote, legítimo orgullo de la literatura española.

Las segundas pertenecen todavía casi intactas, esperando talvez mejores tiempos para salir a luz, paulatinamente, cuando Potosí tenga como Lima su Ricardo Palma o como el Cuzco, su Clorinda Matto de Turner.

Bastará recojer sus tradiciones, dispersas, para que por sí solas, formen el mejor florón de la literatura boliviana.

Pero no se diga que ese valioso tesoro literario permanece oculto del todo, entre las frígidas alturas que rodean la ciudad; por que, si bien, algo se ha escrito sobre la pasada grandeza del afamado mineral, ha ocurrido que muchas de sus tradiciones aparecen figurando en otras Repúblicas de Sud América como cosa propia; con lo cual dicho queda, que no solo están expuestas al robo las riquezas materiales, sino también las literarias, para engalanarse a costa ajena y relatar marávillosas tradiciones, arrebatadas a su legítimo dueño.

II

Dejemos ahora en paz a los ingenieros y charlatanes, ocupados en borronear papel, pintando planos; no pensemos en los proyectos de los empresarios sin plata, preocupados siempre con las sociedades anónimas; ni en los dividendos de los pobres accionistas; ni en los que lloran sus cuotas perdidas; ni en los juegos de bolsa, esquilmadores de bolsillo; ni en los administradores que hacen negocios por su cuenta y que mienten una vez, para comprar acciones baratas y vuelven a mentir para realizarlas a precios fabulosos; no pensemos ni en los demás empleados, barreteros y todo ese enjambre de mineros, que viven acariciando la idea de retener diamantes entre sus múltiples bolsillos, algunas libras de metal, y sigamos haciendo nuestras calicatas sobre las vetas litera-

rias. trabajando a planes y con algunos recortes laterales; sin que nos asalte el temor de que se nos agüe el socavón, o sin que para ello tengamos que ocurrir á la autoridad, solicitándolas por hectáreas, ni señalando el punto de partida, ni los colindantes o pidiendo las demasías, publicando los pedimentos, ni armando pleito con los vecinos por un metro más o un metro menos; que todo esto, es indudablemente más barato y no hay peligro de quedarse en la calle.

III

En una de las naves de la sin par Iglesia Matriz de Potosí, existe, casi olvidada del Cura y del sacristan y hasta de los acólitos, una Imagen de la Virgen de Candelaria, con la cabeza inclinada hácia el hombro derecho, en ademán pensativo, que a fuerza de verla, nadie para mientes en ella, pero que así, empolvada y medio harapienta, vale un Potosí, por que dió lugar a un suceso extraordinario, del que nada dicen los cronistas de la Villa.

Ante todo, conviene recordar que los plateros de Potosí, eran primorosos en sus obras de filigrana, de las que, aun quedan muchas muestras en la mayor parte de los Templos de la ciudad.

No se sabe quien era el Corregidor que gobernaba Potosí, en la época a que nos referimos; pero a juzgar por sus bravatas, debió ser algún gallego. Lo cierto es que pocos días antes de la festividad de la Imagen, se le ocurrió al Corregidor hacer el obsequio de un arco de plata, que debería estrenarse, en todo caso, en la fiesta.

Hizo llamar con tal motivo al mejor platero y quieras o no quieras, obligóle a que trabajase el arco, amenazándolo, por vía de estímulo, con la horca.

El infeliz compró cuanta plata y cobre había menester; contrató mayor número de oficiales; tomó las dimensiones del arco, como para que estuviese cabal y emprendió la obra a toda máquina, digo a todo fuelle; por que el plazo era corto

La víspera de la fiesta, el arco ya estaba concluido y sólo faltaba asegurar las planchas sobre el armazón de madera. Se hizo un ensayo para cerciorarse de la exactitud matemática de la obra, y el resultado fué satisfactorio.

IV

Al día siguiente, un gentío inmenso llanaba desde las primeràs horas de la mañana las anchurosas naves de la Matriz; ansiosos como estaban todos, de presenciar la colocación del precioso arco y asistir a la fiesta de la Iglesia.

Pero ¡quién lo creyera! el arco salió pequeño y no pudo caber.

Todos se miraron con ansiedad—

El platero estaba aturdido.

El Corregidor zapateaba de cólera y creo que arrojaba espuma— Los notables censuraban al operario y el Cura le echaba asperjeos y maldiciones, en castellano.

No había remedio, todo estaba perdido, hasta el honor.

El Corregidor que bramaba de coraje y apostrofaba mejor que un sarjento de artillería, mandó prender allí mismo al platero y que lo llevasen a la horca—¡Y, ni cómo presentar siquiera un escrito!

En tan duro trance, ocurriósele al desesperado artífice, arrodillarse a los pies de la Imagen e interrogarle de por qué le jugaba tan mala partida. Rápido como si un rayo de luz hubiese alumbrado su mente, levantóse, tomó el arco con ademán resuelto, lo colocó, en su sitio; y entonces la Imagen inclinó la cabeza a la derecha, para que tuviese cabida el famoso arco, pasando sobre la corona y rematando las estremidades en la peana.

Todos quedaron estupefactos.

El milagro estaba patente; y no había discusión.

De hecho el platero quedó en libertad y durante muchos días no se habló de otra cosa, que del milagro.

De resultas de esto, no volvió aquel a tener tratos ni contratos con los corregidores; y tampoco ellos debieron haber tenido más brabatas con los del gremio que ya saben a que atenerse.

V

Desde aquella época, conserva la Imagen esa posición, algo incómoda; pero no se conserva el arco ni se tiene noticias de su paradero.

Y si algún aficionado a la arqueología quisiera saberlo, échese a averiguar por esos mundos.

TRADICIONES

POR

VARIOS AUTORES

CONTINUACION

LOS MILAGROS DE SAN CRISTOBAL

DE JOSE MANUÉL APONTE

I

Durante la temporada que media entre el día de Jueves Santo y y el de Corpus Cristi, llamada de los *siete viernes*, muchos devotos, que por lo general, y salvo pocas excepciones, pertenecen a la clase obrera, acostumbran dar veladas religiosas cada viernes, en varias Iglesias de la ciudad, a las que concurren gentes de toda posición. Y aún las de la buena sociedad [como si las demás fuesen malas], no tienen a menos asistir y honrar con su presencia tan piadosas reuniones.

Allí, en el templo se dispone exprofesamente un altar portátil, conteniendo un Santo-Cristo y las inseparables imágenes de la Dolorosa y San Juan; contribuyendo a dar mayor realce la profusión de luces y flores artificiales. En el coro, déjanse oir, con lijeros intérvalos de descanso, las melancólicas notas del armonium—Las campanas, que en esos días no se dan punto de reposo, atraen sin cesar la concurrencia.

Los que *pasan* la velada se instalan, regularmente, en una habitación contigua y allí obsequian a sus convidados con aloja o chicha.—Suele acontecer que al cerrarse el día y con él la velada, una numerosa comitiva de gente, de poncho y rebozo, acompaña hasta su casa a los de la fiesta, donde ya no se convida aloja, ocasionándose con frecuencia estupendas borracheras y peleonas, que ponen en idas y venidas a los gendarmes y comisarios de Policía cuando llegan a saberlo.

II

De entre todas las Iglesias que por entonces abren sus puertas de par en par, descuella la de San Cristóbal, un tanto apartada del centro de la ciudad, pero que en los buenos tiempos de Potosí, es decir, en el siglo XVII ocupaba un lugar preferente en la Imperial Villa. Andando los años, Potosí ha caminado paulatinamente hácia el Norte, donde hoy se está sin que piense ya en moverse, a menos que sepamos.—En la actualidad, sólo quedan escombros de la grandeza pasada de Potosí, que en 1545, fundaron a la ligera los afortunados mineros Villarroel, Cotamitos y Zenteno.—Calles estrechas, tortuosas y mal empedradas; plazoletas de mezquina apariencia; casas arruinadas; solares baldíos y numerosos Templos, sucios y desmantelados, acusando la incuria de los Párrocos; son los testigos mudos de esa población que albergaba ciento setenta mil almas, a quienes alimentaron y enriquecieron los ubérrimos filones de plata del memorable Cerro.

La Iglesia de San Cristóbal sobresale, pues, de este cuadro desolador que la rodea y allí venéranse con particular devoción, dos reliquias

de la escultura del siglo XVI probablemente, y que no carecen de mérito artístico: un Santo Cristo de dimensiones naturales y una imagen colosal de San Cirstóbal, tal cual debió ser éste cuando se propuso cruzar un caudaloso rio, llevando sobre los hombros un niño desconocido, quien por su excesivo peso, le hizo proferir aquello de "Cristo me valga!" a lo que el supuesto niño, que era Jesús, le respondió: "Cristóbal te llames". Sin duda por esta feliz circunstancia, las jóvenes casaderas han hecho del Santo un seguro intercesor, para encontrar marido.

Así es que no hay soltera ni viuda que se encomiende de todo corazón a San Cristóbal, ni deje de concurrir cada viernes de aquella temporada, aprovechando de que el Templo está abierto; lo cual no sucede en el resto del año.

Las mamás, que sospechan las laudables aspiraciones de sus hijas, tienen que condescender. Y esas calles, que en cerca de diez meses permanecen solitarias, se ven por entonces asediadas de gente que sube y baja, como un hormiguero; porque San Cristóbal es milagroso y hace casar, en el improrrogable término de un año, a todas las que buscan su media naranja dulce, que después diz que se vuelve limón ágrio.

Los pollos, para quienes se presenta la ocasión de ver a sus adorados tormentos, dejan apresuradamente sus quehaceres, si los tienen, y corren desalados cuesta arriba, camino de San Cristóbal, echando un palmo de lengua y más empolvados que un carretonero; pero con los diminutos bigotes retorcidos en espiral; el pelo de la frente perfectamente engomado y formando un gracioso gancho de romana; un levitín que parece ajeno, pues apenas les cubre las posaderas; ajustado pantalón, a la moda, que dibuja las formas y no les llega a media canilla; calzado con punta, imitación cuernos; y de remate el inseparable bastón, más grueso que el cayado de un peregrino; aun cuando no hayan pisado en su vida los umbrales del colegio, que para usar bastón y enamorar, no hay necesidad de haber estudiado ni ser bachiller.

S. E., los pisa-verdes; se instalan a derecha e izquierda de la puerta principal, para ver pasar a los dueños de su rendido corazón, pero no entran al Templo, dignándose apenas, de rato en rato, asomar la cabeza medio descubierta para atisbar a la sujeta, quien a esas horas quizá le esta poniendo la soga al cuello a San Cristóbal.

III

Y para que el lector no se imagine que exagero, traigo aquí a colación a siete hermanas legítimas, de las que hoy sólo vive una en el Monasterio del Cármen bastante anciana; pues de las otras, que hace años murieron, no se sabe donde estarán.

Pasan más de cincuenta años que las buenas y fervorosas hermanas, velaban por turno cada viernes al Señor de San Cristóbal con una constancia que jamás se desmintió. Y no se crea que las tales veladas eran agua de cerrajas, sino cosa en regla. Pues, señor; todas ellas

con excepción de la monja, casaron y las que enviudaron, se volvieron a casar; de cuyas resultas, han dejado numerosa descendencia, en la que figuran hoy distinguidas matronas y caballeros, como que aquellas pertenecían a lo más selecto y respetable de la sociedad potosina. Excuso nombrarlas, por no levantar polvareda entre sus hijos y nietos, con este bien intencionado artículo.

En verdad, no es extraño que de tantos y tantas que en esa temporada suben a la Iglesia de San Cristóbal, algunos se casen aquel año; con lo cual, cada vez se confirma la reputación que se le atribuye al Santo; que hablando en plata, es un puro milagro, porque en estos tiempos de libertad, sólo don dinero hace milagros y las que no lo tienen acuden a San Cristóbal.

IV

Refiere la tradición que entre las devotas más asíduas de éste, figuraba, a mediados del siglo, una señora, madre de una preciosa y simpática niña de quince abriles, que vivía en los barrios de San Cristóbal, que por ser pobre no encontraba novio; pues, a juicio de quienes se casan con el dinero, es decir, con las que no lo tienen, el amor sin plata es cosa antigua é indigesta, ni más ni menos que comida de viernes, sin sustancia.—Vaya! Cuando Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, quién no ha vender su mano por algunas bolsas de plata, aunque después resulten vacías y salga lo del sueño del perro.

La buena madre se encomendaba de veras a San Cristóbal y permanecía las horas muertas al pie del altar, rezando sin apercibirse que la gente se había marchado ya y que corría el riesgo de quedarse encerrada. En cierta ocasión, quedóse dormida y el sacristan tuvo que despertarla, para que se retirase. Pero tanto se repitieron estas escenas, que el muy villano (no el Santo) trató de saber lo que pedía la Señora, y se ocultó tras de la imagen de San Cristóbal, mientras aquella seguía rezando a media voz. Apercibido de los deseos de la mamá que repetía sin cesar: *mi chuncu, mi paloma, azucena, dale marido a mi pobre hija*, respondió con entonación solemne: *cásala con el sacristán*!

La Señora levantó la vista, miró por todas partes como si dudase todavía y como no viese a nádie, creyó que el Santo le habia oido y le deparaba por yerno al sacristán.—Por poco no se desmayó de puro gusto y corrió a dar la noticia, que la hija escuchó con desagrado. En vano fueron las protestas de la resabida, que en sus adentros, talvez esperaba un jóven guapo, de veintidos años y rico, sin sospecha que éste se convertiría en un sacristan bellaco. No hubo remedio y la infeiiz marchó a San Cristóbal, en cuyo altar entregó la mano al venturoso apaga-velas.

Pasó un año y éste que no debía ser de buena masa, comenzó por permitirse algunas libertades y acabó por irse días enteros con los amigos a una taberna, y dió en buscar a las antiguas conocidas y no

perdía fiesta donde no fuese el primer convidado y se alzase la mona y y llegase a casa hecho una bodega a sacudirle el polvo a la mujer y propinarle sus trompadas a la suegra y pisar el gato y despertar al recien nacido y alarmar al vecindario y hacer de las suyas.

La suegra volvió en recurso de queja y le expuso a San Cristóbal sus razones. Más como éste no respondiese, lo llenó de denuestos e improperios, diciéndole, en un arranque de cólera, como para exasperarlo: *Santazo, manazas, patazas, hijo de un cuerno, así como tu cara es mi yerno.*

Se ignora lo que pasó después, pero se supone que el buen yerno diría para su capote: *suegras ni de azúcar.*

El hombre propone
Dios dispone:
El sacristan viene
Y lo descompone.

Potosí, noviembre de 1890.

DE JOSÉ MANUEL APONTE

La Procesión del martes de carnaval

I

Frente al espacioso cementerio de San Bernardo, en los extramuros de Potosí, rodeado de inmensos muladares petrificados, a cuyas faldas corren en todas direcciones los renombrados perfumes de Barcelona, se alza modestamente el pequeño Templo de Jerusalen, sobre cuyas paredes se ostentan enormes cuadros, pintados en los buenos tiempos de aquella ciudad y cuando había plata para todo.

Llaman particularmente la atención el diminuto púlpito de madera, esculpido y sobre dorado; y el retablo del áltar mayor originalmente dorado. Lo demás, revela una pobreza franciscana; como que hoy, Jerusalen es la antesala del Panteon, pues allí se deposita los muertos, para trasladarlos al día siguiente a San Bernardo, del cual sólo una calle los separa.

Venérase actualmente en Jerusalen una pequeña imagen de N. S. de Candelaria, de la que refiere Martínez y Vela, que le ayudaba a rezar el rosario al virtuoso y de feliz memoria Padre domínico Vicente Bernedo, cuando a la hora de acostarse, entraba al Templo y se arrodillaba en el altar mayor. Así debió ser, por que el Padre Bernedo murió en olor de santidad y aun se organizó expediente para su beatificación, habiendo

naufragado el buque en que iba el expediente.—Las cenizas de aquel sacerdote modelo, reposan dentro del Templo de San Bernardo, en un nicho, de los altares laterales.

Por lo que hace a la Imagen, cuéntase de ella varios milagros; y nada menos que debió ser un si es no es metida en política, de donde le provino la popularidad de que goza y los honores y atenciones que le prodigan cada año, precisamente el martes de carnaval.

II

Como las minas atraían a Potosí centenares de inmigrantes, ávidos de fortuna y poco escrupulosos, pronto se formaron grandes partidos, que se declararon un odio implacable y exterminador; sobresaliendo por su número y su audacia los vascongados y los extremeños, que aportaban de España trayendo sus rencores; pues la madre patria, acababa de salir del yugo de los moros y se trataba de reunir en la cabeza de los reyes de Castila, la corona de los pequeños reyezuelos de la Península y fundar la nacionalidad española.—Los partidos políticos de allí, perseguidos acaso por los del Santo Oficio, liaban las maletas y se embarcaban para América, en busca de oro y plata y diamantes.

De las tremendas peleonas que con frecuencia se daban ambos bandos en calles y plazas, nació un tercer partido, los vicuñas, tan temible como los otros; pero quizás más simpático para nosotros, por que como criollos, constituían el gérmen que había de producir dos siglos más tarde el ejército patriota.

Los criollos llevaban como insignia para reconocerse un sombrero color vicuña, emblema tomado del precioso animal, de rápida carrera, que habita en las altas mesetas de los Andes.

Con la presencia de este nuevo partido en el campo de combate, la cosa se puso en punto de caramelo: por que donde se encontraban, solos o acompañados, la emprendían a puñalada seca y corte recio, no cediendo hasta que algunos caían muertos y los demás ponían los pies en polvorosa.

Fuera de las escaramuzas y combates parciales, cada año se daban entre ellos, grandes batallas, ya fuese con motivo de celebrarse algun alferazgo, o el aniversario de los reyes de España o con cualquier ocasión, pues lo que importaba era echar a perder la fiesta y arremeter al Gobernador y a todas las autoridades, cuando eran del bando opuesto.

Cansado sería referir aquí las tremendas bolinas que se armaron en más de tres siglos; y bastará para nuestro objeto y solaz del lector recordar una de las mejores, o digo de las peores, por que de sólo pensarlo, se les crisparán los nervios hasta a los cajistas de la imprenta.

III

Cosa muy sabida fué, *in illo tempore*, que en los días del carnaval había de haber borrasca en la ciudad entre los malhadados extremeños y vascongados; y los vicuñas metidos entre ellos, apoyando los derechos de una de las partes como si fuesen terceristas coadyuvantes o haciéndolo contra los dos reunidos o separados, como si fuesen excluyentes. ¡Bonita debió ser la pantomima!

Pocos meses antes del carnaval, los criollos tuvieron un encuentro con los extremeños, que salieron bastante averiados de la contienda; de cuyas resultas, se hicieron amigos y aliados con los vascongados para tomar la revancha y no dejar en Potosí ni pelo de criollos.—Quedó convenida la venganza y señalada su ejecución para el carnaval de ese año, que era la ocasión más favorable, como de costumbre, aprovechando del licor, fermentado con el odio que se profesaban cordialmente.—Lo que no haga el licor, nadie lo hace; por que él vuelve a los mortales más valientes que Bayardo, más ricos que Monte-Cristo, más hermosos que Narciso, más nobles que los Borbones, más filósofos que Pitágoras, más políticos que Maquiavelo, más elocuentes que Mirabeau; y más encumbrados y excelsos que todos los hombres de la tierra.—Suele acontecer que el resultado positivo que se obtiene cuando se toma en dósis mayores tan sabroso brebaje, es que en vez de recogerse a sus palacios, rodeados de su servidumbre, equivocan el camino y tambaleándose, rodeados de jendarmes, van a parar a la Policía y pasan la noche en un calabozo, donde duermen su aguardiente.

La Policía debiera ser más circunspecta y rendir pleito homenaje a tan eximios varones.

IV

Dicho y hecho.

El martes de carnaval, un grupo alegre de criollos marchaba por la calle del Rastro, al son de sus guitarras y bandurrias, tocando el carnaval y cantando.

De improviso, se vieron asaltados y encerrados por otro grupo más numeroso, que salió de la calle de Occopampa y de las callejuelas inmediatas, donde habían estado al acecho.

Los criollos quisieron resistir, pero eran pocos y además los instrumentos de música no eran adecuados para la pelea; y huyeron como unas vicuñas por la calle del Panteón.

Al cruzar por Jerusalén, hallaron la puerta abierta y se metieron allí.—Los aliados, entraron tras ellos.

Allí, en una mesa, sobre sus andas, estaba la Vírgen de Candelaria, cuya festividad hacía pocos días que había pasado.—Los fugitivos se abrazaron de la Imagen, pidiéndola socorro en tan angustiosa situa-

ción.—La echaron sobre sus hombros; y abriéndose paso por entre sus implacables perseguidores, que no se atrevieron a profanar el lugar sagrado ni atacar a los criollos que llevaban la Imagen, salieron todos a la calle,—en improvisada procesión y bajaron hácia la anchurosa esplanada del Pampon.

Los criollos no soltaban a la Imagen; porque a pocas varas, les seguían los enemigos, cuyo número aumentaba rápidamente, esperando a que soltasen la Vírgen para caerles.

Aquello era una verdadera procesión, a campo abierto, con escolta armada, pero sin arcos, ni altares, ni curas ni sacristanes, prolongándose hasta que cerró la noche, después de haber caminado a la ventura.

Cansados al fin los extremeños y vascongados, se dispersaron no muy lejos, esperando la vuelta de los criollos, pero éstos no se dieron por entendidos y siguieron su camino, con la Imagen, por entre enriscados peñascos o profundas quebradas, hasta llegar a un sitio seguro, donde ocultaron su precioso tesoro, en una concavidad aparente; y la conservaron allí por mucho tiempo, expatriada de su Iglesia y sufriendo tal vez mil privaciones.

No se sabe cómo ni cuando la restituyeron a Jerusalén; pero lo cierto es que desde entonces fue tenida por decidida protectora de los hijos del país; y por ende, metida en sus querellas y encubridora de sus faltas,

Rasgo de profundo respeto religioso fué el de los consabidos españoles, hidalgos y caballerosos como valientes;—por cuyas venas corría la sangre de los compañeros de Don Pelayo que algunos siglos atrás, se refugiaron entre las ásperas comarcas de Asturias, en la cueva de la Covadonga, llevando consigo la protectora Imagen de Santa María.

V

Cada año, el martes de carnaval, a medio día, sale de Jerusalén, en procesión, la Vírgen de Candelaria y recorre las principales calles de la ciudad.

A su paso, se suspende el juego; los combatientes con huevos, polvos y pomos, celebran un armisticio, mientras se aleja la procesión, para volver a la carga y encaramarse a los balcones, sufriendo con imperturbable serenidad la metralla y el diluvio de agua que les arrojan las esquivas beldades que atormentan de enero a enero sus rendidos corazones.

Los beatones que aciertan a topar con la procesión se descubren respetuosamente; y si están borrachos, se callan o se meten a alguna parte.--Y hasta los jinetes, echan pie a tierra o se van por otra calle.

Sólo si que en lugar de los vascongados y extremeños y criollos, son puro indios los que acompañan la procesión.

La mujer del que pasa la fiesta, lleva el guión, guarnecido de joyas de toda forma y valor; sosteniendo las esquinas, dos ángeles, no de los del cielo, sino dos muchachos disfrazados de tales, que para más señas no se lavan siquiera la cara y llevan un calzado, por donde asoman, curiosos los pies.

Ese día es el mas grande que tienen en su vida los exheredados hijos de Manco-Capac; porque, para ellos, la suprema ambicion se reduce a tres cosas: ser curaca, pasar una fiesta y llevar el guión—Más allá ya no hay nada.

Non plus ultra.

Y claro está; desde que no pueden ser diputados, ni ministros, ni siquiera munícipes!!

Concluida la procesión, les aguarda a los convidados, en la casa del que pasa la fiesta, un abundante refrijerio, que se prolonga varios días; y algunas veces concluye en una furibunda reyerta, donde menudean las trompadas y los botellazos.

Quedan invitados los lectores.

EL PAQUETE

DE JOSÉ MANUEL APONTE

I

A cosa de diez u once leguas catellanas de Potosí, vía de Sucre y sobre el camino a la lejendaria villa Talabera de la Puna, en las inmediaciones del pueblo de Bartolo, aparece casi de improviso, en uná hondonada, la pintoresca finca de Mojotorillo, rodeada de escarpadas serranías y de colinas, desprovistas de vegetación, que la rodean como una formidable muralla de rocas graníticas.

En sorprendente contraste con aquellas moles inmensas, rojizas y tristes, coronadas por agudos picos, a donde sólo alcanzan los cóndores o los cuervos, que allí tienen sus nidos, brota en Mojotorillo, al abrigo de la inclemencia de la temperatura glacial de esas cimas, los altos eucaliptus, los álamos, los sauces, los manzanos, los melocotones, los guindos, y una variedad de plantas intertropicales—

Por el suelo crecen y se multiplican las fresas, las frutillas y otras producciones análogas, y una abundante variedad de flores extranjeras y del país, cuidadosamente colocadas en macetas, sobre las verjas o en los tajamares, de la huerta. Para colmo de dichas se cosechan los renombrados *chóclos de Mojotorillo*, que constituyen un bocado suculento para el más refinado gastrónomo de aquellos contornos, incluso Potosí.

Rozando con las elevadas paredes del jardín, corre un bullicioso riachuelo de agua fría sobre un lecho de piedras pequeñas. Los añosos

árboles que con su sombra cubren parte del río, inclinan sus ramas sobre las paredes, anhelando tal vez mojar sus fauces en las límpidas aguas que humedecen sus plantas.

En los tiempos del coloniaje, Mojotorrillo fué casa solariega, patrimonio de una nobleza extinguida con los primeros albores de la libertad; y aún hoy conserva el edificio cierto aspecto asaz adusto que recuerda la fisonomía de la aristocracia del dinero y de los apolillados pergaminos, algo metida siempre en su camisa y poco amiga de codearse con quienes no nacieron ricos o no son de su laya.

¡Bendita sea la República que dió al traste con los soberbios noblecitos de antaño, que ogaño si los hay, es de puro mentecatos!

Pero, dejando la paja vamos al grano.

II

A principios de este siglo, cuando todavía el diablo andaba suelto, divirtiéndose a costa de los timoratos; y en la época en que las brujas aún se atrevían a salir, montadas en escobas, a sus nocturnas excursiones, Mojotorillo se convirtió en teatro de extraordinarios acontecimientos, nunca vistos allí y dignos de ser contados por el mismo Edgar Poé.

Se trataba de un aparecido misterioso, como acostumbran serlo las almas que están en pena.

La noticia de haberse visto un personaje sombrío, que por la noche recorría la casa, cundió pronto por esos alrededores; y, fué tal la impresión, que produjo, que los indios de la finca huyeron prontamente, dejándola poco menos que despoblada; y muchos de los viajeros, no osaban ya cruzar cerca de aquella solitaria mansión, sino en día claro, apurando el paso de sus cabalgaduras a espuela y látigo.—Excusado parece añadir que desde el anochecer hasta que salía el sol, no había sujeto que tuviese suficiente valor para cruzar por las cercanías de la casa ni robarse los chóclos.

Largo sería referir los terribles percances que sufrieron los descreidos que se aventuraban a pedir posada en la casa.

Basta para nuestro objeto evocar del sueño de la muerte, el recuerdo de un distinguido caballero doctor en leyes y jurisprudencia, algo sordo, que andando el tiempo, llegó a ser nada menos que Ministro de Estado; pero que, en el tiempo a que nos referimos, no soñaba seguramente con la cartera ministerial, ni con las Memorias ni con las interpelaciones.

Nuestro personaje, que para más señas era casado con una de las propietarias de Mojotorillo y que como tal, tenía derecho para llegar a la finca y dar órdenes, resolvió en cierta ocasión, en que viajaba a Sucre, hacer noche en Mojotorillo y ocupar precisamente la sala del Paquete, que con ese nombre era conocido el héroe de esta leyenda.

Ya fuese por que el caballero a quien nos referimos no diese im-

portancia a los rumores o por no aparentar falta de valor, lo cierto es que se instaló allí, junto con los mozos que le acompañaban.

En una de las extremidades de la sala del Paquete, existía entonces y aún existe hoy, una alcoba desocupada, que en tiempos no remotos, sirvió de lecho a los patrones de la finca.

Los viajeros se tendieron en sus camas, no sin algún recelo; apagaron la luz, y la estancia quedó en profundo silencio.

Sería las doce de la noche, pues el canto de los gallos se oía a distancia, cuando se sintió en la alcoba un ruido extraño; brillaron en la oscuridad chispas de fuego, arrancadas con el eslabón,—se encendió un cigarro y el misterioso personaje dió algunos pasos que resonaron lúgubremente en el pavimento de tablazón y se adelantó hácia el grupo de viajeros, que quedaron como petrificados en sus camas:—ninguno resollaba.

Pero, al dar la espalda el Paquete, uno de ellos hizo un esfuerzo sobrehumano y tras él se levantaron todos y salieron en tropel como unos locos.

Al día siguiente, mandaron recojer el equipaje, aparejaron sus mulas y siguieron su camino; no sin burlarse recíprocamente de sus lijerezas de pies para escapar y haciendo comentarios del suceso.

III

Trascurridos algunos meses, la esposa del doctor emprendió también viaje a Sucre a reunirse con su cara mitad; y como era más varonil y animosa que él, quiso vengar tamaña afrenta y llegar a Mojotorillo, para pasar la noche en la sala del Paquete y descubrir el enigma. En vano fueron las reflexiones que le hicieron las niñas que iban con ella, las criadas y hasta los mozos.

Sin embargo, se tomaron algunas precauciones, como dejar vela encendida; abrir una gran ventana que daba al jardín, por donde pudiese penetrar la luz de la luna: mantener entornada la puerta y mandar que los mozos durmiesen (si podían) en la antesala, cerca, muy cerca de ellas. La Señora y las niñas por su parte, no quisieron quitarse la ropa, por si acaso; y como ella sabía fumar, encendió un cigarro y se tendió vestida sobre su cama.

Pasaron las horas, esperando y temiendo; y al fin, comenzó el canto de los gallos.

Era el momento crítico.

Oyóse el mismo ruido en la alcoba, volvió el eslabón a chocar contra la piedra y brillar un cigarro, en el fondo de la alcoba.—Después, salió el Paquete, avanzó algunos pasos y se colocó frente a la ventana, como para que las viajeras pudiesen observarlo a sus anchas.

Llevaba riguroso vestido negro, calzado de charol, al parecer nuevo; corbata negra y una blanquísima camisa, cuya calidad no pudieron averiguar las viajeras, por que les sobrevino una especie de fiebre intermitente.

Todo era irreprochable en él; y por eso, la gente, queriendo personalizar la elegancia y el buen gusto, le llamaba el Paquete. Pero no tenía cabeza.

La forma se distinguía perfectamente, hasta el cuello. Para arriba, na había nada. Si sería algún calavera!!

Apenas dió la vuelta para empezar sus paseos, cuando todas ellas, cayendo y levantando, salieron afuera y mozos y todos emprendieron vergonzosa fuga, queriendo gritar y pedir socorro, pero la voz se les ahogaba en la garganta y no podían articular palabra.

Llegaron a un rancherío distante, donde pasaron la noche como pudieron.

Cuando salió el sol, fueron por las maletas y petacas, cargaron y se fueron.

La cosa era de repetición!

IV

Años después, pasó la finca a otro poder.

Se hicieron entonces algunas reparaciones en la casa y en la pequeña Capilla.—Se renovó la pintura de los cuadros al fresco de las galerías, y al efectuar algunas excavaciones, se dice haberse encontrado un gran tesoro, oculto en las paredes de la alcoba.—Desde entonces no volvió a aparecer el Paquete.

Item más.—En la época de estos ruidosos acontecimientos, vivía en Mojotorillo uno de los propietarios, hombre entrado en años.

Vivía también en la misma casa, una preciosa joven de veinte primaveras, de quien se aseguraba que jamás le huyó al aparecido; y todos admiraban su sangre fría.

El tiempo, que todo lo descubre, puso en evidencia la patraña.

Un travieso galán de Bartolo, que en altas horas de la noche cantaba sus trovas al pie de la ventana de la joven, queriendo ahuyentar de allí, cuando le convenía, al anciano, que era más celoso que un turco, se convirtió en fantasma, a cuya presencia, escapan todos en dispersión y por donde podían, saltando bardas o huyendo por esos pedregales.

Aquel dúo de amor, oculto entre las sombras de la noche y rodeado de un misterio aterrador, duró muchos años.

Pero la fantasía popular tomó vuelo, convirtiendo en materia de leyenda extraordinaria y aumentando en proporciones fabulosas, lo que llanamente era un lance amoroso.

Eso era el Paquete.

PUNTO Y COMA — DE JOSÉ MANUEL APONTE

A principios de este siglo, tan fecundo en acontecimientos asombrosos, Potosí no era ya ni sombra de su pasada grandeza por que sus minas estaban en decadencia, la población había disminuido considerablemente, y la guerra de la independencia había convertido a la Imperial Villa en campo de combate, disputadísimo por los patriotas y los realistas, que encontraban en ella, armas, gente y sobre todo, dinero, pues por pobre que estuviese Potosí tenía siempre bastante plata en la Casa de Moneda y en los bolsillos de los particulares.

A despecho de tantas vicisitudes, aún subsistía el famoso gremio de azogueros, que en otro tiempo llegó a ser una verdadera potencia local; pero que en la época a que nos referimos, apenas conservaba algunos privilegios de proporciones homeopáticas.—Sus miembros que, eran 80, acostumbraban indicar, junto con su nombre y apellido, que eran *azogueros matriculados en la Ribera de Potosí;* con lo cual queda dicho que cada uno era un potentado.

Poco después de las últimas batallas de Junín, Ayacucho y Tumusla, que dieron al traste con la dominación española, llegaba a Potosí el doctor Juan José de la Rua, de quien la tradición ha conservado interesantes anécdotas, asaz estrafalarias pero verídicas.

Nuestro doctor, que lo era en leyes, había permanecido luengos años en Chuquisaca, metiéndose al meollo, en la renombrada Universidad de San Francisco Javier, el Digesto y las Institutas de Justiniano y las Siete Partidas y las Leyes de Indias, todo en latín; y después de recibir la toga y el bastón con borlas, volvió a Potosí, su país natal, hecho un poro de ciencia, con la que se dió a patrocinar causas, digo a perderlas, que era lo más seguro.

Como era natural, el recien llegado fue motivo de curiosidad por parte de los vecinos, que no tardaron mucho en conocer el carácter y las particularidades domésticas del doctor y divulgarlas, por supuesto en secreto y bajo de confianza, de tal modo que nadie lo sabía, más que todo el mundo.

No debió ser insensible a los dardos del amor, pues a poco tiempo ya le había confesado a cierta joven, de treinta abriles, sus honestas intenciones, que ratificó solemnemente al pie del altar.

No lo dice la historia, pero no es difícil suponer que ese matrimonio fué el más feliz de aquella época, en que las mujeres no conocían los ataques de nervios, ni las modas, ni cosa alguna que pudiera enturbiar la felicidad del hogar. Y, por lo que voy a referir, se verá que aquello fué una cosa en regla, como no la hay en estos tiempos.

El Sr. de la Rua, no quiso compartir con su esposa el mismo lecho, ni tener sus habitaciones inmediatas a las de ella, sin embargo de

que vivían en la misma casa.—Cuando se antojaba visitarla, hacíase anunciar con una negra de su confianza, que era quien llevaba y traía los recaditos de los amorosos pichones. Vestíase entonces de gala, como en un gran día de fiesta y, tembloroso, se aproximaba a las habitaciones de su esposa, la que a su vez, aprovechando de la ocasión, se emperejilaba y perfumaba, para recibir dignamente a su cara mitad, no sin ordenar que en las mesas y cómodas de la estancia, humeasen hermosos pebeteros de filigrama de plata, que despedían esencias aromáticas, envolviéndolos en una atmósfera voluptuosa.

Nuestros personajes se interrogaban mutuamente por la salud, por la familia, los negocios y hasta por los sirvientes; guardando una respetuosa distancia, hasta que se retiraban éstos y los lacayos menudos, haciendo al paso una *reverencia* al dueño y señor de la casa.

Y ellos quedaban sólos.....conversando.....

Cuentan que jamás faltaron de la casa tres ceras benditas, de las que se reparten en las Iglesias el día de Nª Sª de Candelaria; y que en la del doctor de la Rua, se conocían con los nombres de cera del buen vivir, cera del buen morir y cera del buen pa.....(también acaba en *ir*). La primera ardía constantemente al pie de una Imagen, la segunda sólo se encendía cuando alguno de la casa estaba en agonía, y la tercera en ciertas épocas, durante nueve meses, cuando la Señora se encontraba en estado interesante.

Como al fin de tantos partos, la cera correspondiente daba señales de concluir, la buena Señora tenía el cuidado de mandar la apagasen inmediatamente, para que sirviese en otra ocasión análoga. Con lo cual, se sobreentiende, que no pensaba en quedar jubilada y que permanecería en servicio. Sublime previsión!.....

En estos casos solemnes, el doctor permanecía largas horas haciendo antesalá y esperando a que le trajesen del dormitorio alguna buena noticia. Y así que le anunciaban la venida al mundo de un nuevo infante o infanta, penetraba en el dormitorio y tomando en brazos al recien nacido le decía con voz grave: *hijo seas de bendiciones*. La Señora y los demás que allí estaban, respondían en coro: *Amén*.

Tenía el doctor de la Rua, para su servicio especial, un amanuense gratuito, que tal vez aspiraba con el tiempo y las aguas a ser jurisconsulto, para entregarse después, con decisión, a la ingrata tarea de su Mentor.

Cuando había trabajo en el bufete, comenzaba el doctor por propinarse algunas palmadas en la frente; se paseaba apresuradamente, gesticulaba, golpeaba el suelo con sus botas, daba voces y repetía una misma frase hasta el fastidio, que decididamente habría creido cualquiera

que aquello era el manicomio. Pero nó; era simplemente el estudio de un abogado, que a mayor abundamiento pertenecía al gremio de azogueros.

Para muestra, basta un botón:

—Escriba U., le decía al amanuense, poniéndole por delante algunas hojas de papel sellado.

—El doctor Juan José de la Rua, dictaba éste.

—El doctor Juan José de la Rua, contestaba lentamente el amanuense.

—El doctor Juan José de la Rua.. ...El doctor Juan José de la Rua.....El doctor Juan José de la Rua.....¿ya ha escrito Ud?

—Sí, Señor, ya está.

—Siga Ud: defensor de naturales.....

—Defensor de naturales, responde el amanuense.

—Defensor de naturales, volvía a decir, defensor de naturales..... Defensor de naturales.....defensor de natura.....Ya ha puesto Ud?

—Sí, Señor, ya está puesto,

—Continúe U: y azoguero matriculado en la Ribera de Potosí..... Ahí está el golpe!.....exclamaba alborozado, pensando, con secreto placer, en el poder de su dialéctica.

—Y azoguero matriculado en la Ribera de Potosí, repetía escribiendo, el amanuense.

—Azoguero matriculado en la Ribera de Potosí...azoguero matriculado en la Ribera de Potosí...Ahí está el golpe!.....

El consabido golpe no era otra cosa que el efecto poderoso e irresistible que, se imaginaba, había de producir su escrito en el Tribunal y a la parte contraria, ¡Y cómo no había de ganar el pleito, si era azoguero matriculado en la Ribera de Potosí! Bastaba esta circunstancia para anonadar al adversario y alcanzar la palma del martirio... digo del triunfo.

En esta monótona repetición, intercalada de gestos y amenazas, había transcurrido el tiempo y se acercaba la hora de comer.

—Qué trabajo! exclamaba el doctor, contemplando los dos renglones escritos.

Por lo regular, acostumbraba tomar a medio día un vaso de aloja, procedente de algún convento de monjas, o *leche espuma* (que esta fué la deliciosa bebida de los potosinos de antaño). Y cuando no era lo uno o lo otro, comía algunos pastelitos, que la excelente negra preparaba exprofesamente para él.

Y decimos para él; por que, lo que es del amanuense, nadie se acordaba, aun que al infeliz se le hiciese agua la boca; pues no era decoroso que el Dr. y él, comiesen del mismo plato ni bebiesen juntos.

Pero no debía ser lerdo ni de los que se chupan los dedos, por que resolvió, al fin, jugarle al de la Rua una partida serrana, en el primer escrito.

Cierto día en que ambos se encontran atareados, *confeccionando* un escrito de largo aliento, condimentado con numerosas citas de leyes y algunas frases picantes a la parte contraria, le indicó, al concluir un pensamiento, que pusiera *punto y coma*. El amanuense, creyó llegado el momento, y colocando el punto, metió la mano al plato, que estaba cerca, y levantó uno de los pastelitos del doctor.

—¿Qué está U. haciendo? le preguntó con asombro y desagrado.

—Pero si U. acaba de decirme que ponga *punto—y cóma*, y por eso he dejado la pluma.

—Con que punto y coma?.....punto y coma?.....punto y coma.....?, repetía furioso el doctor, levantando las manos con ademán descompuesto por la ira y, como si con una sóla mirada quisiese devorar al aterrado amanuense que, en su confusión, dejó caer al suelo el malhadado pastelito.

Hubo un momento de silencio: el escribiente pensaba en su desgracia y el doctor en la manera de castigar tamaña audacia; y acaso lo habría despedido al instante sino hubiese recapacitado que no le sería fácil encontrar otro tan sufrido y que sirviese *ad honorem*.

—Es sorprendente, sorprendente, sorprendente que U. se haya tomado tanta libertad. Pero le perdono su falta, su falta, su falta, con tal que no se repita, que no se repita.....

Y no se repitó, por que en lo sucesivo tuvo la generosidad de participar con él cuanto le presentaba la negra. Y no se ha sabido que se haya vuelto a equivocar con la puntuación y la leche - espuma y la aloja y los pasteles.

Ya en la tarde de su prolongada existencia, el Sr. de la Rua perdió la vista; pero conservó fresca la memoria hasta los detalles más insignificantes.

Cuéntase que se complacía en escuchar la lectura de sus libros favoritos y para indicar cual de ellos necesitaba, decíale a su hija Manuela: Allá en un rincón del estante.....del estante..... del estante; hay un libro de pasta verde.....de pasta verde. Búscalo, búscalo y léeme el capítulo X, página X, página X.

El recuerdo de las excentricidades del Sr. de la Rua se conserva en la memoria del pueblo, junto con su acrisolada honradez e intachable conducta.

Item más.

Punto y coma, supongo que dirán algunos empresarios, cuando después de haber recibido y dirigido los anticipos, ponen *punto* final a la empresa sin haber cumplido ni la mitad de sus compromisos y se marchan a otro *punto a comer* tranquilamente el producto de sus escamoteos.

Y aquí ponga U. lector, si tiene qué.

Potosí, abril de 1892.

El robo de los cabos de vela

DE JOSÉ MANUEL APONTE

I

Después de Dios
La casa de Quiros.

Así como suena; porque, para generoso y amigo de socorrer necesitados y prodigar su fortuna y construir Templos y hacer el bien en todas partes, no hubo otro en Potosí, en el siglo XVII, como el célebre millonario, natural de los reinos de España, Dn. Antonio Lopez de Quiroga, a quien el pueblo, por un capricho fácil de explicar, quiso abreviar el apellido, para hacer consonante con Dios.

Que Quiros era el hijo mimado de la fortuna, lo decían sus innumerables minas y sus tesoros almacenados hasta el techo en los enormes salones de su casa del Calicanto;

Que era humilde, lo revelaba su trato familiar y su traje sencillo;

Que era de conciencia recta, lo atestiguaba su numerosa servidumbre y todos los dependientes, incluso los barreteros y los chivatos [1] de sus minas, a quienes jamás engañó un centavo.

Que era caritativo, lo pregonaban todas las familias pobres de Potosí, a quienes vestía y alimentaba diariamente;

Que era profundamente religioso, lo repetían los cuantiosos donativos a las Iglesias y la construcción, entre otros, del magnífico Colegio de San Antonio de los Chárcas.

Que alcanzó una larga vida, como premio a sus méritos, lo comprobaban sus cien y más años de edad; y tanto que en los últimos, sólo pudo mantenerse con leche de mujer.

Y que fué el padre y benefactor de todos, lo decía la fama, que ha sobrevivido hasta el presente; por que, en verdad, la casa de Quiros, era el consuelo del pueblo y allí a nadie se negaba un servicio. Con decir, que después de Dios, la casa de Quiros era la única esperanza positiva, nada hay más que agregar.

Y para que no se diga que todo esto es una hipérbole, bastará traer a colación sus minas del Cerro rico, Porco, Lipez, Aullagas, Oruro, Puno y otros asientos minerales.

Los mayordomos, no bajaban de 50; los beneficiadores de sus metales, eran 100; y los indios que trabajaban en el interior de sus minas, alcanzaban a 2.000. En su casa, gastaba semanalmente de 8 a 10,000 $, que así lo afirma el conocido cronista de la Villa, D. Bartolomé Martinez

1.—Muchachos que se emplean en las minas.

y Vela, el mismo que refiere que cuando Quiroga o Quiros, estuvo en Lima, a visitar al Virrey Conde de Lémus, le interrogó a uno de los sirvientes de S. E., cuánto gastaba su señor, cada semana: y que aquél, por exagerar, que no dice la historia si era andaluz, contestó muy ufano, que en eso no tenía rival, pues no bajaban de 400 $; a lo que respondió Quiros: «yo gasto los 400 $ semanales, tan sólo en velas de sebo.»

II

Quiros llegó a Potosí, más pobre que un pelaire, como llegaban todos, a tentar fortuna; y cuando murió, quedaron buenos milloncejos para sus dos únicas hijas, que como se sospecha, eran casadas ¡Bonita capellanía!

Lo mismo había llegado Sinteros, que falleció en 1,630, dejando 20 millones; y no tenía herederos.

Y Diego Quintana. que con dos agujas grandes que vendió a un real, llegó a reunir, andando el tiempo, 40,000 $, que se los llevó a España.

Y Antonio Mansilla, que con una mano de papel, que vendió en 1 $, alcanzó a tener, en 14 años, 300,000 $, que también marcharon a la Península.

Y Agustín Gonzalez que llegó a Potosí, derecho a pedir limosna en calles y plazas, hasta juntar un peso, con el que compró del matadero una piel de toro, que la transformó en coleto y se la vendió a un valiente en 4 $, que los fué duplicando, hasta tener pulpería y después tienda de comercio, hasta completar 600,000 $, que se los llevó en efectivo.

Y Domingo Ortiz, que en un apuro por dinero, empeñó su espada por algunos pesos, que le sirvieron de base para reunir 30,000 $, que contados y sellados, se los llevó a su tierra.

Y pongo aquí punto final, que la lista es más larga que las once mil vírgenes de Zaragoza; y por ahora no dispongo de tiempo, ni me sobran ganas para seguir.

III

Por entonces, alcanzó el sebo a un precio tan fabuloso, que cada @ se vendía de 35 a 40 $, que lo rescataban y revendían los de este oficio, por ser indispensable para las mechas que cargan los trabajadores en el interior de las minas,

Un cabo de vela era un tesoro.

Y muchos cabos, una maravilla.

Dice la tradición, que una buena señora, madre de una jóven que no debía ser mala moza, pero que tenía el defecto insubsanable de ser pobre, no pudiendo casar a su hija, con ventaja, apeló al consabido recurso de pedirle algo a Quiros.

Por desgracia, el momento que ella eligió para presentarse al millonario, fué el menos adecuado para pedir, pues apenas había cruzado

los portales de la casa, cuando un ruido extraño que oyó en una galería inmediata, la llenó de sobresalto y no pudo avanzar ni retroceder.

Varios negros, esclavos de Quiros, maniatados y colgados, se agitaban desesperadamente, gritando todos en coro, impotentes para resistir a la lluvia de palos y azotes que los mayorales descargaban sobre sus desnudos lomos.

Quiros, en persona, dirigía la maniobra, que de rato en rato suspendía para continuar sus averiguaciones, que interrumpían los ayes y sollozos de los unos, mezclados con las lastimosas protestas de los otros. Y de nuevo empezaban los azotes y el ruido de las cadenas y el crugir de los músculos y de los huesos, anegados en sangre.

Aquello era el Santo Oficio, aplicando el tormento a los herejes.

El pacífico millonario convertido en un Torquemada o por lo menos en otro jesuita Nitard!.....

La pobre vieja, toda aterrorizada y temiendo quizá, que también la colgasen, dió cara vuelta, pero antes de salir, la vió Quiros y con voz ruda y alterada por la cólera, hízola venir a su presencia, creyéndola tal vez cómplice, para saber el motivo de su visita.

La señora rompió en llanto y no pudiendo disimular su turbación, le confesó la verdad en dos palabras.

Para tranquilizarla, explicóle Quiros haber descubierto un robo considerable de cabos de velas, que constituían el sustento de muchos menesterosos, que cada mañana iban a recojerlos, para venderlos de allí a pocos pasos, y que el robo no era a él, sinó a los pobres, que así tenían segura la subsistencia.

—Y para que Ud. vea, agregó Quiros, con cuánta razón he mandado castigar a estos bribones, que están bien pagados y todavía roban, le regalo a Ud. todos los cabos de vela que encuentre en la casa.

Descolgaron a los negros y entre todos, reunieron lo que habían robado. Pero, cuál no sería su asombro, cuando al entrar en el almacen de materiales, lo encontró rebosando de cabos de vela.

Arroba por arroba, le fueron entregando en sebo la dote de su hija; y fué tal la cantidad que alcanzó a llevar, que el mismo día se realizó el negocio por 10,000$, al mejor postor.

Salió de allí la futura suegra bendiciendo a Quiros y echando pescontra los negros; que a su parecer era poco lo que habían sufrido.

Y cuando se supo que la muchacha tenía buena dote, hubieron interesados a porfía y serenatas cada noche; y compró casa y puso en giro su capital, negociando con los cabos de vela que le llevaban otros y se casó con el que ella quería.

Cuántas veces, pensando a solas, no bendeciría los cabos de vela y diría para su capote:

Después de Dios,
La casa de Quiros.

DE JOSÉ MANUEL APONTE

Una misa a las doce de la noche

I

Entre los numerosos templos que la piedad cristiana del siglo XVI dejó como eterno recuerdo en la afamada y opulenta Villa, queda hoy, cual un testigo mudo del poder de la riqueza de aquella venturosa época, el de San Benito, digno de particular mención, por el aislamiento en que ha quedado; por su solidez a toda prueba y por las siete bóvedas que, en forma de cruz, coronan el edificio, semejando jigantescos cráneos humanos sumerjidos hasta la mitad; pues la Iglesia ocupa una posición dominante y se la ve desde el villoro de Cantumarca; sirviendo como de guía y anunciando la proximidad de Potosí, a los viajeros que por primera vez llegan de Oruro o de la Provincia de Porco.

Por el frente cruza el camino al norte de la República, tortuoso, estrecho y comprimido por los Ingenios mineralógicos que se prolongan a lo largo, siguiendo el curso de las aguas del *río de la ribera*. Y a espaldas del templo, cruza también, como una ancha faja, el camino a la costa del Pacífico.

Por el costado derecho, altas bardas rodean el edificio; y por el izquierdo defiéndelo un barranco.

Decorando las paredes del interior, se conservan enpolvados, grandes cuadros al óleo que se estienden desde la entrada hasta el altar mayor, formando un sólo lienzo, dividido por marcos de madera esculpida y sobre-dorada.

Durante la cuaresma y aún después, en los *siete viernes*, la puertas de San Benito se abren para dar paso a los arrepentidos penitentes que acuden allí en demanda del perdón de sus pecados; pero el resto del año, permanecen cerradas, como las del templo de Jano.

II

Cuándo el Cerro de Potosí fué una colmena de mineros, de donde ganaban el sustento o sacaban su fortuna millares de personas, el barrio de San Benito debió ser populoso, a juzgar por las inmensas ruinas que se ven en los contornos.

Ahora es lugar solitario, lleno de paredes viejas o de montículos de piedras y de profundas excavaciones, abiertas quien sabe cuándo, en altas horas de la noche al azulado resplandor de los *tapados*, por los insaciables buscadores de dinero sellado, aficionados siempre a encontrarlo sin gran trabajo; lo cual da lugar a que con frecuencia se encuentren por allí, en busca de ello mismo y rondando al propio tiempo, misteriosos personajes, envueltos en los pligues de sus capas y con el som-

brero calado hasta las cejas, llevando por si acaso un pico y una azada para proceder incontinenti a la exhumación del dinero.

Y la verdad es que de aquellos sitios se han extraido algunos cántaros con alma, rebosando hasta sus bordes de plata antigua legítima, que ni siquiera se ha carbonizado, como dizque acostumbra hacerlo Don Dinero, cuando lo desentierran con mal fin. Decididamente conoce a los pecadores.

III

Aquel templo y las ruinas adyacentes, se convierten una vez al año en teatro de extraordinarias visiones, capaces de atemorizar a un sargento de artillería y desesperar a los filósofos, si es que aún existen en cuerpo y alma en el siglo del positivismo; porque evidentemente, aquello se presta a muchas elucubraciones psicológicas; y hay para pensar y soñar por mucho tiempo.

Aún no acaba de extinguirse en el reloj de la Matriz la última campanada de las doce de la noche del Viernes Santo, cuando se oye a lo lejos que llaman a misa en San Benito.

La ciudad duerme profundamente, con el tranquilo descanso de un pueblo laborioso y honrado; y nadie se levanta ni trata de averiguar lo que pasa en los extramuros, por que todos lo saben, y si algún nocturno galán oye aquella campana melancólica, de seguro que abandonará su puesto y apretará el paso a su domicilio.

Tras la última vibración, de súbito se ilumina el templo, las puertas se abren gimiendo sobre sus goznes; brillan las luces en el altar mayor, y entonces aparece un sacerdote, revestido con sus ornamentos, en actitud de celebrar. Pero está sólo.

Detiénese un instante al pie de la primera grada, como si esperase; hace el ademán de entregar el bonete, cual si alguien estuviere a su lado; y como no hay quien lo reciba ni le ayude, lo recoge, se lo coloca en la cabeza y se entra.

Apáganse las luces simultáneamente y como por encanto, quedando todo aún más tétrico, que antes, y el silencio de aquellas soledades, recobra su imperio.

La visión, apenas dura un minuto.

IV

Refiere la tradición, quizá mutilada o exajerada, que un sacerdote hace muchísimos años, y en la noche del Viernes Santo, después de algunas horas de orgía, con otros borrachos y varias amigas íntimas, se dirigió a San Benito, a las doce, subió al campanario, llamó a misa, encendió las ceras, se revistió y celebró sólo, sin que nadie, absolutamente, estuviese allí;—y que poco después, murió repentinamente; y des-

de el año siguiente, se le vió el mismo día y hora, repitiendo lo que hizo en vida, hasta que algún cristiano caritativo, se presente y le ayude a celebrar, sin mirarle la cara y así le saque de pena.

V

La proverbial rigidez del clima hace imposible toda comprobación de la verdad; pues cualquier hijo de vecino prefiere naturalmente entregarse en los brazos de Morfeo, en su cama o en la ajena, que esto poco importa, antes que correr algún percance y desbarrancarse.

Pocos han sido los discípulos de Santo Tomás, que hánse propuesto averiguar lo que pasa en San Benito, y provistos de botellas y conservas, se han situado al pie de la barda, esperando la hora en que el sacerdote llame a misa, para entrarse en tropel y descargarle su pena con una andanada de improperios; pero como las botellas son bulliciosas y entorpecen los sentidos, y, además, sólo hace falta uno que vaya contrito, se han quedado sin oir la famosa campana ni ver la iluminación del templo, talvez por estar ya iluminados y con intención hostil de tomar por asalto la Iglesia y sorprender infraganti al sombrío sacerdote.

Para consolarse de este desaire manifiesto y disculpar su mal disimulada afición a la señorita Botella, a la que colman de caricias cuando menos conviene, han propalado la voz de que todo es falso y que son cuentos de viejas.

Pero, otros más previsores, felices y menos audaces, que se han situado a respetable distancia, como a doble tiro de arcabuz, en la colina de Kakesana, que está frente a San Benito, dicen lo contrario y atestiguan que oyeron la campana y vieron la iluminación y lo demás, hasta la conclusión, para su propio consuelo.

Y si el lector es de los que se titulan *espíritus fuertes*, que no creen ni en sí mismos, vaya en la noche del Viernes Santo a San Benito, sólo y en su cabal juicio y sáquelo de pena al Cura; que despues, si de esas resultas no muere, nos dirá en confianza la pura verdad.

DE COMO UN SANTO CRISTO FUE FIADOR Y LLANO PAGADOR

DE JOSÉ MANUEL APONTE

I

Corría el siglo XVII.

Y con él, corrían también a Potosí, de todos los rincones del viejo mundo, centenares de aventureros, en busca de lo que no habían perdido, es decir, de fortuna, la que sin embargo de ser mujer, no era entonces tan veleidosa y estaba locamente empeñada en derramar el cuerno de la abundancia monetaria, en todos los bolsillos de sus admiradores, como que así lo hizo en dos siglos de rara constancia.

Potosí!!.....decía la voz de la fama.

Eso sí!!.....repetía el eco.

Si quieres riquezas, se decían los europeos, *vete a Potosí; si no hay allí, busca en Tollosí* [1] *o anda y caba en Andacaba.* (2)

No dicen las crónicas en qué año, mes ni fecha sucedió lo que vamos a referir, pero el recuerdo se conserva y es lo que basta para nuestra leyenda.

En ese tiempo del famoso millonario Quiroga o Quiros y cuando de las cinco mil y pico de minas, grandes y pequeñas, en explotación, brotaba la plata a raudales que era un portento, y nada menos que de las vetas *Polo y Veta Rica* se extraía plata nativa de la que llaman *pasamano*, que es cuanto hay que pedir.

Entre los innumerables advenedizos que se radicaban en la Imperial Villa, refiérese de un joven, comerciante con mercaderías de ultramar, juicioso, dedicado a su trabajo y poco amigo de andarse por los garitos, ni de hacer el oso a las muchachas, ni gastar sus pocos reales en aguardiente ni en mistelas, que para eso era mejor tomarse honradamente cada noche, junto con el rico bizcochuelo de las monjas y mantequilla de *Mochará*, un suculento pozo de chocolate, medida superior a la del vulgo, que tomaba el sabroso néctar en pocillo.

Con tan honesto modo de vivir, nuestro comerciante de artículos ultramarinos, consiguió allegar lentamente sus 5,000 pesos fuertes, bien contados y de plata legítima, comprobada y ensayada, que caían a la bolsa para no salir más, porque en el acto un nudo ciego le cerraba la garganta y quedaban allí esperando el día del juicio para resucitar.

Pero, como entonces el diablo andaba suelto haciendo fechorías, antojósole arruinar al comerciante en pocas horas, en castigo de su

---

1.—Cerro de las cercanías de Potosí, que contiene grandes riquezas, según tradición.

2.—Serranía a la parte del N. E. de Potosí, en la que actualmente se han establecido varias empresas mineralógicas, con grandes capitales. (N. del E.)

honradez; y, disfrazado de amigo, le hizo algunas revelaciones tentadoras, asegurándole que en una casa de la calle de la cuesta de Aróstegui, o *Aristía*, se ganaba en una noche más plata que trabajando un año en las minas, pues con las muelas de Santa Apolonia, don fulano, don zutano y hasta el bueno de don perengano, que habían anochecido pobres, amanecieron ricos y se llevaron a sus casas varios zurrones de plata.

Nuestro comerciante, a quien podríamos bautizar con algún nombre de pila si fuésemos curas, escuchó a Mefistófeles con marcado interés, y ya se le hacía agua la boca de sólo pensar que en una noche duplicaría su capital y quien sabe mucho más.

A la hora de la queda, desató el cordel a las bolsas, llenó las faltriqueras e hizo rumbo a la consabida calle, donde encontró el tapete verde rodeado de su numerosa clientela.

Sobre la mesa, estaban los tordillos, atrayentes, simpáticos, irresistibles.

II

Los jugadores pusieron sus paradas, se cruzaron algunas apuestas, los mosqueteros encendieron sus cigarros y circundaron a los gladiadores de taberna.

Rodaron los dados, y en las primeras partidas, el de ultramarinos arrolló con las paradas más cercanas.

El diablo, es decir, el amigo confidente, estaba allí en persona animando al comerciante y ridiculizando de vez en cuando a los otros jugadores, para hacerlos equivocar.

Estimulado por las rápidas ganancias, el novel jugador redobló sus paradas, pero esta vez con notable desgracia, por que las utilidades regresaron a sus puestos y hubo que echar mano de la reserva, batiéndose en retirada, con los propios morlacos, que decididamente habían pasado por esas aduanas y anhelaban ahora respirar el aire de la perdida libertad, consumando en masa una deserción para escapar del prolongado cautiverio, de cuyas resultas estaban sucios y verdosos, en contraste con los ajenos, que se holgaban de su libertinaje y hacían alarde manifiesto de limpieza y sonoridad, formados en pelotones a guisa de cuadros contra caballería.

Cada que rodaban los dados, las monedas se ponían en movimiento, yendo y viniendo como si aquello fuese un jubileo.

Y bolsa por bolsa, peso por peso, las perdió todas; el mismo camino siguieron las mercaderías y en último lugar la montura.

Cuando no tuvo qué jugar, ni sus compañeros de mesa quisieron prestarle, lo espumaron del tapete.

Y a todo esto, el confidente ya no parecía por allí.

Al rayar el alba, el comerciante abandonó la casa, donde quedaba su fortuna; y, con el pelo desgreñado, la mirada vidriosa, el semblante pálido y desencajado, anduvo a la ventura.

Temprano acudieron los jugadores y se llevaron la tienda, registraron los cajones buscando dinero, y cargaron con la montura.

El joven, presenció el acarreo sin murmurar ni revelar el estado de su espíritu. Acaso le acariciaba la idea del suicidio.

Los vecinos, reunidos en corrillo, espectaban la escena, lamentando el caso, y trataban de explicarse el enigma que envolvía la súbita ruina del comerciante, quien hasta entonces fué tenido como el dechado de los mocitos de vecindad.

III

Tres días después le aconsejaron fuese donde Quiros, de cuya casa nadie salía desconsolado, y con buenos modos le pidiese algunos pesos prestados para empezar de nuevo su trabajo.

Cuando el bondadoso millonario oyó la relación verídica del suceso, dizque puso mal gesto y contestó al joven que no socorría a los jugadores, porque si perdían, no habían de tener cómo pagarle.

—Pues le traeré un buen fiador, replicó el interesado.

—¿Fiador?—¿Y quién lo ha de garantizar, amiguito, conociendo la habilidad que tiene Ud?

Nuestro comerciante quedó abrumado con este duro reproche; y recorriendo en su mente la lista de sus amigos y conocidos, no encontró uno. Todos le parecieron papel pintado.

Se levantaba para retirarse, y por una casualidad su vista fijóse en un precioso Santo Cristo, de plata pura y maciza, de las minas de Quiros.—La efigie tenía un gran reflejo del mismo metal, clavos de oro y corona de espinas de idem y estaba colocada sobre el estante de un enorme mostrador de caoba, conteniendo éste innumerables cajoncitos, donde el caritativo millonario depositaba dinero en diversas cantidades, desde un real hasta mil pesos, para que allí probasen suerte los exheredados de la fortuna, a quienes decía Quiros:—*Que Dios te la depare buena.*—Tiraban el cajón y lo que había dentro era para ellos. Y esto era sin apelación: ni más, ni menos. Era como un juego de lotería, gratis.

La presencia de aquella imagen del Crucificado, fué un rayo de luz que alumbró el obscurecido cerebro del pobre comerciante.

—¿Con que U. me exige que le presente un buen fiador que pague por mí si yo no cumplo mi compromiso? preguntóle a Quiros.

—Sí, contestó a secas.

—Entonces, le presento a U. por mi fiador al Señor Santo Cristo, que nos está oyendo y conoce la pureza de mis intenciones.

El minero quedó asombrado con esta proposición inesperada. Reflexionó un instante y, como era católico a carta cabal y temeroso de Dios, no pudo rechazar al fiador y lo aceptó.

Extendieron el documento por 5,000 pesos a intereses, con un año de plazo y a día fijo y le agregaron las cláusulas de estilo; haciendo renunciar al fiador su domicilio, fueros, leyes y privilegios, que esto

no lo dice la tradición, pero se sospecha que así debió haber sido; y además, le colocaron el documento entre las piernas.

A partir de ese día, el de ultramarinos no tuvo descanso en su trabajo y ni volvió a pensar en la calle de la cuesta de Aróstegui.

Llegó el plazo y casi todo el dinero prestado lo tenía reunido para devolverlo; pero no pudo ser puntual y se demoró una semana.

Cuando nada faltaba, fuése donde Quiros llevándole su capital y los intereses, pero aquel rehusó aceptar, alegando estar satisfecho el crédito y los frutos; pues el mismo día del vencimiento, el fiador había pagado.

El deudor escuchó con asombro y no podía comprender cómo el Santo Cristo hubiese podido pagar; y con matemática exactitud.—¡Si será inglés!! pensaba.

Después de haberse divertido Quiros a costa del incrédulo comerciante, le reveló haber descubierto el mismo día y hora del vencimiento, una mina tan rica como las mejores del Cerro, que denominó *Cotamito*, en memoria del descubridor del mineral y fundador de la ciudad, el Maestre de Campo don Pedro de Cotamito.

Y por aquí podemos colegir que esta leyenda corresponde al mes de febrero de 1651, en que Quiros descubrió la mina Cotamito, la cual, desde entonces hasta 1714, produjo setenta millones de pesos.

Por sabido se calla que el comerciante creyó que soñaba en despierto con la maravillosa revelación que escuchó del mismo Quiros y salió de allí, con la plata que había llevado, que ya era suya, y con la cual, junto con la que tenía, alcanzó a contar 10,000 pesos.

Y así fué cómo se supo que el Santo Cristo fué fiador de un atribulado jugador y llano pagador de sus deudas.

Y admirable llaneza fué la de pagar el mismo día y hora, sin aguardar notificaciones, ni presentar escritos y armar pleito.

Entre la fianza del Santo Crieto y el descubrimiento de Cotamito, hay una coincidencia providencial que no se escapará a la penetración del lector, a quien si alguna duda le queda y pretende ser incrédulo, le aconsejamos haga lo del comerciante, cuando no encuentre fiador y entonces lo *veredes*.

LOS TESOROS DE ROCHA

DE J. L. JAIMES

I

DE CÓMO AQUELLOS TIEMPOS FUERON OTROS TIEMPOS

El auge de las ricas minas de Potosí había levantado a la Imperial Villa a la altura de su mayor apogeo en los primeros tiempos del próspero reinado de don Carlos III de España.

Por entonces, los ingenios cubrían, en la falda del Cerro, las dos márgenes de la *ribera* y elevaban por sobre las macizas murallas de granito, los torreones donde giraba la rueda maestra de los batanes que reducían a polvo el metal extraido de las minas.

El ruido de estos inmensos molinos: el canto acompasado y monótono con que los trabajadores acompañaban sus pesadas faenas; el murmullo de las aguas al atravesar la red de canales para precipitarse con estrépito sobre las ruedas de los ingenios, formando un confuso y permanente rumor que se escuchaba desde los barrios próximos, daban a la noble e Imperial Villa, amen del activo tráfico mantenido de la ciudad al Cerro, un aspecto industrial, inusitado en aquellos tiempos de pajuela y velas de sebo.

Dueño de *Thuru-Cancha*, uno de los mejores ingenios de la ribera, era don Francisco Rocha y no era *don* porque naciese de casa hidalga ni porque ese don le fuese otorgado por la soberana voluntad del monarca, sinó porque ya en esos tiempos el dinero comenzaba a reemplazar a los pergaminos, purificando la sangre más plebeya, y el don Francisco lo poseía en cantidad suficiente para comprar diez o doce abuelos de la más pura raza, para formar su abolengo y hacer harto frondoso el árbol genealógico de los Rocha.

Pero por modestia o filosofía, él se habia contentado con su sangre, que, si no era la azul de la nobleza goda, era la roja de los descendientes de Tupac-Catari, y era el *don* un *don* postizo, antepuesto a su nombre por todos los habitantes de la villa que no se resolvían a llamar Francisco a secas, a quien podía cubrir de plata todas las calles y plazas de Potosí.

Más, así como era modesto en sus aspiraciones nobiliarias, era orgulloso hasta dejarlo de sobra con los otros dueños de *dones, usías* y demás títulos que constituían las casas solariegas y las noblezas de acuchillado cuartel y de cadena en poste, al mismo tiempo que generoso y humilde con los pobres y con los indios.

Con esto, y con decir que oía misa en todas las iglesias, excepto en la de la Compañía de Jesús, que frecuentaba poco el trato con los religiosos de las diversas órdenes, sin acercarse jamás a los jesuitas, y

con añadir que no daba pascuas, ni aguinaldo a los alcaldes ni al corregidor, ni mandaba novillos el Sábado Santo a los regidores y al vicario, basta para que se comprenda la ojeriza con que sería mirado el don Francisco por la gente cogotuda, y las bendiciones que recojería de la que por ser pobre y cuitada no llegaba a ser gente.

En ese entonces no había clubs, ni casinos, ni sociedades filarmónicas donde pasar el tiempo y las casas cerraban las pesadas hojas de sus puertas con llave, cerrojos y *zoquete*, al toque de la queda, que sonaba en todas las iglesias a las ocho en punto de la noche.

Eso sí, después de la merienda, se reunían en ciertas casas, al rededor del brasero cargado de lumbre, todos los que conforme a su gerarquía formaban la clase influyente del vecindario, y allí, por amor al prójimo, se ocupaban de hacer picadillo de su honra, siempre que tenía la desgracia de no merecer sus simpatías.

Don Francisco era generalmente el asunto más socorrido para las tertulias cuotidianas. Murmurábase su excesiva prodigalidad para con sus protegidos; de lo inagotable de sus tesoros, cuyo orígen no se hallaba en los productos de su ingenio, incapaz de cubrir la centésima parte de sus dispendios; de su vida asaz misteriosa y poco comunicativa; de sus largas ausencias de la Villa sin saberse jamás el lugar a donde iba, ni el día en que volvía, y de ciertas tenebrosas consejas que repetía el vulgo acerca de su vida íntima.

Dónde habían de parar tantas murmuraciones si no es a los oidos del señor corregidor, que encontrando la ocasión de dar salida a su mala voluntad, mandó a sus sabuesos observarle con el mayor sigilo, estableciendo para el efecto un espionaje muy parecido al que suele emplearse en estos civilizados tiempos a los más ligeros anuncios de tormenta revolucionaria.

Torpes debieron ser los espiones de aquel entonces, cuando después de mucho andar y de pasar noches enteras encaramándose en el alar de las chimeneas sólo supieron que don Francisco vivía en una grande y lujosísima casa, en compañía de una hermosa india a quien parecía amar entrañablemente.

Así quedaran las cosas si el destino no lo dispusiera de otra manera, como lo verá quien quisiera leer esta crónica hasta el fin.

II

DE CÓMO EL PEZ MORDIÓ EL ANZUELO

Habíase establecido hacía poco tiempo en una suntuosa casa del barrio de los Juandedianos, una familia compuesta de una dama, un caballero, dos mayordomos y los correspondientes galopines y pinches de cocina.

Era la dama alta de cuerpo, rica de formas, airosa en el andar y arrogante en el porte. Sobre la nieve de su rostro, enclavado en el

marco de ébano de su profusa caballera, brillaban dos hermosísimos luceros bajo el delicado arco de sus cejas, y resaltada el vivo carmín de sus labios de grana, siempre entreabiertos para enseñar una doble fila de las más finas perlas.

De temple toledano y de alma de usurero, había de ser quien no se sintiera blando al contemplar a la hermosa doña Catalina de Meneses que, cual otra Venus Chipriota, parecía llevar consigo el ceñidor de donde pendían todas las seducciones y los hechizos.

Y era el caballero un hombre que frisaba en los cuarenta, de pálido y cejijunto rostro, nariz aguileña, mirar atravesado y actitud recelosa y desconfiada. Por lo cual, así inspiraba repulsión y antipatía, como era atractiva y hechicera doña Catalina.

Lo que eran el uno para el otro nadie lo supo a punto fijo, y las comadres del barrio daban en la flor de encontrar algo que no era muy honesto en la relación que unía a entreambos.

No debió de ser ello sentencia de Salomón, cuando don Francisco Rocha, con todo su orgullo, los visitaba a menudo, los agasajaba con largueza y había comenzado su decidida protección hácia ellos por darles el suntuoso alojamiento que habitaban.

Los sabuesos del señor corregidor sólo supieron descubrir que doña Catalina y don Alonso se decían hermanos; que eran naturales de Sevilla en España; que vivían de las larguezas de don Francisco que pagaba en gruesos salarios al administrador de su ingenio, don Alonso, la decidida y ya muy conocida de todos afición a la susodicha su hermana; que mientras Rocha pasaba los ratos perdidos, que eran todos los posteriores a la merienda hasta el toque de la queda, en compañía de la hermosa sevillana, don Alonso departía en la celda del superior de los jesuitas en el convento de la Compañía, y que la joven india, compañera de don Francisco, a quien por su belleza llamaban todos *ccoricusichi* (que alegra el oro) estaba furiosamente celosa y desesperada, acechando la ocasión de descargar los rayos de su venganza.

Crecía en tanto la ola de las murmuraciones; los dispendios de Rocha daban mucho de que ocuparse al señor alcalde, don Diego de Hinestrosa y a sus ministriles, y el delegado del Santo Oficio de Lima miraba con ojos inquisitoriales las casas de Rocha y de la sevillana.

Por diferentes conductos había llegado a los estrados del corregimiento, la especie de que las largas y temporales desapariciones del riquísimo Rocha, tenían por objeto el llevar a efecto el adagio que dice: «el ojo del amo engorda al caballo», pues era general la creencia de que tuviera grandes socavones subterráneos donde con el auxilio de centenares de esclavos se ocupaba de poco lícitos trabajos, llegando a asegurarse, en confianza, que falsificaba el busto de S. M. don Carlos, en monedas del valor de un peso fuerte.

Pero muy avisado debió ser el don Francisco cuando no dejaba huella, pues sus émulos examinaban monedas tomadas en diferentes ca-

jas particulares y en las reales y no había diferencia en ley ni peso entre todas, y servía más a confundirlos el aumento considerable de moneda en la villa, siendo así que la casa real de moneda tenía cantidad fija de acuñación mensual.

Ni el alcalde, ni el agente del Santo Oficio, ni el corregidor, querían mientras tanto, echarse encima la responsabilidad de la prisión sin pruebas, temerosos de la grande influencia que tenía Rocha sobre el pueblo y principalmente entre los pobres (si es que hubo pobres entonces en aquella opulenta villa) para quienes era un delegado de la Providencia.

Pasaron meses, y pasaron años sin novedad alguna, a no mediar faldas en el asunto.

La sevillana que, a lo que parece, tenía motivos muy especiales y muy poderosos para servir ciegamente a don Alonso, tenía con éste, a la salida de Rocha, largas conferencias en que, según el dicho de la servidumbre que observaba por el ojo de la llave, había mucho de altanero y desabrido en el tono de don Alonso y mucho de sometimiento y de humildad de parte de doña Catalina, que acababa generalmente por soltar el llanto con que embellecía más aquel divino rostro.

A su turno el don Alonso no parecía ser carta principal de este tresillo, cuyas figuras parecían encontrarse en las celdas de la Compañía de Jesús.

Así las cosas y habiendo mordido Rocha el anzuelo de doña Catalina, a quien amaba con más fuerte empeño cada día, sucedió lo que no podía menos de suceder y lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

III

DONDE EL AMOR COMIENZA A TORNARSE AMARGO

Y cuentan las crónicas potosinas que, así como vio don Francisco, una de tantas noches, sobre la blanca y despejada frente de su espléndida sevillana, una nube de pesar que pugnaba por descender hasta los párpados, convertida en lluvia de líquidas perlas, así se sintió acongojado y transido de pena y no hubo punto de intermedio entre el sentirlo y arrojarse a sus plantas para enderezarle éstas u otras parecidas razones:

—No con ocultos pesares, acibareis, doña Catalina, mi tierno afecto, y pues os tengo dadas de él pruebas sin cuento, haced que yo reciba una viéndoos dichosa, magüer fuese preciso acabar para ello con todos mis tesoros. ¿Qué os falta? ¿Qué aspiración podría tener vuestra alma que yo no lograra, no siendo imposible, satisfacerla a costa de mi vida?

—No son don Francisco, repuso la sevillana, riquezas, ni tesoros los que el alma enamorada ambiciona, ni con suntuosos alojamientos y espléndido trato se satisfacen los afanes que el amor ocasiona. Un co-

razón apasionado rechaza la abundancia, si con ella no ha de ir entero el de quien la proporciona, y así como el amor funde dos almas, así es condición precisa de la felicidad confundir en una todas las aspiraciones y secretos, siendo más confiados los enamorados cuanto más amantes.

—Mucho me temo, y os pido perdón por ello, doña Catalina, que lo que llamáis falta de confianza de parte mía, no sea más que una curiosidad de mis secretos, de la vuestra, pues no es fácil deslindar donde acaba la primera y donde principia la segunda, cuando a un hombre le rodean, como a mí, tantos misterios, le acechan tantos émulos y le persiguen las murmuraciones de los grandes y de los chicos.

—No prosigais, don Francisco, y apartad de mi alcance el arca de vuestros misterios, que yo prometo encerrar en otra más segura mis penas, mis dudas y mis celos, pues harto fuí alucinada esperando de mi único amor, mas que dádivas materiales, confidencias del alma, más que ricos tesoros, el inapreciable de ser la depositaria de su confianza. Teneís razón, ni yo la merezco, ni os he probado que sabría guardarla, y de hoy en más, guiaré por la vuestra mi conducta y no seré para vos sinó lo que debía ser desde un principio: una mujer avara de su ternura y medida en las manifestaciones de su cariño.

Dijo, y en el sedoso y arqueado encaje de sus pestañas brillaron dos lágrimas, y pasó por el hermoso cielo de su rostro una nube que venía a darle nuevo y más irresistible atractivo,

En todo tiempo existieron sirenas, lo mismo en el de Adán que escuchó el primero sus arrullos, que en el de Sansón que escuchó a Dalila y en el de Rocha que se reblandeció como la cera vírgen al contemplar las lágrimas de la hermosa sevillana.

Amaba y quien ama no es cuerdo a medias, sinó loco entero. ¡Desgraciado! ¡más le valiera huir de la Sirena!

IV

DE CÓMO NO ERA LERDO EL DE HINESTROSA PARA CUMPLIR CON SU OFICIO

Y amaneció Dios y era el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción de la Vírgen María.

La sevillana vestida de saya y rebujada en una mantilla gaditana, adelantóse sóla y recelosa, sin dueño ni paje por la calle del Baratillo; pasó de largo por los agustinos, donde solía oir la misa conventual y se fué, no sin mirar antes, para evitar el espionaje, en todas direcciones, en derechura hácia la casa de las cajas reales, en cuya puerta aguardaba con el embozo hasta las narices y el sombrero hasta las cejas, el buen don Alonso, hermano pegadizo de su hermana.

Franquearon ambos el largo y oscuro zaguán, subieron la escalinata que conducía a las habitaciones del señor corregidor y tirando del cordón que pendía a la puerta de la antecámara, aguardaron a que se presentase el ujier para decirle:

—Hacednos la merced de anunciar al señor corregidor de la villa que un emisario del superior de los jesuitas le trae estas letras y espera sus órdenes.

Estaba el señor don José Miguel de Ibargüen disponiéndose para salir a cumplir con el santo precepto de la misa, cuando le entregó el ujier la carta y le repitió el mensaje de don Alonso.

—Válgame Santiago Apóstol, sinó son el mismísimo demonio los humildes siervos de San Ignacio de Loyola!,—dijo, y leyó las siguientes líneas:

«J. M. y J.»

«En servicio de S. M., de la moral y de la religión de que, aunque indigno, soy sacerdote, proporciono a Vuesarced con don Alonso, conductor de estas letras, el testigo de vista y presencia que hacía falta para formar causa y apoderarse de la persona de don Francisco Rocha.

«Si la tortura no arrancase la comprobación de las acusaciones, me ofrezco en descargo de mis muchas culpas, a servir al Rey y a la justicia, allanando el camino, siempre que Vuesarced tanga a bien confiarme la dirección espiritual del reo.

«Dios conserve los preciosos días del señor corregidor.

Humilde servidor y capellán de Vuesarced.

Dr. Ambrosio Senavilla.»

—¡Hola!,—exclamó el de Ibargüen despojándose del sombrero y del bastón, y al presentarse el ujier:—que entren a mi despacho,—dijo—las personas que esperan; que se llame inmediatamente y con sigilo al alcalde Hinestrosa y a su escribano y se avise a mi secretario que hay trabajo urgente.

Ello al cabo había de descubrirse, prosiguió a solas, y el don Francisco tenía que pagarlas todas juntas. Más, el pícaro de don Alonso su protegido y encubridor de sus enredos deshonestos ¿cómo habrá pegado migas con el padre Senavilla y cuál será el interés de este humilde superior de Jesuitas que así anda enredado en el lío?

Todo se averiguará si no somos lerdos; pero antes señor don José Miguel, ojo, mucho ojo, no pierda Vuesarced soga y cabrito en este enmarañado intríngulis.....

En la tarde del mismo día, iba como de costumbre, de su casa a la de la sevillana, el don Francisco, asaz preocupado y meditabundo.

—Los hombres enamorados,—decía para su embozo,—no somos más que unos pobres hombres sin energía ni prudencia. Así no me cueste la falta de la mía el acabar en la horca llevado por la mano de aquella que más amo en el mundo!..... *Vade retro!* no vengais pensamientos tétricos a echar una sombra negra sobre la más hechicera y noble de las mujeres: dejadme gozar de la inmensa dicha de ser amado por tanta y tan peregrina belleza, ¡Pobre *Ccori-cusichi*, tan hermosa, tan

tierna y tan leal, perdóname si te pospongo; misterios son que el hombre no puede explicar; impulsos que al corazón no le es dado resistir!

Así razonando llegó a la casa y dejó caer tres veces el enorme aldabón; pero no bien había sonado el tercer golpe cuando se abrió la puerta y dos alguaciles situados a los costados asiéronle, empujándolo dentro del zaguán, donde le pusieron mordaza y le amarraron las manos a las espaldas.

Un momento después, con sombrero y capa de alguacil que le cubrían el rostro y entre otros dos de estos bichos, iba don Francisco, seguido del alcalde, camino de la cárcel, mientras por la puerta de escape de la misma casa, salía entre una fuerte escolta la hermosa sevillana, en dirección del beaterio de Copacabana a donde la destinaba el corregidor, más para garantía de su persona, que por ser parte esencial en el juicio.

V

DONDE LA JUSTICIA POR ENCONTRAR EL OVILLO ROMPE EL HILO

No ha de ser tan poco mirado con sus lectores, el autor de esta crónica, que los deje por más tiempo sin saber los pormenores de la entrevista habida entre el corregidor de la villa y la hermosa sevillana; pues, así como fué para don Francisco *puñalada de pícaro* la manera cómo cayeron sobre él Hinestrosa y los suyos, así habrá sido extraña para los que benignamente siguen el curso de esta historia, la repentina prisión de Rocha y el asilo procurado a doña Catalina.

Afortunadamente los archivos potosinos no han sido del todo pasto de sabandijas, y muchos preciosos documentos se conservan con todo su polvo y sus telarañas en los olvidados escaparates de los conventos o en los estantes de tal cual casa que había logrado hacer escapar el blasón de su fachada en medio de la tempestad republicana que arrasó con pergaminos, títulos y cuarteles nobiliarios.

Así se han conservado las preciosas «Crónicas de Miraval» los «Anales de Potosí» y las «Antigüedades de la Villa Imperial» de Fray Benito Maguiña de la orden de predicadores de San Francisco; y así ha llegado hasta éste, que escribe la verídica relación de los sucesos ocurridos más de cien años antes, bajo el reinado del señor don Carlos III rey de España, más sus Indias.

Consta pues el que doña Catalina interpelada por el corregidor y conminada bajo la religión del juramento a decir verdad en todo lo que supiera y fuera preguntada, comenzó su relación de esta manera:

«No podré decir, señor, en conciencia, la hora en que don Francisco y yo cerrados en una rica litera atravesábamos las calles de la villa; ni me es dado indicar el rumbo que seguíamos, pues lo mismo fué entrar en la silla cuando faltó completamente la luz a mis ojos, y eran tantas y tan abigarradas las vueltas, que se me figura, dábamos en diversas direcciones, que me sentía como acometida por el vértigo del mareo.

«Después de un larguísimo espacio de algunas horas, descansó finalmente la silla, don Francisco tocó un silbato, encendió una pequeña bujía que llevaba consigo, abrió la portezuela y me invitó a seguirlo.

«Hallábame en la entrada de un gran socavón oscuro y húmedo, no veía persona alguna, ni la huella de nuestros conductores, que se evaporaron como el humo. Asida de la capa de don Francisco que tiró hacia adelante, recorrí una larga distancia, hasta que de repente se interceptó el camino de modo que parecía ser el término de la mina. Volvióse don Francisco hácia el lado derecho y aplicando el mango de su puñal en una grieta hizo girar una enorme piedra que ocultaba una nueva entrada; alzóme en sus brazos, pues sólo para quien tuviera grande ejercicio, fuera fácil el descenso por las prominencias únicas que servían como de escaleras en el subterráneo.

«En el fondo se detuvo, hizo rechinar la cerraduras de una puerta de hierro y la vivísima luz que nos iluminó al pronto acabó por desvanecerme completamente, de suerte que perdí por gran espacio el sentido.

«Merced a los cuidados de don Francisco, pronto volvió la fuerza a mi ánimo y lo que ví no es para contado según es de maravilloso y de increible.

«En una extensa bóveda alumbrada por enormes velones de plata, habían apilados hácia a un lado y casi hasta tocar el cielo de la bóveda, grandes talegos de plata sellada, mientras en el otro relucían en montones los pesos fuertes arrojados a granel y los lingotes y tejos de oro macizo. En un sótano abierto en uno de los ángulos, se veía el depósito de las barras y de la plata piña en una profundidad de cuatro o cinco varas, lleno hasta más de los dos tercios.

«Don Francisco abrió una segunda puerta y otra estancia mejor adornada se presentó a mi vista. Los escaparates estaban llenos de utensilios de oro y plata.—Riquísimas vajillas que contenían manjares esquisitos preparados en el día cubrían la mesa del centro; pero sin que apareciera ánima viviente para servirlos.

«Apenas pude yo tocarlos, pues que estaba deslumbrada y llena de un pavor misterioso. Bebí para fortalecerme de un licor estraño que me ofreció don Francisco y poco después sentí una completa languidez en el cuerpo y quedé sumida en el más profundo sueño.

Al despertar halléme en mi propio lecho pensando si habría soñado; pero aún conservaba el gusto del licor que bebí en la bóveda y tenía en los dedos los anillos que don Francisco sacó allí de un cofre lleno de joyas para que yo los conservase en memoria de su complacencia y en prenda del mucho cariño que para mí abrigaba».

Así acabó su relación la sevillana, mientras el corregidor y su secretario la escuchaban atónitos y maravillados.

En el entretanto, el alcalde Hinestrosa y sus alguaciles tendían la celada en que cayó don Francisco, de manera que satisfecho de su obra fuese directamente al corregimiento relamiéndose de antemano con los parabienes que le aguardaban por su destreza.

Paréceme, señor,—dijo a la entrada,—que ya tenemos el ovillo entero y que este proceso ha de valernos la celebridad y el contentamiento de su sacra real Majestad, a quien Dios guarde.

Mucho me temo,—repuso el corregidor,—que hayamos hecho de modo que en vez de hallar el ovillo, perdiésemos el hilo, quedándonos sin soga y sin cabra en la partida; pero ya está hecho y no habrá de decirse que retrocedemos cobardemente.

Por el rey trabajamos y Dios proveerá.

VI

DONDE SE VE DE CUÁNTO SON CAPACES LAS MUJERES

En una lujosa habitación perteneciente a una de las más grandes casas del barrio de San Francisco, [1] hallábase casi de rodillas sobre ricos cojines, una mujer cuyos sollozos se perdían sin eco entre la tupida tapicería que decoraba la estancia.

Sus redondos y torneados brazos adornados de brazaletes de oro, apoyábanse en el lecho y sostenían la hermosa cabeza de su dueño, cuya profusa cabellera caía en abundantes guedejas hasta el suelo.

Por ese rostro moreno, cuyas sonrosadas mejillas hacían resaltar más la intensa mirada de sus hermosos ojos negros, corrían dos hilos de lágrimas, y los sollozos agitaban violentamente su redondo y elevado seno, velado apenas por una doble gargantilla de grandes perlas.

De pronto alzóse erguida, enjugó el llanto que corría a raudales, pintóse en su rostro la señal de una resolución inquebrantable y vistiendo la saya y la mantilla, echóse fuera de la casa tomando el camino del beaterio de Copacabana.

Media hora después se hallaban frente a frente la hermosa Ccori-cusichi y la bella sevillana.

Lo que pasó entre ambas en un principio no refieren las crónicas, y ello es una lástima, pues debió ser una muy interesante plática. Sábese sólo que después de un largo espacio uniéronse en un estrecho abrazo y continuaron su conversación de aqueste modo:

«¿Dudais aún de mis intenciones doña Catalina? ¿Creeis por ventura que fuera llevadera en sigilosa clausura la vida de esta víctima inmolada a la gratitud de su padre?

«Talvez sufriera con paciencia mi destino si así no fuera para mí, punto menos que imposible la salvación de don Francisco.

«Ayudadme señora a recobrar la libertad que anhelo; que la mitad de esas riquezas os pertenezca, mientras yo corro a poner la otra mitad a los pies del monarca soberano».

Dijo, y esperó ansiosa la respuesta, no sin hacer grandísimos esfuerzos para ocultar la impaciencia que parecía devorarla.

1. El Ingenio llamado *San Marcos*. (N. del E.)

«Sólo una cosa,—dijo por fin doña Catalina,—me detiene para aceptar vuestras seductoras ofertas; temo la soledad en esos sótanos y me falta el valor para recorrer tan peligroso descenso, si os fiárais también de mi hermano, yo os prometo que daríamos felice cima al proyecto.

«A nadie, perdonad señora,—repuso Ccori-cusichi,—después de vos confiaré ese secreto, aunque para ello fuese preciso pasar bajo la rueda del tormento, y nunca si no es ahora mismo que tengo por seguro el no caer en un lazo, volveré a intentar un proyecto semejante. Aprovechad, señora, antes de que el arrepentimiento me haga retroceder para siempre.

«Pero yo estoy vigilada y reclusa, y no podré dejar este retiro sin una órden del señor corregidor.

«Yo me encargo de allanaros la salida siempre que me ofrezcais ayudarme en lo que os diga».....

No había pasado una hora desde que se verificó lo ya narrado, cuando la comunidad de Copacabana, reunida en la celda de la superiora, resolvía dirigirse al señor Vicario pidiéndole su auxilio para salir de un difícil trance en que se hallaba comprometida, y poco tiempo después el capellán redactaba el siguiente pliego:

«Jesús, María y José.

«Las asechanzas del enemigo malo ponen a prueba en todas ocasiones las virtudes de estas indignas hijas de Jesu Cristo, y les preparan obstáculos para cuyo vencimiento han menester del apoyo de los escogidos del Señor.

«Proteja la Vírgen purísima a la infeliz doña Catalina de Meneses que ha abandonado este santo refugio, usando de violencia, amordazando a nuestra hermana portera y poniendo en clausura forzada a las hermanas torneras y sacristana.

«Y aunque el pecado es de por sí suficiente para comprometer la eterna salvación de una alma cristiana, confiamos en la misericordia divina que sabrá perdonarlo; pero no así en la justicia humana que exigirá la devolución del depósito que en estos santos claustros hizo.

«Las luces del dignísimo señor Vicario nos iluminen y nos guíen en este laberinto preparado por el espíritu maligno.

«Dios conserve los preciosos días de Usarced. Amen.

Sor María del Corazón de Jesús

«Superiora del beaterio de Copacabana».

VII

DONDE COMIENZA A DESENREDARSE LA MADEJA

Como gota de aceite sobre papel de estraza cunden las malas nuevas, máxime si hay deliberado empeño en recatarlas; y así como los barberos, antes y después del rey Midas, fueron tenidos por embusteros y parlanchines, así a la canalla de los alguaciles no se les pudría secreto en el cuerpo, cuando el venderlo era asunto de gajes, para ayudar al salario con el honrado rendimiento de las *manos libres*-

De este modo y con gran sorpresa del de Hinestrosa, que estaba satisfecho del sigilo y tino desplegados en la captura de don Francisco, no se hablaba, desde el segundo día, de otra cosa, ni había en la Villa lugar público ni privado donde ello no fuese materia de conversación.

Referíanse muchos pormenores é incidentes, y corría como válida la especie de que el buen Rocha había sido atormentando en dos ocasiones con el torno y con las cuñas, sin que la justicia obtuviese resultado alguno, pues se mantenía obstinado y renitente y contestaba las preguntas con el silencio más profundo. Decíanse muy en secreto que el físico de la Villa había entrado varias veces en las prisiones del Cabildo, llevando redomas y cordiales, y que el Padre Senavilla pasaba largas horas encerrado con el prisionero. Los que habitaban las cercanías de la cárcel creían oir durante la noche tristísimos alaridos, por lo cual pidieron exorcismos a la parroquia.

Revuelta hallábase la Villa, y los indios del Cerro y de los ingenios, que tenían grandísimo afecto por Rocha, comenzaban a mostrarse rehacios al trabajo, formando grupos en que se tramaban bien poco tranquilizadores proyectos. La gente del pueblo, llena de los favores de don Francisco rezaba novenas, y estipendiaba misas en sufragio de la salvación de este padre de los pobres.

Finalmente, la excitación era terrible y se denunciaba en todas las formas conocidas, siendo la más expedita la de los pasquines que aparecían fijados en los lugares más públicos, y tenían locos al corregidor Ibargüen y al alcalde Hinestrosa, pues no llevaban la mano al bolsillo de la chupa sin tropezar con uno.

Un día principalmente hicieron de modo que el alcalde y el corregidor leyeran desde el levantarse del lecho, y en todos los lugares que recorrían ordinariamente, la siguiente redondilla:

«Puede se haga para el diablo
Una merienda sabrosa,
Con los huesos de Hinestrosa
Y las carnes del de Ibargüen».

Oigá?,—dijo este áltimo,—pues yo os haré conocer que no soy un bragazas a quien asustan pasquines y amenazas; y dirigiéndose a la puerta de su despacho: Hola! dijo,—que se reuna ahora mismo el consejo, que se mande echar pregones declarando rebeldes al rey y azuzadores del desorden, a los que formen corrillos para hablar y murmurar del enjuiciamiento que por *monedero falso y hereje* se sigue a don Francisco de Rocha, y que se pene con cien azotes en plaza pública, a quien fuere tomado *infraganti* delito de pasquinero.

Pues no hay más que hacerse blando,—prosiguió a solas,—*para qué se le venga la canalla encima y lo vuelva cera.*

En la noche de ese mismo día y antes de poner en ejecución el acuerdo del consejo, se resolvió que el Padre Senavilla hiciera una nueva tentativa con el preso, aunque no fuera más que para descubrir a los cómplices.

Serían las once poco más o menos y estába la noche fría y lluviosa, cuando se abrió silenciosamente la pesada puerta de la cárcel del Cabildo para dar paso a un sacerdote que salía guiado por un corchete con linterna en mano. Caminaron ambos a lo largo de la Moneda y al llegar a la puerta del convento de la Compañía de Jesús, dijo el guiado: *Dios os lo pague, hermano, que ya no os he menester y podéis regresaros.* Pero apenas se había alejado el guía, salió del hueco de la puerta una sombra que al notar la sorpresa del sacerdote, se apresuró a decir: nada temais, Padre Ambrosio, pues soy yo el que hace dos horas os espera impaciente.

Podeis esperar, cierto,—respondió mal humorado el Padre,—*y ya os dije que tal juego era peligroso y os podía costar la cabeza.*

«Dejad eso a mi cuidado, Padre Senavilla, y decidme si estais al fin dispuesto a revelarme las declaraciones que le habéis arrancado a don Francisco.

«Insistís inútilmente y os digo por última vez que nada tengo, ni nada sé, ni en sabiéndolo os lo digera y basta, que ya toda insistencia es importuna».

No había concluido su razonamiento el Padre, cuando sintió el agudo filo de un puñal que le traspasó el pecho. Apenas pudo murmurar un *Dios me valga!* y cayó para no levantarse más.

El asesino se apoderó de todos los papeles que llevaba el Padre consigo y corrió hácia un farolillo que ardía al pie de la efigie colocada en el cementerio de la Compañía. Los recorrió y examinó rápidamente, y arrojando juramentos y maldiciones de despecho, se perdió en la oscuridad de las callejuelas del Baratillo.

Cualquiera que le hubiera visto a la débil luz del farol, hubiera conocido a pesar del embozo a don Alonso de Meneses, fingido hermano de la Sevillana.

VIII

DE CÓMO EL CORREGIDOR MOSTRÓ TENER HÍGADOS

Las campanas de todas las iglesias tañían lúgrubremente con acompañamiento del esquilón, lo que daba a conocer que el muerto era sacerdote.

Una multitud de gente invadía la capilla lateral de la Compañía, donde en un suntuoso túmulo yacía entre blandones y cirios, el cadáver del doctor don Ambrosio Senavilla, superior de los jesuitas, muerto por la sacrílega mano de los parciales de don Francisco, según la versión generalmente aceptada.

Todas las comunidades religiosas y los párrocos y capellanes de la Villa cantaban el oficio de difuntos, mientras en la puerta se escuchaban los lamentos y sollozos de las numerosas hijas de confesión del Padre Ambrosio.

El vulgo repetía admirado y pasaba de boca en boca el milagro operado en el cadáver del santo jesuita, pues lejos de exhalar la hediondez de la putrefacción, parecía rodearle cierto perfume suave y desconocido que causaba en quienes lo sentían una impresión celestial.

Moría en olor de santidad!.....

A la misma hora en que esto sucedía, una partida de arcabuceros al mando del secretario del corregimiento, ponía en fuga a los trabajadores del ingenio de *Thuru-Cancha*, amotinados desde la noche anterior y que habían dejado maltrechos a los alguaciles enviados para reducirlos, no sin que la sangre de algunas víctimas hubiese corrido en esa desigual escaramuza.

Las noticias corrieron por toda la Villa, las puertas comenzaron a cerrarse a toda prisa; quedóse casi desierta la capilla; y poco después no atravesaba por las calles alma viviente, a no ser las rondas organizadas por el Cabildo, para defensa de los intereses generales.

El señor corregidor acompañado de los Regidores y de dos guardias, salió a recorrer la Villa, caballero sobre un reluciente jaco, y a la vuelta reunió el consejo y permaneció en deliberación durante una gran parte de la noche.

Mientras tanto, Hinestrosa se volvía loco buscando a dos personas que parecían tragadas por la tierra, según habían desaparecido sin dejar huella. Había entrado en la casa ocupada antes por don Francisco: todo estaba desierto y abandonado; los muebles, las tapicerías y los adornos no estaban ya en su sitio, las habitaciones tan lujosas de Ccori-Cusichi estaban desmanteladas y vacías. Acudió al ingenio de *Thuru-Cancha*, la misma soledad y el mismo abandono. Entró en Copacabana, amenazó, rogó a las recogidas y a la superiora; pero nada pudo obtener que le diera luz o que le guiara en sus investigaciones.

Doña Catalina y Ccori-Cusichi habíanse vuelto humo, y don Alonso que ayudaba al alcalde en sus pesquisas, devanábase los sesos sin poder explicarse tan estraño fenómeno.

El consejo en tanto había declarado «que la persona de don Francisco era peligrosa al órden y motivo de alzamientos rebeldes, aparte de que pesaban sobre él acusaciones por delito de *falsa amonedación e indiferencia religiosa;* pero que dejaba al prudente juicio del corregidor el estimar si era conveniente en el estado de excitación en que se hallaban los ánimos, el hacer uso de un escarmiento riguroso».

Cuando el de Ibargüen leyó lo que antecede, cuentan las crónicas que dijo: «no merendará el diablo con la carne y los huesos del corregidor y del alcalde; pero tengo para mí que no se quejará del cambio».

Al día siguiente jueves 11 de mayo de 1770, balanceábase en una horca levantada en las puertas de *Thuru-Cancha* y resguardardado por doble escolta de arcabuceros, el cuerpo de un ajusticiado.

Los transeuntes reconocían estremecidos en este desgraciado, al opulento y generoso don Francisco Rocha.

EPILOGO

DE CÓMO UN INDIO SÓLO, PUDO MÁS QUE EL ALCALDE Y SUS ALGUACILES

Había por los años de 1780, es decir, diez años después de los acontecimientos que van relatados, un indio llamado Guanca, mayordomo del ingenio de Occupampa y muy conocido de la Villa Imperial por sus rasgos generosos y por su carácter servicial y honrado.

El dueño del ingenio, don Fernando Balcázar, tenía en él gran confianza y le dejaba enteramente la dirección de sus intereses, sin que jamás tuviese motivo de queja, sinó antes bien frecuentes adelantos y beneficios que no solamente demostraba la acrisolada honradez de Guanca, más también un celo y asiduidad muy poco comunes.

Pero Guanca era espléndido en su porte; su mujer vestía *phanta* de terciopelo y *acsu* de lâma de oro, y los tacones de sus *hojotas*, los *topos* de la *lliclla* y los cascabeles de las mangas eran de plata. No había indio en los ingenios y rastras vecinas que no fuera su compadre, recibiendo por ello regalos de verdadero cacique, ni se pasaba la fiesta en las parroquias sin que Guanca fuera por lo menos el vice-alférez; por lo cual, (y sin que se presentara el proyecto y se aprobara por las cámaras, como ahora se estila) le llamaron unánimemente *Ccolque Guanca*, es decir, Guanca de plata, llegando a constituir hoy ese mote un verdadero apellido.

Nadie sabía de donde provenía la fortuna de este indio que así gastaba, teniendo apenas un miserable salario; pero entonces ya empezaba a popularizarse la costumbre de halagar al que tiene, sin preguntar el cómo lo obtiene y sin meterse en honduras cuando en la superficie está la boya.

Por su parte el don Fernando se hallaba muy contento con su mayordomo y tenía en él cada vez mayor confianza.

Andando el tiempo cayó enferma y entregó el alma a Dios, la esposa de Guanca, y éste que por lo visto era un ejemplar a la rústica de los amantes de Teruel, no pudo soportar el peso de tan dolorosa calamidad y se encontró en breve en camino de juntarse con su cara prenda.

Había rehusado todos los auxilios que se le ofrecían y encontrándose ya próximo a la tumba, llamó a su patrón, y después de muchos encarecimientos le hizo la relación siguiente:

«Al regresar una mañana del pueblo de Cantumarca, me sorprendió una tormenta en la falda del Cerro hacía el lado de la Eslabonería y me obligó a refugiarme en un hueco formado por las grietas. Entre los distintos colores que presentaban las vetas del Cerro, me llamó la atención el de una piedra sobresaliente de forma estraña que no parecía naturalmente colocada en ese sitio. Llevaba conmigo un pico y comencé a escarbar al rededor de la piedra, redoblando mi empeño al ver la facilidad con que cedía la tierra medio húmeda que llenaba los huecos.

«Finalmente, señor, para abreviar os diré que dejando por esa vez la obra y volviendo con mejores utensilios, logré sacar la piedra de quicio, descubrí un socavón, me aventuré por el, descendí al fondo de un sótano y con inauditos esfuerzos forcé una puerta de fierro y hallé una bóveda.

«A la luz de la mecha de sebo que llevaba mi esposa, descubrimos con asombro las inmensas riquezas que allí había encerradas».

E hizo la misma relación que queda consignada en la declaración de doña Catalina.

En seguida continuó de esta manera:

«Pocos días después logramos forzar la segunda puerta y quedamos yertos al presenciar este horrible cuadro.

«Pendía del techo el esqueleto de una mujer, cuyos abundantes cabellos caían por delante hasta las rodillas. Conservaba aún los restos de una saya de raso y adheridos al cuello collares de diamantes y de perlas. Al frente y asentado sobre dos cojines, se hallaba el esqueleto de otra mujer cuyos vestidos parecían de rica lama de oro».

La relación de Guanca quedó interrumpida; una fuerte tos que pareció desgarrarle el pecho, le hizo arrojar torrentes de sangre y expiró sin determinar el lugar ni dar señal ni derrotero alguno; pero la tradición señala el sitio de la Eslabonería, como aquel donde se encuentra la boca del socavón de Rocha, que aun se cree guarda los esqueletos de la sevillana y Ccori-cusichi.

Desde principios del presente siglo se han organizado muchas sociedades con fuertes capitales para buscar los tesoros de Rocha; por ahora quedan sepultados en el misterio más profundo.

Dícese que los jesuitas lograron en 1770, acercarse al sitio, con la ayuda de algunas ligeras noticias trasmitidas por Balcázar a sus hijos; podrá ser cierto, pero lo positivo es que Rocha sufrió horca y tormento sin revelar su secreto perfectamente guardado hasta nuestros días.

Sólo una india con una alma como la de la hermosa Ccori-cusichi, podía vengarse como se vengó ahorcando a la *Sevillana* y dejándose morir de inanición por no abandonar a su rival aborrecida. [1]

(1) Son referentes a este mismo asunto las tradiciones FALSIFICACION DE LA MONEDA, por Vicente G. Quesada y EL TESORO DE ROCHA, por Juana Manuela Gorriti, que se registran, en la presente obra.

J. L. JAIMES

AMOR, AL DIABLO UTILIZA

El cuento que me propongo referiros, mis queridos lectores, pertenece a aquellos buenos y cristianos tiempos en que el diablo andaba suelto, entretenido en jugar malas pasadas a la flaca humanidad, y su autenticidad [la del cuento, no la del diablo], está certificada por cronistas de la talla de Martinez Vela y el siervo de Dios fray Diego de Yepes, predicador y protector de los indios del corregimiento y Villa Imperial de Potosí, de manera que habréis de tenerlo como cosa sucedida, real y verdaderamente y creeréislo como apuntado por quien murió en tal olor de santidad que trascendía.

Para más señas, era el año de 1591 y entró a gobernar la Villa Imperial por S. M. don Felipe II, el general don Ortiz de Zárate, del hábito de Calatrava, séptimo corregidor de Potosí.

Corría pues el año del mil quinientos.....es decir, no era el año lo que corría era un torrente con ínfulas de río que al chocar en las asperezas, recodos, pedruscos y pedrones del cauce, producía un permanente ruido prolongado por el eco en la doble fila de colinas, que formaban una larga y no interrumpida cadena a los costados del profundo valle.

Pero no solamente corría, sinó que corre ahora mismo, y seguirá corriendo, mientras no se pare, el susodicho río llamado de Yocalla, a cosa de treinta millas de la antigua Villa Imperial y hoy republicana ciudad de Potosí, cuya universal fama me ahorra la tarea de decir en qué punto del globo terráqueo se halla situada.

La quebrada de Yocalla, es una señora quebrada, profunda, rocallosa, cenicienta, sembrada de enormes fracmentos de granito, y adornada en todas las grietas y cavidades con ásperos cardos y rudas ortigas. Allí la naturaleza se mostró suegra y no madre, y el viejo Eolo, puso, para refresco de esas soledades, el más crudo, y sutil de sus vientos, que silba colándose en los huecos y meneando la maleza.

En la parte más angosta, se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiva parece lanzada del espacio por la mano de los Titanes. Es tan alto, tan gallardo, tan majestuoso y tan atrevido, que no parece fabricado por humanas fuerzas, y en cuanto a su solidez, sirven de testigo y fiador, los doscientos noventa y tantos años que forman los dos siglos y pico que van trascurridos, los cuales le han visto impasiblemente cabalgado sobre el rio, sin moverse jamás ni para los menesteres más precisos.

Y eso que le falta en el mismo centro del arco una de aquellas enormes piedras con que está fabricado, y se ve desde lejos el hueco, exactamente como si fuera el que deja un diente prófugo.

Y reclamo toda vuestra atención para este hueco. pues en él estriba todo el interés de nuestro cuento, como lo veréis probablemente si con santa resignación seguís leyendo.

Era el caso que en el pueblo de Yocalla, como a cosa de dos a tres tiros de arcabuz de dicho río, había un indio, es decir, había muchos indios, puesto que con uno no había de formarse pueblo; pero como no he de referiros la historia de todos, sinó solamente la del héroe de mi cuento, dejo a los otros y sigo con mi susodicho indio, del cual dicen las crónicas que era el más apuesto y gallardo mozo de veinticuatro años que se paseaba por esos contornos.

En el mismo pueblo había un curaca muy ricote y bonachón, que vivía en compañía de mi señora la curaquesa su esposa, india que en mejores tiempos debió ser un prodigio de hermosura, a juzgar por lo que se trasuntaba de entre las diez arrobas de carne que representaba su femenina humanidad; y más se confirmaban esos barruntos al ver una preciosa india de 16 años, hija suya, que diz era su retrato vivo.

Si sería linda la chica cuando era conocida por todos con el nombre *Chasca*, (Lucero) a causa de tener dos luceros por ojos, aparte de su redondo cuello, su enhiesto seno y contorneadas formas, cosas que vistas separadamente causaban mareos y en conjunto embriagaban con la dulce embriaguez del néctar olímpico!

Si tendría novios un semejante pimpollo! Como que se veía asediada por una legión de adoradores que pasaban la pena negra con sus desdenes a pesar de írseles todas las noches en tañir dulces flautas en los alrededores del rancho de su ingrata dueña.

Y no era porque en un cuerpecito tan remonono, se encerrara una alma fría y de cántaro, sino porque su corazón había sido herido por los harpones del amor, rindiendo vasallaje ante el bello indio de 24 años, llamado Calca, con quien antes trabamos conocimiento.

Amábanse ambos como dos tórtolas y más de una vez la blanca luna había iluminado el delicioso grupo que formaban, sentados sobre los rústicos poyos, enlazadas las manos, fijos de entrambos los dulces ojos cargados de ternura y anhelantes los pechos donde el corazón daba mil saltos, mientras el amor batiendo sus alas los rodeaba de una tibia y voluptuosa atmósfera de felicidad.

Nada más natural sino que el buen curaca sacase a los chicos de cuitas y echase sobre ambos la coyunda matrimonial; pero sobre que el padre de Chasca era un noble curaca y tenía además de unos centenares de ovejas, doce yuntas de bueyes y algunas fanegadas de terrenos cultivados, había el que el bello Calca era pobre tributario, tan escaso de hacienda como grande de corazón, fuerte para el trabajo y diestro en el tañer de la zampoña y en el disparar peladillas con la honda.

Con todo y alentado por el amor de la incomparable Chasca, cobró bríos el buen Calca y se fué en derechura al curaca para formular en toda regla una demanda matrimonial.

—No eres más que un excelente chico, le dijo éste, y mi hija que es la más dulce gacela de estas comarcas, no ha de pertenecer sinó a quien se haga digno de merecerla; ya aumentando su hacienda o ya dándole mayor lustre y valimento.

—Un año te pido y no más, al cabo del cual o habré muerto y serás libre para disponer de mi suerte, o habré alcanzado la doble condición que exiges a quien haya de ser dueño de tan grande tesoro.

Y desapareció del pueblo, sin que nadie supiera su destino.

Pasáronse los meses, y la hermosa Chasca no cesaba de regar con sus lágrimas el mismo poyo confidente de sus dichas, y en él renovaba todas las noches el juramento de no pertenecer a otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asediábanla a más y mejor los pretendientes, y no era el más flojo el hijo del alcalde, mozo letrado, que sabía leer y escribir y sacar cuentas, y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los más ricos propietarios del pueblo.

Al buen curaca le parecía una ganga el chico y a mi señora la curaquesa, se le iba el alma porque entroncase con la chica; pero había una promesa de por medio y los indios no ceden en ese punto.

Por esos mismos tiempos un español llamado José Gutiérrez de Garci-Mendoza, había descubierto las Salinas que se encuentran a algunas leguas más allá de Yocalla, y por lo que se llaman al presente, Salinas de Garci-Mendoza, y había establecido allí un activo trabajo, constituyendo en breve espacio una bien organizada población.

Jefe de los indios del trabajo, era nada ménos que nuestro Calca, á quien por el prestigio que había sabido granjearle su sagacidad, su constancia y su valor en las ocasiones arriesgadas, habíale alcanzado del corregimiento, su patrón Garci-Mendoza, el bastón de curaca de Salinas.

Así, llorando Chasca, acariciando esperanzas de curaquesa y reuniendo dineros Calca esperaban todos el día en que espirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen curaca hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar una hora más, se realizara el enlace del alcaldito y la curaquilla.

Era una noche de truenos, oscura como un antro, no se distinguía la palma de la mano y llovía a cántaros. De vez en cuando, un relámpago rasgaba las tinieblas e iluminaba con fatídica luz la agreste quebrada de Yocalla y el trueno llenaba los aires repercutido por los cerros, cuyos peñascos parecían desgajarse con terrible estruendo.

De las colinas inmediatas se precipitaban arrastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadeable.

En una de sus orillas hallábase de pie un hombre. A la luz de los relámpagos, se veía su semblante demudado por la más honda desesperación.

Retorcíase el infeliz y en un rapto de suprema angustia: «a mí, espíritu de las tinieblas; a mí, Satanás, rey del infierno!» exclamó con terrible acento.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo pareció abrir sus terribles fauces y un trueno mayúsculo extremeció los cielos y la tierra.

El diablo acudía a la demanda y tocando en el hombro a Calca que no era otro quien lo invocaba: «héme aquí, le dijo; pide; pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma».

Sacando fuerzas de flaqueza, «quiero, le dijo, que sobre este río construyas un sólido puente de manera que antes del canto del gallo, en la madrugada, esté concluido; si lo consigues sera tuya mi alma; en caso contrario».....

—Se sobresee en el asunto, añadió el diablo, que en fuerza de tratar con escribanos y jueces, les había aprendido su dialéctica, no perdiendo ocasión ni ripio para ostentar su erudición forense, y sacando un pergamino, extendió el pacto y puso su firma de tres puntos, invitando a poner la suya a Calca. Pero éste puso una cruz por no saber firmar, lo que en el diablo produjo un respingo, dejando caer el pergamino al suelo.

Acto contínuo se puso Satanás en obra. El mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocadas las bases, el aliento de Satán secaba las junturas de manera que no ofrecían solución de continuidad: ya se levantaba por ambos costados una parte del arco; el diablo redoblaba la tarea, mientras que el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba, miraba con terror que la obra llegaba á su término.

De súbito se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma la ayuda del arcángel San Miguel, y las más sinceras lágrimas de arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto el puente se destacaba ya a la débil penumbra que, disipada la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día; no faltaba sinó una pequeña parte del centro, y el diablo sudaba y resudaba trabajando por doscientos. Faltaba sólo una piedra para rematar la obra. Calca escondió la cabeza entre las manos; pero ¡cosa más singular! el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado, pues pesaba como el mundo, y era que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno.

Pugno éste por cortar otra y otras y todas pesaban igualmente, de manera que se daba a todos los diablos de despecho. Hizo una nueva tentativa y la levantó al fin y se echó a caminar con ella a cuestas; ya la empujaba a su sitio ya.....ya.....cuando se escuchó majestuoso el canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entónces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor de azufre y de betún se esparció por el aire y los primeros rayos del día iluminaron el gallardo *Puente del diablo* con la susodicha piedra de menos, exactamente como se encuentra hasta el día.

— — —

Era un domingo y las campanas de la iglesia de Yocalla repicaban como si no hubiera infierno.

Las indias y los indios vestían de gala, y en toda la callejuela que conducía desde la casa del curaca al templo, había de trecho en trecho arcos de molle y ramas de hinojo.

Los tamboriles y las gaitas sonaban en toda la extensión del caserío. Grandes columnas de humo denunciaban la presencia de los hornos donde se cocía el pan de la fiesta; todas las muchachas casaderas con la *phanta* de lujo y el *acsu* plegado al talle, elevando el seno y luciendo sus exhuberantes contornos, llevaban ofrendas a la casa de los novios.

Verdad es que todavía no he dicho que se trataba de un casorio; pero ya lo sabeis y sigamos andando.

Una gran comitiva, presidida por el alcalde y el curaca, se puso en marcha, caminito de la iglesia. Entre muchas indiecillas de muy buenas barbas y muy frescas carnes, iba la hermosa Chasca, triste, ojerosa, cabizbaja; y entre un grupo de jóvenes indios no iba más satisfecho y contento, el hijo del alcalde, que sabía leer y escribir, y sacar cuentas.

Ya sabemos, amabílisimos lectores, por qué iba triste ella, pero no sabemos por qué él iba triste. y no era sinó por que nunca había conseguido ni una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba a ser su mujer. En realidad no la amaba, porque era muy egoista para abrigar tan noble sentimiento y sólo pretendía satisfacer su vanidad, pero se le hacia muy cuesta arriba el unirse a una hembra que no hacía en su vida otra cosa que llorar por otro. De manera pues, que iba de mala data y hasta hubiera querido que algún accidente diera al demontre con la boda.

Llegó la comitiva a la puerta del templo, en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solmnes, pero cuando ya unía las manos de los novios, abrióse la comitiva en dos alas y dió paso a Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Maravilla de Dios! El curaca enmudeció: mi señora la curaquesa protestó; el alcalde imitó al curaca, su hijo sintió una súbita alegría y

el buen cura juntado las manos de Calca y de Chasca, les dió la bendición nupcial, en medio del contento de los jóvenes concurrentes que se miraban unos a otros como diciendo: "si vosotros quisiérais, podíamos seguir su ejemplo".

Después he sabido de buena tinta que los dos héroes de nuestro cuento, vivieron felices y contentos y que la bella Chasca obsequió a su adorado Calca con dos chiquillos como dos rollitos de manteca.

Entre tanto, lo que hay de positivo y firme, es el puente del diablo, construcción cuyo orígen nadie conoce, sinó es por la conseja que he tenido la honra de contaros. (1)

---

(1) En cuanto a la verdad histórica del orígen del puente de Yocalla, insertamos a continuación el siguiente párrafo de la *Monografía del Departamento de Potosí*, pág. 394: **Orígen de los Puentes de Pilcomayo y Yocalla.**—"La leyenda se ha apoderado de la oscuridad histórica creando relatos fantásticos de mera imaginación " fundados en la tradición oral del espíritu supersticioso de los indígenas de la antigüedad, inventándose dife- " rentes versiones sobre el orígen de estos puentes. Estos, de notable arquitectura, fueron construidos por un " indígena que era de instintos feroces, sanguinario, carácter irascible y agresivo, que lo condujeron al crimen, " pues cometió varios asesinatos. La justicia se apoderó de él, lo sometió a juicio y lo condenó a la pena de " horca, que en aquellos tiempos estuvo a la órden del dia. Para librar su vida el criminal, ofreció construir un " puente sobre el rio Pilcomayo, todo de cal y piedra, de dos arcos y un pilar al centro, con la condición de " que se le auxiliase con los materiales necesorios, brazos y herramientas para el trabajo. El Gobernador de " Potosí, de acuerdo con la Audiencia de Chárcas, accedió condicionalmente a esta solicitud para conmutarle la " pena en caso de que cumpla su promesa.

"Poco tiempo despues el puente estuvo construido con admirable corrección arquitectónica y la solidez " apetecible en esta clase de obras.

"Trascurridos algunos años se derrumbó uno de los arcos de cal y piedra, y fué reemplazado por un " puente de madera, subsistiendo hasta hoy el otro arco.

"Más tarde, el mismo indígena reincidió en el crimen, que lo condujo al peligro del cadalso, del que Vol- " vió a librarse, construyendo otro puente, que se conoce con el nombre de Yocalla en el camino al Norte, dis- " tancia de 30 millas de esta ciudad, con todas las apariencias de una obra recien concluida por un arquitecto " de primera clase, tanto por la corrección matemática de sus líneas, como por la superioridad de los materiales " empleados en su construcción, siendo admirado por cuantos lo conocen.

"Se ignora la fecha de ambas construcciones, pero se supone que se verificarían hace dos siglos.

"El autor fué natural del cantón Potobamba, provincia Linares, llamado Diego Sayago, a quien no " puede atribuírsele conocimientos de arte en materia de arquitectura y sólo un talento o disposición natural, " con que pródiga la naturaleza dota a los hombres en algunos ramos del saber humano.

"La etimología del nombre de Yocalla, con que hoy se conoce, no solamente el puente, sinó también el " pueblo que está a sus inmediaciones y que es uno de los cantones del Cercado de esta ciudad, se explica así: " un cacique de los más notables de aquella comunidad tuvo ocasión de conocer los dos puentes, y para expre- " sar la superioridad y magnificencia del primero sobre el segundo, al contemplar exclamó: *caika yoccallan*, " (éste es su muchacho").

J. L. JAIMES Brocha Gorda

RENCOR DE RENCORES

Aun quedaba fresca la memoria y los comentarios de la sin igual fiesta que el opulento criollo potosino D. Agustin de Solórzano, habia hecho con ocasión de las bodas de su hermosísima hija Dña. Esperanza, con D. Juan de Toledo, no menos rico y uno de los más apuestos mancebos de la Villa.

Aun se recordaba la magnífica pila de plata que tenía mil cuatrocientos cincuenta y tres marcos, plantada en el patio para surtir, durante el día entero, de riquísimo vino a los concurrentes. [1]

Aun se maravillaban las damas y galanes con la suntuosidad de los agasajos, la riqueza de los paramentos y la embriagadora atmósfera, henchida de perfumes y armonías que pebeteros y orquesta prodigaban sin punto de reposo.

Aun se envidiaba la recíproca felicidad de los cónyuges, que parecían hechos de propósito el uno para el otro, completando la débil hermosura femenina, la varonil belleza y demás dotes del buen D. Juan, que a no ser de Toledo fuéralo de Marana.

Aun se deslizaba en el purísimo cielo del himeneo la luna de miel sin nubes.....

Pero es condición de la vida terrena el no ser perfecta como sólo puede serlo la eterna, y por lo tanto, han de mezclarse, sin remedio humano, dichas y desdichas, goces y pesares, ilusiones y desencantos.

Y era el año de gracia 1625, segundo del profícuo gobierno del factor D. Bartolomé Astete de Ulloa, quinceno corregidor de Potosí, cuando llegó a la Villa con grandes recomendaciones del virrey de Lima, D. Martin de Salazar, castellano con más ínfulas que dineros, aunque seductor por la facilidad y gala de su palabra y donosura de ingenio para componer espinelas y formar glosas.

Dióle suntuoso alojamiento el de Solórzano y dióle el de Toledo su amistad y su confianza en términos que en breve realizaban ambos la fábula de Castor y Polux, según era estrecho y apretado el nudo que los juntaba.

Pero en aquellos buenos tiempos en que no se había inventado el libre exámen, ni los fueros de la conciencia, ni el espíritu moderno, ni la fórmula del progreso, ni la idea de lo trascendental y subjetivo, y en que los pacíficos súbditos de su majestad D. Felipe IV de España se vanagloriaban de su fe ciega, de su temor a Dios y al santo oficio, de su

1 Archivo boliviano por Vicente Ballivian y Roxas

devoción a la Vírgen y a los apóstoles, mártires, confesores y ermitaños: en esos buenos tiempos de toque de queda, cubre fogón, oración de ánimas, ronda de alguaciles y galanes de espadón y linterna, era constante y como pasado en autoridad de cosa juzgada, el que el diablo anduviese suelto y jugando muy serranas partidas a los hijos de la Imperial y muy realista Villa de Potosí.

Así fué que entrando el don Martin en la casa solariega de los Toledo Solórzano y no cerrrando con llave de cruz la puerta que la hospitalidad abriera, entróse detrás el enemigo de toda felicidad y reposo, el jefe de la eterna oposición que fermenta en los infiernos, alimentada por la ambición y la codicia, la envidia y todas las pasiones del caído.

Soplaba el maligno a los oidos de la gentil doña Esperanza, los consejos más diabólicos y las ideas, meditaciones y sueños menos conformes con la ley de lealtad conyugal, bebiendo ésta en la copa de oro de la lisonja, las dulces rimadas frases que componía el don Martin en su alabanza.

Por doble obra arrojaba a los ojos codiciosos de este galán, los seductores encantos, los voluptuosos contornos, las maravillas en fin, de que era conjunto hechicero la que al pie del altar fué de Toledo.

La ocasión, en 1625, era ya como al presente, calva y resbaladiza, y aunque no se habían inventado las neurálgias, ni los nervios, el corazón solía revelarse ya al deber, proclamando el dominio del sentimiento, bajo el influjo de ese enemigo, autor de tantas flaquezas, que se llama la carne.

¿En dónde habían de parar tantas pláticas y discursos donairosos, tantas endechas, madrigales, sonetos y acrósticos, henchidos de hipérboles lisonjeras, y en dónde la natural inclinación de la mujer a escuchar a la serpiente y gustar del fruto vedado, aun a riesgo de perder el paraíso?

¡Honra de los Toledo y los Solórzano, naufragásteis también como tantas otras en el piélago que las pasiones forman, entre los continentes del deber, la lealtad y el amor a Dios! Fuísteis la víctima en ese combate de goces robados, de embriaguez condenada y de olvido dichoso, que la humanidad imperfecta, cuyo espíritu divino cubre la concupiscencia humana, sostiene todos los días, en todos los países y a despecho de todas las culturas!

Mas ay! que sobre todo está el soplo íntimo que refresca la memoria, remueve la conciencia y produce los vagos temores, las incógnitas inquietudes, los intranquilos sueños y la turbia mirada del culpable ante el ofendido.

El remordimiento es la reacción del espíritu sobre la materia, y como la fiebre lenta que altera el cuerpo, así es una lenta tísis que transtorna el alma hasta llegar al término de la desesperación y de la muerte.

Así la hermosa Esperanza en sobresalto perpétuo, temblando siempre de las sorpresas y de los descubrimientos, viviendo de insomnios

para evitar las confesiones sonámbulas, hallando en los suyos, acusadores, en los halagos de éstos, un lazo, y en los fenómenos más naturales, un aviso del cielo, acabó por desfallecer de cuerpo y alma, sobre todo ante el terror que le produjo el conocimiento de que era madre, sin poder deslindar una paternidad horrendamente dudosa.

En breve la desesperación llegó al delirio que precede a la muerte: pero la sabia naturaleza concede un momento lúcido antes de que el espíritu abandone la morada terrestre, y ese momento en que aun los dementes recobran el juicio, fué también concedido a aquella que habia logrado tan pocos instantes de felidad en el mundo.

Llamó al de Toledo, le hizo prometer que le otorgaría su perdón cualquiera que fuese su culpa, pues no moriría en paz, ni en gracia de Dios si no le cerraba piadosamente los ojos su propio esposo ofendido, y entre lágrimas y sollozos confesó todas sus culpas, añadiendo que le instaba a esa absolución para evitar que sobre el honor, entonces tan caro y celoso, se levantara ni aun la sombra del confesonario.

Más hermosa que nunca y como pálido lirio en lecho de rosas y jazmines, hallábase yerta e inanimada la que fué sin par Esperanza entre los vivos. Parecía que sonrisa de inefable satisfacción aun desplegara sus labios entreabiertos y que la bendición de Cristo a la pecadora arrepentida, rodeara con aureola de luz aquella espléndida cabeza.

A la desesperación silenciosa y árida, sucedió el benéfico llanto. Llanto que secó el ardor de una resolución violenta, cuya firmeza se reflejaba en la frente y en los ojos de aquel hombre que encerró su secreto en el fondo de su alma y cubrió su rostro con la máscara del más perfecto disimulo.

Mantuvo en su casa y con las muestras de antigua cordialidad al ignorante de todo, don Martin Salazar, cuyo dolor calmó la idea de haberse cubierto con el misterio de la tumba su delito.

Pasados los primeros días del riguroso duelo, partía don Juan de Toledo llevando en el semblante y en el traje las muestras del luto de su Esperanza y acompañado de una numerosísima comitiva hacia los reinos de España, dejando hecho su testamento y el arreglo de su fortuna.

No había concluido aun la semana desde la partida de D. Juan, cuando la Imperial Villa despertó un día conmovida por un horrendo suceso.

Grupos de gente rodeaban el cadáver de un caballero, cuyas trazas denunciaban alta distinción y porte.

Su rostro cubierto de sangre, su cuerpo literalmente acribillado a puñaladas, excitaban la curiosidad y la compasión de los circunstantes. Hechos los reconocimientos y comprobada la identidad, se vino a conocer que la víctima encontrada en el atrio de la iglesia de Santiago era

en persona D. Martin de Salazar, poeta y romancero de la secretaría del virrey de Lima, huésped muy agasajado y sinceramente llorado por el que presidió la pompa fúnebre, D. Agustín de Solórzano.

Tiempo más, tiempo menos, un año después de estos sucesos, apareció en Potosí un respetable ermitaño. El tosco sayal que cubría su cuerpo y las sandalias que no cubrían sus pies desnudos, demostraban el rigor de la penitencia. Su rostro, del que apenas se veían los ojos, apagados siempre, y vivos y ardientes al fijarse en la calavera humana que llevaba constantemente en la mano derecha, estaba casi oculto por el bosque de cabellos que desgreñados caían sobre los hombros y por la luenga y espesa barba que le llegaba a la cintura.

Siempre silencioso, atravesaba como una sombra las calles de la Villa, sin apartar la vista del despojo humano que llevaba consigo. El pueblo y hasta los señores y magnates se destocaban respetuosamente a su paso. Las mujeres se conceptuaban dichosas cuando tocaban ellas y hacían tocar a sus hijos, el burdo sayal del ermitaño.

Nadie preguntó nunca quién era, de dónde llegara y qué fin se propusiera al mostrar tanto ascetismo en poblado. La fe no examina, cree ciegamente, y la fe hacía ver hasta la aureola de los bienaventurados al rededor de aquella cabeza inculta.

La creencia popular atribuía al santo todos los buenos sucesos que se realizaban en la Villa y el alejamiento del demonio que durante mucho tiempo había sentado allí sus reales, ocasionando maravillosos sucesos, no siendo suficientes los exorcismos y preces de la iglesia,

---

Ahora oigamos al cronista D. Bartolomé Martinez y Vela, que en los Anales de la Villa Imperial de Potosí, de donde él era hijo muy estimado, cuenta al pie de la letra y dice.

«Este año murió en Potosí aquel tan acreditado ermitaño, el cual anduvo 20 años por sus calles, con un saco, barba crecida y una calavera en la mano. Tenido de todos por hombre bueno y penitente, miraba a veces de hito en hito la calavera; y todos juzgaban que contemplaba en ella la muerte. Murió con todos los sacramentos; y después de su muerte, hallaron un papel dentro de aquella calavera, donde él, de su mano, había escrito estas razones:

«Yo, don Juan de Toledo, natural de esta Villa de Potosí, hago saber a todos los que me han conocido en ella y a todos los que de noticia quisieren en adelante conocerme, cómo yo he sido aquel hombre, a quien por andar con traje de ermitaño, me tenían todos por bueno no siendo así; pues soy el más malo de cuantos ha habido en el mundo; porque habéis de saber que el traje que traía, no era por virtud, sinó por muy dañada malicia; y para que todos lo sepáis, digo: que ahora poco ménos de 20 años, que por ciertos agravios que me hizo D. Martin de Salazar, de los reinos de España, y en tales agravios menoscabó la

honra que Dios me dió; por esto le quité la vida con infinitas puñaladas que le dí y después que le enterraron tuve modo para entrar de noche en la iglesia, abrir su sepultura, sacar su cuerpo y con el puñal le abrí el pecho; saquéle el corazón; comímele a bocados, y después de esto, le corté la cabeza; quitéle la piel; y habiéndole vuelto a enterrar, me llevé su calavera; vestíme un saco como todos me habéis visto; y tomando la calavera en mis manos, con ella he andado veinte años, sin apartarla de mi presencia, ni en la mesa, ni en la cama, teniéndome todos por penitente, engañándolos yo, cuando aplicaba mis ojos a la calavera, que juzgarían ponía mi contemplación en la muerte, siendo todo lo contrario; pues, así como los hombres se vuelven bestias por el pecado, así me había vuelto la más terrible, volviéndome un cruel y fiero cocodrilo; y como esta bestia gime y llora con la calavera de algún infeliz hombre que se ha comido, no por haberlo muerto, sinó porque se le acabó aquel mantenimiento; así yo, más fiero que las fieras, miraba la calavera de mi enemigo a quien quité la vida; y me pesaba infinito de verle muerto, que si mil veces resucitara; otras tantas se la volviera a quitar; y con este cruel rencor he estado veinte años, sin que haya podido dejar mi venganza y apiadarme de mí mismo hasta este punto, que es el último de mi vida, en el cual me arrepiento de lo hecho, y pido a Dios muy deveras que me perdone, y ruego a todos que lo pidan así a aquel divino Señor que perdonó a los que le crucificaron».

Ahora bien, en 1850, siendo muy niño el que esta referencia consigna, llevado por la mano de su padrino D. Melchor Daza, miembro del primer congreso constituyente de Bolivia y archivo viviente de crónicas potosinas, vió por sus propios ojos, en una de las capillas laterales, abiertas en la nave de la iglesia de San Lorenzo, capillas de ensambladura con columnas salomónicas doradas, y verja enrejillada de madera a torno, del órden gótico antiguo, vió al pie del altar y cubierta por la mano del tiempo, sobre un cuadro de estuco renegrido, esta inscripción, bajo una cruz de doble brazo:

Rencor de rencores y oyó de labios de su viejo conductor y en términos capaces de gravarse en la memoria de un niño tierno, la horrenda historia que queda escrita para conocimiento de las edades. (1)

---

(1) Este mismo hecho histórico, ocurrido en la Villa Imperial de Potosí, ha servido de tema al ameno tradicionista peruano, don Ricardo Palma, para su *Crónica potosina*, titulada JUSTOS Y PECADORES, que se registra en la presente obra.

El ilustrado escritor argentino, don Vicente G. Quesada, se ocupa también del mismo asunto, en la interesante Tradición titulada EL HIJO DE LA HECHICERA, que se registra en este mismo tomo. N. del E.

LA DESCUBRIDORA DE CENTENO[1]

DE J. L. JAIMES Brocha Gorda

NACIMIENTO DE LA GRAN VILLA

"Y *potoc* que en oriundo dice *brota*,
A Potosí denota,
Porque brota y desata
En ricos filos la luciente plata".

Frey Diego de Yepes.

Famoso siglo el de su augusta majestad el emperador D. Carlos V., cuyo poder daba la vuelta al mundo, sin que el sol llegara a ponerse en sus estados, porque así se arrugaba aquel astro y fruncía creciendo pálido y reluciente al hundirse en los movedizos colosales surcos del océano, como daba tarde a Flandes, medio día a Italia, vespertina al Africa y aurora de oro y aljófares a la tierna, inocente y bellísima hija del Genovés, enviado por el cielo a redimir un mundo.

La cruz había reemplazado a la *media luna* en los dominios del rey Moro, y al *sol* en los del emperador Inca.

Dos nuevos mundos entraban en la iglesia católica, bajo el gobierno del Santo Papa Pablo III.

El reino del Perú se organizaba al severo impulso del Excmo. Sr. Velasco Núñez y Vela, primero entre los virreyes después del omnímodo poder del marqués D. Francisco Pizarro, conquistador arrojado y heroico.

El orbe, en fin, rendía tributo a la grandeza del mismo que había de encerrarla más tarde en una estrecha celda de Yuste.

Las tradiciones de la Virgen India del Occidente, de la tierra del Perú que tenía por capital y metrópoli el Cuzco, colocaban entre las laderas de *Tahuacco Ñuño y Cantumarca*, un emporio de riqueza depositada en la inmensa mole cónica que se levanta sola, atrevida y múltiple en colores, enclavando su maravillosa silueta en el purísimo azul de un cielo sin nubes.

Huaina Capac, undécimo monarca inca del Perú, que visitaba los minerales de Porco, hospedado en Cantumarca, y admirado de la hermosura exterior de aquel Cerro y deseando poseer la riqueza de sus entrañas, mandó obreros para emprender trabajos; pero a punto de hacerlo, se oyó un espantoso estruendo que puso terror en todos, y una

1. La presente crónica, carece de amenidad; pero le asiste la verdad histórica deslindando, con irrefutables autoridades, una cuestión larga y debatida; la de la manera y forma del descubriento de Potosí, el origen de su nombre y la primera y fabulosamente rica mina trabajada que dió, en los cuatro años siguientes al descubrimiento, ocho millones de marcos de plata piña.—B. G.

gran voz que dijo: *Pachacamac janacpachapac guaccaichan*! (El Señor lo guarda para otro que venga después). El Inca besó el suelo y mandó alejarse de él a sus súbditos [Garcilaso]. «De así se organizó el *Potojsi* que quiere decir «*dió un gran estruendo*», y se derivó el Potosí, que es como hoy se llama el Cerro conocido por los naturales con el de Potojsí». [Anales de la Villa Imperial].

Aquellas anunciadas gentes debían ser los tributarios de Carlos V., hijos amados de Pablo III, nombrados el capitán D. Juan Villarroel, el primero entre los españoles que pisó el Cerro, y los hermanos Diego y Francisco Centeno.

El indio Gualca fué el descubridor de las riquezas, asistido por la casualidad en forma de una llama perdida que lo obligó a pasar en la parte más abrigada de las faldas, la noche, y encender fuego, el cual había fundido el metal y ofrecido al día siguiente «en ricos filos la luciente plata» según la feliz expresión de Frey Diego.

II

Era Guaina Guanca una india nacida en Porco y descendiente de una de las nobles esposas que llevó en su viaje el Inca Capac.

Rendíanle homenaje todos los naturales, porque sobre llevar en su rostro el sello de su orígen noble, era según la tradición de gallardísimo continente, ojos como el lucero acompañante de la luna, boca como la roja y pura sangre de las tiernas llamas del sacrificio divino; cabellos como el manto de la noche sin estrellas y suave y luciente la tez como el *millo* mineral y la retama silvestre.

Amábanla tiernamente Villarroel y Diego, si bien el primero le prodigaba los cuidados de padre por el afecto que profesaba a su adicto Guanca; pero los naturales no miraban con buen ojo estos amores, por que supersticiosos y pegados aún a sus hábitos, creían que sólo un gran cacique podía merecerlos sin atraer la cólera divina.

De allí el respeto de entre ambos, que tenían en la hermosa Guaina una prenda de seguridad personal.

A nadie mejor que a esta inocente joven, hija de monarcas, y dotada por el cielo con la corona de la belleza, podía escogerse para desenojar al genio adusto que guardaba los tesoros del Cerro.

El 10 de abril de 1545, una comitiva compuesta del capitán D. Juan de Villarroel, de Diego Centeno, de los indios Gualca y Guanca y de una docena de naturales de Cantumarca, llegó a la parte del gran Cerro, que se marcó con el nombre de *Kolque guaccac* (que llora plata). Allí se arrodillaron, y el capitán con un lábaro en la mano, dijo en voz alta una oración propiciatoria, que repitieron todos, y en seguida, clavando en tierra el oriflama, dijo «posesiónome y estaco en nombre del Muy Augusto señor D. Carlos V. Emperador, y bajo la protección del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

En seguida la bella Guaina, vestida de gala, derramó de las ánforas de plata, en forma de riego sobre el terreno, abundante cantidad de chicha, y declaró propicios a los hados.

III

Aunáronse para emprender labores los dos españoles antes citados, y señalado definitivamente el doble terreno, echaron suertes, y cada cual con seis peones emprendió el trabajo que debía dar comunes resultados.

«El 20 de abril de 1545 se topó y vido la maravillosa veta con la ayuda de Santa Inés, patrona de ese día, y por acuerdo unánime, por ser de Diego la suerte, se le bautizó con agua bendita por mano de virgen con el nombre, después fabuloso por su grandeza, de *La Descubridora de Centeno*».

Cinco meses después, el 8 de septiembre de ese mismo año, dice el cronista Vela: *Habiendo en Potosí más de 170 españoles y 3,000 indios, comenzaron la fundación de la Villa el capitán Villarroel, los dos Centenos, Santardia y otros nobles de España.*

Pero está escrito que no ha de hallarse paz entre las gentes sino en la mansión de la eternidad.

Los indios de Cantumarca, unidos a los de los valles próximos, atacaron a los españoles, *ladrones del terreno sagrado en el Cerro que respetó Capac Inca.....*

Hubo batalla encarnizada que hubiera sido desastrosa para los españoles, a no mediar Guaina que fué dada en matrimonio al valeroso indio joven y fuerte, jefe de la insurrección, con una espléndida dote sacada de los primeros rendimientos de la *Descubridora*.

Villarroel y Centeno sacrificaron su amor a su codicia; pero la separación de Guaina fué el motivo de la mayor concordia entre los notables fundadores de la grandiosa Villa que ha llenado el mundo con su fama.

AVENTURAS NOCTURNAS

—J. L. JAIMES (Brocha Gorda)—

Era doña Teresa de Jesús Hernando, una viuda que tenía muchos superlativos; era *ríquisima*, tal vez la mas rica de la opulenta Villa Imperial de Potosí, en los prósperos tiempos de nuestro señor el rey hechizado, segundo entre los Cárlos. Era "nobilísima" porque sus abuelos iban hasta Gonzalo, llamado el gran Capitán, por el lado paterno, y por la línea de las hembras hasta Hernando, hermano de Francisco, conquistadores del Perú, y sus maravillas. Era "orgullosísima" y en alto grado vanidosa, y, finalmente, y es lo peor, era feísima, con lo que se completan todas las exageraciones y cualidades contradictorias.

Si el rostro es feo y el alma hermosa, si el frasco es barro y la esencia ámbar, si la envoltura es tosca y lo envuelto noble, entonces el fondo salta a la cara, el alma se refleja en los ojos, el entendimiento brilla en la frente y la bondad se denuncia en la sonrisa de los labios. Pero raramente adunan talento y riqueza, entendimiento y fortuna, fealdad y nobleza. Parece que el génio exigiera que se purgasen las necesidades. "El hambre inspira" decían los convidados de Lúculo, procurando embotar sus facultades intelectuales para evitar la conciencia.

Fea y buena, *rara avis*, fea con talento más comunmente: fea y envidiosa, la regla general.

Mi señora doña Teresa de Jesús Hernando, pese a sus pergaminos y sus talegos, no era de esas feas que producen pasiones como Ana Bolena, ni de las otras que deslumbran como Mme. Stael, ni de las que dominan como Isabel de Inglaterra. Era de las feas que chocan a la vista, que producen malestar, que elevan el celibato, que afianzan la castidad y que traen a la memoria todas las creaciones maléficas, los malos sinos, los augurios tristes, y las corazonadas tétricas y luctuosas. Porque era fea y envidiosa, hasta el punto de ser enemiga mortal de las hermosas, perseguidora viperina de las simpáticas y sombra fatídica de las frescas, lozanas y donairosas.

Habíase casado esta señora con uno de esos calaveras tronados de alta alcurnia, que llegaban a la Villa sin más que sus ejecutorias en el bolsillo y tapando con el hábito de Santiago de Calatrava, su hambre y sus vicios, y que en cambio de buenos marcos de plata apechugaban sin escrúpulo con los siete pecados capitales y las mismas hermanas harpías.

Más, como doña Teresa de Jesús era peor que todo eso, el valiente marido sucumbió a los seis años de infierno, dejando dos vástagos que eran una verdadera maravilla de Dios. Feos como su madre y sin conciencia como su padre, pues si a éste le dió infierno en vida la otra, a ésta le daban tormentos perpétuos esos dos productos de aquel maridaje dichoso y codiciable. Pero eran riquísimos, inmensamente ricos, y, lo mismo en tiempo del rey hechizado, que en el del rey que rabió, en estos tiempos de poderosísimos zoquetes, el dinero lo cubre todo, lo facilita todo y lo abre todo, digo, estando cerrado y urgiendo la necesidad de abrirlo.

Mis dos Picios traían revuelta la Villa con sus aventuras escandalosas y aunque el general don Pedro Luis Enriquez, conde de Canillas Torneros, vigésimo tercero de los corregidores de Potosí, era hombre de hígados irritables, no habia sanción para ellos, que compraban la justicia desde los corchetes hasta el alcalde mayor y los tenían sujetos a unos por el interés y a los otros por el miedo. Decíase además la doña Teresa, sobrina en segundas, nada menos que del ilustrísimo y excelentísimo señor don Melchor de Liñan y Cisneros, arzobispo de Lima, que antes lo fué de los Chárcas, y a la sazón 21º de los virreyes del Perú, de suerte que era la doña Teresa, una nave boyante asegurada con cuatro áncoras.

No quedaba garito por recorrer, ni moza garrida por robar, ni paliza por aplicar, ni botellería por consumir, por aquellos Esopos, que eran a la vez manirrotos audaces y desalmados, teniendo siempre resguardo de jayanes y perdonavidas. En todo tiempo las mariposas han acudido a la llama y las moscas a la miel. Llama y ardiente, miel y muy dulce, era entonces la Villa con sus ochenta mil habitantes, sus numerosos templos, sus palacios y sus revueltas, estrechas, innumerables callejuelas, y su ribera, con paradas de ingenios que semejaban castillos feudales, productos de la plata en pesadas y muy apretadas piñas. Allí reuníanse cortesanas y comediantas, gitanas y moriscas, hermosuras de todos los reinos de España, sin que faltasen criollas de moreno, aterciopelado rostro, ojos y boca de fuego y formas de Venus y Galatea.

Las mascaradas y las danzas eran plato cuotidiano. Moradas régiamente adornadas y radiantes de luces, abrían sus puertas durante la noche, y los trunanes de coturno, los galanes de aventura, los tahures millonarios envueltos en ámplias capas, con el sombrero hasta los ojos y brillantes por dentro, de oro y pedrería, iban a estirar sus miembros ateridos, al calor de los ricos braseros en cuyo fuego se quemaban odoríferas pastas y perfumes fabricados para los antiguos harenes de Córdoba y Granada. En la calle de San Pedro, debajo de una imagen de la Dolorosa, colocada en nicho empotrado en la pared, se abría un callejón tortuoso, polvoriento en los costados, cenagoso en el centro, destinado a salidas ocultas y puertas de escape de las casas de poste y cadena de ambos lados. En el fondo de este callejón y casi oculta por

las salientes y curvas de la pared, había una puertecita estrecha, baja y forrada en cuero, como lo eran las de la menguada choza de los indios de mita. Esa puertecita daba a un patio irregular, oscuro, y en el ángulo más lejano, otra puerta daba paso a una galería y ésta a una escalera que terminaba en una antesala, medianamente arreglada, después de la cual se hallaban las habitaciones y estancias en que el lujo, el arte y la suntuosidad orientales, habían agotado sus tesoros más preciados.

Esa morada que pedía dioses, era el lugar de cita de los vicios. Allí se levantaba el altar a las orgías, al juego, al culto de los placeres sensuales. Allí se compraba la fiebre y se vendía la conciencia; allí se buscaba el placer y se perdía la vida; allí el oro producía paraisos terrenales con ángeles llenos de promesas y sin espada de fuego. Una docena de mujeres hermosas de todos tipos y de diversos trajes pintorescos, eran las sacerdotisas de ese culto. Dos sobresalían entre ellas; eran dos criollas a cual más linda, a cual más llena de gracias y de atractivos, a cual más rara y lujosa en el vestir, a cual más difícil de contentar y más pródiga en desdeñar. Eran inseparables; eran una alma en dos cuerpos, un demonio en dos poseídas. Nunca se les vió de día en parte alguna; nadie conocía su procedencia; pero eran el astro de las tinieblas y sólo brillaban después de puesto el sol. Se las conocía únicamente por las *Aves nocturnas.*

Inútil es decir que nuestros Picios eran los asíduos concurrentes a esos cultos nocturnos y que tanto como eran odiados, les rendían tributo de bajeza y homenaje de terror todos los demás, con excepción de las *Aves nocturnas* que los miraban con el más soberano desprecio. Promesas y amenazas todo era inútil. Regalos régios enviados, regalos régios devueltos; humillaciones por carcajadas; caricias alcanzadas por la fuerza, a precio de soberbios bofetones. Venía el caso de los recursos desesperados. Los raptos, los bebedizos, los narcóticos. En la misma ya citada casa, había como en toda estancia dudosa, pasadizos abiertos en el grueso de los muros para escapatorias; cuevas, sótanos y galerías subterráneas. El verdugo y la hoguera, tan cativos y celosos entonces, exigían tales precauciones. En nombre del rey y del santo oficio, no quedaba puerta cerrada, ni reja entornada, y no siempre el dinero, que era el aceite en esos tiempos, bastaba a adormecer los instintos del despotismo.

Entre los sótanos más ocultos había, una sala destinada a depósito de robos vivientes, de doncellas arrebatadas al hogar honrado. Su maciza y ferrada puerta no se abría sinó por fuera y se cerraba solamente de golpe. El alcaide de esta prisión oculta era una especie de racimo de horca escapado de galeras, feroz y ambicioso. Ayudábalo en sus faenas una moza bien plantada, doncella de oficio y escanciadora en los festines de aquel palacio encantado. El oro había corrido a raudales por las manos de esa pareja abominable y el bebedizo había caído gota a gota en la dorada copa de las encantadoras y descuidadas *Aves nocturnas.*

Un invencible sueño había cerrado sus párpados, y en el sopor se imaginaban llevadas a través de largos, húmedos y fríos pasadizos, depositadas sobre bancos mullidos por almohadones, mientras los repugnantes rostros de los dos sátiros sonreían con la expresión de Satán y sus horribles bocas tocaban sus delicados labios.....

Cuán dolorosas debieron ser las realidades de ese sueño! Al despertar, se miraron entre sí y se comprendieron. La venganza en la muerte, y la muerte en la venganza: esa fué su resolución heróica y antes de que sus raptores pudieran impedirlo, saltaron sobre el guardián, que en ese momento mantenía con una mano la puerta abierta, y con la otra una linterna para alumbrar a los cuatro personajes de esta historia y arrastrándolo hacia adentro, empujaron la puerta, que se entornó, ajustó y cerró, pesada y muda como la losa del sepulcro .....

Veamos ahora los Anales de Potosí, que dicen a la letra:

«1679. Este año, abriendo unos cimientos en una de las casas de los barrios de San Pedro, toparon con un salón debajo de tierra, donde hallaron dos cuerpos o esqueletos de mujer; y por los chapines bordados de oro y aljófar, se descubrió serían señoras principales. Halláronse muchos otros huesos deshechos, una cadena de oro y unos hilos de perlas con más siete boquinganas de diamantes, que, el que los halló, ocultó este suceso y quedó muy aprovechado, aunque hizo pasar los huesos a lugar sagrado».

Mi señora doña Teresa hizo demoler medio Potosí, buscando a sus dos vástagos: logró meter en la cárcel del santo oficio a las sacerdotisas del altar de San Pedro, más por odio a su belleza que por instinto de su indirecta culpabilidad y reventó de ira, al caer enferma y saber que a a su muerte sus riquezas pasarían todas a la caja de nuestro señor y amo el nuevo rey don Felipe V, nieto del rey de Francia e hijo del serenísimo Delfin que Dios guarde ....

En las niñeces del que escribe estas crónicas de su tierra querida, aún se refería la historia y se señalaba la callejuela de las *Aves Nocturnas*.

—J. L. JAIMES (Brocha Gorda)—

La Condesita de Aznar

Ultimamente se han suscitado sérias dudas acerca de si la serpiente tentó a Eva o si Eva fué la que tentó a la serpiente.

La sustancia de mi cuento, si es que mi cuento tiene alguna sustancia, es que había en la Villa Imperial de Potosí un hombre (cosa muy natural en tierra habitada), gallego de nacimiento, cordonero de oficio, cristiano rancio, honrado a las derechas y todavía guapo y gallardote, a pesar de sus cuarenta y cinco otoños, de los cuales diez habia pasado sirviendo al rey, sin más recompensas de retiro que dos chirlos, hechura de sable en tierra flamenca [gajes del oficio; chirlos por sacrificios].

Este buen hombre se llamaba Cristóbal Aznar, y a mucha honra para él, cuyo padre, aunque Aznar, era honrado, y Aznares fueron todos sus ascendientes y habían de serlo sus vástagos en línea recta, hasta desasnarse alguno.

Aznar tenía varias cosas. Primeramente una tienda en la calle de las Mantas, en que vendía cordones, franjas, galones, flecos y pasamanería de muy buena calidad y hechura. Tenía además un genio de los demonios y no admitía que se le pusiera una mosca en las narices. Y finalmente, tenía una hija; ¡pero qué hija! Si es increible que un Aznar tuviera semejante hija!

Dice el Iltmo. S. D. Gaspar de Villaroel, arzobispo de la Plata, en su historia, que aquella niña criolla «era un portento de donosura, gentileza, y discreción incomparables.» Y su Iltmo. fué tenido por sabio y murió en olor de santo en 1,600 y pico.

A la sazón gobernaba la Villa Imperial el general D. José Vazquez de Acuña de la órden de Calatrava, 18º en número de los corregidores de Potosí, y tenía un sobrino tan gallardo como orgulloso, pagado y repagado con sus ejecutorias, sus doblones y su título sonoro de conde de Acuña Pedrosa.

Todo le olía mal al condesito, y todo era plebeyo a sus nobilísimos ojos. Ni hallaba camaradas dignos de él, ni hembra que mereciese sus galanteos, ni distracción que no le rebajase. Era un lindo mozo fabricado sobre una costilla de don Quijote; de manera que los pasquines, desahogo de los villanos, hicieron tradicional este estribillo:

"Mucha cosa es, mucha cosa,
Para vivir entre humanos,
Conde de Cuña Perrosa".

Así sucedían las cosas hasta que dispuso Dios que sucedieran de otra manera, y fué que a mi señor el conde, al salir de la misa de doce y mientras puesta una mano en la rica empuñadora de la espada y acariciando la otra, su negro rizado bigote, pasaba revista a las hijas de Adán que salían del templo, fuésele acercando un lindísimo bulto con faldas, manto y velo, guardado por dueña quintañona, y seguido por rodrigón sumiso con cojín y libro de oraciones.

Tal donaire tenía la dama, cuya ajustada saya denunciaba maravillas ocultas, y cuyo andar semejaba el voluptuoso compás de las habaneras, que el hidalgote sintió como si se le tornara en cera el corazón berroqueño, quedándose casi ñato de abrir las narices para aspirar el perfume de gloria celestial que daba y dejaba de sí ese montoncito de piel de Rusia, fresco, suave y apetitoso como los primeros melocotones de cada año.

Dejó franco paso a la tapada murmurando bajo y tembloroso algunas palabras; y fuese casualidad o cálculo, se deslizó por las faldas sedosas, hasta los piés del conde, un lienzo blanco, vaporoso, perfumado y tibio aun, que éste recogió con ansia y guardó después de besarlo rápidamente.

—Ja! ja! oyó a sus espaldas: parece que os humanizais, señor Conde.

—¿Por qué lo decis, señor capitán? preguntó éste visiblemente contrariado.

—Porque mercaderes y comediantes, son plato grosero que no se digiere en estómago de nobles.

—Ofendéisla, vive el cielo!

—Ni verdades ofenden, ni de ofensas trato. Buscad y hallaréis dice el gran libro. Ese lienzo que siente vuestras palpitaciones puede seros luz de guía o pajuela para incendios; ja! ja! ja!

Alejáronse entreambos por opuesta via: más apenas el conde se vió sólo, desplegó el lienzo y buscó, y buscando halló esta palabra bordada con primor y en ostentoso relieve: *Aznar*!

Qué horror! Haber besado tan vulgar nombre!

Había que desagraviar a sus abuelos que sin duda se estremecieron en sus tumbas.

Corrió hacia el capitán y sin darle tiempo para reponerse de su sorpresa, puso en sus manos el lienzo añadiendo:

—No os pesará a vos que no pasais de hidalgo de gotera, el cobrar en "sabroso plato de mesa baja", el hallazgo de esta prenda extraviada.

Y volvió la espalda perdiéndose por las toscas galerías del Regocijo.

II

Pero el diablo, que es fama, fué el inventor del billar, hizo esta vez una carambola de efecto contrario.

Picó a la cordonerita en su amor propio, alimentado por infinito número de galanes desdeñados, y picó al condesito en la fibra más delicada de aquellas que forman el arpa del amor.

Contrariedad es fuego,
Amor estopa,
Viene el demonio y sopla.

Ni reposaba ella, ni reposaba él. Pero.....estos peros.....uno de ellos fué la causa del pecado original.

Al cerrar de una noche, pasaba el de Acuña Pedrosa por la cordonería de Aznar, por supuesto sin intención alguna, a tiempo que saliendo desolada una dama, caía desvanecida en sus brazos, [también sin intención alguna] ¡Qué deliciosa carga! ¡Qué efluvios embriagadores los de de aquella cabecita reclinada!

Pedrosa miró en torno; no estaba el capitán; era muy oscuro y no podían verlo sus abuelos, rozó con sus labios una frente tersa y pura; pero cerró los ojos para aquietar su conciencia hidalga, y levantando en peso tantos hechizos entró en la tienda a tiempo que la dueña traía un velón con varias luces.

Fuego de Dios! y qué hermosura!

Grandes ojos rasgados que al entreabrirse mostraban el cielo azul de una noche purísima, ojos que acarician, prometen y dominan; ojos que hicieran exclamar al conde, si pudiera coordinar su pensamiento:

"Si eres rubia, no lo sé,
Si eres morena, tampoco;
Desde que tus ojos ví
No miro más que tus ojos".

Afortunadamente, D. Cristóbal rezaba el rosario en los domínicos, y no podía ver él cómo un Acuña y una Aznar se contemplaban arrobados, palpitantes, mudos, en su despacho de cordones y pasamanerías.

Mirarse una vez más, estrecharse las manos sin articular palabra, salir él como un loco, caer ella como embriagada en un banco, todo fué obra de hacer y decir; todo hijo de aquella pícara casualidad (buscada) a que atribuimos nuestras malas obras y aun a veces las buenas, si para ello median interés o vanidades.

III

Y cuentan las viejas crónicas que el señor corregidor cogió las estrellas con las manos, cuando su nobilísimo sobrino, le pidió con las veras de su alma, que llevase todo su poder, que todo él se necesitaba y más aun, para vencer la repugnancia de los Aznar, para emparentar con los de Acuña Pedrosa.

Mas la constancia ablanda riscos y el amor horada las montañas. El corregidor que no era risco, se ablandó el primero, y la secretaría de su majestad se dejó horadar con el taladro de los doblones que cruzaron el mar y engordaron la caja de los privados.

Algunos meses, y no pocos, después, viajaban rumbo a la Villa Imperial, las ejecutorias de un conde provinciano que había muerto sin sucesión, caían en manos de la bella cordonerita con estas letras en pergamino signado, con el sello real en relieve.

«Os hacemos condesa de Aznar, con antigua ejecutoria que concedemos por real sucesión, por merecimiento de vuestros antepasados, nuestros leales súbditos.»

El cordonero tomando la hermosa cabeza de su hija, dicen que le dijo:

«Bien me sé yo que esta frente merecía una corona. Llevas la de pureza que no la otorgan reyes, y yo me quedo tan Aznar como antes; aunque tan noble de alma y tan altivo como el Cid.»

Dicen los rarísimos cronicones vivientes que aun vejetan en la hoy republicana ciudad de Potosí, que el escudo esculpido en piedra que existe en la casa fronteriza a la que es hoy la administración principal de correos, tenía una doble orla dentro de la cual se leía:

"*Condesa de Aznar y Acuña Pedrosa.*"

Semejando todo ello *un plato en una mesa muy baja.*

SIN MIEDO COMO TOLEDO

—J. L. JAIMES (Brocha Gorda)—

CASO DE EXCOMUNIÓN MAYOR

Difunta toda esperanza
y el amado bien perdido,
absuelven en el ferido
pecados de la venganza.

Una mañana de abril de 1636, despertáronse los vecinos de la Imperial Villa, vasallos muy leales de S. M. D. Felipe IV a la sazón reinante, por el alegre repiquetear de las campanas echadas a vuelto en todas las torres y campanarios, que no eran pocos, de la Villa que tenía por divisa: «con Dios, con el rey y con la honra».

Fresca se había venido la mañana y corría por las calles aire de pulmonía, con ráfagas de nieve en sutiles copos suspendidos de techumbre arriba, como velo de gasa que sube y baja y moja y no lava.

Los más (los vecinos) habían dado un vuelco en la cama rebujándose entre las mantas al amor de lo tibio y blando; los menos salta-

ron al ventanillo y sacaron la cabeza resguardada con gorro puntiagudo, para husmear la causa de aquel mututino estrépito.

Ni una alma para remedio transitaba por las vías del corregimiento y únicamente las comadres departían de ventana a ventana, dando suelta tendida a la imaginación y a la lengua, para explicar el empeñoso tañer de las campanas que no parecía sino que las movía el diablo en persona.

¿Qué será? ¿qué no será? Que habrá alumbrado la corregidora. ¡Qué ha de alumbrar, si hace mucho tiempo qne la buena señora apagó la linterna! Pues por eso las campanas tocan a milagro. No, que habrá venido con la gracia de Dios una nueva infanta en tierra de España. Ya, y por ende un nuevo tributo a esta leal Villa. Chito! que por menos reman muchos en las galeras de su majestad.....

Y no era sino que Maffeo Barberini, papa reinante con el nombre de Urbano VII, tan enemigo de la casa de Austria, como de los herejes jansenistas contra quienes fulminó la famosa bula *In eminenti*, habíase servido levantar el entredicho en que por largo tiempo permaneció el templo de San Bernardo, manchado con la sangre de un crímen doblemente sacrílego.

El buen florentino Maffeo tenía entre ojos al poeta rey, de suerte y modo que apoyó eficazmente al duque de Nevers en sus pretensiones a la posesión de Mántua que disputaban los españoles y azuzaba a Richelieu, primer ministro de Luis XIII cuñado de Felipe IV, para que conspirase en la política de la península con los favoritos Olivares y Luis de Haro, mientras el «ingenio de esta corte» reía con Quevedo, componía comedias con Lope y Moreto y se encelaba con el atrevido cuanto infortunado cantor de amores conde de Villamediana.

Maffeo Barberini, que ya había hecho decir a los italianos: «lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los barberini», no perdía ocasión para jugarle serranas partidas al monarca de España, y sus odios apostólicos cruzaban el charco y caían sobre los inocentes indianos de la América, a quienes uno de sus antecesores, Alejandro VI, se había dignado declarar hombres, para lo que en moderno se llama: los efectos de la humanidad.

Un año, día más, día menos, esperaron los leales vecinos de la Imperial Villa de Potosí que el pontífice romano desagraviara a Dios, hondamente ofendido contra los criollos, que enviaban a Roma delegados de todas las órdenes religiosas existentes en la Villa, cargaditos de dádivas en que figurában grandes cantidades del más exquisito café y cacao de Yungas, las más ricas joyas para la pontifical tiara y buena cantidad de barras de plata destinadas al tesoro de su santidad endurecida. Al fin se apiadó Urbano VII, que no había de ser más duro que las peñas a que, según lo reza el refrán, ablandan dádivas, y envió larga admonición a los potosinos, impuso limosnas y ejercicios peniten-

ciales y novenarios, y echóles su paternal bendicion en un buleto apostólico que es tenido coma un modelo de redacción correcta y pura.

Campanas ¿para cuando os quiero? habían dicho al saberlo el vicario delegado, el corregidor y el alcalde mayor, y en todas las parroquias, anexos, capellanías, monasterios y conventos, echaron a volar badajos, armando una algazara que sí no fuera de templos podría decirse de diez mil demonios.

———

Dª. Clemencia de Mondrágón y Don Diego Gil Toledo, habían nacido el uno para el otro, eran dos medias naranjas que unidas no dejarían cisura, según el juicio de entrambas familias y de sus deudos y sus parciales que no eran pocos por aquellos tiempos en que siempre las encumbradas casas alimentaban devotos y creaban séquito en el calor del hogar, con el amparo de la posición, por el atractivo de la fortuna.

No descubiertas aun las garantías constitucionales y viviendo las gentes dentro de la más completa desigualdad, era común el buscar valimiento y cobijarse los pobres y débiles a la sombra de los poderosos y de los fuertes. De esa suerte los Mondragón y los Toledo, compartían la adhesión de todo el pueblo y juntos formaban un poder que los mismos corregidores procuraban poner al lado suyo.

Crecía Dª Clemencia en hermosura y crecía el D. Diego en gentileza, y mientras ella se educaba e instruía en términos desusados, él ganaba el premio en los torneos y la corona en los juegos del ingenio tan frecuentes en la Villa, cuya esplendidez no admitía comparación ni acepta semejanza.

Las crónicas conservan las famosas coplas populares en que se festejaba el donaire, la discreción y hasta el voluptuoso redondear de la criolla que debió ser notable en términos de romper la natural honestidad y reserva de los bardos de aquellos castos tiempos, en que el naturalismo relegado a las alcobas, no se había echado como ogaño en cueros vivos al medio de la plaza, impreso con pasta de lujo e ilustraciones paradisiacas. En esas coplas que dan azucenas y claveles al rostro, azul de mar a los ojos, flor de granada a los labios y nácar sonrosado al cuello, habla el cantor de Dª Clemencia de

"el redondo henchido seno
que a compás alza y deprime
cual hincha la mar el viento",

y añade, que estrechándose el talle cimbroso deja nacer

"dos arcos de su cintura
que son dos arcos triunfales".

En esos versos se canta, otro sí, la gallardía del mancebo, ilustre vástago de los Gil y los Toledo, su serenidad, su fuerza, su llaneza con los humildes, su altivez con los grandes y su amor a Dª Clemencia con la cual formarían:

"Dos seres con un destino;
Alma partida en dos cuerpos,
Dos palomas en un nido".

Y así fuera sin duda, si no hubiera grande verdad en aquello de: «el hombre pone y Dios dispone», y Dios dispuso dejar en breve lapso intermedio, huérfana de padre y madre a ese racimo de hechizos, cofre de seducciones, deuda sin plazo, copa sin heces, gloria perpétua llamada Dª Clemencia. Y dispuso algo más, que para ser de Dios no fué cosa buena, y era que el cogotudo Mondragón su padre, cuyo fervor religioso hacíale desear el puesto de alguacil del Santo Tribunal de la hoguera, nombrase tutor y albacea con absoluta delegación de su autoridad paterna sobre su hija y plena libertad de administración de sus bienes, so pena de maldición en caso de desobediencia de aquella susodicha nombrada Clemencia de Mondragón, al cura y vicario de la parroquia de San Bernardo, licenciado D. Cleto Martinez Figueroa, grande amigo y admirador de los padres de la Compañía de Jesús que por entonces privaban en la Villa.

Trascurrido había ya el tiempo lo bastante para trocar los lutos, pero muy ajustados debió ponérselos la Dª Clemencita, cuando no había señal por donde pudiera creerse que se le habían de caer del cuerpo. La solariega casa manteníase silenciosa con las puertas cerradas, las celosías corridas, los visillos de crespón fúnebre echados y la hermosa dueño en clausura sin ver, ni oir más que a su tutor adusto, a su confesor severo, a su dueña quintañona y a las pocas viejas y feas que se llamaban sus doncellas, lo mismo que podía llamárseles sus camellos.

D. Diego había pedido, rogado, amenazado sin conseguir hablarla más que una vez y a presencia del tutor, que apoyó el discurso de su pupila encaminado a demostrarle cuanto era conveniente que él se partiera a recorrer tierras durante el duelo, que el cariño y respeto a la memoria de sus padres le imponían rigoroso e inquebrantable. D. Diego creyó morir; pero .....no murió, que para eso está la esperanza. Esperó un mes y otro y muchos más sin lograr ni una palabra por sus mensajes ni una respuesta a sus misivas. Imaginó proyectos extravagantes, raptos, incendios, escalamiento, muerte .....Apeló a todos, derramó el oro a puñados.

Pero el ave estaba en buena jaula y la jaula estaba guardada como un reducto. Si acaso contase con la voluntad de su amada y no

le viniera a las mientes su altivez y se le presentara a los ojos con caracteres de fuego, la maldición a la desobediente fulminada desde el lecho de muerte de Mondragón!.....Violentar sin coronor la obra o coronarla a la inversa y en perjuicio de causa propia, perdiendo tal vez por impaciencia lo que se ansía como más preciado, no era labor sesuda. Esperar era lo mejor, pero esperar acariciando quimeras de dicha y a las veces de venganza cruel, terrible, si en todo ello había intención aviesa o nefanda trama.

En la iglesia de Santa Mónica, que era la del convento de Nuestra Señora de los Remedios, había gran fiesta a juzgar por las galas que ostentaban las torres, las ojivas y el frontispicio colgados de telas de damasco galoneada y oriflamas flecados de plata y oro. Monaguillos y sacristanes se agitaban y bullían en el atrio. Lacayos y doncellas llegaban cargados de azafates y bandejas llenas de ramilletes, limones erizados de clavo de olor y picadura de cinta y flores de gusanillo e hilado de oro con rocío de perlas.

En el fondo se multiplicaban los puntos luminosos en la penumbra formada por los cortinajes corridos en las ventanas, y el altar era un jardín celestial cubierto de flores de mano al natural y al esmalte, envueltas entre las blancas nubes de incienso que esparcían ambiente místico y remedo de la gloria prometida a los buenos.

El templo estaba repleto. Los graves ecos del órgano llenaban de severas uniformes armonías el ámbito. En el coro bajo, sobre trono de nubes, coronada con diamema de pedrería, se hallaba una novicia preparada a pronunciar los eternos votos. Su hermosura que sería deslumbrante en el mundo, tenía algo de sobrenatural en su blancura mate actual, blancura de jazmín próximo a marchitarse. Con los ojos entornados, ligeramente agobiada la cabeza, en oración las manos, parecía, o próxima a morirse por exceso del amor místico, que el orador sagrado encarecía en ese momento, o por su desesperación muda, dominada por el deber en las tempestades del alma. Ni un movimiento que indicara la vida física, ni una lágrima, que señalase la existencia espiritual, la la vida del sentimiento!

En el fondo del presbiterio se agitó el grupo de gente que obstruía la entrada a la sacristía para dar paso a un hombre cuyos ademanes no eran menos que los de un insensato. Avanzó vacilante hasta el centro del altar, su respiración producía silbidos, sus manos crispadas se extendían hacia el coro bajo, y como si hubiese recibido un golpe de maza, cayó exámine en medio del estupor general.

En mucho tiempo no se habló de D. Diego Gil y Toledo. Sus parciales, sus amigos, sus deudos buscábanlo con todo el interés y el

ahinco que tan querida cuanto estimada persona podía despertar, y ya el olvido había borrado la escena del convento y sepultado en su tumba de vivos a la hermosa Doña Clemencia.

Un domingo del año del señor 1635, el licenciado don Cleto Martínez Figueroa, después de celebrar en la iglesia parroquial de San Bernardo el santo y solemne sacrificio de la misa y pronunciado ante el abundante concurso de sus feligreses de misa mayor, el *ite misa est*, y rezado el último evangelio, volvía con el caliz en la mano, cuando saltó de entre los concurrentes en el altar un hombre, levantó en alto el puñal de que iba armado y descargó sobre el pecho del sacerdote dos mortales puñaladas repitiendo en cada una: por ella!—por mí!

El desorden fué espantoso. Acudieron alguaciles y oficiosos y hasta gente de armas del corregimiento; pero reconocido D. Diego por los circunstantes, se formó por ellos una muralla de defensa cada vez más espesa e infranqueable; según llegaban las gentes anoticiadas del suceso y de la trágica reaparición del popular D. Diego.

Inútil combate libraron los agentes de la justicia y los alabarderos. El pueblo en masa arrebató a D. Diego y le felicitó y escoltó en su fuga, que fué de guisa tal, que nunca volvió a saberse de él, ni hay memoria de su vida ni de su muerte en parte alguna.

Urbano VII castigó con la terrible interdicción que duró un año y que costó lágrimas de contrición y raudales de plata a los creyentes hijos de la Villa Imperial de Potosí.

—J. L. JAIMES [Brocha Gorda]—

Vascongados, Andaluces y Estremeños

OJO POR OJO

Había en la plaza del Regocijo, en la Imperial y ya opulenta Villa de Potosí, en el año de gracia 1600, una casa famosa, no ciertamente porque de escogido material fuese construida, ni porque en su construcción hubiese obra de arte, ni, en fin, porque en su fachada hubiese escudo, ni en su puerta postes, ni en el zaguán nicho con sagrada imágen, ni en el patio pozo con brocal y cadena, sinó porque en ella habitaba el portugués Antonio Rodríguez Correa y con él los siete pecados capitales y todos los enemigos del cuerpo y del alma.

Era el buen Antonio menguado de estatura, aunque robusto, cargado de espaldas, fuerte y membrudo. Sus ojillos, vivos y maliciosos, brillaban entre un bosque de cabellos, cejas y barbas que apenas dejaban en descubierto una nariz respingona y unos pómulos salientes.

Dieron las malas lenguas en atribuirle muchos oficios *non sanctos*, siendo uno de ellos el de Mercurio zurcidor de voluntades y amparador

de acuitados galanes y tiranizadas damas; pero su trato ostensible y con el cual, decía él, ganaba honradamente la vida, era el de taberna, en donde, como buen judío, juraba no bautizar jamás el vino de sus parroquianos.

La Santa Hermandad instituida en la Villa por el ilustre cabildo en 1570, no miraba con buen ojo la taberna del tío Antón, la cual sustentaba en los altos, bajo mezquino aspecto exterior, estancias ricamente decoradas y dispuestas para digno asilo del amor y de sus sacrificios.

Pero el don bellaco se había granjeado buenos padrinos entre los ricos hombres y señoritos titulados de la Villa. Los mismos reverendos de San Agustín y los temibles domínicos dispensaban cierta piadosa protección al tabernero, en gracia de las azumbres del bueno de Peralta y Yepes que les enviaba en agasajo, sin que le faltase al gordo prior su buena pinta de Málaga añejo que le procuraba muy dulce sueño durante la siesta.

— — —

Por aquellos mismos tiempos, año más, año menos, había llegado a la Villa Martín Ustáriz, mozo garrido, licenciado de los tercios reales, y como dice Lafuente:

«Siempre sin una amarilla
Como siempre también sin una blanca».

En cambio, llevando a la grupa una real moza, tan pobre como él y más que él, gallarda.

No hay para que decir si Antón el portugués les daría protección y amparo. Eran muy buenas dos piezas para su comercio, pues que Ustariz así rasgueaba unos boleros en la guitarra que hacían bailar los bancos y cantaba unas seguidillas que hacían asomar a las rejas a todas las muchachas de la vecindad, como manejaba las cartas y disponía con mucha gracia un *mamarán* un *eutres* y un *monte corrido*.

No era menos habilidosa la mozuela, pues amén de tener unos ojos hermosos y parlanchines y una boquita de flor de granado, guardadora de perlas, y talle airoso y mórbidos contornos, era más lista que un monaguillo, más salada que un arenque y por ende tan temible, como toda la que aduna discreción y donaire.

En la fecha a que se refiere nuestra historia, Pepinilla, que tal era el único nombre con que era conocida, habíase quedado sola y libre en los dominios del judío Antón, pues su compañero de aventuras, Martín, había sido enviado, más por fuerza que de gana, como antiguo servidor del rey, al comando de los cien hombres de refuerzo que la Villa Imperial estaba obligado a mandar como resguardo a los presidios de Chile.

Por de contado, Pepinilla ya no era la de la saya y mantilla de esparto. Este ajuar que había reemplazado a los raídos y abigarrados

trajes de gitanilla con que recorría tocando las castañuelas las calles de Valencia, fué a su turno sustituido por el faldellin de brocado, el jubon de raso acuchillado de terciopelo, las medias de grana y el zapatito de raso sembrado de lentejuelas. Había medrado en fortuna y hermosura y así tenía galanes de todas edades y condiciones, como músicas nocturnas, y presentes y comilonas.

Las malas lenguas dábanle gran acopio de dineros y no poca variedad de amantes, siéndolo todos de la clase más rica y poderosa, que nunca fué el faisán comida de pobres; pero dábasele por el favorecido de su corazón, si es que lo tuvo nunca, al vascongado Martín de Igarzábal que sin duda se abrió camino así por llamarse Martín como Ustáriz, cuanto por ser tan sin alma y tan sin blanca como el otro.

Así las cosas, entró a gobernar la Villa Imperial el general D. Alvaro Patiño, como corregidor de Potosí, y con este muy plausible motivo preparó la Villa grandes fiestas, lo mismo en muestra del fausto potosino como en señal de acatamiento a las recomendaciones de S. M. el rey Felipe III.

Y era el caso que entre los señores copetudos que formaban la aristocracia potosina, contábase al orgulloso D. Nuño Enríquez, sombrío y hosco personaje desde que lo había dejado sólo en el mundo la hermosa doña Blanca Meneses, su esposa.

El buen D. Nuño vivía en suntuoso alojamiento, enteramente consagrado al cuidado de su hijo único Nicolás Enríquez, cuidado conforme a las costumbres de aquel tiempo.

Y consistía aquel cuidado en dejarle a sus anchas, haciendo su soberana voluntad, entre la servidumbre cuyos hábitos, propensiones, vicios y defectos adquiría maravillosamente, haciendo sus primeros ensayos en cartas y amores entre palafreneros y fregonas.

Derrochador, pendenciero, dado a las galantes aventuras a que se entregaba a hurtadillas, con cierto apoyo de su padre que encontraba virtud y hallaba gracia en cuantos malos pasos y zarzales se enredaba su hijo, era el mancebito a los diez y ocho años una verdadera alhaja de escaparate.

Claro es que había de ser asíduo rondador de la Pepinilla, y bien que ésta no escusase nunca el recibir sus dádivas y escuchar sus músicas no por eso era con él condescendiente y blanda, poniéndolo a raya con mucho donaire, siempre que el D. Nicolasito intentaba coger diezmo o cosechar de sus siembras.

La resistencia aviva el apetito y más en gente no acostumbrada a las contradicciones.

Picado se hallaba el orgullo del mancebito y tanto que esperaba sólo una ocasión propicia, para tomar lo que él llamába su desquite,

Celebrábanse a la sazón las fiestas que apuntamos en los párrafos anteriores y en la plaza del Regocijo, sobre tabladas cubiertas de ricos tapices y cortinajes y blasones, hallábanse las damas magníficamente ataviadas y brillantes de pedrería, perlas y tejidos de oro.

Los balcones, ojivas y tragaluces hallábanse cuajados de gente y colgados de damasco y lama de oro y plata. Sólo uno permanecía desnudo y silencioso: el de la taberna del tío Antón, morada de la Pepinilla, sujeta a reclusión forzosa en su propio domicilio, por órden del corregimiento y en razón de ser causa, orígen y motivo de una reyerta habida la noche precedente bajo sus balcones y en que todos veían la maliciosa intervención del mancebito Enríquez, gran apaleador en pandilla de los alguaciles del cabildo y de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Era las tres de la tarde del martes 20 de junio de 1600. Los más gallardos criollos, con estacas doradas en la mano y sobre ricos potros, lujosamente enjaezados, rivalizaban en el juego de la sortija, con los españoles que en grupo aparte se mostraban no menos ostentosos en jaeces y paramentos. El juego hallábase en su momento más interesante, y entre los jueces del campo se veía al orgulloso viejo D Nuño Enríquez rodeado de sus pajes, lacayos y galoneada servidumbre.

De pronto produjose un ruido extraño hacia el lado de la taberna del tío Antón, y cuando todos volvieron los ojos, un grito de horror se oyó en la plaza; y era que el vascongado Igarzábal asomaba a la balaustrada del balcón de la Pepinilla, llevando asido y alzado en alto por el cuello y el fundillo, al mancebito Enríquez, y sacando el cuerpo fuera del antepecho, lo arrojaba a la plaza lo mismo que si fuese un fardo de lana.

Preparado había el don Nicolasito todos los sucesos con infernal astucia: la riña de la noche anterior en que dejara adrede maltrechos a los ministriles; el soborno de las doncellas que asistían a la Pepinilla; la compra a buen precio del llavín correspondiente a la alcoba de aquella; el brevaje destinado a entregarla sin fuerzas a sus amorosos arrebatos.

Pero contaba sin la huésped, por que el robusto vascongado, que no acertaba a separarse mucho tiempo de la que amaba muy de veras, había concebido algunas sospechas y se mantenía en guardia, casi a horcajadas sobre una mesa, en la taberna del tío Antón, apoyada la cabeza entre las manos y el oido atento al menor ruido.

Así fué como a poco sintió rumor de pasos en el piso alto; luego creyó escuchar un grito ahogado, y luego los esfuerzos de una lucha.

Saltó de su asiento, subió en dos trancos la escalera y halló cerradas todas las puertas que comunicaban al pasillo. Aquel no era un gran contratiempo para un mozo de sus prendas.

Al punto introdujo la hoja de su puñal en la cerradura y a poco esfuerzo saltó la chapa. Arrimó el hombro a la segunda puerta a que habían echado el cerrojo por dentro y en breve se venció el arco, crugió y estalló dejando franco el paso.

En el fondo de la alcoba mantenía la Pepinilla desesperada lucha, venciendo en fuerza de voluntad los efectos del beleño y puesto en la boca el nudo de un pañuelo amarrado en forma de mordaza.

El mancebito era fuerte y estaba ayudado por el demonio de sus pasiones exaltadas, que lo tornaban ciego.

De pronto se sintió cogido con mano de hierro, levantado en alto como una pluma, llevado hasta el balcón y arrojado con violencia sobre la multitud que llenaba la plaza.

Y cuentan las crónicas que en la misma hora y punto en que el viejo don Nuño vió a su hijo volando por los aires, dando una gran voz, trémulo y convulso, dijo:—«A mí los de Enríquez! y válame Dios y su celestial corte!» Y corrió a la taberna seguido de los suyos, mientras las fiestas se interrumpían y la espectación embargaba los ánimos.

Antes que el viejo, habían subido dos criados ansiosos de mostrar adhesión, que pagaron con la vida porque el membrudo Igarzábal habíales tendido uno a uno con el resto de su puñal mellado: pero a la vista del anciano flaqueó su valor y corrió a encerrarse en la alcoba a donde penetró, ciego de venganza, don Nuño, forzando los cristales de la ventana. El vascongado, poseido del terror que le daba la conciencia de su falta, buscó asilo en el fondo de la cama con cuyas ropas hizo una cota; pero el terible Nuño cayó sobre él y no sació la sed de su encono sinó después de hundir y sacar diez veces tinto en sangre el puñal que blandía en la mano, después de lo cual, y estando ya su contrario exánime, lo hizo coger por sus lacayos y arrojar por el mismo camino por donde cayera el hijo.

Ahora oigamos a Martinez y Vela, («Anales de la Villa Imperial de Potosí») que dice a la letra:

«Alborotóse la plaza, acudieron los criados y ministros del corregidor y también los amigos de Enríquez, que eran andaluces y extremeños. Los vascongados clamaban: «Muera el malhechor». Entraron unos y otros y se trabó una cruel batalla, en la cual mataron a D. Manuel Patiño, hermano del corregidor, y dos criados suyos: mataron a Sancho Ocar, y otros tres vascongados, hicieron sangrienta resistencia cuando vino el corregidor. De los andaluces y criollos, murieron algunos, y hubo más de treinta heridos» [Archivo boliviano, por D. Vicente Ballivián y Roxas, página 324].

La noche envolvió con su oscuro manto aquella escena de horror y de matanza, y la sangre coagulada manchaba las estancias y escaleras, no sin que hubiese algunos charcos en la taberna.

El pueblo indignado pedía el castigo de la Pepinilla y del tío Antón, pero cuando acudieron con hachas y linternas, nada encontraron sino los cadáveres de los combatientes, aunque registraron el último rincón de aquella funesta morada.

Corrió el tiempo que pone bálsamo en las heridas, cicatriza las llagas del encono y hace crecer el musgo sobre las tumbas.

La taberna del tío Antón, que había sido cerrada y sellada por el alcalde, ofrecía el aspecto de una ruina, asilo de los duendes y espíritus malignos. Las casas vecinas sólo eran ocupadas, por gentes de pelo en pecho y de aventura abierta y no pasaban los transeuntes después del toque de ánimas sin santiguarse piadosamente.

Pero te veo, lector, curioso de saber que se hicieron la Pepinilla y el tío Antón que no parece sino que se los hubiera tragado la tierra. Pues te lo diré yo, humilde aunque veraz cronista de aquella grandiosa tierra de mis complacencias, donde ví la luz, donde reposan los venerandos restos de mis padres y donde acaso reposarán los mios, si Dios fuese servido de darme sepultura donde me dió cuna.

Y cuenta D. Antonio de Acosta, portugués de nacimiento, en su crónica de Potosí, mal traducida por D. Juan Pasquier (tomo II, página 107) de como habiendo sido enviado el sacerdote criollo D. José Huanca a la Villa y corte de Madrid, en demanda de arreglos para la iglesia potosina, fué agasajado y tratado a cuerpo de monarca durante su estancia en la corte del rey Felipe III, por la opulenta y hermosísima condesa de Campoanzures que se parecía a la conocida Pepinilla como una gota a otra, ambas de agua; pero que por las reservas de su carácter sacerdotal y por el refrán que dice: *quién se mete en pleitos ajenos, pierde los propios* no se tomó el trabajo de profundizar la semejanza, ni de estudiar el por qué siendo él estraño para la señora condesa, fuese tan liberalmente obsequiado por ella.

En cuanto al tío Antón que a todas sus gracias unía la de ser judío, sé de buena tinta que cayó en manos de la inquisición en Lima, y añadiré, citando nuevamente a Martínez y Vela, lo que a la letra dice en la página 324 de sus Anales. «El año 1604 se dió la sentencia de su causa. Allí se convirtió, salió desterrado a España, y estando en Sevilla tomó primero el hábito de Santo Domingo, dejólo porque le dijeron no lo merecía, pues era judío, y con toda humildad se fué al convento de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, de mi señora Santa Ana de la Villa de Osuna, donde fué gran siervo de Dios y se llamó fray Antonio de San Pedro».

PUES TE LLAMAS NICOLAS, VIVIRAS

DE J. L. JAIMES (Brocha Gorda)

Dichosos para la leyenda aquellos tiempos de penumbra, en que combatiendo el espíritu maligno con la gracia divina, poblaban la fantasía de maravillosos portentos y daban a las crónicas populares el pintoresco ropaje de lo sobrenatu-ral, obra de los siervos de Dios o diabólica labor de Satán que a la sazón andaba suelto.

No se habían inventado la filosofía materialista ni la diosa razón, y así como no había más luz que la del candil y los velones para combatir las sombras, así en los cuévanos del alma no lucía otra antorcha que la de la fe, ni más doctrina que la de la iglesia,

Un día surgió la ciencia y explicó los más raros fenómenos de la naturaleza y disipó sombras y ofreció la verdad é iluminó el espíritu, y entonces los siervos de Dios no se movieron más del cielo y el espíritu maligno dió término a sus travesuras, relegándose al más oscuro rincon de sus rescoldos.

Como caudillo que gasta sus prestigios y pierde la popularidad y no recibe el tributo de la admiración a sus merecimientos, así perdieron Santa Bárbara su poder sobre los rayos y las centellas; San Jorge su talismán contra las alimañas venenosas; y, finalmente, San Nicolás su eficaz influencia para los fáciles y afortunados alumbramientos. Estos han de servir de tema a la presente crónica.

Gobernaba por su majestad tétrica D. Felipe II, los reinos del Perú, el Excmo. Sr. D. Fernando de Torres y Portugal, conde del Villar, VII virrey en Lima, y había tomado posesión de su alta gerarquía en la Villa Imperial de Potosí el general D. Alonso de Zúñiga y Figueroa de la órden de Calatrava, sexto corregidor y hombre de hígado relleno y pelo en pecho.

Había acreditado serlo, poniendo paz en los bandos y parcialidades que se *entremataban* sin ningún temor de Dios haciendo de la Villa un campo electoral, digo un campo de Agramante.

Hacia el año 1582 y sobre si ocuparían este barrio ó el otro, hubo horrendas refriegas entre extremeños y vascongados, muriendo no pocos de entrambos y además el alguacil mayor de la Villa y Diego Aumete, alcalde ordinario, causantes de estos disturbios.

El general Marcelino, de célebre memoria, a la sazón quinto corregidor, fué rechazado y herido, apaciguándose por entonces la cólera de los bandos, para comenzar poco tiempo después con mayor saña.

Así fué que en las fiestas de Santiago del año siguiente 1583 y en ocasión de jugarse toros y cañas en la plaza mayor de la Villa, un extremeño famoso en el manejo de armas arrojadizas, hirió mortalmente

con un venablo al capitán Sancho Usátegui, vascongado, por lo cual, dice el cronista, dieron aquella noche fuego a las casas y barrios de los extremeños, buscando al agresor, «siendo no pequeño el estrago y causando tal sed de matanza, que se formó ejércitos y se libró la famosa batalla en Cebadillas, donde murió el ya citado general Marcelino, quinto corregidor de Potosí».

Con tales antecedentes, empuñaba el bastón del corregimiento el don Eulogio Alonso de Zúñiga y Figueroa, y no bien saliera de oir el Te-Deum, que en honor suyo entonó la iglesia potosina, cuando se vió acometido a la vez por los bandos del general D. Luis de Janise y el licenciado Cristóbal de Esclava, que cada cual a su turno alegaba derechos más legítimos al corregimiento.

Allí fué el desplegar el general Eulogio Alonso todo su valor y su energía, de forma que cogiéndolos separadamente dió cuenta de ellos, apaciguó los bandos y restableció la paz y la concordia en la Villa, metiendo en un zapato a los orgullosos señorones acostumbrados a hacer y deshacer conforme a su real gana.

Como era natural, en aquellos buenos tiempos en que Dios tenía de la mano a los mortales y se mezclaba en todos sus asuntos, el castigo celeste no se hizo esperar, y así como para decidir a Faraón mandó diez plagas, siendo la más gorda, el paso del ángel exterminador, matando a los primogénitos de los ejipcios, así cayó sobre la Villa Imperial un terrible azote que consistió en que no se lograse nacido, varón o hembra, habiendo más mortandad de niños inocentes que bajo el poder de Herodos en Judea.

En vano era el salir de las damas potosinas en estado interesante a los valles vecinos al aproximarse la época del alumbramiento; en vano el sufragar novenarios a San Ramón Nonato y llenar de plata el altar de Santa Ana y fabricar de oro la vara de San José, y hasta hubo dama que hizo de pura plata piña el perro de San Roque en contraposición a otra opulenta criolla que hizo de plata fundida el puerco de San Antón.

O nacían los niños muertos o morían a los seis días o a los quince, y los que habían visto la luz fuera del circuito de la Villa, dejaban de verla volviendo a ella a despecho de los más fervientes votos, de modo que en el cementerio era lo más poblado y nutrido el *angelorio*.

Dábanse los galenos de calabazadas, viniendo todos a convenir en que no podía ser sino una de dos cosas, según la opinión de fray Rafael Portete, de la órden de Agustinos, esto es, o castigo del cielo ú obra del demonio, que muchas veces Dios se vale de este intermedio para manifestarse a los mortales.

El mismo ya citado padre concibió un piadoso proyecto para aplacar la ira celeste y jugar una partida serrana al rey de las tinieblas, el cual proyecto no fué ni más ni menos que de fundar un convento de religiosos agustinos en el centro mismo de la ciudad elevando un

templo bajo el patronato del gran doctor de la iglesia y una capilla adyacente bajo la advocación de nuestra madre y señora de Aranzazú, notablemente milagrosa y protectora de niños inocentes.

Bien pronto cayeron las limosnas y las dádivas ricas y las donaciones pingües, lo que no era maravilla en aquel tiempo en que «llegaron a tanta riqueza los moradores de la Villa, que el que tenía menos de caudal, era de 300 a 400,000 pesos de 8 reales».

El 8 de setiembre de 1584, día de la natividad de la virgen María, entraron en Potosí los religiosos de nuestro padre San Agustín y comenzaron la obra de la fundación de su convento, teniendo por sitio y cementerio la plaza de la Olleria, hasta rematar en la entrada de las Siete vueltas.

Un año y tres meses justos duró la obra monumental trabajada, aunque a toda prisa, sólidamente, empleando no menos de mil trabajadores por día, ofrecidos a porfía por los mineros, y el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción de Maria, se estrenó con grandes fiestas y mucho regocijo y contentamiento de la Villa.

Pero oigamos al cronista de aquellos tiempos, aunque perdonándole su naturalismo *zolesco*.

«Por fines de este año 1584 como pagando el deseo que la Villa tuvo de la fundación de su iglesia y convento, obró N. P. San Nicolás de Tolentino un gran milagro, pues D. Francisco Flores y Doña Leonor Guzmán su esposa, señora de España, gozaban en Potosí 2000 pesos de 8 reales de renta cada semana. Tuvieron 6 hijos, más ninguno les vivió porque aunque Doña Leonor se iba a parir a los valles, volvía a criarlos a Potosí a que el cruel frío los matase. Sintióse un año preñada, y como no tuviese heredero alguno, hallábase sumamente afligida; instáronla se fuese a algún valle a parir y criarlo; pero como otras veces lo hubiese hecho y con todo eso no se lograse, estaba ya desconfiada, por lo que hizo el ánimo de no salir de Potosí, determinada a parirlo allí y que se cumpliese la voluntad de Dios; así esperaba por estar ya cerca la hora de su parto. Un día de los que más afligida estaba, entró en su casa el M. R. P. prior de San Agustín; y como le preguntase la causa de su desconsuelo y le satisfaciese en todo, le dijo el padre prior, se encomendase a nuestro padre San Nicolás de Tolentino y esperase en nuestro Señor que por su intercesión pariría felízmente y le viviría para ser su heredero. La afligida señora le agradeció el consejo y prometió hacerlo así y dar una rica ofrenda al santo, y ponerle al que naciera su nombre; así sucedió; por lo que el día de la natividad del Señor, parió un niño muy hermoso; vivió y fué el primero que se logró de los que en Potosí nacieron. De allí a 8 años se fueron Francisco de Flores y su esposa a la ciudad de Lima, donde fué secretario de aquella real audiencia; y Nicolás Flores, su hijo, como logrado de milagro, así también alcanzó el logró de virtud y letras; pues fué doctor de la universidad de Lima y regidor en aquel ilustre cabildo. Con este ejemplar, todas las señoras que estaban

preñadas, ofrecieron sus hijos a San Nicolás, y en naciendo les hacían poner el nombre del glorioso santo. Fué tal el favor que merecieron con esta diligencia, que todos lograron sus hijos y todos se llamaban Nicolás en aquellos tiempos». (1)

Cogiendo ahora el hilo de nuestra historia, volvemos a encontrar al ya nombrado fray Rafael Portete, el cual a su vida ejemplar de sacerdote unía un carácter apacible y una índole jovial y comunicativa.

Era generalmente el que después de la ceremonia de la pila bautismal ponía la bendición al niño diciendo: Pues te llamas Nicolás, vivirás, y vivían los niños, y la benéfica virtud de fray Rafael Portete, que por cariñoso mote llegó a ser conocido popularmente por fray Rafete, y se fué extendiendo de forma que llegó a ser, no solamente el protector de los nacidos, sino también de los nonatos, los cuales más fácilmente abandonaban el claustro maternal, cuando fray Rafete, invocando el auxilio divino, ponía sobre el doloroso vientre de las próximas los cordones de su hábito bendito.

¡Pobre fray Rafete! Durante muchos años no tuvo punto de reposo, marchando de alcoba en alcoba y de tugurio en tugurio, poniendo los cordones susodichos sobre los susodichos doloridos lugares.

Andando los tiempos la higiene desbancó a San Nicolás de Tolentino y las matronas dieron (al fin mudables como mujeres) al olvido los cordones de fray Rafete; pero entretanto hubo más Nicolases en Potosí que Santiagos en Galicia y Antonios en Lisboa. (2).

1.—Archivo boliviano pág. 315 y siguientes.

2.—Se ocupa de este mismo tema la tradición escrita por el señor Don Ricardo Palma, con el título de LA MODA EN LOS NOMBRES DE PILA, que se registra en este mismo Tomo.

Con el título de UN SANTO NIÑERO, se ha ocupado de igual tema, el señor M. J. Camacho, cuya tradición se registra en la pág. 31 del presente tomo. (N. del E.)

Treinta años de Misterio

—J. L. JAIMES (Brocha Gorda)—

Pobre diablo es el demonio
Si no le ayudan las hembras.

Conocido era como ninguno en Potosí, el hermano Bastián. Y no era fraile, aunque vestía braga, jubón y calzas de la tela y color del hábito franciscano, medias burdas, zapatos de cordobán, chambergo de fieltro y capa de pañete, eso sí, muy limpio y acepillado, sin manchas, ni puntos, ni zurcidos, ni remiendos. Groseras las calcetas siempre muy blancas como los pedazos de lienzo que asomaban vergonzantes en los puños y el cuello, de entre la jerga gris. Rasurado el rostro magro aunque terso; rapado el pelo a raíz; abundantes las cejas asaz en remolino al juntarse casi en el nacimiento de la nariz recta y noble; ojos oscuros como noche de truenos con tardíos relámpagos lejanos; boca un tanto cuanto sumida, con labios plegados por la sonrisa triste a par que benévola; sus manos blancas y exentas de insurgentes morrillos, pecas ni cicatrices, siempre teniendo entrambas un libro en pergamino de cuyas apretadas hojas pendían señales en cintas de colores diversos y envuelto en la diestra el denario de palo santo con *pater noster* como garbanzos bilbaínos; su andar precipitado a corto tranco y su estatura que debió ser más que mediana en tiempos no ya próximos, era a la sazón baja y encorvada como de quién pretende escabullirse evitando miradas importunas.

Y no porque fuese blanco de la curiosidad o la malevolencia, que ésta, lo mismo en 1623, que fué cuando sucedían estas cosas, como ahora y como desde que el mundo es mundo, se ha visto subyugada al fin y al cabo por la virtud y la nobleza, sino porque el hermano Bastián no gastaba palique, ni perdía el tiempo en charla insustancial, ni admitía cumplimientos, ni satisfacía preguntas vanas, ni le importaban ajenas vidas, ni le desazonaban asuntos concejiles o de real mandato, ni atendía, finalmente, a murmuraciones plebeyas, a desaguisados curiales, ni a humillos de nobleza y señoría.

No había de vérsele nunca en fiesta alguna, mas se le encontraba siempre cerca del lecho de los moribundos. No acudían entre patricios y plebeyos a los comicios públicos del cabildo, pero había de faltar el sol antes que Bastián en la covacha de los niños, de las mujeres y de los ancianos que albergaba la casa de San Juan de Dios. Ninguna alegría, ni contento, ni expansión, ni gozo público o privado, tenían en él una cofrade o adepto; más, si en el hogar entraba la desgracia, si la madre desolada se deshacía en llanto al recuerdo del hijo perdido, si la fortuna

al escaparse dejaba franca la entrada en la casa a la miseria y al dolor, si había almas atribuladas para quienes parecía acabarse el mundo y abrirse el abismo que las atraía irresistiblemente, si la desesperación, en fin, no hallaba remedio posible, allí había de estar de fijo el hermano Bastián, que era medicina en las dolencias, bálsamo en las heridas, consuelo en los dolores, apoyo en las flaquezas, auxilio en las miserias, tabla en los naufragios, sacerdote para las confidencias de postrimería y arca cerrada para los secretos y misterios de la humanidad en las continuas batallas del vivir incierto.

Su persona perdiendo mucho de humano en el concepto de las gentes sencillas, tendía hacia lo extraordinario, multiplicándose de manera que la ubicuidad parecía su don propio, y así como siempre estuvo a punto de recibir en sus brazos al que caía herido, o de impedir que se descalabrase un prójimo, así no se le encontraba ni aun buscando con candil, en donde el sacrificio y la caridad holgasen por lo inútiles.

Pensaríanlo muchos, pero ninguno osó preguntar quién era y cómo y de dónde vino a la Imperial Villa gobernada entonces por D. Felipe de Manrique, catorceno corregidor y tenido en mucho por el Excmo. señor don Diego de Córdova, marqués de Guadalcazar y virrey de aquellos reinos del Perú: pero se sabía que una tarde de invierno fría y nevosa, hacía muchos años, llamaron a la puerta del convento de San Francisco, destinada a las caballerías, dos embozados hasta los ojos y hundido el chambergo de viaje hasta las cejas; caballeros sobre una briosa jaca el primero y más distinguido, y sobre un redondo mulo el segundo, que por su actitud servil olía a escudero desde lejos. Abrióse la puerta y cerróse hasta la mañana siguiente, en que el presunto escudero sobre el mismo mulo y llevando del diestro a la jaca sin jinete, traspuso sus umbrales, tomó el camino de las afueras y perdióse como los fantasmas sin dejar huella alguna.

Coincidió con la llegada del hidalgo, que lo era según las trazas, la prosperidad del convento. Los mendicantes acabalaron la construcción de su templo y de su huerto, vistiéronse sus altares, llenáronse sus cofres de ornamentos, sus armarios de vasos áureos para el santo sacrificio, recamóse su custodia con preciosas piedras, rodeóse de sillería de Córdoba su refectorio y de abundante acopio de utensilios la amplia cocina.

Los claustros pudieron ostentar la galería de los cuadros, no de inexperta mano, que representaban la vida y milagros del santo de Asis. Ya era el Cristo que desde la cruz enviaba de sus cinco llagas chorros de preciosa sangre que tocando las palmas, los pies y el costado de su siervo, reproducían en él los sagrados deliquios del sufrimiento glorioso; ya el mismo siervo de Dios en extática contemplación de la vida celestial que se rompía entre nubes de luz, en la azulada bóveda, levantado del mundo terrenal por innumerables cabecitas aladas y rostro rubicundo y mofletudo; ya, en fin, al santo predicando la pobreza, o ya adurmiendo el hambre sobre menguado lecho y almohada de terrones y guijarros.

Una de las mejores celdas enriquecida con visillos en las ventanas, sólido lecho de nogal tallado, reclinatorio bajo la imagen de la virgen dolorosa, biblioteca abastecida de libros piadosos, aljofaina y garrafa de cobre plateado, mesa con escribanía y velón de dos mecheros y una faja ancha y mullida de velludo delante del lecho, apareció una mañana habitada por un huésped que vestía el hábito de la orden sin profesarla, que acudía solamente a la misa que precede a el alba y a los ejercicios en la hora del crepúsculo, que tenía asiento en el refectorio y cubierto y vino, pero no los usaba nunca, porque a desayunarse y tomar colación debió de hacerlo siempre a solas y servido por el mismo viejo lego que, si era tozudo como buen vizcaíno, era callado como cualquiera de los pilares de pidra de los claustros.

Habría en ello algún mandato bajo santa obediencia que estableciera la reserva entre los padres, o andaría en medio el Santo Oficio, lo que se infiere por la discreción guardada, no preguntando nadie, ni mostrando curiosidad alma ni viviente en aquel santo asilo. Más al cabo de los años pasó el huésped de la celda al refectorio, del refectorio al coro, del coro a la calle, en busca de ajenos sufrimientos, y el hermano Bastián entró en la vida, en las palpitaciones, en la respiración, en la sangre del pueblo, convirtiéndose para la Imperial Villa en enviado de la Providencia, en compensación, sin duda, de largos sufrimientos y desastres padecidos por ella durante la porfiada guerra de los Vicuñas.

A Eva debemos la vida,
A Eva el dolor y la muerte.

En uno de los pisos altos de una antigua casa de Sevilla, cuyos muros bañaba el Guadalquivir, vivía año más, año menos, pero treinta antes de los acontecimientos referidos en el párrafo presente, una guapa moza, tan discreta como guapa y habilidosa en extremo en las artimañas que vuelven el seso a los más cuerdos varones. Rondábanla los de más alto copete y más acuartelado blasón, y las músicas y las cuchilladas se sucedían durante la noche bajo las celosías de su balcón morisco, pues andaban revueltos a una hijodalgos, ricohombres, estudiantes y hasta majos de rumbo, sin exceptuar a la justicia que se mostraba en sus enredos, ciega, blanda y sorda.

Decíase que sus estancias eran regias; que entre perfumes de flores y resinas, reclinaba, en mullido diván, el racimo de hechizos que formaban su cara con grandes rasgados ojos, boquita roja sombreada por sutil vello, cabellera profusa en ondulantes guedejas de azabache, garganta y hombros formados a torno, seno abundante, delicada cintura, amplias caderas movedizas, pie y mano chiquitines, carnuditos, y húmedos efluvios embriagadores que emanaban de esa real personita.

Pero si muchos la rondaban y agasajábanla con músicas y dádivas valiosas, ninguno como D. Sebastián Ponce de León, de la orden de

Calatrava, segundo de una casa de marqueses, hermoso en el talante, discreto, rico y resuelto, aunque muy impetuoso y en ocasiones arrojado más de lo justo y conveniente.

Soledad Meneses parecía amar a D. Sebastián con el alma, mientras éste la adoraba como un loco y la guardaba como un furioso, cuando es sabido que más fácilmente se guardan los tesoros que las hembras y más si son guapas y vanidosas y dadas a la intriga y a los peligros como lo era Soledad, que primero como prueba y luego como inclinación, y finalmente como irresistible sed de vedados goces, dió en la no rara flor de engañar de contínuo a su amante, que vivía entre tajos, reveses y cuchilladas.

Su hermano el marqués, noble de temple antíguo, apenas un año mayor que D. Sebastián y que profesaba a éste entrañable cariño fraternal, vivía entre zozobras y procurando estar siempre a la vela y a tiempo para evitar un descalabro o una catástrofe.

Un día más que otros, había visto señales de inquietud y desasosiego en su hermano y oido palabras entrecortadas que se escapaban de sus labios, oprimiendo ya la cruz de su hoja de Toledo, ya el mango de la daga demasquina. Sin perder tiempo fuese a una taberna que le servía de acechadero y comunicaba con el patio de la casa de Soledad. Apostó gente en las cercanías, pronta a su voz, y esperó, prediciéndole el corazón una desgracia próxima.

Al mediar la noche y pasadas algunas de las escaramuzas callejeras de uso y costumbre, apaleados algunos alguaciles y derrengados no pocos jayanes de pelea, escuchó el marqués ruido de pasos, rodar de muebles, estallar de cristales, gritos de mujer ahogados y terribles, amenazadora, jadeante la voz de D. Sebastián, que parecía sostener desigual lucha. Pasos precipitados de gente que huye, lámparas que caen destrozadas sumiendo en profunda oscuridad las estancias, el balcón que se abre con violencia y se precipita desde él una mujer con los cabellos sueltos y las ropas blancas que flotan por un momento y se sumergen sin rastro en el Guadalquivir. El marqués que abre su puerta de escape, buscando a su hermano a tientas y recibe en medio del pecho la hoja de una espada que penetra hasta el puño: he ahí lo ocurrido en menos tiempo que el gastado en referirlo.

Que lo negro de las culpas
Lava el arrepentimiento.

Volviendo ahora al convento de franciscanos de la Villa Imperial de Potosi y a la celda que ya conocemos por anterior referencia, asistiremos a una importante ceremonia con que la iglesia despide de este mundo a los que van en pos de la vida eterna, destinada al espíritu que no muere.

La comunidad toda con hachas en las manos seguida del coro salmodiando los versículos del santo libro, el guión de la orden entre

ciriales y turiferarios, y en el fondo, bajo palio, el guardián conduciendo la santa forma al lecho de un moribundo de la orden. Llenos de gentes los claustros, el templo, el atrio, los alrededores del convento, la Villa entera acudiendo, si no en presencia, con el espíritu y el corazón a acompañar el santo viático destinado al hermano Bastián, próximo a dejar este mundo de pasiones y de miserias. Avanzó en la celda majestuosamente el sacerdote oficiante, mientras el murmullo de las oraciones se escuchada unísono, a la vez que el tañido de las campanas de agonía. El hermano Bastián, pálido, pero hermoso el rostro, velados, pero dulces los ojos, débil, pero clara la voz, escogió con la vista y designó con el dedo un grupo de principales y más distinguidas personas y dijo, después de besar fervorosamente la cruz que tenía entre las manos:

—Oid. Yo soy D. Sebastián Ponce de León, que no murió, al perder lo más amado de su alma, ni de desesperación al encontrarse matador de su hermano, sin duda porque Dios quiso que purgara en una vida ejemplar y consagrada a la caridad, la enorme iniquidad de sus pecados. Perdonadme todos en nombre de mis victimas y pedid al Poderoso Señor de cielos y tierra sean remitidas mis culpas y lavadas las manchas por obra de su misericordia infinita!.....

Todas las manos se levantaron al cielo, todas las voces exclamaron a una: ¡Bendito seas!

El hermano Bastián sonrió seráficamente, y reclinando su noble cabeza libre de peso alguno, se durmió el sueño de la eternidad como los varones justos.

—J. L. JAIMES [Brocha Gorda]—

EL GOZO EN UN POZO

I

Juanita de Navarro y Leiva era en 1719 la moza más deliciosa y sandunguera que alegraba la calle de «Arquillos» de esta Imperial Villa.

Bello rostro sobre su cuerpo bello; ojos grandes y bien rasgados, retrecheros y enredadores hasta la exageración; pingüe fortuna, cortos años y toda la sal de Jesús, eran dotes muy a propósito para dar al traste con el cerebro mejor organizado y para hacer mantequilla del más duro corazón.

Razón tenían mis galantes paisanos de entonces para andar como quién pisa fuego, de puntitas, por tan apetitosa criatura.

Y ella, que digamos, sin hacer mal gesto a los arrumacos de que era objeto, aun no había sentido en su pecho el fuego del amor.

Fingía halagos y prodigaba esperanzas muy luego en desengaños convertidas, y se complacía en hacer rabiar a los celosos y en proporcionar abundante máterial a la murmuración de las caritativas comadres del barrio.

La numerosa *clientela* de los aspirantes a su blanca mano procuraba afanosa agradar a la caprichosa beldad, y ésta no paraba mientes en los solícitos cuidados que la rodeaban y dejaba correr la bola alegremente.

Así corrieron los años y el *angelito* cumplió los 25 de su edad.

II

En aquel año, de funesta recordación, la fiebre espantosa que desde Buenos Aires vino, esparciendo el luto y la desolación por todas partes, diezmaba a los habitantes de la Villa e infundía el pánico en los más esforzados corazones. Según la crónica de Martínez Vela, desde Marzo en que se dejó sentir el terrible flajelo, hasta Diciembre en que desapareció, 22,000 personas perecieron en la ciudad.

Y es de notar la curiosa estadística del citado cronista.

Dice: *entre los muertos se cuentan: todos los* mitayos, *130 empleados de la Casa de Moneda, 140* barreteros *del cerro, 40 carniceros, 300 panaderos, 38 carpinteros; quedan huérfanas 800 criaturas.*

¡Horrible cuadro el de la ciudad, sobre la que ajitaba la Muerte sus negras alas!

Fácil es comprender que, en tan apretado lance los hijos de la opulenta Villa recurriesen a Dios: las *novenas* abundaban, no se escasearon *rogativas* y las procesiones de *penitentes* se multiplicaron; pero, los Santos o nada oían o abrigaban fuerte resentimiento, puesto que la fiebre hizo presa en los habitantes por el largo espacio de 10 meses.

III

Bien dijo el que dijo—sería Pero Grullo—que rien unos mientras otros lloran; así, no es de admirar que nueve hijas de Eva y once *mocitos de fuste* se dieran un verde con dos azules en casa de Juanita, celebrando el 24 de Junio de aquel funesto año de 1719.

Todos contentos gozaban en la alegre francachela. *Ellos* con el *confortable* aguardiente de Pisco y *ellas* con la sabrosa *mistelita* de naranja se *divertían decentemente* (como hoy se dice); las copas se vaciaban en frecuentes *redondillas* y se prodigaban a Juanita los piropos que son tan bien recibidos por los oídos de una mujer.

—Mi *sea* Juanita en baile con don Antonio, dijo con fuerte voz el que hacía de *bastonero* en la fiesta.

Baile dijiste, y dos guitarras, manejadas por *buenas manos*, dejaron escuchar el aire de un *agua de nieve* (baile que nuestros abuelos aun recuerdan con ternura), que fué magníficamente ejecutado por la linda pareja, con un *cepilleo* encantador.

Uno de los guitarristas lanzaba cada copla que alegraba el alma. En lo más recio de la zambra, cantaba lo siguiente:

"¿Qué se compara en el mundo
al incitante licor?
¡oh baile, en dichas fecundo,
eres la vida mejor!"

Y todos a coro repetían el estrlbillo

"eres la vida mejor".

cuando de súbito se paralizaron las lenguas, el silencio sucedió a la algazara y quedaron todos petrificados de espanto.

Aconteció que, al terminar el canto de la condenada coplita, la viva y rojiza luz de un relámpago deslumbró la vista, y, después de un trueno aterrador que sacudió la casa, se escucharon estas palabras: «*No la vida sino la muerte se halla entre vosotros*». Natural era que tan fatídico anuncio, trasmitido por una voz lúgubre y cavernosa produjera entre los circunstantes el efecto de un rayo.

Figúrense, ustedes, qué vendría a ser de la fiesta, y cómo quedarían los que, momentos antes, se entregaban al jolgorio. Cómo hubiera deseado ver los pucheritos que harían Juanita y sus nueve compañeras.

Apesar de que no faltó algún *esprit fort* que quisiera burlarse del suceso, cada mochuelo se retiró a su olivo, mohino y cariacontecido, santiguándose hasta con los codos e invocando a toda la corte celestial.

Ocho días después, Juanita y sus convidados habían pasado a mejor vida, excepto una señora casada y otra que no lo era.

Tan singular excepción ¿por qué la haría Dios?

Háganme Uds. favor de averiguarlo.

¡POBRE NIÑA!.....

—J. L. JAIMES (Brocha Gorda)—

I

En las flores del jacinto
tus cabellos de oro rojos,
y los rayos de tus ojos,
en los de Febo los pinto.
Gerónimo de L. I. Contreras.

¡Apostara yo un pepino contra lo que tu quieras, lector mío, que si la hubieras conocido, si la hubieras visto, te derrites por ella, sin remedio!

¡Cáspita! si era linda y hechicera. Al solo recordarla en mi fantasía, ganas tengo y me acometen vehementes ímpetus de hacer un par de zapatetas en el aire y de hacer las penitencias de Beltenebros por tan rara y cumplida beldad. Digo, si sería linda!

Imagínate, lector, un pimpollo de rosa que se abre al contacto de las auras de la primavera; imagínate sobre flexible y gentil tallo una blanca azucena coronada de oro, que juega con las brisas de la tarde; imagínate dos broches de azabache plegando un blanco velo de tul; imagínate todo eso y cuanto bello puedas imaginarte, te aseguro, te quedaras siempre corto para compararlo con esa mujer, digo mal, con esa sirena que Dios envió a este mundo fementido, yo no sé si en hora feliz o aciaga.

¡Qué cara, mi buen Jesús, qué cara!.....¿Y los ojos? Negros y fascinadores como un abismo, fosforescentes como la superficie del mar en las noches del verano. ¿Y los labios? Oh, los labios!.....de ellos sin duda dijo Espronceda:

"Son tus labios un rubí
partido por gala en dos,
arrancado para tí
de la corona de un Dios".

Tal era la niña que, allá por el año de 1597, traía alborotada esta Imperial Villa, y que vive en las crónicas con el nombre de Margarita de Torre Lamar.

II

¡Mas, ay de mí desdichado,
con la fiebre desvarío!
El fuego en mi pecho hallado
no puede ser mitigado
con las aguas de un gran río.
Alonso Perez.

Ya, fácilmente, se comprende por qué el señor don Gonzalo Fernandez de Urrutia, hidalgo hijo de Castilla, mancebito barbilindo, petimetre rico de aquellos tiempos, pasase la pena negra y viese trascurrir los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, llorando de hilo en hilo y a lágrima viva, desesperado, loco y asendereado, por tan sin par belleza.

A punto estaba el buen chico de hacer una barbaridad.

Cartitas fulminantes, más que cartitas cartuchos de dinamita, por lo incendiarias, mensajes almibarados, ramilletes de flores, paseos al aire libre, serenatas, ofertas, dádivas, todo era vano, todo fracasaba ante el frio desdén de la niña.

Y ella, a éste sí a éste no, y como quién a nadie ofendía, disparaba cada rayo de sus ojos que derretía a los pobrecitos que la veían, en tanto que su pecho, asegurado contra incendios, no sentía las negras angustias que otros por ella pasaban.

III

Moza tan fermosa
y con tal vieja fablando
¿qué podrán estar tratando?

Calderón.

Así las cosas, trascurrieron dos años: él y ella siempre los mismos; él tenía su amor elevado a la última potencia, ella mantenía el calor de su pecho al 12º bajo cero. ¡Que frío, mi buen lector!

Pero,—y aquí está ese *pero* que sazona todo cuanto toca como la sal,—pero el diablo que nunca duerme y que si no causa daños al mundo dicen que se entretiene en azotar moscas con el rabo, acertó a parar mientes en las inocentes tortolillas y dijo allá entre sí: «Aquí está el pan de mis alforjas y ¡paf! se metió de rondón en el cuerpo de una vieja, como Pedro por su casa, y aquí tienes, lector, el principio de mi cuento.

La bruja maldecida, sonsacada por los dineros de Gonzalo, empezó su tarea de astuta serpiente y, a veces, sentada junto a Margarita, hablaba del amor ardiente de aquel joven, pintaba muy al vivo las delicias de eso que llamaba el placer sublime de la vida y desplegaba a la vista de la niña seductores horizontes, risueño porvenir de ventura eterna; y así, hablando siempre y cuando lo creyó oportuno, puso un día en manos de la fascinada niña un aderezo de diamantes, envuelto en un billete perfumado.

Toma un traguito de agua, cachazudo lector, y prosigamos si te place.

IV

¡Amor dulce y poderoso!
No te puedo resistir,

y acuerdo de me rendir,
que defenderme no oso,
sin obligarme a morir.

Cristóbal de Castillo.

Yo no sé como fué aquello; pero, es lo cierto que, pudo más la tía Rita con sus arteros manejos en quince días que lo que lograr alcanzaron medio millón de suspiros y cuatrocientos billetitos en tres años.

La desdeñosa Margarita se humanizó tanto, tanto, que un día se la vió en casa de Gonzalo, a quién, rendida ya, frenética idolatraba.

Es que, ocultas bajo la nieve del carazón, hervían ardientes pasiones que estallaron al fin, cual rompen a veces las encendidas lavas de un volcán los témpanos que coronan el cráter.

Pasaron los días y los años pasaron; Gonzalo y Margarita solo para gozar de su amor vivían.

Si tú has amado alguna vez, lector amigo, con ese amor que, inmenso como el espacio, poderoso y exclusivo, redobla las fuerzas de nuestro ser para consagrarlas al objeto querido; si así has amado, si así amas, puedes comprender sus placeres y sus ansias.

V

Quién no estuviere en presencia
no tenga fe ni confianza;
pues, son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

J. Manrique.

Un filósofo estóico diría, que esto de que el amor es mudable y tornadizo, no tanto estriba en la perfidia humana cuanto en una ley de naturaleza; todo se altera y cambia, diría, y nada es nuevo bajo el sol.

Un poeta pensará siempre que el corazón humano es a manera de incensario, en el que todo el aroma de los amores se desvánece convertido en humo, o se fingirá que el amor es pasajero como los celajes de la tarde y fujitivo como el céfiro que juega con las flores; creerá, en fin, que el amor es sombra, ilusión y sueño.

¡Cuantas páginas se han escrito sobre este punto, desde Adán, que fué la primera víctima del amor, hasta el último que ha sentido el *dolor junto al amor*, como suele decir un amigo mio; cuantos suspiros, cuantos lamentos de enamorados labios ha escuchado este mundo.

Pero bien; creo que en vez de contarte mi cuento, estoy tocando el violón, amigo lector.

Yo digo: en todas partes cuecen habas, y esto de desengaños es pan nuestro de cada día. Los achaques de amor son siempre antiguos y siempre nuevos.

Gonzalo que, llamado a recojer una pingüe herencia, marchó a las playas españolas, halló modo de distraer sus ocios, contemplando una

bonita cara andaluza, de la cual llegó a ser propietario, al precio de su blanca mano.

¡Pobre Margarita!

VI

Lloraba de los sus ojos,
de la su boca decía:
¡Malhaya el enamorado
que su fe no mantenía!
Anónimo

Pintar el dolor de la infeliz, cuando supo que una valla poderosa la separaba de su amante, es tarea imposible. ¿Quién pudiera medir la inmensidad del espacio y sondar los senos profundos del océano?

Delirante de pasión, ávida de venganza, Margarita, como la leona que ve arrebatado su cachorro, prorrumpía en quejas lastimeras.

La mujer que verdaderamente ama, concentra su vida toda en el objeto amado y, cuando halla el desdén en vez de cariño, duplica la energía de su alma y es capaz del sacrificio más sublime o del crímen más horroroso.

«Quién bien ama nunca olvida», dice un poeta, y esta verdad se realizó en Margarita.

Dos años de lágrimas no bastaron a borrar de su pecho la imagen de su idolatrado Gonzalo. Pugnaba ella entre el amor que frenético acrecía y el deseo de olvidar y aborrecer al que ocasionaba su tormento

Triste estado del alma, del que yo quisiera que te halles exento, caro lector.

VII

No sé quién con valentía
se mete a velas tendidas
en la mar
del amor, cuya porfia
no causa sino heridas
y pesar
H. de Contreras

—¡Jesús! quién lo creyera!.....Pero todos son iguales los hombres, igualitos, venga el diablo y escoja al mejor.....Consuélate, niña, y no llores, que el llanto aja tu belleza y empaña la dulce claridad de tus ojos. Para tí no faltarán galanes, jóvenes y ricos, y conviene que disfrutes de tu juventud y de tu hermosura.

—Calle U., señora Rita, y no pretenda curar las heridas de mi corazón. Le amo; en vano detestarle ansío; yo muero.....y con mi postrer suspiro recogerá el aire el eco de su nombre.

—Mira, hija. Si deseas olvidarle, el medio es sencillo; ofrece tu corazón a Santa Luthgarda; ella lo aceptará y te lo devolverá sano; y...

Acogió Margarita el consejo; colocó un corazoncito de papel a los pies de la santa, formuló su oración y salió del templo. Su exaltada fantasía creyó percibir la voz de su amante que la llamaba por su nombre, volvió precipitadamente la vista y prorrumpió en una espantosa carcajada.....¡Estaba loca!

VIII

Dentro de mi pecho tengo
un entierro bien formado;
mi corazón es el muerto,
tu querer me lo ha matado.

Copla popular.

Así acabó la historia triste de los amores de Margarita: historia que se repite con frecuencia, sin que se logre el escarmiento.

Desde entonces, la imagen de santa Luthgarda, que se conserva en la iglesia de Santa Bárbara de esta ciudad, vestida con trage de dama del siglo XV, se ve rodeada siempre de corazoncitos de papel. Los ponen las que adolecen el mismo mal que Margarita, y es fama que, al salir del templo la que olvidar su amor pretende, oye la voz del amante que por tres veces la llama por su nombre. Si la infeliz, obedeciendo al impulso de su pasión, vuelve la vista, en vez de olvidar, siente renovado el fuego de su amor y para siempre; más si, indiferente, prosigue su marcha y sale del templo sin hacer caso de la mágica voz, es seguro que no se acuerda nunca del seductor ingrato.

¿Creerán esto la señoras mías que sobre estas líneas pasen sus ojos?

En cuanto a mí, termino repitiendo estos versos del buen Hyerónimo de Contreras.

«A mal de tal sentimiento
ningún remedio se sabe,
sino que con fuerza grave
se multiplique el tormento
para que el vivir se acabe».

Potosí, noviembre del 81.

DE L. F. MANZANO

UN DIVINO LLAMAMIENTO

Des choses d' ici bas divin enchainement!
Par quel simple ressort la main de Diéu dirige
Ce sort, oú l' oeil no voit que hasard et prodige!
Lam. *Jocelyn.*

Muy niño era yo cuando acerté a ver por vez primera un retrato que, ajado ya por la acción del tiempo, se encontraba en la sacristía del templo de Jerusalén de esta ciudad.

Obra, a lo que parece, del maestro Melchor Pérez de Holguín, artista potosino de fines del siglo XVII, representaba el lienzo la simpática figura del sacerdote D. Francisco Aguirre, esclarecido varón, cuya memoria ha sido fielmente guardada por la tradición

Con mezcla de respeto y de curiosidad, contemplaba yo ese pálido y demacrado semblante, surcado por profundas arrugas, en cuyo fondo podían adivinarse los misterios de una agitada existencia, y pretendía leer en esa ancha y limpia frente un pasado de culpas y arrepentimiento. En el tinte melancólico y austero de su faz, en los dulces pero ardientes rayos de su mirada, creí notar el reflejo de elevadas virtudes, el fuego intenso que abrasó su alma y la lucha enérgica con que supo dominar su impetuosa voluntad.

Pasado el tiempo adquirí la relación que paso a narrar.

* *
*

A la época en que el Excmo. Sr. D. Melchor de Navarra y Rocafull, Príncipe de Mazza y Duque de la Palata, gobernaba el Perú como Virrey, por S. M. D. Felipe IV, la situación de la Imperial Villa de Potosí era bonancible y próspera como nunca. Ingentes riquezas, facilmente adquiridas, daban pábulo al contento y a los disturbios de su numerosa población.

Una aventajada figura, claro ingenio, audacia y dinero son, por cierto, dotes que conquistan para quienes las poseen campo vasto en el mundo, y de ellas se hallaba adornado D. Francisco Aguirre, eclesiástico que lucía su gallardía entre todos los moradores de la Villa, y cuyas galantes aventuras eran el pasto de frecuentes murmuraciones.

Decíase, especialmente—y ello era la verdad—que D. Francisco mantenía un ilícito consorcio con una dama, más notable por su linda cara que por su virtud. A tal punto llegó la cosa que, D. Francisco, olvidando sus deberes y corriendo un velo al decoro, acabó por hacer pública su deshonra, con grave escándalo del asustadizo vecindario.

[A manera de digresión, haremos notar de paso que en esos tiempos un sacerdote de vida *airada* era algo como un fenómeno por la rareza. Hemos alcanzado épocas *mejores* en que ya nada nos espanta].

Ni el peso de sus tremendos deberes, ni el desinteresado ruego de sus amigos, ni el bravío rumor de la vindicta pública, pudieron ahogar en su corazón la pasión frenética que le consumía. Todo fracasaba ante el amor sacrílego, exclusivo y ardiente que constituía su vida.

Y, perdóneseme otra digresión.

Al sacerdote que pone su planta en la rápida pendiente de la culpa no le es ya fácil detenerse, cae hasta el fondo del abismo que le fascina, con el estrépito y la furia del torrente, sin que haya dique que a sujetarlo baste.

Cuando el fuego impuro de una pasión terrena se apodera de un corazón que debiera ser el santuario de la virtud, donde brille la fecundante llama de un amor universal e infinito; cuando los fúljidos resplandores de la pureza que hermosean el alma humana son eclipsados por las negras sombras del pecado; no es ya el sacerdote, el ungido de Dios, el discípulo de Jesús, el que se os presenta; no es ya la *luz del mundo* que ilumina las sendas que la humanidad recorre; es la apagada antorcha de cuyas pavesas se desprende un denso humo que asfixia y mata.

¡Feliz el sacerdote que sabe conservar inmaculada la blanca estola, símbolo de su augusto carácter y de la pureza de su corazón!

* *
*

Aconteció a D. Francisco despertar cierta noche aturdido con los aterrantes gritos que lanzaba su infeliz manceba, acometida por uno de esos violentos *cólicos* que, en pocos instantes, abren para el doliente las puertas de la eternidad. Los esfuerzos de la ciencia y los cuidados solícitos de D. Francisco fueron inútiles para impedir el curso, cada vez más creciente, de la enfermedad.

El tibio resplandor de la aurora iluminó una angustiosa agonía y la muerte corría su funerario velo sobre la faz, horas antes tan hermosa, de esa mujer.

D. Francisco, velaba a la cabecera del lecho y, con tierno afán, estrechaba contra su seno el exánime cuerpo de la moribunda, como para disputar a la muerte su presa; pero todo era vano: las sombras de la tumba se abrían ya para la infeliz, cuya fatigosa y anhelante respiración parecía el eco de los suspiros con que el alma se desprendía de este mundo.

Ni el pavoroso espectáculo de una penosa agonía, lección terrible y eficaz que invita al arrepentimiento, pudo estremecer la adormecida conciencia del culpable sacerdote. Era menester un golpe más recio, un impulso sobrenatural, para arrancar de sus ojos la venda que los cegaba.

Perdida toda humana esperanza de alivio para su amada, ebrio y delirante de dolor, pensó impiamente que le era lícito pedir a Dios la

vida de esa mujer, y encaminándose al templo de S. Lorenzo, revestido con las sagradas vestiduras y en medio del sacrificio santo, alzó, con la vista fija en el Crucificado, su insensata plegaria, demandando la salud de su manceba.

De súbito, la augusta faz del Cristo, resplandeciente y llena de majestad, se inclinó sobre la frente de Aguirre; las miradas purísimas y dulces del Redentor revelaban una tierna compasión y el severo acento de su voz, moduló estas palabras: «*Sana tu alma que esa mujer sanará del cuerpo*», palabras de la divina piedad, tan sublimes como las dirigidas a la pecadora del Evangelio.

Aterrado Aguirre con tal visión se sintió sacudido como el árbol tronchado por el rayo: su rostro lívido, sus miembros agitados por temblor convulsivo denotaban el terror y el espanto: cayó postrado y, entre hondos gemidos y ahogados sollozos, pidió a Dios su perdón.

La gracia inundó el alma de Aguirre, quien desde aquel instante lavó su corazón en las aguas de la penitencia.

La efigie del Cristo, es conocida hoy con la advocación de *Señor del Milagro* y venerada en S. Lorenzo.

Creo que mis lectores no llevarán a mal que me detenga un instante a recordar algo que se refiera a la historia de Potosí.

La hermosa efigie de la Virgen de la Purificación que se venera en el templo de Jerusalén es ciertamente notable por su belleza y más notable todavía, a los ojos del pueblo, por la fama tradicional de sus muchos milagros. Se ignora su procedencia y tampoco se sabe quien fué el artífice que la esculpió. Ni don Antonio Acosta, ni Juan Sobrino, ni Juan Pasquier, ni el capitán Pedro Mendez—historiadores de Potosí—nos dan noticia alguna al respecto.

Según el primero, hácia el año 1623, Juan de Vidaurre, con una partida de 300 Vascongados, buscó refugio en un rancho de los arrabales de la parroquia de San Bernardo, huyendo de la tenaz persecución de una partida de Vicuñas, encabezada por D. Francisco Castillo. En el rancho, y bajo un pequeño corredor, se hallaba colocada en un nicho y pobremente adornada la imagen de que hablamos.

Reputando que su salvación era debida a la Virgen, intentó Vidaurre trasladarla a casa de Francisco de Oyanume, mientras se pudiera construir una capilla.

Pocos años después, arruinado el rancho, fué recogida la imagen por la piedad del yanacona Pedro Condori, quien obtuvo, tras un largo afán, que fuese levantada la primitiva iglesia de Jerusalén que se abrió al culto en 1661.

Tres o cuatro años más tarde, se fundó en torno de la iglesia la congregación de San Felipe Neri.

Hacia el año 1620, poco más o menos, disuelta la congregación, quedaron encargados del templo los presbíteros José de Escarsa y D. Nicolás de Oyanguren, cuyos cuidados no pudieron evitar la total destruc-

ción del edificio. D. Lorenzo de Luna, en 1699, hizo instancias para la reedificación del templo, que tomó a su cargo el Sr. D. Francisco Ortega. Se inició la obra en 1702 y quedó terminada en 1706, tal como hoy existe. [1]

*
* *

Quince años después del mamorable suceso que hemos referido, vivía D. Francisco en una apartada y solitaria casa de los alrededores de Jerusalén.

Habiendo repartido entre los pobres sus cuantiosos bienes, sepultado en su austero retiro, consagraba su tiempo al estudio y mortificaba su cuerpo con rigorosas penitencias. Un otro lienzo, que aun existe en la sacristía ya mencionada, lo representa en el féretro que, durante 22 años, le sirvió de lecho.

El corazón marchito y agostado por los ardores de una pasión terrena había recobrado la vida y la lozanía, al benéfico influjo de un sincero arrepentimiento.

Llamado a formar parte de los ocho congregantes que fundaron el Oratorio en esta ciudad, continuó en la humilde celda la obra de su perfección.

El sacerdote del Evangelio reemplazó al impetuoso amante y su palabra como sus actos denotaban la completa transformación operada por la gracia. Su santidad traspasó las paredes de la santa casa y resplandecía en el pueblo, el cual le amaba y veneraba.

Acostumbraba Aguirre permanecer orando en el templo hasta horas avanzadas de la noche, y, cuenta la tradición, que la indiscreta curiosidad de un religioso sorprendió el espectáculo admirable de ver al venerable sacerdote, arrodillado ante la grada del presbiterio, en un estático arrobamiento y la Virgen de que hemos hablado, rodeada de luz celestial, alternando con él las preces del Rosario.

Murió este varón insigne en 1688, dejando al pueblo la memoria de sus virtudes que ha sido fielmente conservada. El Jesuita Pedro López Pallares predicó su vida en varios días y escribió su historia, la cual por desgracia se ha perdido.

"Si este relato contiene.
Una lección singular
No se le debe *juzgar*
Creerlo es lo que conviene".

Potosí, Noviembre de 1880.

1,—Estos datos los debo a un precioso manuscrito de Bartolomé Martinez Vela, historiador de Potosí, manuscrito que, con su característica benevolencia, me lo prestó el Sr. M. M. Erazo, actual párroco de la Matriz.

DE L. F. MANZANO

El papelito de San Antonio

¡La abrazaba!.....¡la estrechaba contra mi corazón; y, enlazada mi mano con la suya, al dulcísimo contacto de mis labios con los suyos, parecíame el mundo estrecho recinto para tanta dicha y los celestes espacios figurábanseme muy pequeños para contener mi ardiente, mi inmensa, mi superlativa pasión!

Si era casi una mentira!—¡Ella!.....la desdeñosa, la cruél, convertida en paloma de tierno arrullo, en poético ángel de blonda cabellera, en dulce ilusión que disipaba las sombrías huellas del sufrimiento que surcaban mi abatida frente.

—Te amo, me decía con melífluo acento: yo soy para tí la flor que balancea su corola sobre la clara linfa del cristalino arroyo, la alondra del bosque, cuyas alas trémulas se sacuden al recuerdo de su amado, como la tórtola cuyo pecho tan solo para el amor palpita y cuyos trinos se alzan tan sólo para responder a las dolientes quejas de su cariñoso compañero.

—Luz de mi vida, mi serafín querido, te idolatro; postr.....

Y al llegar a este punto de mis deliquios, di un salto sobre mi cama, volví la cabeza con sorpresa, me esperecé un tanto y, frotando los ojos con el revés de ambas manos, topé con la simpática y burlona cara de mi excelente amigo y editor don Eutaquio Durán, que, de súbito, me despertó del agradabilísimo sueño que me tenía en el paraíso de Mahoma.

—¡Ah!.....¡Oh.....Eutaquio, tome U. asiento, ¿porqué diablos ha madrugado U. tanto, amigo? Quizá por ver el cometa.....

—Qué cometa, ni qué ocho cuartos. Vengo señor mío, por el trabajo que ofreció U. para el almanaque.* Son las diez de la mañana y me ha sorprendido no poco encontrarle todavía en los brazos de Morfeo.

—Entre otros brazos más bellos que los de ese *Amorfeo*, que U. dice, me hallaba, mi buen amigo; pero, en fin...¿Conque, el trabajito, eh?

—Sí, señor, me dijo U. que viniese temprano a recogerlo. En el pueblo hay ansia del almanaque, debo hacer *tira* de 125,000 ejemplares, tengo la letra *parada* y no es justo que U. me perjudique.

—Calma Eustaquio, calma: poco a poco se anda lejos; poco a poco es como hilaba la vieja el copo y con la paciencia se gana el cielo. El trabajito está ya hecho, solo que falta pensarlo, escribirlo é imprimirlo. Siéntese U., hombre de bien, fume U. un cigarrito y.....a propósito ¿qué tal es el zingani *legítimo* aquél, el del Nº 112 de la Calle Chuquisaca, zinganito al que U. le hace tantos elogios?

---

* El de 1882, año en el que se vió el hermoso cometa a que se refiere el autor.

—Quién se los hace será el bodeguero que lo vende. Mé figurara yo ser un consumidor del jugo de la vid para que U. me endilgue esa pregunta.

—Paz, paciencia, longanimidad, Eustaquio. Caramba que es U. más vivo de genio que la dinamita y más súbito que el trueno. Yo apostara.....

—¿Me dá U. el trabajito o no?

—Ya le diré yo a vuesa merced. Quisiera ser un Víctor Hugo, un Castelar, un San Juan Crisóstomo, un Homero, un Nerón, si le parece, para escribir unos cuantos garrapatos, sobre una tirita de papel, que le den a U. más oro que el papelito de San Antonio.

—¿Y qué era ese papelito de San Antonio?

—¡Oh *miserrima stultitia!* como dijo Chicharrón. ¿No sabe U., alma bendita, lo que pesaba el papelito de San Antonio?—Pues, oiga U. bien lo que le voy a contar y cáigase muerto.

Imagínese U. que allá por el año de 1,630,—U. y yo estaríamos pequeñitos por entonces—en un *altito* de desmántelada casa, en la calle de Copacabana, de esta empobrecida y antes opulenta Villa, pasaban una triste vida doña Juana Requelme, viuda quintañona, y su linda hija Julia.

Juliecita era una bella et asaz garrida muchacha. No diré yo que sus cabellos eran de azabache, ni sus labios de coral, ni sus dientes de marfil; no diré que era una sílfide, una ondina nacarada, ni un ángel bajado del cielo. Diré sí, como el otro, que era la niña una niña de carne y hueso; ¡pero de que *carne*; pero de que *hueso*!—Un fraile que la vió, santiguándose, exclamaba:

«A fé que esta tentación
«No la resistiera Judas.»

y los mocitos de fuste que aspiraban a tal prenda no cesaban de cantar:

«Cada vez que me acuerdo
«De tu hermosura
«Vuelve, morena, a darme
«La calentura.»

En honor de la verdad, digo a U. Eustaquio, que nada he hallado en las crónicas que pudiera empañar la limpia fama de la hermosa doncella. Aunque le parezca a U. inverosímil, puedo asegurar, como quién vió la cosa, que Julia ponía oidos de mercader a las engañosas palabras de la seducción y que ¡cosa más rara todavía! no hallaron eco en su pecho las fascinadoras resonancias del oro, ni las torpes insinuaciones del interés.

Con lo cual, y con la pobreza en que vivía, ya U. puede imaginarse que no abundaría en novios la cuitada.

Y la pobrecita, con fé en la Providencia, avanzada su paso en la espinosa senda de la vida, pidiendo a un trabajo tan penoso como improductivo, el pan cotidiano para sí y para su anciana madre.

—Lo que U. me cuenta es un verdadero *cuento*, me interrumpió Eustaquio, sacudiendo con el meñique la ceniza de su cigarro. Doncellitas huérfanas y pobres y virtuosas y que comen de su trabajo; he ahí lo que yo no he visto todavía sobre este pícaro mundo. Siempre me han parecido seres mitológicos las Tisbes, las Julietas, las Lucrecias castas y toda esa caterva de seres misteriosos que no sabían de la misa la media. *Rara avis in terria*, le digo yo a U. de esas heróinas del honor y de la virtud.

—Será lo que U. quiera; pero, cuento o verdad, Julia era una muchacha tal como se la pinto.

Cuando le decía yo a U. que la niña no tenía novios, me olvidaba que un mocetón como un pino, llamado Francisco Delgado, no tan delgado como su apellido, por malas artes, sin duda, logró ser el dulce imán del amoroso pensamiento de Julia; pero, el maldito se había adelantado a su tiempo y era más *positivista* que el siglo XIX. Amaba la riqueza y pensaba que el *matrimonio es oro*, axioma favorito en los días nuestros, para gentes que cifran la felicidad en los talegos.

Así, ya se explica que Julia para él tenía los siete pecados capitales, resumidos en uno sólo, la pobreza, y que de la infelíz muchacha se apartaba como de la viruela o del cólera morbo.

La Señora Juana veía que su Julia, su tesoro, su corazón, sufría la honda pena de su ilusión desvanecida: la veía padecer con silenciosa resignación el tormento atroz de un amor sin esperanza, y todo por falta de un dote con que ablandar el pecho de Francisco, más duro que piedra berroqueña.

¿Qué no hará una madre por la felicidad de su hija?

Tras largo pensar, adoptó Juana una resolución, cuya sola idea hacía asomar a sus mejillas el carmín de la vergüenza; pero, sostenida por el vigor de un elevado sentimiento, no vaciló ya: tomó su raída verónica y salió un día a realizar ese proyecto en el que se hallaba interesada la suerte de Julia.

En la tortuosa y angosta, al par que concurrida calle de los Mercaderes, frente a la iglesia de San Agustín, tenía su tienda de géneros ultramarinos don Baltasar de Urrutia, manchego solterón, que había logrado reunir un caudalejo, avaluado en medio millón de pesos.

La fama de bueno y caritativo de que gozaba don Baltasar era extrema: de manera que no anduvo desacertada Doña Juana en ocurrir a él en demanda de una pequeña limosna que pudiera bastar para dote de su hija y para su contentamiento del plutólatra Francisco.

Pero, amigo, es cosa que asombra la fatalidad con que nacen algunos.

El bonísimo D. Baltasar estaba agriado por una leve contradic-

ción en el momento en que doña Juana pidió la limosna. En vez de darle unos ochavos siquiera, despidió a la acongojada madre con cajas destempladas.

Agitada por el desaire, cubierta su faz de vergüenza, creyó doña Juana que su única esperanza debía cifrarse en Dios.

Entretanto, Julia, a su vez, pedía limosna, no a los hombres, cuya mano se cierra a veces al clamor de la miseria, sino a San Antonio, santo milagrero y, sobre todo acérrimo partidario del matrimonio y repartidor singular de novios.

Postrada en el templo de Santa Bárbara, ante la imagen del Santo, le pedía remedio a sus males, en sentida plegaria, cuyo relato omito para no pecar de....

—Ah! sí; pediría al Santo lo que le piden todas las mujeres, en esta copla.

San Antonio bendito,
Tres cosas pido,
Salvación y dinero
Y un buen marido".

—Justamente eso pedía Julia.

El santo, que gusta de conversar con la gente buena y sencilla, consoló a Julia y la aseguró que Francisco, mal que le cuadrase, sería su esposo. Esto diciendo, dejó deslizar de la ancha manga de su hábito un pedazo de papel, con recomendación de que doña Juana lo enviara a don Baltasar Urrutia.

Juntas madre e hija, refirió esta lo que había sucedido en la iglesia. Doña Juana, escuchando en el relato el nombre de don Baltasar, dió un respingo. Pero, al fin y a la postre, se convino en que el papelito sería enviado por medio de una buena vecina que, gustosamente, se prestó al servicio.

En el papel estaba escrito lo siguiente: «doña Juana Requelme pide a U. de limosna lo que pese este papelito».

Cuando leyó la esquela D. Baltasar, hallábase en agradable charla con varios de sus amigos, comerciantes como él. Un tanto asombrado de la estrafalaria petición la comunicó a sus contertulios y todos hicieron chacota y algazara, persuadidos de que el papel no pesaría un grano.

Puesta la balanza y echado el papel en uno de sus platillos fué este arrastrado hasta tocar con el mostrador. En el otro platillo arrojó don Baltasar medio real de plata y permaneció inmóvil la balanza. Otro indivíduo arrojó un real y la balanza permanecía inmóvil. Estupefactos con tal maravilla pusieron en el platillo hasta tres pesos en plata sin obtener que se incline. Comenzaron con el oro: cuatro, diez, veinte onzas y la balanza inmóvil; parecía que el arcángel San Miguel retenía con su planta el papelito tenaz.

Quinientas onzas de oro fueron necesarias para equilibrar los platillos de la balanza, cantidad que fué entregada a la portadora del papel, con asombro de D. Baltasar y sus dadivosos amigos.

Ya se esplicará U., Eustaquio, que con ese dote Julia dejó de ser soltera y que Doña Juana vió acrecentada en breve su familia, disfrutando del beneficio de San Antouio.

Si U. no cree lo que le he referido, ahí está el cuadrito que recuerda el suceso, en la iglesia de Santa Bárbara.

—Pero bien, señor, U. ha tocado el violón, en vez de darme el material que vine a pedirle.

—Amigo, venga V. por él mañana: que lo que es hoy, me hallo fatigado.

DE L. F. MANZANO

¡QUE TIEMPOS!

I

Versiones, más o menos corrientes y antojadizas, acreditan que, si el Maestro de Campo don Antonio López de Quiroga, acaudalado vecino de esta Villa, no era inglés ni mucho menos, sus barruntos tenía de escéntrico, con puntas de estrafalario *sui géneris*.

Y, para comprobar tamaño aserto, traigo aquí en la manga, venidas al caso, como pedrada en ojo de boticario, dos especies de la vida de tan buen señor, que me alampaba por sacarlas a luz y que ahora las desembucho, gracias a la coyuntura que para ello me ofrece el *Club Potosí*, en esta velada.

Pongo punto, y al grano.

II

Pero, antes de comenzar el relato, *principiemos por el principio*, como dice el autor de *El sombrero de tres picos;* quiero decir, conozcamos, ante todo, al señor don Antonio López de Quiroga.

No soy Rey de armas: por eso, no treparé por el tronco, ni me andaré por las ramas del árbol genealógico de don Antonio, para averiguar si la sangre de éste era de tal o cual color, o si su abolengo remontaba, por línea directa o trasversa, a un destripaterrones cualquiera o al rey Wamba en persona. Tampoco me detendré en desenmarañar el enredo de si el patronímico era *Quiroga*, como lo escriben las historias, o *Quiros*, como lo quiso la gratitud popular.

Basta para mi intento recordar que, como muchos de los buenos hidalgos españoles, dejó don Antonio su pueblo nativo en Galicia, y, al

mediar el año 1648, apareció por estos barrios, tan pobre como una rata, a buscar los tres medios por un real.

Y, tales trazas se dió su ingenio, y tan mañero y prudente fué que, mercader de plata primero, azoguero en la *Ribera* después y, muy luego, propietario de las labores de *Centeno, Candelaria, Amoladera, y Cotamito* de este Cerro Rico; poseedor de minas en Lípez, Oruro, Aullagas y Puno; alcanzó una fortuna tan colosal, como la que para mí y para vosotros deseo. Amén.

En lo demás, cristiano rancio y bueno a carta cabal, era don Antonio de esos hombres que llevan el corazón en la mano y la mano a descubierto.

Creo haber manifestado, «satisfactoriamente, mi erudición y competencia histórica», aunque me esté mal el decirlo. Tiempo es ya de entrar en materia y de probar el primer punto de mi tesis.

III

Lucrativo, casi tanto como el laboreo de minas, era por entonces el tragín de comercio en esta Villa, la cual, apesar de su rígido clima y de su apartamiento de la costa, tenía abundantemente abastecidos sus mercados, de cuanto apetecer pudiera el más refinado sibarita.

Incitado por el cebo de una sabrosa ganancia, y aprovechando de la feliz disposición que de favorecerle tenía un tío de marras, Pedro Flores de León constituyó en Lima un capitalejo de seis mil pesos, lo invirtió en mercaderías y se vino a sacar la tripa de mal año.

Con pie derecho llegaría sin duda el mancebo y el negocio iría con tal viento en popa que, ocho días después de su permanencia en un tenducho de la plazuela del Gato, no tenía Pedro un mal trapo que vender y gozoso contaba y recontaba los cuatro mil pesos de ganancia líquida, amén de los seis mil del primitivo capital.

Pero es cosa decidida: a este mundo torcido unos vienen con estrella y otros caen en él estrellados, y mucha verdad encierra el refrán que dice: del bién al mal no hay el canto de un real, y, donde menos se piensa le salta a uno la liebre, digo, una mala tentación.

Aparte de que el buen Perico era poseedor de un coramvobis no ruín, de veinte y seis años escasos y de un geniecillo retozón y travieso, de mucho zarandeo y mucho barullo, no le faltaron tampoco en ésta los amigotes que a ningún quisque le faltan para su ruina y perdición. En compañía de los tales, prontos siempre a pescar sin caña, visitó nuestro hombre los principales garitos de la Imperial Villa. Fascinado, miraba en ellos los golpes de la fortuna ciega, y se maravillaba con aquello de que, a vueltas de una baraja, quidam había que en una noche se *sellaba* sus cincuenta mil pesos.

Pedro tenía fiebre, la sangre le urgaba y, como quién no repara en ella, *talló* unos cien pesos a cierto palo del naipe condenado y perdió; pero, lo del desquite vino,—maldecido él,--y Perico fué *tallando, tallando y talló* tanto que, al amanecer, quedó sin una blanca y con mil negras penas en el alma.

Pasado el primer momento de estupor, fácil es juzgar la desesperación que se apoderó de Perico. Habló de hacer y acontecer, de colgarse o de tomar una disolución de fósforos y de qué se yo cuantas barrabasadas más.

Y, a fe que tenía razón, porque la negra honrilla andaba comprometida, a causa del tío de marras, que le había prestado el capitalito de seis mil pesos.

En tales atrenzos andaba el hombre, cuando caritativas almas hallaron el expediente de recurrir a Quiroga para remediar las cuitas del atribulado Pedro. Instáronle que fuese a ver al acaudalado azoguero.

Con fementido continente y con voz temblorosa habló el mancebo de su desgracia y no disimuló su pícara falta. Llegando a los estremos dijo a Quiroga:

—Después de Dios, Quiros. Fáltame Dios con su auxilio en mi apretado lance y a vuesa mercé ocurro para ver si es servido de prestarme los seis mil duros de que tengo necesidad; que yo, dentro de un año, en día como hoy, los pagaré: lo juro por mi santo patrono.

—A dicha tendré serviros, mi señor y dueño, repuso el de Quiroga, y tendréis la friolera que pedís; pero, los tiempos andan perdidos, cuido de cautelar mis haberes y, al fin, somos mortales ¡Canario! Venga un fiador llano pagador y cargue usia con los seis mil pesos.

El alma de Pedro quedó parada con tal exigencia; pero, lo hemos dicho, el muchacho tenía mucho *intríngulis* y, sin parecer desconcertado, contestó:

—¡Malaventurado de mí, señor don Antonio! Y ¿a donde quiere vuesa mercé que busque un fiador, tras la buena muestra que de mí he dado? Más, si a todo trance me pides uno, tal os le daré, y de tan buenas prendas, que no le diréis que no. Ahí tenéis mi fiador.

La mano del joven señalaba una imagen del Cristo crucificado, colocada en una de las mesas de la habitación.

—A mucha honra, exclamó Quiroga, poniéndose en pie y destocándose respetuosamente, acepto a tan buen fiador y trato hecho: a firmar el documento.

Llenadas las formalidades, don Antonio dobló el papel y lo puso bajo la peana de la Cruz. Pedro salió remediado.

Un año después, con retardo de cinco días, Pedro, que, con una vida laboriosa y honrada, había prosperado, se presentó a Quiroga, para pagar su deuda.

—Nada me debeis. El documento está cancelado y roto, le dijo Quiroga. Vuestro fiador procedió como quién es: el día que espiraba el plazo, me pagó la deuda con usura: en ese día corté la veta de Cotamito.

IV

Otra vez—y esta sí es gorda—como oyese misa el señor don Antonio en la capilla por entonces consagrada al Santo Cristo de la Vera Cruz, acaeció que un al parecer forastero llegase junto a él. Al salir ambos del templo, acercósele el forastero a don Antonio, que, con calzón y zamarra de bayeta y con toscos zapatos enchancletado, presentaba humildísima apariencia.

—Voto tengo hecho, le dijo el hombre, durante la misa que de celebrarse acaba, de dar una limosna al primer pobre, con quien encontrara al salir, a fin de que Dios me socorra en un grave mal que padezco. Tome, pues, hermano, este peso duro y alivie su necesidad, como pido a Dios alivie la mía.

Don Antonio sin turbarse aceptó la moneda y la besó diciendo:

—Dios se la pague, Señor, la caridad que conmigo hace. Vuelva a su posada que Dios sacará a usted con bien de sus cuidados.

En la tarde de ese día.....

Pero, antes de irme de largo, debo decir quién era el rumboso protector de don Antonio y cuales las cuitas que devoraban su corazón.

Martín Concha, hacendado, en el valle de Cinti, trajo para negociar en esta Villa, buenos quintales de vino, cuyo precio era entonces exhorbitante; pero, al abrir los botijones se encontró con que el pícaro vino se había *torcido;* con lo que la nube de compradores se desvaneció en un instante.

Tal era el hombre y tales las congojas que le traían caritriste.

Iba diciendo que, en la tarde de ese día, aproximóse a la estancia de Martín, un al parecer muy guapo señor, que expresó querer comprar el vino. Concienzudamente reveló Martín que el jugo de la vid se había convertido en vinagre y rejalgar de lo fino. Como el señor insistiese en probarlo, fué necesario darle gusto y, con maravilla de Martín, el marchante halló el vino esquisito, ponderó su excelencia y lo compró al precio de quinientos pesos el quintal, a toca teja y plata contante.

Martín creyó en la eficacia de su limosna, que le había valido un milagro no flojo del Señor de la Vera Cruz.

Aun no le había vuelto el alma al cuerpo, cuando recibió un recado del comprador del vino, rogándole que se sirviese aceptar la sopa y tomar en grata compañía algunas copas del generoso vino.

Entre temeroso y confiado, aceptó Martín el convite; pero, cual su asombro cuando en el anfitrión reconoció, no al comprador, sinó al mismísimo mendigo de la mañana, que le fué presentado con el célebre nombre del Maestre de Campo don Antonio López de Quiroga. Creyó Martín,—y lo mismo hubiera creido yo,—que el *macuquino* de la limosna iba a valerle una paliza de padre y muy señor mío. ¡Jesús! que cosas pasan a veces, que ni para contadas ni escritas son.

Don Antonio agasajó a su huésped, le trató a cuerpo de rey, y cuando Martín comió hasta tocarlo con el dedo, oyó estas palabras de don Antonio.

—Dios, nuestro señor, es quién da bienes y los quita, y el hombre por las buenas obras inclina la bondad divina en su favor. El que prometió recompensar el vaso de agua dado en su nombre, ha premiado la buena acción que su mercé hizo conmigo. Y, para que no se diga que Antonio López de Quiroga fué vencido a generoso, acepte, hermano, esos diez talegos, que con el alma y la vida le ofrezco.

¡Qué lástima, digo yo, que no vivan en estos tiempos de pigricia y de papel de manteca unos seis Quirogas siquiera!

V

Un parrafillo más, para comprobar mi *vasta erudición* histórica, y concluyo.

Gobernaba en estos reinos, por S. M. D. Carlos II, el Excmo. señor don Melchor Portocarrero, Lazo de la Vega, Conde de la Monclova, Comendador de la Zarza, en el Orden y caballería de Alcántara, del Consejo de Guerra de S. M. y Junta de guerra de Indias, como Virrey, Lugarteniente, Gobernador y Capitán General del Perú, Tierra firme, Chile, etc.

Gobernaba la Villa, como vigésimo cuarto Corregidor de ella, don Fernando de Torres Mexía, Conde de Velayos, de la orden de Calatrava.

En el año mismo, en que, a causa de sus maldades, capitularon al de Velayos; es decir, a mediados de abril de 1699, murió don Antonio López de Quiroga, a los 109 años de edad, costando su entierro la porquería de diez mil pesos. He tenido ocasión de ver su testamento y, aunque en él no se expresa la magnitud de su riqueza, puede juzgarse de ella por las cuantiosas mandas que dejó. Dió a las Cajas Reales 23.000,000 de pesos ensayados, por derechos de quintos, suma que corresponde a un principal de 115.000,000 de pesos.

Al considerar tan esquisito y grueso *turrón* chorrea agua de la boca de todo prógimo, aunque tenga el alma de piedra de cantería. (1)

Potosí, septiembre 16 de 1886.

1.—Sobre este mismo tema han sido escritas las siguientes tradiciones:
Después de Dios Quiros, por Ricardo Palma.
El robo de los cabos de vela, y
De cómo un Santo Cristo fué fiador y llano pagador, por José M. Aponte.

FR. VICENTE VERNEDO

DE L. F. MANZANO

De viejos papeles consta y aparece: que, por Noviembre de 1601, vino a esta Imperial Villa Fray Vicente Vernedo, natural de Extremadura, en los reinos de España y lego profeso en la Orden Dominicana; consta, así mismo, que fué un varón eminente en virtudes, a quien sus contemporáneos sobrenombraron *el Venerable Siervo de Dios;* item, consta que después de diez y ocho años, pasados en austera vida, murió en Febrero de 1619. También consta (y vaya si con las *constancias* ya voy siendo molido), también consta, no por papeles sinó por *vista de ojos* (perdonen Uds. el estilo; soy abogado), que mucha gente no cesa de hurgar, en busca de reliquias, cierto nicho del cementerio de S. Bernardo, en el que falsamente se creen depositados los restos de Fr. Vicente. Y el testimonio público de todo el vecindario comprueba, «en la más legal y cabal forma de derecho», que, desde luenga fecha es tenido por santo (Fr. Vicente, no el derecho, ni el vecindario) y se le atribuyen milagros, muchos de los cuales ¡caramba!.....vamos.....me hacen tilín. De ellos, como el predicador de marras que empezó su sermón con estas palabras: «Si es cierto, cristianos, lo que asegura el Espíritu Santo», puedo a mi vez, decir: si es cierto lo que aseguran los cronistas e historiadores, he aquí algunos de los susodichos milagros, que no son flojos, que digamos.

Acompañaba un día Fr. Vicente a su Paternidad el R. Prior del Convento y juntos pasaban por la plaza del Regocijo, bajo cuyos portales hacía de las suyas la gente de justicia. De súbito ¡já! ¡já! ¡já! prorrumpe el lego en estrepitosa carcajada, escandalizando al superior con acto tan ageno a la índole del buen Fr. Vicente y tan extraño a su grave continente.

De regreso en el Convento, su Paternidad, no poco enfadada, preguntó al cuitado lego la causa de su hilaridad, tan fuera de propósito. La investigación era apremiante y no daba lugar a *peros* ni lilailas, por que exigía veraz respuesta, en virtud de *santa obediencia.*

—He pecado gravemente, Padre mío, balbuceó el angustiado Fr. Vicente; he pecado, y de rodillas invoco vuestro perdón. Cuando cruzábamos la plaza mayor, en mal hora, alcé los ojos y ví que, en las puertas de las escribanías, del cabildo y de los juzgados, se arremolinaban los demonios, entrando y saliendo con tal prisa y afán que, empujándose unos a otros, caían muchos, haciendo tan graciosos arlequines y tan ridículos visajes que no estuvo en mí contener la risa que me retozaba en el cuerpo.....y.....pequé, Padre mío, dadme vuestro perdón.

—Hágole saber al hermano Vicente, repuso el Prior (ya en apacible tono, pues en el relato entrevió un milagro no chico), que esos de monios que, por misericordia divina, alcanzó a ver, significan que en la curia anda suelto el diablo, sin que haya quién le ate corto; que no siempre es la espada de la ley la que arrastra los platillos de la balanza que en sus manos tiene la Justicia, y a esta buena diosa le ponen una venda en los ojos, a fin de que viendo algunas trapisondas no lance una carcajada tan ruidosa, como la que lanzó el hermano; significan, le digo, finalmente, que pleiteantes y pleitistas buscan tres pies al gato cuando tiene cuatro, y, de *proceso* en *proceso* y de Herodes a Pilatos, van a dar, poco a poco, en las calderas de Pero Botero, de cuyas garras a mí y al hermano nos libre Dios. Amén.

Y vá por esta segunda de diablos.

Con piadoso fervor ayudaba una misa en Santo Domingo el H. Vicente, cuando, en el momento solemne de la consagración, lanzó otra vez una homérica carcajada, que de veras asustó a la devota gente que asistía a la misa. Tentado estuvo el oficiante a tirar la patena sobre la cabeza del irreverente lego; pero, se contuvo y mascó saliva. Acabada la misa, con aire furibundo y mirada de basilisco, exigió el celebrante a fray Vicente que, *tacto pectore*, le dijese el motivo de su insolente carcajada.

Turulato fray Vicente, respondió:

—Cómo no había de reir, Padre, cuando ví que dos mozas del pueblo, retrecheras y salerosas para más señas, en vez de oir atenta y piadosamente la misa, se distraían con pensamientos profanos y con otras quimeras, más o menos pecaminosas, y el diablo de pie tras ellas anotaba en un pergamino los pecadillos de intención que ellas cometían. No bastando el pergamino para las anotaciones, trató el diablo de estirarlo; para lo cual, lo cogió con entrambas manos y por el borde superior lo asió con los dientes: hizo un esfuerzo, el pergamino se rompió, dos dientes del diablo también se rompieron, y el Patudo, aturdido y doliente, dió de espaldas en tierra, de un modo que.....vuelvo a reir, al recuerdo de tan grotesca escena.

—En verdad te digo, hermano, que singulares prodigios realiza la ommipotencia divina en tu favor. Grande lección es esa que se encierra en tu visión; porque ahora las hay y habrá de ellas siempre, *usque ad consumationem sœculi*, beatas hipócritas que van al templo no para rezar, sino para.....(Dios ponga un tiento en mi boca, hermano). Días llegarán en los que, para apuntar pecados femeniles, empleará el diablo, ya no pergamino, ni libro de memorias, sino papel contínuo y un estenógrafo *dinamomagneto-eléctrico*, que inventará un tal Edisson, diablillo hábil que el infierno guarda en infusión. Y con todo eso, y con todas sus mañas, paréceme que Carrampempe saldrá pifiado; porque

"Si la mar fuera de tinta,
Y los cielos de pepel,
Y los peces escribanos,
Y escribieran con mil manos,
No dijeran en cien años
La maldad de una mujer".

Cero.....y van dos.

El tercer milagro que se me viene a las mientes es el que voy a referir con sus pelos y señales.

Mandaron a fray Vicente sus superiores, en cierta ocasión, que comprase una *petaca* de azúcar, y el muy sinvergüenza del *pulpero* a quién ocurrió, digno precursor de los que hoy venden achicorias por café, crestas de gallos en conserva, sardinas de cartón y otras porquerías; de los que pervierten el vino y el chocolate hasta hacerlos *adúlteros*, ese tal, digo, abusó de la candidez del marchante y lo *clavó* con una azúcar más sucia y negra que el alma de Judas.

Atufado de cólera el Prior, reprendió al lego por su bobería y, con una risita de conejo y con un retintín capaz de reventar a un caballo, le dijo: Merecía el hermano que le obligásemos a lavar y refinar esos carbones o pedruscos que ha recibido por azúcar. Tomó fray Vicente a la letra el irónico consejo del Pater y, pacientemente púsose a lavar el azúcar en una pila del convento, pila cuyos restos se muestran todavía. Con grandísimo asombro de los conventuales, el azúcar lavada y puesta a secar en limpios manteles, era, sí señor, azúcar blanca y cristalizada, azúcar de Candía o cosa mejor.

Cachaza, buen lector, que aun queda el rabo por desollar.

Preparaban los dominicanos monumental jolgorio para el 4 de agosto, fiesta de su Santo Fundador, y para tal ocasión fué envíado fray Vicente a las próximas comarcas de Puna, Chaquí y Miculpaya en busca de los bastimentos y vituallas de cocina, como son: cerdos, conejos, pavos y gallinas. Hechas las compras ¿cómo dirán Uds. que se las compuso fray Vicente para trasportar sus abundantes provisiones? Pues, nada. Rogó a los animalitos que se vinieran, *pedibus* andando, hasta el convento, y los animalitos, sin desvíar de rumbo, se vinieron por delante de su conductor y entraron por estas calles, muy alineaditos y en formación, dando asombro a nuestros timoratos abuelos y ocasionándoles serios patatuses.

Y aquí noto yo que milagros de esta laya nos convendrían en estos calamitosos tiempos, en los que animalitos conozco de varias castas que harto bien necesitan quién los discipline y los ponga de viga derecha,

Me parece que, por hoy, demos por fenecido el asunto; pues con agua parada no muele molino, y, bonitos estamos para hacer caso de milagros, que no sean v. gr. un filón de oro, o una *minita de rosicler*.

Pero, no será bueno dejar en el tintero el soneto que, a la muerte de Vernedo, compuso un versificador de aquellos tiempos, el cual soneto, *ad pedem literæ* copiado de Martinez y Vela, dice así:

"Vivir entre la llama y no quemarse,
Respirar en el fuego y no encenderse,
Prodigio es, más ha llegado a verse;
Milagro, pero ya llegó a tocarse.
Fuego es la plata, pues sin abrasarse
La miraron muy pocos, que el tenerse
Brasas son en el seno, para arderse
Que sin quemar no llegan a guardarse.
Tres heróicos mancebos evadirse
Del de Babel pudieron sin perderse
Viviendo en el ardor sin consumirse.
Y el gran Vernedo pudo sin vencerse
En Potosí, a su plata resistirse:
Mira, si puede más encarecerse". (1)

Agosto de 1893.

DE L. F. MANZANO

EL TORO CCHOCÑI [2]

Aficion especial, de nuestros conquistadores heredada, tenemos en Potosí a las corridas de toros que en las tardes del domingo y lunes de Carnaval, deleitan y solazan al pueblo *soberano*, con los lances y percances, rara vez desgraciados, que ofrecen. Pero, como lo que no acontece en un año sucede en un rato, ocurrió en cierta ocasión que la fiesta tuvo fin funesto, que la alegría trocóse en duelo y las risas se tornaron en llanto.

Y de tan lamentable suceso quiero darte puntos y señales, querido lector. Con tu vénia, me siento y..... a enhebrar la aguja.

Cubierta de seda y oro,
Y guarnecida de damas,
Está la plaza de Gélvez,
Sus terrados y ventanas,
(Romance morisco).

1 Sobre este mismo tema está escrita la tradición titulada: FRAY BERNEDO, por don Manuel J. Camacho. *Nota del Autor.*
2. Lagañoso.

El domingo de Carnaval de 1776 la Plaza del Regocijo de la Imperial Villa, cerradas sus bocacalles con fuertes *trincheras*, repleta de inmenso gentío, tenía un animado y pintoresco aspecto. En los balcones de las casas que la circundan lucían las aristócratas damas su gentileza y hermosura, al par que deslumbraban con sus vestidos de tisú y brocado, realzados de perlas y diamantes, y con el brillo de sus costosas joyas. En los *tablados* se apiñaban las *cholas*, ostentando sus airosas *polleras* de seda o terciopelo de vistosos colores, adornadas con *tirambas* resplandecientes de pedrería; sus mantas de espumilla, sus sonbreros, rícamente guarnecidos, sus chapines bordados con aljófar y sus encarnadas medias del *Pajarito*.

En el recinto del coso, mejor diríamos, sobre la arena misma del improvisado anfiteatro, pululaba la turba de *cholos e indios*, de entre los cuales saldrían oportunamente los guapos mozos que habían de lidiar a los toros. Grupos de jóvenes y apuestos jinetes cruzaban en diversas direcciones, luciendo el brío y los escarceos de los caballos, esperando el momento de manifestar su habilidad en el juego de la *sortija*.

¡Pero, quién podrá contar
Los daños de solo un día?
Más fácil contar sería
Las arenas de la mar.

[Anónimo].

Sonó las cuatro la campana del reloj del Cabildo, la muchedumbre se puso en ajitado movimiento, el estrépito de cajas y clarines anunció que la corrida iba a empezar. Todas las miradas estaban fijas en el toril, cuyas puertas, de súbito abiertas, dejaron franco el paso a un corpulento toro, de linda estampa, pero de fiero aspecto. Ancha *tarja* de cincelada plata brillaba en el testuz del animal; verde *enjalma* de *damasco* cubría su torso y lucientes *patacones* salpicaban lo restante de su aterciopelada piel. La fiera miró un momento el semicírculo que a su frente sus adversarios formaban, bramó rabiosa, escarbó el suelo con sus pies y lanzándose como una saeta cogió a un menestral que la llamaba con su poncho, arrojándole sin vida sobre el empedrado de la plaza.

Desde ese instante, y conociendo la braveza del animal, todos se pusieron a cobro. El toro asomó a la parte en que hoy se halla la casa de Justicia: las piedras que le asestaban desde la barrera y los chuzos o *garrochas* con que le herían los mozos de los tablados encendieron más su furia; arremetió entonces a uno de estos y porfió tanto que llegó a desbarajustar la palizada: hundióse el tablado con estrépito, aplastando a la gente que debajo estaba; cundió el espanto en toda la fila de los tablados, y, como estos estuviesen ligados unos con otros, el hundimiento y derrumbe fué rápido y general. Hombres y mujeres, aplastados los unos, heridos los otros, y todos presa del pánico más espantoso,

prorrumpían en quejas y alaridos que entristecían el corazón. En tanto, la fiera, por entre los derrumbados tablados, hundía sus mortíferas astas en esa masa humana que allí se retorcía, sin poder huir ni defenderse.

¡Espectáculo de horror el de esa muchedumbre que, inerme y sin protección ni auxilio se hallaba entregada a la furia del feroz animal!— El arroyo fatídico que corrió por la calle de Santo Domingo, espantosa mezcla de sangre y del fermentado licor de maiz, era el más elocuente testimonio de la magnitud de la desgracia.

"Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza;
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar en la plaza
Un bizarro caballero".

Moratin

De súbito, por la esquina del Gato, aparece un apuesto y gallardo mancebo, montado en brioso alazán: corre al galope en busca del toro; le llama con capa de paño encarnado; le aparta del sitio sangriento y, con diestra mano, rige a su caballo, y capéa y burla hábilmente a la fiera, y luego se lanza, en vertiginosa carrera por la referida calle de Santo Domingo: el toro va en su seguimiento como una centella e iba ya a coger a su adversario; pero, éste gira velózmente sobre la estrecha y pendiente calle (hoy conocida con el nombre de Calle Constitución), cuyo declive ofrecía mayor riesgo al valiente jinete. Ante la inminencia del peligro, vuelve brúscamente y se afronta al toro, espada en mano; se afirma en los estribos y, rifando el todo por el todo, cuando la fiera se encoje y baja la cabeza para herir con empuje, recibe en el testuz la estocada del arrojado mozo y cae muerta. Toto acaeció en menos tiempo del que empleamos para contarlo.

El audaz y gentil mancebo era criollo potosino, hijo de padres vascongados, y se llamaba D. Juan Martín de Aróstegui.

Desde entonces la callejuela se hizo memorable y tomó el nombre de Aróstegui. Una tosca pintura, hecha en una pared, recordaba, hasta hace pocos años, la temeraria y feliz hazaña. Bien haría nuestro Ayuntamiento en hacer pintar de nuevo este sucedido tradicional, que no debiera sepultarse en el olvido.

Con lo cual, lector.....*¡Laus Deo!*

Abur.....me voy de paseo.

Potosí, Marzo de 1893.

EL MOZO DE LA OTRA VIDA

TRADICION

AL SR. DR. D. MODESTO OMISTE

DE L. F, MANZANO

Si non e vero e ben trovato.

Entre las numerosísimas leyendas que graves historiadores de Potosí nos han legado, fantásticas algunas, inverosímiles muchas y casi todas salpimentadas de almas en pena, de brujas y de diablos, como reflejo de las creencias supersticiosas de esos tiempos, una que otra interesa gratamente al lector curioso, que, en el fondo de un increible relato, halla propuesta una enseñanza moral, una filosofía *sui géneris* que, bajo el velo de lo fabuloso, encierra alguna verdad práctica.

A mi entender, lo que voy a referir—traslado fiel de los Anales de la Villa—es una leyenda que da percepción sensible de la conciencia, inexorable juez de los actos humanos, ley de equilibrio moral del alma y cruel tormento del corazón, cuando el hombre delinque.

Allá va ello.

Enrique de Lizuela frisaba en los treinta años de su edad. De hermosas facciones y de gallarda apostura, habría podido ser lo que se llama un *buen mozo;* mas, la palidez cadavérica de su rostro, el hundimiento de sus apagados ojos, la demacración suma de su cuerpo, el andar incierto y el aire receloso, todo en él revelaba las patentes huellas de un atroz sufrimiento.

Huraño en el trato, esquivaba la conversación, y rara vez se le vió en parajes concurridos. En una mezquina habitación del solitario barrio de Jerusalén tenía su morada y de ella apenas salía al Cerro, en cuyas minas trabajaba como dependiente subalterno. De condición humilde, de ánimo apacible, presto a la fatigosa labor, atento y comedido, era apreciado por su patrón y por cuantos con él trabajaban.

Tál se le conoció en esta Villa por largo tiempo, sin que nadie hubiese podido inquirir la causa de su abatimiento, ni penetrar su recóndito y misterioso secreto.

Alegres repicaban las campanas de las veinte iglesias de la Villa; el vecindario se vestía con lo mejorcito de los roperos; porque ese día,—15 de Agosto de 1638,—se festejaba el tránsito de la Virgen a los cielos.

En el templo de La Merced se oficiaba misa solemne, a la que, en apartado lugar, asistía Enrique, orando fervorosamente. Al alzarse la hostia consagrada, arrojó de pronto un grito aterrador: se le vió por

un momento trémulo, con la vista fija hacia un costado y, por fin, inmóvil y sumido en profundo desmayo.

Acudió asustada la gente, retiraron al joven y le llevaron al hospital, donde, recobrados los sentidos, refirió lo que le había acaecido y el misterio de su existencia.

—«Soy un gran criminal,—empezó diciendo,—yo violé las leyes divinas y humanas con un asesinato aleve, por el que Dios me ha castigado horriblemente durante doce años. Sabed, todos, que yo tenía un amigo a quien amaba entrañablemente, siendo por él igualmente amado. Nacidos ambos en la ciudad de Toro, de Castilla la Vieja; unidos desde la infancia, llegamos a ser una sola alma y un solo corazón.

«Andando los tiempos, la pobreza de nuestras familias y el deseo de correr mundo nos concertaron para abandonar la tierra natal. Nos embarcamos en Cádiz, llevando para las costas del viaje nuestros pequeños haberes: abordamos en la Nueva España; visitamos Méjico, la gran capital de Moctezuma y, no hallando lucrativo empleo, nos propusimos bajar al Cuzco, floreciente y rica metrópoli del imperio de los Incas. Hasta entonces, ni una leve nube empañó el cielo purísimo de nuestra amistad, ni la más pequeña sombra se interpuso en nuestro cariño. En el afán de buscar fortuna, oimos hablar de las fabulosas riquezas de Potosí y vinimos a ella. En el camino, cerca de Chucuito, junto a los esparcidos ranchos de una aldea, nos albergamos una tarde, cansados y extenuados por el hambre; nuestros dineros se agotaron en los largos viajes, habíamos malvendido las mejores prendas de nuestros vestidos, nada teníamos con qué pagar nuestro sustento.

«En tal situación, Rodrigo Bustos, que así se llamaba mi amigo, fatigado por el cansancio de la jornada se durmió: en uno de esos movimientos involuntarios del que se siente aquejado por una pesadilla se desprendió de su seno un pequeño lío; curioso palpé el envoltorio que sentí que contenía siete sortijas y varias monedas. Un relámpago de indignación ofuscó mi mente; la rabia se apoderó de mi corazón; porque me veía traicionado por el ruín amigo que, avaro, ocultaba joyas y dinero cuando la necesidad nos estrechaba, cuando generosamente había yo gastado cuanto tenía; al impulso rápido de un ciego frenesí, eché mano al puñal y lo hundí por tres veces en el pecho desleal que me había ofendido. Así fué muerto por mis airadas manos mi compañero y amigo.

«Sobrevino en mí muy luego una violenta reacción: a la ira sucedió el arrepentimiento, a la rabia mi dolor. Estrechando entre mis brazos el yerto cadáver, lo empapé con mi llanto y así pasé la noche, desesperado y loco, de quebranto. A los primeros tintes de la aurora, el instinto de conservación y el deseo de cubrir mi delito a los ojos del mundo, me dieron fuerzas para sepultar a mi víctima, y, en seguida, proseguí el viaje. ¡Me estremezco y tiemblo al sólo recordarlo! El alma, la sombra misma de Rodrigo andaba a mi lado y, desde ese día, ni un ins-

tante se ha apartado de mi el fatídico espectro. Aun le veo, fija en mí su triste mirada, mudos sus labios, pero que parecían decirme: «Cain, Cain ¿qué has hecho de tu hermano Abel?» Pérfido, ¿así rompiste los santos lazos de la amistad que nos unía? ¿Cómo pudiste, perverso amigo, dar fin a una existencia tan ligada con la tuya, destrozar el corazón que te amó tanto y mancharte con nla sangre de quién confiado dormía al amparo de tu cuidado?»

«¡Fantasma airado y silencioso que me perseguiste por todas partes, a quién veía aun en las espesas sombras de la noche, tú, me has atormentado cruelmente, has helado la sonrisa que a mis labios asomaba, has hecho de mi corazón un infierno y, lentamente, has minado mi existencia! ¡Descansa ya en la paz de Dios, sombra sangrienta!»

Desde que el arrepentimiento se despertó en mí, trabajé con tesón para obtener los sufragios que aliviasen el alma de Rodrigo y luego que reunía diez pesos mandaba celebrar una misa por su salvación. Doce años ha durado mi martirio; ya la vida se me consumía con el exceso de mis torturas; mas, loado sea el Señor, ha terminado mi expiación. Esta mañana, ví por última vez-la sombra de Rodrigo; sí, era él, transfigurado su rostro, rodeada su frente de luminosa aureola y que con dulce y amoroso acento me dijo: «Hoy he penetrado en la mansión de la eterna dicha, ya no estará mas a tu lado mi vengador espíritu. Adios».

Recobrando nueva vida, Enrique llegó a conseguir una gran fortuna con su trabajo y, al amor de un hogar feliz, halló dulces compensaciones a las amarguras de su existencia.

Potosí, Enero del 94.

DE L. F. MANZANO

COSAS PRETERITAS

Al Sr. Dr. D. Leocadio Trigo, hijo

Una sesión espiritista.

¿Quién dijera, quién pensara, quién imaginar pudiera, que, cuando más firme parecía yo estar en mi *escepticismo racional y absoluto*, cuando ya mucho tiempo hacía [cuidado si ha llovido desde que vine a este mundo fementido] que a mi mismo me tenía por un *sprit fort* superfino y quintaesenciado, cuando diablos y duendes, fantasmas, endriagos, vestiglos y *tutti quanti* eran para mí tortas y papel pintado, cuando.....¡oh inenarrable prodigio! de la noche a la mañana, por arte de birli birloque, me viese convertido en un Merlín o en un Mésmer, con todas sus mañas? Digo, señor, que por raras y recónditas veredas, por sendas ocultas, acaso para bien de mi alma y salud de mi cuerpo, quizá para el mejor servicio del prógimo y para mi propio servicio, vine a dar de bruces en el *espiritismo*, y ahora salimos con que poseo una *potencia evocante*, tan grande como la torre de Eyfel; que soy un *medium* de fuerza de quinientos caballos (caballo más o caballo menos) para traer ante mí al espíritu más sordo y empecinado de la otra vida, para hacer comparecer el alma misma de Garibay que, según es fama, anda vagando sin hallar domicilio ni en el Cielo, ni en el Infierno, ni en el Limbo, ni en el Purgatorio. Bien, pues, al agua pato, soy *espiritista*, y *speaking medium* por añadidura, y.....ofrezco a Uds. mis servicios en mi nuevo estado.

Anoche no mas ¿a cual espíritu evocaré? me decía a mí mismo y, sin decidirlo todavía, extendí mis manos sobre la tapa de mi mesita *ad hoc* y, durante cinco minutos, cogitabundo, grave, solemne, estaba buscando el tema de mi elección, digo, el espíritu, con el que debería conversar, cuando una brusca sacudida de la mesita me anunció que que había moros en la costa, quiero decir que algún espíritu estaba presente.

—Buen espíritu ¿estás ahí? pregunté.

Dos movimientos de la mesa contestaron afirmativamente.

—Y ¿quién eres, buen espíritu?

A lo cual ya la mesita se estuvo quieta; pero, una voz viril y hueca se dejó escuchar:

—Soy el espíritu de Antonio López de Quiroga, grande amigo tuyo; aunque, si he de decirte la verdad, a veces me he enfadado contigo, porque en tus *traiciones*, *tradiciones*, o como lo llamas, me cuelgas unas barbaridades que nunca cometí; pero, pelillos a la mar; te estimo y basta: vengo a echar un párrafo contigo.

—Con mil amores y fina voluntad, Sr. Maese de Campo del Ejército de los Reynos del Perú: ya estoy sentado, soy todo orejas, puede hablar largo y tendido, que no me cansará Usía.

—Déjate de tratamientos y de pamplinas, que los del otro barrio somos gente llama, que allí un solo rasero nos mide a todos, y por eso, gastamos las verdades de Pero Grullo, que a la mano cerrada llamaba puño.

Y, desde ese instante, conversamos en familiar coloquio [porque han de saber Uds. que los espíritus y yo hablamos mano a mano, sin necesitar de muebles ni de cacharros]. Entre otras cosas me refirió D. Antonio dos especies que, bajo el sigilo de la prensa, voy a comunicarlas a Uds.

Un bateo de padre y muy señor mío

Mediando el año de 1667, hallábase D. Antonio López de Quiroga en Puno, donde asuntos particulares lo retenían, cuando el Excmo. Sr. Don Pedro Fernández de Castro y Andrade, Conde de Lemos y XIX° Virrey del Perú, llegó a la dicha ciudad, de paso para Lima, donde debía tomar posesión de su excelso cargo.

Ladino como él solo sería el buen Conde y con extremo aficionado a aportar riquezas, puesto que, aprovechando la circunstancia de ser Quiroga gallego como él, supo salvar las distancias gerárquicas e intimó en demasía con Don Antonio, a quién llegó a tutear.

Cierto es que D. Antonio, desde su primera visita al Conde, se mostró fachendoso e hizo gala de rumbo y fantasía, regalando a su buen paisano con riquísimos presentes. Correspondía su Excelencia con minos y halagos, llegando a dar palmaditas en el hombro del de Quiroga, diciéndole: «Muy rico eres, Antonio, y Dios acreciente tu hacienda y caudal, en servicio de ambas majestades y en provecho y bien de estos reinos; que, en los tiempos tan empecatados que corren, si abundan honores, dineros faltan. Ahí me tienes a mí, hombre, que con los quinientos pesos que por mesada me va a rendir la placita de Virrey, creo que pasaré la pena negra para ir viviendo con muchos atrenzos».

—¡Quinientos pesos de mesada para el sustento y regalo de tan grande persona! exclamó admirado D. Antonio. Doscientos pesos gasto yo por noche en velas de sebo para la labor de las minas que poseo.

Así las cosas, y doblando la correspondencia con mayor garbo, díjole un día el de Lemos al de Quiroga: «Sabed que mi señora la Con-

desa está en cinta, y es su deseo haceros mi compadre; mirad que disposición tomais para esto, que harta merced recibiré si sacáis de pila a mi primogénito.

Agradeció D. Antonio la honra que se le dispensaba, y manifestó al Virrey que, si por el cuidado y gobierno de sus negocios en Potosí, no pudiese estar en Lima, a la época del alumbramiento de la Condesa, en la debida oportunidad enviaría su poder a persona valedera para que le representase.

Dicho y hecho: algún tiempo después, con real magnificencia se bautizaba en la Catedral de Lima el ilustre vástago del Conde de Lemos, sirviendo de padrino el Oidor Decano de la audiencia, como apoderado del Maese de Campo D. Antonio López de Quiroga.

Vuelto a palacio el cortejo, Fr. Solano Rodríguez, del convento de franciscanos de esta ciudad, a guisa de embajador del Gran Turco, depositó, junto a la cuna del nene, la *friolera* de cincuenta mil pesos, que el padrino D. Antonio rogaba se aceptasen para las mantillas y ajuar de su ilustre ahijado.

¡Cincuenta mil pesos nada más que para la mantillas! No sé que haría yo para que la suerte me depare un compadre, un medio compadre siquiera, de la laya y fuste de D. Antonio.

Verdad es que su *espíritu* me tiene prometidos cincuenta mil pesos, no ya para mis *mantillas* [pues soy bien talludito], sino para mis *manteles* y otros menesteres. Sentado espero los talegos para no cansarme.

El Gran Paititi.

No bastándole a D. Antonio López de Quiroga sus inmensas riquezas [que el corazón humano es insaciable], dióle el diablo por apetetecer las glorias y los laureles de los conquistadores.

El afán de hallar fortuna dió ocasión a los españoles de forjar quimeras y de creer en la existencia de ricos y poderosos imperios acá y acullá de la América subyugada. Los historiadares de esa época describen, con puntualísimos detalles, el Dorado, el Quivira, la Ciudad de los Césares y, sobre todo, el Gran Paititi, imperio dilatado y poderoso, situado entre el Brasil y el Perú, constituido, al decir de entonces, por los restos de la aristocracia de los Incas, que allí se retiraron, llevando consigo ingentes tesoros, para ocultarlos a la voraz rapiña de los descendientes de Pelayo. Tan rica sería aquella comarca que, según un mapa que de ella fué presentado al Virrey Príncipe de Esquilache, tenía tres cerros tan elevados como el Potosí, uno de oro, otro de plata y de sal el tercero [*con lo que no había más que pedir*, dice un autor juicioso].

Tales ponderaciones se decían del Paititi, en cuya corte, según lo afirma el P. Navarrete en su Historia China, la calle de los plateros tenía más de tres mil oficiales [aprieta manco], ocupados constantemente en labrar el oro y la plata [de mentir, se miente como lo hace el P. Na-

varrete]; tales serían esas ponderaciones, digo, que, en diversos tiempos, el Adelantado Juan de Salinas, Pedro de Ursúa y otros, intentaron penetrar en tan maravilloso país; pero, todos se volvieron, sin hallar lo que buscaron:

Pues, señor, ese fué el imán de las aspiraciones del Maese de Campo, quién, después de largos preparativos y de haber allegado copia de gente de armas, con los necesarios bastimentos y vituallas, partió de esta ciudad, un día de junio de 1676, con su sobrino D. Benito Ribera y Quiroga, que llevaba el pendón real, bendecido en la iglesia Matriz. Fueron en la empresa D. Juan Pacheco de Santa Cruz, en calidad de Sargento Mayor, y el Rdo. P. Fr. Fernando de Rivero, de la Orden de Predicadores, como capellán castrense.

Entráron, se dice, por la parte de Arixaca [vaya nadie a saber donde está el dicho lugar) y, andando de ceca en meca, vagaban mis hombres a la ventura de Dios. Tras correrías desatinadas y después de mucha hambre y de penalidades infinitas y de más de $ 300,000 gastados, hallaron, en castigo de su credulidad, tierras yermas e incultas, gentes salvajes y no pocas fiebres tercianas. Al regresar a Potosí, trajeron consigo, sino el oro que apetecían, una cosa más preciosa, aunque menos estimada en el mundo, el desengaño.

El fascinador imperio del Paititi resultó ser la extensa comarca en que se hallan las Provincias fronterizas de los Departamentos de Cochabamba, Chuquisaca y Santa Cruz.

Sic transit gloria mundi y...Laus Deo.

Potosí, Mayo 16 de 1894.

HOMBRE PREVENIDO VALE POR DOS

DE L. F. MANZANO

Tiempos de grescas y algazara, de alzamientos y de rebeliones, fueron aquellos en que el primer Virrey Blasco Nuñez Vela *per fás et nefas* se emberrinchó en dar cabal cumplimiento a las Ordenanzas del Emperador Carlos V, Ordenanzas que, si eran beneficiosas para los indios, les supo a los conquistadores a rejalgar de lo fino.

Y muy poco faltó para que, con tal motivo, no ciñera a sus sienes la diadema real de los Incas el muy poderoso y muy magnífico Sr. Don Gonzalo de Pizarro, hermano del Marqués de los Atabillos, Conquistador del Perú.

Es el caso, que, primero apoderado y procurador por los encomenderos de Cuzco, Lima, Arequipa y los Chárcas, para hacer ante el Virrey las suplicaciones contra las susodichas Ordenanzas, apretaron las

cosas de manera y tal prisa se dieron los sucesos que, muy luego, D. Gonzalo fué nombrado Gobernador General, alzó un ejército contra el Emperador y, si no es la de Sajsahuana (o *Chaqui khahuana*), se hace dueño y señor de la vasta monarquía incásica.

Desde 1546 hasta 1549 fué, pues, la de Babel en la pacífica comarca del *Tahuantin suyu*. Los guerreros cosechaban laureles haciendo barbaridades que no todas están pintadas todavía en el mapa; las degollinas y asesinatos eran cosa usual y corriente; los comerciantes se daban a quinientos mil diablos, y los indios las pagaban por todos, por aquello de la ley del embudo, o de que el hilo siempre se rompe por lo más delgado.

Entre los parciales de D. Gonzalo, como el alma de la rebelión, estaba su Maestre de Campo D. Francisco Carvajal, personaje fatídico, que era el espanto de todos por su crueldad y por su valor y pericia militar, que le dieron justa, al par que terrible fama. No mucho que la historia le llame el *Demonio de los Andes*.

Terminada ésta, a manera de ojeada histórica, vengamos a lo que nos importa.

Tres años hacía que la Villa Imperial fuera fundada y que sus tesoros tenían atónito al Orbe entero. La atracción fascinadora de los filones del asombroso Cerro reunía en la nueva ciudad gentes de aventura de todas partes y naciones, ávidas de enriquecerse pronta y fácilmente, lo que, con rara excepción, era siempre conseguido.

Y si no, ahí están Diego Quintana y Antonio Mancilla, que se enriquecieron en poco tiempo, vendiendo, respectivamente, a los principios, una docena de agujas y una *mano* de pepel.

Conque, nada tiene de particular que el Juan Leyva de mi cuento, que vino a estos pagos, ladrando de hambre (y perdonen el modo de señalar), hallase buena maña y trazas para comprar barato y vender caro, que es la ciencia de los comerciantes.

Héle ahí, que, al cabo de dos años, dormía tranquilo; porque, tranquilo debe dormir, me figuro, quién, sin agravio de conciencia, puede contar suyos $ 30,000 sonantes de fina plata.

Dejando sus trajines al por menor, dióse Juan a *hacer sus negocios en mayor escala* (que así dicen ahora). Fuése directamente a Panamá y allí compró abundante surtido de mercadería de toda laya, y con él se venía, al pasito de sus mulos, contando alegre con que sus ganancias le darían un 40% del capital empleado: soñando venía con su fortuna y se forjaba mil ilusiones para el porvenir. Empero, de vez en cuando, sus imaginaciones se tornaban sombrías, y un cierto desasosiego le atravesaba el corazón, a la sola idea de encontrarse con alguna de esas partidas armadas, unas por el Emperador y otras por el alzado D. Gonzalo, y, sobre todo, no le hacía maldita la gracia de tropezar con D. Francisco de Carvajal, a quién, según sus émulos, si no se le daba un comino por un prógimo que mandaba ahorcar, se le daba muy mucho

por heredarle. Véase si tenía razón nuestro mercader para redoblar el tambor con los dientes de vez en cuando.

Y el diablo se las compuso como quién es, y Juan, de manos a boca, cayó en las garras de los migueletes de D. Francisco. Pero, si fué grande su miedo en el instante, recobróse muy pronto y, esquivándose como pudo de los sayones, sacó de su faltriquera una amplia cartera de cuero cordobán, provista de diminuto tintero: buscó un pliego cuidadosamente doblado, lo abrió y con una pluma llenó un blanco que se veía en lo escrito; hecho lo cual, guardóse la cartera, se serenó por completo y entró en alegre charla con los soldados, que se lastimaban de su suerte; pues, ya hemos dicho, D. Francisco no entendía de chancharras machanas, y quién a sus manos caía debía considerarse como alma de la otra vida.

En presencia de D. Francisco, el cuitado mercader, se fingió asombrado. Aquel, con toda la chacota y sorna que gastaba, hasta en sus actos más atroces, le preguntó sobre las *generales de ley*.

—Soy, señor, dijo el interpelado, un mercader trashumante que tengo empleado mi escaso caudal en diversas mercaderías, con las que voy a Potosí, a ver si consigo acrecentar mi hacienda con modesta ganancia, y espero que *Vuestra Excelencia* (que en esto de títulos no era fuerte nuestro hombre) me otorgue su venia para proseguir mi jornada.

—¡Pesiamí, por la cara larga de este ansarón! replicó D. Francisco. Cónque tan fresquito como una lechuga se me viene con la canción de dejarle seguir su camino. ¿No sabe, usarcé, señor hidalgo que, por usanza de guerra, su linda persona y su fementida hacienda son mías. tan mías como este ferreruelo que llevo puesto?

—En la guerra y en la paz mi hacienda y persona son siempre suyas, señor: buena prueba de ello es que compré las mercaderías en nombre de ambos; para partir las ganancias por igual: y, para más señas, ahí le traigo desde Panamá dos botijas de vino tinto y dos docenas de herraje con sus clavos. Aquí está, por último, dijo con desenfado, la carta de nuestra compañía, en toda regla.

Agradó mucho a Carvajal el obsequio, especialmente el del herraje (cada herradura valía entonces un marco de fina plata), que a tiempo le venía para sus acémilas y, barruntando la travesura é ingenio del mercader, le dió despachos de capitán, mandamientos para que en tránsito le acudiesen con todo lo menester y una provisión en forma, mandando que en Potosí nadie fuese osado de vender nada, mientras *su socio* despachara su mercancía, bajo la pena de habérselas con Carvajal, que era lo mismo que habérselas con Belzebú en persona.

Claro se está, que llegando Leyva a esta ciudad, y pregonada la provisión, mohinos los mercaderes cerraron tiendas y almacenes, dejando que aquel granjeara espléndida ganancia, con una venta a precios *sin competencia*. Raro caso el de una populosa ciudad abastecida durante tres días por un sólo mercader.

Puntual en sus tratos y para no perder lo cierto por lo dudoso, terminado su trajín, anduvo Juan en busca de Carvajal y, habiéndolo hallado, tras los cumplidos de rúbrica, le dijo:

—Con buena suerte pactamos la sociedad y compañía, señor D. Francisco; pues, pronto y bien, vendí la mercancía; hemos ganado ocho mil pesos; recíbase su merced de los cuatro mil que le corresponden.

Aparentando mucha gravedad, contestó D. Francisco:

—Mira tú que en los negocios soy formal y no pasaré por la ganancia que me dices, si antes no me informo de las ventas asentadas en tu libro.

El mercader empezó a leer en alta voz las partidas donde figuraban, con crecidos precios, sedas, brocados y paños de Segovia, de Ruán y Holanda, sin que Carvajal chistase palabra. Llegó el lector a un asiento que decía:

«*Tres docenas peines, vendidas a razón de* $ 18 *cu. son*.....$ 54.

Tené, Tené, D. Juan, y *volvé* a leer esa partida; y, habiendo oído la repetición de la lectura, volvióse risueño a sus soldados presentes y les dijo:

—¿No les parece a vuesas mercedes que en esto de los peines me ha hecho la trampa mi compañero?

Comprendieron todos que así se expresaba Carvajal por burla y mofa.

Pero la verdad es que, recibió el vencedor de Huarina los cuatro mil pesejos; se acabó la compañía, muy en paz y gracia de Dios y se retiró Juan, murmurando entre dientes; yo sí que soy el ánsar de Camtimpalos, que salió al lobo al camino.

Nada aquí mi ingenio inventa:
En sus comentarios reales
Garcilaso es quién lo cuenta,
Con sus pelos y señales.

Potosí, Mayo de 1893.

Potosí ¡eso sí!

DE L. F. MANZANO

Ya que el diablo me tiene agarrado por esto de trabucar antiguallas y de averiguar de vidas ajenas de gentes que fueron, allá van, por hoy, estas *letritas*, que si no tienen el valor de las de cambio, han valido a su autor largas horas de descifrar garrapatos y de hojear despachurrados y bien empolvados librotes.

I

Por sabida de todos, callo la opulencia de que, por luengos años, gozó esta Imperial Villa, con muy justa razón llamada: el gran tesoro de la corona de Castilla.

In illo témpore, los 160,000 habitantes de la Villa, moraban, digámoslo así, en la tierra de Jauja, gozando de una gloria celestial. El trabajo y afanes eran ámpliamente remunerados por los ubérrimos filones del maravilloso Cerro, que dieron tanta plata que, según opinión de Humboldt, si mal no recuerdo, pudo hacerse con ella un puente desde Potosí a Madrid. ¡Qué miniatura y qué dije de puentecito!

Ogaño, apenas si el Cerro da plata para hacer cucharas y eso que la *minomanía* nos tiene barajados los sesos, y que las *acciones* andan que pelean, y que las *cuotas* salen de los bolsillos como pecados gordos de conciencia estrecha, causando más dolor que sacadura de muelas.

In diebus illis, eran baratos los menesteres de boca y casa; con poca cosa vivían satisfechos todos; aun no se conocían el teatro, el club, la casa de abasto, ni otras plagas por el estilo; se tomaba chocolate en vez de cerveza, y un pernil curado al humo de la cocina era preferido a esos bodrios o pingres que, con nombre de *conservas*, tienden a hacernos perder el estómago y valen lo que no es decible.

Pero me parece que *me alejo del asunto* (estilo parlamentario). Vuelvo a mis trece y, derechito al bulto.

II

Para muestra basta un botón.

Y el botón que así, al acaso, voy a mostrar a mis lectores es tomado en un libro de quintos reales, de estas Reales Cajas.

El libro nos pone a la vista lo siguiente:

Enero de 1775.

D. Lorenzo de Oquendo	presentó	5	barras	con	1.673,243	Maravedis
« Francisco Carreño	«	31	«	«	10.028,234	«
« Antonio L. de Quiroga	«	24	«	«	8.306,501	«
« Lorenzo de Oquendo	«	20	«	«	6.664,701	«
« « «	«	11	«	«	3.381,850	«
« « «	«	31	«	«	9.769,409	«
« « «	«	18	«	«	5.768,366	«
« Francisco Carreño	«	28	«	«	9.106,915	«
« Antonio L. de Quiroga	«	30	«	«	10.525,775	«
« Lorenzo de Oquendo	«	10	«	«	3.282,786	«
Total		208			68.507,780	
Quintos reales empozados					13.701,556	«

o sean pesos 30.447—7 tomines—3 granos, ensayados, de a 450 maravedís a cargo del Tesorero Jacinto P. de Castrillón.

¿Qué les parece a ustedes la ganga que tenía el seor Rey en el Cerro de Potosí?

Baste decir, para resumirlo todo, que en 1677 dos españoles y ambos mercaderes, Diego Quintana y Antonio Mansilla, redondeaban, cada uno, respetables fortunas, de $ 10,000 el primero y de $ 300,000 el segundo, respectivamente en 10 y 14 años; habiendo comenzado Quintana con la venta de dos agujas en un real y Mansilla con la de una *mano* de papel en un peso.

III

No soy hombre de dejar pasar la ocasión de añadir algo a lo que tengo dicho. Y apareciendo de libros que don Lorenzo de Oquendo daba quince y falta, en eso de tener barro a mano, al mismo don Antonio López de Quiroga, bueno será decir lo que del referido señor tengo en cartera.

Don Lorenzo de Nariondo y Oquendo, con su esposa doña Ana de Oquendo y Eguivar, fué el fundador del convento de Carmelitas descalzas de esta ciudad. Que era hombre rico el bueno de don Lorenzo lo acreditan los bunos duros con que engrosó el gran tesoro; que era feliz lo dice la dote de $ 1.580,000 con que su esposa le acorrió para hacer más llevadera la cruz del matrimonio; que era hidalgo y de los mejores lo mostraba la venera de la orden de Santiago que sobre el pecho ostentaba en los días de repique con campana grande.

En 1685 llegó a Potosí la fundadora del convento, Rda. M. Josefa de Jesús y de María, *gran sierva de Dios y admirable en virtudes*, como dice un historiador de la época. Tan insigne mujer murió tres

años antes de la terminación del templo de Santa Teresa, a poco de haber venido desde Arequipa. Para mayor cópia de noticias, aviso a mis lectores que la primera monja carmelita potosina fué doña Margarita Chirinos Vela.

Y, no teniendo más de qué ocuparme por ahora.....se levanta la sesión.

Potosí, octubre 20 de 1886.

VICTIMAS DE AMOR

DE JUAN W. CHACÓN

I

Por los años felices de 1648, andaba por esta fabulosa Villa la muy simpática y donairosa criolla Doña Luisa Mariño, de quince veranos más o menos y hermosura sin rival, luciendo unos ojos negros como la noche y grandes como las penas que a troche y moche producía: con una boca diminuta y un conjunto encantador, a todos los pollos de ese tiempo, sin lástima les hacía decir:

"Tus ojos son un veneno
Tus labios la salvación,
La gloria es ese tu seno,
Y el cielo tu corazón".

Era hija del azoguero D. Agustín Mariño, individuo de grueso capital muy metido en su gola, y honradísimo con el hábito de los Calatrava; lleno de orgullo e hinchado con los favores de la fortuna, poseía, un espejito veneciano en su muy querida Luisita, hasta el extremo de llamarla sin las consideraciones de paternal modestia, «la sin rival en Potosí».

Su madre, devota de todos los santos y por sus cuatro costados beatona, cifraba su felicidad en la dirección y los consejos que podía ingurjilar a su bella hija, el Reverendo P. Gaspar Mariño, Cura propio de la Iglesia de San Pedro, con quién mantenía relaciones de consanguíneo parentesco.

II

La pobre niña, carecía de amigas; no conocía las confidencias íntimas, y sola, en medio de sus padres y una larga servidumbre, cuya vista cotidiana y frecuente le daba nostálgicas pesadumbres, hacia los oficios religiosos; entre las ocupaciones domésticas, conservaba un recuerdo, que a cada momento le hería con viveza la imaginación y el sentimiento.

D. Agustín, hombre de temple y fibra de madera tropical, ejercía una dura presión en Luisa; condenando el trato y relaciones sociales, aplaudiendo tan solo el trabajo y la soledad del hogar. Ella que tenía mil admiradores e instigada por el dios niño, en aquella edad en que el corazón late con más fuerza y se agita con extraña violencia por un desconocido *no sé qué*, no olvidaba, que en la puerta de un templo llegó a sus pupilas el brillo de unos ojos que con incomprensible lenguaje le revelaron un *secreto*, que, solo debía perderse de su pecho con el aliento de la vida.

Sentía el vacío en sí, veía por todas partes silenciosa soledad; sufría sin saberlo y lloraba *un algo* que le hacía falta: en las caricias paternales, a momentos encontraba distracción y consuelo, y en sus amargas horas, lejos de sus deseos, constantemente repetía:

"Entre reir y llorar,
Entre llorar y reir
La vida se ha de pasar
Y la muerte ha de venir".

Sus padres, su casa, los recuerdos infantiles, las impresiones del hogar, los placeres de la familia, todo, todo había palidecio ante un cariño incógnito, ante una nueva ilusión que embargaba su espíritu quitándole el regocijo y acrecentando su esperanza.

Vislumbraba por doquier nuevos horizontes y la desesperación y el hastío hacían presa su corazón; el fulgor de aquellos ojos se reflejaba en el fondo de su alma arrancando de su pecho cada vez un lastimero suspiro, fiel expresión de sufrimiento y la duda.....

III

Don Jerónimo de Torres, mozo guapo a las derechas, galante, almibarado, hijo mimado de sus buenos padres y de inmejorables condiciones para la vida matrimonial, llegó a tener una violenta e inestinguible pasión, enjendrada por aquellos ojos facinadores de Luisa: desde un día de *Jueves Santo*, que la vió salir de una iglesia, o más bien que se vieron ambos, torturaba su existencia un desconocido amor hacia ella y una fuerza irresistible que a verla, oirla y quererla le arrastraba.

No perdía un instante en dedicarle sus pensamientos, a cada hora y minuto, su único anhelo era recibir la luz de sus ojos, aunque le dieron ellos la sentencia de su muerte; pero temía declararse, temía el hacerse sentir en la familia, por que los padres de Luisa, eran de aquellos, que aparentaban rencor y cólera a los pretendientes de los que fulminaban uno tras otro los vituperios, contra el que siquiera dos veces miraba a su invulnerable hija o el que pretendía agazaparse en el inespugnable castillo de su casa.

En medio del más acerbo dolor, de la desesperación y el desencanto, creía ver perdidas sus ilusiones más queridas y muertas sus más

halagadoras esperanzas; amaba el imposible, adoraba con frenético delirio, y la más amarga duda le hacía entrever un luctuoso porvenir. Quería con aquel amor puro, que tan solo una vez tiene por albergue el corazón humano, con ese amor, cuyo principio es la ilusión y cuyo final el sacrificio; pero, ignoraba el ser correspondido, el haber producido igual sentimiento en el pecho de aquel ser por quién *amaba* la realidad de la vida. En medio de esa pasión solo quería que Luisa fuera venturosa, fuera feliz, y amargado exclamaba:

¡Pobre corazón! no lleres.....
Abandónate a la suerte
Resignado,
Vé que muchas de tus flores
Se han secado.

El sufrimiento era mútuo y los dos corazones palpitaban a compás, él sufría por ella, y ella lloraba por él, y como el Amor, con «pautas chuecas hace renglones rectos», no conociéndose el imposible para amorosos pechos, era pues de allanar dificultades y superar inconvenientes, para que áquellas dos mitades, formaran un *todo* nupcial.

IV

Pasado algún tiempo y muy a ocultas, clandestinos amores, entre Don Jerónimo de Torres y Doña Luisa Mariño, llevaban una vida envidiable, por que los pechos heridos por el amor, convulsos de contento y alegría, participan sus fruiciones, confunden sus virginales sentimientos, sus placeres y sus pesares.

El medio seguro, habían empleado los dos amantes y en su imperturbable tranquilidad, gozaban las únicas delicias imaginadas por espíritus agobiados por la calentura erótica, esperando llegar ante sus padres y rogar para que concedan la bendición del párroco, bendición corroborativa de la felicidad que se habían buscado.

"¡Oh! que dicha es *querer*
En esta vida agitada;
Por que si se ha de ver
Todo lo demás, es nada!"

Don Agustín y su aristocrática mitad, ignoraban los hechos y reprochaban los dichos, confiando más en la seguridad de su hija, por la estrecha confidencia de la dama vigilada, con los criados y su multa servidumbre; sin columbrar ni por asomo, que Luisa en la oscuridad y el silencio de la noche, recibía dos tiernos y apretadísimos abrazos como prólogo y epílogo de cada encuentro, como seña del casto amor que agitaba a esos románticos jóvenes.

V

Un día de esos en que esta Villa Imperial, se entregaba a la huelga general con motivo de alguno de los santos de su devoción ú otra festividad, se confirmó el rumor de la circulación de *falsos pesos* y que la moneda real había sido falsificada con otra de mala calidad y peor material.

Con este motivo, para prevenir mayores peligros y asegurar su fortuna, se reunieron por la noche, los principales azogueros, en casa de D. Felipe Osorio.

Allí se discutía sobre la forma de dar aviso a su S. M. Felipe IV o de aprovechar la vía reservada para el Virrey Dn. García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra, y ponerle al corriente de lo ocurrido, de los perjuicios que ocasionaba la falsificación, de encontrarse comprometidos en el crimen los Mercaderes de plata, los empleados y ensayadores de la Casa de Real Moneda y hallarse autorizado el hecho por el Alcalde provincial D. Francisco Gómez de la Rocha.

Hallábanse, estos señores discutiendo opiniones y meditando sobre la forma y medios de denunciar un delito público; entusiasmaban los unos y desalentaban los otros, por que los autores eran altos personajes y emparentados con los satélites e histriones de S. M. y de la Justicia, más porque, el que tiene la llave sabe cuando abre, siendo en todo tiempo los *justicieros* por analogía como Themis, a los que, es muy aplicable el siguiente cuartetito:

«Sus ojos, si miran bien,
De ojos allá lo ven todo;
Mas de ojos acá, no hay modo
Pues ni ellos propios se ven».

Resuelta la cuestión, comentaban las consecuencias, los peligros y cuanto podía dar lugar a la broma: cuando repentinamente oyen gritos desgarradores y salen presurosos temiendo algún complot o el haber sido descubiertos por los sayones de la autoridad; pues que, generalmente la perversidad y la infamia de los malos gobernantes, pone en juego todo móvil por inícuo que sea, a fin de que el terror y la humillación, amordacen el justo grito de indignación contra los átropellos é injusticias, para que no se descubran sus exacciones é intrigas logreras.

VI

Don Jerónimo de Torres, gallardo y valeroso joven, que hacía parte de los azogueros reunidos, desnuda la hoja de su espada y encabeza a sus compañeros en busca del lugar de donde salía ese desgarrador grito, que con argentina voz decía «¡socorro!» «¡por Dios, me mátan!»

A la media cuadra encuentran en la puerta de una casa, un tumulto de gente que cubría la entrada; abriéndose paso a mano armada

penetran los conjurados y al llegar a una habitación, ven en la puerta tendida a una hermosa joven, que exánime y sin aliento, vertía a borbollones chorros de sangre, que fluían de dos heridas en el pecho, a pocos pasos, con hostilidades, sin cuento, amarraban a un pobre hombre, que con doliente expresión, reclamaba piedad!

Torres y los suyos gritan: «¡Por el Rey!» a lo que los otros, vuelven las armas contra ellos; empéñase una cruenta lucha, dando por resultado, varios muertos, muchos heridos y el triunfo de los azogueros.

Luego averiguan la causa de la muerte de la niña, que había sido Dª Francisca de Asó; algunos que permadecieron allí, les informan, que habiendo huido un hombre del poder de los alguaciles de la justicia, se asiló en casa de la Señorita de Asó y que, cuando llegaron en su busca los perseguidores, les dijo que su padre les entregaría a ese hombre, y que ella mientras su ausencia y estando sola, nada podía hacer: los otros no entendiendo razones, dieron ocasión a que Francisca tomara una actitud resuelta para impedir que se violara su domicilio, lo que dió lugar a que se la ultrajara, hasta darle de estocadas y cintarazos.

Entregaron los defensores a Francisca al cuidado de su padre, que no tardó en llegar, para que, con su solicitud y atenciones procurara su restablecimiento, ya que no había muerto; luego dieron libertad al perseguido, para después dar aviso al Corregidor D. Juan de Velarde y Triviño, pues que, conocían que habían faltado a la determinación y autoridad real, con haber amparado la fuga de un malhechor.

Era necesario tomar precauciones, aminorar la gravedad de la culpa; todos ellos se pusieron en movimiento y andaban buscando el *modus eludendi*.

VII

Al siguiente día, cuando apenas doraba el sol los cumbres de occidente, es conducido D. Jerónimo de Torres, ante la autoridad del Alcalde Provincial Dn. Francisco Gómez de la Rocha; éste, con las ínfulas de todo aquel que funda el galardón de su ministerio, en las maquinaciones ocultas y en el falso brillo de una supuesta honradez y con la pretensión, del que locupleta para sus bolsillos en nombre del cargo que desempeña, recibe al reo, con ese alarde, propio del que malicia que sus habilidades se ponen de manifiesto; con enfático ademán y en señal de desprecio, le indica un asiento en su oficina y prosigue, con acento *hinchado*: «Sois Jerónimo de Torres, el que anoche ha encabezado a unos tumultuosos para encubrir el crimen de un malhechor y proporcionarle la fuga?—el que ha tratado de burlarse de la ley y de las determinaciones de los que cumplen la voluntad de S. M. Dn. Felipe IV. (que Dios por largos años conserve) y de los que administran justicia en su nombre?—Pues, debeis saber, que se impone la pena capital al que mate o prenda a cualquiera de los alcaldes, jueces, justicias, alguaciles y demás

oficiales: escuchad la ley y disponeos para la pena». Al decirle esto, saca un libro forrado con pergamino, busca la partida que desea y le lee en alta voz.

El salvador de Dª Francisca de Asó, escuchaba la palabra autoritaria del Alcalde provincial, con religioso silencio.

Después de la lectura, se pone de pie y le dice: «Convencido me hallo de vuestro celo por la justicia y, del interés que desplegais en nombre del Rey; pero debo advertiros, que mireis lo que daña y desprestigia la autoridad real, con menoscabo del derecho de sus súbditos; para que conozcais, es preciso en vuestro derredor, que persigais, aprehendais y cumplais con las disposiciones de las Partidas, ahorcando a los que falsifican la moneda, y dando la muerte a esos infames que autorizan ese crimen, de lesa majestad!

«He aquí la ley; y lee la ley IX, tít. VII partida VII y la partida VIII, del Código de Alfonso X que decía: «E por que de tal falsedad, como esta viene gran daño a todo el pueblo, mandamos que cualquiera que ficiere falsa moneda de oro o plata, o de otro metal cualquiera, sea quemado por ello, de manera que muera».—Habeís oído, pues buscad a los delincuentes y dad cumplimiento a lo que os mande vuestra conciencia!»

Al decir esto salió, dejando pasmado al Alcalde Provincial; pálido y con los ojos centelleantes rechinaba los dientes de furor, sin tener cómo hacer valer la fuerza de sus investiduras, ni su carácter oficial.

El remordimiento le hería de muerte, sin saber qué partido tomar por que se hallaba convencido de que:

El falso *duro* o falso *real*,
Es para todos vil exacción;
Mas, si lo falso es la amistad
Fraude y engaño monedas son!,

El de la Rocha, llama a un corchete y envía a sus cómplices una orden de citación para tratar del asunto, por la noche y en su casa.

VIII

Reunidos, los Mercaderes de plata, los empleados principales de la Casa Real de Moneda, a la hora convenida, muy sigilosamente y con todas las precauciones, expone D. Francisco, todo lo ocurrido y pide a los circunstantes un medio de salvación.

Se alega y se discute, se piensa y se cavila; resolviendo en el último término, participar a D. Agustín Mariño, los clandestinos amores del seductor Don Jerónimo; por que la *moralidad pública*, prohibe semejantes desacatos amorosos.

Uno de ellos era hijo de confesión del padre Brito de la Compañía de Jesús, se compromete hacer la delación por boca del Fraile, a fin

de dar el sello de autoridad a sus palabras y lograr un éxito completo en la empresa y quizá la desaparición del que hacía sombra a los criminales intentos, de esa falsa monedera sociedad.

«El infame y despechado
Hiere, calumnia a traición,
Sin fijarse festinado
En personas ni ocasión.

Complacidos con el ardid, confiados en un optimísimo resultado se retiran los *reunidos* asociados, prometiendo atar cabos e influir con la lengua y la acción, sin acordarse de aquello:

«No os alegre el mal ajeno,
Que en esta vida fatal
Tan luego que se va el bien,
Suele venirnos el mal.

A pocos días tiene su efecto la treta; con todos los avisos de la moralidad de las familias y del interés bien entendido por las púdicas y recatadas doncellas, se traga el R. Padre la pildorita.

Va en busca de Don Agustín, le pone al corriente con enfático sonsonete, enrostrándole tamaño escándalo en una familia cristiana y amiga de todos los conventuales de la Villa: lo encoleriza, lo amostaza y le hace concebir siniestros planes; vierte en ese católico hogar el veneno de la amargura, haciendo rodar por todas partes, la manzana de la discordia.

Pobre de aquel que sin tino,
Da crédito...al maldiciente...
Y después de un desatino
Sin remedio se arrepiente.

Así que deja la casa el Reverendo Jesuita, hay una de Troya entre ellos; obligan a Luisa a escribir un papel al seductor o mandarle un recado diciendo que precisamente por la noche lo espera.

Durante las horas que trascurren hasta la del encuentro, el azoguero Mariño, arma a su servidumbre, la instruye en el plan tomado y en su premeditada intención, busca los medios de reparar la *difamada* honra de su querida hija.

X

Eran las once de la noche, cuando llega a la puerta de la casa de su amada Luisa, el desgraciado D. Jerónimo de Torres; un presentimiento extraño detiene sus pasos; su corazón se oprime y un lastimero suspiro escapa de su atormentado pecho.

El silencio de la noche deja oir las violentas palpitaciones de ese conmovido corazón y estrechando contra él, un recuerdo de su amada, exclama: «¡Algo siniestro adivina mi espíritu! talvez tratan de separarnos! ¡ay! Luisa mía! veo próxima nuestra ruina!»

«Y ya mis ojos no verán tus ojos
Que iluminaban la existencia mía,
Ni calmarán tus risas mis enojos
Como en tiempos mejores sucedía».

Con la última sílaba en los labios, penetra a la casa con una llave que de antemano tenía; la pavorosa oscuridad de la estancia le hace temer alguna funesta intriga y halagando el pomo de su espada entra en la habitación de su idolatrada Luisa: en vez de encontrar con su cariñosa amante, tropieza con la rígida estatura de su padre, que con estas palabras lo recibe: «¡Infame, seductor! o reparais el honor de mi hija o morís como perro!.....

Don Jerónimo dando tres pasos atrás, con acento entre-cortado, le contesta: «Es ella la mitad de mi existencia! y con la bendición de sus padres, quedará confirmada la bendición de Dios!»—Señor—...el respeto...!

Interrúmpele D. Agustín, diciendo: «No os creo! ¡quedareis atado aquí, mientras se presenten el Párroco y los testigos».—Sale del aposento y llama a los individuos que tenía ocultos y armados.

Torres grita: «Traición infame! no niego mi amor, ni oculto mi deseo; ¡pero, por qué se me ultraja?»—Desnuda su espada y se pone en guardia. Penetran varios hombres; se traba encarnizada y desigual lucha;—al estridor de las armas acompañaban los alaridos de una voz femenil.....

Varios habían sido muertos y heridos; charcos de sangre enrojecían el pavimento; D. Jerónimo con la espada rota; acribillado a cuchilladas, había dejado de existir, dando su último aliento mezclado con el nombre de «¡Luisa!»

Todo se asilencia y cuando reconocían al cadáver, se presenta Luisa con los ojos titilantes, la voz estertórea y la mirada vacilante; llora de amargura, con entrecortados gemidos repite:

«Vengo a hundir en el polvo mi cabeza,
Vengo a verter mi sigiloso llanto,
Vengo a orar con fe sobre esta huesa
Por el hombre que amé, que me amó tanto».

El padre, presenciando aquella enajenación, viendo ese cuadro conmovedor, vierte abundantes lágrimas; por que creyó perdida a su hija y perdido su honor, muertas sus esperanzas, manchada su reputación y dignidad.....todo había concluido!

Triunfó la infamia, esparciendo víctimas por todas partes; una palabra sola fué la ruina de dos familias.

XI

Desde ese momento la infeliz Luisa, fué presa de nostálgicas pesadumbres, sufría en silencio, queriendo tan solo poner remedio a sus dolores, con el riego de sus lágrimas y confundida prorrumpía:

«El mundo para mí ya es un desierto,
Ya ninguna ilusión mi mente abriga,
Ya está mi corazón al placer muerto,
Y hasta la luz del cielo me fatiga».

Nada llamaba su atención, mustia y silenciosa, solo abría la boca, para averiguar la causa de la delación, de las rivalidades de su finado Jerónimo, que sin poder saborear la venganza por él, decía:

«Solo debo llorar mi fatal hado,
Solo debo llorar mi amor ausente,
Solo debo llorar el bien pasado
Solo debo llorar el mal presente!»

Y no pudiendo encontrar la tranquilidad perdida, ni ver ya a sus padres placenteros y contentos; siendo mas bien testigo de su postración y abatimiento y de que, un tardío arrepentimiento minaba su existencia, por que conocieron las sanas intenciones de la víctima de fementidas intrigas, repetía:

Solo debo pensar, solo en la fosa,
Pues solo en ella descansar espero,
Que ya sin tí la vida es odiosa
Y por estar contigo, morir quiero!....

Poco tiempo después murió su padre, dejándola sola y desventurada, sumida en el más acerbo llanto, sin ningún apoyo en la tierra y teniendo que ver a su anciana madre a quién las pesadumbres y los achaques de la edad la tenían agobiada en su lecho.

Doña Francisca de Asó, sabedora de la muerte y los amores de su salvador D. Jerónimo de Torres, buscó a Luisa, la ofreció sus servicios y su cariño, constituyéndose en hermana suya y covengadora del honor y la vida de la víctima de los monederos falsos.

Vivieron juntas, sin separarse un instante, confundiendo sus lágrimas, brotadas por el amor y la gratitud.

Pusieron en juego todos los medios posibles para la venganza, hasta conseguir que D. Francisco de la Rocha y sus cómplices, sufrieran su condignno castigo: vestidas de hombre, entre mil peligros y riesgos; condenadas a cruentos dolores, ahogaban con gemidos el grito angustioso de su martirio, pasando por todo, a fin de que en manos de D. Francisco Nestares Marín, sufrieran la pena el ensayador de la Real Casa de

Moneda, Ramírez, y todos sus cómplices y que el mismo Rocha, a pesar del *fingido testamento*, de la compra de los jueces y otras patrañas, sufriera la pena de garrote en la plaza del Regocijo; de lo que el cronista D. Bartolomé Martínez y Vela dice:

«¡Quién dijera que mi suerte
A ser infeliz llegara,
Y la plata me quitara
Y padeciera por ella!
Mas fortuna que atropella
Puestos más altos de honor,
Hizo que un visitador,
Declarase mis delitos
Pues todos están escritos
Y los pago con rigor. (1)

Cumplida la obra y a los dos meses la desventurada Luisa se despedía para siempre de Francisca, de su madre, de cuanto existía en la tierra; postrada en su cama, junto a su confesor y rodeada de su familia, expiró muy confiada de encontrar el consuelo en la tumba; repitiendo «¡Dios mío! haced que la que ha sido desgraciada en la tierra, consiga tu misericordia en el cielo».

Abandonó este valle de miserias, dejando entreabiertos los labios en su cadáver, que dibujan una sonrisa despreciativa a las injusticias terrenales, como señal de esperanza para los pechos doloridos y de consoladora fe para las *víctimas del amor*. (2)

Potosí, 1891.

1.—Anales de la Villa Imperial de Potosí.—Martínez.—Dueñas.

2.—Este episodio histórico ha sido ampliamente desarrollado por el señor Vicente G. Quesada en la tradición que lleva por título LA FALSIFICACIÓN DE LA MONEDA.

Don Francisco de Aguirre

DE JUAN W. CHACÓN

I

Despuntaba el sol de invierno, entre nimbos cenicientos y de un horizonte blanquecino, cercado de densos nubarrones, por donde apenas dejaba escapar su mortecina claridad, para iluminar los rojizos techos de la ciudad de Villarroel y Centeno, después de haber avivado el oscuro color de las abruptas crestas de la cadena de *Kari-kari* y las nevadas cumbres de la cordillera de los *Frailes;* soplaba el *Tomave*, con penetrante furor y la brisa matinal helaba, con su frígida acción, el rostro de los transeuntes y madrugadores que concurrían a oir misa a los distintos templos de la Villa Imperial.

El aspecto de sus calles era tétrico y melancólico; las últimas vibraciones del repetido són de las campanas, prolongaba el viento, que aprisionado entre los resquicios y rendijas de puertas y ventanas, gemía con prolongado silbido: escueta la población, solo mostraba el rigor del frío; la *estéril* aridez del mes de Junio y entre ese silencio conmovedor, se notaba que con precipitado andar y descompuesto ademán cruzaba la plaza del *Gato*, un individuo que envuelto entre su negro ropaje, manifestaba la más honda tristeza, la más amarga desesperación.

II

La fisonomía del desconocido revelaba una pernoctación poco placentera, los ojos hundidos e inyectados de sangre, los labios comprimidos por el dolor y con mortal palidez, giraba la vista en derredor suyo, como buscando algo que había perdido o deseando descubrir lo que mucho había esperado.

Las olosséricas vestiduras crujían con su veloz andar y todo el conjunto gritaba a voces que en ese pecho volcánico había destrozado la acción de las pasiones las más gratas esperanzas y toda consoladora satisfacción.

III

Dirige sus pasos hacia el templo de San Lorenzo, conmovido, taciturno, y al pisar los umbrales de la Casa de Dios, gruesas y desgarradoras lágrimas inundaban sus mejillas, cubriendo su rostro de mortal palidez, que revelaba el embate de las amarguras, la lucha y timidez del que duda sobre el éxito y la bondad de lo que se acomete.

Trepida al entrar, vacilan sus pisadas; distinguiendo de lejos que poca gente había concurrido a la parroquia, mueve la cabeza, sacudiendo su desordenada cabellera como para manifestar su resolución, y lanzan-

do un suspiro angustioso, marcha lentamente a una de las capillas laterales de la iglesia, fija su mirada en torno suyo, aprieta sus manos con doloroso ademán y se postra de rodillas ante la imagen del Crucificado.

Llora, y con angustioso acento pide al Omnipotente, algo que no se atrevía pronunciar, repitiendo tan solo: ¡Dios mío! ten piedad!

IV

Era el desconocido, Don Francisco de Aguirre, presbítero de los más arreglados; vestía con lujosas telas, añadiendo a sus atractivos personales, los perfumes, pedrerías y otros aditamentos con que engalanaba su donairosa y rozagante humanidad, demostrando muy a lo lejos, sus afeminadas y licenciosas costumbres.

Rico y de nobles antecedentes, exponía a sus caprichos el poder de su fortuna, conquistando con dinero los deleites mundanales, los placeres hastiaban su existencia, destruyéndola cada día, con la pérdida de su fortaleza y actividad.

Amaba con delirante pasión a cierta dama potosina, quién lo tenía cautivo y esclavizado, no tanto con su belleza, cuanto con las fruiciones artificiales que a menudo le proporcionaba.

Hacían algunos días que esta mujer se mostraba achacosa, dando amargas pesadumbres al encenegado sacerdote, el que poniendo todo su empeño agotaba medicamentos, reunía empíricos y facultativos, derramaba dinero sin conseguir mucho de tan solícitos afanes.

La mañana que nos ocupa, era de las peores que Aguirre en toda su vida había tenido; por que después de pasar una larga y penosa noche junto al lecho de su moribunda amada, salió desesperado a buscar el último remedio: en ninguna parte hallaba consuelo y después de haber recorrido de puerta en puerta, demandando socorro y favor, penetró al templo de San Lorenzo, para pedírselo al médico universal.

V

Una vez allí, subyugado por ese ardiente frenesí y con la más pura fe en la misericordia del Crucificado, por fin se anima a pedirle el favor que anhelaba: abre los brazos, levanta la mirada y con copiosas lágrimas le dice: «Padre mío! Padre mío! salva a esa mujer! que vuelva a la vida y deje mi pecho la angustia».

Cruje la Cruz donde pendía la imagen del Mártir del Calvario, rechinan los clavos que sujetaban sus sacrosantas manos y sus divinos pies, y repentinamente oye una voz consoladora, que con eco dulce repite: «*Francisco, sana tú del alma y ella sanará del cuerpo*».

Sublimes palabras que hielan la sangre en las venas del sacrílego sacerdote, que postrado y atónito no podía darse cuenta de lo ocurrido.

Siente agitarse su corazón con desconocida violencia, tiembla con extraño sacudimiento, su voz embarga el dolor en su garganta y avergonzado y contrito, prorrumpe en un llanto de arrepentimiento.

Sale confuso del templo, con la vista baja y doloroso ademán; había oído la voz de la Providencia y la oveja descarriada, regresa al aprisco para ser bien recibida por el bondadoso Pastor.

VI

El que ayer ostentaba el poder del lujo y la riqueza, distribuye su fortuna entre los pobres, los huérfanos y los ancianos; cambia sus costosas vestiduras con un tosco sayal, su mullido lecho con un poco de paja y sus luculinas viandas por pan duro y aguá natural.

Se retira al silencio de una celda en el templo de Jerusalén, dedicándose a la vida contemplativa, a la oración y a la penitencia...

Olvida a la mujer que con desordenada pasión idolatraba, huye de la tentación y las pompas del mundo, para entregarse al arrepentimiento y al servicio de Dios.

Poco tiempo después, construyen en el mismo local, el convento de San Felipe Neri y le conceden un lugar preferente, para que pase su vida de penitente y él, humildemente, busca lo más modesto y retirado.

VII

Quince años había llorado sus pasados extravíos, para luego ser un ejemplo de virtud, de mansedumbre y caridad.

Conquistó con su conducta, sus privaciones y sacrificios, elevado renombre y fama de santidad: donde quiera se la veneraba y sus consejos gobernaban la conducta de los hijos de Potosí.

Un día en que del campanario cayó un desgraciado sacristán, *el arrepentido*, lo levantó con estas palabras: «Lorenzo, levántate, en nombre de Dios; sube y vuelve a repicar».—Efectivamente volvió sano a amarrar el lazo que se había reventado.

Durante treinta años tuvo por cama un féretro y por vestidos los cilicios y objetos que martirizaban su cuerpo; por práctica la caridad y el evangelio, y por consuelo la oración.

Murió en 1688, dejando consternada la población y edificantes ejemplos de una vida austera llena de virtudes y resignación.

Lava las manchas de sus primeros pasos, legando a la posteridad la pureza de su nombre, la sinceridad de su arrepentimiento y la confianza que debe tener el hijo en el ilimitado amor del Padre universal. (1)

Potosí, Junio de 1893.

---

1 Sobre este mismo tema ha escrito el señor Tomás O'Connor d' Arlach la tradición titulada EL CRISTO DE SAN LORENZO, que se registra en la página 44 del presente tomo.

La tradición titulada UN DIVINO LLAMAMIENTO por el doctor Luis F: Manzano, que está en la pág 147 de este tomo, versa sobre el mismo tema. N del E.

DE JUAN W. CHACÓN

LAS GANGAS DE UN RICO

Promediaba en esta muy fidelísima Villa el año 1655, continuando a su amparo las muy renombradas y temibles luchas entre Vicuñas y Vascongados, que en muchos infundían miedo y en no pocos terror y espanto: siete años mortales, hacía que el Presidente Don Francisco de Nestares Marín, había puesto sus plantas en la opulenta Potosí, mandado por S. M. Felipe IV para remediar la peste de falsos duros, que con el nombre de *Rochunos*, quitaban el pan de la boca del infeliz menestral.

Era Dn. Francisco Sarmiento de Mendoza, con su *ex*, al alto cargo de Oidor de la Real Audiencia de Lima, el vigésimo de los Corregidores, que pasaba los primeros cuartos, de la luna de miel de su gobierno codiciado.

Por este año y entre estos hombres, vivía muy tranquilo un archimillonario, azoguero de alto rango, casado a las seguras y de limpia y proverbial conducta; padre de dos lindas joyas, que a más del brillo de su metal, resplandecían por su virtud: era D. Antonio López de Quiroga, católico a las derechas, modesto consumado y con plaza gratuita entre la estimación general. Su carácter caritativo, servidor y humilde, con ribetes de excentricidades munificientes, vulgarizaba su nombre y fama y desde Munaipata al otro extremo, se oía repetir: «Después de Dios, Quirós».

Este potentado de antaño, que es el anverso de la medalla de los de ogaño, no solo por el *tanto y cuanto*, sino, y mucho más por el «solo para mí» del que los de hoy hacen *santo* y *seña*, tenía la buena costumbre de buscar por doquiera, donde derramar el bálsamo del consuelo, *contante* y sonante, para mitigar el dolor que causa una heridilla producida por la vejez, el pauperismo o la miseria.

Era una noche de las brumosas y frías del atérmano Junio, en que cada mochuelo en su olivo buscaba alivio al despótico dominar del desapiadado invierno, las sinuosas y oscuras calles de esta renombrada tierra, se hallaban escuetas y sin gente; con excepción de un bulto que silenciosamente se deslizaba por la angosta callejuela de la *Ollería*; iba con paso moderado y ademán de curioso, poniendo de cuando en cuando el oído, junto a las cerraduras, como nocturno aventurero, que con anzuelo en la mano cree hallar un pez en la remanga.

Llega a las *Cuatro Esquinas*, sin ninguna novedad y después de un breve descanso, gira la vista por los cuatro vientos y con entusiasta resolución marcha calle arriba; a poco detiene sus pasos e indeciso y vacilante, entra temeroso en una gran casa de vecindad, que a guisa de bohardillas, rodean el espacioso patio, mezquinas y ennegrecidas habita-

ciones: su mirada recelosa descubre desde el zaguán, varias cabezas que salen y entran, de enmedio de una pequeña abertura de la puerta, que a momentos, deja ver una tenue claridad. Nuestro hombre asaz curioso y observador, sigue sus pasos y fijándose en la dirección de los *husmeos* de inquilinos de testificación, va a pararse junto a una puerta cerrada que muy apenas por las rendijas dejaba vislumbrar una mortecina y débil luz, acompañada a ratos de un ¡ay! y algunas palabras de animación y consuelo, para luego dar cabida al más profundo silencio.

Retirado de allí, recorre las puertas de los que expiaban la vecindad y tocando con los nudillos de la mano y con doliente voz repetía: «Por el amor de Dios una bendita caridad, en esta noche tan fría me muero de necesidad». En cada número contestaban. «Corra el tuno a otro número, que aquí todo está cabal, si el frío lo mata, lo haremos enterrar».

Después de algún rato, convencido de la inhospitalaria mollera de los vecinos, se llegó a la puerta de donde rato antes había partido y golpeándola, repitió su triste demanda: una voz enérgica y argentina entre balbucientes palabras, dijo que entrara y que donde hay un rincón para uno puede servir para dos.

Penetra el individuo y a la penumbra de la *titilante* luz, pudieron distinguir un hombre vestido de paño burdo con gruesos y mal aliñados zapatos, cubierto con una descolorida capa y sobre un pañuelo de algodón que le ceñía la cabeza, un sombrero de *vicuña* que hacía años había perdido su novedad; su fisonomía agradable y sus humildísimos modales, habían inspirado confianza a los dueños de la modesta estancia. Sobre una cama, tendida en un mugriento catre, se veía una mujer, que con la cabeza amarrada sorbía un poco de caldo, fijando su mirada recelosa en otra vieja y fea, que en su regazo al parecer tenía un niño, una que lavaba unos platos y atendía a su fogata, más un pensativísimo varón, formaban el conjunto viviente de aquel lugar.

El huésped toma un rincón, el dueño le parte de su lecho un cuero de cordero, la enferma pide un plato donde divide su mal alimento y le da al recién venido con estas palabras: «Ya tengo un hijo varón, pide a Dios hermano que sea bueno y fiel esclavo».—El otro responde agradeciendo la inesperada acogida.—«Confío en El que así lo sea; pero permitidme un favor: que yo os consiga el padrino, pues que siquiera con esa pequeñez quiero pagar vuestros beneficios: de esta casa huyó la caridad y solo vosotros, aun en medio de vuestras agitaciones y penurias, habeis tenido compasión de un pobre; Dios os premiará!»

Gustosos aceptamos vuestro ofrecimiento, contestaron los consortes y mientras daba fin con su parte, arguye la vieja, (que sería la consabida comadrona). Y «te hallais capaz de tamaña bagatela, vos que solicitais favor en esta pobre casa?» ¡Bendito Dios! que será otro tan haragan como tú.....

Señora, contesta, ahora mismo lo haré, todos somos hijos de un padre bondadoso, y por qué, el que hoy pide, mañana no podrá dar?

Buscaré a alguien: comprended que el pobre puede tener siquiera un amigo, porque felizmente esto no constituye la riqueza.

Con estas palabras agradecido salió; los dueños lo atajaron, y la vieja decía:—«Son las once de la noche y va en busca de otra cama, nada espereis de ese papanatas que solo tiene la boca dura»—Con mil comentarios pasaron la noche y sirviéndoles siempre de tema el bendito «*busca padrinos*».

Al día siguiente el sol se mostraba remolón y en niebla fría pasaba las primeras horas la admirada Potosí; cuando el momento que menos, se presentó el anciano, acompañado de dos indios con no pequeñas encomiendas; al verlo de nuevo en la casa la comadrona, y con los rezagos de la noche, en son burlesco y por saludo le sopla: «¿Cuál de los dos es el padrino?—y tan modesto el otro se dirige hacia los padres y les dice: «manda el padrino esta pequeñez; utilizadla en mantillas para el nacido» luego hace que dejen los indios, dos envoltorios mayúsculos.

Se salen y aun nada barruntaban los favorecidos; al examinar el presente, ven que dentro de telas y bayetas, frazadas y cobijas, dormían dos taleguitos con no pocos pesos y con un papel que decía: «A las 7 el bautizo, en la iglesia de la Compañía de Jesús».

Admirados y suspendidos, con los ojos bien abiertos, creían un sueño o el milagro de Sn. Antonio: la vieja mil cruces se ponía y la vecindad curiosa felicitaba el acontecimiento, por ser Dn. Antonio López de Quiroga el afamado rico y filántropo, el autor de tales cosas.

Llegada la hora, van al templo todos y en suntuoso presentamiento, hacen cristiano el chico, con gran pompa y cortejo.

Ruegan admirados todos al padrino, que mendigando noche antes, hacía feliz una familia, para que por un momento y con la familia visiten a la comadre: marcha Dn. Antonio, con su señora, sus hijas y su muy larga servidumbre, después de los preámbulos y agradecimientos, les sirven un poco de la consabida mistela, con su seguidilla de mazapanes y vizcotelas, y tras esto en placentera algazara, entona con su vigüela, el entusiasta compadre, estas coplas:

"El ahijado pues siga
las pisadas al padrino
y en este triste camino
el Hacedor los bendiga".

Tras un largo jaleo, al compás de la guitarra, donde todos mostraban cara de fiesta, repetía el fulano, tan contento y tan feliz:

Que por sus buenas acciones
colme de bienes Dios
en sus minas y peones
a nuestro padre Quirós".

Los padres con algunos amigos y parientes, bailaban y cantaban manifestando su agradecimiento. Don Antonio complacido por sus obras, les dice: «Al pobre no cerreis la puerta y sea la caridad vuestro afán, pues la misericordia divina nos da algo para partir con el que necesita más».

Dejaron la casa, con ella la gratitud y el ejemplo, donde todos entusiastas repetían: ¡Después de Dios Quirós!

¡Qué buenos aquellos tiempos en que la riqueza era empleada en la práctica del bien, para luego convertirse en la tiranía de los pobres y el elemento corruptor.

Potosí, Junio 29 de 1893.

¡NO MAS BUENOS!

DE JUAN W. CHACÓN

I

En tiempos algo lejanos, de los que solo fruitivos y seculentos recuerdos se conserva, existían en esta mirífica y admirada Villa, dos parejas, a cual más singulares, admirables y admiradoras, con visos bien extraños a antitéticos conjuntos.

Pasaban 15 años, que la Villa Imperial recibió escudo de armas de S. M. Felipe II. y..... de que los reinos de España aplaudieron el descubrimiento del sirviente de Villarroel: como las alabanzas y comentarios encomiásticos levantan pedestal y hacen de los alabados el *Grajo* de la fábula, era muy natural, que los hijos del ubérrimo Potosí, remangaran la nariz y altaneros y engreidos, quisieran mucho y pudieran poco; por que la pretensión es descontentadiza y el orgullo intransigente.

II

Era la buena época, todos afanosos y a poca costa tenían saldo después de un balance de despilfarros y gastos: aquí y Porco y en otras regiones más, se encontraba, lo maduro, lo sin hueso, ni cosa perjudicial.....En este feliz tiempo, tan simpático y dadivoso, vivían en cierta calle, media estrecha y flexuosa y casi frente a frente, Dn. Roque Anzoátegui, unido en primeras nupcias, con Dª Fernanda López, (el primero hijo de riquísimo azoguero y la otra, no lo sé, pero tenía como todos de entonces, sino mucho, un algo y grueso) y Dn. Martín Peralta, casado en iguales, con la muy buena criolla Teresa Alzugaray; dos matrimonios rivales y de no darse «*los buenos días*», que se odiaban, como hacerlo podían, el vicio y la virtud.

Roque vivía de sus rentas y como rico no dejaba donde acomodar sus caprichos y a estos su dinero, hombre de huelga y aristócrata del trabajo, sentía mal, el encontrar el pan *con el sudor de su frente* y la pasaba muy bien entre sus amigos y en la taberna del *Garito*, donde como en todas, se jugaban sumas dignas de hacer una *fortuna* por estos misérrimos tiempos. Su mujer, la gordiflona Fernanda era pareja de su marido, indolente para su casa, era solícita para.....la calle y aprovechaba las oras de ocio, los mortificantes momentos de soledad, para tenerlo a un *fundidor o Caperuzero*, quién consolaba lo soledad de la esposa..... El suegro de Fernanda, como cristiano de antaño y de godas usanzas, tenía bajo su almohada, su mortaja de franciscano, para el momento supremo y no molestar a nadie después. Vivían en una sola casa todos juntos y dormían en una sola habitación: el padre al ver las livianas orgías de su hijo, como devoto de San Antonio, hacía que los Martes, no faltasen tres velas al protector de casados; en nombre del Azoguero, de Roque y de Fernanda, repitiendo por siempre:

¡«San Antonio bendito
Reformad a este mal esposo!
Es gastador, es muy ocioso,
Y parroquiano del Garito!.....

Los vecinos de en frente, Peralta y Teresa, eran el claro de nuestro cuadro; el marido, empleado en las Cajas Reales de subalterno quizá, era metódico y muy parco; cumplido hasta la exageración, idólatra del deber, honrado y estimado por todos, progresaba cada día; enemigo de los vicios, del licor y.....las tabernas, era el blanco de juglares, el émulo de Roque y la envidia del Azoguero Anzoátegui: la hacendosa Teresa, de mejores facciones y seductoras formas *la famme* del vecino, se dedicaba con ánimo al hogar, y los momentos desocupados, buscaba ayuda para su consorte, presentándose, con víveres y otras chucherías, en los distintos *Ingenios*, para hacer su cotidiano avío, y al fin de la semana obtener el resultado de su trabajo e interés por su esposo y familia.

Esta pareja mortificaba a la otra, reconcentrando el odio, como en toda época, por que el tiempo solo cambia la forma sin tocar el fondo.....El azoguero lavaba el rostro de sus hijos con las cualidades de su vecindad y pedía a Sn. Antonio, la reforma, y que lo de su casa vaya a la ajena; rogando a toda hora para el uno un poco de seso, método, economía y honradez y para la otra mucha fidelidad, más modestia y alguna labor casera.

III

Cierta noche de rondón, y de algo lóbrega fisonomía, hallábase sóla Fernanda, proyectando algún plan talvez; concebido éste, llama a su criada y manda una epístola anónima a su envidiada vecina tratando de desquiciar a esos esposos.....Prudente ella y magnanimo él, muy poco aprecio hicieron de la obra de la infamia.

Sonreía la maligna y antes que la enviada regrese, entra en la estancia medio oculto y sospechoso, el famoso caperuzero, con dos moldes de barro en las manos, los que al entrar, deja en un ángulo de la habitación.....Regresa la criada y cúmpliendo la orden superior entorna la puerta.....Solos, los dos.....entre abrazos y cariños mataban el tiempo y, olvidaban el deber y el honor, seguros del tardo regreso de esposo y suegro.....

IV

Media noche había pasado, con el *mate* cabalmente; el frío glacial del hiemal Junio, se dejaba sentir y asilenciaba calles, plazas y aun tabernas, cuando se deja oir estruendoso golpe, que a la puerta llama: ella prorrumpe: «¡Mi marido!» y él, toma la mortaja, se la cala con capucha, y agarra en las manos sus moldes para vacíar crisoles..... Entra el potentado azoguero y al recibirle su amadísima nuera, con flébil voz le dice: «¡Nuestro milagroso devoto, mi protector San Antonio, acaba de venir en su busca y le espera en el dormitorio: ha oído nuestros ruegos y las velas de cada Martes, han dado su efecto».

—«¡Bien hija mía! ¡qué dichosos somos, con tan inesperada visita!.....exclama Anzoátegui.

En los umbrales de la estancia encuentra con el milagroso santo, que al ver a su visitado con voz grave y mirada baja, con estas palabras le recibe: «He oído vuestros ruegos! He escuchado los clamores de esta desgraciada mujer! Sé que Roque es incorregible, que los vecinos de en frente, os mortifican con su porte y que envidias su vivir y su suerte; pero, como lo hecho está hecho; he traído los moldes donde se vacían los buenos y para que de hoy en adelante no hayan más émulos para vosotros, ni tengáis que envidiar, en vuestra presencia rompo los moldes y no habrán más buenos!.....Vivid felices! ¡Estimad a esta madre que sufre y calla las penurias del hogar! .....Es hora avanzada y os he esperado mucho! «Adios!»

Sale el picarón disfrazado, deja en la puerta la mortaja del suegro, que, hacía mil comentarios de la celestial visita, pasmado de asombro por tanta grandeza! .....Avisado el parroquiano del Garito, mudó de vida, menos de costumbres: ya no asistía a la taberna de noche y sí, solo de día; acababa poco; pero no tanto.....Los chismes, anónimos y enredos en la vecindad, produjeron su resultado, convirtiéndose Peralta y Teresa, en pareja de sus vecinos, para consuelo de Fernanda; cumpliéndose en todo las palabras del *Santo*.

V

Rotos los moldes! maldita ocurrencia! para que hoy como ayer se lamente la falta de probidad, rectitud y honradez para que el deber se convierta en mito y sean escasos y raros los que practiquen la virtud y hagan el bien; para que abunde lo dañoso y digamos desconsolados: «ya no hay buenos!»

Potosí, Noviembre 16 de 1891.

JUAN W. CHACÓN

AMOR CON AMOR SE PAGA

Al Dr. José D. Berríos—Presidente de la Sociedad "Alonso de Ibañez".

I

Por aquellos muy felices tiempos, en que esta importante y renombrada Villa Imperial de Potosí, era el cebo y la codiciada golosina del mundo entero, paseaba su real persona, por toda la población, el señor D. Andrés de Paz, con su título de Licenciado y Teniente de Corregidor de esta tierra: hombre astuto y ambicioso, que como muchos, solo veía en el *poder*, el *modus* de catar, cuanto su apetito exigente lo pedía; venido de *ultra*, en reemplazo del General D. Pedro de Córdova y Mejía, que en mérito a sus *buenas obras* fué llamado a España por S. M. Felipe III, que escuchó la queja de los *criollos*, contra los *chapetones* y forasteros, que, apoyados en la *autoridad*, los ultrajaban con hechos y palabras.

S. M. el Rey, sin temor de equivocarse, creyó que un Paz, no daría guerra y que con los consejos recibidos, sería suave en su trato y de buen tino para no desprestigiar al Rey a cuyo nombre mandaba.

En estas y otras, llegó el gallego D. Andrés, esperado por la Paz; pues que, hasta entonces, se habían encarnizado las luchas, entre *andaluces y vascongados*, ensangrentando este suelo, con detrimento y perjuicio de los naturales del lugar, que por ciertas connivencias personales, defendiendo su honor y protestando contra las hostilidades y vejámenes de los que mandaban en nombre de España, *la absoluta*, llamándose paisanos del Rey y casi casi con derecho divino, hicieron causa común con portugueses y andaluces, para contrarrestar el absorcionismo de *vascos, castellanos y extremeños.*

II

Don Andrés de Paz, pasó dos años informándose del estado de las *minas e ingenios*, de los trabajos y trabajadores y del modo de ayudar al acrescentamiento de los caudales de sus paisanos, a costa del sudor y fatigas del *mitayo:* su tenacidad, impidiendo alguna vez hasta el descanso de los desventurados indios, en algunos días festivos, hacía repetir a los criollos:

«Si Pedro fué tan odioso,
Es más Andrés, y peor,
El uno por codicioso,
Este por azuzador;
Ambos parecen hermanos,
Cual hijos del «*Pescador*».

Verdaderamente en tan poco tiempo, se hizo odioso el nuevo Corregidor, por que a más de su manifiesta sed de riquezas, se dejó comprender por el aborrecimiento que tenía a los del *bando* opuesto: su parcialidad, falta de justicia y sus repetidísimas complacencias con los vascongados y otros, influyeron sospechas en los valientes hijos de Potosí, hasta atribuir la dureza en el trato con los mitayos, al odio que profesaban los peninsulares a los americanos; por que, en toda ocasión, eran testigos presenciales, de la conducta que se observaba para con un extranjero, por enemigo que fuese, hasta de Dios y del Rey.

El Corregidor pretendía dividirlos, y entusiasmando a los unos, los engreía, y deprimiendo a los otros, los apocaba; la rivalidad crecía y los dueños del lugar andaban cabizbajos y maltrechos, repitiendo con altanero ademán:

«Ahora sí, digo que sí,
Que es muy justa nuestra guerra;
Y que es madrastra Potosí
De los hijos de esta tierra».

III

Despuntaba ya el año 1604, cuando el incógnito enemigo de los criollos, Don Andrés de Paz, se declaró en plena *guerra;* apoyado en la fuerza y confiadísimo en su autoridad, creyó que no resistían un soplo impetuoso de su *corregidora* personalidad, los desgraciados mineros, que consumían sus fuerzas, en bien del Rey y del poder español.

Con inusitado orgullo, fragua un desafío por parte de los vascongados, contra los criollos; desafío en el que, bajo toda forma se pretendía la humillación de los hijos de esta Villa.

Exasperados los naturales, por los repetidos vejámenes de que eran víctimas, y estimulados por su honor y por sus gloriosos antecedentes, concurrieron al lugar de la cita, que fué la pampa de San Clemente: allí, en son bélico, encabezados por la fuerza pública *disfrazada* y a mando de su capitán, el Corregidor, esperaban ansiosos los *chapetones,* la hora del triunfo y de las represalias.

Los criollos capitaneados por Eugenio Narvaez, arrogante e impetuoso joven; confiados en la justicia de su causa, comenzaron el combate protestando morir mil veces, que dejar un palmo para el usurpador.....

La lucha había sido sangrienta y tenaz, hasta que, al ver desplomarse de su caballo, bajo el poderoso impulso del acero de Don Eugenio Narvaez, al sostén de *vascos*, huyeron los desafiádores despavoridos, dejando en el campo de batalla 70 muertos y 53 heridos. La victoria había coronado los esfuerzos y el arrojo de los que amparaban su hogar y sus derechos, su honor y el de sus projenitores.....

El gobierno de esta Villa, quedó en acefalía y el hecho de que la autoridad se hizo cabeza de un *partido,* dió lugar a varios comentarios

engendrando irreconciliable odio contra todos los *iberos* y contra el Rey y sus autoridades, que con encubiertas maquinaciones, pretendían adueñarse de Potosí, de sus hijos y de sus riquezas, para tenerlos por siempre de ESCLAVOS O MITAYOS y.....

IV

Refiere el cronista potosino D. Bartolomé Martínez y Vela, (1615) que la Real Audiencia de Chárcas, proveyó interinamente el cargo de Corregidor de Potosí, con el Licenciado Pedro de Ibarra, Oidor de la Real Audiencia, quién, después de ocho meses, regresó a Chuquisaca, por que «*la chispa produjo llama*» y era incontenible la situación en la Villa Imperial, por las reuniones secretas que se organizaron y por la prepotencia que adquirían los criollos.

ALONSO DE IBAÑEZ, llamado por D. B. Dueñas *Fanes* y por Martínez y Vela *Yañez*, encabeza las reuniones y complots; sus prestigios, su esmerada educación en Europa, el amor a su tierra y la posición de su familia, le asignaron ese lugar, para propagar por todas partes, la diferencia con que eran tratados los europeos, de los americanos; las desventuras por las que pasaban, el dominio sin límites que ejercían los españoles, sobre los criollos y la inhumanidad con que eran dirigidos los mitayos; la ninguna libertad de que disponían y el comercio a que se hallaban sugetos, reducidos a cosas.....

Don Eugenio Narvaez, que obtuvo el triunfo ante el Corregidor D. Andrés de Paz y se hizo el terror de los enemigos de Potosí y de sus hijos, ocupó el segundo lugar entre los conjurados y fué enviado a La Plata, para ponerse de acuerdo, con algunos americanos, *que pretendieran mejorar su suerte;* evitar los ultrajes y hostilidades de que eran presa, *enervando las desigualdades y reclamando justicia.*

V

Don Eugenio Narvaez, potosino muy bizarro y de intrepidez a toda prueba, era joven de 30 pascuas, más o menos, de padres ricos, de buenas relaciones, y con cuantas cualidades pueden apetecerse para andarle muy cerca, a una hermosa criolla, con ojos de cielo y labios de rosa, que por él, mil suspiros botaba al aire por día.

Anarda Trujillo, retoñito de D. Felipe Trujillo, *importante* azoguero y mercader de plata, era el ídolo de los pensamientos y la niña de los ojos del vencedor del Corregidor Paz, ella era la que lo alentaba, prodigándole palabras consoladoras en su riesgosa empresa, ella, quién influía en él, para que coronado por el triunfo y aclamado por mil votos de gratitud, de potosinos y mitayos, le diera el título de *esposa*, estrechando ese amor puro que vinculaba esos dos corazones.

Llamaba el deber a Don Eugenio y para satisfacer, aun, las aspiraciones de Anarda, debía ponerse al frente del peligro y defender siempre con entereza el *derecho de sus hermanos*.

Ocultamente y la víspera de su marcha a Chuquisaca, se entrevista con la que debía ser su mitad querida y después de haberle comunicado el objeto de su viaje, recomendándole actividad, cuidado y sigilo, la estrecha repetidas veces contra su seno y se despide.....

VI

A mediados del año del Señor de 1616, había tomado posesión del cargo de Corregidor de Potosí, el General D. Rafael Ortiz de Sotomayor, que como completaba la docena entre los de ese cargo, fué recibido con mucha algazara y gran contentamiento de los mirlados de gola.

Rodeado de andaluces y vascongados, al principio, tuvo que segregar de sí a cuantos parecieran un obstáculo para la libre manifestación de sus odios y simpatías, hasta poder formar un pequeño núcleo, muy acomodable a sus caprichos.

El Excmo. Sr. Dn. Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache y duodécimo Virrey del Perú, mandó a principios de 1617 una incitativa al Corregidor Dn. Rafael, previniéndole que, «de su prudencia dependía, el remedio a las sangrientas luchas, que enrojecían el suelo potosino; pero como éste, era pasionista y partidario de los *vascongados*, no le faltaba su dosis de prevención para los criollos y con no escasos pretextos apresaba por un *¡viva!* y deportaba por un «tus ojos mal me miraron».

La situación se agrababa y el mal crecía; esbirros a millares delataban nuevos hechos, para que la autoridad, pretendiera *moderar* con el terror.

VII

Los hijos de Potosí, abrumados por tamaña carga, redoblaron su actividad y esfuerzos para arrojar, lejos de sí las violencias y crímenes que cada día se cometían.

Don *Joséph Alonso de Ibáñez*, popular y abnegado caudillo, organizaba con ardor, los distintos grupos de *conjurados*, que sigilosamente tenían sus reuniones nocturnas en diferentes casas de la Villa, para discutir los medios de conseguir armas, dinero y *aprestos* bélicos, y ordenar el plan de ataque y defensa contra los desmanes de la usurpación opresora.

En los puntos de reunión, al juntarse los *criollos* eran reconocidos por cierta señal y al instalar sus trabajos, juraban *por Dios, el honor y su espada*, librar al pueblo de la ambición de un hombre que con el título de Rey, sostenía el robo, la usurpación y el crimen; juraban arrancar de las manos de sus victimadores, la libertad de que carecían y la justicia, para los que siendo hombres como ellos, eran condenados al trabajo forzado, las contribuciones y la mita. Al retirarse de allí, todos prometían propagar la idea, guardar el secreto y conseguir más adeptos.

Persecuciones de todo género se desencadenaron, y sólo la causa que defendían podía ponerlos, a cubierto del furor de sus enemigos.

Noche por noche había luchas parciales entre vascongados y criollos; los unos se escudaban con «¡viva el Rey!» y mataban y herían; los otros como manifestaciones de dolor y sufrimientos, repetían «¡Muera el Rey»! «Viva la justicia»! y esgrimían sus armas con denodado valor.

Súpose que *Alonso de Ibáñez*, era el jefe de la conjuración; descubierto el plan, pretendieron sorprenderlos; pero avisados también los otros, atacaron a la Autoridad, pelearon con heroismo sin igual, y se retiraron ante la desigualdad de armas y número de combatientes, para reforzarse y luchar con toda la fuerza de que podían disponer.

Cebadillas, Chulchucani y otros lugares, fueron testigos de tanta abnegación y denuedo; mas, la fortuna les fué adversa entonces, por que los frutos que debían recojer, aun no estaban sazonados.

Cayeron prisioneros en poder del Corregidor, Alonso de Ibáñez, el Capitán Moreno, el Alférez Flores, Don Pedro Jiménez, el Alférez Zapata, Don Matias Veresano y muchos otros criollos.

La muerte hizo extragos en los campos de batalla y la inhumanidad de los vencedores, en las prisiones y las familias de los vencidos.

VIII

Júzganlos *enemigos de Dios y del Rey*, porque habían cometido un delito de *lesa Majestad*, al querer quitar a la corona las regalías de que era dueña, en hombres, vidas y haciendas; porque, levantarse a mano armada en defensa de un suelo *adquirido por la conquista* y la sucesión de S. M. Carlos V., merecía la pena mayor; porque ningún vasallo tenía que oponerse a las reales determinaciones, emanadas de Dios.

Dicho y hecho, el 15 de Mayo de 1617 sacan de la cárcel a D. Joseph Alonso de Ibáñez, a Moreno, Flores y otros, con el sambenito, ya después de haberles leido la sentencia y tenerles preparada la horca en la Plaza del Regocijo, donde debían expiar su crimen.

Con paso firme y actitud resuelta, marcharon los condenados al suplicio y Alonso de Ibáñez al ponerse él mismo la soga al cuello, exclama: «*¡Dios de Justicia, salvad la inocencia!*» «*¡Velad por este pueblo!*»

Expiraron con la sonrisa en los labios; y Jiménez, Veresano y otros fueron conducidos, a *las prisiones de Chile*, maniatados y con señal de ignominia.

Del proceso, resultaba también comprometido D. Eugenio Narvaez; y el Corregidor D. Rafael Ortiz de Sotomayor, pidió que se le sentenciara como a Ibáñez, por haber sido el victimador de D. Andrés de Paz.

El cuerpo de los ajusticiados, permaneció colgado en la horca, mientras se pregonara, con gran aparato en las esquinas de la Plaza y

las calles, *que las ideas propagadas* por Ibáñez y sus compañeros, eran indignas de los leales vasallos y de los que abrazaban la Religión del Cristo.....

Para intimidar más al pueblo, cortaron las cabezas de los *conspiradores* y con cajas y clarines, las trasladaron al *rollo* del camino que da a Chuquisaca, para colocarlas allí, en unas picas, con esta inscripción en el cuello: «*Los enemigos de Dios y del Rey*».

IX

La tarde del 15 de Mayo, presentaba un lúgubre aspecto, los sayones con las manos tintas en sangre, querían aminorar la magnitud del hecho, con vanas palabras, para calmar la justa indignación del pueblo.....

El sol ocultaba sus postreros rayos, detrás de las cumbres de occidente y con su débil y blanquecina claridad, iluminaba al *pueblo potosino*, que armado y colérico pedía *cabildo abierto*, venganza para sus defensores y la muerte del Corregidor!

Don Rafael al oir a la muchedumbre que ebria de furor repetía: «Afuera chapetones!» «No queremos más amos!» y mil denuestos a la autoridad, pudo apenas fugar y refugiarse en el Convento de San Agustín, en cuyas bóvedas permaneció oculto dos días, para salir de allí ocultamente con dirección a Lima.

El pueblo sólo quiso hacer ver que era dueño de su tierra y señor de sus actos y sin más venganzas que para los infames que delataron a los conspirados, llamaron al Justicia Mayor para que pusiera algún remedio y comunicara al Rey, lo que reclamaban.....

X

Se hizo cargo del gobierno de la Villa, un grupo de individuos, que, sujestionados por los vascos, pretendían ajusticiar a Don Eugenio Narvaez.

Don Felipe Trujillo, padre de Anarda, que pertenecía al *gobierno colectivo*, comunicó a su hija tal intención, refiriendo además, cuanto de él sabían.

La joven enamorada, ardiente potosina y fiel a sus convicciones y amor, envió un emisario incógnito a Chuquisaca, para hacerlo traer o anunciarle todo a su amado Eugenio.

Frustrados los planes, sin efecto la tentativa, Narvaez, moría de desesperación; cuando su confidente, la mujer que con toda su alma amaba, le comunica su sentencia y le dice: «¡Ven, no caerá la infamia sobre el que pertenece a mi corazón! Si mueres, moriremos juntos y recibirá Dios, nuestro último aliento, ligado y unido, como en vida lo estamos por el amor»!.....

XI

Llega con toda precaución Narvaez, en momentos en que la justicia lo tenía, cerca a la trampa.

Anarda que todo lo sabía lo hace llevar a su casa y ocultamente prepara la entrevista; al recibirlo, le dice: «¡Estás perdido, todo lo saben y hasta mi padre apoya la iniquidad!» «¡Valor! que quien defiende la justicia, no puede ser ajusticiado!» «¡Valor! que yo jamás me separaré de tí!»...Al decir esto le invita una copa de vino, y ambos apuran el contenido y se estrechan, abrazándose fuertemente!.....

No tardó mucho, que los dos cayeron al suelo, siempre unidos y abrazados. ¡Nacieron para vivir juntos, y se unieron con la muerte!

Potosí, agosto 18 de 1894.

DE JUAN W. CHACÓN

LA CORONA DE UN MINERO

o

Salir de Potosí y ser Rey

Al Dr. Modesto Omiste

I

Habían pasado los primeros días del año de gracia de 1561, con las tristes amarguras de los hijos de Potosí, que, agobiados por una mortífera epidemia, se vieron obligados a buscar un *Santo abogado*, que intercediera en el cielo por los vecinos de la gran Villa imperial, que, sin conmiseración, ni emplazamiento sufrían los flagelos de *secas y pestes:* elegido San Agustín por compañero de Santiago y por mayoría de votos, los electores, para no resintirlos, les hicieron defensores mancomunados y dueños *inpartibus*, de las minas de este *Cerro rico.*

Calmadas las penurias y alarma de mineros y trabajadores; colmadas las lagunas de agua, para el beneficio de la nueva Ciudad de Villarroel, comenzaron las labores de minas a dar el espléndido fruto de sus entrañas y a desarrollar en todos la actividad más emprendedora.

Por este año cabalmente, llegó a presentarse ante la autoridad, que gobernaba a nombre de S M. Felipe II., el Capitán Georgio Zapata, cuyos títulos en italiano demostraban haber servido con valor y lealtad la causa del Rey y de la cristiandad, obteniendo el grado de Alférez y de Capitán, al mando del Virrey de Sicilia, Duque de Medinaceli, de quién antes de la batalla de Gelves, pidió su pase a América, como había sido informado el Excmo Sr. Dn. Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, IV Virrey del Perú.

II

Don Goorgio Zapata, por el mal estado de su fortuna, protestando contra su paupérrima situación, resolvió colgar su chafarote, a trueque de un *barreno o espadilla*, que le hiciera saborear el manjarcito de la riqueza.

Confiado en el porvenir y en los ubérrimcs filones del poderoso Potosí, busca trabajo en sus minas, antes de echar una chafarrinada en su carrera militar.

El se decía: *El trabajo y la perseverancia, me hicieron Capitán, con el trabajo y labor seré azoguero y Señor.*

El estado de las minas y su creciente progreso en gruesísima explotación, eran una esperanza para Dn. Georgio, y con el nombre de Capitán Zapata, pretende acomodarse en cualquier trabajo, en la mina de Centeno que a la sazón, era un chorrito de plata.

Don Gaspar Botti, era uno de los interesados o socios de la empresa; ante él se presentó el Capitán en demanda de una colocación, pero, como creía Dn. Gaspar, que un Capitán, más falta hacía en el servicio de las armas, trató de entretenerlo. Como el necesitado tiene más ojos que Argos, trabó relación, con el *minero* D. Dodrigo de Pelaez, que por conmiseración, le hizo aceptar en la casa, con sus recomendaciones, y el sueldo 20 $ semanales, que él se los pagaba por la ayuda, y por su actividad.

III

El Capitán Zapata, algo mejor ya de bolsillos y dinero, conquistó la estimación y confianza de Dn. Rodrigo de Pelaez, hasta el extremo de hacerse su confidente, vivir juntos y tratarse como hermanos.

Esperanzado en la prodigalidad del Cerro, comenzó a *catear*, buscando alguna buena veta que lo sacara de pobre o siquiera un *ojo* que lo mirara compasivo y misericordioso.

Como *audaces fortuna jubat*, era muy natural que el venturoso Capitán, encontrara muy buena partida y mejor bocado en una antigua labor que, por poco productiva, fué abandonada por sus primitivos trabajadores.

La veta descubierta tomó el nombre de la «Zapatera», en honor del que la descubrió, y en señal de gratitud, se formó un triunvirato minero, compuesto de D. Gaspar Botti, D. Rodrigo de Pelaez y su amigo el Capitán; debiendo los primeros cooperar con dinero y obreros y el último con sus esfuerzos personales.

La mina abandonada comenzó bajo inmejorables auspicios, llenando el corazón de los socios de consoladora esperanza.

«Es fortuna veleidosa,
Que a *unos*, por *otros* quita:
Al que es rico le ingurgita,
Y al que es podre le da *broza*

Pasaron cinco años de constante trabajo, y de abundoso provecho, hasta que la muerte les privó de la influencia y conocimientos de Don Gaspar Botti, quien, a su muerte, dejó parte de su colosal riqueza para que sea distribuida entre los pobres.

Sus compañeros, que por entonces ya se hallaban en el rango de los potentados, no quisieron quedarse atrás y unieron fuertes sumas a las *mandas* del finado: así que, el día de su entierro, se supo cómo los muertos influyen en la caridad de los vivos.

Después de sus exequias suntuosas, se distribuyó gran cantidad de dinero entre la clase menesterosa, pidiendo rogara por el alma de Don Gaspar.

Felices aquellos que ven en la humanidad su propio ser y en cada desvalido un hermano. Por ellos con razón dijo Quevedo:

«Al asiento del alma suba el oro;
No al sepulcro del oro el alma baje,
Ni le compita a Dios su precio el lodo:
Descifra las mentiras del tesoro,
Pues falta (y es del cielo este lenguaje)
Al pobre mucho, y al avaro todo».

IV

Después de diez años de permanencia en Potosí, reunió la friolera de 2 millones de pesos; deseoso de regresar a su país, comenzó a rescatar oro en Chichas, a liquidar sus cuentas y distribuir trabajo, entre los que realmente lo necesitaban.

A los quince años de vida en Potosí y después de haber recogido el oro que mandó rescatar en La Paz y otros lugares, se fué, con 12 @ de este metal y 2.000,000 $ en plata.

Dejó angustiadísimo a su leal amigo, sin que perdiera la esperanza de verlo otra vez.

Pero, de dónde era? Ni él había hablado nunca de su nacionalidad; ni Don Rodrigo, en medio de tanta intimidad, se lo había preguntado jamás.

Nada se supo de él y solo se conservaron muy gratos recuerdos.

"De un amigo la partida
Mucho deja que sentir,
Pues solemos en la vida
Con él, miserias partir".

V

Para conocer las figuras claras, diremos quien era el Capitán Zapata, el riquísimo minero que regresó a su país cargado de oro y plata.

Era un turco de nacimiento, llamado Emir Sigala, que militaba bajo las órdenes de Dragut, que hacía guerra y resistía las tentativas de Andrea Doria defensor de los cristianos.

En 1550, cuando el almirante Andrea Doria, habiéndose reunido con las galeras de Nápoles, mandadas por D. García de Toledo, hijo del Virrey, pasó otra vez a las costas de Túnez, recobró Monaster y Susa; y reforzado con las galeras de Sicilia, al mando de Juan de la Vega, Virrev de la isla, puso sitio a la ciudad de Africa, llamada Mehedia por los árabes, [hoy Melilla] y la tomó después de sangrienta lucha, fué hecho prisionero Emir Sigala, joven de mucho valor, simpático y sagaz.

Después de la toma de Mehedia, quedó a cargo del Virrey de Sicilia, D. Juan de la Vega, quien lo hizo militar, para que después, se distinguiera en el ejército hasta llegar al grado de Capitán, con el que pasó a América, para tomar asiento en Potosí, cuya fama llegó a sus oidos y produjo el májico deseo de ser rico y de ser rey.

Con la ingente suma que extrajo del Cerro de Potosí, tomó el camino de Constantinopla a presentarse y ofrecer su obediencia al Sultán Amurates III, quien admiró mucho al ver la forma del Cerro, que se la ofreció Sigala en un obsequio de oro macizo, con piedras preciosas que representaban las bocaminas.

El Sultán recompensó al hijo leal de la Puerta, que regresó por el amor a su tierra cargado de caudales, con el cargo de General de Galeras, distinguiéndolo mucho, al igual de su hermano Kara Sigala, que creyéndolo muerto clamaba venganza contra los cristianos.

Disfrutaba el Capitán Zapata de todo bienestar y boato oriental, con la plata que llevó de Potosí; era uno de los hombres más importantantes, y Mahomet III lo hizo Visir, confiado en su pericia militar y su talento; hizo con él la toma de Agria, con éxito muy feliz, lo que le valió la corona de Argel; el ser rey en su país y el ver realizados sus sueños.

Don Pedro Méndez, refiere que fué Gobernador de Argel, pero Martínez y Vela, Dueñas y otros dicen que fué rey.

Era un Rey humanitario, que aun sin haber sido cristiano, sabía cumplir sin alharaca la caridad evangélica.

VI

Don Rodrigo de Pelaez, natural de Oviedo, regresó a su país a disfrutar de cuanta gollería pudiera brindarle un caudal respetable, que por sí sólo era suficiente para conquistar mil jolgorios, posición, encumbrada grandeza y otras fruslerías.

Pasaba días felices y noches agradables junto a su familia, en medio de sus amigos de la infancia y rodeado de los más gratos recuerdos, que por doquier proporciona el lugar de nuestro nacimiento, el amado suelo de nuestros antepasados, nuestro querido campanario.....

Pero, viendo que la diferencia del valor de las mercaderías, entre el costo en Europa y el que alcanzaban para su venta en América, podía proporcionarle una pingüe ganancia, se propuso emprender un negocio y regresar a Potosí, de comerciante.

La intranquila situación de España, apresuró su viaje: llegó a Cádiz a principios del año 1596: aprestaba sus cargas para tenerlas dispuestas el día de su marcha y compraba cuanto veía que le podía producir alguna utilidad.

Es la ambición,
pozo sin fondo
del corazón....

Dejemos a Don Rodrigo en sus afanes y veamos los antecedentes históricos, anteriores a esta fecha y que prepararon los sucesos que debían desenvolverse.

VII

El Rey Felipe II resentido con Inglaterra, por que la Reina Isabel ayudó al hijo del príncipe de Orange, con el envío de 6,000 hombres a las órdenes del conde de Leicester, negó a los ingleses el comercio con sus estados. «Esta medida imprudente» como la llama al Conde de Segur, dió lugar a que el Gobierno inglés, enviara a Francisco Draque «uno de sus más célebres marinos, con una escuadra para infestar las costas españolas en ambos mundos».

Duraba algunos años el encono entre ambas potencias y en 1596, pasó Francisco Draque a América con una armada de 27 velas, y el almirante Howad, con 23,000 hombres de desembarco, mandados por el célebre conde de Essex, se presentó delante de Cádiz, obligando a los españoles a quemar los pocos buques que ahí poseían.

Vencedores los ingleses, penetran en la Ciudad, entregándola al vandálico furor y excesos de la soldadesca.

Saquearon sin conmiseración la Ciudad de Cádiz, sembraron por todas partes, el dolor, la miseria y la muerte, y satisfechos con un valioso botín, regresaron a sus naves, llevándose cautivos por docenas.

Víctima fué también Don Rodrigo de Pelaez, que perdió su fortuna, sus esperanzas y su libertad.

Fué hecho prisionero por el *cabo francés* Fuxino de Praet, quién lo llevó como a cautivo, sin tener ninguna piedad con él.

Triste condición de la vida! que lo que más se anhela no se adquiere! Tras la esperanza el desencanto!.....

Lo que trae a la memoria este cuarteto:

«Quién para pobre ha nacido
Aun que en Creso se convierta
Será pobre, cual ha sido
Y cuando menos lo advierta».

El cabo Fuxino, lo llevó a Inglaterra, en cuya Capital adquirió otro, que debía servir de compañero a Don Rodrigo.

Con sus dos cautivos, pasó de Londres a Tolón, donde después de algún tiempo llegaron Rustran y Maimeto, enviados del Gran Turco ante el Rey de Francia.

Fueron regalados los cautivos, a los Representantes Otomanos y tocó a Maimeto Don Rodrigo, quién se amargaba mucho de su desgracia.

Fuxino de Praet quedó complacido de sus obsequios, por que significaban ante los turcos, el valor de su pericia militar y el recuerdo de sus hazañas de guerra.

VIII

Era una tarde ardiente, de esas que en las regiones africanas marchitan su exhuberante vegetación, el Rey Emir Sigala, salía a pasear bajo de sombrillas multicolores, por su favorito jardín, el mejor de Argel, donde se encontraban dedicados a la horticultura, dos cautivos, que su hermano Kara Sigala se los había mandado.

Llega al trecho donde trabajaban regando el terreno con abundoso sudor y al ver la demacrada fisonomía de uno de ellos, manda que descanse de su faena cotidiana.

Sin repetir una palabra más, sale contristado y del alcázar, ordena que conduzcan a su presencia al que de antemano indicó.

Un hombre de cabellos y barba crecida, de aspecto taciturno y pálida faz, se presenta de rodillas ante el Rey.

Emir Sigala, hace salir a los de su servicio y con voz dulce y compasiva le dice: «Alzate Rodrigo y ven junto a mí».

El cautivo al oir su nombre y ver que un Rey le esperaba con los brazos abiertos, turbado de dolor y admiración le contesta:

—Soy vuestro siervo y este es el lugar que me corresponde.

Sigala, bajando de su trono, le toma de la mano y le repite:— «Alzate que la amistad no tiene reyes, ni tiene siervos: ven, en tan poco tiempo me has olvidado? Tu Dios y Alá benigno, han querido juntarnos y si tu sorpresa es grande, es mayor mi placer, por que me figuro que nos hallamos en Potosí, que trabajamos juntos y que partimos como hermanos el fruto de nuestro trabajo!».....

—Don Rodrigo le interrumpe.—Me llenan de vergüenza vuestras palabras y vierten en mi pecho el más amargo dolor!.....¡Potosí!, la cuna de mi prosperidad y de mi fortuna, hoy lejos de ella, solo vivo para morir!.....No os conozco Señor! no me amargueis, soy vuestro siervo, que obsequiado y vendido, he venido a serviros.....

—Don Rodrigo de Pelaez, le dice—has olvidado al Capitán Zapata? ese que mereció tus favores y debe a Potosí la vida, el ser Rey y su más eterna gratitud, soy yo; abrázame; quiere la suerte que nos juntemos y será para servirte!.....

Al decir esto, se abrazan fuertemente, confunden sus caricias y mezclan sus lágrimas entre cautivo y Rey..... .....

Lo trata como a príncipe, le da dinero y libertad; pero, como Don Rodrigo, quería volver a España, no condesciende en quedarse a su lado; le pide como última prueba la libertad de su compañero.

Consiguió todo y con sorpresa de argelinos y mahometanos, salieron para España los cautivos, en medio de grandes muestras de agasajo y estimación.

Emir Sigala, agradecido para Potosí, dió una carta a Don Rodrigo de Pelaez, para los hijos de la Villa Imperial: fechada en 20 de junio de 1598, en la que manifestaba su gratitud y hacía votos, por su engrandecimiento y prosperidad; por que, los que tienen la suerte de ver la luz de la vida en las faldas de su Cerro Rico, trabajen unidos por la felicidad de ese emporio de grandeza llamado Potosí.

¡Que tus hijos, madre amada
Anhelantes de tu gloria,
Trasmitan siempre a la Historia
Esa gloria ya alcanzada!

IX

Llegó a España Don Rodrigo de Pelaez en medio de la aclamación general y después de hacer sacar muchas copias legalizadas de la carta del Rey de Argel, mandó a esta ciudad el original.

El pueblo todo quedó pasmado de tan notable acontecimiento por que, en los largos años que vivió como minero el Capitán Zapata, no se le notó, ninguna señal que pudiera manifestar su nacionalidad, ni el ser enemigo de la Religión del Crucificado.....

Hoy se conserva aun el nombre de la veta «Zapatera» y ese nombre es testigo, del aprecio que tuvo un turco a esta tierra; ojalá, que los que con más razón deben quererla, sigan el noble ejemplo, traducido a la *práctica*, del que saliendo de Potosí, llegó a ser Rey.

Potosí, septiembre 10 de 1894.

POTOSINA, FIEL Y FINA

DE JUAN W. CHACÓN

I

Era la tarde del 25 de julio del año de gracia de 1583, el sol con su blanquecina claridad realzaba el abigarrado conjunto de los habitantes de Potosí, que reunidos en alegres comparsas en la «Plaza del Regocijo», festejaban el solemne día de Santiago, patrono de la Villa, con zarabandas sin igual, con juegos de cañas y con todo cuanto podía inventar el orgullo, la munificencia y la ostentación de los azogueros de la *Ribera*.

Por todas las calles de la Ciudad cruzaban aguinaldos, máscaras, disfrazados y pandillas placenteras, precedidas por bullanguero instrumentario que zangarreaba con cuerpo y alma, acompañando a su guitarra, festivas y picantes coplas.

Todos se afanaban por contribuir con algo que podían, a ese concierto grandioso, en el que ninguno debía escaparse, so pretexto de incomodar al *dueño* de las ricas vetas y filones que mantenían millares de gentes en el soberbio «Potoc-uno».

La algazara era espantosa y todo el mundo hacía zapatetas de placer, por que había llegado el día de la opulencia, del regocijo y la libertad; caían por tierra las hoscas miradas, la gravedad, las distinciones; todos en amigable y satisfactoria armonía, participaban de las grandezas con que los hijos de Villarroel obsequiaban al Apóstol Santiago, olvidábanse rencores y rencillas, para acatar el dominio de los *manes* del placer

II

Concentrados en la plaza mayor, esperaban ansiosos el comienzo de los juegos; reinaba allí el lujo más deslumbrador, viéndose jinetes vestidos de ricas telas bordadas con oro y adornadas con pedrería, sobre hermosísimos caballos con valioso enjaezado y herraduras de plata u oro, con clavos del mismo metal y cabeza de piedras preciosas.

Allí, se encontraban Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, que engalanado con ricas joyas llevaba en su escudo un hermoso lucero de diamantes, con rayos de topacios y rubíes, con la inscripción en relieve de brillantes que decía: «*Desde el Alba vine aquí;*» Dn. Pedro de Luna, que vestido de brocado, con adornos de oro y perlas, llevaba en su diestra el escudo de armas, con una enorme *luna llena* de diamantes con valiosas letras en que se leía: «*No la eclipsará ni el sol*» y muchos otros, que veinticinco años más tarde, debían lucir en sus hijos el

poder fabuloso de sus ingentes riquezas, del gusto y orgullo que caracterizaba a los criollos de Potosí.

En medio de aquel deshecho maremagnum donde señores y mitayos, olvidados de sus personas, consagraban todo su anhelo, toda su atención al enjambre de los festejos y festejadores, había un joven que plantado en la esquina del templo de la Misericordia, no desprendía sus gemebundos ojos de una buena criolla, entregando su alma toda, envuelta en sus momentáneos relampagueos; ella por curiosidad o por una impresión conmovedora, distribuía sus miradas entre las ofrendas al Santo y las que el desconocido le dirigía.

Después de singulares demostraciones de puro sentimentalismo y cuando la corrida de la sortija hacía intermedio a la de toros, envía un emisario a lo de Dn. Antonio de Oquendo, padre de la dama relamida que inciñeraba el corazón de Dn. Iñigo de Escobedo, disparando mosquetazos de amor a quema ropa: llevaba el enviado la comisión de ofrecer, a nombre del enamorado, una estocada al toro que debía salir, en honor de su Nación a él y a su familia.

Fué grave compromiso para el padre y el primer triunfo para la hija, que ufana y vanidosa hacía alarde de su dedicatoria.

El dedicante sale airoso en su tauromáquica empresa, y entre entusiastas aclamaciones y aplausos, penetra en el tablado del potentado Dn. Antonio.

III

Don Iñigo de Escobedo, era joven aventurero y de muchos *ajibilibus* que recién llegado de España, buscaba el modo de hacerse rico, creyendo firmemente que Potosí, la redentora de los cautivos, el consuelo de los forasteros y el auxilio de los necesitados no de balde gozaba de tan encumbrada fama.

Poco costó en verdad, pues que aun por relaciones de paisanaje se hace el favorito de la casa del Señor de Oquendo, para criar nuevas relaciones y levantar un nuevo nido, junto al de su protector.

Las rivalidades, los enconos, entre vascongados y andaluces, alarmaban a los moradores de la Villa dividiendo las relaciones y perturbando la tranquilidad general.

Después de la *fiesta de Santiago* y con motivo de la muerte del Capitán Don Sancho Usátegui (vascongado), fué preciso que los extremeños cuidaran sus propiedades, pues que esa misma noche se incendiaron varias casas de los de esa nación; como Dn. Antonio era andaluz, hombre solo e influyente, como rico, necesitaba un hábil escudero, que en todo tiempo sostuviera su elevada posición, garantizando su vida; ninguno podía servir mejor que Dn. Iñigo de Escobedo, mozo guapo por medio y extremos, muy galante y despreocupado para habérselas con cualquiera.

Las condiciones fueron inmejorables y creyendo ambas partes haber logrado la ocasión, solemnizaron las bodas de María de Oquendo, hija de Dn. Antonio, con su ayuda de cámara y favorito de ultramar.

IV

Pasaron los consortes al tálamo nupcial, nada menos que con 200,000 $ de a ocho reales, que dados en dote, les debía servir para las primeras gollerías.

María que llegó a querer muy de veras a su esposo, era el dechado de las casadas y el encanto de su hogar : sus padres vivían muy contentos con el nuevo miembro de la familia, particularmente Dn. Antonio, porque el guapo de su yerno, ponía las peras a cuarto al que pretendía motejar alguna *andaluza*.

Dou Iñigo de Escobedo, bizarro de punta a cabo y visvirindo por naturaleza, de escudo de la casa, se hizo el sostén, esparciendo por todo lado el colmo de sus antojos y el poder de su dominio; connaturalizado con las exigencias, el lujo y los despilfarramientos de una sociedad de potentados como la de Potosí, era contado en el número de los magnates a quienes igualaba en ostentación, y superaba en boato.

Su orgullosa inanidad, era satisfecha con supercherías y bagatelas en las casas de juego, en las orgías libertinas donde los criollos, pasaban de claro en claro, derrochando ingentes sumas entre el vino las mujeres y el placer.

V

Con las alegres cantinelas de la Pascua de Resurrección de 1584 y la conmemoración de la *Cena*. experimentó María las fruitivas emociones de la maternidad; apretaba contra su seno al hijo de sus entrañas, queriendo acallar esos primeros gritos que simbolizan la vida.

Era madre y esa era su mayor gloria; sintió por nueve meses agitarse un nuevo ser en sí, y esperaba que ese niño más debía ser un nuevo eslabón, que estrechase el vínculo de su matrimonio.

Los padres extasiados de alegría, contemplaban en el nieto la belleza del hogar, el remedio a las liviandades de Dn. Iñigo y el profiláctico para liberalidades antieconómicas.

Don Iñigo de Escobedo quería a su vástago con paternal solicitud, pensaba en el porvenir y en su hijo; demostrando seriedad y hombría de bien, protestó contra las calaveradas, para entregarse al trabajo y al acrecentimiento de los caudales de su esposa.

VI

Era de fama universal la riqueza en Potosí y de renombre la facilidad con que cualquier hijo de vecino podía hacerse archimillonario o gozar de pingües rentas, en poco tiempo; todos sabían, que un pliego de

papel, un paquete de agujas, una libra de coca u otra fruslería, habían labrado los caudales de tantísimos opulentos, y Don Iñigo, calculando el mejor medio, para aglomerar valores y dinero, se propuso emprender un viaje al extranjero, para traer mercaderías, hacerse comerciante y elevar el rango de su casa, al de azoguero y mercader.

Poco tiempo había pasado del advenimiento del niño, de su ingreso al catolicismo y de la chochera de padres y abuelos, con tan simpático chiquillo, cuando se realiza el viaje de Dn. Iñigo, quién con vario cargamento de piñas de plata, con mozos a su servicio, tomaba el camino de La Paz, para de allí dirigirse al exterior.

Iba con objeto de traer una crecida ganancia, empleando para ese fin, parte de la dote de su consorte, el dinero de Dn. Antonio, y para lo demás, los prestigios y amistades del magnánimo andaluz.

VII

María quedó desconsolada con tan amarga separación, no olvidaba ni un instante al padre de su hijo, a su predilecto compañero, al que había por una sola vez ocupado su corazón, para jamás desalojarlo; le recordaba con las caricias maternales, implorando a Dios, el que le lleve con bien, para volverlo venturoso.

Después de diez meses en cuyo intérvalo no tuvo ninguna noticia de Iñigo, fué sorprendida por el regreso de los mozos que lo acompañaron, manifestando que su vuelta había obedecido a la orden de su señor.

Esperaba por momentos alguna comunicación o el anuncio de regreso que debía darle su esposo, pero, a tan profundo silencio María ahogaba sus penas con amargas lágrimas y entretenía sus tristes horas, con los halagos de su hijo, para ahuyentar los fatídicos presentimientos y las siniestras ideas que la atormentaban.

Pasaban los días y venían las noches, sin que ni por asomo se supiera nada de su amado esposo, hasta que, recibe una epístola del Cuzco, escrita con letra incógnita y rubricada por persona totalmente desconocida, que, alardeando caridad conmiserativa, le soplaba sin ambajes, la nueva de la muerte de Dn. Iñigo de Escobedo, originada por una cuadrilla de malhechores, después de haberle despojado de cuanto tenía.

Creible era el caso, porque a la sazón, merodeaba una turba de los *tales*, en las cercanías de Lima y el Cuzco, llenando de terror a cuanto bicho pululaba por esos lares.

Tan desgarradora noticia, no dió tiempo para premeditar, ni prever nada, y arrebatada por el dolor, herida en lo más profundo de su amor, vió rodar a sus pies toda esperanza, quitando de su lado el más firme sostén de su existencia y el abrigo vivificante de los días y el porvenir del niño que amamantaba con frenético cariño en su regazo.

VIII

Dos años habían trascurrido de tan funesta separación, sin que María, apesar de su hermosura y sus riquezas, hubiera ofendido, ni en lo más pequeño a su ausente esposo, en medio de tanto peligro, por las costumbres del país: la carta vertió acíbar en el seno de la familia, y ella pidió licencia a sus padres para consolarse viendo el cadáver de Don Iñigo y cumplir los últimos deberes de esposa, asegurando sus restos o devolviéndolos a la tierra de donde salió para regresar.

Duró algo la demanda, hasta que después de mil ruegos obtuvo el *sí* de sus padres y partió para Lima, porque la carta no decía dónde ocurrió *el siniestro;* pensaba la constante dama, investigar todo en la ciudad de los Reyes, prevalida de los prestigios de su padre y de la autoridad de *Don Andrés Hurtado de Mendoza*, Marqués de Cañete, Virrey del Perú, amigo de D. Antonio de Oquendo.

Dos hombres de confianza y una nodriza, formaban el total de los de la partida, fuera de mucha plata y otros cachivaches que debían facilitar los obstáculos, allanando inconvenientes.

La madre iba contenta con el hijo, para orar sobre la huesa del padre e implorarle descanso, ya que no podía más.

IX

Una vez en la Ciudad de Pizarro, a orillas del torrentoso Rímac, tomó una habitación, para observar una vida incógnita e inquirir desde allí respecto a su infortunado consorte.

Descansaba de su penoso viaje, cuando una noche que era visitada por la vecindad, fué encontrada en traje de hombre, y que con sus ademanes desenvueltos y varoniles, revelaba ser un joven noble que en medio de los cotarros, buscaba alguna aventura novelesca.

Disfraza y arma a uno de sus compañeros y ambos como individuos que tenían algún negocio o queja a los estrados del Virrey, penetraban toda estancia y husmeaban por cuanto rincón había, contando siempre todo género de sucesos, para hacer que de ese modo, se dijera algo de Dn. Iñigo de Escobedo.

María con nombre supuesto y traje distinto, no quería hacer valer ante Don Andrés Hurtado de Mendoza, ninguna de sus recomendaciones mientras convencerse de la verdad de un hecho, que en el trayecto del camino y con ciertas noticias que obtuvo en Puno le hicieron dudar del todo.

Cierta noche muy oscura y en una callejuela poco honrada vieron que en una tiendecilla y a media luz, un grupo de hombres, en corro bebía disputando su ganancia de ocho pesos perdidos en un juego de azar; se detienen a contemplarlos y escuchan que uno de cara tostada, barba negra y poblada, cabello desordenado y sucio, y vestido nada

culto, replicaba con estentórea y aguardentosa voz: ¡Vaya camaradas! ahora se pelea por ocho, cuando este pájaro ha perdido ocho miles! veleidosa fortuna, que hoy hace extrañar lo que ayer se botaba!.....

Estrepitosa carcajada resuena en la mugrienta acojeta, cada concurrente festejaba la ocurrencia y solo el más joven de aspecto magro y aciguatado, parecía avergonzarse: giraba en torno suyo melancólica mirada, para después calarse el sombrero hasta las narices, como indicando mucho rubor y pesadumbre.....

Definida la contienda, dejan sus vasos y gritan: ¡al juego, ¡al juego!, que para el que no cuenta reales la casa se los presta, con mucho plazo y poca usura».

El eco de las últimas palabras, se perdía conjuntamente con los hombres que se deslizaban a un pasadillo; quedó escueta la tienda, dejando ver su tenebroso aspecto y la aferruzada humanidad del tendero que con cara de furia hacía conocer sus labores usureras y descamisadoras.

María siente que el corazón se le ajita, pretende encontrar a su supuesto finado esposo; pero muy distinto, adinámico y pobre, aflebecido por el juego, los vicios, y los pesares: reprime un suspiro de dolor e indicando la casa, le dice a su escudero: ¡«*penetremos*»!

X

Haciendo el papel de forasteros venidos de ultramar, fingiendo ser padre e hijo, los nuevos parroquianos piden un poco de vino y unos naipes.

Al entrar en la pieza de juego, encuentran una mesa vacía rodeada de unas silletas de vaqueta, frente a otra, donde acalorados jugaban a la mortecina luz de un farol, los que poco antes disputaron el valor de lo empeñado.

Sin ser observados por los jugadores, entretenían el tiempo tirando barajas sobre la grasienta mesa, pero siguiendo los movimientos coléricos y las artimañas que empleaban los fulleros, para engañar al desdichado jovencillo.

Apesar del aspecto demudado, de la cadavérica demacración del rostro del más joven, reconoció la constante esposa, al padre de su hijo, a su amado Iñigo: reprimía su dolor y antes de que tomara alguna determinación presenció la lucha armada por un *cuarto* que se había perdido.

Desnudados los aceros, blandidos con foragido y colérico ademán sobre la cabeza del infortunado Iñigo, despertaron en el alma de María, el deseo de vengar a su esposo, de escudarlo y de alejarlo de esa turba que lo encaminaba a su perdición y a su ruina.

XI

Media noche había sonado, María al ver que trataban de acosar a su Iñigo, hace una seña a su escudero y ambos dejan sus asientos

para defender al agredido; con espada en la mano se aproximan al rincón de la maltrecha estancia, donde en un momento, la polvareda ocultó a los contrincantes, sin dejar más muestras de alterca, que denuestos y ayes, entremezclados, con el chasquido de las espadas.

María tomando una actitud varonil y resuelta se interpone entre los taberneros; pero cuando apenas se había aproximado, sintió rodar a sus pies un bulto, que al caer, dijo: «¡Infames! soy perdido y no me queda ya ninguna esperanza»!

Esparciéronse cintarazos y cuchilladas a troche y moche hasta poner en fuga a los jugadores.....

Al oir el alboroto, se presenta el tendero, con otra luz y gritos que pretendían poner a cuarto la batahola e iluminó el desgarrador cuadro, de un joven simpático y donairoso que secaba con pañuelo de batista fina, la sangre que fluía de una mortal herida de un hombre que se dejaba curar, con muestras de extremada gratitud.

Era Don Iñigo de Escobedo, que fué víctima del furor y de la codicia de los juglares con quienes había perdido su fortuna en el juego; era el desgraciado esposo, que por la fuerza de las circunstancias, se apoyaba por necesidad a esos malvados; era el incauto joven que ruborizado por sus calaveradas pretendía fingir una trágica muerte y vivir incógnito, ahogando con el licor y los excesos, los sentimientos paternales que bullían en su alma, y el grito de la conciencia que le afeaba sus crímenes, antes de volver arrepentido al redil y enmendar con la reforma sus pasados extravíos.

Una puñalada mortal había abierto enorme brecha en el costado izquierdo del tórax de Don Iñigo, y el joven que con solicitud le curaba, era María, su amante y buena esposa, que bañaba con lágrimas el rostro de su consorte, desfigurado por los sufrimientos, las cuchilladas y heridas, que daban un aspecto siniestro a su tostada fisonomía.

No tardaron muchos segundos, en que Don Iñigo rindiera su tributo a la vida, después de mil protestas de gratitud y reconocimiento, de dolor y amargura, y al dar el último beso a su esposa e hijo y al despedirse de los que fueron en busca suya, expiró en el alojamiento de su mujer repitiendo: «*Potosina, fiel y fina*».

XII

Cumplidas las mandas del esposo, salvado su honor con el pago de mil deudas que le arraigaban en Lima, regresó María, trayendo consigo, los restos mortales de su infeliz esposo para colocarlos junto a los de sus antepasados.

Después de algún tiempo y con toda la pompa que podía sugerirle su amor, hizo las honras fúnebres, y enterró a su esposo: pasó su vida llevando perpétuo luto que simbolizaba su amor perdido por que era: *Potosina, fiel y fina.*

DE JUAN W. CHACÓN

SEBASTIAN DE CASTILLA

(Triunvirato de 1553)

I

Pasaban ya sesenta y un octubres al del descubrimiento de la América por el inmortal Colón: el nieto de Maximiliano I, y Fernando el Católico, empuñaba el cetro imperial de tan dilatados dominios: Julio III era el sucesor de San Pedro y dirigía la Iglesia Cotólica desde la Basílica de los Papas: Don Antonio de Mendoza era el Virrey del Perú, posesionado el 23 de septiembre de 1551, y Fray Tomás de San Martín, religioso y predicador domínico, era Obispo de Chárcas.

El General Hinojosa gobernaba a Chuquisaca y Potosí; ésta habiendo sido declarada Gran Villa Imperial, pidió a su Rey Carlos V, vencedor de Pavía, el escudo de armas, que manifestando su riqueza, simbolizara su valor.

II

Era un viernes 13 de enero, cuando los habitantes del rico mineral de Porco, recorrían sorprendidos sus estrechísimas callejuelas, sin saber lo que les pasaba; el terror se esparció entre españoles e indios, entre señores y jornaleros, y con temeroso afán buscaban un nuevo Daniel que descifrara cuanto sus asustados ojos veían: el espanto produjo la huelga, y cada uno procuraba salvarse y salvar a su esposa, hijos o familia.....la tierra bamboleaba.....el sol en su agonía llorando sangre, daba el último ¡adios! a su tierna compañera.....la luna perdía su luz..... y todo anunciaba irremisible muerte! .....Estas y otras fueron las interpretaciones que la acongojada gente hacía del fenómeno que a las 7 de la mañana se observó: era que,—como dice Enrico Martínez—«rodeaba al sol en su salida un inmenso círculo de media legua de diámetro y un palmo brillante que se extendía al poniente, mientras que esparcía rayos de sangre y su color era bermejo oscuro; reflejaba a corta distancia dos soles colaterales y de un intenso rojo, que impedían la vista: la luna en menguante reflejaba otra y ambas de un color blanco y rojizo, separadas por arcos concéntricos teñidos de azul y rojo.....Todo presagiaba un cataclismo inminente y el cometa *precursor de grandes calamidades* acompañaba a este cuadro de angustias, conservando alguna distancia del rico Cerro de este antiguo mineral».

III

En este gélida región, apellidada Villa Imperial, y sobre el ubérrimo Potosí, «se mostró durante siete días el aterrador cometa, rodeado

de dos arcos: uno blanco que parecía plata bruñida y bermeja; el otro encima de éste y era bermejo que tiraba a sangre y resplandecía como fuego. El cabo de este arco remataba en uno a manera de rayo caracoleado de color de sangre, todo lo cual precedió a las calamidades que sufrió Potosí, en este alzamiento de Dn. Francisco Hernández Girón, D. Sebastián de Castilla y Egas de Guzmán». (1) Al amanecer de estos días y siguiendo a la sonrosada aurora, aparecía este nuncio de muerte: todo el vecindario pedía al Cielo perdón de sus pasados extravíos y nadie atinaba con el *clavo*, hasta que un indio llamado Felipe Guarachi, servidor de las minás de Centeno, dijo que la señal era de sangre y que muy pronto rodarían cabezas humanas, tiñendo el suelo potosino con los restos de la muerte.

IV

El terror se apoderó de todos los pechos y prevenidos esperaban el terrible suceso que esparciera la desgracia por doquier.....

Llegaba el segundo mes a sus postreros días, la señal de los dos peces era el signo del sol: cuando D. Sebastián de Castilla conmiserado del dolor y flébil queja que el indio lanzaba desde los lóbregos socavones, donde condenado a mortífero y forzado trabajo, mezclaba sus lágrimas a su sudor, resolvió endulzar sus amarguras y soliviar su desventurada suerte. El hijo del Conde de Gomera, joven y prestigiado en esta Villa, realizó su proyecto bienhechor, llamado por los opresores *alzamiento y traición:* nombró de Gobernador a Egas de Guzman y formando su escuadrón marchó para Chuquisaca; allí, como queda dicho, gobernába el General Hinojosa, cuya residencia era semestral en ambas ciudades; logró penetrar a su palacio y encontrándolo desprevenido, le dió la muerte repitiendo estas palabras: *¡Ahogo en su sangre a un tirano, que representando al usurpador, domina un mundo ajeno: de su sangre, como el Fénix, se verán mañana hombres libres de todo rigor y traición!*.....Alborozados de contento creían ver cumplida su obra; pensaban que la alígera fama, batía palmas de triunfo y que la condición servil del americano se había extinguido con el hálito vital del Gobernador.....¡mas ay! poco tardó para que Blasco Godínez, cambiara el laurel de la victoria con el ciprés de la muerte, para que el generoso corazón del vencedor, encontrara la tumbá en la denodada Chárcas!.....

Francisco Hernandez Girón, a principios del mes de marzo, sale de Potosí para el Cuzco, con su ejército, a encontrar con la estirpe real de los Incas para infundirles el valor, reclamar sus derechos y buscar la apetecida LIBERTAD: en Chayanta (1) inocula el sagrado sentimiento, y en medio de azares y contratiempos, ve frustrarse en el concurso de su marcha, sus grandiosos fines!.....

1.—B. Martínez de Vela—B. de Dueñas.
2.—De donde salió Tomás Catari.

Aquí, Egas de Guzmán, luchaba con los LEALES, obteniendo al fragor del combate las fruiciones del triunfo: la conmoción crecía y estos antes felices lugares se teñían en sangre, hasta que Centeno, Villarroel y camaradas, pidieron auxilio a los Alcaldes ordinarios de Chuquisaca!

Martín de Almendares, Alcalde ordinario por el Rey, salió de allende el Pilcomayo, con dirección a este AMOTINADO CENTRO..... distrájolo a Guzmán y con la más engañosa perfidia logró trabar conversación con él, y al aproximarse, lo abrazó fuertemente impidiéndole todo movimiento, y gritó después: «*¡Favor al Rey! ¡¡Muerte al traidor!!*.....y los que ocupaban las cárceles por orden de Egas, salieron de sus calabozos y como famélicas fieras segestionadas por el odio y la venganza, se lanzaron sobre él: cada uno encontró la negra satisfacción de la represalía, poniendo sus manos como desencadenadas furias, sobre el indefenso Ex-Gobernador.....el garrote dió el AUTO DE FE y en pocos minutos, tendieron exámine su cuerpo en la plaza de esta ciudad..... !! Almendares y los nobles, pasearon su cabeza por las flexuosas calles, repitiendo: *¡Muerto está el traidor! ¡¡Viva el Rey!!*.....los conspiradores se reanieron unos y huyeron otros, abandonando su hogar y familia, para expiar el crimen de SER LIBRE!

¡Santa libertad! ¡¡Cuánto cuestas!!

Potosí, julio 7 de 1891.

DE JUAN W. CHACÓN

DON JUAN DE TOLEDO

I

La opulenta Villa Imperial, había llegado a ser sexagenaria, (1605) diez sexenios ya hacía que las envidiables y bien nutridas entrañas del ubérrimo Potosí, alimentaban con sus argentíferos filones a miles de extranjeros, que de *luengas* tierras habían venido en busca del placer y la fortuna. Por el gélido *Potoc-uno,* transitaban en farragino-sa multitud, blancos e indios, para catar algo notable y hacer base de riqueza; sobre el antiguo *cenagal,* se veían innumerables casuchas que en desordenado conjunto formaban una población irregular; pero sí, de incomparable porvenir y renombre. La fama del «Cerro rico» se hacía universal y todos ansiaban pisar las faldas del admirado; pues, creyóse en Jauja y en Ofir y en que, aquí se podía ser rico sin trabajar, olvidando y sin cumplir el «*Comerás el pan con el sudor de tu frente*».

II

Por esta bienhadada época, de la que se conservan gratos y halagadores recuerdos, disfrutaba de sus nunca bien ponderadas riquezas, D. Agustín de Solórzano, potosino, de prendas personales muy distinguidas y padre amante y solícito, que entre sus hijos tenía a Dª Esperanza, bella dama, de apetitosas cualidades y fruitiva hermosura.—Por estos mismos tiempos, de bonanza y jolgorio; de maravillosas orgías y holoséricos paramentos y vestiduras, cabizbajo y taciturno, entre suspiros y ayes, pasaba luengas horas, el afamado D. Juan; no Lanas, ni Tenorio, sino de Toledo, criollo aventajado en dinero y gallardura, que apesar de todo, andaba en busca de un profiláctico para el amor, y tras gorjinas maduronas y brujas agasajadoras, para conseguir la Esperanza de Solórzano o no saborear el acíbar de las flechas de Cupido. En la roca de Sísifo y como nuevo Prometeo se hacía desgarrar las entrañas con el buitre del amor, y la duda.

III

Poco tiempo había pasado D. Juan en amoríos y desvelos callejeros; cuando obtenida la deseada mano de su idolatrada, se declararon mútua fidelidad, al pie del altar. Bodas magníficas, que entre el fausto y la opulencia, entre la ostentación y el boato, hicieron pasar al tálamo a tan singular pareja. ¡Dichoso himeneo, donde pasaba el tiempo sin dejarse sentir; un cielo claro y un porvenir color de rosa, sonreían a los venturosos consortes, que semejaban un solo ser; unidos fuertemente por el imperecedero vínculo del amor y la lealtad. Eran dos, con un solo sentimiento!.....

IV

Tiempo más o tiempo menos, mandó el Virrey del Perú a esta Villa Imperial, con grandes y recomendables recomendaciones, para el gobernador D. Bartolomé Astete de Ulloa, a un ex-secretario suyo, poeta y habladorejo, de esbelta fisonomía y de más ínfulas y pretensiones que riquezas y probidad; al noble español D. Martín de Salazar. La potosina sociedad, hospitalaria y cegatona, le abre sus puertas y acoje entre sus brazos, como siempre, sin averiguar quién es y mucho menos su procedencia; le hace honores entronizándolo en el rejio solio de la vanidad y el orgullo; menospreciando a los suyos y enalteciendo sin mérito a los ajenos; al fin, «madre de hijos extraños y madrastra de los propios». Con tan laudables y valederas propiedades, Dn. Martín en poco tiempo, era sabio, hidalgo y todo lo imaginable de bueno.....como ciertos pájaros que se vuelven.....sapos: muy amigo de los Solórzano e íntimo del de Toledo; comía, bebía y hacía mucho, a la salud de las arcas de los munificientes criollos y en honor a trabajo de tercero. Por más de una consideración, parecía el mejor de los amigos, el más since-

ro de los hombres y el adepto más exaltado de los hijos de Potosí; parsimoniaco en todo, no dejaba huella de sus acciones, y deseos!.....

V

Como el diablo no duerme y tiene la carne particulares gustos, en los que agrada más, «la fruta del cercado ajeno», el desdichado Dn. Martín, sugestionado por el dios ciego—(*que tampoco tiene la culpa por que nó ve*) le hacía acrósticos, glosas, y lo más erótico, para la Esperanza de Toledo, faltando así *a la fidelidad del amigo.* (Nada de extraño tiene se me dirá, cuando en pleno XIX, se adolece de esta enfermedad), seduce a la mujer de Dn. Juan, la hace desdichada, culpable e infiel, arrojando así la «manzana de la discordia» en una familia que ignoraba los sinsabores domésticos, hasta que se hizo *hospitalaria* y acogedora «de gatos *que parecen liebres*».....La conciencia, juez severo hasta de las acciones más ocultas, turba el sueño a Esperanza; sus ojos adormecidos por el dolor, turbios y ruborizados, siempre bajaban al encontrarse con la mirada del ofendido esposo: demacrada, pálida y macilenta, veía perderse su hermosura, como había perdido su honor!.....El amigo de su esposo había manchado su frente pura, había emborronado un apellido sin mancilla, había robado su tranquilidad, dicha y amor, cubriendo de eterno anatema, una generación entera: ¡Pobre flor, lozana y perfumada, que iba deshojándose y perdiendo su belleza al contacto del inmundo gasterópodo, que bajo el antifaz del amigo, dejó en su caliz su inmuuda baba!.....

VI

Esperanza, desfallecida, presa del remordimiento, perdía momento a momento, las gracias de su albarizo rostro: la fiebre la devoraba y por instantes sentía escapársele el hálito de la vida.....Su falta quizá hasta entonces permanecía oculta al marido; pero, la adúltera, antes de cerrar los ojos y ocultar su pecaminoso cuerpo en la oscuridad de la tumba, quiso alcanzar el perdón de su ofendido Juan.....Llamólo a su lecho y le confió los *favores de un amigo* y la recompensa a la amistad y a los servicios!.....¡Murió Esperanza, dejando acibarada hiel en el corazón de Dn. Juan de Toledo y el baldón en la frente de un hijo: se le ofuscó la mente al desventurado esposo, y desde entonces solo esperaba el día de la venganza, porque «quien a la honra mata, con la vida debe pagar».—Enlutóse el de Toledo y su faz mostraba el más amargo de los sufrimientos, la peor de las torturas, el recuerdo *de una mujer infiel* y un amigo infame que ante la concupiscencia y brutales afectos, sacrificó una familia, hundiéndola en la más ignominiosa vergüenza!!.....

VII

El viudo, viéndose sin vínculo sobre la tierra, sin honor ni nombre, sin amigos y con un hijo que era el recuerdo de sus desventuras; de-

cepcionado hasta de los sentimientos más caros,—amor y amistad; resolvió alejarse de su propio suelo, vivir muy lejos del lugar donde murieron para él amor, riqueza y honra.—Reparte sus bienes y dando el último adios a su querido *padre*, se ausenta definitivamente!.....

VIII

Seguía el benditísimo Don Martin, frecuentando la casa de Solórzano, lamentando la ausencia *del estimable Don Juan de Toledo*, fingiéndose bueno, el hipócrita seductor!.....

Poco tiempo después, o más bien cancelados algunos meses, había una batahola en la Gran Villa, hombres, mujeres y niños acudían al S. O. de Potosí; todos con curiosidad se preguntaban, a quién sorprendió el sol, muerto a puñaladas en el átrio de Santiago, y nadie daba razón; hasta que, por señales particulares se supo que el acribillado, era Dn. Martin de Salazar!.....No más se sabía, y el incauto Agustín de Solórzano, encabeza la pompa fúnebre, conduciendo sus restos al cementerio público—cumple con un deber de amigo!

IX

«Ojo por ojo, diente por diente», se había dicho Don Juan, y después de inhumado Salazar, logra penetrar en el panteón (con la llave del dinero), con el puñal al cinto y los ojos centelleantes que despedían rayos de venganza; descubre la fosa en la que yacía su victimador: lo arranca, y al verlo, hace rechinar los dientes; le abre el pecho y le extrae el corazón, derramando gotas de sangre y manchando sus labios con humanos restos, come a pedazos esa víscera que abrigó amor y traición!!..... no contento con esto, quitóle la cabeza y descarnándola, se la llevó!..... Enterrado otra vez el cuerpo, solo el hecho sirvió para comentarios y conjeturas, sin descubrirse la verdad!.....

X

Poco tiempo había trascurrido de tan horrible suceso, cuando apareció en esta gélida tierra, un ermitaño o penitente, de ojos hundidos larga barba y canosa cabellera; de miraba torba y recelosa, que constantemente llevaba una calavera sobre el brazo izquierdo; vestido con un tosco sayal, parecía la virtud que anda, despreciando la pompa y vanidades humanas: rara vez levantaba la vista de ese despojo de la muerte; silencioso y melancólico se deslizaba por las estrechas calles, infundiendo en todos, repeto y admiración a tan abnegado proceder.....Era Dn. Juan de Toledo, que impulsado por el rencor, no abandonaba ese miembro, que con frecuencia le hacía barbotear: *¡Martin, si mil vidas tuvieras, sin arrepentirme te las quitara!* .....Pasaba por bueno, engañando al mundo todo, con la superficialidad y apariencia.

XI

Trascurrían veinte años de constante admiración y respeto, al ascético ermitaño, que la imagen de la muerte no la apartaba de su presencia, teniéndola delante, en la cama y en la mesa: frugal en su comida, modesto en su vestido, parecía solo contemplar la nada de la vida y pensar en algo superior a lo terreno!.....

El año 1625 había ya dejado pasar sus hiemales meses; Don Diego Fernandez de Córdova, era el Virrey del Perú, que en nombre de S. M. Felipe IV, gobernaba estos productivos y contribuyentes pueblos; (recibido en 22 de Julio de 1622) Fr. Jerónimo Mendez de la Tiedra, del hábito del de Guzmán, era Obispo de Chárcas y se encontraba en el setenio de su gobierno pastoral, cuando se esparse por esta Opulenta Villa, la conmovedora nueva de la muerte del ermitaño, del santo, del varón justo,—de vida contemplativa, y ejemplo de virtud!.....y signo de caridad y mansedumbre.....¡averiguado el caso y confirmado el suceso se vió que el finado en olor *a santidad*, era Juan de Toledo, que arrastrado por la dignidad, la venganza y el rencor llevaba consigo la calavera de Martin de Salazar, del infiel amigo, que abusando de lo más santo, le robó la honra y anatematizó su nombre, seduciendo a su amada compañera y cambiándola de madre, en vil *adúltera*! ¡La sed de venganza, el odio más recalcitrante, se mostraba en la hoja de papel, que llevaba dentro la calavera de su enemigo, iba con la descripción de su vida! .....¡Cuánta aberración encierra el corazón del hombre! ¡de que crímenes no es capaz el humano pecho!..... (1)

Potosí, setiembre 19 de 1891.

1ª Este mismo tema sirve de argumento a las siguietes tradiciones:
Justos y Pecadores por Ricardo Palma.
El hijo de la hechicera, por Vicente G. Quesada.
Rencor de rencores, por Brocha Gorda.

DE JUAN W. CHACÓN

Una soga para ahorcarse

I

Era que en esta «fidelísima» Villa, vivía, por aquellos felices tiempos, una bienaventurada pareja, que de allende los mares, vino como muchos, en busca de lo positivo; de aquello que no conoce romanticismo y domina estómago..... y.....sentimiento; participando de la *piedra filosofal y la panacea.* Era que ambos consortes con afán y con codicia amontonaban entusiastas el fruto *delicioso* de las benditas entrañas de nuestro dadivoso Cerro: ella buena y guapetona, y el mejor, prometían un porvenir sostenido en dó mayor, halagüeño y de color de plata, con todos los tintes y *golpes* de luz que presenta el cuadro apetecido de la opulencia!

II

Don Marcos de Lodeña y Doña María de los Remedios de Iporre, eran los ibéricos súbditos, que coqueteaban y hacían sus fiestas a la veleidosa Dª Fortuna a fin de ablandar su lapídeo corazón y gozar de la miel de sus favorecidos. ....Casados en primeras nupcias y muy doblemente unidos, aspiraban algo para los regalos de su enlace. Don Marcos, hermano del General D. Pedro de Lodeña, décimo entre el número de los Corregidores, disponía o podía disponer al menos, medios eficaces para llegar al aristocrático fin de ser rico. Nada le importaba: «El fin justifica los medios», se repetía; pero, de cuando en cuando, la mística y escrupulosa Dª Conciencia le afeaba tenaz y le daba buenas correcciones.

III

Pasados algunos años en que «vetas y venas», fueron un tesoro, y en que el amuleto contra el pauperismo sentó reales en su casa, quiso Marcos, que era hombre de pelo en pecho, regresar a la Villa del oso y del madroño; distinguirse entre nobles y manifestar su valimiento y el poder de las tierras de aquende los mares.

IV

Marcha la buena familia, «viento en popa y toda vela»; cruza los mares, y ya en Madrid, procuran poner a su hijo Gaspar en uno de los principales colegios: este niño tan mimado, era el espejo de sus padres y ellos, cual nuevo Narciso, se deleitaban en él; porque reunía en la mirada a Marcos y en el corazón a Remedios.....¡Cuánto placer para los es-

posos, ver a Gaspar, en la coronada Villa, hombreándose con los jóvenes de la Corte! .... Nada imponía silencio al amor de padre, y el peor de los crímenes hubiero cometido, por acomodar su voluntad a los antojos del heredero de su nombre. Pasaban los días y venían las noches y siempre se le veía al hijo de Lodeña, adorado por su padre, que colmaba hasta el menor de sus caprichos; con rienda suelta para divertirse y gozar, como hijo de potentado; para disfrutar de los ahorros de un trabajo de algunos años y con no pocos.....sacrificios!.....

V

En estas, y otras parecidas, D. Marcos levanta el vuelo de la patria de Cervantes y Calderón, dejando a su amadísima mitad e hijo: pero con la expresa orden de no permanecer más de cuatro meres después de su salida. Vuelto a esta tierra regresa a sus pasos, y con mayor ahinco y actividad, sigue apilando pesos fuertes y buenas barras, para el bueno de Gaspar; para el que, con tanto tono, supo distinguir su nombre en la Corte de los reyes de España; dilapidando con *lujo* muchos cuartos, y a salud ajena, como *vampiro* de hogaño.....

VI

Algunas lunas se cambiaron, excediendo al plazo fijado...y después de una carta en la que la esposa anunciaba el progreso de su gandul y su apego a Madrid, no obtuvo Lodeña más noticia: el silencio de un platónico devoraba la paciencia del esposo .... Cuando.....¡cuál sería su sorpresa! al saber por epístolas de sus amigos.....que Remedios, la buena Remedios, había servido de pasto a tiburones en su viaje por alta mar y a veinte soles del puerto! y que Gaspar regresaba, quiza sin sentir la pérdida, pero con deseo de ser libre!.....como pipiolo a la progresista..... ¡Pobre Marcos! barruntaba sus desgracias y vislumbraba un porvenir más negro que conciencia de.....réprobo!.....Se ahogaron sus esperanzas, se frustraron sus ilusiones!! Nada aspiraba, y abstraido y taciturno, solo buscaba la felicidad en la tumba.....pero, su hijo, el desdichado Gaspar, que tenía más amigos que zánganos un panal y microbios lo pútrido, cómo quedaría? ¡Qué sería del desventurado, que guiado por bastardas pasiones, tenía los pies junto al precipicio, sin poder dar paso atrás! ¡Plus minusve—¡Proletario!—Esto atormentaba a Lodeña y lo cunducía rápidamente a su apetecido descanso!.....Más, él, padre tierno, esposo corregido y amante, no se cegó en su cariño y preparó el remedio para la perdición de su hijo del dinero y de las consecuencias del mal entendido amor paternal; le dispuso como último término una *viga y una soga para ahorcarse!*.....

VII

Promediaba el año 1606. Esta afamada Villa sufría las más arruinadoras secas. El cielo se mostró enemigo declarado y ni una sola

gota de agua derramaba sobre estas bienhadadas regiones: era entonces, cuando llegó el esperado hijo, trayendo la mala nueva de haber perdido a su madre. Confirmada la noticia, Lodeña sufría aun más: sumido en la más profunda tristeza, no atinaba ni a dirigir con acierto sus negocios!

Gaspar con ínfulas de otro mejor, despreciaba el dolor de su padre: rodeado de amigos, que como sanguijuelas le chupaban, minorando lo que un día le haría falta y sería ireemplazable su pérdida, se entregaba en los brazos del placer y olvidaba todo, mareado por el soporífero vapor de las orgías..... .....

VIII

Marcos quería alejar a su idolatrado, de ese séquito que lo precipitaba en el abismo del infortunio; más, ni sus palabras eran suficientes, ni sus consejos provechosos. «Son malos los amigos—le decía—porque no desean tu bien; huye de su compañía y vive solo para tí!—No estiman tu persona, y sí, solo tu dinero! Mientras derroches, mientras tengas que darles, estarán a tu lado y cuando ¡ni Dios lo consienta!—no tengas un pan y vivás desnudo, te arrojarán de su casa y te negarán su amistad!!».....«No, contestaba—son ellos los hermanos que Cristo me proporciona y viviré para ellos».....Abrumado de pesar, murió Lodeña a cinco meses de haber abrazado a su hijo.—Al despedirse de su heredero le dijo: «Cuando te veas pobre, sin pan ni lecho, cuando olvidado por todos, te reduzcas a un lóbrego rincón y duermas sobre fría paja, desnudo y con hambre, ¡acuérdate! cumple mi voluntad! ahórcate hijo mío! Esa viga será la salvadora de tu miseria y la tumba de tus extravíos!» Le mostró el lugar de su postrer momento y se despidió eternamente de él..... .....

IX

Olvida el hijo los consejos del padre y entre festines y saráos, entre ruidosas carcajadas y rechiflas, entre chanzonetas y rijosa alegría, adormece su dolor; aleja de sí la severa voz que con frecuencia le amonestaba: incrédulo de concluir su fortuna, gozaba entre el vino, los amigos y las mujeres; (que según su padre, eran los tres enemigos de la tranquilidad y los bolsillos) adiáferó a toda tristeza y realidad, cual Lúculo gozaba en sus banquetes y hacía gozar a los ingratos de mañana. Muchos camaradas, innúmeras mujeres, hacían en torno de él, cortejo de *buitres*, reunión de amigos. Cariñosos como perros de vecindad, lisonjeros y complacientes, como candidato o hijos de presupuesto.....brindábanle al incauto pródigo su más sincera *amistad*, todos sus adheridos, como politiqueros o aspirantes y éstos al inocente pueblo!.....

X

Como todo concluye en la tierra, era muy natural, que el orgullo y la vanidad, se mezclaran con las ruinas de la riqueza, cubiertas por las sombras de la miseria.....Andando los tiempos y perdiéndose

con ellos la fortuna heredada del buen Lodeña, Gaspar se vió solo, como solterón de invierno, muy lejos de sus amigos y como joven del XIX cargado de compromisos.....¡Se cumplió la profecía!..... pobre, cubierto de andrajos, próximo a perder hasta su casa, presentaba, descarnada mano y con doliente voz y lánguidos ojos, barboteaba: «*¡una bendita caridad!*»—¡No habían amigos! se perdieron las mujeres! y como los rezagos de la crápula, solo le quedaron amargos remordimientos y tristes recuerdos!...Por conmiseración de sus acreedores, se le dió una cocina y un montón de paja, para descanso de su malogrado cuerpo!!.....

En la vecindad, pedía un mendrugo de pan que calmara su hambre; un vestido que cubriera su desnudez y despojara sus arambeles, y solo recibía: «Fuiste mal hijo! espía tus desvíos!!» ¡Ah! qué dolor!..... poco tiempo bastó para caer de la opulencia a la miseria!!.....

Atormentado, solo y sin que nadie se conmiserara de su desventurada situación, se acordó del mandato de su padre—con lágrimas en los ojos y hiel en el corazón, pide «una soga *para ahorcarse*»—se le dan! Descerrajando, penetra en la habitación señalada!.....llora amargamente.....enlaza la soga a la viga y el nudo corredizo al cuello, coje del extremo y se suspende.....¡ay, entonces con el peso del cuerpo pártese el madero.....y por el suelo se esparcen reverberando abundantes onzas, que doran todo el pavimento!.....sorprendido, alza los ojos al cielo! bendice la memoria de su padre y encuentra su *piscina*!.....Aquí, todos le compadecen, ofrecen su contingente y prometen, con promesas, ofrecimientos y compasión, de empleomaniacos de soflama, que gimotean por el bien de un puesto, con patriotismo estomacal y desinterés al deber y la competencia!.....Pero la experiencia le dió triste lección.....¡Cambia sus andrajos que estaban como billetes de banco. Paga sus deudas, se aleja de todo amigo que como *carnívoros*, olfateaban su prosperidad; se reforma; vive feliz y bendice mil veces la *soga para ahorcarse*.

Potosí, agosto 30 de 1891.

Lo que puede una mujer

DE JUAN W. CHACÓN

I

Por el año 1582, paseaba muy ufana, por las estrechas y flexuosas callejuelas de esta Imperial Villa, una moza de veinte mayos, hermosa y encantadora: ojos de cielo, labios de coral, dientes diamantinos y sonrisa angelical, [como diría un amante lisonjero y relamido]; de cuerpo ágil, mirada tierna y bello conjunto; era hija del Alcalde ordinario de esta tierra, de Don Diego Aumeta. Predilecta de sus padres y de muchos pinganillos, que, como golondrinas que encuentran su verano en lo nuevo o lo bello revoloteaban tras ella, y como el pavo de la fábula, erguidita se contoneaba, dando amargas penas que devorar y arrancando flébiles suspiros a los desdichados callejeros; pero, el que más sufría era Bruno de Aguirre, que con delirio la quería.

II

El Excmo D. Martín Enríquez, 6° Virrey del Perú, ordenó leva de 200 soldados para socorrer y contener los atropellos que se cometían en el Reino de Chile: [1581]. Bruno condenado a una muerte lenta que el amor le producía, expuesto a arrancarse el corazón y reducirlo a pedazos, se decía:

"¡Es la mujer para el hombre lo más bueno!
¡Es la mujer para el hombre lo más malo!
Para todos suele ser mortal veneno.....
¡Para pocos dulce! ¡Para muchos palo!...."

Llora que llora y gime que gime, pasaba angustiosos momentos, y la sultana de su pecho con ironía, le replicaba: «*¡que pase el tiempo!*» Maldecía mil veces su infausta suerte! «¡Querer sin ser querido!», era su fatal tormento..... Si una mirada ansiaba, ella le daba la muerte!.....hasta que por fin, se resolvió tomar línea entre los enganchados; dejar su corazón marchito y llevar su amor y pesares.....Se fué Bruno, perdiendo su porvenir y la riqueza que le ofrecía el trabajo en las minas de Potosí; se fué...a disfrutar los rezagos de su amor!

III

Leticia, la criolla sin rival, de garzos ojos, pelo azabachado y nariz aguileña, no estrañó el vacío que Bruno había dejado, ni echó menos de él, como siniestra alimaña o ingrata hiena: rodeada de admi-

radores, cada día se mostraba más complacida de sus gracias y donaire, cumpliendo fielmente el consejo y satisfacción de la veleidosa coqueta. Felipe Usátegui, Daniel Guzmán, Nicolás Yanise y otros, la amaban con frenesí, ella con todos era buena y complaciente y a todos como repostero de convento repartía su amor. Miradas dulces y placenteras y halagadoras sonrisas, cada cual obtenía de la purpurina boca da la dueña de su pasión. Todos tres, aunque no amigos, participaban de una idea; de hacerla esposa a Leticia y eterna compañera: todos tres, nobles, hijos de padres de fortuna, honrados y bien cabidos, empleaban todo medio para arrancar un «sí» de esa «*roca con vida*». Más ninguno fué suficiente, porque ella quería un Adonis o un Edipo y repetía con frecuencia: «*Son bien feos*». La madre que no era tonta, esto mismo le decía y para salvedad y seguro añadía: «Conforme la cara son las obras. *El buen mozo siquiera con su cara, nos recrea*». Con estas máximas y consejos esperaba Leticia un ángel por esposo, desesperando a los otros por hacerla su consorte.

IV

Una crudísima refriega entre estremeños y vascongados, tuvo lugar en esta ocasión, dando por mayor resultado, la muerte de diez y ocho, entre ellos al tierno padre, al Alcalde ordinario Don Diego de Aumeta; al constante y mal correspondido querendón Felipe Usátegui y además la grave herida del General Marcelino, que marchó en defensa del orden, como Corregidor de esta Villa, que era el 5º entre los de su gerarquía.

V

Viste de negro Leticia, enluta su admirada y nunca poco deseada persona, vive con su madre y olvida la memoria de Diego y el amor de Felipe; como rica, heredera de un Alcalde ordinario de S. M. el Rey Dn. Felipe II., gastaba un lujo oriental o mejor dicho, un lujo potosino; engalanando su hermosura y aumentando su gallarda esbeltez: voluble y coquetona, sin sentimiento ni amor, «para todos *la risa, para ninguno el corazón*», era su práctica cotidiana. Guzmán, el enamorado constante, que por siempre anhelaba su amor, busca el consuelo en el silencio y a fuerza del despecho, se entrega en los brazos de un nuevo amor, que adormeciera sus amarguras y cicatrizara las heridas de su lacerado corazón. Nicolás Yanise, joven de inmejorables condiciones, modesto, honrado y trabajador, seguía consecuente, aumentando día a día su frenesí; era como la sombra de Leticia, que por una mirada vivía y con suspiros se alimentaba; más, ella, como hija legítima de la vanidad, menospreciaba su pasión, porque no era de rostro escultóreo, aunque el corazón le dictaba lo contrario, temía la rechifla de sus amigas, la crítica de unas y el deprecio de todas .... ¡Cuánto sufría el desdichado! La quería con

incomparable amor; regaba con frecuencia su puerta con lágrimas de desesperación y entre la oscuridad de la noche, al pie de su ventana entonaba al son de su vihuela, tiernas endechas de dolor!

VI

A los días reemplazan las noches, y acrecían los placeres y tertulias de Leticia y su madre, redoblando las visitas y piropos de dos parejas de ultramar.....Nuño Portucarrero, joven de simpática fisonomía, hablador como muchos, aventurero, pobretón y pintiparado, hacía el oso a la encantadora criolla; con su palabra, modales y linda cara, logró cautivar el empedernido pecho de la deseada dama.....En poco tiempo es dueño de la familia y de pobre se hace rico. ¡Buen mozo! qué mejor: decía la buena madre y para no dejar pasar al buitre, los une con el vínculo matrimonial.....Gustosos los dos, recorrían por doquier, entre un mundo de admiradores que presagiaban la ruina de tan dichosa unión!...

VII

Pasado algún tiempo, hacía Leticia visitas a sus amigas predilectas y éstas la decían: «¡Por qué has dejado la mano de Nicolás, por casarte con un extranjero ¡Ah! muy feliz habrías sido con él—¡Quién! ¿yo? muy poco favor me hacéis! no véis esos ojos, ese talle de mi adorado Nuño?—respondía.....Nuño tan bueno, se dejaba conocer en progresión geométrica: por primera asistía a las tabernas, jugaba buenos reales; por segunda, divertía a sus amigos en su casa, con frecuentes convitillos, donde mujer y suegra sudaban la gota gorda: por tercera se ausentaba de la casa, frecuentes noches, pero, siempre en compañía del dinero, y por último, remitía fuertes pesos a su patria para asegurar el porvenir *de su adorada familia*!.....

No pasó mucho, en que los créditos crecían y las cuentas y cobranzas menudeaban; las joyas pignoradas, los inmuebles con otros dueños y todo anunciaba un calamitoso resultado!.....Una mañana sale Nuño muy temprano de su casa, después de haber dado un beso a su mujer e hijo: pasaron horas, días, años y no volvió a aparecer.....Se fué a asegurar el porvenir de su esposa.

Madre e hija lloraban lo que cuesta la belleza; en la peor miseria, sin lecho y ni huella del ayer, sin pan ni placeres, en la pobreza más aflictiva quedaron, con un hijo que era el eterno recuerdo de *lo que puede una mujer.*

Potosí setiembre 13 de 1891.

DE JOSÉ D. BERRÍOS

CKORIQUILLA [1]
o
LA VIRGEN DEL PPOTOCSI

I

Comienza Enero, (A) y el año
quinientos cuarenta cinco
comienza con él. Tres lustros
rápidos han transcurrido
desde que hollada su tierra
contempló el Peruano altivo,
y perturbada la calma
de sus hogares tranquilos.
Audaces conquistadores
llenan de terror al indio,
y penetran por doquiera,
en este mundo argentífero,
en busca de las riquezas
fascinados por su brillo.
Ckolcke—orcko (2) que de los Incas
aumentaba el poderío
con los inmensos tesoros
en sus minas escondidos,
era explotado ya ahora
de la Iberia por los hijos,
y con el sudor regado
de los infelices indios.

II

Termina el día. Los rayos
del sol pálidos reflejan
sobre el inmenso pantano
de Ppotoc—unu (B) que huellan
miles de llamas pastando
al pie de elevada sierra.
Vése de ckeuña (C) cubierto
un gran cerro en medio de ella
gigantesco dominando
toda la comarca aquesta.
Es agreste el panorama
de estas regiones desiertas,
cercadas, por todas partes,
por desnudas cordilleras;
solo al Este en Huiñai-rumi (3)
y hacia el Occidente humean
en Ckantumarcani, (4) humildes
y moribundas hogueras
de los indios que preparan
con afán su pobre cena.

III

Sube al andar perezoso
de cuatro llamas, cansado,
por la falda del Ppotocsi,
blasfemando a cada paso,
Huallcka, natural del Cuzco,
que de Porco caminando,
viene a dejar a sus llamas
a pastar en el pantano.
El es minador del noble
Villarroel afamado
que en Ccolcke-orcko, diligente
estableció su trabajo.
Reniega el indio, y, por cierto,
motivo tiene sobrado,
viendo que el sol no le envía
sino sus postreros rayos,
y aun le falta a Huiñai-rumi,
que es a do lleva sus pasos,
más de una legua, y sus llamas
marchan con paso más tardo.

IV

Por fin el sol descendiendo
hacia el Occidente, deja
a las sombras de la noche
por señoras de la tierra;
y Huallcka apenas trastorna
del Ppotocsi la ladera
enredándose y cayendo
entre la paja y la ckeuña.
Por fin se detiene, y lleno

1.—Luna de oro,
2.—Cerro de Plata: antiguo nombre de Porco,
3.—Donde crecen piedras. La Cantería.
4.—Vuestro pueblo.

de furia a decir comienza:
« Andad con cien mil demonios!
« Os paraís? ¡Malditas bestias!
« Decidme: ¿a que hora salísteis
« de Ckolcke-orcko? ¿La alta sierra
« no coloraba naciendo
« en oriente el alba risueña?
« Por las huacas (D) de mi Padre,
« haré que no pastéis yerba.
« mientras otra vez la luna
« su rostro a mostrarnos vuelva!»
Esto diciendo, a las llamas
asegura, y busca leña,
para resistir el frío
que en esa falda le hiela.

V

Pasa la noche, y la aurora
con su hermosa luz colora,
al asomar en oriente
su casta y fúljida frente
precediendo al divino Sol.
Presurosos los pastores
van a sus rudas labores
al ver su hermoso arrebol.
La misma estéril comarca
que la cordillera abarca,
de Ppotoc-unu el pantano
y todo su yermo-llano
bellos con el alba son;
que es emblema la mañana
de la juventud lozana,
del vigor del corazón.

VI

Huallcka despierta, y dejando
vagar su triste mirada
por el contorno tranquilo
que, desde la altiva falda
del Ppotocsi, ven sus ojos
en agreste panorama:
y recordando del Cuzco
la grandeza ya pasada,
comienza, con triste acento,
a decir estas palabras:
« ¡Pachacámac! (E) Grande ha sido
« el peso de tu venganza,
« los delitos castigando
« de Huáscar y de Atahuallpa! (F)
« El que un tiempo Imperio fuerte
« ante el mundo se ostentaba,
« gobernado de sus Incas
« por la mano augusta y blanda,
« y que inmenso se extendía
« desde el fértil Caja-marca
« hasta los desiertos llanos
« del arenoso Atacama,
« hoy humillado contemplo
« sin sus Incas, sin sus huacas,
« profanado por estraños
« el sagrado Ckori-cancha, (G)
« violadas o fujitivas
« las mamacunas (H) sagradas,
« y dominando ambiciosos
« toda su extensión amada,
« extranjeros que crueles
« todo frenéticos talan!....
« Mas, tu voluntad divina
« se haga, excelso Pachacámac!....

VII

Dice, y álzase a prisa. El sol radiante
Refleja en Ppótoc-unu sus fulgores,
Grupo de nubecillas vacilante
Cércale con vivísimos colores.
Vuelve Huallcka la vista indiferente
Al sitio donde quedan las cenizas
De la hoguera,....Mas,....algo reluciente
Vé entre las piedras negras y rojizas.
Bájase y mira....De sus labios brota
Un grito de placer inexplicable,
Lánzase avaro al sitio do, de ignota
Riqueza, vé la prueba irrefragable.

¡Álzate ahora, Humanidad avara,
Que en pos corres del oro, enloquecida,
Álza tu frente, tu poder prepara
Y surca audaz la mar embravecida!.....
En el centro de América, asombroso
Manantial de riquezas se presenta....
Corre....vuela....y en cántico armonioso
Extremecerse la extensión se sienta!
De hoy más la Europa pobre y miserable,
Que hambrienta yace en su región desnuda,
Recibirá un raudal inagotable
De argentino metal, de gozo muda!
A prisa, Humanidad, surca los mares,
Corre del Potosí al yermo suelo,
Abandona frenética tus lares
Y de tu Patria el adorado cielo.....
¡Nada te importa! Encontrarás brillante,
Seguro porvenir....Magna riqueza
Vendrá a calmar el ansia que anhelante
Te agita por honores y grandeza!....
Mas ¡ay! también ese metal que adoras
Siempre con sangre manchará tus manos,
Y funesto, darate largas horas
De dolor y de luchas entre hermanos!
Por él verás tu sangre derramada
Y a torrentes corriendo por el suelo,
Con su vapor verás encapotada
La extensión zafirina de tu cielo!....
Y la lucha y la muerte acompañando
Al mágico esplendor de la opulencia,
Irán tu vida inquieta arrebatando
En un mundo de pompa y de demencia....
Más....!nada importa! Humanidad avara
Que en pos corres del oro, enloquecida,
Alza tu frente, tu poder prepara
Y surca audaz la mar embravecida!....

VIII

Decía que Huallcka a prisa
se levantaba a marchar,
cuando entre las piedras algo,
brillante como el metal
creyó distinguir.....que luego
bajóse a ver, y en verdad
desde do la hoguera estaba,
en blanco y puro raudal,
ancha y argentina faja
llegó su vista a admirar.
Era el metal de Ppotocsi
el que se ostentaba allá
con la riqueza que el mundo
ha llamado sin igual;
del Ppotocsi que a la Iberia
mas riquezas le dará
que estrellas hay en el cielo.
que arena a orillas del mar.

IX

Tres meses después en Porco,
Juanca Huanca, amigo de Huallcka,
a Don Juan de Villarroel

de aquesta manera hablaba:
« Huaina-Ccápac poderoso,
« en época ya lejana,
« al recorrer del Ppotocsi
« la aridísima comarca,
« mandó que al cerro pidiesen
« las riquezas que encerraba
« en su misterioso seno
« la fecunda Pachamáma. (1)
« Mas, al comenzar la empresa
« los del Inca, una voz magna,
« entre aterrador estruendo
« dijo así: «No toque osada
« vuestra mano a Sumac-orcko, (2)
« que las riquezas guardadas
« por Pachacámac augusto
« de este cerro en las entrañas,
« por su voluntad divina,
« no gozará vuestra raza;
« que a otros hombres más dichosos
« que de do el sol se levanta
« vendrán cruzando los mares,
« están ellas destinadas».
Don Juan dijo: «Y ¿a qué vienen
« esas tradiciones, Huanca?»
Este respondióle: «Amo
« y dueño mío, es muy clara
« la consecuencia. Ha llegado
« la hora feliz que anunciada
« fué del Ppotocsi grandioso
« por la voz sonora y magna.
« Sois vosotros esos hombres
« que de do el sol se levanta
« vinísteis cruzando mares,
« a cambiar ley y monarca;
« y ya el Ppotocsi ha abierto
« sus argentinas entrañas,
« brindándoos con los tesoros
« que os reservó Pachacámac».

X

Del Potosí las solitarias faldas
Cubre ya inmenso y ávido gentío
Que honores sueña, pompa y poderío,
Buscando el blanco, halagador metal.
Lo que ayer silencioso, abandonado,
Solo prestaba a la vicuña asilo,
En un infierno truécase intranquilo.
Mansión de las pasiones y del mal!
Y cual si por ensalmo misterioso
Brotara seres la desierta tierra,
Los campos, las colinas y la sierra
Cubre inmensa y avara multitud.
Multitud que doquier abre anhelosa
Profundas minas, por do brota ingente,
De riquezas espléndida corriente,
Que dará al mundo vida y juventud.

XI

De Porco y de Chocke-chaca,
de Chayanta y de los Chichas,
de los pueblos más lejanos
del Nuevo Mundo con prisa
muchedumbre de españoles
se lanza en pos de la dicha,
del Ppotocsi fabuloso
a las renombradas minas;
y en las chozas de los Indios
de Ckantumarca se asila
de los hispanos la inmensa
y aventurera gavilla.

XII

Serena brilla la luna
en el azul firmamento;
toda la naturaleza
descansa en hondo silencio.

1.—Nombre de la tierra.
2.—Cerro hermoso.

Sobre Ckantumarca el ángel
de la noche y el del sueño
han extendido sus alas
de calma y dulzura llenos.
Hace una hora que las huairas (1)
han extinguido sus fuegos
en las cumbres del Ppotocsi
y de los vecinos cerros.
Un hombre, en tanto, sentado
de una piedra en el extremo,
frente a la choza mas vasta
que está del pueblo en el centro,
espera algo a duras penas
su impaciencia conteniendo.
Ques es español dicen claro
sus vestidos y su aspecto,
y que algo importante espera
muestra su desasosiego.

XIII

Ábrese, por fin, la puerta
de la choza.....y una sombra
avanza hacia el embozado,
recatada y silenciosa.
Es una mujer. El hombre
un grito de gozo ahoga,
y, a encontrarla apresurado,
se levanta. Ella anhelosa,
«Tenéos, Don Lope, dice,
en el dulcísimo idioma
de los Incas: «pueden veros!»
Párase el hombre, y la hermosa
se aproxima. Entre sus brazos,
anhelante aquel la toma,
y le dice: «Ckori-quilla,
« largas han sido las horas
« que he esperado sin sosiego,
« de tu presencia la gloria!»
—«Don Lope, apenas respiro
« de ansiedad y de congoja;
« pero, es preciso que hablemos ....
« la esperanza es engañosa.....
« y nuestro cielo de amores,
« horrible infierno se torna».
—«Mas ¿qué sucede, alma mía?
—«Don Lope, una noche hermosa
« como ésta, por vez primera
« nos vimos.....el alma loca
« quiso jugar con el fuego,
« y con él se abrasó toda.
« Desde entonces.....delirante
« uní mi suerte gozosa,
« a la vuestra; pero horrible
« la tempestad se amontona
« sobre nosotros, ¡ay Lope!
« envolviéndonos traidora.
« Escuchadme: la dureza
« que habéis usado provoca
« de mi raza entre los hombres
« resistencia poderosa.
« Seis días hace que a todos
« hacéis trabajar.....Me asombra
« su silenciosa paciencia,
« y me anuncia horribles cosas.
« Catari-chaqui (2) está activo,
« y ayer, al rayar la aurora,
« envió dos chasquis(3)con qkipus(I)
« a Mantani (4).....pavorosa
« siento ya sobre nosotros
« la tormenta destructora»,
—«Quizá tan solo temores
« de tu alma generosa
« son, Ckoriquilla adorada,
« esas que ves, vanas sombras»,
—«Pachacámac poderoso
« esas tus palabras oiga,
« y haga que tan solo sean
« ilusiones vagarosas,
« las ideas que acobardan
« mi imaginación absorta!
« Mas.....suceda lo que quiera,
« Lope, mi alma amorosa
« solo os ruega que el olvido
« no cubra en su densa sombra,
« la imagen de Ckoriquilla
« que apasionada os adora!»
—«Jamás! Lo juro, alma mía!
« Siempre, aunque la suerte odiosa
« ponga entre nosotros vallas,
« volaré, amada paloma,
« a do estés, y enamorado
« viveré para tí sola».
Esto dijeron , y un beso,
de la noche entre las sombras
resonó, y el aura leve
lo recogió cariñosa.
Y al propio tiempo fatídica
blasfemia amenazadora
tronó en el aire dejando
el éco de una voz ronca;
y dos ojos centellantes
sus miradas pavorosas
lanzaron a los amantes
desde la esquina más próxima.

1.—Hornillas en que benefician el metal.
2.—Pie de víbora.
3.—Correos de a pie.
4.—El valle de Mataca.

XIV

En la cabaña del feroz Cacique
A quien Catari-chaqui denominan,
Juntos se hallan los jefes de los indios
De Ckantumarca. Trémulas oscilan
De dos hogueras las movibles luces,
Las paredes cubriendo, ennegrecidas.
De mil sombras que vagan y se pierden,
Y ruedan, se enderezan y se inclinan.
Ellos son trece. Sus miradas torvas
Que por momentos muéstranse encendidas,
Reflejan un furor reconcentrado
En el negro fulgor de sus pupilas.
Mudos están. Tan solo las palabras
Del Cacique vibrando enardecidas
En el silencio sepulcral que reina,
Son escuchadas con la faz sombría.
« Catari-chaqui, díceles, os jura
« Que placentero entregará su vida
« Al rayo del odioso huira-ckocha (1)
« Que todo en un instante lo aniquila,
« Con tal de conseguir que de este suelo
« Sea esa gente blanca despedida!
« Vosotros sois testigos de la horrenda
« Traición que en siervos o en humildes víctimas
« Os ha tornado, cuando abriendo ansiosos
« Los brazos les llamásteis a porfía,
« Como a divinos huéspedes!....¡Sobre ellos
« Caiga de Pachacámac la justa ira!»
Puma-soncko (2) levántase gallardo,
Y de este modo su furor explica:
« Yo el segundo del pueblo, yo humillado
« He sido con horrible altanería,
« Por los blancos! Pues bien: enardecido
« Por la ofensa he volado, y no perdida
« Mi diligencia ha sido. Rumiñahui (3)
« En estos qkipus su respuesta envía».
Catari-chaqui con cuidado toma
Los anhelados qkipus, y descifra:
« Cuando yo llegue cerca de tu pueblo,
« La aurora brillará del tercer día:
« Mis cuatro mil guerreros van sedientos
« De sangre, y con el alma enardecida.
« De la cuesta-cansada (4) al pie te espero
« Valor, hermano. A la venganza, aprisa!»

1.—Espuma del mar. Nombre que, los indios, daban a los Españoles.
2.—Corazón de León.
3.—Ojo de piedra.
4.—La que hoy conduce a Jesús Valle.

« Veis, dice luego, veis, hermanos míos,
« Rumi-ñahui el valiente nos auxilia,
« Y mañana con todos sus guerreros
« Estará de este pueblo a las orillas,
« Vosotros ya sabeis lo que debemos
« Hacer mañana: al despuntar el día,
« A la cuesta-cansada marchan todos,
« Y esperan el momento de la liza.
« Ahora vamos a jurar, hermanos,
« No dejar el combate sin la vida:
« Hermanos míos, por los sacros manes
« De vuestros padres, por la luz bendita
« Que nos da el Sol, por el augusto nombre
« De Pachacámac, prometéis con viva
« Y entera convicción, hacer la guerra
« A la raza de blancos tan altiva?»
« Y juramos!» respondieron trece voces
Que retumbaron roncas y atrevidas.
Catari-chaqui prosiguió: «Malditos
« Sean el nombre, el pueblo y la familia
« Del que cobarde a sus hermanos deje:
« Muera en el campo, y sus despojos sirvan
« De alimento a los perros y a los buitres,
« Quien por la libertad no dé la vida!»
Luego, como fantasmas, lentamente
Fuéronse retirando, y la sombría
Cabaña quedó sola en el silencio
Otra vez, y en las sombras sumergida.

XV

Amaneció el otro día,
y sorprendidos quedaron
Villarroel y sus valientes
compañeros, contemplando
el pueblo de Ckantumarca
silencioso y solitario.
Todas son preguntas vanas.
todo admiración y espanto,
pues los indios, sus mujeres,
niños, jóvenes y ancianos,
el pueblo de sus mayores
habían abandonado.
Calmada, en fin, la algazara,
concluidos los comentarios,
Villarroel convoca a todos
y les dice: «Amigos, algo
« de amenazador observo
« en este atrevido paso
« que dan los indios. Sin duda,
« de nosotros alejados,
« preparan en contra nuestra,
« por lo menos un asalto.
« Descontentos y mohinos
« se han sometido al trabajo
« a que, con pesar, sin duda,
« nosotros les obligamos.
« Van, pues, a hacernos la guerra;
« muy prudente es prepararnos
« a resistirla. Propongo
« que abandonemos, por tanto,
« este pueblo que tornarse
« bien pudiera en nuestro osario.
« Vámonos del cerro rico
« a las faldas, y observando
« desde la altura, esperemos
« de este drama el resultado».
Aplauden todos, y al punto
se alejan apresurados,
y del Ppotocsi en la falda
van a establecer su campo.

XVI

Lope, entre tanto, padece
de las penas la mayor,

pues sus ojos oscurece
doliente llanto de amor;
separado de su amada
ya no mira en torno, nada
que mitigue su dolor!
Piensa amante en Ckoriquilla
que talvez llorando está,
¡pobre y triste tortolilla!
su ausencia tan larga ya,
y ¡ay! en llanto se deshace
su corazón que tenaze
pena, desgarrando va.
Mas, al fin, resuelto exclama:
« iré donde está mi bien;
« quizá amorosa me llama
« buscando en mí su sostén....
« quizá piensa que olvidadas
« sus quejas enamoradas
« por mi corazón estén!»

XVII

Y apenas cubre la noche
con sus sombras la extensión,
habiendo dejado Lope
el campamento español,
camina con paso firme
a buscar, lleno de amor,
al ídolo de su ardiente
y dulcísima pasión.
Ckoriquilla enamorada,
desde que se pone el sol,
busca también a su amante
con solícito tesón,
y va a esperarle en las sombras
hasta que el primer albor
de la mañana, le anuncia
la vuelta del divo sol.
Y cada noche, incansable
espera, como esperó,
con ansiedad amorosa
toda la noche anterior.
Una noche, negras sombras.
como fúnebre crespón,
cubren el cielo y la tierra
envuelta en mudo sopor.
Catari-chaqui y los suyos
no atacan al español,
éste a su vez, va esperando
ser atacado.....Los dos
campamentos permanecen
en silencio aterrador.
Tan solo los atalayas
dando de «alerta!» la voz
interrumpen el silencio
que se nota en derredor.
Ckoriquilla, siempre ansiosa
del campamento salió,
y fuese a esperar a Lope,
que vá con paso veloz,
por un instinto arrastrado
en la misma dirección.
Vense ambos.... .Un solo grito
de dicha exhalan los dos,
pues que son ellos, anuncia
a ambos dos su corazón.
Vuelan a abrazarse tiernos,
y enmudecida la voz,
solo un profundo suspiro
su intenso amor explicó.

XVIII

Pasó un instante, y ardiendo
en amorosa ansiedad
Lope y Ckoriquilla amantes
así empezaron a hablar:
LOPE. «Cuánto, mi bien, he llorado
« separado
« de tí que eres mi vivir,
« cuánto, he temido no verte
« y perderte
« para todo el porvenir!»
CKOR. «Las horas de la amargura
« que tan dura
« te ha rasgado el corazón,
« comparadas con las horas
« destructoras
« de mi vida, nada son!
« Lope, he temido un instante
« que en tu amante
« pecho no existía ya
« ni un recuerdo de tu amada!..»
LOPE. « ¡Nunca! Nada
« hacerte olvidar podrá!
« Por eso he venido luego
« en el fuego
« ardiendo de mi pasión,
« a rogarte que abandones
« las regiones
« teatro de destrucción,
« y a gozar vayas conmigo
« del abrigo
« que nos ofrece el amor!»
CKOR. « Iré de amor delirante
« al instante
« que oiga de tu eco el dulzor!»
Imperceptible sintióse

un rumor tenue y fugaz,
una exclamación de rabia
pareció el aire rasgar.
LOPE. «¿Has oído? ¿Por ventura
« en la oscura
« noche alguno te siguió?»
CKOR. «No temas, Lope querido,
« nada ha sido,
«talvez el aura gimió!»
Súbito en redor brillaron
antorchas varias. Jamás
el dolor rasgó tan recio
dos almas llenas de afán.
Cercados los infelices
se vieron luego, y fatal
mudez, y asombro les tiene
clavados en su lugar.
Puma-soncko que va al frente,
da a los suyos la señal
de tomarlos prisioneros,
mandándolos luego atar;
y viendo brillar dos lágrimas
de Ckoriquilla en la faz,
dícele en tono de broma:
« Hermosa, ¿porqué llorar?
« En breve vuestras ansiadas
« bodas se celebrarán,
« y la hoguera.....de himeneo
« en vuestro honor arderá!»
«¡Traidor!» exclama Don Lope:
« dadme mi espada!»—Cabal,
respóndele Puma-soncko,
riendo con crüeldad:
« si estamos en plena guerra,
« señor español galán,
« y por amores perdido
« prisionero os entregaís,
« creo que traición ninguna
« hay aquí.....pero marchad!»
dice así a su gente—«Tenéos!
exclama llena de afán
Ckoriquilla: «Puma-soncko,
« sed generoso.....no hagáis
« que Don Lope, por mi culpa
« padezca el mínimo mal.
«Llevadme a mí y acusadme
« delante del Capitán,
« pero soltad, por el Inca,
« a Lope.....tened piedad!»
—«¡Piedad! responde sañudo
el indio: «yo no haré tal,
« que aparte de convenirme,
« por algo que siento acá,
(dijo el corazón tocando),
« a este mancebo guardar,
« no es él de valor pequeño
« en esta guerra!....Marchad!»
añadió con imperioso
y fatídico ademán.
«Mi padre Catari-chaqui
« vengarme de tí sabrá!»
dijo con voz de agonía
Ckoriquilla. «El capitán
« hará su deber!» responde
Puma, y ordena marchar.

XIX

En derredor de una hoguera
catorce hombres de cuclillas
están, en grave silencio.
Pálida la hoguera brilla
por las sombras de la noche
su roja luz combatida.
Son los distintos Caciques
jefes de la fuerza india,
que esperan a Puma-soncko
con ansia creciente y viva.
Vénse, por fin, las antorchas
por las que vá precedida
de los amantes cautivos
la nocturna comitiva.

XX

Llega por fin. Catarichaqui absorto
Al ver a Ckoriquilla, salta altivo,
Y lanzando feroz, torva mirada
A Puma-soncko exclama: «¿Qué ha podido
« Hacer ¡oh miserable! la hija mía,
« para traerla así?»
—«No alzeis el grito,
« Catari-chaqui, dice Puma-soncko:
« Que hay un crimen, que solo concebirlo
« Extremece mi alma!.....Vos, sin duda,

« Ajeno estais a cuanto ha sucedido.
« Sabréis que, por razones que no quiero
« Manifestaros hoy, los pasos sigo
« Activo y pertinaz de Ckoriquilla,
« Y mientras os dormís, yo la vigilo».
«¡Padre, no le creais!»....exclama ansiosa
La desgraciada.
—«¡Nunca yo he mentido!»
Exclama altivamente Puma-soncko,
Y con amarga risa. «Es ya preciso
« Mi cuento concluir, dice: tan solo
« La presencia de aqueste Señorito,
« Puede mostraros la verdad desnuda,
« Y el terrible misterio descubriros!....
« Es el amante de vuastra hija!»
—«¡Cielos!
« Por Ckoricancha, júrote que impío
« Te arrancaré la lengua fementida,
Catari-chaqui exclama, «si el delito
« No pruebas al instante!».....
—«Puma-soncko:
« Más de lo que pensáis eso es sencillo,
« Ahora mismo su fuga concertaban
« Al campamento de los blancos», dijo.
Entonces Lope, con acento fuerte,
Vibrante el furor les dice: «Amigos,
« Culpable me confieso, pero juro
« Que en cuanto a Ckoriquilla, miente indigno
« Quien ose asegurar que convenía
« En la fuga....Que solo yo he venido
« Espía de los blancos, y apresado
« Quedo en guerra leal, vuestro cautivo».
Lánzase Ckoriquilla a do su padre
Mudo está, y en acento dolorido
Dícele: «La culpable solamente
« Es la que humilde os pide, padre mío,
« La libertad de aqueste caballero
« Entre los blancos el más noble y digno!»
—«¡Silencio haced, exclama Rumiñahui,
« Y escuchadme: nos viene desde antiguo,
« La costumbre muy sabia de abstenernos
« De emitir, en campaña, ningún juicio
« Respecto a nadie, y menos todavía
« Infligirle ni un mínimo castigo.
« Pase, pues, el combate que no tarda,
« Y marchen, entre tanto, los cautivos
« A Mantani; custódielos el noble
« Puma-soncko. Que luego, si vencido,
« Como lo espero, es el altivo blanco,

« Con calma atenderemos a ese juicio.
« Hermanos ¿qué opinais?»—Catari-chaqui,
« Es justo, exclama, sean conducidos
« Al valle de Mantani, y si culpable
« Es Ckoriquilla, su sentencia pido
« Antes que nadie, pues la Patria vale
« Más que todas las cosas, para el indio!»
—«¡Aprobamos!» dijeron lentamente
Con grave acento los Caciques indios.

XXI

Brilló la luz de la rosada aurora
Del día que la horrenda
Lucha alumbrar debía tristemente.
En la falda imponente
Del Ppotocsi, relucen los aceros
Instrumentos de muerte aterradora,
Mientras que al pie de la cansada cuesta
Innumerables muéstranse los indios,
Armados con sus hondas y sus flechas,
Burlándose altaneros,
Con su valor y muchedumbre ufanos,
Del reducido número de hispanos.
Pedro de Salvatierra,
Capitán español, apenas clara
La faz mostróse del divino Inti,
Al campamento fué de Rumiñahui,
Toda la gente en tierra
Postrada estaba, y el hamautta (1) Ckopa,
Al divo Sol naciente
Dirigía sus preces reverente.
Terminó la plegaria. El emisario,
A Rumi-ñahui estas palabras dijo:
« Vengo a ofreceros paz. Dejad las armas
« Y os daremos, en prueba de harmonía,
« La prenda que escojais. No más alarmas!
« Habitad libremente
« Vuestra tierra y cabañas desde hoy día;
« Y si quereis salario
« Ayudarnos podreis en las labores:
« Recompensa tendreis, ya no rigores!»
Calló un momento Rumiñahui, y luego
Al español lanzando
Su mirada de fuego,
Díjole así: «La tierra que pisando
« Estais con humillante altanería,
« Libre la poseyeron nuestros padres,
« Nosotros, todavía

1.—Sabio o sacerdote.

« Conservamos un resto de bravura
« De aquellos heredada.
« Solo de un modo, con vosotros puede
« El indio hacer la paz: En el momento
« Dejareis este suelo, y alejaros
« Libres podreis de aquí. Y en cuanto a Huallcka,
« A Huallcka, que el portento
« Del Ppotocsi os mostró por vez primera,
« Sea luego a nosotros entregado,
« Para que sufra al punto
« El castigo a su crimen reservado!
Contestó Salvatierra,
Levantándose altivo y majestuoso:
« Ya que optais por la guerra,
« Os será dada luego
« como la mereceis!» Y presuroso
Tornóse en el momento,
Al reducido hispano campamento.

XXII

De la cuesta-cansada al pie se extiende
De los indios la linea amenazante,
De sus arcos tirante
La cuerda está, las flechas preparadas,
La piedra está en la honda
Y el brazo ya dispuesto
A lanzarla del Jefe al menor gesto.
El ejército hispano
Baja al combate con marcial talante,
Confiado en sus armas y en su brío.
Brilla herido el acero
Por los reflejos de Inti soberano;
La lanza deslumbrante,
El casco, la coraza, el altanero
Mirar de los soldados,
Son, por los jefes indios, admirados.
Avanzan ya! Se estrecha
La distancia, y comienza
La lucha, con estrépito tremendo;
Inmenso vocerío
Los aires ensordece,
Mezcla infernal del alarido horrible
Del indio, y el terrible
Grito del español. Las balas silban
Veloces por el aire atravesando;
Y ante la piedra que la honda arroja,
Y las flechas alígeras, vacilan
Del castellano bando

El valor y firmeza. Los aceros
Tintos ya están en sangre, ya las lanzas
Embotadas parecen.....
Polvo y humo los cielos oscurecen!.....
Mas ¡ah! las mil hazañas
Que en uno y otro bando se repiten,
La épica trompa del cantor de Aquiles
Honrar debiera con robusto acento.
Viérase entonces ciento
Que en valor rivalizan a porfía,
Con Héctor y Patroclo y Menelao.
Entre ellos admirable
Rumiñahui se ostenta, de pujanza,
Y armado de su maza formidable
Caballos y jinetes echa a tierra,
Catari-chaqui, rayo de la guerra,
Alienta a sus soldados
Más que con sus palabras, con su ejemplo.
Ckopa el hamautta cantos inspirados
Entona, mientras lanza vigoroso
Su flecha voladora,
O maneja su maza destructora!
¿Y en el opuesto campo?
Luce también su fuerza y bizarría,
Número no pequeño,
De caballeros. Villarroel sereno,
En medio del fragor de la pelea,
Siega cabezas enemigas; nada
Resistir puede a tanta valentía;
Y Centeno, y Mendoza, y Salvatierra,
Y la cohorte ardiente que dirigen
Cercados mas sin tregua ni fatiga,
Combaten contra tantos enemigos.
Súbito Rumiñahui
Manda un cambio, y al punto
Retrocede el hispano
Del indio ante el empuje sobrehumano!
Míralo Villarroel y decidido
Lánzase del combate
En lo más recio. Con mirada altiva
A Rumiñahui busca,
Le encuentra, enardecido
Le ataca con vigor. El indio ruge,
Con formidable embate
Al español disputa la victoria,
Mas, ¡ay! al fin se abate
Como robusta encina
Que troncha el leñador!.... Ronco se eleva
Angustioso lamento

De los indios en todo el campamento.
De entonces abatidos
Buscan todos la fuga, atropellados.
Catari-chaqui y Ckopa en vano airados
Les dirigen terribles amenazas;
En vano intentan mantener la lucha,
Con heróica bravura;
Presa del miedo son y desalados
Los indios arrojando
Las mazas y las flechas,
Por todas partes, huyen aterrados.
Persíguenles y matan los hispanos
A los que huyendo caen en sus manos.

Así, de Potosí, la Imperial Villa
Se abrieron los cimientos,
Entre combates rudos y sangrientos.

XXIII

Es de noche. Incierta luna
brilla en el azul del cielo,
entre nubes importunas
ocultándose a momentos.
En una playa cercana
a Mantani, los reflejos
de una hoguera que se extingue
anuncian algún viajero
que, a la sombra de los molles,
habrase entregado al sueño.
Una sombra derrepente
aparece, y al momento
otra le sigue; sumidas
en un profundo silencio
caminan con raudo paso,
que quizá aligera el miedo.
No bien se alejan, ¡«Muchachos»!
dice una voz: «los perversos
«quieren huir, levantáos!»
Es un robusto mancebo
que en pos corre de las sombras
de insano furor rugiendo.
Síguenle seis formidables
atletas dejando el sueño,
y a las sombras dan alcance
raudos como el pensamiento.
Entonces sangrienta lucha
comienza en mudo silencio:
un hombre solo combate
contra seis monstruos horrendos:
español es, nos lo dicen
su traje, y su fuerte acero
que ya ha dejado a dos hombres
moribundos en el suelo.
El que parece ser jefe
observa el combate, atento,
y enérgico: «¡Dadle muerte!»
con voz ruda dice luego;
y lanzándose, cual tigre
sobre indefenso cordero,
sobre la sombra que, oculta
se encuentra detrás de un cerco,
tómala en sus fuertes brazos,
lleno de infernal contento!
En ese instante ha caido
despedazado en el suelo,
el hombre que valeroso
con cuatro luchó sereno,
y, «Ckoriquilla adorada!»
dice al caer sin aliento.
«¡Ay, Don Lope de mi vida!»
exclama, en el mismo tiempo,
un acento de agonía
que triste repite el eco.

XXIV

Es una hermosa cabaña
en el valle de Mantani,
verdes molles le dan sombra
y flores grato paisaje.
Las turbias ondas del río
que van rugiendo en su cauce,
contrastan con el reposo
que domina en todo el valle.
Una joven, canta triste
estas endechas amantes,
en el pretil apoyada

de un puro y límpido estanque:
« Para siempre perdida
« fué mi dulce esperanza,
« hoy solo sus recuerdos
« mi corazón desgarran!
« Al comenzar la vida,
« Paloma solitaria,
« por su esposo adorado
« súbito abandonada.
« ¿En qué escarpada loma,
« en qué desierta pampa,
« hallar podré a quien amo
« con el amor del alma?
« ¿Quién de vosotras, aves,
« de voz tan dulce y blanda,
« me dirá dónde el dueño
« de mi albedrío se halla?
« Por qué con tanta furia
« castigas, Pachacámac,
« a quien humilde siempre
« te elevó sus plegarias?
« Devuélveme piadoso
« al que mi voz reclama,
« o envíame la muerte,
« que ya está muerta el alma.
« Que al comenzar mi vida,
« Paloma solitaria
« soy, por mi esposo amado
« súbito abandonada».
Calla, y dos lágrimas puras
sobre su túnica caen,
y tristemente suspira,
y mustio su pecho late.
Es Ckoriquilla, la hermosa,
que está en manos del cobarde
Puma-soncko, que la trajo
en la noche memorable
en que a Lope asesinaron
los indios. Quiere anhelante
Puma el amor de la hermosa
y lograrlo a todo trance.
Ella hasta hoy día, indignada,
le ha desdeñado insultante,
rechazando sus obsequios,
no dignándose mirarle.
Pero hoy en su hermoso rostro,
antes concentrado y grave,
de satisfacción un rayo
se percibe deslumbrante.
Es que, ansiando del verdugo
Puma-soncko libertarse,
algo ha resuelto, atrevida,
que su esperanza rehace.

XXV

Es bella cual lo eran las hijas dichosas
Del Peruano Imperio que el hispano holló,
Los ojos son negros, las mejillas rosas
De esa faz morena que el amor formó.
Altiva la frente, gallardo su talle,
Gracioso el conjunto puro, virginal;
Absorto tenía de Mantani al valle
Ckoriquilla hermosa, con belleza tal.
Preséntase ufano con su gallardía
Puma-soncko a élla, diciéndole así:
« Hermosa, he corrido gran parte del día,
« Buscando algo raro, para darlo a tí.
« Hermosa, más grata para mi alma amante
« Que flor que se entreabre al sol matinal,
« Virgen que del Inti, del Dios rutilante
« Eres bendecida, niña celestial,
« Sobre tus cabellos, esta wincha hermosa,
« De flores cogidas por mi mano, pon,
« Y ya no me muestres tu faz desdeñosa,
« Ablanda a mis ruegos ese corazón.
« Tú sabes que siempre, siguiendo tus huellas,
« A tí solamente consagré mi amor,

« Que oyéndote a Lope, palabras tan bellas
« Decir, yo moría de rabia y dolor....
« Y oculto vertía mi candente llanto,
« Rasgaba mi pecho con furor tenaz....
« Más, ¡ay, Ckoriquilla! te idolatro tanto,
« Que hoy al verte tiemblo y oculto mi faz!»
Con voz aun más dulce que el tímido acento
De tórtola amante, Ckoriquilla habló:
« Cierto es, Puma-soncko, que es dulce lamento
« De amor el que mi alma de tu boca oyó;
« Y que algo movido sentí dentro del pecho,
« Que por tí me inspira compasión quizá....
« Amigos seremos, que muera deshecho,
« En nuestra memoria, lo pasado ya!
« Pero advierte, amigo, que solo te ofrezco
« La flor de mi pura, sincera amistad,
« Y hoy quiero probarte que no desmerezco
« Tu noble respeto hacia mi horfandad!»
Puma-soncko absorto la voz escuchaba
Que jamás le hablara con tanto dulzor.
Atónito oía, dudando callaba,
Creyendo ser solo sueños de su amor.
Mas luego que afable sirviole la chicha
Turbado aceptola, y ávido bebió
La copa que, acaso su soñada dicha,
En grata certeza, mágica tornó.

XXVI

Dos días después sentada,
en la quebrada fatal
donde a Lope abandonara
Puma-soncko, sin piedad,
una bellísima joven
sobre unas piedras está.
Su actitud meditabunda,
la palidez de su faz,
nos muestran que ella padece
secreto y terrible afán.
Fija la vista en el suelo
sobre negra mancha está,
y se comprende que es ella
la causa de su pesar.
Tristemente en voz cortada
sus quejas al viento da,
como tórtola afligida
que canta amoroso afán:
¡«Ay! Lope, ¿por qué la suerte
« me persigue tan fatal,
« y a sobrevivirte triste,
« me pudo, cruel, condenar?
« Tu sangre tan generosa
« vertida en la playa está,
« y ¡quién sabe tu cadáver
« fieras destrozado habrán,
« sin que con su amargo llanto
« lo haya podido regar,
« la que en breve, en el sepulcro
« contigo se juntará!»
Alza la hermosa cabeza,
exhala su boca un ¡ay!
eléctrico movimiento
hácela luego saltar,
y la lleva presurosa
a una cabaña que está
en una falda cubierta
de mirtos y de arrayán.
Allí, a la puerta, descansa
un hombre. Cubre su faz
palidez que manifiesta
su reciente enfermedad.
«¡Lope!» la joven exclama,
y a sus pies vase a postrar,
con sus lágrimas regando
las manos de aquel. Jamás
del español sufriría
el alma sorpresa tal;

delirante, con sollozos,
puede apenas contestar
a los suspiros amantes
que a sus pies, la joven da.
«¡Ckoriquilla!» dice luego:
« al fin te vuelvo a encontrar,
« cuando te lloré perdida,
« perdida por siempre, ya!
—«Separados, Lope mío,
« por la dura adversidad
« hoy a encontrarnos volvemos.....
« no nos separemos más!
« Yo a llorarte, amado mío,
« venía a aqueste lugar,
« pidiendo de Pachacámac
« fin a mi triste horfandad!»
—«Yo herido y abandonado,
« pensé mi vida acabar
« en la solitaria playa,
« y entre blasfemias quizá.
« Una mujer inspirada
« por la santa caridad,
« supo, en tanto, mis dolores
« con solicitud calmar.
« Mas ¡ay! cuando en tí pensaba
« volvía al alma el afán,
« y sentía haber salvado
« esta existencia fatal!»
—«Yo cautiva del terrible
« Puma-soncko, fuí a llorar
« tu muerte, Lope adorado,
« lejos de tí. Pero allá,
« luchando con mis tormentos,
« pensé tu muerte en vengar.....
« Iba con valor a hacerlo,
« Puma-soncko estaba ya
« a perecer sentenciado.....
« mas .... no me atreví a matar;
« le adormecí solamente,
« y huí del valle hacia acá,
« para librarme del mónstruo
« que nos pudo separar!»
—«Bendigamos, Ckoriquilla,
« la mano de Dios que ya
« otra vez juntarnos quiso!»
—«¡Bendigamos su bondad!»

XXVII

Pasó un mes. En el llano que los indios
Ckarachi-pampa llaman,
Vense dos viajeros. Son los tiernos
Amantes Ckoriquilla y Lope Silva
Que a Ckantumarca marchan esperando,
Como los que se aman
Y desgraciados son contínuo esperan
En una mañana de mayor ventura.
Lope curado ya, robusto y fuerte,
De su amor en la idea va embebido;
Ckoriquilla feliz cree su suerte
Al lado yendo de su bien querido.
Cerca están ya de la cansada-cuesta,
Y en pláticas sabrosas
Sus almas se extasían delirando.....
Más ¡ay! terrible bando
De indios feroces, que con sed de sangre,
Vagan por las orillas silenciosas
De Ckantumarca, obedeciendo al duro
Y cruel Puma-soncko,
Súbito les rodea, prorrumpiendo
En largos aullidos,
Que a los pobres amantes extremecen.
Puma-soncko blandiendo
Terrible maza, acércase atrevido
A donde están, y apenas
Ve a Ckoriquilla, ruge horriblemente

Y ataca a Lope....Heroico se defiende
El español, con su tajante acero
Que rompe el corazón de su enemigo.
Viendo a su jefe muerto
Vacilan en lanzarse
Los otros indios sobre el fuerte ibero.
Este aprovecha el oportuno instante,
Y poniendo al abrigo
De su cuerpo, a su amada Ckoriquilla,
Huye a la altura. Ya su oscuro manto
Ha extendido la noche sobre el mundo,
Y Lope fatigado
Siéntase a descansar, porque cegado
Por las densas tinieblas, no conoce
El paraje en que se halla.
Súbito formidable granizada
De piedras y de flechas les confunde,
Y míranse cercados
Por los siniestros indios. Valeroso
Lope arranca su espada
Y a la lucha se lanza.....
Lucha....sin un vislumbre de esperanza
Mas, Ckoriquilla exclama:
«¡Vienen los españoles!» A lo lejos
Vénse, en efecto, luces
Que parece se acercan....Sus reflejos
Dan a Lope vigor desconocido.....
Y mientras pide auxilio
Con voz robusta, a Ckoriquilla toma
Con el siniestro brazo, y valeroso
Ataca con su acero
A los indios, buscando
Por entre ellos salida.....
Ya con brazo certero
Ha derribado a muchos, y luchando
Va a salvarse....La luz apetecida
Se ha perdido en la oscura
Noche, llenando su alma de amargura!
¡No hay esperanza ya!....Despedazado
Por sus terribles enemigos, cae
Y «Adios, mi Ckoriquilla!»
Dice, con débil voz, y muerto queda!
Entonces ella en desgarrante acento,
«¡¡¡Muerto!!!» exclamando, al precipicio corre
Cuya sima voraz y hambrienta vese
A la luz de un relámpago fugaze,
Y en él se precipita la infelize!
Retumba el ronco trueno,
Con su voz confundido
Se oye sordo, fatídico gemido!.....

ABRIL 22 DE 1875.

NOTAS

(A) El descubrimiento del Cerro de Potosí por el indio Huallcka, natural de Chumbibilca, cerca del Cuzco, se verificó un día Jueves a mediados de enero de 1545. Desde ese día hasta un domingo a principios de abril, sacó clandestinamente Huallcka, todo el metal que le fué posible, teniendo que dejar de hacerlo, cuando, denunciado el descubrimiento por Huanca a D. Juan de Villarroel, éste tomando posesión del cerro en nombre de S. M. el Emperador Carlos V., se estacó y comenzó a explotar los metales que el cerro contenía.

(B) «Donde brota el agua». Este era el nombre de un gran pantano que se extendía desde el pie del cerro, hasta Ckantumarca y hasta Ccari-ccari y la Canteria, y es el paraje que hoy ocupa la ciudad de Potosí. Tenía dos leguas de circunferencia, mas que menos. Fué desecado, para construir la ciudad, en 1546, por medio del canal que llaman Huaina-mayu (río joven), por Villaroel y sus compañeros.

(C) El Cerro de Potosí, que antes era llamado por los indios *Sumac-orcko*, esto es «cerro hermoso», y que recibió el de *Ppotocsi*, que quiere decir: «que suele tronar». En la expedición de Huaina-Ccapac, que está referida en el § IX de la leyenda, estaba cubierto, antes de su descubrimiento, por el arbusto que llaman «ckeuña», que sirve de combustible.

(D) «Idolos o cosas sagradas» en general, que adoraban los indios como Númenes tutelares «domésticos», semejantes a los dioses lares y penates de los Romanos. He aquí, para mayor autoridad, lo que Garcilaso de la Vega, en sus comentarios reales de los Incas, capítulo IV, del Libro II, dice al respecto: «Par« ticularmente nació este engaño de no saber las muchas y diversas significaciones que tiene este nom« bre *Huaca*; el cual, pronunciada la última sílaba en lo alto del paladar, quiere decir Idolo, como Júpi« ter, Marte, Vénus.....Quiere decir «cosa sagrada» como eran todas aquellas en que el Demonio les ha« blaba (a los indios): esto es los ídolos, las peñas, piedras grandes o árboles en que el enemigo entra« ba, para hacerles creer que era Dios. Así mismo llamaban Huaca, las cosas que habían ofrecido al « Sol.....las cuales tenían por sagradas.....También llamaban Huaca a cualquier templo grande o « chico, y a los sepulcros que tenían en los campos, y a los rincones de las casas de donde el Demonio « hablaba a los Sacerdotes y a otros particulares que trataban con él familiarmente, los cuales rincones « tenían por lugares santos, y así los respetaban como a un oratorio o santuario, etc».

(E) «El Dios invisible, que superior al mismo Inti, adoraban los peruanos. El mismo autor en el Cap. II. Libro II. de la citada, obra, dice».....«los Reyes Incas y sus Hamauttas, que eran los filósofos, rastrea« ron con lumbre natural al Verdadero Sumo Dios y Señor Nuestro.....al cual llamaron Pacha-cámac: « es nombre compuesto de *Pacha*, que es Mundo Universo, y de *cámac* participio de presente de el Verbo « *Cama* que es animar; el cual Verbo se deduce del Nombre *Cama* que es Ánima: Pacha-cámac quiere de« «cir: El que da ánima al Mundo Universo», y en toda su propia y entera significación, quiere decir: « El que hace con el Universo, lo que el Ánima con el Cuerpo».

(F) Sabida es la rivalidad de estos dos Príncipes hijos de Huaina-Ccapac; rivalidad que terminó con la prisión y muerte de Huáscar, y el asesinato en masa de todos los descendientes de la familia real del Inca, verificados por el bastardo Atahualipa: y que precipitó la ruina del Imperio de Manco Ccapac.

(G) «La casa del Sol» en el Cuzco. Significa: «Barrio de oro», y recibió ese nombre, por que el interior del Templo estaba cubierto de planchas de oro, y tenía un huerto o jardín, en el que había un gran maizal, quinua, y otras legumbres, árboles de diversos frutos; todo hecho de oro y plata con excesiva habilidad. Habían, también, en el huerto, figuras de hombres, mujeres y niños; *piruas*, es decir depósitos, para las cosechas, todo de oro; y finalmente, ollas, cántaros, tinajas y todos los utensilos eran de dicho metal.

(H) Esta palabra significa «las madres» Era el nombre de las vírgenes escogidas, que habían envejecido en «*Aclla-huasi*», que así se llamaba el convento. Las jóvenes se llamaban: «Acllasckacuna», esto es, escogidas. Eran vírgenes consagradas al Sol, semejantes, en su institución y en las penas aplicadas a la violación de sus votos, a las antiguas Vestales. Debían ser las del Cuzco, precisamente de la sangre real de los Incas; las de otras Provincias; de raza noble; y unas y otras eran enclaustradas desde la edad de ocho años. Solos el Inca y su esposa a quien llamaban Ckoya, tenían derecho para entrar al convento de estas vírgenes.

(I) Significa la palabra «qkipu»: *anudar* y nudo. Eran los qkipus los que hacían las veces de caracteres para la escritura. Por medio de ellos, llevaban los indios cuenta exacta de todo lo que en el Imperio de los Incas, acaecía, y consistían «en hilos de diversos colores, unos eran de un color solo, otros de dos, « otros de tres y otros de más, porque los colores simples y los mezclados tenían su significación de por « sí: los hilos eran muy torcidos de tres o cuatro liñuelos, y gruesos como un huso de hierro, y largos « de a tres cuartas de vara; los cuales ensartaban en otro hilo, por su orden, a la larga, a manera de « rapacejos, etc.»

MARGARITA

I

Razón tenían los galanes todos
De la opulenta Potosí en buscar,
Empleando afanosos diez mil modos,
Gimiendo y suspirando sin cesar,
El amor de la bella Margarita
Que es beldad prodigiosa, ¡vive Dios!
Razón tenían, dígolo, infinita
En ir rendidos de su amor en pos.
Son los catorce años más divinos
Que imaginarse pueden. Tales son
Sus gracias y atractivos, que mohinos
Quedan lenguaje y pobre inspiración.
Mas, echando un empuje de Poeta
Procuraré a la hermosa retratar;
Los colores preparo en la paleta,
Tomo el pincel....y váisla ya a admirar.
Rostro oval por las gracias modelado,
Moreno y limpio el plácido color,
Ancha la frente y en redor rizado
Negrísimo cabello encantador;
Ojos divinos, por la suave ceja
Ornados, y de lánguido mirar,
Boca pequeña que coral semeja
Y que agracia bellísimo lunar.
Ebúrneo cuello, pecho delicioso,
Que pasmaran al ático escultor;
Esbelta, en fin, de aspecto tan gracioso,
Enciende a todos en intenso amor.
Es Astete y Ulloa el apellido
Que anuncia su nobleza sin rival,
Y Don Bartolomé, su padre, ha sido
Estimado del Rey, como leal.
Vino a esta Villa el noble caballero
Con el empleo, honrado de Factor,
Y fué siempre, entre todos el primero
Por su bondad, su nombre y su valor.
Su esposa que era muerta tiempo hacía,
Criolla fué, más de origen andaluz,
Y el nombre que llevó correspondía
A su belleza: se llamaba Luz.
Con tales prendas y con padres tales,
Dotada de un sensible corazón,
Encendía la envidia en sus rivales,
Y en cuantos la miraban, la pasión.

II

Ella hasta entonces, empero,
no había sentido el mal
que con sus flechas, Cupido,
artero, suele causar.
Había visto mil nobles,
llenos de amoroso afán,
ante ella puestos de hinojos
premio a su amor reclamar,
y desviaba, burlona,
de ellos su inocente faz
sonriendo al ver sus semblantes
llenos de amante ansiedad.
Pero nada es duradero
en este mundo fatal,
y menos la indiferencia
en lo que llaman amar,
teniendo catorce años
y un alma ardiente, además.
Sucedió lo que debiera,
en el orden natural,
suceder, pues Margarita
sintiose luego abrasar
en un amor que su alma
tirano dominará.

III

Gallardo en su apostura,
Noble en su alcurnia era
Nicolás Pablo Ponce de León.
Como su sangre pura
Su alma franca y sincera
Mayor realze daba a su blasón.
Cuatro lustros apenas
Hace que la opulenta
Villa Imperial de Potosí, meció
Su cuna, y las serenas
Horas que el joven cuenta
Halagüeñas pasarse contempló.
En su persona unía
La femenil belleza
A varoniles fuerza y altivez,
Y nadie en hidalguía,
En valor, y en nobleza
Con él pudiera competir talvez.

IV

El Carnaval, la fiesta en que lucía
Potosí de sus hijos la locura
A par de la opulencia,
Llegó del año de seiscientos ocho.
Grande algazara había
En las calles do andaban confundidas
Gentes de todas razas y colores
Que vida y movimiento al pueblo daban.
Allí la donosura
De las damas deslumbra y la hermosura
De sus vestidos régios.
Allí los varios grupos de mestizas
Respirando placer, todas ornadas
De seda y pedrerías valiosas;
Las ruedas numerosas
De los indios que llevan las banderas
Que distinguen sus minas,
Cuadros forman vistosos y halagüeños.
Todo es animación! Por todas partes
Voces alegres cantan,
En loor del magno Martes,
Plácidos himnos que el oido encantan.
Y jinetes que cruzan
Rápidos por las plazas y las calles,
Luciendo su destreza y gallardía,

Y el brío y la arrogancia
De sus corceles. Múltiple armonía
De cien orquestas rasga
Con grata confusión el aire, y llena
El corazón más triste
De súbito placer, al que la pena
Más negra y concentrada no resiste.
Sube de San Clemente
Lucida cabalgata. Entre las damas
Descuella Margarita
Por su hermosura. Su mirada ardiente
Fascina a todos. Marcha, embebecido
A lado de élla, Sancho
De Mondragón, vizcaino caballero
Que diz la adora, de pasión perdido,
Con frenesí tan ciego,
Que todos temen que enloquezca luego;
Pues Margarita solo,
A sus quejas, contesta
Con palabras corteses,
Que le aturden y dejan mudo a veces.
El es noble; más, algo
Desagradable tiene su figura;
Vulgar de rostro, de mirada huraña,
Ancho de espaldas, corto de estatura,
Cabellera castaña
Que rizada sin gracia,
Llega a ser en su faz una desgracia.
Corto por desventura,
De ingenio, Mondragón solo consigue
Fastidiar siempre a Margarita bella.
Así también hoy día
A su lado marchando, torpe apura
Su angelical paciencia, hasta que ella,
De sufrir ya cansada,
Azota con el fino chicotillo
El pecho del corcel que vigoroso
Da un salto, y como flecha disparada
Por poderosa mano, la carrera
Emprende, sin que alcancen,
Su violencia a calmar vertiginosa,
Los esfuerzos horrendos de la niña.
A Sancho la sorpresa
Embarga, y no le deja ver acaso
El peligro que corre su adorada,
Pues quédase parado.
Mas, luego que ha pasado
El primer estupor, vuela en pos de ella,
Y todos, entre voces y lamentos,

Se lanza a salvar a la doncella.
Furioso atropellando
Cuanto a su paso encuentra,
A la plaza del Gato llega luego
El corcel desbocado. Iba entre tanto
Por la del Regocijo, en tordo potro,
Nicolás Ponce de León, luciendo
Su admirable destreza
En contener el brío
De su hermoso corcel. A Margarita
Mira venir luchando sin aliento.
Rápido salta, y vuela
A detener el ímpetu del bruto.
Solo un momento más....¡Dios poderoso!
Y se estrella la joven.... Mas, ya toma
Ponce la suelta brida,
Y el corcel, palpitando
De fatiga letal, cae sin vida!
En sus brazos levanta cuidadoso
A Margarita desmayada, el joven,
Y al propio instante, rápida corriendo
Llega la comitiva.
Las damas la socorren presurosas,
Y agua y perfumes vierten
Sobre su rostro pálido y helado.
Ponce entre tanto escucha
La voz del noble padre agradecido,
Con sus elogios mudo y abrumado.
Por fin, tras una hora de inquietudes,
Margarita, el letargo sacudiendo,
Ya vuelve en sí. Con tímida sorpresa,
Al ver a Ponce, baja la mirada.

V

Desde ese supremo instante
Margarita conoció
aquella inquietud sin causa
que dicen se llama amor.
Su frente antes despejada
en sombría se tornó,
afable ayer su carácter
grave y displicente es hoy.
Mas, no ese cambio ha venido
a ella sola, que el arpón
del niño ciego, otro pecho
sin piedad también hirió.
Por la bella Margarita
gime Ponce de León,
ardiendo en el vivo fuego
de fatal, súbito amor;
mas, tímido, como todo
el que amor puro sintió,
no se atreve de su amada
a implorar la compasión.
Pasó algún tiempo, se vieron,
no me interrogue el lector
dónde fué ni cómo aquello,
porque le respondo yo:
en el baile, en el paseo,
o donde quiera, por Dios,
pues sabe que nunca faltan
ocasiones al amor.
El hecho es que enamorados
se abrieron el corazón,
y adorarse eternamente
se prometieron los dos.

VI

Sancho, entre tanto, importuna
sin cesar a Margarita,
pues no se aparta de ella
ni de noche ni de día,
y como ella en otro piensa,
es claro que él la fastidia;
pero incontrastable sigue
sitiando a la hermosa niña,
a pesar que mil desdenes
inauditos le prodiga,
y se está siempre en sus trece
de llegar a conseguirla;
y a fé que aquella constancia
o terquedad inaudita
tiene un poderoso apoyo
de la hermosa en la familia.

VII

La noche envuelve sombría
la opulenta población,
las once ha dado sonoro
de la Matriz el reloj.
De invierno el viento y el frío
dominan ya, y su rigor
ha encerrado a los vecinos,
desde el toque de oración,
en sus casas, de un brasero
al adorable calor.
Solo de instante en instante
cruza, con paso veloz,
las calles y las plazuelas,
algún noble jugador
que de los nobles garitos
sale en desesperación,
o algún galán que celoso,
a rondar va de su amor
al objeto idolatrado,
cantando bajo el balcón,
al compás de su guitarra
sus cantos de trovador.

VIII

Por la esquina del Contraste
baja un bulto apresurado,
de un ferreruelo en los pliegues
oculta su faz. Gallardo
por su apostura parece,
y fuerte y firme es su paso,
que, a compás, van las espuelas
en las baldosas marcando.
Sombrero de largas plumas
lleva, al parecer, y al lado,
por bajo del ferreruelo.
se mira que asoma algo
que no daría gran gusto
a quien llegase a probarlo.
Llega de Santo Domingo
a la calle, y recatado
se asoma, sin hacer ruido
a una ventana. Tan bajo
llama, que apenas el aire
habrase movido, acaso.
Quién el interior habita
ha escuchado, sin embargo,
pues la ventana se abre,
y aparece un bulto blanco.
Todo a ese lado se muestra
con aspecto solitario,
y bien pueden los amantes,
pues que lo son, es muy claro,
platicar cuanto les plazca,
sin temor ni miedo vanos.
«Margarita», dijo el bulto
ante la reja parado;
« he acudido como siempre,
« verte a solas anhelando,
« y siquiera un solo instante
« hablarte....Mas....tu adorado
« semblante pienso que baña
« mudo, pero amargo llanto.....
«¿Lloras, alma mía?.. ..¡Ah! dime
«¿qué causa tu pena? .....
—«Cuando
« vislumbré apenas la dicha
« en tu amor, querido Pablo,
« convertirse en humo veo
« mi anhelo mas puro y santo.....»
—«Esplícate, amada mía».....
—«Hoy mi padre con Don Sancho»...
—«¡Ah! Ya comprendo!».....
—«Pues bien:
« con Mondragón se ha cerrado
« en su aposento. Anhelante
« he corrido, y escuchando
« mi nombre, atenta he oido
« cuanto, por mi mal, hablaron.
« Allí mi padre le ha dicho:
« Nada hay que temer Don Sancho;
« Margarita es obediente
« y será vuestra.....Han zumbado
« mis oidos, y aturdida
« a mi habitación entrando,
« a llamarte presurosa
« envié luego.

—«Pero ¿acaso
« Sancho ya pidió a tu padre,
« dulce amor mío, tu mano?
« Y si es así.....de tu mente
« mi pobre imagen borrando,
«¿tornarás mi amante pecho
« de los tormentos el blanco?
« Tú, Margarita, cuya alma
« al cielo me ha levantado
« con el purísimo afecto
« que por mi sintió, y que ufano
« he guardado de mi pecho
« en el oculto santuario.....
« consentirás en que, rotas
« mis ilusiones mirando,
« busque la paz que me quitas,
« de la muerte entre los brazos?»
—«Pablo, mi amor nunca en duda
« pongas, por Dios!...Mas, el llanto
« de mi dolor, dime ¿puede
« trocar mi destino acaso?
« Tú comprendes el respeto
« que a mi padre consagramos
« todos en casa, comprendes
« que cuanto dice el anciano,
« todos, en hondo silencio
« obedecemos callando .....
« Tiemblo, pues, a una orden suya
« oponerme..... y al pensarlo
« solamente, me extremezco!
« Y en tanto el amor tirano
« en mi corazón domina,
« y no puedo declararlo!»
—«Vendré a pedirte mañana
« a tu padre..... »
—«Será en vano,
« porque ha dado su palabra
« de caballero a Don Sancho,
« y jamás mi padre falta
« a la palabra que ha dado».
—«Pues bien: morirá mañana
« el vizcaino entre mis manos!
« Le retaré, ¡vive el cielo!»
—«Por Dios, mi adorado Pablo,
« no riñas con él.....es diestro,
« y talvez, desventurado,
« fueras a muerte segura.....»
— «Margarita! Yo no hallo
« remedio a mi mal,.....
--«Espera!
« Que solamente aguardo
« que me anoticie mi padre
« del enlaze proyectado .....
« Diferiré mi respuesta
« y trataré de engañarlo.
—«¡Ay! En tanto, Margarita,
« no es fácil que nos veamos,
« y cruel duda, atroz, tormento
« irán mi vida acabando!
—«Calma esa negra congoja.
« Si me obligan al nefando
« enlaze con Mondragón,
« yo te juro retardarlo.....
« Mas..... vete ya... ..»
«¿Cuándo a verte
« volveré?
—«Mi amado Pablo,
« muy difícil es saberlo.....
« Hoy mismo, cuanto ha costado
« a tu pobre Margarita
« verte un solo instante».....Rápido
movimiento de la niña
cerró la puerta, dejando
al triste amante en la calle,
confuso y desesperado.
Y era que la confidenta
vino a advertirla volando,
que había oído a su padre
dar voces. Ella con paso
que precipitaba el miedo,
fuese a su alcoba pensando
en los medios de librarse
del importuno Don Sancho.
En tanto Ponce oprimido
de angustia intensa, con tardo
paso, subía la calle,
pensativo y cabizbajo.
Llena está su alma de celos,
que amor de ellos no amargado,
no es amor, según lo afirman
de Cupido los soldados.
Y ya teme, desespera,
con el corazón rasgado,
e infiel cree a Margarita;
ya su oferta recordando,
siente bajar a su pecho
de dulce esperanza el bálsamo.

Potosí en 1608

I

Letal es el clima insano
de Potosí. El frío intenso,
como a las nacientes flores
marchita rápido el cierzo,
apaga el destello débil
de vida, bajo este cielo,

sin que valgan los cuidados
de los padres ni el esmero
en cerrar puertas, ventanas,
y cubrir los aposentos
con inmensos cortinajes,
ni llenarlos de braseros.
Tal es el frío, que afirman
que a su acción se apaga el fuego,
y apenas con mil fatigas
pueden volver a encenderlo.
Las damas corren a Cinti
a Mataca, cuando el tiempo
les llega de dar al mundo
de su amor el fruto tierno,
y allí permanecer suelen,
en voluntario destierro,
mientras a sus caros hijos
crean fuertes contra el recio
clima, que apenas sentido
les conduce al cementerio.
Quinientos ochenta y cuatro
sobre mil, si mal no cuento,
era el año que corría
cuando, con gusto y concierto
de todo el pueblo, fundóse
el anhelado convento
de San Agustín. El Padre
Prior que lo era Fray Diego
de Castro, varón muy docto
y de grandes privilegios,
fué a casa de don Francisco
Flores, Capitán del Reino.
Doña Leonor de Guzmán
su esposa, llena de tedio,
tristes pasaba sus días
en ignoto desconsuelo.
Preguntó el Padre qué causa
la tenía sin sosiego,
y ella respondióle: «Ay, Padre,
« ocho años hace que llevo
« nombre de esposa, y los hijos
« que Dios me concedió, han muerto.
« Hoy se agita en mis entrañas
« un nuevo ser; mas, presiento
« que tendrá la misma suerte
« que sus hermanos».
—«Advierto
« que teneis poca fe, amiga,
« y desesperais muy luego».
—«Padre mío, es que conozco
« que en este frígido suelo,
« hace más de treinta años
« que al rigor del clima, han muerto
« más niños que los que Herodes
« cruel condenó al degüello».
—«Mas, tambien sabeis, Señora,
« que quien hizo el Universo
« y cuanto hermoso lo puebla,
« con su poderoso aliento,
« tornar puede, en un instante,
« de Potosí el clima recio
« en el tibio de los valles,
« y este tan árido suelo,
« cubrir de olivos frondosos
« y de lozanos viñedos;
« y su viento helado, puede
« tornar en un blando zéfiro.....
« Además, aunque ese cambio
« no llegue a tener efecto,
« puede vuestra fe, Señora,
« alcanzar favor del cielo.
« Por mi parte, solo a daros
« me atreveré este consejo:
« San Nicolás Tolentino,
« patrón de los niños tiernos,
« puede, por su intercesión,
« especial milagro haceros.
« Ofrecedle dar su nombre
« y fe tengo en que contenta
« quedaréis, os lo prometo».
Doña Leonor fervorosa
dió al instante cumplimiento
al consejo del buen Padre
que tuvo feliz efecto.
Nocióle un niño a quien puso
por nombre Nicolás. Lleno
de fuerza, el rigor terrible
resistió del crudo invierno.
Con prodigio tan patente
asombrado quedó el pueblo,
y de entonces solo el nombre
de Nicolás fué el que dieron
a todos los que nacían
en aquel dichoso tiempo;
y consagrando las madres
al Santo sus hijos, vieron
que robustos les vivían
viento y nieves resistiendo.

II

El General Don Pedro
De Córdova Mejía
De esta ciudad Corregidor onceno,
Llegó en seiscientos siete.

El pueblo que entusiasta recibía
Siempre a todos los regios enviados,
Dispúso alegremente
Fiestas reales. Todo en movimiento
Púsose luego. Doce días hubo
De toros y de cañas,
De justas y torneos
Y otra porción de espléndidos recreos.
Allí por vez primera,
Los criollos de esta Villa que vivieron
Gracias al gran milagro
Que he referido ya, se presentaron
Parte a tomar en las brillantes fiestas,
Mostrando su destreza,
Su lujo, su elegancia y gentileza.
Los vascongados, que eran numerosos,
Pensaban que las dotes
De valor, de nobleza y de elegancia,
Solo ellos poseían,
De presunción henchidos y arrogancia.
Por esto se mofaron orgullosos
De los criollos, no viendo,
Según decían, un jinete solo
Que contener supiera
De fogoso corcel el brío y fuerza,
Ni un justador mediano
Que, al manejar la lanza,
Gallardía ostentara mi pujanza.
Supiéronlo indignados
Los potosinos jóvenes, y algunos
De los más exaltados,
Propusieron correr a donde estaban
Los vizcainos, y darles
Una dura lección. Más moderados
Otros así dijeron:
« Pues ya que ellos nos tachan
« De falta de riqueza y gallardía,
« Solamente nosotros celebremos
« Grandiosas fiestas en solemne día,
« Mostrándoles así a cuanto alcanza
« De los criollos el lujo y la opulencia,
« Y cuánta es su destreza
« En manejar con brío los corceles
« Y la pesada lanza!»
Estas palabras aplaudidas fueron,
Y al punto comenzaron
A preparar las ya resueltas fiestas.
En tortura pusieron
Todos la fantasía,

Para algo imaginar de sorprendente.
Y una vez ya dispuestas,
Enviaron por doquiera
A invitar a los grandes personajes
De la Real Audiencia,
Corregidores y otros respetables
Individuos de Usía y de Excelencia.
Gastáronse caudales
Sin cálculo ni tasa,
Y el pueblo ya impaciente
Esperaba el instante de las fiestas
Con ansiedad creciente.

III

Solemne el día del Corpus
del año seiscientos ocho
llegó por fin. ¡Cuánto lujo
se admira en el pueblo todo!
Colgaduras por doquiera
de tisú, damasco y oro,
altares donde las piñas
de plata, además de adorno,
sostienen de blanca cera
velas lucientes. Por todos
los parajes por do pasa
Su Majestad, ven los ojos
ávidos del forastero
brillantes barras, lujoso
alfombrado que al Eterno
ofrece, ostentando pródigo
su opulencia, aqueste Pueblo
espléndido y religioso.
Las augustas ceremonias
fin tuvieron. Luego, toros,
torneos, justas, saraos,
mascaradas de criollos,
se dieron, con tanto esmero,
luciendo tantos tesoros,
como jamás hasta entonces
hubo visto el pueblo atónito.

IV

Pasado aquesto, el calendario marca
Lunes, y sin embargo
Mayor lujo se advierte por doquiera.
Cuanto la vista abarca
Tiene risueño aspecto, y lisonjera
Es la impresión que deja en los sentidos.
Del Regocijo la nombrada plaza
Llena está ya de gente
Que en los balcones, tablados y veredas
Se apiña inquieta. Vese reluciente
El oro codiciado. Los diamantes,
Topacios, esmeraldas y zafiros
Reflejan por doquier. Allí las damas
Bellas como la aurora, palpitantes
De vida y de emoción, muéstranse ornando,
Con sus gracias y encantos seductores,
La plaza, como el prado hermosas flores.
Allí están las mestizas
Ostentando gallardas la belleza
Que natura les dió. Llevan con gracia,

La elegante pollera
De tejidos de oro y pedrería,
Y la *lliclla* de raso deslumbrante,
Prendida sobre el seno
Por áureo *topo* de diamantes lleno;
Los lazos que sostienen
La fina *ojota* son de seda y oro
Que esmaltan el aljófar valioso
Y el fúlgido diamante. Sus cabellos
Winchas ostentan, y una red graciosa
Con ellos forman, que tal vez artero,
Contra los corazones
Emplea Amor, tornándolos prisiones;
Y son, así trenzados,
A la espalda con gracia, abandonados.
Allí los caballeros
No menos elegantes y gallardos
Que las damas; del Cerro los mineros,
Los indios, los mitayos,
Todos de la opulencia
Ostentan los favores,
De la vida olvidando los dolores!

V

Son las dos de la tarde.
Del Reloj por la esquina, airoso llega
Don Nicolás Francisco Arzans Toledo
Mantenedor del juego de sortija.
Avanza precedido
Por un lujoso carro
Do en gradas argentinas,
Resplandecen mil joyas peregrinas.
Tras la carroza, doce arcabuceros
Vestidos de escarlata,
Y doce mosqueteros
En pos de estos, luciendo seda y joyas.
Blanco carro de plata,
Que ocho corceles negros
Como la noche tiran, viene luego,
Sobre el hermoso trono
Argentino se vé, y ebúrnea silla
Encima está, do sientase el mancebo
Vestido con la toga del Romano,
Toda bordada de oro y pedrería.
Cúbrele la cabeza
Casco acerado, en derredor ceñido
De un laurel de lucientes esmeraldas.
La Cruz de Calatrava,

Formada de magníficos rubíes,
Orna su altivo pecho.
Lleva en la diestra mano
Lanza dorada, en la siniestra tiene
Su escudo, en cuyo centro,
De mil brillantes destellando el vivo
Y espléndido fulgor, vese un lucero,
Y «Desde el Alba vine aquí» se lee
En el áureo letrero
Que es el mote que ostenta sus blasones.
Da una vuelta en la plaza,
Y en tanto en los portales,
Dentro una tienda de brocato, dejan
Sobre una mesa de bruñida plata,
Las que premio serán fulgentes joyas,
Del brío y la destreza.
Baja y entra en la tienda mientras nombran
Cinco Jueces del juego,
Que en lujosos sitiales
Se sientan cerca. Al punto se oye ruido
Hacia la esquina del Reloj. Sus ojos
Todos fijan allí. De la Fortuna
Magna rueda de plata se presenta,
Y en pos, sentado en argentino monte
Que al Potosí retrata,
Nicolás de Mendoza
Que la vista arrebata,
Con las joyas y perlas que le adornan.
En su escudo se mira
De la Fortuna la movible rueda
Detenida de un hombre por la espada.
« Pues que a mis pies la tengo, derribarme
« Jamás podrá» es el mote en él escrito.
Ligero cabalgando
En su negro corcel, parte en tendida,
Voladora carrera, que parece
Que el aire surca y no la tierra pisa.
Lleva en su diestra horizontal la lanza,
Acércase la sortija. Estrepitosa
La multitud le aplaude. El turno luego
Llega al mantenedor que va a lanzarse
En carrera veloz, mas ¡ay! el potro
Indócil a la rienda, se encabrita,
Salta, y en desiguales movimientos
Corriendo, le desvía
De do la áurea sortija está pendiente.
Con cadena fulgente
Premia el mantenedor al caballero,
Quien la ofrece, galante,

A la hechicera Anarda de Mejía,
Cuyo amor, anheloso, perseguía.
Nicolás Ponce de León, el noble
Y acongojado amante
De Margarita, viene
En la cima sentado de un brillante
Monte de plata. Sobre férrea cumbre,
Bellísimo retrato de doncella
Entra con él. Vestido
De amarillo y azul, demuestra Ponce
Los celos que devoran
Su corazón, con infernal tormento.
En el escudo un corazón sangriento
Atravesado por aguda flecha
Pintado está, y el mote es esta frase:
« Es con hierro mi muerte».
Con pensativo aspecto
Va hacia el mantenedor, y así le dice:
« Vengo aquí, caballero afortunado,
« A que corramos una vez tan solo,
« Y a entregaros, perdiendo desgraciado,
« Estos dos montes....Tengo mala suerte
« Vencereis, no lo dudo». Ponce corre,
Y perdiendo retírase sombrío.
Al verle Margarita,
Que está en la fiesta, rápida enjugose
Involuntaria lágrima que amante
Vino a empañar su límpida pupila.
Nicolás de Avis entra precedido
Por diez centauros, en corcel chileno
cuya crin trenzan lazos de oro y perlas.
Ceferino Colón, vástago ilustre
Del navegante intrépido que osado
Halló, surcando un mar desconocido,
La perla de los mares de Occidente,
Y dió precio mayor a la corona
Que ciñó de Isabel la regia frente;
Ceferino Colón, viene en seguida,
Al mando de aguerrida gente hispana,
Que al compás marcha de clarín guerrero;
Al propio tiempo, hueste numerosa
De indios, penetra por la esquina opuesta;
Se arremeten, comienza la estruendosa,
Aterradora lid, como en remoto,
Pasado tiempo, de estupor llenando
A la América, atroz comenzaría.
Como entonces, medrosa
Huye la gente indiana, deleitando
A la Española multitud que vía,

Recordados sus hechos gloriosos.
Entran luego en la plaza
A cual más ataviados y lujosos,
Unos de otros en pos, con deslumbrante
Magnificencia, espléndidos mancebos,
Rivalizando en raras invenciones.
Luego en iguales bandos divididos,
Ofrecen un torneo que entusiasta
La inmensa muchedumbre vitorea.
Fin tuvieron las fiestas,
Como en la humanidad fin todo tiene
Los vizcainos corridos contemplaron
El lujo y la opulencia
Que en esta vez, los criollos, desplegaron
Y los magnates graves
De la Real Audiencia,
Y todos, grandes o pequeñas gentes
Que a presenciar vinieron
La pompa y luzimiento.
De los criollos, todos convinieron
En no haber visto nunca tal portento. [J]

RAPTO

I

Batalla la triste, dulce Margarita
Con rudos tormentos, con terrible afán,
Su padre, cumpliendo promesa maldita,
Su grata esperanza va a despedazar.
Frenética adora, con pasión intensa,
A su tierno amante Ponce de León,
Y cuando perderle, dolorida piensa,
Aniquila su alma bárbaro dolor.
En vigilia pasa las noches llorando,
Los días gimiendo con mortal afán,
Ni solo un momento gozar puede el blando
Y ansiado reposo que calme su mal.
Y ¡ay! del propio modo, sin tregua suspira
Ponce, lamentando su fatal pasión,
Y sin esperanzas, en su cielo mira
Para siempre oculto de su dicha el sol,
En tanto, una tarde, mientras maldecía
La saña incansable de su suerte cruel,
Recibió un billete que solo decía:
«Te espero esta noche. ¡Dueño mío, ven!»

II

Es de noche. Por doquiera
hogueras se ven brillar,
con sus reflejes parece
incendiada la ciudad.
Es que el pueblo, por costumbre,
la víspera de San Juan,
las calles y las alturas
suele siempre iluminar.
Del noble factor Astete
en casa hay bastante afán,
cual si preparar quisieran
solemne festividad.
En el salón, adornado
con ostentación real,
juntos tres amigos nuestros
con calor hablando están.
Escuchemos: con la voz
ahogada por la ansiedad,
Mondragón exclama: «vamos!
« esto no puede durar.....
«¿por qué, dime, Margarita,
« no quieres amarme?»
—«¡Bah!»
con mofadora sonrisa,
respondió la niña: «estáis
« cuasi loco, señor novio,
« os puede un ataque dar.
«¿Por qué, decidme, un arroyo
« no puede volver atrás?.....
« Pero.....vais a ser mi esposo,
« contento debeis estar,
« y no, mi amor exigiendo,
« a molestarme vengais!»
Don Bartolomé exclamó:
« Nunca te cansas de hablar .....
« Don Sancho, a una buena moza
« se dá alguna libertad.....
« y más cuando el matrimonio
« es punto resuelto ya.
« Tenéis temores de niño,
« no os creí tan suspicaz».....
—«Pero, Señor, yo me temo
« que ella no me pueda amar.....
« y eso es para mi espantoso,
« y recios celos me dá,
« que...hasta de un crimen, por ello
« me sentiría capaz!»
—«Jesús! Qué novio!» burlona
exclamó ella; «cuán fatal
« es ese amor del infierno.....
« pero ya las once dan,
« idos, señor novio, es tarde,
« y dejadnos descansar;
« amaneciendo mañana,
« de lo demás Dios dirá».
Ríe Don Bartolomé
oyendo a su hija charlar,
y Don Sancho, amohinado
se levanta, y dice: «ya
« que Margarita me arroja,
« buenas noches!»—«Procurad,
dicele el viejo, «la calma,
« y no os dejeis asustar
« por vanos fantasmas». —«Gracias»,
responde Sancho, y se va.
Despídese Margarita
de su padre, con afán,
y dos lágrimas rebeldes
brillantes surcan su faz:
Va a la ventana, y empieza
allí sentada, a esperar,
y cada instante que pasa
siglo es para su ansiedad.
Lentamente en el reloj
doce campanadas dan,
y Margarita, en la reja
inmóvil, clavada está,
La una.....las dos anuncia,
con su lengua de metal,
el reloj inexorable,
y en el alma va a clavar,
de la triste Margarita,
agudísimo puñal;
cada vibración le advierte
que ha pasado una hora más.
Ve, es cierto, por la ventana,
crecido gentío andar,
percibe el ruido confuso
de la torpe bacanal,
y áspero choque de espadas,
cree también escuchar;
pero ella siempre esperando
en la ventana se está.
Dan las cinco. Amortiguada
de la orgía la infernal
algazara y a sus casas
veloces tornando ya
los nocturnos rondadores
de la opulenta Ciudad,
risueña el alba comienza
el oriente a iluminar.
Ella entonces tristemente
gimiendo a descansar va,
si descansar la infelice
puede de su intenso afán,
diciendo en voz dolorida:
«ya no hay remedio a mi mal!»

III

Si Sancho hubiera salido
de la casa del Factor
menos aturdido, habría
dirigido la atención
hacia dos hombres que estaban,
con aspecto observador,
en la esquina que está en frente
de Santo Domingo.—«¡Oh, Dios!
Cuánto tarda!» fastidiado
uno de ellos exclamó,
a punto de que salía
Don Sancho de Mondragón.
—«¡Malditas hogueras!» dijo
el otro con ronca voz,
y ambos a andar comenzaron,
con paso lento, al redor
de la manzana do estaba
lo que esperaban los dos,
que debe ser importante
según es su agitación.
Empero cruza el gentío,
las hogueras su fulgor
no han apagado, y alumbran
por doquiera como el sol.
Los dos hombres blasfemando
están, con negro furor,
al oir que las dos daba
con golpe lento el reloj.
Mientras tanto frente a frente
de la casa del Factor,
se han colocado en silencio
dos embozados, y son
los que dan a nuestros hombres
mas ira y furia mayor.
Rápidos se lanzan a ellos,
y dícenles:—«¡Vive Dios!
« que si no os vais al instante,
« os echaremos!»—«¡Plutón,
« rey del infierno me lleve,
« si de urbanidad no os doy
« una lección, con mi espada»,
respondió irritada voz,
y arrancando los aceros
la pendencia comenzó,
con rabia por ambas partes,
con destreza y con valor.
Mas, como esa noche había
en toda la población,
multitud de gente alegre,
en el momenro acudió
a do luchaban los cuatro,
y abrazando, sin razón,
de unos y otros la defensa,
se atacaron con furor.
Terrible fué el alboroto
que entonces se levantó;
las voces, los juramentos
se escuchan en confusión,
chocan espadas, rodelas,
con estruendo aterrador.
Mas, súbito, formidable
exclama robusta voz:
—«¡Favor al Rey!»—«¡La justicia!»
dicen todos con terror,
y huyen, a algunos dejando
en la pelea. Los dos
que rondaban embozados
la manzana del Factor,
huyen también maldiciendo
su suerte, pues la extensión
ya el alba a dorar comienza
con su naciente esplendor.

IV

Son las nueve del día. Lentamente
Vese subir pomposa comitiva
Separada en dos grupos. Van delante
Sancho de Mondragón, que muestra viva
La alegría que su alma experimenta,
Y el General Mejía, su Padrino.
Les sigue numerosa
La flor de los Señores vascongados.
Anarda de Mejía
Va detrás con la triste Margarita
Que camina angustiada, como marcha
El sentenciado al sitio de su muerte.

Las matronas, luciendo los bordados
De oro y pedrería
De sus vestidos, vienen en pos de ellas.
Y las niñas solteras, envidiando
Van la suerte, para ellas, cuán dichosa
De la novia. ¡Ay! En tanto,
En horrible agonía,
Lucha la sin ventura,
De angustia atroz con la letal tortura!
Llegan a la gran plaza,
Y a la Matriz dirigen sus pisadas.
Van ya a llegar....palpita
El corazón de Sancho con violencia,
Y el de la novia triste
Del dolor a la fuerza no resiste.
A galope tendido
Bajan por la plazuela
De las Gallinas, dos apuestos mozos,
Montados en magníficos corceles.
Llegan a do se encuentra
La comitiva. Un grito de contento
Se escapa a Margarita. El uno vuela
A do ella está, levántala atrevido,
Sobre el arzón la sienta, y mientras todos
Atónitos están, parte seguido
Del otro, atropellando cuanto encuentra
Por la que llaman calle lusitanas.
Cuánta la inútil rabia
Y la vergüenza fué del triste novio
No son para descritos por mi pluma.
En su cólera insana
Quiso humillar al noble
Y afligido Factor. Mas luego ardiendo
En estupendas iras,
Resolvió perseguir hasta la muerte
A los que huían. ¿Quién pudiera ¡oh Musa!
Con sus propios colores,
Narrar los comentarios que se hicieron,
Y describir los rostros ya admirados,
Ya furiosos, burlescos o atontados,
De aquellos y de aquellas
Que en la plaza quedaron,
Y que poco después se dispersaron?
Todo fué confusión, y en aquel día
Solo se habló del rapto,
Del raptor y su inmensa valentía.

V

Ponce de León, que él era
el gallardo caballero
que arrebató a Margarita
del dintel mismo del Templo,
iba con rápido paso
que, con afectuoso empeño,
seguía Cortés, su amigo,
tan valiente como bueno.
Margarita, ya pasado
del susto el primer momento,
iba contenta estrechada
de su amante contra el seno,
y resuelta a arrostrar todo
lo que en pos viniera luego.
La noche anterior a Ponce
esperó, como sabemos,
y era Ponce el que, luchando
con aquellos bultos negros
que acercarse le impedían,
de su amor al dulce objeto,
ocasionó el alboroto,
y tuvo que escapar luego.
Pensó entonces Margarita,
que, hostigado por los celos,
abandónola su amante
a su destino tremendo.
Mas Ponce, a pesar que ansiaba
volar con su amado dueño,
(pues debió ser la del rapto
la noche anterior), gimiendo
de rabia y angustia fuese
viendo frustrado su intento.
Entonces su mente inquieta
y su exacerbado pecho,
inspiráronle la idea
que osado llevó a efecto.
Ella que le profesaba
amor delirante y ciego,
oía sus tiernas frases
llena el alma de contento,
y admiraba enternecida
su valor noble y sereno.
Ya han caminado dos leguas,
cuando confuso y siniestro
ruido escuchar les parece,
cual ronco lejano trueno.....
Vuelven la cabeza, y miran
de polvo un turbión espeso
que alzándose de la tierra
se levanta hasta los cielos,
y veloz aproximarse
sienten el ruido, que luego
conocen ser producido
por el galope violento
de varios caballos. Vuelan
siete ginetes hacia ellos
lanzando gritos de rabia,
y en blasfemias prorrumpiendo.
Rápido, al instante, Ponce
que pudo reconocerlos,
bajar hizo a Margarita,
y con tranquilo denuedo,
que imitó el leal Bernardo,
arrancó su fino azero;
y ambos gallardos y fuertes
a luchar se dispusieron
con Don Sancho que, con seis
vizcainos, de furia lleno,
ansiando vengar su afrenta,
volaba en su seguimiento.

VI

Recio y terrible comenzó el combate,
Y los dos valerosos caballeros
Arremetieron con feroz embate,
Aunque dos fueran, contra siete aceros.
Margarita, espantada, sin sentido
Cayó, al instante, al ver tanta fiereza,
Como del trueno el hórrido estallido
Mústia la flor inclina su cabeza.
No con mayor estruendo retumbando
En la extensión, dos nubes tormentosas
Entre sí chocan, ígneas lanzando
Rayos de sus entrañas pavorosas,
Como los indignados combatientes
Que se atacan con bárbara porfía,

Moviendo sus aceros relucientes
Con fuerte brazo y fiera bizarría
Ponce y Cortés, empero, fatigados,
Y cubiertos de heridas, desfallecen,
Mientras de los furiosos vascongados
El ímpetu y valor terribles crecen.
Al sitio, en tanto, de la lid sangrienta
Llegan tres caballeros. Margarita,
Ya vuelta en sí mirándoles se alienta
Y a su encuentro veloz se precipita.
«¡Si nobles sois, exclama en desgarrante
Acento de dolor, prestadle ayuda!»
Ellos sus armas toman al instante
Y ardientes entran en la liza ruda.
Recobra Ponce su vigor perdido,
A Sancho ataca, el pecho le atraviesa,
Mientras Diego de Lorri cae herido
De Cortés por el brío y la destreza.
Huyen los otros cinco. Los amantes
Marchan hácia La Plata lentamente,
Y allí, de amor y dicha palpitantes,
Se unieron ante Dios, eternamente.

VII

Sabiendo de Mondragón
la desventurada suerte,
indignados los Vizcainos
forman Consejo y resuelven,
que a Ponce y a Margarita
quien quiera que los encuentre,
les dé la muerte doquiera,
por cualquier medio que fuese.

Don Diego de Mondragón
que del difunto es pariente,
con cinco hombres a la Plata
marchar al punto se ofrece,
a vengar del pobre Sancho
la desventurada muerte;
y jurando y perjurando
emprenden los seis aleves
su expedición homicida,
blasonando de valientes.

VIII

Es una noche lóbrega y lluviosa,
Las calles de «La Plata» están desiertas,
Las luces mortecinas
De los sucios faroles
Que se ven de la plaza en las esquinas,
Perdidas de la noche pavorosa
Entre las negras sombras,
De nada sirven. En sencilla estancia
Amueblada con gusto y elegancia,
Descansan los esposos
Don Nicolás y Margarita bella;
Él ya casi curado
De sus heridas, y ella
Feliz y amante de su esposo a lado.
Bernardo el fiel amigo

Que con ellos viniera, comenzaba
La vida de galantes aventuras
Que famosa La Plata siempre hicieron;
Por esto no se hallaba
Con los tiernos esposos, esa noche.
El dormitorio alumbra
De blanca vela el resplandor luciente,
La puerta está entornada solamente.
El silencio no turba sinó el viento
Chocando en las ventanas
Con furibundo, atronador acento.
Súbito, Margarita
Dice a su esposo: «¿Escuchas?»—
« Que se aproxima ruido de pisadas
« Me parece», responde.
Y del lecho saltando,
Toma su espada y corre hacia la puerta.
En ese instante abierta
Es con vigor, y seis enmascarados,
Atacan con sus sables
A Nicolás. Vacila solo un punto;
Pero luego avanzando
Colócase en la puerta, y se defiende
Con admirable fuerza y bizarría.
Redoblan indignados
El ataque los otros, pero tienen
Que luchar con un héroe.... Ya difunto
Rueda uno por el suelo;
Pero talvez sucumba
El valeroso Nicolás que herido
Se siente ya. Mas, ellos derrepente
Combatidos se ven por las espaldas.
Es Bernardo valiente
Que les ataca con vigor. En tanto
Diego de Mondragón, que es el cobarde
Que a La Plata ha venido
A asesinar a Ponce y a su esposa,
Deslizarse consigue
Al dormitorio, do feroz acosa
A Margarita, para darle muerte.....
Ella, sintiendo, en fuerza del peligro,
Súbito brío, lánzase y tomando
La mano del infame,
Se la tuerce, arrancándole la espada.
Y como el pensamiento
Rápida le acomete,
Y antes que cobre aliento
Rómpele el pecho, y déjale cadáver.
Sale en seguida armada,

Y valerosa mézclase en la lucha
Contra los asesinos,
Que heridos, viendo en tierra
Caer otro, la fuga salvadora
Emprenden clamorosos
Llamando a la justicia.—En aquel tiempo
En que cualquiera que llevaba espada
Creíase tener ámplio derecho,
Para, en cualquier hora,
Despedazar el pecho
Del prógimo, dictáronse ordenanzas
Contra todo el que muerte a un hombre diese
Con razón o sin ella
Por esto, del Alcalde
La presencia temiendo, aterradora,
Dinero y joyas recogiendo a prisa,
Los infelices de aquel sitio huyeron.
Saltaron las paredes
Del jardín, y en las sombras
De la lóbrega noche se perdieron.
El Alcalde no hallando
A los culpables, desfogó su ira
Contra los pobres muebles, ordenando
Que fuesen, en su casa,
De servirle a sufrir la ruda pena
A que su alta justicia les condena.

Epílogo

Seis años después salía
elegante cabalgata
de damas y caballeros
a encontrar en Tarapaya,
a dos personas que llegan
después de una ausencia larga.
Don Bartolomé de Astete
va con ellos entusiasta,
pues llegan sus caros hijos
a la siguiente mañana.

Nicolás y Margarita,
la pareja enamorada,
cuya historia en duros versos
he narrado, ya descansa
de Tarapaya en el tambo,
después de su caminata.
Cada día los esposos
más delirantes se aman,
y su dichosa existencia
por entre flores resbala.
Cuatro niños, fruto tierno
de su amor, tienen sus almas,
con sus hechizos, su encanto
y sus infantiles gracias,
en las delicias del cielo
contínuamente bañadas.
Nicolás viene agraciado
con la cruz de Calatrava,
y trae inmensas riquezas
con su trabajo ganadas.
Jugando los dos esposos
con su tierno niño estaban,
cuando un tropel de caballos
les hizo alzar la mirada.
Salieron ambos a prisa,
y caballeros y damas
les cercaron. Margarita
de placer enagenada,
cubría de llanto y besos
la faz y la frente calva
de su padre. El noble anciano
mudo también sollozaba,

abrazando a Margarita
ha tanto tiempo llorada.
Por fin su emoción calmando
pudieron hablar. ¡Ay! cuantas
frases de amor se escucharon
del Tambo en la negra sala!
Cuantos besos y caricias,
a sus nietos prodigaba
el anciano que sentía
otra vez joven su alma.

Al otro día el camino
del pueblo de Cantumarca,
numerosa comitiva
en largo espacio ocupaba.
Eran los nobles esposos
que volvían a su patria,
después de mil desventuras
y de ausencia prolongada,
durante la cual habían,
en «Los Reyes», sus desgracias
alcanzado del Virrey
el indulto que anhelaban.
En adelante, tranquilos
vivieron, sin que la calma
de su halagüeña existencia,
nada, ni un punto, turbara.
Que así recibió del cielo,
la pareja enamorada,
el premio que merecía
por su amor y su constancia.

Mayo 1° de 1857.

J En esta leyenda me he ceñido escrupulosamente a la relación histórica, la que, en lo referente a las fiestas relacionadas en él, a que corresponde esta nota, se halla extensamente consignada en los Capítulos IX, y X, del Lib. IV de la Historia de la Villa Imperial de Potosí por Bartolomé Martínez Vela.

DE JOSÉ D. BERRÍOS

MARTA

IDILIO

I

Era Marta una Pastora
risueña como la aurora
que aparece
entre fúlgido arrebol;
era hermana de las flores
que, entre galas y primores,
nos ofrece
Flora en valle encantador.

II

Era Lucas el muchacho
más alegre y vivaracho,
que existía
en aquel mismo lugar,
donde Marta la hechizera
reina de Pastoras era,
y tenía
su modesto y dulce hogar.

III

Marta, por único amparo
tenía a su anciana abuela
que, a sus hijos sepultando,
quedó sola con su nieta.
Esta, en cambio, la adoraba,
y cuidaba su existencia
dividiendo sus afectos
entre sus ovejas y ella.

IV

Lucas, huérfano en el mundo,
sin mas bien que su rebaño,
vivía en las verdes lomas
sus cabras apacentando;
y dichoso, en su cabaña,
sin temores ni cuidados,
pasaba alegre sus días,
como las aves, cantando.

V

Quince años tenía Marta,
y dicen que esa es edad
en que el corazón comienza
de amores a palpitar.
Su rostro hízose más bello,
brillaron sus ojos más,
sus rojos labios se abrieron
para de amor suspirar.

VI

Cumplió Lucas los diez y ocho;
y a Marta comenzó a ver
más hermosa cada día,
con amante timidez;
ya no jugaba con ella
en la loma, y el placer
de su antes dulce existencia
tornábase afán cruel.

VII

Miró un día Marta a Lucas,
y sus mejillas ardieron,
éste la miró y sus ojos
se bajaron al momento.
Callaron ambos, y al punto
sus mudos labios se unieron,
con irresistible impulso,
en apasionado beso.

VIII

Y ese dulcísimo beso,
de que fué testigo el cielo,
se elevó en rápido vuelo
hasta el trono del Señor;
porque era casta primicia
de un sentimiento bendito
que brota intenso, infinito,
solo en virgen corazón.

IX

Esa tarde a Marta dijo
su abuela al verla llegar:
—«¿Por qué estás triste, hija mía?»
Y ella respondió:—«¡Ay, mamá!»

dejando del tierno pecho
débil suspiro escapar.
—«¿Tienes alguna amargura?
dijo la abuela, «jamás
« he visto, como esta tarde,
« huellas de llanto en tu faz!»
—«¡Ninguna, mamá, ninguna!»
dijo Marta, y dijo mal,
porque en su pecho ya ardía
de amor la hoguera voraz.
—«Quieres sonreir y lloras!
«¿Qué tienes, Marta? Quizá
« tu alma siente esa congoja
« que llaman amor?»
—«¡Callad!»
exclamó llorando Marta,
e hizo a su abuela llorar.

X

Una mañana el espacio
ardiente sol alumbraba,
en el limpio firmamento
su luz destellando clara.
Mas, luego nubes sombrías,
por el viento amontonadas,
pavorosos lo enlutaron
de la tormenta presagas.
Se abrieron luego con ímpetu,
sus senos, y en cataratas
enviaron sobre la tierra
aterrante granizada.
Mil relámpagos fugaces
las negras sombras rasgaban,
y en los cóncavos del cielo
ronco el trueno retumbaba.

XI

A orillas de un arroyuelo
que la tempestad tornó
en furibundo torrente,
vese inmóviles a dos.
Parecen sombras.....o ¿acaso
dos troncos de árboles son?
No..... Se mueven.....una mole
que desde lo alto rodó,
ha empujado a la corriente
a uno de ellos! .....Una voz
ha sonado de honda angustia
que ni el eco repitió,
mas, recogió destrozado
un amante corazón.

XII

Llegó la tarde. Serena
la atmósfera transparente
se adornaba con celajes
de vario color. No viene
en tanto Marta, y la anciana
que la esperaba impaciente,
se agita al ver que transcurren
las horas..... su angustia crece,
y raudales de amargura
sus ojos nublados vierten.
Tiembla, y con razón, temiendo
que súbito rayo ardiente,
en medio de la tormenta,
a su nieta muerto hubiese.

XIII

¡Ay! y quién viera, Dios mío,
a Marta la sin ventura.
presa de intensa amargura
vagar a orillas del río!
¡Quién la vierta mustia, yerta,
absorta en su acerbo duelo,
fija la vista en el suelo
sin que una lágrima vierta;
sin que su pecho alentara,
sin que una queja, un lamento,
ni de oración un acento
del frío labio brotara.

XIV

Era media noche, y Marta
así decía a su abuela:
—«¡Qué bellos son los fantasmas
« que me halagan!.....Si los vieras.
« son Lucas.....el mismo lucas
« visto en cien partes diversas!.....
—«¿Qué dices, hija del alma?»
clamaba en llanto deshecha
la anciana.
—«¡Ay!.....Horrible, horrible!»
tornaba a decir aquella,
y continuaba en seguida:
«¡Cantos son de dicha inmensa,
« que anuncian mi desposorio
« con mi amante..... Flores frescas
« recoged, bellas zagalas!.....
« Amigas, ya el tiempo vuela!»
La anciana escuchaba absorta
cuanto decía su nieta,
y— «¡Virgen de las Mercedes,

clamaba, favorecedla!»
—«Mancebo hermoso es mi Lucas...
« Mirele un día.....En estrecha
« unión ligonos el cielo! .....
« Mas.....¡quita, sombra funesta!...
« Mientes!...Que jamás mi Lucas...
« ingrato de mí se fuera!.....
«¡Ay!... ..el torrente!...¡Dios mío!...»
y caía al suelo yerta.

XV

En humilde cementerio,
de tosca cruz en redor,
frescas flores esparcía,
desde que salía el sol,
una mujer que afligida
murmuraba en ronca voz,
plegarias, cantos mundanos,
en impía confusión.
Su vestido de zagala
desgarrado y sin color,
sus ojos extraviados,
su rostro y todo, por Dios,
mostraban que ella tenía
trastornada la razón.
Era Marta, la Pastora,
del valle la hermosa flor,
que, presa de la locura,
iba de Lucas en pos
al humilde cementerio,
desde que salía el sol.

XVI

Un día hallose un cadáver,
el de la mísera loca,
en el pobre cementerio,
a lado de una cruz tosca.
Al esparcir en el suelo
de sus flores la amorosa,
la tierna y fúnebre ofrenda,
murió la pobre pastora!
Talvez su razón perdida
iluminó vagarosa,
como funeraria lumbre,
su oscurecida memoria,
le hizo brotar en su pecho,
como lava destructora,
un raudal de horrible angustia
que ahogó a lo pobre loca .....
O quizá Dios apiadado
de su suerte lastimosa,
le envió benigno la muerte
de Lucas sobre la fosa!

XVII

A su funesta memoria,
en melancólico son,
estas lúgubres endechas
un triste bardo entonó:
«Fueron dos tortolillas
« de la montaña,
« que en la copa de un árbol
« juntas cantaban.
« Sus dulces voces
« eran, como sus almas,
« bellas y acordes.
«Una mañana hermosa
« de primavera,
« amores se dijeron
« sus almas tiernas;
« y sus amores
« oyeron en el prado,
« las frescas flores.
«Un beso cariñoso
« de amor se dieron,
« y envidiaron las aves
« tan dulce beso;
« y su armonía
« fué cántico que al cielo
« se elevó a prisa.
«Una tarde la suerte
« robó a una de ellas,
« y enmudeció aterrada
« la umbría selva.....
« La otra cantaba,
« pero sus notas eran
« acongojadas!.....
«Tuvo piedad el cielo
« de su desdicha,
« y a do su esposo estaba
« la llamó a prisa....
« Juntas nacieron,
« y de este valle juntas
« también se fueron!....

XVIII

Esa triste cantinela
del adolorido bardo,
de los míseros amantes
fué, tan solo, el epitafio.
¡Ay! después.....solo las flores
que, el ambiente perfumando,
silvestres y puras crecen
sobre su sepulcro helado,
señalan al que dirige
sus melancólicos pasos

al humilde cementerio,
el paraje solitario
do descansan los amantes
mas puros y desgraciados!

XIX

Esta dolorosa historia
contome un Pastor llorando,
y su narrar escuchando
yo también llanto vertí.
Hoy lo cuento en rudos versos,
más, quien el amor comprenda,
al leer esta leyenda.
sentirá lo que sentí.

Ancomayo, junio 13 de 1874.

LA BRUJA

DE JOSÉ D. BERRÍOS

«FLOR DE CONTENTO»

I

¡Miradla.....cuán bella
se ostenta y galana,
la límpida estrella,
la rosa temprana
de Porco feliz!
¡Mirad.....su hermosura,
su gracia y ternura
son de un Querubín.
Miradla cuidando
sus blancos corderos,
con ellos saltando,
más que ellos lijeros
levanta sus pies;
cándida paloma
que en la verde loma
respira placer!
Su pecho palpita
tranquilo y sereno,
que el amor no agita
su virgíneo seno
con su ardiente afán;
su dúlce existencia,
de pura inocencia
cubre albo cendal.
Cusiy-ttica (1) llaman
los pobres pastores
a la hermosa que aman,
y tiernos loores
contínuo le dan,
que es ella doquiera,
grata mensajera
de dicha y de paz.

Mas, dentro su pecho,
hay un alma ardiente
que talvez estrecho
su presidio siente,
ansiando volar;
corazón de fuego
que en volcán muy luego
tornarse podrá.

II

Es su padre Túpac-Roca, (2)
Curaca de la Provincia,
por su saber respetado,
y por su conducta rígida.
Cuando el Peruano Imperio
humíllose ante la altiva
fuerza de la avara España,
que todo lo tala impía,
y Atahuallpa, encadenado,
enviaba *chasquis* a prisa
para conducir el oro
que, la española codicia
pedía voraz y hambrienta,
en rescate por su vida;
entonces fué que nació
a Túpac-Roca esta niña,
de su populosa Patria
entre las ruinas sombrías.
Como todos los peruanos
supersticioso, creía
Túpac, que el gran Pachaçámac
quería votos y víctimas;
y patriota, cual su nombre
y su alcurnia lo exigían,
consagró a Inti venerado,
a su tierna Cusiy-ttica.
Esperaba que cumpliese

1.—Flor del contento.
2.—Anciano resplandeciente.

veinte años su amada hija,
para conducirla al Coscko,
al colegio de Escogidas.
Mas, ¡ay! por su desventura
ya cumplirse no podía
el voto, porque los blancos,
con la cruz y la cuchilla,
acabaron los Colegios
do las *vestales* vivían.
Mas, Túpac que hizo la ofrenda,
tiene el alma convencida
de que su sacra promesa
ante el divo Inti le obliga,
y así a su hija, cuando llega
a ser ya joven, lo explica;
y obligándola a que cumpla
los votos a que él la liga,
con la muerte la amenaza
si a ellos falta en algún día.

III

Ppacko (1) es un apuesto mozo,
el más gallardo y hermoso
que se mira
en diez leguas al redor;
La más donosa Pastora
del contorno, solo adora,
solo aspira
a Ppacko y su ardiente amor.
Ancha frente do destella
la luz del mundo más bella,
que es la noble
inteligencia inmortal,
ojos ardientes y vivos,
y a más de estos atractivos
nunca doble
fué su corazón leal.
Por sus cabellos castaños,
a su raza muy extraños,
le llamaron
los suyos Ppacko, al nacer.
Era el muchacho un portento!
Su bondad y su talento
le alcanzaron
amor y afecto doquier.

IV

Llegó a la edad peligrosa
de la ardiente juventud,
y su corazón tranquilo
conmovió extraña inquietud.
Fijaba sus grandes ojos
en el firmamento azul,
que triste le parecía
negro y fúnebre capuz.
Una mujer.....Cusiy-ttica,
hermosa como un Querub,
su imaginación llenaba
de ardiente, amorosa luz.

V

Y era que a veces, a la tranquila
luz de la luna,
sus ojos llenos
de admiración,
habían visto, con la pupila
fija en el cielo,
mas que ninguna
bella, a la virgen de aquese suelo,
de ojos serenos,
de frente llena de inspiración.
O ya sentada sobre la alfombra
de verde loma,
apacentando
llena de amor
a sus corderos, o ya a la sombra
de árbol frondoso,
dulce paloma
que al viento lanza su cadencioso
acento blando,
como el gemido del Ruiseñor.
Y había, ardiendo de amor intenso
en fuego activo,
sentido su alma
desfallecer;
y su amor solo, su amor inmenso
era su vida,
por que cautivo
de aquella virgen pura y querida,
perdió la calma
que sólo al verla puede tener.

VI

Delirante, al fin, un día
a Cusiy-ttica encontró,
y a sus pies puesto de hinojos
imploró su compasión,
con lágrimas tan ardientes,
con tan conmovida voz,
que a la virgen de la sierra
llanto también arrancó.
Pero triste así le dijo
Cusiy-ttica:—«¿por mi amor
« sufres, Ppacko, angustia tanta,

1.—Rubio.

« sin pensar que soy del Sol?
« Yo no puedo ser de nadie,
« mi padre así lo ofreció!»
—«Dulce y bella Cusiy-ttica,
« exclamó Ppacko, no son
« pérfidas mis intenciones,
« ni es mundano mi amor, no!
« Dime, tan solo, que me amas,
« y mi pura adoración
« te honrará, amada paloma,
« como a la virgen del Sol!
« Y como allí en Ckoricancha
« Huíllac-Umu (L) adora a Dios,
« te adoraré, prenda mía,
« como a la virgen del Sol.
« Por doquiera enamorado,
« con la más casta pasión,
« te recordaré, hechicera,
« como a la virgen del Sol.
« Y cuando, al morir, pronuncie
« tu nombre, lleno de amor,
« a ti irán mis oraciones,
« como a la virgen del Sol!»
Cusiy-ttica enternecida
de este modo respondió:
—¡Ppacko, noble entre los nobles,
« de tan puro corazón,
« desde este dulce momento
« yo te consagro mi amor;
« ese casto amor de hermana,
« sin mancilla como el Sol,
« que purifica las almas
« en que puro germinó.
« Nunca, como tú, ninguno
« sintió tan noble pasión!
« Ppacko, es a tí a quien yo adoro
« después de mi esposo el Sol!»
Tras estas tiernas palabras,
dicen que el aura gimió,
que los cielos se alegraron
y suspiró el Ruiseñor.

VII

Aunque Don Carlos Primero
de España, prohibió que venga
al Nuevo Mundo la gente
non sancta de aquella tierra,
entre los claros varones
de la española nobleza,
se deslizaron algunos
que merecían galeras.
Uno de estos codiciaba
lúbrico a la virgen bella
que en Porco hermosa vivía,
como fragante azucena,
y la seguía anheloso,
con cautos pasos doquiera
ocultando dentro su alma
sus intenciones siniestras.

VIII

En medio del firmamento
brilla el sol esplendoroso,
luz y vida derramando
sobre el universo todo.
Corre la hermosa Pastora,
henchida de dulce gozo,
a la loma, do pastando
dejó su rebaño solo.
Va cantando alegremente,
los brillantes episodios
de los amores de Manco
con su adorada Mama-ocllo,
que su Padre le enseñaba,
recordando los gloriosos
tiempos del Peruano Imperio
ya entonces lleno de oprobio.
Al bajar a una quebrada,
mira, con terror, el torvo
semblante del español
que hacia ella corre gozoso,
y antes que huir procurara
la levanta, y en los rojos
labios de la virgen sella
los suyos torpe. Angustioso
¡ay! exhala Cusiy-ttica,
y queda yerta .... Con ronco
acento dice el infame:
«¡Mejor», y brilla espantoso
un relámpago siniestro
de impuro fuego, en sus ojos.

(L) «El Sumo Sacerdote» del Sol, que vivía en el Cuzco. Garcilaso de la Vega en su obra citada, Lib. III., « Cap, XXII. dice: »El Sumo Sacerdote llaman los Españoles Vilaoma, habiendo de decir Huillac-Umu' « Nombre compuesto de este Verbo *Huilla*, que significa decir, y de este nombre *Umu* que es adivino o « hechicero. Huillac, con la c es participio de presente, añadido el Nombre Umu quiere decir, el adivi- « no o hechicero qne ice:.....«no tuvieron nombre para decir Sacerdote, componíanlo de las mismas co- « sas que hacían los sacerdotes».

El Expósito

I

Una noche, opaca luna
su pálida luz vertía
por sombrías, densas nubes
a momentos escondida.
En las grietas de las rocas
furibundo el viento silva,
truenos lejanos se escuchan,
raudos relámpagos brillan.
Una sombra, presurosa
a una quebrada camina
con desesperado paso,
y a par doliente suspira.
Entra en ella....un breve instante
después....la voz dolorida
de un ser que viene a este mundo,
se oyó en la noche intranquila.
Cúbrese rápido el cielo
con las nubes que aproxima
la tempestad furibunda.
Entre las sombras perdida
vuelve a aparecer la sombra,
mientras en la quebrada fría
débil y tierno vagido
otra vez triste se oía.

II

Pasaba, en tanto, mojado
por la lluvia un leñador
que volvía a su cabaña,
cuando el vagido escuchó
del ser que fué abandonado
de frío y lluvia al rigor;
recogióle cariñoso,
abrigo y calor le dió,
y al llegar a su cabaña,
con caritativo amor,
a su esposa que asombrada
le miraba, lo entregó.

III

Han pasado ya dos horas
Calmose la tempestad,
y triste, pálida luna
vuelve otra vez a alumbrar.
Todo en lúgubre silencio
sumido en la tierra está,
el viento se va alejando
con su siniestro silbar.
Vuelve la sombra agitada,
y hacia la quebrada va
suspirando tristemente
mientras camina fugaz.
Penetra de la quebrada
en el estrecho zig-zag,
y después de un largo instante
de silencio, vibra un ¡ay!
desgarrador que repite
lúgubre eco funeral.
Es Cusiy-ttica la hermosa,
la de amoroso mirar,
la aérea paloma de Porco,
la de arrullo virginal,
que, de moribunda luna
al pálido reflejar,
a ver volvemos ahora
presa de angustia tenaz.
Nueve meses han pasado
desde aquel día fatal
en que, en brazos de un infame,
de horror exhalando un ¡ay!
vimos a la hermosa virgen
que hoy triste vemos llorar.
De Túpac-Roca los votos,
el cariño celestial
del puro Ppacko, la tienen
en duro, contínuo afán,
durante ese largo tiempo
en que siente germinar
en su seno un ser que llena
su existencia de ansiedad.
Es ella la que, acosada
por el terror, sin cesar,
vino abandonar al hijo
de su desdicha y su mal,
al principiar con la noche
la horrorosa tempestad.

IV

Despertando, sin embargo,
en su acongojado pecho
aquel celestial cariño
que llaman amor materno,
y luchando, de la muerte

con que su Padre severo
castigará su desgracia
de saberla en el momento
con el terror, y luchando
con el tranquilo recuerdo
del enamorado Ppacko,
dos horas pasó en su duelo.
Mas, por fin, en su alma pura
el materno amor venciendo
resolvióse a arrostrar todo,
y voló, agitado el pecho,
a do abandonó a su hijo,
llena de remordimiento.
Mas ¡ay! ya perdido estaba!.....
Y es vano el tenaz empeño
con que le busca en las grietas
y en las quiebras del terreno.
Su corazón desgarrado
rómpese al fin, y en su acerbo
dolor, la afligida madre
así explica su tormento:

«Ya no me llame nadie
« Flor del contento,
« llámeme solitaria
« flor del tormento,
« que en amargura
« trocose mi halagüeña.
« dulce ventura
«¿Porqué, desventurado,
« tierno hijo mío,
« pude al rigor dejarte
« de lluvia y frío?
«¡Ven a mi seno
« que amoroso te llama
« de tu amor lleno!
«¿Dónde podré encontrarte?
«¿Dónde, siquiera
« estrechar tu cadáver
« dado me fuera?
« Mi triste vida
« ya es noche sin estrellas
« ennegrecida!.....
«Ya no me llame nadie
« Flor del contento,
« llámeme solitaria
« flor del tormento,
« que en amargura
« trocose mi halagüeña,
« dulce ventura!»

Mas, luego alzándose rápida,
con ronco y terrible acento,
« Maldito, dijo, maldito,
« tú, infame, por quien padezco,
« tú, cuyo inocente hijo,
« hijo de un crimen horrendo,
« por su madre abandonado
« en esta quebrada ha muerto!
«¡Maldito seas! Que Inti
« te niegue sus rayos bellos,
« que los árboles su sombra
« nieguen a tu infame cuerpo,
« que jamás encuentres agua
« cuando la busques sediento,
« y de día en la vigilia,
« y por la noche en el sueño
« mi sombra amenazadora
« sea tu remordimiento!»

Pero luego, conmovida,
amargo llanto vertiendo:
« aun me queda Ppacko, dijo
« voy a encontrarle al momento,
« y su alma noble y hermosa,
« más pura que el mismo cielo,
« consolará mi amargura
« mitigará mis tormentos!»

Y a prisa fuese la pobre
Cusiy-ttica. Triste el eco
repitió por largo espacio
su malencólico acento.

V

«Ppacko! Ten compasión!» exclamó entrando
Del indio en la cabaña, Cusiy-ttica.
Éste saltó del lecho respirando
Con doliente ansiedad.—«¡Ppacko! ¿No sabes
« Que la virgen del Sol, desesperada
« Va su existencia a maldecir?....Escucha:
« Un día mi manada
« Quedóse sola en escarpada loma,
« Yo iba alegre cantando
« A cuidarla....al entrar en la quebrada
« Que a la loma conduce.....

—«¡Habla, habla. Cusiy-ttica! Tu mirada
« Que lúgubre reluce
« Con siniestro fulgor, tu triste acento
« Como un ¡ay! de agonía,
« Hielan mi corazón, de cruel tormento
« Llenan el alma mía!....»
—«Un español infame y miserable
« Que contínuo mis pasos espiaba
« Con siniestra intención...en aquel punto
« Mi llegada esperaba....
« Tomome en brazos...¡ay! perdí el sentido...
—«¡Oh, Pachacámac!»
—«Justos nueve meses
« Hacen con hoy....Un hijo....
« Fruto de mi desgracia, infortunado,
« A este mundo ha venido
« Esta noche....Aturdida.....
« Por el terror y el miedo aletargado
« Mi pobre pensamiento,
« En terrible, maldito y cruel momento
« Le he abandonado!....»
—«¡Calla!..No destroces
« Mi pobre corazón!...¿Tú, a quien yo adoro
« Como a la virgen de Inti más amada,
« Tú, prenda idolatrada
« De una esperanza casta y deliciosa,
« Tú, a quien mi fantasía
« Aérea miraba sobre nubes de oro,
« Junto al trono fulgente
« De Inti, elevarse con la pura frente
« Coronada de luces inmortales.....
« Tú, pisada por plantas terrenales,
« Tú, flor del alma mía,
« Del hombre ajada por la mano impía?....
« Mientes!....No puede ser!....!»
—«Mírame Ppacko!
« Y verás mi espantosa desventura!....
« Más ¡ay! por Pachacámac, a buscarle
« Ayúdame!.....»
—«Jamás!....
—«Tu alma tan pura
« Duélase de mi mal!....¡Hijo adorado!
« Ppacko, a buscarle vamos!....»
—«¡Miserable!
« No eres tú la mujer cuya pureza
« Llenó mi corazón de inmensa dicha!...
« Tu pérfida belleza
« Me hizo creer tu alma más hermosa,
« Y hoy miro, por mi daño,

« Que esa ilusión tan grata era un engaño!»
—«Ppacko!..Piedad!..Fuí víctima tan sólo..
« Mi alma es virgen, cual tu la conociste!
« Por los manes sagrados, te lo juro,
« De tu madre adorada!....»
—«¿Por qué si sólo desgraciada fuiste,
« No acusaste al villano?....
« Retírate....La virgen que atropella
« Sus votos, es perjura
« Túpac-Roca sabrá que su adorada
« Ckoya de Inti ha rasgado
« Con sacrílega mano
« Su sacro juramento!
—«¡Por el cielo!
« Ppacko, protéjeme!..No hay en el mundo
« Un solo ser que cariñoso quiera
« Ayudarme en mi acerbo desconsuelo!
« Si me abandonas tú, ¿dónde los ojos
« Doloridos tornar podré en la tierra?
« Quién curará la pena
«¡A que la suerte impía me condena?»
—«¡Quita! No te conozco!....Cusiy-ttica
«Ya ha muerto para mí!..» Y atropellando
A la infeliz que arrodillada implora
Su compasión, precipitado toma
De una pendiente loma
La dirección, con rapidez extraña,
A do se alza de Túpac la cabaña.
Entra, y el viejo exclama al escucharle
«¡Muera!» con voz de trueno,
Y, seguido de Ppacko,
Va a buscar a su hija,
De desesperación y furia lleno!....

VI

«Todos me dejan entre el tormento
«y la aflicción!»
decía, en tanto, con triste acento,
la pobre virgen a quien llamaban
virgen del Sol.
« Perdí infelice, del alma mía
«la dulce paz,
« Perdí a mi Padre, y la alegría
« del tierno pecho perdí, encontrando
«sólo pesar!
« El noble Ppacko sensible y bueno
«me abandonó,
« y el que, inocente, mi pobre seno

« guardara un tiempo, desamparado
«fué por mi amor!....»
« ¡Pues bien!» con duro acento
De desesperación, exclamó luego,
« Pues que todos me dejan
« En brazos del dolor y el sufrimiento,
« Lucharé contra todos!....Ningún ruego
« Conmoverá jamás mi alma iracunda.
« Y cual negro fantasma de amargura,
« Iré doquier la dicha destruyendo!.....
« La humanidad entera me rechaza,
« Y, sorda a mi profunda
« Voz de dolor, sin ver mi desventura,
« Echa sobre mi frente
« El signo infamador del delincuente!
« La humanidad entera
« Mi enemiga será....Por mi perdida
« Felicidad, por la bendita sombra
« De mi madre, por Inti que ultrajado
« Ha sido en mí, lo juro.....
« No más dicha en el mundo
« Consentirá, mientras la tierra habite,
« Mi odio al hombre, fatídico y profundo!....
« Y aunque huya la esperanza
« De mi sangriento corazón ya impuro,
« Tendré al menos, espléndida venganza!»
Dijo, y saliendo rápida, perdiose
En la áspera pendiente
Da las montañas. Pura y reluciente
Apareció la aurora,
Como siempre vertiendo
Luz y vida en el alma,
Al mostrarnos su frente encantadora.

La Bruja

I

Veinticinco años pasaron,
y de Porco en la comarca,
una bruja a todo el mundo
de inmenso pavor llenaba.
Ya a los sencillos Pastores
se aparecía cercada
de fosfórica aureola
o en medio de rojas llamas,
ya la veían volando
sentada sobre la espalda
de monstruo infernal, lanzando
blasfemias y carcajadas.
Ella las lozanas mieses
talaba con granizadas,
y al que miraba iracunda
como el rayo aniquilaba.
Con todas estas leyendas
que los Pastores contaban,
todos, terminando el día,
en sus estrechas cabañas
se encerraban presurosos,
con el pavor en el alma.

II

En una alzada loma
platican dos pastores,
y amantes suspirando
sus tiernos corazones,
se arrullan cariñosos
con melodiosas voces.
El día está tranquilo,
vierte el sol sus fulgores,
todo descansa en calma,
y ningún ruido se oye.
Sólo, a instantes, al lejos,
de la qkena los sones
lúgubres interrumpen,
con sus tristes acordes,
el silencio del campo,
y las amantes voces,
y los suspiros tiernos
de nuestros dos Pastores.

III

—«Mira, Anita, cuan dichoso
« paso estos días de invierno
« cuando a tu lado descanso,
« tu rostro hechicero viendo!»
Así decía el Pastor,
con enamorado acento,
a la dichosa zagala
que así respondía luego:
—«¡Juan, es verdad que si gratos
« son para tí los momentos
« que a mi lado, cariñoso,
« amante y feliz te veo,
« muy más lo son para mí
« cuando te escucho, y mi pecho
« desfallece enamorado
« en fuerza de mi contento!»
—«Mis corderos, prenda mía,
« mi amor por tí comprendiendo,
« retozan alegremente
« con mi dicha satisfechos.
—«Estas magníficas lomas,
« este azul y terso cielo,
« Juan, me son por tí queridos
« y de más encantos llenos!»
—«¡Oh! Cuando esposos seamos,
« cuan venturososos seremos....
« más, para mi pecho amante,
« cuan tardo camina el tiempo!»
Tras estas dulces palabras
que, con amoroso fuego,
se decían los pastores,
resonó tímido beso.

IV

Mica entre tanto
Pastora bella
derrama muda doliente llanto
sentada cerca de aquellos dos.
Es que la triste
a Juan adora,
y el pecho amante de luto viste
al ver que a otra da aquel su amor.
Intensos celos
su pecho rasgan
y angustia, tedio, duros desvelos
su triste vida van a acabar....
Mas, siempre amante,
sin esperanza,
no halla de dicha ni un solo instante,
y es su consuelo sólo llorar!.....

V

Terrible noche cubre con su manto
De intensa lobreguez, todo el espacio,
Silba impetuoso el viento,
Ruge la tempestad, abren las nubes
De momento en momento,
Su oscuro seno, y brotan deslumbrante
Relámpago fugaz. Vése, entre tanto,
Sobre una falda un bulto, indiferente
A la noche, sentado
Sobre las ruinas de cabaña antigua,
Y sumido en silencio
Sepulcral, se confunde

Con las densas tinieblas de la noche.
Otro bulto se acerca lentamente,
Y a lado del primero
Se sienta silencioso y pensativo.
Largo espacio de tiempo permanecen
En su muda actitud. Por fin—«Hermano
« ¿Quién eres tú?» pregunta
El segundo con voz triste y doliente:
«¿Por ventura, las ruinas de esta casa
« Recuerdas como yo? No se que siente
« Mi corazón, al verte en este sitio.....
« ¿Quién eres?»
—«¡Soy la Muerte!»
Responde con tan tenue
Y funerario acento, que semeja
El suspiro del aura que revuela
En torno de una tumba solitaria.
El que primero habló, prosigue: «Dime
« ¿Porqué tu nombre ocultas? ¿Por ventura,
« La sombra funeraria
« Del pobre Túpac-Roca, o de la pura
« Y desgraciada Cusiy-ttica eres?»
Exclamó el primer bulto,
Alzándose fatídico, y fijando
Sus fosfóricos ojos en el otro.
Rasgó el aire un relámpago, alumbrando
Con su rápida luz aquella escena,
Y vióse una mujer de pie, y un hombre
Sentado un una piedra—«¿Quién la nombra?»
Respondió el hombre:—«Ppacko!»
—«¡Eres Ppacko!»
—«Yo soy, y desgraciado
« Una existencia de tormentos llevo,
« Por que un remordimiento me envenena
« Haciendome la vida amarga, odiosa!
« Mas, tú ¿quién eres?
—«Soy la Muerte he dicho....
« Pero una historia escucha: En otro tiempo,
« Esta pobre cabaña
« Era el hogar tranquilo, do dichosa
« Vivía una familia....Nunca el hado
« Le dió a probar de la desgracia impía
« La acibarada copa....Una doncella
« A quien llamaban Cusiy-ttica, era,
« Por lo tierna y lo bella,
« El contento de todos, y la «virgen
« Del Sol» se le decía,
« Por que a Inti consagrada
« Virgen debía ser la desgraciada.

« Ppacko la amaba delirante, y ella
« A su pasión tan pura
« Correspondía llena de ternura.
« Un día.....marchitada
« Fué de Porco la flor, por mano infame....
« Y cuando el triste fruto al mundo vino,
« Aterrada la virgen
« Le abandonó....Fué inútil que reclame....
« Del hombre compasión....Todos impíos
« De sí la rechazaron!....Si eres Ppacko,
« Mírame!»....Y al decir quedó bañada
De fosfórica luz.
—«¡Perdón!» el hombre
Dijo, puesto de hinojos....«Reconozco
« En tu pálida faz, en tus hundidos
« Y fatídicos ojos,
« La huella de la espléndida belleza
« Que un tiempo te adornó.....»
—«Pues bien! Escucha:
« Por todos desdeñada
« Huyó la que llamaban Cusiy-ttica,
« Y comenzó frenética, la dura
« Misión que impuso a su existencia entera!
« Y halló dos seres, por amor unidos,
« En su fatal camino,
« Que dichosos miraban deslizarse
« Su vida placentera,
« Y entre ellos, como sombra del infierno,
« Se interpuso, dejando
« Un túmulo tan sólo
« Y una viuda infeliz allí llorando....
« Halló una madre que a su hijo tierno
« Cariñosa en sus brazos estrechaba,
« Y ella poseída de infernales furias,
« Arrebató por su fatal venganza,
« De aquella madre amante
« La anhelada esperanza.
« Buscó doquiera, en el palacio altivo
« De los magnates, donde brilla el oro,
« Y en la humilde cabaña
« Del rústico, do pálida miseria
« Se alberga, un incentivo
« A su funesta saña!....
« Cinco lustros ya pasan que la «*Bruja*»
« Desgarra complacida
« Cuanto pecho se espanse
« De inocente placer, y va dejando
« En pos de sí la herida
« De la ventura y la esperanza muertas....
« Y seguirá ese rumbo que la odiosa

« Humanidad marcó delante de ella,
« Y muerte, y desventura pavorosa
« Señalarán doquier su impía huella!»
Lloraba el hombre lágrimas de fuego
Postrado ante la Bruja, pero luego
Exclamó así: «¡Perdón, oh Cusiy-ttica!
« Yo infeliz te he lanzado
« Por esa senda de pavor cubierta,
« He manchado tus manos
« Con sangre, y en tu frente
« Del precito el estigma he estampado!
« Perdón!....Piedad!...De mi pasión intensa
« Fué el efecto....Mas, hoy arrepentido,
« Remediar quiero el mal..Ven Cusiy-ttica!
« Torna en dulce y tranquila
« Esa existencia errante y desgraciada....!»
—«Nunca!... Muy pronto moriré, y anhelo
« Cumplir mi juramento!»....
—«¡Infortunada!
« Ven conmigo! Mi afecto y mi cuidado
« La calma tornarán a tu alma herida!»
—«¡Basta ya! Demasiado
« Me he detenido a conversar contigo....
« Quítate de mi vista.....
« Eres hombre, y por tante mi enemigo!....»
Y rápida, dejando al pobre Ppacko
En un mar de tormento,
Se perdió de la noche entre las sombras,
Cercada de un reflejo amarillento.
Ppacko lloró, y como era ya cristiano
Murmuró fervoroso una plegaria,
Creyendo que la sombra solamente
De Cusiy-ttica, vino a presentarse
Evocada por él, y lentamente
Subió la loma, y se perdió tras ella.

VI

En derruida cabaña
que es donde vive la bruja,
ésta y Mica la Pastora
conversan. Débil alumbra
la estancia, sin techo, un rayo
de la ya poniente luna.
Dice Mica: «Madre mía,
« le amo, por mi desventura,
« como jamás habrá amado
« a un hombre, pastora alguna,
« y va a ser de una rival!....»
—«Y dime ¿el amor les junta?
—«¡Ay! sí, madre, se aman tiernos
« por mi mal, y su ventura
« en su matrimonio cifran!.....
—«Está bien, hija no sufra
« ningún tormento tu pecho,
« porque muy luego ninguna
« por él será idolatrada.....
« sinó tú», dice la bruja,
y un relámpago sombrío
sus negras pupilas cruza.
Prosigue luego: «mañana
« vuelve, hija mía, y en una
« redoma te esperará
« el remedio a tu amargura.
—«Gracias, madre mía!»
—«Vete,
« y el divo Inti te conduzca».
Fuése Mica acariciando

su esperanza con ternura,
mientras en la choza queda
sombría y feroz la bruja.

VII

¡Daos prisa, pastorcillas,
las de los negros cabellos,
las de faz encantadora
y de ojos tan hechiceros.
Tomad la *ppanta* más bella, (M)
ceñíos el *acsu* nuevo
y la galana *montera*
en la cabeza poneos.
Volad a encontrar alegres
a los novios....Mas ¡ah! vedlos....
ya vienen por el camino
de Porco, de dicha llenos.
Anita y Juan, ¡cuán galanes!
y cuán entusiasta Pedro,
del novio el padre amoroso
tan sencillo como bueno.
Volad, lindas pastorcillas,
llevadles vuestros obsequios,
y acompañadles cantando
vuestros cantarcillos tiernos.

VIII

En la cabaña del novio,
apresurados disponen
la bellísima enramada
de verdes ramas de molle,
que en sus bodas acostumbran
poner los simples pastores,
algunos mozos que esperan
la comitiva. Ya se oyen.
los ladridos de los perros,
y ellos a encontrarla corren.
Ya llega, por fin. Gozosa,
de aquellos alrededores,
ha concurrido a las bodas,
con regalos y ovaciones,
muchedumbre de zagalas
del campo lozanas flores.
Bajo la enramada fresca
descansan todos. Los sones
de la qkena y la zampoña
vibran plácidos y acordes.
Las calabazas con *chicha* (N)
circulan. Las libaciones
comienzan alegremente,
y después al baile corren
las donosas pastorcillas
y los gallardos pastores.
Como un fantasma entre tanto,
con lento paso recorre,
al rededor de aquel sitio,
la Bruja. Las frescas voces
de las zagalas que cantan,
toda la atención obsorven;
nadie la fija en la Bruja
que acecha de tras los molles.

IX

Mica, la amante celosa,
disimulando su amor,
está en las bodas alegre,
dando a su gozo espansión.
No ya las huellas del llanto
de su rostro la color
roban dejándole mustio;
mas bien brilla como el Sol.
Alguna esperanza abriga
su amoroso corazón,
que es ardiente y solo mira
el objeto de su amor;
y ciego todas las vallas
rompiera con su pasión.
Hoy brillan sus negros ojos
con rápido resplandor
que ya luz de amor parece,
ya de desperación.
Sigue la danza, entre tanto.
¡Cuánto placer, vive Dios,
respiran todos los pechos!.....
que solo en el campo es do
la dicha del Paraíso
puede hallar el corazón!

X

—«Bebe, Juan....que al fin olvido
« el amor que me inspiraste,
« y solo anhelo tu dicha
« con tu esposa .....que ella te ame
« con la fuerza que te amé!»
Dice así Mica, y amante
da a Juan una calabaza
llena de chicha.
«¡Adorable
« eres, Mica! Yo te quiero
« con fraterno amor».....galante
responde el dichoso novio,
y apura luego el brebaje.
Mica pálida tornose,
y llena de fuego amante:
—«¿Me quieres, Juan?» con voz leve,
como el arrullo de un ave,
le preguntó cariñosa.

Pero Juan ya contestarle
no pudo, exhaló un gemido,
y moribundo a arrastrarse
comenzó en el suelo. Todos
se agrupan auxilio a darle.
¡Ay! En fúnebres lamentos
tornanse aquellos cantares
que pastores y zagalas
entonaban delirantes.
Pedro corre entontecido,
desmayada Anita cae,
y unos piden agua, y otros
quieren que al Cura se llame;
y en lágrimas y gemidos
se torna el campestre baile.
Mica, entre tanto, aturdida,
lo que debe hacer no sabe,
y corre en pos de la Bruja
que le dió el fatal brebaje.
Cerca estaba, satisfecha
contemplando palpitante,
con sonrisa aterradora
aquel cuadro lamentable;
y al ver a Mica que viene
a encontrarla, con voz grave
dícele así: «Ya contenta
« estarás, zagala amante,
« porque a ninguna ama ahora
« sinó a tí»—«¡Se muere, Madre».
responde Mica angustiada.
—«Ya lo sé!» mientras contrae
su boca amarga sonrisa,
responde ella, y a gozarse
en su obra de destrucción,
hacia la cabaña vase.

XI

Murió, por fin el desgraciado joven
Víctima triste de una atroz venganza
Y de un ardiente amor.
La Bruja dió el veneno a la inocente
Mica, que oyendo solo a su esperanza,
Fué el brazo destructor!
En la cabaña do feliz vibraba
El canto del placer no hace un instante,
Vibra voz funeral.
En sombría mudez contemplan todos
El cadáver de Juan, presa aterrante
De una Muerte fatal!
El desgraciado Pedro, entre sollozos,
A los amigos que su acerbo duelo
Consuelan, dice así:
"¡Cuán grande es mi infortunio! No he tenido
" Jamás un hijo; pero dióme el cielo
" Al que mirais aquí,
" En una noche de pavor cubierta.
" Yo me venía fatigado y triste
" Entre la oscuridad,
" Cargado con la leña, lamentando
" El miserable estado en que hoy existe
" Mi raza, en su orfandad.
" Llegué, por fin, a la quebrada seca;
" Llovía récio, y hórrida tormenta
" Rugía con furor,
" Cuando al cruzar hacia la verde loma,
" Oí cerca tiernísimo vagido
" Débil, muy débil ya....
" Bajeme a ver, y por la lluvia helado
" Encontré un niño....y ese niño ha sido
" El que ahí yerto está!...."

Iba a seguir el anciano,
cuando, atropellando a todos,
una mujer deshalada
entró a postrarse de hinojos
ante el cadáver de Juan,
dejando a todos absortos.
Era la Bruja que andaba
cerca, y escuchó el penoso
relato de Pedro. Al punto,
se presentó ante sus ojos
todo el pasado, mostrando
a su memoria el odioso
drama en que fué Cusiy-ttica
víctima del crimen de otro;
y vió que Juan era el hijo
por quien tan amargo lloro
vertió durante su vida,
y a quien dio la muerte...Atónitos
la miraban los pastores,
y oían que, entre sollozos,
así decía: «¡Hijo mío!

« Yo misma, presa del odio
« que al hombre juré, te he muerto
« preparando impío tósigo!.....
«¡Perdón...Sobrado vengados
« habeis quedado, vosotros,
« a quienes quité la dicha!.....
«¡Perdón!»...y un grito espantoso
exhaló. Más, luego alzándose,
«¡Ah! ja, ja!.....yo no perdono,
« ni perdón merezco!» dijo,
y viendo a Ppacko que absorto
en la cabaña se hallaba,
díjole en acento ronco:
«¡Maldito!!» y luego corriendo
saliose, y ya amargo lloro
vertiendo, o ya carcajadas
lanzando, el cerro escabroso
subió a prisa, y desde entonces
nadie supo de ella en Porco.

Mayo 9 de 1875.

(M) La *ppanta* es un manto que, en forma de capucha, cubre la cabeza, quedando suelta y echada a la espalda. Antes de la llegada de los españoles, era de un tejido de lana de vicuña. Después le han hecho de bayeta. El *acsu* es una especie de manta que se ciñen sobre la túnica, y que, pasando por bajo el brazo izquierdo, y sujeta por prendedores llamados topos, sobre los hombros, cubre solo el lado izquierdo del cuerpo. Es tegido de lana de corderos o de llamas.

(N) Era el único licor que se conocía en el Imperio Peruano antes de la conquista de los Españoles, y hasta hoy es la bebida predilecta de los indios en Bolivia. Se fabrica de harina de maíz.

DE JOSÉ D. BERRÍOS

UN PREDESTINADO

Tradición dedicada a mi hijo Fidel Enrique (1)

I

¡Qué vida tan placentera
lleva Francisco Romero!
¡Cuanto envidian su ventura
los calaveras del pueblo!
Y en verdad, razón les sobra,
porque el gallardo mancebo
de la voluble Fortuna
es el hijo predilecto,
No hay noble, hermosa doncella
que, al verle, no sienta el pecho
palpitar precipitado,
de ignota conmoción lleno;
ni jamás tomó los naipes
o los dados, en el juego,
sin que a su lado volara
el deslumbrante dinero.
Cercado siempre de amigos,
en un palacio soberbio,
en espléndidos banquetes
sus caudales consumiendo;
vino, saraos, mujeres,
juego y pendencias le dieron
inmensa fama que infunde
amor a *ellas*, a *ellos* miedo.

II

El potosino Tenorio
impetuoso recorría
el sendero que la suerte
marcó a su agitada vida.
Y ¡cuantas desventuradas
del amor incautas víctimas,
flores puras, en su aurora,
quedaron por él marchitas!
¡Cuantas sus tiernos suspiros
aun amorosas le envían,
perdonándole su infamia,
mientras ¡crüel! las olvida!
Y, cual fugaz mariposa
que a penas de una flor liba
la grata miel, vuela a otra,
ligera, voluble y viva;
asi Romero, aturdido
por el placer, sacrifica
la virtud y la inocencia,
y con su planta las pisa.
Mas ¡ay! el crimen que, osado,
levanta su frente altiva,
honra y pudor profanando
con mundana fuerza impía,
su efímero poderío
perdido en un punto mira;
y hundido en profundo abismo
la proterva frente humilla.

III

Era entonces el tiempo de la magna
y asombrosa opulencia de la VILLA
que IMPERIAL se nombraba;
tiempo en el cual *octava maravilla*,
entusiasta quizás, la proclamaba
la inmensa muchedumbre
que acudía a buscar fácil riqueza
en las entrañas del coloso altivo
que hoy todavía al universo asombra.
aunque de lo que fué no es leve sombra,
En esos años, la que yace hoy día
en increible postración, potente
en su seno, magnífica, acogía
de todas partes multitud ingente.

1.—Muerto el 16 de Julio de 1880

Alzando aquí la industria sus pendones,
su actividad veíase doquiera
gentes mezclando de diverso origen,
la población tornando en un confuso
centro do la virtud más esplendente
a lado se mostraba
de criminales, pérfidas pasiones.
En esos tiempos envidiables, no era
raro ver al mismísimo Demonio
ufano recorrer calles y plazas
haciendo de las suyas. A manera
de episodio, perdonen los lectores,
quiero narrar un hecho
que muestra de ese bicho los primores.
Fray Vicente Vernedo,
Domínico, modelo de virtudes,
vivía, en ese entonces, venerado
por todo el pueblo; nunca una sonrisa
había desplegado
sus labios, porque, siempre fervoroso,
mientras a Dios alzaba el pensamiento,
humilde y silencioso
recitaba sus preces
constantes dentro y fuera del Convento.
Un día que el Prior llevó consigo
a Fray Vicente; y ambos pensativos
cruzaban la gran plaza
del Regocijo, do en tropel, activos,
los litigantes de la noble Villa
a sus negocios se entregaban locos;
carcajada sonora, de repente
nuestro Padre Vernedo suelta y deja
asombrado al Prior que, prontamente
volviendo a su Convento, entre severo
y risueño interroga: "¿cual la causa
" de aquella risa insólita?"—Sincero
dolor mostrando:—"Padre mío, escuche,
responde Fray Vicente,
" al cruzar la gran plaza, do se encuentran
" de la Justicia los despachos todos
" y las Escribanías, ví que entraba
" en ellos multitud casi infinita
" de demonios, queriendo, por mil modos
" y atropellados, penetrar, luchando
" en las pequeñas puertas; lo que armaba
" confusión tal, que, al verlos empujarse
" los unos a los otros, ya rodando
" por el suelo, ya luego con más brío
" al asalto volviendo, de la risa

" no pude resistir a la violencia:
" perdóneme, por Dios, la irreverencia".—
Rió el Prior; los Padres celebraron
la relación que oyeron
y luego declararon
que era justo que hubiese tal enjambre
de litigios, si el pícaro *cornudo*
se asilaba y vivía
tras del sillón de cada Escribanía.
Y hoy ¿podrá, como pudo
en otros tiempos, habitar el Diablo
las Oficinas de Justicia? ¡Chito!
¡Tente, audaz pluma! Lástima, entre tanto,
es que en esta ilustrada
época ya no exista un sólo Santo
que descubra las mañas del maldito
que si no se presenta, es evidente
que engatuza y revuelve
en este mismo siglo, a toda gente.
Talvez, caros lectores,
se hallen ustedes algo enfurruñados
con lo largo del cuento;
y en acentos de rabia atronadores
me apostrofen diciendo: "¡Ya cansados
" nos tiene usted con su tan soso invento!"—
Perdónenme. Confieso que la historia
de Satanás, extraña en demasía
es de mi héroe Romero a la memoria;
pero se vino sin pensarlo al filo
de la péñola mía,
sólo porque trataba de esos tiempos
tan llenos de confusas tradiciones
que a fundir llegaron
mis sanas, narradoras intenciones.
Aquí, punto; y prosigo,
y no mezclar extraños episodios,
os ofrezco, lectores, como amigo.

IV

¿Alguna vez habeis visto,
en un jardín delicioso,
ostentarse los primores
de Flora, llenando todo
el aire de aromas gratos
y deleitando los ojos
con sus variados colores,
con sus matizes graciosos?
¡Las flores! Lujo esplendente
de Naturaleza; coro
de espíritus encerrados
en cálices misteriosos.
¡Cuan bellas son! Todas muestran
su primor; fuente de gozo,
todas lucen sus colores
celestes, blancos y rojos;
mas hay una que, apartada
en un extremo remoto
del jardín, entre sus verdes
ramas se oculta a los ojos
con un manto de esmeralda;
pero exhala fraganciosos
efluvios que la descubren
al lejos; y en sus sonrojos,
cuando el zéfiro la toca
se esconde humilde en el polvo.

La nombran violeta; y ella
es un emblema precioso
de la linda Margarita
que guarda su bello rostro,
como aquella flor galana
y su honor que es su tesoro,
en una humilde casita,
consagrando su amoroso
corazón a una matrona,
su noble abuela, a quien todo
el raudal de sus caricias
reserva con alborozo.
Es la modesta violeta
en el jardín delicioso
de esta Villa, do descuellan
mil y mil divinos rostros
de hermosura peregrina
de atractivos asombrosos.

V

Margarita Burgoa era la sóla
y amada hija de un noble de Vizcaya
que ha seis años murió, de un Extremeño
traidor y vengativo, por la espada
atravesado, en triste desafío.
Don Sancho de Burgoa se llamaba,
y Jorge Carrizales el malvado
que le quitó la vida. Abandonada
quedado hubiera la infeliz doncella
que apenas a dos lustros alcanzaba;
mas, Dios, en la persona de su abuela
Doña Juana León, virtuosa anciana,
madre de Sancho, le guardaba amparo
muy eficaz en su orfandad amarga;
pues, a par que solícita y amante
infundía virtudes en su alma,
la inteligencia de su tierna nieta
con sólida instrucción desarrollaba.
De tal modo que, al tiempo en que la hallamos,
la bella Margarita, en la mañana
de su tranquila juventud, lucía
a par de su hermosura la preciada
joya de la virtud; y con usura
el cariño sin fin de Doña Juana
pagaba con el alma satisfecha;
que ya por sus inviernos agoviada
la noble abuela y casi contemplando
de la miseria la presencia infanda,
todo socorro, en sus postreros días,
de su nieta amantísima esperaba.
Ésta correspondía de sus lindas
manos con el trabajo a esa esperanza;
y contenta, aunque, pobre, de su abuela
al lado, su feliz vida pasaba.

VI

Entonces en su apogeo
el héroe de nuestra historia
recoge de amor laureles,
y en carrera criminosa
a su carro triunfador
cien inocentes palomas
uncidas trae riendo
mientras sus víctimas lloran.
Y, sin embargo, las bellas,
por su natural curiosas,
a pesar de ver que sólo
desventuras ocasiona
el amor de Don Francisco,
anhelan como las otras
rendir el alma de acero
de ese hombre y se creen todas
con encantos suficientes
para detener la loca
volubilidad que ostenta
en su *pasión-mariposa.*
¡Infelices! Luchan ellas
y, al juzgarse vencedoras,
ven que en su empeño perdieron
ilusión y honor; y, rojas
de pasión y de verguenza,
van la cifra numerosa
de las víctimas del tigre
a aumentar entre congojas.
Mas, pronto serán vengadas;
que no hay acción criminosa
que no halle tarde ó temprano
su castigo; y ya la hora
va a llegar para Romero
de angustias desgarradoras.

VII

Un día, de los muy raros
que dejaba margarita
el asilo dulce y puro
do pasa su alegre vida,
en la calle del Contraste,
sonrojada vió que fija
tenía en su hermoso rostro
mancebo apuesto la vista
Sus pasos ella apresura
y él en pos de ella va a prisa,
radiante la faz de gozo,
firme él pie, la frente altiva.
Y mientras que la doncella
su carrera precipita,
audaz, el otro la sigue
con perseverancia viva.
Hasta que, por fin, ya llega
ella a su humilde casita
y apresurada llamando,
dar fin quiere a sus cuitas.
Mas, Romero que es el joven
que le ha seguido la pista,
hasta ella, con gran audacia,
aunque cortés se aproxima,
y exclama: «¿Por qué ha huido
de mí, la graciosa niña?»
Ella lo vé y con acento
inseguro: ¿Qué quería
«consigo el Señor galán?«
le responde. Llama viva
arde en los ojos del otro
que dice:—«¡Beldad divina,
« soy Don Francisco Romero
« que a vos vengo de visita.—»
Al escuchar ese nombre
que conocer parecía
Margarita palidece
y respóndele: «Dirija
« a otra parte sus pisadas;
« que aquí no hay quien le reciba».
Y entrándose en el zaguán
cierra la puerta con prisa;
y, con su criada Teresa,
donde su abuela querida
sube agitada y le dice:
«¡Que encuentro, amada abuelita!
«¡Casi de terror sucumbo!»
—«¿Quizá algún duende, hija mía?»
dice la anciana
—«¡Peor
«que eso, abuela!»
—«¡Vírgen pía!»
exclama echándose cruces,
«di pronto ¿que encuentro es, hija!»
- «¡Francisco Romero!—
—«¡Cielos!
« dijiste bien, Margarita,
« porque Romero y demonio
« son hija, una cosa misma....
« Y ¿algo te dijo?—»
—«Atrevido
« me siguió con saña cínica
« hasta la puerta y me dijo
« que a visitarnos venía.»—
—«¡Habráse visto bellaco!
«¿Qué le respondiste, niña?»—
—«Que a otra parte se marchase
« a hacer sus necias visitas;
« y, entrándome, en las narices
« le dí con la puerta».—

—«¡Viva
« tu virtud, hija adorada
« Pero, desde hoy, Margarita
« no irás a la calle nunca
« sinó con Teresa a misa;
« no porque tu vieja abuela
« de tu virtud desconfía,
« sinó porque ese Romero
« nada con respeto mira».
—«Y el medio mejor, abuela,
« de hacerle guerra sería
« que no volviera a mirarme,
« porque ese hombre me horroriza.
« Mas, ya que a tu lado estoy,
« venga esa amada mejilla».—
Así diciendo, a la anciana
abraza y besa la niña

VIII

En tanto, nuestro Romero
quedó mirando visiones,
al recibir, por primera
vez, en su vida de amores,
correspondencia tan dura,
desprecio de diez bemoles.
Mas, por desventura suya
encontró de sus furores
el depósito cerrado,
y, en vez de ellos, en girones
su pobre corazón roto
por extraños torcedores
¿Qué es, por Dios, lo que ha pasado?
¿Cómo el rey de corazones,
el victimador de niñas
el héroe de los amores
ha callado como un niño
ante una tímida joven?
¿Do fué su audacia invencible?
¿Cómo huyó, con los colores
de virgen tiñiendo el rostro,
y entre tormentos atroces
luchando su alma de bravo
que hasta hoy penas no conoce?

IX

Ello es verdad. Un rápido momento,
de Margarita una mirada sola
pudo parar del torpe sentimiento
de Don Francisco la irritada ola.
Y, en un segundo, de alevoso amante,
de mariposa infiel, de calavera,
transformado le vemos en constante,
ardoroso amador de una hechicera.
Oigámosle. En bellísimo aposento
que encierra hermoso, asiático mueblaje,
donde es blando y suave el pavimento
y el techo de arabescos un encaje;
donde son los divanes tan mullidos,
y hay perfumes de aromas deliciosos
que se exhalan de vasos esculpidos
y en el aire se esparcen vagarosos;
do el tibio ambiente siempre refrigera
la enardecida sien, con soplo blando;
do el tranquilo silencio ni siquiera
los suspiros del aura van turbando.
Allí Romero, con febril pisada,
da vueltas cual león aprisionado,
y muestra en su flamígera mirada
la angustia de su pecho desgarrado.
Prorrumpe, en fin, parándose un instante:
" ¡Maldita sea mi enemiga suerte!

" ¿Por qué me agito loco y delirante
" y en volcán mi cabeza se convierte?
" ¡Ah! ¡Necio soy! El despreciable enojo
" de una muchacha me trastorna el seso;
" y me olvido, insensato, de mi arrojo,
" y voy del desatino hasta el exceso!
" Válgame Santa Bárbara bendita!
" Pero....¡Dios mío! ¿Qué inquietud es ésta?
" Por qué a pesar de mi querer se agita
" el alma mía en emoción funesta?
" Yo no lo sé! Mi plácida existencia
" toma un rumbo distinto que me asusta:
" ayer, de la algazara la vehemencia,
" hoy, del retiro la quietud me gusta.
" Mi corazón durísimo diamante,
" el alma mía excéptica y liviana,
" se tornaron, aquel: cuerda vibrante;
" ésta; creyente, delicada, humana.
" ¡Sí! Con terrible fuerza me ha vencido
" el amor que platónico llamaba;
" y, en siervo miserable convertido,
" bendigo lo que ayer, necio, ultrajaba.
" Mas ¿quién es ella? ¿Qué divino influjo
" posee en su mirar, en su hermosura
" que en mí tal cambio súbito produjo
" llenándome de amor y de ternura?
" Yo no lo sé! Pero la adoro y quiero,
" puesto a sus pies de hinojos, con mi llanto
" regándolos, decirle:—¡Por tí muero!
" ¡Dáme tu amor, acaba mi quebranto!—
" Ella, sensible, cándida paloma,
" no dudo, escuchará mi amante acento....
" y ya miro, Dios mío, cómo asoma
" a su rostro el color del sentimiento!"—
Y más tranquilo, en el diván reclina
su calurosa frente; y, poco a poco,
suave adormecimiento le domina,
calma llevando al pensamiento loco.

X

Desde aquel día, Romero
frenético persiguió
a la hermosa Margarita
con pretensiones de amor;
pero él, que antes asaltaba
el femenil corazón,
no como rendido amante,
sinó cual conquistador,
ya no usaba con fiereza
su antiguo sistema hoy;
y, al contrario, humildemente
imploraba compasión
de la bella que sus voces
no oía, ni a su dolor
daba un instante siquiera
treguas con una ilusión.
No obstante, con pertinacia,
no por vencido se dió;
y redobló serenatas;
y mil billetes de amor
ardientes, enamorados
a Margarita escribió;

pero ni un sólo momento
en el cerrado balcón
hubo señal de que alguna
persona las escuchó;
ni a sus repetidas cartas
hubo más contestación
que el silencio más impío,
de desdén cruel precursor.
Veamos por qué motivo
de Romero a la pasión
sorda la niña quedaba
y luego qué decidió.

XI

¿Sabes por qué, lector mío,
rápido cuento la historia
de amoríos que leyendo
estás, no lo dudo, ahora;
y no copio las canciones
empapadas en fogosa
pasión, ni el texto refiero
de las cartas amatorias
que don Francisco ha entonado
y escrito en las largas horas
de enamorado que lleva?
Ha sido porque son cosas
que todo el mundo imagina
y sabe si encantadora
faz ha visto y ha sentido
algo de llama amorosa.
Prosigo, pues. En modesta
habitación que no adornan
muebles de ostentoso lujo,
pero que es muy limpia y cómoda,
Margarita y Doña Juana
atentas conversan solas.
Oigamos: dice la abuela:
—«Hija mía, ya que toda
« la porfía de Romero
« se estrella contra una roca;
« y con tu virtud seguras
« estamos de sus carocas,
« en vano tanto te agitas.
« Sigue tú como hasta ahora;
« que al fin dejará cansado
« su pretensión amorosa»—
Sonriendo Margarita
responde:—«Si otra persona
« me hiciera el amor, abuela,
« y con ella desdeñosa
« fuera como con Romero,
« te diera la razón toda;
« pero el alma de este hombre
« es por demas caprichosa,
« y temo que alguna trama
« prepare contra nosotras.
« Es audaz; y según dicen
« no encontró en ninguna otra
« la pertinaz resistencia
« que en mí; es justo que suponga
« yo, abuela mía, que ardiendo
« en iras su alma fogosa
« trate de vengarse usando
« contra mí de aterradoras
« medidas, y obtener quiera,
« por una violencia odiosa,
« lo que obtener no ha podido
« a buenas».—
—«Razón te sobra,
« mi adorada Margarita;
« pero ¿qué remedio?»—
—«Es cosa
« la más fácil, abuelita.
« Oyeme: quien quiere, ahorra
« aun en la mayor pobreza.
« Eso he hecho: hay en mi bolsa
« trescientos y tantos pesos
« que he reunido cuidadosa,
« poco a poco, hace ya tiempo;
« además, tenemos joyas
« que nos darán, cuando menos,
« cerca de doscientas onzas;
« vendámoslas, así como
« nuestra casita; y con toda
« la suma que nos produzcan
« marchémonos cuidadosas
« de que nadie saber pueda
« lo que ha sido de nosotras».—
—«¿Y mi edad, hija querida?»—
—«¡Vaya! Si estás vigorosa;
« y puedes, yendo despacio,
« hacer una marcha corta,
« con intérvalos.....en fin
« ir de una manera cómoda.
« ese es el único medio
« de dar fin a la zozobra
« que nos causa ese Romero
« con su pertinacia odiosa».—
—«Si así lo comprendes, hija,
« partiremos en buena hora;
« que yo, por tí, el sacrificio
« mayor hiciera gustosa;
« y, en efecto, mira, mira,
dijo la buena Señora
poniéndose en pie, «camino
« como si hubiera tal cosa.
« No estoy, gracias a la Virgen,
« tan débil.....»—

La nieta loca
de alegría, se abalanza
y estrechándola gozosa
entre sus brazos, el cuadro
más bello con ella forma.
En breves días pusieron
su noble proyecto en obra
y con tan cabal acierto,
con fortuna tan dichosa,
que nadie en el pueblo supo
su partida. Esto no obsta
para que, en sigilio, diga
a ustedes, lectores, toda
la verdad: Abuela y nieta,
en su fuga salvadora,
a la ciudad de los Reyes
fueron en jornadas cortas;
pero llegaron por fin
a su destino dichosas.
Lo que fué de ellas, después,
ya no lo dice la crónica;
pero, pues que eran modelo
de virtudes, sin zozobras
juzgo que pasar verían
dulces, tranquilas sus horas.

XII

Cual fué la ruda sorpresa,
cuales la angustia y la rabia
de Romero, se comprenden,
ni hay objeto en explicarlas.
En el momento primero,
después de seis noches largas
que, envano, de Margarita
rondó la humilde morada,
advirtió que otras personas
en la casita habitaban;
y, de atroz presentimiento
poseida su amante alma,
llamó, preguntó anhelante
por la que tanto adoraba;
y mudo, y frío de espanto
conoció su atroz desgracia.
Fuese a su casa, insensato
rugiendo de intensa rabia;
pero, apenas al dintel
llegó, sobre sus pisadas
volviendo, a cuantos veía
con avidez preguntaba;
más, con desorden tan raro
en sus preguntas que nada
conseguir en sus pesquisas
podía. ¡Cuánto luchaba
por mantenerse sereno;
más, su congoja era tanta,
que desfallecido, inerte
lo llevaron a su casa.
Pasaron así los días
y pasaron las semanas,
y de Margarita nadie
ni el más leve indicio daba.

XIII

¡Dichoso aquel que guarda
dentro del alma ardiente
la lumbre refulgente
de la divina fe!
¡Dichoso el que, en la vida,
sumido en la amargura,
por su creencia pura
sostenido se ve!
Y aunque tormenta impía
terrífica le azota,
de sus labios no brota
sino acento de amor;
y entre crueles angustias
que humilde sufre y calla,
su corazón no estalla
en gritos de furor.
Porque cree y espera;
y mira en sus tormentos
fugitivos momentos
de prueba terrenal;
y no agrava sus males;
y antes busca consuelo
contemplando en el cielo
su patria perennal.
Esperanza bendita
que su valor alienta
y firme le sustenta
en la mundana lid.
¡Oh, vosotros que alarde
haceis de excepticismo
¿conoceis el abismo
en que os hundís, decid?
Vosotros que a las leves
aflicciones o al tedio,
dais por solo remedio
el plomo matador,
¿pensareis que ese crimen
que mancha vuestro nombre
hará cesar del hombre
inmortal el dolor?
¿No veis que alzais osados
la insultante mirada
contra el Ser que de nada

benéfico os creó;
que acallais en el pecho
la voz de la conciencia
o estúpida demencia
vuestra alma oscureció?
¡Dichoso aquel que guarda
dentro del alma ardiente
la lumbre refulgente
de la divina fe!
¡Dichoso el que en la vida,
sumido en la amargura,
por su creencia pura
sostenido se ve!

XIV

Romero, por su desgracia,
no conoció amor materno,
y las mundanas pasiones
en él fijaron su imperio.
Nadie cuidó de inspirarle
allá en sus años primeros
las purísimas verdades
del sacrosanto Evangelio;
y libertino sin nombre,
y famoso pendenciero,
a las riñas y al amor
entregóse por completo.
Afortunado y altivo,
se ofuscó su pensamiento;
y buscó por todo bien
solo el bienestar terreno,
olvidando que la sóla
Patria del hombre es el cielo.
Consecuencia necesaria
de su carácter incrédulo,
de ese círculo de ideas
tan miserable y estrecho,
fué el estado lamentable
de mortal abatimiento,
de atroz desesperación
en que se sumió Romero,
al saber de Margarita
de tan llena de misterio
desaparición, funesta
causa de su cruel tormento;
y, además, por su absoluta
falta de fe, le veremos
precipitarse insensato
en el abismo siniestro
del vicio, do si entra el hombre
no le espera más remedio
que un prodigio, para verse
libre de su inmundo cieno.

XV

Pasaron algunos días
y, con asombro de gusto,
de Potosí los galanes
vieron a su amable grupo
volver al bravo Romero
como antes altivo y chusco.
Le dirigieron mil bromas
por su retiro exhabrupto,
chanzas que él, de buen humor,
no recibió como insulto;
y, emprendedor como siempre,
comenzó desde ese punto
a pasar la alegre vida
que desde muy niño tuvo.
No obstante, los galanteos
pronto le dieron disgusto,
y en las orgías y el juego
con mayor frecuencia anduvo.
Pero su antigua fortuna
se evaporó como el humo;
y perdidoso en el juego
siempre blasfemando estuvo.
En breves noches su injente
riqueza, ante el inseguro
caer de los dados, viose
desaparecer, y el inmundo
rostro de letal miseria
se mostraba en un minuto
de desventura a Romero
como aterrador insulto.
¡Ya no hay remedio! Está negro
para el triste lo futuro;
Sus amigos lo abandonan,
lo ven con desdén profundo;
y no hay siquiera una mano
que le ayude en su infortunio.

XVI

A la luz de brillantes reverberos,
en un salón cuadrado,
que con mediano lujo está amueblado,
vese una multitud de hombres que, ardientes

las miradas, los pechos palpitantes
y las manos crispadas,
varias mesas rodean. Relucientes
monedas de oro y plata derramadas
con profusión se miran por doquiera.
Apenas el silencio
que domina en la estancia
interrumpe el metálico ruido
o de blasfemia impía
el acento siniestro comprimido.
No obstante, la alegría
en algún rostro se dibuja y pasa
rauda, dejando a la ansiedad su puesto.
Con demente arrogancia
y paso mal seguro y vacilante
entra en la sala un hombre, se aproxima
a una mesa y, con voz ronca, dejando
una sortija encima,
dice: «Esta joya es toda mi fortuna
« y deseo jugarla. Un solo tiro
« decida de ella».—Pasa un breve instante
de angustioso silencio;
echa el hombre los dados;
negra como ninguna
siniestra nube cubre su ancha frente;
y «¡Maldición!» fatídico exclamando
sale con paso rápido. Muy pocos
de aquellos hombres su atención fijaron
en el desconocido. Era Romero
que quiso, en su esfuerzo postrimero,
hacer que la fortuna caprichosa
vuelva a darle favor. Falló su intento.
Sigámosle, al seguir mi pobre cuento.

XVII

El desdichado Romero
dejó el terrible garito,
de su postrer esperanza
el rayo habiendo perdido,
sintiendo dentro del alma
el tormento mas impío.
Anduvo por varias calles
cabizbajo, pensativo,
revolviendo allá en su mente,
convertida en torbellino,
de encontrados sentimientos
mil propósitos inícuos;
hasta que, por fin, con ronca
y baja voz, así dijo:—
—« Ya que de negra miseria
« he bajado al hondo abismo
« y sin esperanza alguna
« abandonado me miro
« por todo lo que otro tiempo
« gozar siempre hube creido
« sin hogar, sin pan ni lecho
« sin dinero, sin amigos
«¿qué me ofrece el porvenir?
«¡Horrible, eterno martirio!
«¡No hay remedio! Poner fin
« a la vida es más sencillo.. .
« Falta todavia un poco
« para el dia....tengo un hilo.....
«¿Qué me falta ¡voto a Sanes?
«¡Nada, sino es algún brío!»—
Y tornando a su silencio,
volvió a emprender su camino,
resuelto al crimen nefando
del pavoroso suicido.

XVIII

Por más que alce con rígido argumento
el moderno filósofo del siglo
su voz robusta y diga que en mi cuento
resucito el fanático vestiglo;
por más que con frenéticas razones,
con matador sarcasmo me aturrulle,
probando, por que narro tradiciones,
que en mi cerebro la ignorancia bulle;
nada me importa; a su sapiencia dejo
el gran trabajo de probarlo todo
por su razón; ante la fuerza cejo
de su pensar; más, pienso de otro modo.
Escribo para el alma del creyente,
para el que guarda de la Fe divina
la llama pura dentro el alma ardiente
y a su luz, por el mundo peregrina.
Creo que existe vínculo sublime
entre el alma del hombre y el Eterno,
entre el proscrito que en la tierra gime
y el que habita en los cielos, Padre tierno.
Separo, cuidadoso, el fanatismo
del material sistema bajo, abyecto;
uno y otro conducen al abismo,
por sobra el uno, el otro por defecto.
Y adoro la benéfica influencia
de la gracia del Ser Omnipotente
del pobre pecador en la conciencia,
brindándole la vida penitente;
porque quien dicta leyes invariables
con su sólo querer al Universo
¿no podrá variar las miserables
pasiones en el alma del perverso?

XIX

Decía, pues, que Romero
apresurado marchaba
con el intento demente
de darse muerte insensata.
Al llegar de Mercenarios
a la calle, ya pasaba
por la puerta del Convento
con presurosas pisadas;
cuando de súbito un niño
de faz graciosa y rosada,
de ojos negros y brillantes,
de cabellera castaña,
le detiene y con su acento
infantil, lleno de gracia,
—«Oiga, Señor Don Francisco»
le dice. Al oir la extraña
voz, impaciente Romero
responde torvo: «¿Qué manda?»—
—«Que me haga un grande servicio,
replica el niño, «no alcanza
« mi mano a ese cordel
« para agitar la campana.
« Hágalo, por mí, le ruego»—
Romero la mano alarga,
ase el cordel y con fuerza
repetidas veces llama
y, luego, absorto se queda
sintiendo dentro del alma
una impresión agradable
pero triste que aletarga

sus facultades; y siente
brotar una ardiente lágrima
de sus párpados enjutos
que por su mejilla baja.
En tanto, se oyen los pasos
lentos del Portero, y agria
voz de mal humor de adentro
dice: «¿Quién a esta hora llama?—
Rechinan los gruesos goznes,
y se encuentran cara a cara
el fraile y nuestro Romero;
y aquel pregunta con rabia:
«¿Qué se ofrece tan temprano?»
Este responde con calma:
« Un niño a quien encontré,
« cuando por aquí pasaba,
« me suplicó que llamase
« porque no podía.....¡calla!
« Pero ¿dónde está ese niño?»—
En efecto, ya no estaba
el niño de negros ojos
y cabellera castaña.
Romero entonces sintiendo
conmovida toda el alma,
pues Dios, en aquel instante,
le infundió su santa gracia,
—«¡Padre, confesión pedía,
con trémula voz exclama,
« hágame el grande favor
« de avisar a un Padre.....»—
—«¡Es gana
« de molestar, por Dios vivo!
dice el Portero.—«Se aguarda
« si se pide confesión
« a que la Iglesia se abra.
« Dése la vuelta y espere
« que el Padre a quien llame, salga.»
Cierra la puerta, y al lejos
aun se escuchan sus pisadas,
cuando Romero a la puerta
del santo Templo se para
y con paciencia, confuso,
va aguardando a que la abran.

XX

Un instante después, sobre sus goznes
rechinaron las puertas y se abrieron.
Cubría media luz, solemne, augusta,
la vasta nave del sagrado templo
y en su extensión sombría, majestuosa,
misterioso reinaba hondo silencio.
Bajo del sitio do la voz sonora
del órgano retumba, cuando al cielo
elevan sus plegarias los Ministros
del Sumo Ser, en nicho descubierto
se ve una imagen de Jesús atado
a la fatal columna, do el cordero
sin mancha padeció tormento impío.
Romero entró de confusión cubierto
en el recinto augusto, y tembloroso
se dirigió hacia el nicho; y, de su pecho
exhalando suspiros de ternura
y llanto amargo de dolor vertiendo,
postróse ante la Imagen sacrosanta
a orar humilde con ferviente acento.
El sillón del Ministro que pronuncia
el perdón del pecado, en ese extremo
también estaba, al nicho muy cercano.
Salió, por fin, el Padre reverendo,
y ante él se puso humilde el penitente;
pero aquel, contemplándole soberbio,
le dijo así:—«No puedo confesarle
antes de celebrar».—«¡Por Dios, le ruego

« Padre, que me despache!» suplicante
Romero le repuso. Frunció el ceño
el Mercenario, y con adusto rostro
en el confesionario tomó asiento.
Con voz entrecortada de sollozos,
comenzó luego el infeliz Romero
a narrar su existencia borrascosa,
veraz mostrando su hondo sentimiento.
Movíase iracundo el Sacerdote,
al escucharle con semblante inquieto;
hasta que, al fin, lanzando de sus ojos
rayos de indignación, se alzó violento
y apartando, impetuoso, el penitente
que, ante él, postrado, en lágrimas deshecho
abrazaba sus pies, con voz terrible
le dijo: «¡Aparta, monstruo del infierno!
« ¡No hay perdón para tí!»—
—«¡Misericordia!»
arrastrándose triste por el suelo,
exclamó el infeliz, sin desprenderse
del duro confesor. Mas....¡oh portento!
súbita claridad incomprensible
inundó la extensión del santo Templo.
Era una luz suave y deliciosa,
más bella que el crepúsculo sereno
que anuncia de la aurora, en primavera,
el purísimo y grato nacimiento:
algo que, en ese instante tan solemne,
de su perpétua luz desprendió el cielo.
Y luego, desde el nicho sacrosanto
de do partía resplandor tan bello,
divina voz se oyó que, al dilatarse
sonora y retumbante, en sus cimientos
extremeció el macizo santuario,
estas palabras rápidas diciendo:
—«¡MIRA! A ESE PECADOR ABSUELVE AL PUNTO;
« QUE NO TE CUESTA LO QUE A MÍ!—Al acento
que de la Imagen de Jesús venía,
hacia ella sus miradas dirigieron
absortos Confesor y penitente,
y vieron que extendido el sacro dedo
a Romero mostraba. Suavizado
el Padre y aun temblando ante el portento
pronunció las palabras de indulgencia
y de perdón sobre el feliz Romero.

—

Epílogo

Desde ese momento mismo,
Romero el mundo dejó,
quedándose en el convento
a consagrarse a ese Dios
que, por tan raro prodigio,
a su gracia lo llamó;
y que con mayor contento
recibe en su santo amor
al que, contrito, a sus brazos
vuelve, implorando perdón.
Dicen que, luego, tras largos
años que humilde vivió,
practicando asíduamente
deberes de religión,
modelo de mercenarios
pasó a otra vida mejor.
Tal es de Un predestinado
la ya antigua tradición;
y, en prueba, aun se venera
la Imagen del Salvador,
en la Merced, con el sacro
dedo, con que señaló
a Romero, así extendido,
en signo de absolución.
Si el cuento no te ha cansado,
contento quedo ¡oh lector!

Potosí, 21 de Febrero de 1877.

El Santo Cristo de Bronce

DE JOSÉ D. BERRÍOS

I

Víctima de poética manía,
contra la voluntad del rubio Apolo,
de lo pasado, con tenaz porfía,
consulto el empolvado protocolo;
y en cada tradición con alegría
trabajo por hallar gusto tan sólo
y dar a mis lectores un momento
de distracción o sueño con mi cuento.

Si el que lee estas líneas se disgusta
y halla mi tradición vulgar o sosa;
y me ataca, mostrando faz adusta,
con implacable crítica injuriosa;
la felpa aguantaré justa o injusta;
y con santa paciencia su fogosa
declamación oiré, sin que mi tema
me haga olvidar su bárbaro anatema.

Los hombres, como el agua de los ríos,
por la pendiente van a que se inclinan:
unos a los oscuros desvaríos
de la filosofía se encaminan;
otros, por los senderos bien sombríos
de la artera política declinan;

NOTA—Sobre este mismo tema se han escrito las siguientes tradiciones: La voz de Jehová, por Manuel J. Cortés, y El dedo de Dios, por Pedro B. Calderón.

otros piden sus leyes perennales
a las altas esferas celestiales.
Otros....en fin, en larga letanía
de enumerar tan solo no acabara
la multitud de ciencias que en el día
del hombre absorven la razón preclara.
Muchos, de la galana poesía
ambicionan ganar la palma rara;
y, entre éllos, yo, sin aptitud ninguna,
quiero insensato conquistar la luna.
Mas, nada importa. Libertad tenemos
para decir siquiera desatinos;
y muchas veces aplaudidos vemos
a algunos que no son más que pollinos.
Además, no me voy yo a los extremos:
cuento, en versos por cierto no divinos
pero legibles, hechos que pasaron
y alguna fama en pos de sí dejaron.
Esto dicho, la péñola preparo
y una leyenda a componer empiezo.
Talvez mi empeño audaz me cueste caro.
¿Qué hacer? Caerme, si infeliz tropiezo.
La historia voy, en español muy claro
a referir de un ser duro y avieso
que aunque del bello sexo se decía
al punto su crueldad lo desmentía.

II

El siglo décimo séptimo
de su mitad ya pasara.
La Villa Imperial famosa
que del Potosí a la falda
ex extendía, al apogeo
de su opulencia llegaba,
admirando al universo
de sus minas con la fama.
Multitud heterogénea,
de riquezas con la ansia,
invadía su recinto
y en sus calles pupulaba,
tornándola bulliciosa
en Babel nueva y extraña.
En ese tiempo una joven,
bella como una mañana
de primavera y de inmensa
fortuna también dotada,
de todos los moradores
de la Villa provocaba
la admiración o la envidia
con prendas tales y tantas.
Mas, como del mundo impío
en la ominosa morada
jamás un mortal perfecto
hay, ni es probable que haya,
nuestra Magdalena Téllez
(que así a la joven llamaban
sus tiernos padres), sus dotes
con defectos eclipsaba;
por que el maldito demonio
de la soberbia en su alma
había su atroz imperio
plantado con furia insana.
Era altanero su porte,
despótica su mirada;
y su espléndida hermosura
repelente se tornaba
con las sombras que el orgullo
vertía en ella. Su rara
vanidad convirtió en antro
de crueldad, desde su infancia,
su corazón, marchitando
en él las flores galanas
de femenil sentimiento,
y sembrando la nefanda

simiente del egoismo
que aprisa arraigó y lozana
creciendo, en odiosa furia
llegó por fin a trocarla.
En el punto en que comienza
mi relación se encontraba
viuda Doña Magdalena
de un un joven de sangre hidalga
que, a poco de haber doblado
la cerviz a la sagrada
coyunda, murió. Su nombre:
Alonso de Escobar, de alta
alcurnia; y de nobles prendas
su persona era dotada.
Todo el pueblo de esa muerte
a Magdalena acusaba;
porque en un infierno Alonso
vió trocarse la esperanza
de gloria que concibiera
al casarse. Su morada
se tornó de cruel discordia
en la morada satánica.
Los nocturnos rondadores
en sus corrillos narraban
que a su esposo Magdalena
en el bancón encerraba
durante noches enteras,
mientras ella, de su casa
escapando en aventuras
no muy limpias se lanzaba,
o dormía indiferente
«entre sábanas de Holanda».
Hágase cargo el lector
de esas noches toledanas
que en el potosino invierno
el pobre Escobar pasaba
en el balcón encerrado
hasta que rayaba el alba
De suerte que a pocos meses
de su enlace, a penas tantas
de maltrato y amarguras
sucumbió. Aquesta desgracia
que de una esposa sensible
habría rasgado el alma
no imprimió ni una ligera
huella en la faz de la insana
Magdalena, que a tres lustros
de edad apenas llegaba.
Su carácter irritable
y amante de la venganza
del vulgo a torpes hablillas
origen continuo daba.
Se decía que, furiosa,
un día estando en La Plata,
a su respetable madre
sacrílega bofetada
dió, al estar a medio día
atravesando la plaza.
Que, otra vez, ardiendo en ira,
a una mísera muchacha
dió la muerte al rudo impulso
de los azotes que, airada
por levísimo descuido,
sobre ella, cruel, descargara.
Y, en fin, a cual más horribles
anécdotas se contaban
de Magdalena, cubriendo
su nombre de horror e infamia.

III

No obstante por su hermosura
y su dote alucinados,
cercaban a Magdalena
con amorosos halagos,
muchos galanes de aquellos
que flor y nata llamados
eran entre los magnates
de más elevado rango.
Todos ellos calaveras
pero de tono muy alto,
como raudas mariposas
que, en un jardín esmaltado
por las más vistosas flores,
van, vuelven y en giro vago
revuelan en medio de ellas,
su miel dulcísima hurtando;
perseguían, de Cupido
hijos todos bien amados,
a las lindas potosinas
con cautela o con descaro,
a cual más diestros queriendo
ostentarse en el asalto.
Entre las muchas beldades
que, con múltiples encantos,
hacían perder el seso
a los mancebos gallardos
descollaba Magdalena
como el sol entre los astros,
por su singular belleza
y por su regio boato.
Y entre los nobles galanes
que, por ella, desalados
bebiendo andaban los vientos,
de amor míseros esclavos,
el que mayor interés
ofrecía por su rango,
por su varonil belleza

y su renombre de bravo,
era el Contador Don Pedro
de Arechúa, vascongado
de nación y el mas amable
entre todos sus paisanos.
Idólatra consagraba
un amor desesperado
a Magdalena y su anhelo
de porvenir el más grato
era poder alcanzar
de aquella la blanca mano
y a sus pies rendir amante
su existencia enamorado.
Pero ella a tanta pasión
pagaba con desengaños;
a tan ardiente delirio
con frío desdén; y vanos
eran los ruegos tenaces,
los tiernos, nocturnos cantos:
que mientras llora Don Pedro
sus cuitas desesperado,
ella siente regocijo
dentro su pecho inhumano.

IV

Trascurrían los días consagrados
por la Iglesia cristiana a los recuerdos
del ayuno de Cristo. Por doquiera
se veían abiertas de los Templos
las puertas ponderosas; y a los fieles
de las campanas los sonoros ecos
a todas horas, sin cesar, brindaban
con la oración, el llanto y el silencio.
Por entonces gozaba de gran fama
la Compañía de Jesús e inmenso
era el influjo que, en aquellos días,
tenía de la América en los pueblos.
En la Villa Imperial, tan religiosa
cuanto opulenta, espléndido convento
(cuyas ruinas miramos todavía
sojuzgados por tristes sentimientos)
existía. En las noches de la santa
Cuaresma, en el recinto de su Templo
resonaban de ilustres oradores
los admirables, férvidos acentos,
conmoviendo las almas del concurso
que era de Potosí lo más selecto.
De tal modo que, aprisa, por oirlos,
antes de que la noche con su denso
manto envolviera al orbe, dirigían
todos allí sus pasos pretendiendo
tomar el mejor sitio, lo que daba
resultados a veces bien funestos.
Un martes por la noche Fray Felipe
Albízuri, orador de gran talento
debía de la cátedra sagrada
verter raudales de divino fuego.
Su fama atrajo inmensa muchedumbre
que en tropel se apiñaba dentro el Templo
do las damas solían de antemano

enviar con sus sirvientes sus asientos.
Doña Ana de las Roeles, noble esposa
de Juan Saenz de Barea, un extremeño
soberbio y linajudo, y que pariente
era de Gómez Dávila, altanero
Corregidor entonces de la Villa,
llena de vanidades el cerebro
buscaba siempre un sitio preferente
do lucir su beldad, grande por cierto,
y su alta devoción. Así su altiva
costumbre, como siempre, sosteniendo,
enfrente de la cátedra sagrada,
Doña Ana su escabel había puesto.
Magdalena que nunca iba a la zaga
tratándose de orgullo, fué de intento
al sitio de Doña Ana y retirando
su escabel a un costado, con soberbio
talante puso el suyo; y como reina
se sentó viendo a todos con desprecio,
y a su espalda un enjambre de galanes,
cortesanos de amor llegaron luego.
Un instante después la de Barea
entró con paso majestuoso y lento
por el Corregidor y por su esposo
acompañada, y fuese dirigiendo
a su sitio, seguida de selecta
multitud de elegantes caballeros.
Llega a do estaba su escabel, contempla
a Magdalena allí.... Decidme ¡oh cielos!
lo que sintió la altiva castellana,
que así sus ojos exhalaron fuego?
«¡Bien se mira, exclamó después que airada
contempló a aquella un rápido momento,
« bien se mira que el mundo está trocado,
« puesto que impuras cortesanas veo
« venir al sitio de las nobles damas!»—
Pónese en pie la Téllez y en acento
trémulo de furor: «¿Cómo se entiende
« la aventurera, dice, que viniendo
« aquí a buscar fortuna, quiere osada
« humillar a los hijos de este suelo?»—
Y a Doña Ana arremete. El de Barea
se adelanta furioso y, en silencio,
descarga resanante bofetada
de Magdalena en el semblante bello.
¿Quién podrá describir el alboroto,
el tumulto y los gritos que siguieron?
Los amigos de entrambas contendientes
desnudaron al punto los aceros

y a acuchíllarse comenzaron bravos,
del lugar en que estaban sin respeto.
«¡Favor al Rey!» clamaban alguaciles,
«¡Al atrio!» «Afuera! ¡Afuera, pendencieros!»
gritaban otros, mientras las mujeres
o daban alaridos del Infierno
o caían en tierra desmayadas.
Los Padres azorados acudieron
y lograron apenas que a la calle
saliesen los sacrílegos mancebos,
a quienes, con trabajo dispersaron,
prendiendo a varios, las que, al fin, vinieron
tropas del Rey. Heridos más de veinte
quedaron en la calle y cinco muertos.
Magdalena se fué, como ya puede
suponer el lector, en furia ardiendo,
resuelta a la venganza; y al siguiente
día acusó a Barea. Mas, el pleito,
como sucede siempre donde quiera
que son Jueces los hombres, se hizo enredo:
¡que la Justicia, así lo afirman graves
pensadores, habita solo el cielo!

V

Lentitudes judiciales,
embrollos abogadiles
(*chicanas* a la francesa),
con que los pleitos se siguen,
quemababan de Magdalena
el espíritu irascible
que una venganza más rápida
y más formidable exige.
Y, como en torno de ella,
siempre mil galanes gimen,
ofreciéndola rendidos
un amor que eterno dicen;
dejando el adusto ceño
Magdalena los recibe,
y les ofrece su mano
y aun su amor; pero les pide
en cambio que de la afrenta
que sufrió, en prueba sensible
de amor, la venguen, volviendo
por su fama; y varoniles
a Doña Ana un bofetón
den en la plaza. Terrible
la condición parecía
a los amantes más firmes,
y al escucharla, cobardes
huían de la difícil
empresa; que todos temen
los tratos con alguaciles.
El Don Pedro de Arechúa,
luchando con lo imposible,
asediaba a Magdalena,
leal, constante y humilde.
Una noche, en aposento
cuyas paredes revisten
colgaduras de damasco
de los más varios matices,
y dos lámparas alumbran
cuyo resplandor resiste
con dificultad el ojo
por muy poco que las mire;
do muebles de raro lujo
y alfombras muelles se exhiben,
con interés dos personas
plática importante siguen.
Son Don Pedro de Arechúa
y Magdalena. ¿Qué dicen?
D. Pedro— «Al fin, dulce Magdalena,
«puedo juzgarme felice?»
Magdalena:— «Con la condición ya dicha,
«vuestra soy».
D. Pedro— «Nada imposible
« es para mi amor ardiente;

« pero, hermosa, permitidme
« deciros que os vengaré
« después que el lazo nos ligue
« del matrimonio».—
Magdalena: —Y ¿por qué
« antes no fuera posible?»
D. Pedro—
«Porque Barea, al momento,
« comenzará a perseguirme,
« e impedirá que mi dulce
« esperanza se realice.
« Pero, os juro que al siguiente
« día, el ultraje terrible
« que os hicieron, bien vengado
« será; y nadie ha de impedirme
« que en la faz de Doña Ana
« mi mano vaya a imprimirse».
Magdalena: «Y ¿lo juraís?»—
D. Pedro— «¡Os lo juro!»
Magdalena:—
«Esta mano es vuestra».—
D. Pedro— —«Insigne
« es la merced, dueño mío;
« y hoy mi alma ante vos rinde
« su albedrío y su existencia
« sin reserva».
Magdalena: «Si cumplirme
« sabeis la formal promesa
« que haceis, con inextinguible
« amor os ofrezco amaros
« por la vida».
D. Pedro «Nada impide
« que comenceis alma mía,
« pues cumpliré lo que os dije».

VI

Los que al amor pintan ciego
tienen sobrada razón;
porque es venda la pasión
que quita la vista luego.
Inflamados por su fuego
no miran torpes amantes
que se arrojan delirantes
en simas que ocultan flores,
do truecan en sinsabores
sueños de breves instantes.
¡Cuán prontos en las promesas
y en el cumplirlas cuán lentos!
¡Cómo ofrecen mil portentos
hasta conseguir sus presas!
Más después ven las espesas
dificultades que oprimen,
con la gravedad del crimen,
juramentos malhadados;
y luchan desesperados
por ver si de ellos se eximen.
Eso a Don Pedro acontece;
que antes de los doce días,
entre mares de alegrías,
casado al fin amanece.
Su amor a su esposa crece;
más, como nube importuna,
el cielo de su fortuna
cubre el recuerdo aterrante
de su promesa de amante,
funesta como ninguna.
Envuelta en blanco cendal
de un peinador muy ligero,
con semblante placentero
y sonrisa angelical,
del dormitorio el umbral
cruza la novia hechicera,
con la negra cabellera
suelta como oscuro manto
que la agracia y orna tanto
que enamorara a cualquiera.
Y posando blandamente
el albo brazo gracioso
en el hombro de su esposo,
y viéndole tiernamente,
le dice: «¡Feliz se siente
« mi corazón porque veo
« que tu amoroso deseo
« se cumplió».
—«Tu voz me encanta,
« esposa, y mi dicha es tanta
« que un bello sueño la creo!
«Sigue, hermosa. No despierte
« de este sueño. Dulces lazos
« nos ligan ya, y en tus brazos
« quiero que me halle la muerte»—
—«Yo te he jurado quererte
« como a mi dueño adorado;
« pero estás también ligado
« por solemne juramento
« que espero que en el momento
« vas a cumplir abnegado».
—«Magdalena, hermosa mía,
« escucha por un instante.
« No creas que yo quebrante
« mi promesa: en mí confía;
« más, deja, deja que hoy día
« pase mis horas, dichoso,
« viendo tu semblante hermoso
« y absorvido en mi ventura:
« deja, divina criatura,
« que mi amor goce en reposo!»

—«Esá bien, será mañana»
dice adusta Magdalena,
« pero, advierte que envenena
« esta demora inhumana
« de mi corazón la insana
« herida que va sangrando,
« y solo curará cuando
« mi venganza esté cumplida:
« me la tienes prometida,
« la estoy, ansiosa, aguardando».
—«La tendrás, prenda adorada».
—«¡Así lo creo!»—Un sirviente:
dijo con voz reverente:
«La mesa está preparada».—
Lánguidamente apoyada
en el brazo de su amado
que la contempla extasiado,
se va al comedor con él.
¡Santos cielos! ¡Cuanta hiel
les guarda iracundo el hado!

VII

Pasaron así ocho días:
y el de Arechúa aplazaba
el terrible cumplimiento
de aquella promesa infausta
que al impulso irreflexivo
del amor se le escapara.
Ya se vé, no era muy fácil
dar pública bofetada,
a la esposa de un Barea,
principal y noble dama
a quién el Corregidor
mismo pariente llamaba.
De manera que Don Pedro,
llena de inquietud el alma,
cada día mil pretextos
plausibles o no forjaba,
cuando impaciente su esposa
pedía cada mañana
que de una vez, como hidalgo,
se apresurase a vengarla.
Comprendió al fin Magdalena
que Don Pedro la engañaba;
que fueron vana promesa
del amante las palabras,
y comenzó a meditar
otros planes de venganza
cuya víctima primera
ya su furor designaba
en el incauto Don Pedro
que de su fé se burlara.
La hacienda de Mondragón,
a seis leguas situada
de Potosí, en un ribazo
del río de Tarapaya,
con un clima delicioso
y vegetación lozana,
a la hermosa Magdalena
tenía por propietaria.
Esa finca fué el teatro
del más pavoroso drama
que concebir solo puede
una mujer irritada.
Magdalena levantose
a la novena mañana
después de su matrimonio,
con faz en risa bañada;
y a Don Pedro que contento
desde un sillón la miraba,
así dijo: «Ya está visto
« que se perdió la esperanza
« de que cumplas la promesa
« de vengarme de Doña Ana.
« Y, aunque ello, hablándote en oro
« a mi vanidad no halaga;
« quiero evitarte inquietudes
« que tu ventura acibaran:
« te absuelvo del juramento;
« mas para buscar la calma
« que también yo nesesito,
« quiero huir de la algazara
« de esta Villa; y te propongo
« que a olvidar horas aciagas
« a Mondragón nos vayamos
« dejando a Dios la venganza!»
El de Arechúa, mirando
el cielo abierto, sus ansias
sintió calmarse al acento
de su esposa idolatrada;
y estrechándola en sus brazos
le dijo:—«Prenda del alma,
« no podría esperar menos
« de tí.....Tu querer se haga;
« que yo soy el girasol
« de tu deslumbrante llama».—
Dicho y hecho, al otro día,
en alegre cabalgata
seguidos los dos esposos
de caballeros y damas
se fueron a Mondragón,
a donde es fuerza que vayan
conmigo, amables lectores,
si este cuento les agrada.

VIII

« *¡Cuán descansada vida,*»
como el divino Fray Luis lo dijo,
es la que el hombre pasa bendecida,
libre de afan prolijo,
del campo en las risueñas soledades,
lejos de la inquietud de las ciudades!
Dulce paz allá impera,
inocente alegría allá se expande;
de voraz ambición la faz artera
ni el orgullo del grande
sus mentirosas pompas allá lucen,
ni el corazón del rústico seducen.
Es Mendragón preciosa
heredad, a la orilla colocada
de un rio que, en corriente impetuosa,
por estrecha quebrada,
baja a juntar sus ondas, presuroso
con las del Pilcomayo caudaloso.
En muy suave falda
que hacia rojas colinas va ascendiendo,
por espesa arboleda de esmeralda
cercada, apareciendo
va la espaciosa casa y la Capilla
de arquitectura sólida y sencilla.
Lozanos sembradíos
alternan con los árboles del huerto
que, en bosquecillos plácidos y umbríos,
sobre el suelo cubierto
de verde césped, fresca sombra vierten
y alma y ojos complacen y divierten.
Allí Don Pedro amante
y confiado va con Magdalena,
¡cómo en su ciego amor está distante
de ver en la serena
faz de su esposa, la sombría nube
que de impío rencor hacia ella sube!

IX

¡Con qué obsequiosa atención,
con qué algazara sencilla
recibieron los colonos
a los dueños de la finca!
Rústicos regalos traen
las jóvenes a porfía,
muy pobres en la apariencia,
pero en sentimiento, ricas.
¡Con qué asombro de la dama
la belleza y pompa miran!
¡Cómo el lujo de Arechúa
ven y el de su comitiva!
Por su parte los patrones
mostraban franca alegría
y del campo, entusiasmados,
disfrutaban las delicias.
Especialmente Don Pedro
tanto deleite sentía
que en sus ojos reflejaba
del placer la lumbre viva.
Y ¿cómo no? Si seguro
de la posesión tranquila

de su amada Magdalena
dichoso al fin se veía;
y pensaba que, olvidando
ella las negras cuitas
de su afrenta y su venganza,
a exigir no volvería
el terrible sacrificio
que le pidiera en su ira.
Magdalena, por su parte
aunque como siempre altiva
y desdeñosa, mostraba
perfecta calma a la vista;
pero, para quien atento
la miraba, en su pupila,
de instante en instante, el fuego
de llamarada sombría
reflejaba pavoroso,
cual centella fugitiva—
¿Quién comprender los arcanos
que encierra alma femenina,
aunque de lince se precie,
jamás perspicaz podría?

X

Entonces era la caza
la ocupación predilecta
de los hidalgos y casi
signo cierto de nobleza.
Don Pedro se dedicaba
con pasión ardiente a ella;
y, para decir verdad,
después de su Magdalena,
su pensamiento ocupaban
sus perros y su escopeta.
Y así salía temprano
a buscar las *viscacheras*,
sin fatigarse, aunque a veces
caminaba hasta dos leguas.
A medio día tornaba
trayendo la bolsa llena
de palomas y conejos,
de *viscachas* y otras piezas.
Magdalena, que buscaba,
con hipócrita cautela,
un pretexto al estallido
de la rabia que escondiera
dentro su alma vengativa
de suyo crüel y aviesa,
y en la que un odio profundo
contra su esposo prendiera;
lo encontró del de Arechúa
en las frecuentes ausencias,
y comenzó a finger celos
y a manifestar sospechas
de que su esposo corría
en pos de alguna belleza.
Y así comenzó muy luego
a provocarle reyertas
que Don Pedro toleraba
con inaudita prudencia;
pero ella día tras día
armaba cada contienda
que convertía su casa
en un teatro de guerra.
Un día que, fatigado
de la caza a que saliera,
volvía Don Pedro, halló
sentada, junto a la acequia,
a su esposa y cariñoso
acercóse al punto a ella,
y aunque la hallase cual siempre
con faz adusta y severa,
le imprimió un beso en la frente,
y en el suelo el arma puesta
fué las manos a lavarse
quitándose de la diestra
el anillo de brillantes,
de su desposorio prenda.
Su esposa, que lo acechaba,
tendió la mano discreta,
se apoderé del anillo
y lo ocultó con destreza.
Después, como casualmente
y fingiendo indiferencia.
dijo:—«El anillo de boda
« me figuro que ya os pesa,
« pues no lo usais».—
Sorprendido
el de Arechúa se queda
y exclama luego: «¡Por vida!
« Nunca esa joya me deja;
« y aquí la puse no ha rato.....
«¿Dónde está?»—
—«¡Pregunta necia!»
replica ella con sarcasmo,
« cierta estoy de que la tenga
« a quien la obsequiásteis....»
—«Pero.....
« contén, esposa, la lengua;
« pues me lo quité aquí mismo
« para asearme en la acequia.
« Quizás se cayó en el agua.....»—
—«¡Agua de pasiones nuevas!
Pero ¿qué me importa a mi
que busqueis otras bellezas
labradoras, si tan solo
a vos os merecen ellas?»

—«¡Magdalena!»—«¡Caballero!
« Callemos. Harto me cuesta
« el haberme confíado
« en vuestras vanas promesas!»—
Confuso Don Pedro busca
la sortija y no la encuentra;
hasta que, al fin, sudoroso,
pide un vaso de agua fresca
a un sirviente. Al punto viene,
trayendo en una bandeja
un vaso de naranjada,
una india joven y bella:
pero, al darla al caballero
le hace imperceptible seña
que en el alma de Don Pedro
vivo recelo despierta.
Al ir a tomar el vaso,
como por inadvertencia
lo deja caer al suelo,
exclamando—«¡Que torpeza
la mía»—
Como una tigre
se levanta Magdalena,
y exclama:—«¡Es cosa muy clara
« que aquí no halláis lo que os pueda
« satisfacer! ¡Podeis iros
« donde os sirvan cosas buenas!»—
Don Pedro lava en silencio
el vaso y después lo llena
del agua que cristalina
corre a sus pies y con ella
aplaca su sed ardiente
y luego en la casa se entra.
La fiel india salvar pudo
a su patrón de la pérfida
asechanza de su esposa
que en la naranjada aquella
había mezclado un tósigo
para darle muerte cierta.

XI

Nunca cómplices faltaron
para cometer un crimen;
y mucho más un buen premio
su complicidad recibe:
¡que son raras las conciencias
que al oro, fuertes resisten!
Magdalena a su servicio
tenía un negro, Felipe
por nombre y envejecido
en la finca. Era muy firme,
muy leal a sus Señores;
pero sería imposible
describir la idolatría
que, como a sacro Fetiche,
tributaba a Magdalena
el negro esclavo infelice.
Ella, con filial confianza,
le hacía siempre partícipe
de sus secretos más íntimos
y talvez de sus deslices.
Después que falló el intento
del tósigo, la terrible
mujer concibió un proyecto
digno solo de un caribe.
Al negro lo comunica;
y a prisa ambos se aperciben
a cumplirlo ferozmente
con refinamiento horrible.

XII

En el segundo patio de la hacienda
de Mondragón, había
un pequeño aposento dividido
en tres compartimientos que formaban
una escuadra. Los dos últimos daban
a la huerta, y tenía
el postrer su ventana a los jardines.
Sólido lecho de nogal tallado
sobre el cual extendido
lucía un cortinaje
de terciopelo verde
formando un pabellón. Era el sagrado
retrete de los cónyuges, en días
que pasaron cual rápido celage
del invernal crepúsculo. La esposa

[¡que así el humano pierde
real ventura por venganza incierta!]
dejó a Don Pedro el dicho dormitorio,
cuando empezó celosa
a armarle, airada, pertinaz reyerta.
Una noche, ¡cuán lóbrega que estaba!
Don Pedro descansaba
en ese lecho de nogal, soñando
talvez con Magdalena
que solo en sueños ¡ay! con faz serena
y amante le miraba.
Lámpara con pantalla de alabastro
sobre lujoso velador ardía,
con suave resplandor iluminando
el aposento y al que allí dormía.
Ruido imperceptible
de cautelosos pasos en la calma
de la noche se oyó. Con insensible
rumor sobre sus goznes fué girando
la puerta dando el paso
a dos sombras adustas, silenciosas
que se deslizan hasta el mismo lecho
donde yace Don Pedro, misteriosas.
El resplandor escaso
de la suave lámpara ilumina
el hermoso y satánico semblante
de Magdalena y el oscuro y torvo
de Felipe, cuyo ojo centellante
rayos lanza sombríos. Cuando al pecho
y a los dos brazos siente la terrible
compresión de las cuerdas, espantado
despierta el de Arechúa, en torno mira,
como presa de horrible,
siniestra pesadilla; y con turbado
acento, exclama: «¡Deja!
« ¿Qué quereis? ¿Quiénes sois?»
«¡Soy la venganza!»
responde Magdalena en cavernosa,
rugiente voz. Don pedro no respira,
mirándola azorado;
y ella prosigue: «Mi constante queja
« por la cruel afrenta ignominiosa
« que sufrí, fué por vos desatendida.
« Me unía a vos solamente la esperanza
« de que me vengaríais; mas, cobarde
« y felón me engañásteis. Vuestra vida
« me pertenece ahora;
« y vereis, aunque tarde,
« que yo sola me basto

« para esgrimir el arma vengadora!»—
Felipe, en tanto, silencioso y fuerte,
a Don Pedro ligaba
con recias cuerdas; mientras Magdalena
feroz lo desnudaba;
« ¡Magdalena! ¡Alma mía! por el dulce
« nombre de esposa que te dí, perdona!»
clamó el desventurado.
« ¡Nunca lo fuerais vos, responde llena
de furor, «porque nunca os he amado;
« y si mi mano os dí, fué porque necia
« pensé que fuerais caballero!»—Y luego,
silenciosa, tomando un envoltorio,
sacó de él alfileres y uno a uno,
con mano firme y recia,
lanzando su mirada horrible fuego,
fuélos clavando, con feroz paciencia
en los desnudos miembros de su esposo.
En vano, en importuno
clamor, en el galano dormitorio,
piedad pedía el infeliz. Su acento
mísero y doloroso
se perdía sin eco en su aposento.
Toda la servidumbre
alejada de allí, por la Señora,
dejaba abandonada
a la víctima triste que gemia,
y ampararla en su angustia no podía.

XIII

Terminada su espantosa
obra, fuese Magdalena
dejando al triste Don Pedro
de dolor el alma presa,
y de horribles sufrimientos
do los alfileres quedan.
Tuvo ella mucho cuidado,
con ferocidad suprema,
de ir clavandoselos donde
mortal herida no hicieran,
para que vida y martirio
prolongasen su dolencia.
Fingió que Don Pedro estaba
enfermo y no quiso, artera,
que ninguno le sirviese,
sino ella sola, cual prueba
del amor tierno y profundo
que le profesaba ¡pérfida!
Con tan astuto artificio
conseguía la Sirena
darse fama y quedar sola
en su venganza siniestra.
Y así todas las mañanas,
que para él ¡ay! noches eran,
ella misma el alimento
le llevaba, por la fuerza
obligándole a tomarlo
por que de hambre no muriera,
y luego, todas las noches,
el negro Felipe y ella
volvían con inaudita
crueldad a la atroz tarea
con que a Don Pedro intentaban
dar, a pausas, muerte lenta.
¡Cuántos días la tortura
duró y cuales las horrendas
angustias que el desgraciado
durante ellos padeciera,
imagínelo el lector;
que no hay en la humana lengua
palabras que describirlo
con exactitud pudieran.
Basta decir que, por fin,
la muerte acabó las penas

del infeliz caballero
cuyo cuerpo imagen era
de un *Santo Cristo de bronce*,
porque desde la cabeza
hasta las plantas cubierto
de compacta masa estrecha
de alfileres, no mostraba
más que superficie tersa,
metálica y reluciente
que daba pavor al verla
y extremecía al más duro
pecho, aunque fuese de piedra.
La Furia, que no mujer
que tal hizo, satisfecha
de su venganza, extendió
los brazos de aquella yerta
figura, en forma de cruz,
sobre ese lecho que fuera
el Calvario pavoroso
de su víctima cruenta.

XIV

Es el camino del crimen
resbaladiza pendiente,
donde quien da el primer paso
casi nunca retrocede;
y en vertiginoso impulso,
con velocidad que crece
más y más a cada instante
va al abismo fatalmente.
Y ¡ay! del cómplice insensato
que muy seguro se cree,
porque de un ser criminal
el negro secreto tiene;
que nada es más peligroso
que auxiliar al delincuente,
para quien son los testigos
estorbo que anhela siempre
quitar de en medio, empleando,
por lo general, la muerte.
Meditaba Magdalena,
aunque a su esclavo creyese
muy fiel, en que no sería
ni seguro ni prudente
dejarlo como testigo
de su crimen; porque a veces
los cómplices, en verdugos
de los reos se convierten;
y buscaba el mejor medio
de suprimirlo. En su mente
brotó, sin duda, una idea;
porque una sonrisa breve
plegó sus labios, y un rayo
de luz alumbró su frente.
Extendía ya la noche
su manto oscuro y solemne
clara la luna asomaba
tras las colinas su frente;
melancólico silencio
reinaba en el campo. Un leve
golpe en la puerta sacó
de su abstracción de repente
a la dama que, imperiosa,
dice: «¡Adelante!»
—«¿Ya quiere
« cenar lo Señora?» humilde
voz pregunta de sirviente.
« Llama a Felipe» contesta
la dama. Minutos breves
transcurrieron, y entró el negro,
vivo el ojo, alta la frente,
una lámpara trayendo
que alumbró el bello retrete,
Aproximó una mesita
y comenzó a disponerle
lo necesario a la cena,
con un respeto insolente.
Probó el vino Magdalena,
y dejando el vaso, «Vete,
« a la bodega; y me traes
« del que he preferido siempre,
« de la cuba de la izquierda»
dice al negro que obedece,
después de una reverencia.
La dama inmediatamente
se levantó y descalzándose
los chapines, rauda fuese
en pos del negro, tan cauta
que ni el aire oirla puede.

XV

Abrió la puerta Felipe
y penetró en la bodega
espaciosa y de escogidos
vinos totalmente llena.
Puso el velón que llevaba
sobre una cuba cubierta,
dirigiéndose en seguida
a donde se hallaba aquella
de cuyo vino gustaba
con predilección la dueña.
Era bien alta la cuba,
y su contenido apenas
a un tercio de ella llegaba.

Buscando el negro manera
de sacarlo, sobre el borde
se echó. Al verlo magdalena
(pues que acechaba a la puerta),
entró rápida y tomándolo
por ambos pies, de cabeza
lo sumergió dentro el vino
que bastante, en verdad, era
para ahogarlo. Felipe,
aturdido por la fuerza
de golpe tan repentino,
quedó dentro inmóvil, mientras
que la dama le tenía
sujeto por los pies, recia.
Muy pronto pudo quedar
de su hazaña satisfecha,
porque el cuerpo desplómose
dentro como una masa yerta,
quedando todo cubierto
por el vino. Entonces, presta
cerró élla la cuba, echándole
el cerrojo; y dió la vuelta
a su aposento, tranquila,
a continuar su cena.

XVI

Pasaron algunos días;
y en Mondragón se notaba
movimiento muy activo,
concurrencia inusitada.
Cocineras, galopines
mozos y alegres criadas,
por patios y corredores
iban, venían, cruzaban,
con afán siempre creciente
por la solariega casa
do, de juro, una gran fiesta
con lujo se preparaba.
Magdalena se cubría
con sus vestidos de gala:
saya de rico brocato,
mantilla de tul bordada,
medias de seda finísima,
ricas zapatillas blancas.
Valioso collar de perlas
en la ebúrnea garganta,
deslumbradores anillos,
diamantinas arracadas,
rayos de luz, como soles;
fulgurantes destellaban.
A medio día, el estruendo
de ruidosa cabalgata,
se oyó, en la calle pendiente
que vá del rio a la casa;
y poco después, entrando
la multitud se apeaba
en el patio principal,
toda contenta y galana.
¿Quiénes eran? Nada menos
que el Señor Don Gómez Dávila,
Corregidor de la Villa
de Potosí, con Doña Ana
de las Roeles, y Barea,
y la muchedumbre hidalga
que en el Cabildo y Palacio
viven vida cortesana.
Los Jueces, los Veinticuatros,
los Alcaldes, y la varia
turba de los alguaciles,
como una irrupción entraban;
pero no con ceño adusto
sino con cara de pascuas.
Mas ¿qué estupendo prodigio
aquí se verificaba?
¿Cómo a casa de la Téllez
venía gente adversaria,
después de aquellos escándalos
de la ruda bofetada?
Era prodigio, en verdad;
pero venían llamadas
todas las Useñorías
por la misma propietaria
que, en cortés invitación,
les suplicó que bajaran
a su finca, do quería
hacer paces con Doña Ana;
para cuyo noble objeto
un banquete preparaba.
No era pequeño el prestigio
que su oro y nobleza daban
a Magdalena, y, por ello,
su invitacion fué aceptada
con entusiasmo por todos
los que a Mondragón llegaran.
Recibiólos con aquella
cortesía castellana
que a las gentes de esos tiempos
diera tanto lustre y fama;
y a la engreida Señora
de Barea, con tal gracia
y amor la estrechó en sus brazos
que le arrancó tiernas lágrimas.
Pasaron todos contentos
a la bellísima sala
donde en copas cristalinas
sirvieron mistelas raras
y gratísimos refrescos
dignos de quien los brindaba.

XVII

Mientras que en tertulia amena
las damas y los galanes
gratos momentos pasaban,
los criados, por su parte,
en patios y corredores
trataban de solazarse.
Grandes cántaros de chicha
brindaban con abundante,
grato licor la alegria
que brotaba a los semblantes.
Magdalena había dicho,
por su esposo al preguntarle,
que le obligó asunto urgente
por breve tiempo a ausentarse;
que, a su vuelta subiría
a Potosí, a tributarles
debido agradecimiento
a su complacencia amable.
Uno de los Ministriles,
acosado por el hambre,
dirigióse a la cocina
a echar al vientre algún lastre.
Pidió a la negra que estaba
allá, un pedazo de carne
y pan; pues, según decía,
estaba por desmayarse.
La negra, a quien conocía
el glotón, lo llamó aparte;
y con sigilo le dijo:
« No tomes nada; pues, sabe
« que algo tiene la comida
« que pudiera reventarte».—
Quedó el alguacil mohino
y dijo a la negra: «¡Zape!
« Que eres mezquina; y me vienes
« con historias, por no darme
« una pobre buena cuenta
« de estos guisos incitantes .....
« ¡Ea! ¡Daca!» —
—«Si morir
« quiere Su Merced, levante
« lo que guste. Yo le advierto
« que algo tienen los manjares»—
—«¿Lo viste poner?»—
—«Lo ví».—
El ministril al escape,
y olvidando su gazuza,
se fué a la sala, al instante;
y al Señor Corregidor
al oído le dió parte
del pavoroso secreto
que acabó de revelarle
la negra. Don Gómez Dávila
que era de fiero carácter,
con voz elevada y trémula,
dijo: «¡Las puertas se guarden;
« y todos los de esta casa
« sean presos. Un infame
« crimen, Señores, aquí
« estaba por perpetrarse».—
El estupor se pintaba
de todos en los semblantes,
y mil preguntas sonaban
confusas por todas partes.
La Téllez, que en su retrete
entrara un momento antes,
escuchó las duras órdenes
de Don Gómez con corage;
y saliendo, altivamente,
de cólera delirante,
así dijo: «¡Escuchad todos,
« ya que salvaros lográsteis,
« por la traición de una esclava,
« del castigo inexorable
« que vuestra parcial justicia
« mereció, como el ultaje
« que un día que nunca olvido
« me inferísteis, cual cobardes;
« sabed que yo Magdalena
« Téllez, se, altiva vengarme;
« sabed que quise purgar
« a Potosí, de venales
« Jueces que venden justicia;
« de ciegas Autoridades
« que en el gobierno no buscan
« sinó medros personales!
« Escuchad! El matrimonio
« que mal mi grado contraje
« con el de Arechúa, tuvo
« por condición implacable
« la venganza que en Doña Ana
« debía tomar, brillante.
« Me engañó el perjuro. Entonces,
« a esta mi heredad lo traje,
« donde cumplida venganza
« tomé de su engaño infame.
« Venid, ved como una Téllez
« sus ofensas vengar sabe!»—
En seguida, al dormitorio
do el *Cristo de bronce* yace,
condujo a la estupefacta
multitud, y el espantable
espectáculo mostrando,
con sarcástico semblante,
clamó: «Ved aquí a Don Pedro!
«¡Ved al que quiso burlarme!»—

« Con vosotros he perdido
« la partida.—Pues, ¡matadme!»

XVIII

Don Gómez Dávilla absorto
a Magdalena prendió,
aguada quedó la fiesta;
y, en revuelta confusión,
el regreso dispusieron
a Potosí, con ardor.
Quedó embargada la hermosa
heredad de Mondragón;
manjares, fritos y asados,
todo, en el río se echó,
reservando solamente
una pequeña porción
que fuese reconocida
por los Físicos de pró.
A Magdalena ordenaron
que marchase, por baldón
en un mulo aparejado,
después que la despojó
de sus joyas y vestidos
adusto el Corregidor,
vistiéndola con un traje
de tela basta. Veloz
emprendió luego el viaje,
sumida en hondo estupor,
la comitiva que, alegre,
esa mañana salió
de la Villa, con proyectos
de placer y de expansión.
El cadáver de Don Pedro
y el de Felipe, ordenó
que a la Villa se llevasen,
espectáculo de horror,
como cuerpo de delito;
y así al punto se cumplió.
Al llegar a Tarapaya,
vieron que bajaban dos
muy gallardos caballeros,
a galope muy veloz,
seguidos por dos lacayos
como hijosdalgo de pró.
Era Don Juan y Don Pedro
de Téllez que a Mondragón,
a visitar a su hermana
se dirigían. ¡Que horror
sintieron al saber ambos
todo lo que aconteció!
Turbios de llanto los ojos.
y aunque henchidos de aflicción,
solo un medio de salvarla
de pronto les ocurrió,
Como cerraba la tarde,
pudieron entrambos dos
conducir a Magdalena
al pueblo, con la intención
de entrarla en el Templo a donde,
libre del Corregidor
y acogida al privilegio
de la Iglesia que llegó
a ser en aquellos días
un dogma de Religión,
podía después salvarse;
pero su intento falló.
La intención de los hermanos
columbró el Corregidor;
y, aguijando a su caballo,
a detenerlos voló;
pero antes de que llegara
a alcanzarlos, con furor
el mulo de Magdalena
junto al Templo se espantó,
y, bufando, hacia la playa
bajó en carrera veloz.
A Potosí, a media noche
la comitiva llegó,
los muertos fueron al Templo,
la rea fué a la prisión.

XIX

Siguióse rápido el juicio;
y como estaba confesa
la homecida, era infalible
que la esperada sentencia
fuese de muerte. Entre tanto,
pedían por Magdalena
piedad todos sus amigos
y todos los que lo eran
de los dos hermanos Téllez,
mozos de mucha influencia.
Nada valió, sin embargo,
porque fué la última pena
la que adecuada juzgaron
a tamaña delincuencia.
Apeló al punto, y los autos,
para su cabal defensa,
se enviaron a La Plata
ante la Real Audiencia.
Fué necesario, así mismo,
que enviasen a la rea;
pero al salir de la cárcel
se armó una batalla recia;
por que Don Juan y Don Pedro
y una compañía buena

como Don Gaspar de arcibia
de noble sangre gallega,
Don Gerónimo Taboada
hijodalgo de nobleza
y otros varios, pretendieron
arrebatar por la fuerza
de manos de la Justicia
a la infeliz Magdalena.
No consiguieron salvarla;
y, por fin, marchó la presa
a Chuquisaca. Allí todo
el pueblo, al ver la miseria
de la pobre delincuente,
imploró ardiente por ella.
Pero hay crímenes tan grandes
que no hay humana conciencia
que al juzgarlos, no descargue
sobre ellos la justa pena.
Fué confirmada en La Plata
de Potosí la sentencia;
pero tenaces queriendo
apurar toda defensa,
recurrieron hasta Lima
para implorar la indulgencia,
y el perdón que dar podía
el Conde de Santiesteban
Virrey del Perú. Ninguna,
ni la mayor influencia,
torcer pudieron el hado;
y, la petición devuelta
con negativa, forzoso
fué que por fin se cumpliera
la suerte desventurada
de la triste Magdalena.
Más de un año ya pasaba
desde la noche tremenda
en que a Potosí llegaba
la desventurada presa.
Iba a ser ejecutada;
pero la Real Audiencia
de que el pueblo se opondría
tuvo noticia muy cierta;
y temiendo que estallaran
alborotos y pendencias,
determinó cuerdamente
darle garrote en su celda.
Así fué: a un Fraile llevaron
en la noche: y con reserva,
después que la confesó,
dieron muerte a Magdalena.
Al día siguiente el pueblo,
en horca vil, de una cuerda
pendiente contempló el cuerpo
de aquella mujer soberbia.
Y, con asombro miraba
que su juvenil cabeza,
mostraba, como la nieve
su antes negra cabellera;
y estaba, en saya raida,
miserablemente envuelta
y sus delicados pies
en dos desiguales medias
la una roja y la otra blanca,
emblema de su miseria.
Y en corrillos comentaban
juicios de la Providencia,
porque de la horca pendía
(¡arcano que el alma hiela
de horror!), en el mismo sitio
en que, años antes, perversa,
sacrílega bofetada
a su anciana madre diera!

XX

Cumplió la Justicia humana
su misión reparadora;
ella, social protectora
contra perversión insana:
Con su espada soberana
corta el cáncer del delito,
ahogando el triste grito
que exhala naturaleza;
¡Justicia es virtud cabeza,
divo atributo infinito!.....
Puede el corazón sensible
llorar el hado inclemente
del infeliz delincuente
que sufre condena horrible;
pero jamás impasible
verá a la víctima insulta
a quien el crimen insulta
si castigado, no ha sido:
¡todo quedará perdido
si el hombre al crimen indulta!
Triste es la ley; más, forzosa;
porque es también ser humano
aquel a quien por su mano
da el crimen muerte alevosa.
Plaña el alma congojosa;
más, no maldiga la pena
a que al matador condena
la Sociedad, como plañe
quien discorde lira tañe,
a la pobre Magdalena.
Joven aun, de hermosura
y de riquezas dotada
fué por senda malhadada
a hundirse en la desventura.

« Con calma atenderemos a ese juicio.
« Hermanos ¿qué opinais?»—Catari-chaqui,
« Es justo, exclama, sean conducidos
« Al valle de Mantani, y si culpable
« Es Ckoriquilla, su sentencia pido
« Antes que nadie, pues la Patria vale
« Más que todas las cosas, para el indio!»
—«¡Aprobamos!» dijeron lentamente
Con grave acento los Caciques indios.

XXI

Brilló la luz de la rosada aurora
Del día que la horrenda
Lucha alumbrar debía tristemente.
En la falda imponente
Del Ppotocsi, relucen los aceros
Instrumentos de muerte aterradora,
Mientras que al pie de la cansada cuesta
Innumerables muéstranse los indios,
Armados con sus hondas y sus flechas,
Burlándose altaneros,
Con su valor y muchedumbre ufanos,
Del reducido número de hispanos.
Pedro de Salvatierra,
Capitán español, apenas clara
La faz mostróse del divino Inti,
Al campamento fué de Rumiñahui,
Toda la gente en tierra
Postrada estaba, y el hamautta (1) Ckopa,
Al divo Sol naciente
Dirigía sus preces reverente.
Terminó la plegaria. El emisario,
A Rumi-ñahui estas palabras dijo:
« Vengo a ofreceros paz. Dejad las armas
« Y os daremos, en prueba de harmonía,
« La prenda que escojais. No más alarmas!
« Habitad libremente
« Vuestra tierra y cabañas desde hoy día;
« Y si quereis salario
« Ayudarnos podreis en las labores:
« Recompensa tendreis, ya no rigores!»
Calló un momento Rumiñahui, y luego
Al español lanzando
Su mirada de fuego,
Díjole así: «La tierra que pisando
« Estais con humillante altanería,
« Libre la poseyeron nuestros padres,
« Nosotros, todavía

1.—Sabio o sacerdote.

« Conservamos un resto de bravura
« De aquellos heredada.
« Solo de un modo, con vosotros puede
« El indio hacer la paz: En el momento
« Dejareis este suelo, y alejaros
« Libres podreis de aquí. Y en cuanto a Huallcka,
« A Huallcka, que el portento
« Del Ppotocsi os mostró por vez primera,
« Sea luego a nosotros entregado,
« Para que sufra al punto
« El castigo a su crimen reservado!
Contestó Salvatierra,
Levantándose altivo y majestuoso:
« Ya que optais por la guerra,
« Os será dada luego
« como la mereceis!» Y presuroso
Tornóse en el momento,
Al reducido hispano campamento.

XXII

De la cuesta-cansada al pie se extiende
De los indios la linea amenazante,
De sus arcos tirante
La cuerda está, las flechas preparadas,
La piedra está en la honda
Y el brazo ya dispuesto
A lanzarla del Jefe al menor gesto.
El ejército hispano
Baja al combate con marcial talante,
Confiado en sus armas y en su brío.
Brilla herido el acero
Por los reflejos de Inti soberano;
La lanza deslumbrante,
El casco, la coraza, el altanero
Mirar de los soldados,
Son, por los jefes indios, admirados.
Avanzan ya! Se estrecha
La distancia, y comienza
La lucha, con estrépito tremendo;
Inmenso vocerío
Los aires ensordece,
Mezcla infernal del alarido horrible
Del indio, y el terrible
Grito del español. Las balas silban
Veloces por el aire atravesando;
Y ante la piedra que la honda arroja,
Y las flechas alígeras, vacilan
Del castellano bando

El valor y firmeza. Los aceros
Tintos ya están en sangre, ya las lanzas
Embotadas parecen.....
Polvo y humo los cielos oscurecen!.....
Mas ¡ah! las mil hazañas
Que en uno y otro bando se repiten,
La épica trompa del cantor de Aquiles
Honrar debiera con robusto acento.
Viérase entonces ciento
Que en valor rivalizan a porfía,
Con Héctor y Patroclo y Menelao.
Entre ellos admirable
Rumiñahui se ostenta, de pujanza,
Y armado de su maza formidable
Caballos y jinetes echa a tierra,
Catari-chaqui, rayo de la guerra,
Alienta a sus soldados
Más que con sus palabras, con su ejemplo.
Ckopa el hamautta cantos inspirados
Entona, mientras lanza vigoroso
Su flecha voladora,
O maneja su maza destructora!
¿Y en el opuesto campo?
Luce también su fuerza y bizarría,
Número no pequeño,
De caballeros. Villarroel sereno,
En medio del fragor de la pelea,
Siega cabezas enemigas; nada
Resistir puede a tanta valentía;
Y Centeno, y Mendoza, y Salvatierra,
Y la cohorte ardiente que dirigen
Cercados mas sin tregua ni fatiga,
Combaten contra tantos enemigos.
Súbito Rumiñahui
Manda un cambio, y al punto
Retrocede el hispano
Del indio ante el empuje sobrehumano!
Míralo Villarroel y decidido
Lánzase del combate
En lo más recio. Con mirada altiva
A Rumiñahui busca,
Le encuentra, enardecido
Le ataca con vigor. El indio ruge,
Con formidable embate
Al español disputa la victoria,
Mas, ¡ay! al fin se abate
Como robusta encina
Que troncha el leñador!....Ronco se eleva
Angustioso lamento

De los indios en todo el campamento.
De entonces abatidos
Buscan todos la fuga, atropellados.
Catari-chaqui y Ckopa en vano airados
Les dirigen terribles amenazas;
En vano intentan mantener la lucha,
Con heróica bravura;
Presa del miedo son y desalados
Los indios arrojando
Las mazas y las flechas,
Por todas partes, huyen aterrados.
Persíguenles y matan los hispanos
A los que huyendo caen en sus manos.

Así, de Potosí, la Imperial Villa
Se abrieron los cimientos,
Entre combates rudos y sangrientos.

XXIII

Es de noche. Incierta luna
brilla en el azul del cielo,
entre nubes importunas
ocultándose a momentos.
En una playa cercana
a Mantani, los reflejos
de una hoguera que se extingue
anuncian algún viajero
que, a la sombra de los molles,
habrase entregado al sueño.
Una sombra derrepente
aparece, y al momento
otra le sigue; sumidas
en un profundo silencio
caminan con raudo paso,
que quizá aligera el miedo.
No bien se alejan, ¡«Muchachos»!
dice una voz: «los perversos
«quieren huir, levantáos!»
Es un robusto mancebo
que en pos corre de las sombras
de insano furor rugiendo.
Síguenle seis formidables
atletas dejando el sueño,
y a las sombras dan alcance
raudos como el pensamiento.
Entonces sangrienta lucha
comienza en mudo silencio:
un hombre solo combate
contra seis monstruos horrendos:
español es, nos lo dicen
su traje, y su fuerte acero
que ya ha dejado a dos hombres
moribundos en el suelo.
El que parece ser jefe
observa el combate, atento,
y enérgico: «¡Dadle muerte!»
con voz ruda dice luego;
y lanzándose, cual tigre
sobre indefenso cordero,
sobre la sombra que, oculta
se encuentra detrás de un cerco,
tómala en sus fuertes brazos,
lleno de infernal contento!
En ese instante ha caido
despedazado en el suelo,
el hombre que valeroso
con cuatro luchó sereno,
y, «Ckoriquilla adorada!»
dice al caer sin aliento.
«¡Ay, Don Lope de mi vida!»
exclama, en el mismo tiempo,
un acento de agonía
que triste repite el eco.

XXIV

Es una hermosa cabaña
en el valle de Mantani,
verdes molles le dan sombra
y flores grato paisaje.
Las turbias ondas del río
que van rugiendo en su cauce,
contrastan con el reposo
que domina en todo el valle.
Una joven, canta triste
estas endechas amantes,
en el pretil apoyada

de un puro y límpido estanque:
« Para siempre perdida
« fué mi dulce esperanza,
« hoy solo sus recuerdos
« mi corazón desgarran!
« Al comenzar la vida,
« Paloma solitaria,
« por su esposo adorado
« súbito abandonada.
« ¿En qué escarpada loma,
« en qué desierta pampa,
« hallar podré a quien amo
« con el amor del alma?
« ¿Quién de vosotras, aves,
« de voz tan dulce y blanda,
« me dirá dónde el dueño
« de mi albedrío se halla?
« Por qué con tanta furia
« castigas, Pachacámac,
« a quien humilde siempre
« te elevó sus plegarias?
« Devuélveme piadoso
« al que mi voz reclama,
« o envíame la muerte,
« que ya está muerta el alma.
« Que al comenzar mi vida,
« Paloma solitaria
« soy, por mi esposo amado
« súbito abandonada».
Calla, y dos lágrimas puras
sobre su túnica caen,
y tristemente suspira,
y mustio su pecho late.
Es Ckoriquilla, la hermosa,
que está en manos del cobarde
Puma-soncko, que la trajo
en la noche memorable
en que a Lope asesinaron
los indios. Quiere anhelante
Puma el amor de la hermosa
y lograrlo a todo trance.
Ella hasta hoy día, indignada,
le ha desdeñado insultante,
rechazando sus obsequios,
no dignándose mirarle.
Pero hoy en su hermoso rostro,
antes concentrado y grave,
de satisfacción un rayo
se percibe deslumbrante.
Es que, ansiando del verdugo
Puma-soncko libertarse,
algo ha resuelto, atrevida,
que su esperanza rehace.

XXV

Es bella cual lo eran las hijas dichosas
Del Peruano Imperio que el hispano holló,
Los ojos son negros, las mejillas rosas
De esa faz morena que el amor formó.
Altiva la frente, gallardo su talle,
Gracioso el conjunto puro, virginal;
Absorto tenía de Mantani al valle
Ckoriquilla hermosa, con belleza tal.
Preséntase ufano con su gallardía
Puma-soncko a élla, diciéndole así:
« Hermosa, he corrido gran parte del día,
« Buscando algo raro, para darlo a tí.
« Hermosa, más grata para mi alma amante
« Que flor que se entreabre al sol matinal,
« Virgen que del Inti, del Dios rutilante
« Eres bendecida, niña celestial,
« Sobre tus cabellos, esta wincha hermosa,
« De flores cogidas por mi mano, pon,
« Y ya no me muestres tu faz desdeñosa,
« Ablanda a mis ruegos ese corazón.
« Tú sabes que siempre, siguiendo tus huellas,
« A tí solamente consagré mi amor,

« Que oyéndote a Lope, palabras tan bellas
« Decir, yo moría de rabia y dolor....
« Y oculto vertía mi candente llanto,
« Rasgaba mi pecho con furor tenaz....
« Más, ¡ay, Ckoriquilla! te idolatro tanto,
« Que hoy al verte tiemblo y oculto mi faz!»
Con voz aun más dulce que el tímido acento
De tórtola amante, Ckoriquilla habló:
« Cierto es, Puma-soncko, que es dulce lamento
« De amor el que mi alma de tu boca oyó;
« Y que algo movido sentí dentro del pecho,
« Que por tí me inspira compasión quizá....
« Amigos seremos, que muera deshecho,
« En nuestra memoria, lo pasado ya!
« Pero advierte, amigo, que solo te ofrezco
« La flor de mi pura, sincera amistad,
« Y hoy quiero probarte que no desmerezco
« Tu noble respeto hacia mi horfandad!»
Puma-soncko absorto la voz escuchaba
Que jamás le hablara con tanto dulzor.
Atónito oía, dudando callaba,
Creyendo ser solo sueños de su amor.
Mas luego que afable sirviole la chicha
Turbado aceptola, y ávido bebió
La copa que, acaso su soñada dicha,
En grata certeza, mágica tornó.

XXVI

Dos días después sentada,
en la quebrada fatal
donde a Lope abandonara
Puma-soncko, sin piedad,
una bellísima joven
sobre unas piedras está.
Su actitud meditabunda,
la palidez de su faz,
nos muestran que ella padece
secreto y terrible afán.
Fija la vista en el suelo
sobre negra mancha está,
y se comprende que es ella
la causa de su pesar.
Tristemente en voz cortada
sus quejas al viento da,
como tórtola afligida
que canta amoroso afán:
¡«Ay! Lope, ¿por qué la suerte
« me persigue tan fatal,
« y a sobrevivirte triste,
« me pudo, cruel, condenar?
« Tu sangre tan generosa
« vertida en la playa está,
« y ¡quién sabe tu cadáver
« fieras destrozado habrán,
« sin que con su amargo llanto
« lo haya podido regar,
« la que en breve, en el sepulcro
« contigo se juntará!»
Alza la hermosa cabeza,
exhala su boca un ¡ay!
eléctrico movimiento
hácela luego saltar,
y la lleva presurosa
a una cabaña que está
en una falda cubierta
de mirtos y de arrayán.
Allí, a la puerta, descansa
un hombre. Cubre su faz
palidez que manifiesta
su reciente enfermedad.
«¡Lope!» la joven exclama,
y a sus pies vase a postrar,
con sus lágrimas regando
las manos de aquel. Jamás
del español sufriría
el alma sorpresa tal;

delirante, con sollozos,
puede apenas contestar
a los suspiros amantes
que a sus pies, la joven da.
«¡Ckoriquilla!» dice luego:
« al fin te vuelvo a encontrar,
« cuando te lloré perdida,
« perdida por siempre, ya!
—«Separados, Lope mío,
« por la dura adversidad
« hoy a encontrarnos volvemos.....
« no nos separemos más!
« Yo a llorarte, amado mío,
« venía a aqueste lugar,
« pidiendo de Pachacámac
« fin a mi triste horfandad!»
—«Yo herido y abandonado,
« pensé mi vida acabar
« en la solitaria playa,
« y entre blasfemias quizá.
« Una mujer inspirada
« por la santa caridad,
« supo, en tanto, mis dolores
« con solicitud calmar.
« Mas ¡ay! cuando en tí pensaba
« volvía al alma el afán,
« y sentía haber salvado
« esta existencia fatal!»
—«Yo cautiva del terrible
« Puma-soncko, fuí a llorar
« tu muerte, Lope adorado,
« lejos de tí. Pero allá,
« luchando con mis tormentos,
« pensé tu muerte en vengar.....
« Iba con valor a hacerlo,
« Puma-soncko estaba ya
« a perecer sentenciado.....
« mas .... no me atreví a matar;
« le adormecí solamente,
« y huí del valle hacia acá,
« para librarme del mónstruo
« que nos pudo separar!»
—«Bendigamos, Ckoriquilla,
« la mano de Dios que ya
« otra vez juntarnos quiso!»
—«¡Bendigamos su bondad!»

XXVII

Pasó un mes. En el llano que los indios
Ckarachi-pampa llaman,
Vense dos viajeros. Son los tiernos
Amantes Ckoriquilla y Lope Silva
Que a Ckantumarca marchan esperando,
Como los que se aman
Y desgraciados son contínuo esperan
En una mañana de mayor ventura.
Lope curado ya, robusto y fuerte,
De su amor en la idea va embebido;
Ckoriquilla feliz cree su suerte
Al lado yendo de su bien querido.
Cerca están ya de la cansada-cuesta,
Y en pláticas sabrosas
Sus almas se extasían delirando.....
Más ¡ay! terrible bando
De indios feroces, que con sed de sangre,
Vagan por las orillas silenciosas
De Ckantumarca, obedeciendo al duro
Y cruel Puma-soncko,
Súbito les rodea, prorrumpiendo
En largos aullidos,
Que a los pobres amantes extremecen.
Puma-soncko blandiendo
Terrible maza, acércase atrevido
A donde están, y apenas
Ve a Ckoriquilla, ruge horriblemente

Y ataca a Lope....Heroico se defiende
El español, con su tajante acero
Que rompe el corazón de su enemigo.
Viendo a su jefe muerto
Vacilan en lanzarse
Los otros indios sobre el fuerte ibero.
Este aprovecha el oportuno instante,
Y poniendo al abrigo
De su cuerpo, a su amada Ckoriquilla,
Huye a la altura. Ya su oscuro manto
Ha extendido la noche sobre el mundo,
Y Lope fatigado
Siéntase a descansar, porque cegado
Por las densas tinieblas, no conoce
El paraje en que se halla.
Súbito formidable granizada
De piedras y de flechas les confunde,
Y míranse cercados
Por los siniestros indios. Valeroso
Lope arranca su espada
Y a la lucha se lanza.....
Lucha....sin un vislumbre de esperanza
Mas, Ckoriquilla exclama:
«¡Vienen los españoles!» A lo lejos
Vénse, en efecto, luces
Que parece se acercan....Sus reflejos
Dan a Lope vigor desconocido.....
Y mientras pide auxilio
Con voz robusta, a Ckoriquilla toma
Con el siniestro brazo, y valeroso
Ataca con su acero
A los indios, buscando
Por entre ellos salida.....
Ya con brazo certero
Ha derribado a muchos, y luchando
Va a salvarse....La luz apetecida
Se ha perdido en la oscura
Noche, llenando su alma de amargura!
¡No hay esperanza ya!....Despedazado
Por sus terribles enemigos, cae
Y «Adios, mi Ckoriquilla!»
Dice, con débil voz, y muerto queda!
Entonces ella en desgarrante acento,
«¡¡¡Muerto!!!» exclamando, al precipicio corre
Cuya sima voraz y hambrienta vese
A la luz de un relámpago fugaze,
Y en él se precipita la infelize!
Retumba el ronco trueno,
Con su voz confundido
Se oye sordo, fatídico gemido!.....

ABRIL 22 DE 1875.

III

El mes de octubre de 1825 comenzaba vestido de gala para la Villa Imperial de Potosí. Los patriotas, que eran los más, no cabían de gozo dentro su piel; mientras que los realistas o *godos* (que tal apodoles cargaron nuestros abuelos), reían con la risa del conejo, llorando dentro de sus corazones por Su Majestad pretérita.

La causa de estos sentimientos encontrados era la llegada del Libertador Simón Bolívar a la Villa de Potosí, llegada que se verificó el 5 del susodicho mes. El Gran Mariscal de Ayacucho se encontraba aquí ya desde el 29 de marzo de este año de 1825, como, si Ustedes gustan, pueden informarse de las Historias de Bolivia y de las relaciones de los ya pocos viejos que, desde aquellos tiempos, viven.

Callo, por sabidas y porque talvez de ellas me ocupe separadamente, las solemnidades con que el Libertador fué recibido en Potosí, *monte sacro* de los patriotas, en expresión del eminente poeta D. Manuel José Cortés; y voime derecho al asunto.

IV

No sé si porque de intento postergaron la fiesta de N. Sra. de las Mercedes (tildada de *patriota* por nuestros candorosos progenitores, quienes decían *realista* a la Imagen del Rosario que se venera en Santo Domingo) o porque debió verificarse en esos días, se celebró con pompa que no alcanzamos a ver ni veremos tampoco, la festividad aludida, en el templo de la Merced, servido aun por los pocos religiosos mercenarios que quedaban. A la Misa solemne concurrieron, como es de suponer, los libertadores Bolívar y Sucre, sentados, según me han referido, bajo sendos doseles, y recibiendo los homenajes que, si bien lo miramos, les eran más debidos que a las Majestades ignotas de allende el Atlántico; que las costumbres, serviles, con trabajo se pierden y en largo lapso de tiempo.

Después del Evangelio, *more Ecclesiæ*, subió al púlpito un Sacerdote joven, de elevada estatura, aire marcial, frente despejada y ojos penetrantes, a pronunciar el panegírico de María de las Mercedes. Y, cosa pasmosa en esos tiempos y hasta en los nuestros, después de hacer la señal de la cruz, sin citar texto alguno latino de las Sagradas Escrituras, de súbito y con voz sonora, exclamó: «¡VIVA LA LIBERTAD!» Atónitos quedaron los oyentes; pero el predicador, que se llamaba el Dr. Juan Manuel Calero, comenzó su sermón, que al decir de gentes que le oyeron, fué de lo mejor que han oido americanas orejas: que el D. Calero fué orador de notabilísima reputación y, lo que significa más, de reputación merecida. Dicen, pues, que el plan de discurso se reducía a manifestar las analogías entre la libertad de los cautivos, misión especial de los mercenarios, bajo la protección de María; y la libertad de las colonias Sud-Americanas, llevada a bueno y dichoso término por Bolívar y Sucre. Miren Ustedes que, si, con escrúpulo repu

blicano, hallan un saborcito de lisonja en ello, no dejarán de confesar que el tema era fecundo y podía ofrecer, a un talento claro y vivo como el del Dr. Calero, un elocuente y discretísimo discurso. Y ello fué así. Pues terminada la función religiosa, felicitaron calurosamente al orador todos los concurrentes.

V

Bolívar que nunca anduvo a la zaga, en asuntos de entusiasmo, lo elevó, en esta circunstancia, hasta lo último de potencia. Envió a llamar a D. Juan Manuel, y luego que a su presencia le tuvo, le expresó su enhorabuena por el brillante panegírico; ofreciéndole una de las sillas canonicales de la Iglesia metropolitana, y autorizándole que pidiese la gracia que por conveniente tuviera. Agradeció con cortesanía el Presbítero tales promesas, y quedó con el Libertador en darle aviso de la gracia que pediría.

Pasaron muy pocos días, y el Dr. Calero se dirigió al alojamiento del General Bolívar y le dijo que pues le ofrecía darle lo que pidiese, no deseaba otra cosa que un Colegio en que sus paisanos se educasen, sin tener que abandonar esta Villa, para ir a la Universidad mayor de San Francisco Javier de la Ciudad de La Plata. El Libertador otorgó al punto la solicitud, elogiando el potosinismo del Dr. Calero y su desinterés tan aquilatado. Hizo más, sin embargo; pues encargó a él mismo que, eligiendo local a propósito, emprendiera los trabajos de construcción, expidiéndole título de Rector del Colegio de Pichincha. Y el día 18 de octubre se dió un Decreto que anda en la colección Oficial, asignando al nuevo Colegio los fondos precisos para su existencia.

¿No les parece a Ustedes que el Dr. Calero se portó como cumplía a un noble espíritu y a una eminente inteligencia? Y ¿no les parece que Bolívar mostró, así mismo, la elevación de su alma? A mi juicio, fueron tal para cual: tal solicitante para tal premiador. ¡Qué diversidad entre aquellos heroicos tiempos y los nuestros asaz mezquinos! De seguro que hoy no se hallaría un Calero (sin ofender a nadie sea dicho), porque..... tampoco se hallaría un Bolívar.

VI

El Dr. Juan Manuel Calero aprovechó de los claustros abandonados por los bethlemitas, dirigió personalmente la rápida obra de apropiación de ese edificio al fin que se proponía, e instaló el Colegio, como su primer Rector. De ese Establecimiento, producto valiosísimo de un buen sermón, salieron inteligencias que honran y honrarán siempre a Potosí, por más que ésta, según dicen algunos de sus decepcionados hijos sea *madre de hijos ajenos y madrastra de los suyos;* inteligencias tales como las de los Frías, Linares, Caba (el Poeta), Bustillo (Rafael y Domingo)

Berríos (Manuel), Vargas, (Pedro H)., Cortés (el primer lírico boliviano) y otros muchos, de quienes se enorgullece no sólo Potosí sino la misma madre Bolivia. ¡Miren Ustedes ahora lo que vale un bello y oportuno sermón, predicado por un inteligente y desinteresado Sacerdote!

VII

Posteriormente, en los años 1851, 52 y 53, el General Belzu, que, precisa es la justicia, ha sido uno de los Presidentes más activos en impulsar las obras públicas, se propuso reedificar el Colegio de Pichincha, consagrándolo a la memoria del General Sucre; y lo hizo, poniéndolo en el estado en que lo veis; si bien muy deteriorada en estos días tristes, como deteriorada está la misma patria. Plegue al cielo que, conservándose y mejorándose el Edificio, se mejore la educación y se eleve la instrucción en los potosinos que son y serán colegiales de Pichincha. He dicho.

EL DEDO DE DIOS

PEDRO B. CALDERÓN

INTRODUCCION

Es añosa la costumbre
que por gusto he adquirido,
de andar siempre destripando
esos viejos pergaminos
que las crónicas contienen
de nuestro pueblo querido.
Y desempolvando a uno
de esos libracos antíguos,
he encontrado el suceso,
que fiel paso a referirlo.
Y no dudo yo que es cierto,
de todo punto verídico,
porque a más de consignado
en los ya nombrados libros,
en muy diferentes veces
el pueblo lo ha referido;
y....vox pópuli, vox Dei....
me basta, lector, lo dicho,
y la relación empiezo—
¿Por dónde?....no sé de fijo;
pero me parece lógico
empezar....por el principio,

I

«No diré yo que corría
sino que volaba» el año
de mil seiscientos y diez,
triste en hechos desgraciados
para la Villa Imperial,
cuyo seno iban minando
las guerras tradicionales
de vicuña y vascongado.
Y al parecer presentía
la llegada de aquel año,
en que para mal del pueblo,
las lagunas rebosando,
llevaron en negras olas
cuanto hallaban a su paso.
Por este triste suceso
pobre se había quedado,
y aun el mismo hermoso Cerro
su riqueza iba negando.
Lo poco que producía,
por cierto era muy escaso,
el pueblo lo destinaba
para fiestas de los santos,
misas de las almas, y otras
cosas, que había inventado
la necia superstición
con las galas del engaño.
Ya no se miraban bellos
de plata suntuosos carros,
ni a los fogosos corceles
con filigrama adornados.
Ni a mancebos elegantes

vestidos de color vario,
que las perlas y rubís
do quier iban derramando,
y con fina lanza de oro
se presentaban al campo
a desafiar con valor
sin igual al toro bravo.
Ni aquellas damas hermosas
de oro cubiertos los mantos,
cuyo brillo hasta el sol mismo
parece que iba envidiando.
¡Infeliz Potosí!....¿Dónde
está ese tu orgullo tanto
que en otro tiempo ostentabas
tan altivo y tan ufano?
¡Ay! ha desaparecido,
y se ha evaporado rápido,
cual esos celajes bellos
que en la tarde en el espacio
sus vivos colores muestran,
ora monstruos dibujando,
u ora algunos magníficos
y suntuosos palacios
con sus hermosos jardines
que muestran bello espectáculo,
y desaparecen luego
con suave brisa en el acto,
dejando libre a la oscura
noche tenebrosa el paso!.....
Así, oh noble Potosí,
tu gloria se ha evaporado!
tus riquezas, tu nobleza,
tu honor, tu hidalguía.....cuanto
de bueno y bello tenías
volóse, dejando el paso
libre a la terrible noche
de la cruel miseria y llanto!.....
Pero, de digresión basta
y nuestro cuento sigamos.

II

En aquella época triste
de lágrimas y dolor,
la Imperial Villa habitaba
un caballero español,
que Francisco del Romero
ser su nombre aseguró.
Misteriosa era su vida
desde que se presentó;
ora era un cumplido hidalgo
cargando en su nombre el *don*
y vestido con riqueza
y un esquisito primor;
o ya era un plebeyo mísero
implorando protección,
pidiendo con lastimera,
triste y gemebunda voz,
una caridad bendita
por el gran amor de Dios.
Era torva su mirada,
como su aspecto feroz,
infundiendo, en cualquier caso,
miedo y pánico terror.
Muy célebres aventuras,
de este estraño valentón,
se contaron en el pueblo,
que tembloroso escuchó.
No se que cuento de brujas
y pactos con el señor
que en las oscuras cavernas
su hórrido imperio trazó.
Y otras cosas se decían,
que por cierto no se yo
si todas serán verdades
o sólo pura invención.
Y lo que averiguar pude
del misterioso matón,
es que era un pillo y bellaco
como hasta ahora nadie vió.
Ejercer maldades mil
sólo era su profesión;
ni aun respetaba el sagrado
templo, morada de Dios,
Solteras, casadas, monjas,
del libertino feroz,
no estuvieron muy seguras
ni en la sagrada mansión.
Para nadie se humillaba
y a todos daba pavor,
e impávido vivía
sin Dios menos Religión.
Su valentía era tal,
que con frecuencia retó
a todos los diabloe juntos
y después al mismo Dios.
Tal era el pillo y bellaco
que en esa época habitó
la Villa, y Pancho Romero
ser su nombre aseguró.

III

Lúgubre está la noche; misteriosa
Oculta belleza en negro velo:
Sarta de tristes nubes, horrorosa,
Cruza fantástica el azul del cielo.
Son montañas gigantes y apiñadas
Que danzan, luchan y crujiendo braman,
Con voces de pavor desesperadas
«Venganza», dicen, y «venganza» claman.
Aulla el viento, gime temblorosa
Y se oculta en las grietas la süave
Y blanda brisa, y llora quejumbrosa
En su nido temblando la tierna ave,
Espectros descarnados y ambulantes
Correr parecen, presurosos, fieros,
En horrorosa confusión, jadeantes,
Lanzando sus aullidos lastimeros.
Se escuchan ayes, misteriosas voces,
Gemidos lúgubres en triste son:
Y aparcen y luego huyen veloces
Pálidos rayos que siembran pavor.
Parece que las furias infernales
Se libran de su tétrica prisión,
Y llaman a los míseros mortales
Al tribunal supremo en bronca voz.

Tal era la noche, cuando
como a esta lucha retando,
una sombra misteriosa
en la plaza del «Contraste» (a)
altiva se presentó.
Caminando silenciosa
como si al acaso andara,
al centro de ella llegó.
Un hombre es: de andar pausado,
como si nada temiera,
y que a él estraño le fuera
la tierra y cielo en furor.
Envuelto en una ancha capa,
calado un grande sombrero,
camina en ademán fiero
el nocturno paseador.
Una toledana espada
cáele de la cintura,
es de oro la empuñadura
cincelada con primor.
Marcha tranquilo y sereno:
del huracán el bramido
y ni del viento el silbido
no le producen temor:
Del abrazo de dos nubes
la centella se desprende:
brama, ruje, el aire hiende,
y a nuestro hombre deslumbró.
«¡Voto a los mil diablos!» dice
en son de burla el impío;
«el cielo está en desvarío
cual un loco regañón».
Despréndese otra centella
después de este mismo instante,
y culebreando delante
del blasfemador cayó.
Tiembla, se estremece y queda
parado sin movimiento:
oye y escucha en el viento
sordo y confuso rumor.
Quiere andar y ya no puede,
quiere hablar y en la garganta
anúdase la voz; ¡tanta
era su perturbación!
Luego ve fantasmas fieros,
tenebrosos y gigantes:

(a) Situada donde hoy está el Cabildo.

los mira venir jadeantes
en horrible confusión.
Y mira llegar espectros
con la faz ensangrentada,
que le lanzan carcajada,
de desprecio e irrisión.
Mira monstruos de diversas
clases y formas variadas,
cuyas furiosas miradas
amenazan destrucción.
Y por su turno llegando
van enlutadas mujeres,
vagos bultos, raros seres
con un solícito afán.
Y cuando llega a la plaza
la muchedumbre huesosa,
anúnciase cavernosa
con un fúnebre cantar.
Luego escúchase un rugido
tenebroso y retumbante,
a cuyo son al instante
para la turba infernal.
Y después siguen danzando
espectros, fantasmas, bultos,
y al hombre en medio de insultos
y befas logran rodear.
Este, todo lo contempla
cra confuso y miedoso,
o impávido y orgulloso
de ellos se rie a su vez.
Cuando la danza a él se acerca
arranca presto su espada,
fija su torva mirada
con desdén, fiera altivez.
Mas, la fúnebre comparsa
de su ademán no hace caso;
con lento o ligero paso
danza y chilla en su redor.
Gritan y aullan y corren
en vertiginosos giros:
oyéndose quejas, suspiros
en cruel desesperación.
—¿Qué me quereis? dice el hombre
con amenazante voz;
seres, sin duda lanzados,
de la tétrica mansión?
Idos a vuestra morada
porque sino, ¡voto a Dios!
o al diablo que me es lo mismo,
al instante os haré yo
que volvais por do venido
habeis y sin dilación.
Acercándose los grupos
a este raro valentón
«venganza», claman «venganza»
con hueca y lúgubre voz.
«Somos, dice el primer grupo
de espectros atronador,
las víctimas que vuestra ira
por gusto sacrificó:
nuestra sangre derramada
sin causa ni compasión,
castigo a Pancho Romero
exige, y lo manda Dios».
Y danzando siempre rápido
del sombrío hombre al redor,
otro grupo se le acerca
fiero y amenazador.
«Mirad las víctimas, dice,
que en la miseria dejó
la insaciable avaricia
y la lujuria feroz
de Francisco de Romero,
hombre de mal corazón».
Y así en orden van siguiendo
los demás grupos danzando,
«venganza» siempre clamando
contra aquel hombre feroz.
Unas porque sus personas
fueron por él ultrajadas,
otras porque deshonradas
fueron, piden vengador.
Sin duda el hombre cansado
de la infernal vocería,
levanta la voz impía
y con airado ademán,
así furibundo exclama:
«Callad enjambres malditos,
que vuestros ayes y gritos
nunca me amendrentarán.
Si he robado y asesinádoos,
Por Luzbel! no me arrepiento,
al contrario, ahora yo siento
deseos de hacer mal.
Y si muertos aun no estáis,
juro, enjambre endemoniado,
atravesaros mi espada
en combate desigual.
Y yo prometo venceros
aunque en vuestro apoyo venga
el mismo diablo y sostenga
vuestra causa con furor;
que nunca a nadie yo temo,
ni jamás nada me abate,
que si yo quiero a un combate
desafío al mismo Dios».....
Dice y al instante se oye
del trueno el bronco rugido:

es prolongado alarido
que al orbe hace estremecer.
Y como por encanto
los espectros misteriosos
sombríos y silenciosos,
vénse desaparecer.
Y luego del cielo baja
una luz fúlgida y clara,
que el mismo sol le envidiara
por su suave brillantez.
Y el hombre, cual otro Saulo,
fué por esta luz cegado,
sintióse atemorizado,
tembló por primera vez.
Siente que la tierra se hunde,
que los cielos se desploman,
que los espectros se asoman
con aullido feroz.
Vacilan sus pies, sus nervios
crujen y se van crispando,
y por fin cae exclamando:
«Perdón, Dios mío, perdón!»
Perdón! dice con voz débil
cuyo eco se lleva el viento,
cual de un moribundo acento
en el último estertor.
Y allí exánime queda:
cesa la lluvia y tormenta
y en el cielo se presenta
la luna en su fulgor.

IV

Diez veces ya a nuestra madre tierra

Después de aquella noche feroz,
Dándole animación, nueva vida
Envió sus rayos el bello sol.
Al nuevo día tiernas saludan
Las bellas aves en dulce son,
Cual si quisieran ellas también
Enviar sus preces al Hacedor....
En una de las iglesias
que de las Mercedes llaman,
y que era en aquel entonces
Convento o mas bien morada
de ciertas gentes que dicen
que ese tiempo eran *sanctas*;
digo pues, que en esa iglesia,
abriéndose una mañana
penetró, el primero, un hombre
de adusta y torva mirada;
pero en su semblante, crueles
las huellas del dolor se hallan.
Entra con paso ligero,
con el portero se encara:
—Buen fraile, quiero, le dice,
un confesor que de mi alma
los secretos los reciba
en esta misma mañana.
—¿Teneis prisa? dice el fraile
con voz ruda y nada franca.
—No a fe, respóndele el hombre
con voz triste y resignada.
—¿A quien quereis que yo llame
de la comunidad santa?
—Pues yo a nadie no conozco.....
al que más guste las almas
que anhelan su conversión.
—Entonces, es la luz clara....
llamaré al padre Clotario,
que es una muy bendita alma;
pero tendreis que esperar
celebre su misa santa:
él es el de la primera.
—Esperaréle yo.
—Vaya!
sea buena confesión,
que parece Dios os llama.
Dicho esto el fraile portero
vase de muy buena gana,
y el hombre triste se postra
en un altar, donde se halla
una imagen, que Señor
de la Columna lo llaman.
Postrado allí la hora espera
con suplicante mirada.
Parece que en su interior
sostiene cruel batalla.
Triste tiene su semblante,
y si posa la mirada
a la imagen del Señor,
de sus ojos caen lágrimas:
es signo de que sincera
se arrepiente firme su alma.
Aun las sombras de la noche
no están todas disipadas:
aun lúgubre está la iglesia,
con una luz tan escasa,
que causa terror y miedo
en esta sagrada estancia.
Vagos contornos, confusos
cruzan y formas fantásticas,
que aumentan terror, respeto
en esta santa morada.
Las imágenes de santos
parecener animadas,
y ya con cólera, o tiernas
parece que dulces hablan.

Todo esto nuestro triste hombre
arrobado contemplaba,
en un éxtasis profundo,
que en redor no había nada,
sino es que Dios de su mente
amable no se quitaba.
Escúchase derrepente
dulces armonías, claras,
torrentes de vibraciones
que consuelan la triste alma.
Melodías que despide
misteriosa la sagrada
música, que lleva el viento
en sus impalpables alas.
Esta armonía divina
de elevar al hombre acaba,
que parece que en la tierra
no asienta mísera planta
Tal era su arrobamiento
y su dulce abstracción tanta
que no observó que ya el fraile
Clotario, misa acabada,
en su lado con curiosa
y picaresca mirada,
con su cajón de tabaco
atento lo contemplaba.
—Era este tal fraile, gordo
y de muy rechoncha facha:
nariz pequeña y redonda;
de sus ojos la mirada
salía apenas por chicos;
de su boca las palabras
como mónstruos gigantescos
por inmensa se escapaban.
Hipócrita era y astuto,
supersticioso por maña,
cualquier lijero desliz
o alguna muy leve falta,
tenía por gran pecado
y al infierno condenaba.
Pero si algún moribundo
al convento alguna manda
legaba en su testamento,
por graves que eran sus faltas
orondo y bonitamente
y como quien no hace nada,
rezando mitad del credo,
al cielo se lo endilgaba.
Tal era el fraile que al hombre
penitente se acercara,
y que, entre serio y risueño,
le dijera con voz áspera:
—¿Cómo os llamais?
— Don Francisco
Romero, todos me llaman.
—¿Y confesaros queréis?
¿Estais dispuesto cual manda
nuestra santa madre Iglesia?
—Sí, tal, como alma cristiana.
—Empezad pues, dice el fraile,
sentándose; luego saca
el negruzco cojoncillo
de tabaco de su manga.
Se arrodilla el penitente
y con resignación santa
empieza su confesión,
que en largas horas se acaba.
Gesticula el confesor
del hombre a cada palabra,
manifestando notoria
y visible repugnancia.
El penitente suplica,
implora con tiernas lágrimas,
y dirigiendo al Señor
de la Columna, miradas
que parten el corazón
y que el alma despedazan.
Y así, de este modo siguen;
el fraile con faz airada,
suplicando el penitente
muy largas horas se pasan.
Hasta que por fin el fraile
trémulo, horroroso, salta,
llenos los ojos de sangre,
horrible, furioso exclama:
—«¡No hay para tí absolución,
indigna alma, endemoniada!
¡Los infiernos, los infiernos,
con sus demonios te aguardan!
Allí, allí está ya ardiendo
tu pervertida y cruel alma!!
Y con un fiero ademán
imperioso le señala
a la puerta de la iglesia.
Desesperado se agarra
el penitente del hábito
del fraile, y gimiendo clama:
«Perdón, piedad! con voz triste
que hasta las piedras lloraran.
—«¿Perdón pides, condenado?»
grita el fraile con voz áspera
luchando por desasirse
del que con fuerza lo agarra:
«No hay, sigue, para perversas
y gentes endomoniadas,
como le eres, miserable!!....
—«¡Por Dios!.....pero aquí» se calla
el hombre porque se escucha

una armoniosa palabra,
llena de una melodía
tan dulce que no es humana.
«*¡Absolved a ese hombre*, dice,
que a tí no te cuesta nada,
sino a mí mi sangre toda
por el hombre derramada!»....
El hombre y fraile confusos
buscan al que así dulce habla
y.....oh portento! observan, miran
a la imagen que animada
del Señor de la Columna
al penitente señala
con un dedo de su diestra
y compasiva mirada.
Atemorizado el fraile
tembloroso se prepara
a darle la absolución
al penitente, que pálida
la faz, pero el alma tiene
llena de alegría santa.

V

Pasan los días, los años
Y vienen los desengaños
Con su descarnada faz.
Porque en esta amarga vida
Todo se pasa y se olvida.....
¡Vuela cual humo fugaz!
Así como los dolores
Con sus acerbos rigores
Y refinada crueldad,
Como también dulces goces
Huyen tristes y veloces
Para no volver jamás.
Pasan las bellas mujeres
Como fantásticos seres
En una óptica visión,
Pasan la risa y el llanto
Y dejan el desencanto
En el triste corazón.
La juventud bulliciosa
Pasa con vertiginosa
Y con ebria rapidez;
Y con pálida mirada
Y con su faz descarnada
Llega la débil vejez.
Y luego, el oido zumba
Y se abre negra, ancha tumba
Que nos traga sin cesar.
Después.....¡nada se descubre!.....
Y de un cuerpo que se pudre
Ni un recuerdo queda ya!.....
Pasad, pasad, ambiciones,
Pasad, impuras pasiones
De asquerosa fealdad!
Porque, lo que al alma halaga
Se pierde, vuela y lo traga
Ese oscuro «más allá»!.....
.....
Pero nunca se olvidaron
del fraile y del penitente
y del hecho tan estraño
que entre ellos aconteció.
Cuentan que por muchos años
siempre un fraile permanente,
en el altar del Señor
que de la Columna llaman
oraba con devoción.
Hasta hoy allí está la imagen
con un dedo de la mano
diestra por siempre estendido
en imperioso ademán.
Y cada mañana el fraile
con dolor acerbo, insano,
rezaba por largas horas
al pie de ese mismo altar.
Y dicen que aquel fraile era
muy bueno y caritativo,
y que nunca en el convento
ninguno de él se quejó.
Vivía allí con el nombre
del buen hermano José;
pero en el mundo, Francisco
del Romero, se nombró.

Potosí, abril 12 de 1890.

JUSTO, EL MENDIGO

DE PEDRO B. CALDERÓN

I

¡Cuán hermosos son los contrastes! Y cuán bellas las emociones que despiertan! Pues a mí me gustan todos, como hay sol. Y, ¿acaso no es hermoso ver, por ejemplo, al lado de una opulenta casa, donde se derrama la riqueza, un miserable tugurio lleno de harapos y por lecho de sus habitantes un montón de paja húmeda? En la una, la refinada elegancia, hija del oro; rostros alegres, gordos, sonrosados; músicas bulliciosas, armoniosas carcajadas de placer: en el otro, semblantes pálidos, estenuados, mácilentos; por música, tristes lamentos y gemidos dolorosos, mezclados, confundidos con suspiros y amargas lágrimas: en aquella, nadando en la abundancia aun los mismos perros, y en la puerta del otro, manos descarnadas estendidas, y una débil voz que pide, al transeunte: ¡Una limosna por Dios! una parte de la que se da a los cerdos!.....Bellos, magníficos contrastes!.....Pero, yo he anunciado una cosa y digo otra; en fin, pidiendo un sin número de perdones, entro en mi cuento, como Sancho en su ínsula.

II

«Ceñido de harapos, rugosa la frente,
Del sol y del viento la cara tostada,
Con trémula planta, desnuda, llagada
Y el pecho agitado de mísero afán;
Informe una caña por único apoyo,
Un perro a su lado por único amigo,
El mar de la vida surcando el mendigo,
Mendiga lloroso mendrugos de pan».

A mediados del siglo XVII, por las calles de ésta, en aquel entonces, Villa Imperial, se arrastraba un mendigo. Nadie lo conocía, nadie sabía de donde era ni donde habitaba aquí. Apareció de un momento a otro. Su edad sería como de treinta años, aunque representaba más. Tenía fracturados los dos antebrazos. Su rostro afable, lleno de bondad; su humildad, y sobre todo su caridad y amor para con sus compañeros, hicieron que éstos le llamaran el *Justo*, que probablemente, ese no era su nombre propio. La frugalidad era una de sus c alidades que más le distinguían. Las limosnas que en el día le daban, las distribuía entre los demás mendigos.

En aquella época no habían *hoteles*, pero sí hosterias, posadas, *tabernas*, y donde más abundaban éstas, era en el laberinto de la «Es-

tación», compuesto de varias calles, que andando el tiempo las llamaron «Siete vueltas», nombre que aun conservan, aunque algunas están ya cerradas.

En esta red de calles y tabernas, habitaba la gente más *perversa* de aquel tiempo, y allí concurrían todos los *busca y perdona-vidas* desde el de capa y espuela hasta el de poncho y chaqueta.

Entre esas tabernas había una mas decente, donde concurría especialmente la nobleza del país, y para más señas, si alguien quiere averiguarlo, se llamaba «Hostería de la buena fortuna».

En la puerta, pues, de esta taberna, hosteria, o como quiera llamársele, se acurrucaba un mendigo desde las nueve de la noche hasta que salía un caballero, que por lo común, era a las cuatro o cinco de la mañana; y dicho caballero depositaba en la bolsa del mendigo una limosna, cuya cantidad era según la suerte que en la noche había tenido el hidalgo en el juego, o mejor dicho, según su humor. El mendigo distribuía esta limosna íntegra entre sus compañeros, y por ende, fácil es de conocer que el tal mendigo era el llamado *Justo*.

III

Don Francisco Izquierdo, noble criollo, tuvo la desgracia de perder a sus padres, es decir, que se murieron, dejándole una pequeña suma de ochenta mil pesos, poco más o menos, y cuando tenía apenas veinte y cinco años, edad la más a propósito para derrochar ochenta millones no digamos ochenta mil pesitos, y tanto más si el agraciado tiene la noble profesión de no saber ni hacer nada, lo que en este caso constituye otra clase de mendigos.

Si a los ochenta mil de don Fráncisco se añaden las calidades de ser joven, soltero, hermoso, hidalgo y caballeresco como todo español, se acaba el drama, cae el telón.....pero ¡cá! se levanta nuevamente para decir que casi, casi todas las damas potosinas se desesperaban, se derretían, suspiraban y llevaban su nombre pendiente de su saliva.....¡qué mal dicho! de sus labios, sí, señor, de sus labios, y que los papás ora lo alababan u ora la maldecían cuando sabían algunas de sus travesuras, porque de paso diré que el tal don Pancho era travieso; travesuras que difícilmente perdonaban los que aspiraban a ser sus *papás suegros*, que, según me dicen por ahí, es la gente más rencorosa de la humanidad.

Don Pancho, de entre todas las damas que adoraba, prefería a la sin igual belleza Antonia Jacinta María Uzueta Azardain y Belfronte; dama por supuesto principal y bella como la del Toboso, cuya madre remontaba su origen hasta los tiempos del rey visigodo Wamba.

Después de la muerte de sus padres, Izquierdo no tenía más travesuras que las de todo joven, pero un día, o mejor dicho, una noche, uno de sus amigos íntimos lo llevó a la taberna u hostería de la «Segura fortuna», donde empezó a *tirar las muelas de Santa Polonia* (como

dicen los inteligentes en el asunto); es decir, que empezó a jugar con el dado, juego que debe ser muy bonito y divertido, porque el hecho es, que desde esa memorable noche, no faltó más a la «Segura fortuna» el señor Izquierdo y desde entonces anduvo en armonía con su noble e ilustre apellido: se olvidó de sus travesuras amorosas, de sus compromisos y hasta de su bella Antonia Jacinta María Uzueta Azardain y Belfronte.

IV

Sigue el cuento, es decir, don Francisco jugando y el mendigo recibiendo cada noche una limosna de las ganancias del caritativo jugador. La fortuna le protegió a éste en tal estremo, que en menos de treinta días, duplicó su herencia. Estaba satisfecho, contento, y hasta llegó a imaginarse que la hostería se había abierto expresamente para que él asegurara su fortuna. Pero no contaba con su tía, es decir, con lo coqueta, voluble, y variable que es aquella señora, que tan presto nos muestra un rostro radiante de hermosura y con la risa en los labios nos cubre con su manto, como instantáneamente se torna airada, furiosa, precipitándonos de la cumbre de nuestras ilusiones al piélago salado de las desgracias y realidades.

Esto y más que esto le sucedió a don Pancho, como vamos a ver. Una noche, halagado por su amor propio, (y este es más pícaro y ciego que Cupido), condimentado con su vanidad y orgullo y confiado en su «segura fortuna», desafió con despreciativa sonrisa a todos los hidalgos estantes y habitantes de la hostería. Estos, picados por la altanería de Izquierdo, aceptan y.....¡maldita hostería! de segura se volvió insegura para don Pancho, porque perdió en esa nocbe cuarenta mil pesos. En su puesto de parada le quedaba un sólo peso, y uno de los hidalgos le incita a que lo juegue; pero él lo levanta lo guarda en su bolsillo diciendo: «Para mi pobre». Toma su sombrero y siempre altanero sale de la hostería. En la puerta encuentra a *su pobre*, y al darle el peso, le dice: «Es menos que otras noches: la fortuna ha estado contra mí», y siguió su camino.

A la noche siguiente, se repitió la misma escena: Don Pancho perdió y siguió perdiendo varias noches; pero cada noche reservaba el último peso para *su pobre*.

V

Era una noche, la última que debía asistir don Pancho a la Hostería de la «segura fortuna». Estaba bastante oscura y fría. Don Francisco, embozado en su capa, se paseaba en su habitación ricamente amueblada; su agitación era muy visible y extrema.—«Es lo último que me queda, decía, mirando una bolsa llena de plata, que podría contener unos trescientos pesos;—es lo único de toda mi riqueza, y si esta noche lo pierdo.....oh! si lo pierdo.....veremos lo que debo hacer.....

Y efectivamente, esa bolsa era el último resto de su herencia;

Sus muebles, sus vestidos, sus casas, todo lo que poseía, lo había perdido en el juego. El trabajo tal vez de algunos años de sus padres, se había, en unas cuantas noches, evaporado como el humo, como también lo que había adquirido en el juego.

Y a propósito. si se me permitiera echar a perder una estrofa del eminente e inmortal Espronceda, diría con él:

"Hojas del árbol caidas,
Juguetes del viento son",
Las riquezas adquiridas
Del juego por la pasión.

En conclusión, don Pancho se encaminó con su único resto a la hostería, dispuesto a perder su último peso y luego a destaparse los sesos, recurso supremo de los necios; y tal como pensaba sucedió, es decir, que todo lo perdió en esa malhadada noche, y para colmo de desventuras, en su desesperación, se olvidó reservar el consabido peso para *su pobre*.—«Hijo, le dijo a éste, mi suerte es fatal; no me ha quedado ni un solo ochavo; Dios se ha olvidado de mí, y yo, en mi desgracia, me he olvidado de tí. Pero en cambio, toma esto para que te acuerdes de mí». Y diciendo esto rasga un pedazo de su finísima capa y se lo da a *su pobre*—«Dios no se ha olvidado de U., señor, y no se olvidará jamás, respondió el mendigo—«Así sea, murmuró el jugador, y desde este momento empezó a vagar por las calles de la Villa, en compañía de sus tumultuosos pensamientos que en desorden le agitaban.

Una idea le dominaba, la de destaparse los sesos, y para llevarla a cabo, esperaba que amaneciese, oir misa y tal vez confesarse y aun comulgar, porque en aquellos tiempos era costumbre antes de emprender cualquiera obra sea buena o mala, prepararse confesándose y comulgando.

La mañana sorprendió al jugador por las calles de santa Mónica, y viendo este templo abierto, entró en él. Aun estaba algo oscuro; se arrodilló en un altar y se puso a orar y a orar con devoción.

A medida que el día avanzaba, los objetos se distinguían más claramente en la iglesla, y cuando ya estaba llena de luz, dirigió casualmente don Pancho su mirada a la imagen del Señor del Milagro, que hay en dicha iglesia, y miró que la túnica tenía un pedazo de género de otro color. Esto le llamó la atención, y grande fué su asombro cuando descubrió que el pedazo de otro color era nada menos que el que noche antes había rasgado de su capa para dárselo a *su pobre* en cambio de la limosna que se olvidó reservarle.

Figúrense cómo quedaría el pobre hombre con este inexplicable descubrimiento; yo, solamente puedo decirles que este suceso hizo variar a don Pancho su idea de destaparse el cráneo, y que, siguiendo también los usos de aquellos tiempos, se metió de fraile, como hacían todos los que se hastiaban de la vida.

Potosí, agosto 14 de 1892.

Un aguinaldo en el Año 1612

PEDRO B. CALDERÓN

I

Corría el año 1609. Esta memorable Villa estaba en el apogeo de su esplendor y opulencia, que según el pronóstico de algunas brujas, ¡miren que mal intencionadas! no volverá a gozar.

Pero sí era cosa de ver. Las gentes de esa época nadaban en mares de plata. Las mujeres usaban vestidos cubiertos de oro y plata, con rubís, diamantes, esmeraldas y otras piedras de valor; de modo que, cuando se presentaban a la luz del sol, ningún vecino podía verlas cara a cara so pena de quedarse ciego con el brillo de tantos soles.

Los hombres cabalgaban en caballos enjaezados con oro y plata, o iban muellemente recostados en enormes carros del mismo metal, en cuyo fondo habían cerros de plata con vetas de rubís y diamantes y otras lindezas del estilo.

Entonces reinaba la abundancia en esta, ahora pobre, Villa de Potosí, destronada y abatida por tantas calamidades que han pesado sobre ella.

Si se parece a los cuentos de las *mil y una noches* o al país de Jauja, donde basta abrir la boca para que se le entren—no las moscas como ahora sucediera—sino bocaditos de carne de puerco bien condimentados u otros manjares sabrosos; y luego, para ayudar la digestión, chorros en cristalinas copas de vino aromático y esquisito.

Casi de todo esto y aun más se gozaba en esta Villa en esa feliz época. Y no como ahora sucede, que para dar al estómago el alimento necesario, se tiene que ir a la casa de abasto e implorar y pedir como mendigos un poco de papas o alguna otra cosa, de los llamados *repartidores*, que allí campean como señores feudales; y luego salir aporreado y con los vestidos destrozados sin haber obtenido las más veces absolutamente nada.

Pero, qué locura la mía! De 1609 caigo a 1890, que es como caer de la opulencia a la miseria, del cielo a la tierra.

Reinaba la abundancia, repito, en esa época y no se conocía lo que ahora se llama carestía. ¿Y cómo podía haber carestía si mensualmente se internaban a las 212 *canchas de abasto* 30,000 cargas de papas, 160,000 tercios de harina, 200,000 corderos y carneros a 8 rles. cada uno, 4,000 vacas a 8 $ cada una, 12,000 cerdos, 100,000 llamas, 100,000 @ de azúcar, 12,000 zurrones de miel, 150,000 ¶¶ de sebo, cecina, y & &? Y ni siquiera eran borrachos los de la Villa, aunque se bebían 100,000 quintales de aguardiente y otras tantas botijas de vino. Y digan que no había abundancia! Y que no eran de tono!

Y añádase también la abundancia de plata, que el más pobre empleado, un sacristán, por ejemplo, ganaba anualmente la miseria de treinta mil pesos de a 8 reales.

Nadie era pobre, y cuando alguno estaba por serlo, no tenía más que salirse de su casa y andar por esas calles de Dios, seguro de encontrar una linda novia que le ofrecía en dote unos 500,000 o un millón de pesos muy limpios y redondos para soportar la llamada carga del matrimonio.

Pero.....todo tiene su *pero*, y el de esa época, es el reinar también muchos crímenes, y no estar segura la vida de nadie, sea vascongado o criollo, extremeño o portugués. Así, por ejemplo, al andar a las ocho de la noche, y peor más tarde, por esas benditas calles, se le acercaban dos o más embozados y bonitamente le endilgaban al imprudente paseante una o dos puñaladitas, autorizado y suficiente pasaporte para enviar a cualquiera al otro reino.

O si alguien dejaba a su mujer o hijas solas en sus casas, podía al día siguiente de mañanita ir a buscarlas en alguno de los arrabales de la ciudad, seguro de encontrarlas bien apaleadas y sin cabezas.

Tantas cosas se refieren de aquellos tiempos, que uno cuando menos lo piensa, se queda boqui-abierto y se le cae la.....saliva contemplando la opulencia al lado de los crímenes e infamias.

II

En esta Villa, pues, y en una noche del mes de enero del año 1609, en una casa principal, sita en la calle da San Pedro, había mucha animación o lo que es lo mismo, gran fiesta y regocijo general. Toda ella magníficamente iluminada: arcos triunfales con sus troncos de plata maciza y bruñida con oro, rodeaban el patio; de estos arcos colgaban guirnaldas de perlas y diamantes y lámparas de oro y plata con luces vivísimas.

Lacayos circulaban en ordenada confusión con ricos y vistosos vestidos; mozos con bandejas de oro y plata que contenían vasos de los mismos metales con aromáticos licores, que ofrecían a la multitud de gente y curiosos que inundaban el patio.

Pero no era esto lo que más llamaba la atención de los espectadores, sino el salón de recibo, donde parecía que mil soles se habían reunido allí para alumbrarlo. En efecto, era sorprendente la infinidad de bujías que ardían y reflejaban sus rayos en las paredes cubiertas con plata y oro, con variedad exquisita de adornos y figuras simbólicas y retratos de algunos reyes de España, con sus marcos dorados.

En este salón estaba reunida la gente más rica y principal de la Villa. Figúrese cualquiera, ver realizado uno de los cuentos más espléndidos y ricos de los árabes y tendrán alguna idea de la magnificencia de este salón y de los habitantes de él en aquella suntuosa noche, cuyo número de éstos serían de unos ochenta hombres y otras tantas damas.

Entre ellos descollaban, una joven como de 16 años, por su velo y vestido blancos y por estar adornada con más riqueza que todas, y un joven como de 25 años, magníficamente vestido.

Fácil es comprender que en aquella casa y en esa noche, se celebraba una boda, y no era nada menos que el matrimonio de don Eugenio Trufiño, hijo del opulento azoguero Nicolás Trufiño, con la señorita Gregoria Narvaez, hija de don Rafael Narvaez también azoguero, que había dado a su hija en dote la suma de *cuatrocientos mil pesos en oro* y *plata* y 300,000 en piedras de valor.

III

Dos años ya trascurrieron de este matrimonio, y vivían don Eugenio y doña Gregoria como dos palomitas, sin que ninguna nube de tristeza viniera a oscurecer el cielo de sus delicias.

Gregoria era buena, buena de carácter y adornada con nobles y cristianos sentimientos, sabía de consiguiente cumplir, como Jesucristo manda, los deberes sagrados del matrimonio. A la belleza del alma unía la belleza material.

Eugenio era de carácter áspero y frío; pero el genio benigno y bondadoso de su mujer, le hizo amable y bueno. ¡Oh cuantos tesoros encierra una mujer buena!

Eugenio era feliz con su esposa.

IV

Entre los amigos que tenía Eugenio, había uno llamado don Alonso de Leiva, hijo del Licenciado don Andrés de Paz, Juticia mayor de esta Villa.

Orgulloso y envanecido con el empleo que desempeñaba su padre, lo que siempre sucede con los necios, se escudaba de él para ser el más libertino y díscolo de todos los jóvenes de esta Villa.

Sus delitos quedaban sin castigo, sus licenciosos placeres escandalizaban, a pesar de que en aquel tiempo, ninguna iniquidad asombraba.

Este, pues, llegó a enamorarse de la mujer de Eugenio, y la importunó tanto hasta que Gregoria como leal esposa participó a su marido las perversas intenciones del pérfido amigo.

Eugenio reconvino ásperamente a Alonso, y le negó la entrada en su casa.

V

Alonso tramó la perdición de Eugenio, y lo logró del modo más sencillo. Entre doce y una de la noche, en una del mes de mayo, en que el invierno es más crudo y la nevada cae como copos de algodón mecidos por un glacial viento, doce hombres tocan con imperio la casa de Eugenio. Este que dormía tranquilamente en brazos de su adorada mu-

jer, al oir el ruido se levantó y saliendo encontró a sus criados que ya altercaban con los doce hombres que eran soldados, y querían a todo trance ver al momento a don Eugenio; pues decían traer para él una orden urgente del Corregidor.

En este instante apareció Eugenio, y entonces el que hacía de jefe de ellos, adelantándose a él le dijo secamente:

—Venimos de parte del Corregidor con una orden para vos.

VI

En efecto, traían una orden expedida por el Corregidor, en la que mandaba terminantemente se pusiese al instante en marcha bajo la custodia de los doce soldados, a la ciudad de Lima y se presentase allí al Virrey

Nada más; sin explicarse por qué marchaba.

Eugenio protestó, se negó marchar; quiso ver al Corregidor, pero el jefe de los soldados se opuso alegando tener órdenes secretas y terminantes, y que si se negaba marchar tendría el sentimiento de conducirlo atado en el acto. Eugenio cedió al número y marchó.

VII

Quedó sola Gregoria abandonada a sí misma. Pasó un mes y Alonso empezó a manifestar sus pretensiones. Obtuvo por una astucia entrar en la casa de Gregoria; pero ésta le rechazó duramente.

Alonso, no por eso desmayó. Aumentó sus ataques con más energía. Así en esta lucha pasaron seis meses, y no había noticia de Eugenio, ni carta de él.

VIII

Qué le sucedió? Llegó a Lima y fué enviado por el Virrey a una peligrosa expedición. Al partir a ella escribió a su esposa dándole noticia de todos los percances de su viaje, y anunciábale su partida en la expedición. Gregoria no recibió estas cartas porque Alonso las interceptó y las quemó. Al fin, después de once meses, recibió Gregoria una carta, pero, oh dolor! no era de su esposo sino de un amigo de él, que le participaba la muerte de Eugenio.

IX

Viuda y huérfana, sin ningún apoyo, llegó a mirar con menos indiferencia a Alonso, y hasta creyó que éste verdaderamente la amaba, porque astuto en extremo, Alonso fingió y la hizo consentir que la amaba, y finalmente no resistió a sus seducciones, olvidó la memoria de su finado esposo, violó sus juramentos y confiada en la pérfida palabra de matrimonio que Alonso le había dado, fué infiel.

X

Pasaron meses sin que Alonso cumpliera su palabra ni manifestara deseos de cumplirla. Gregoria fué madre. No pasaron quince días de este suceso, cuando ésta recibió una carta llena de dulces reconvenciones, rebosando en tiernas palabras de amor. Esta carta era de Eugenio. El esposo se levantaba de la tumba para vengar la traición. ¿Qué recurso quedaba a la esposa infiel y al pérfido amigo?.....Ocultaron al niño y esperaron impasibles y tranquilos a Eugenio.

XI

Bien ha dicho alguien, que la sociedad es una serpiente de cien cabezas, que unas a otras se muerden y se escupen su baba venenosa, y cuando llegan a emponzoñar a una, las demás silvan con satánico placer.

La sociedad, pues, se encargó de envenenar el corazón de Eugenio aun antes de su llegada a esta Villa, porque éste recibió una carta anónima en la que le daban los mas minuciosos detalles sobre la vida de su mujer, y es por demás decir, que estos estaban aumentados con profusión. Veinte días después, Gregoria recibió otra carta de su esposo, mucho más amable y cariñosa que la anterior.

XII

Llegó Eugenio. Todos esperaban ver alguna escena trágica y terrible en casa de Trufiño; pero las esperanzas fueron frustradas porque desde el momento que el esposo vió a su esposa, la trató con mas cariño, manifestándole un amor desmedido, y para mayor asombro de los que esperaban alguna tragedia, Eugenio se reconcilió con Alonso, le trató con entera confianza y se hicieron amigos, inseparables como nunca lo habían sido.

XIII

Se aproximaba la fiesta de la Natividad de N. S. Jesucristo, Eugenio anunció a su mujer que para ese día le preparaba un aguinaldo hermoso, que por lo raro del objeto sería de mucho precio.

Hiciéronse los preparativos para un banquete espléndido y lujoso, al que debía concurrir toda la gente de buen tono de la Villa.

En toda ella, la única conversación era del banquete monstruo, que cada cual comentaba a su modo, y no faltaba quien apellidara a Eugenio de marido *bobo*, y otros epítetos.

Llegó por fin el tan deseado día.

XIV

A las tres de la tarde del 25 de diciembre de 1612 estaba reunida en la casa de Trufiño la gente más selecta de la Villa, desde el Corre-

gidor y Justicia mayor, hasta el menos rico azoguero: el lujo, la riqueza, la variedad de manjares campeaban allí con gusto esquisito y refinado.

Faltaba aun un convidado y era este Alonso de Leiva. Todos notaban su tardanza; pero pronto se olvidó de él y en medio del calor y de la animación del banquete, que progresivamente iba aumentando, vino a reinar la más franca alegría, la más completa cordialidad entre todos los convidados, jóvenes y ancianos.

XV

Terminaron el postre, y Eugenio se levanta de su asiento y con una copa en la mano brinda, en primer lugar, por la salud de todos los convidados, después con elocuentes palabras, encomia las virtudes de su esposa, insiste en alabar su fidelidad en el matrimonio, y considerándose el más feliz de los hombres, concluye con estas palabras:

—Sí, señores, dice, agitado por una imperceptible convulsión; me considero el más feliz, y para que seais testigos de mi felicidad, me he atrevido a invitaros en este día, en que deseo, en presencia vuestra, entregar a mi amable esposa un aguinaldo que he preparado para recompensarla de su nunca desmentida fidelidad.

Y dirigiéndose a un criado negro, que cual estátua estaba en la puerta, le hizo una seña.

Este desapareció, y tres minutos después volvió conduciendo una fuente de plata cubierta con un blanquísimo mantel.

Tomando la fuente, Eugenio avivó la curiosidad de los espectadores, teniéndola algunos minutos sin descubrir el contenido.

—Aquí está el aguinaldo, decía con temblorosos labios, ¡aquí está el presente que el esposo hace a su fiel esposa.....Y dirigiéndose a Gregoria, la dice: Recibidla, adorada esposa!

Esta toma la fuente, levanta el mantel, y el aguinaldo era.....era las cabezas unidas por los labios aun calientes y destilando sangre de Alonso de Leiva y del hijo de Gregoria que no tenía ochenta días de edad!.....

XVI

Imposible es querer pintar la sorpresa, el espanto, el horror que causó en los circunstantes este descubrimiento.

Solo se oyó un grito indefinible, espantoso, al que le sucedió un silencio de muerte, que duró poco, y cuando volvieron en sí de esta emoción, Eugenio ya no estaba en el salón y talvez ni en la ciudad, y no se volvió a saber de él hasta después de dos años en que se tuvo noticia de que apareció en España volviéndose a perder para siempre.

Gregoria se retiró a uno de los monasterios de Chuquisaca donde murió. (1) Potosí, enero 19 de 1890.

(1)—Sobre este mismo argumento ha escrito un drama en verso el autor.

Año de nieves, año de bienes

PEDRO B. CALDERÓN

I

Suele decirse, y no con poco fundamento, que los proverbios encierran, en el fondo de sus bolsillos, verdades de a puño; por ejemplo, allá va uno muy gordo que nadie dudará de él.

«Cuando riñen los compadres
Se dicen grandes verdades».

¿Quién, si alguna vez no ha topado con las narices de su compadre, no se ha hecho decir ciertas cosillas que no se las dijo su suegra misma? Pues, yo tenia un compadre, y digo tenía, porque ahora ya no existe, gran partidario mio, excelente amigo, que me amaba con todos sus pulmones habidos y por haber, y, finalmente, tales pruebas me daba de su entrañable cariño que, para recompensarle, pensaba yo enterrarme con él; pero es tal la *evolución* humana, que llegó un día pícaro, día fatal, señalado por mí con piedra negra, día, en fin, en que de una casi inofensiva palabra, nos fuimos hasta casi también desentriparnos. Y el hecho fué que yo le dije a mi susodicho compadre, que era él el hombre más gallardo y hermoso que pisó la tierra desde el goloso Adan.

Pero, dejo al compadre temeroso de que se levante de su sombría tumba a querer armar nuevamente camorra conmigo; y dejándolo en paz, paso a otra cosa.

Desde que era chiquitín y empezaba a usar de mi razón, oía con frecuencia decir: «año de nieves, año de bienes» y me hacía cosquillas el tal proverbio y me propuse devanarme la mollera por descifrarlo, y, «tanto va el cántaro al agua, hasta que se rompe», y tanto hice yo hasta que hallé el origen del proverbio, que, sin añadidura ninguna, es como sigue.

II

Contaba esta Villa «ínclita, augusta, magnánima, noble, rica, orbe abreviado, honor y gloria de la América», etc. y etc; digo pues que contaba doce inviernos, y los llamo inviernos porque según refieren las Crónicas, la opulenta Villa no ha tenido en su infancia primaveras, veranos, ni cosa que se valga. El año redondo era de frío y cualquier vecino estaba espuesto a quedarse tieso como una viga si tenía la ocurrencia de salir de su casa sin llevar una carga de abrigo.

Las mujeres que querían gozar de las caricias de sus retoños, tenían que abandonar la ciudad y retirarse al valle de Mataca o a algún otro, hasta que sus criollitos estén desarrollados y fuertes para resistir la perenne intemperie.

Y esta costumbre duró hasta que una buena madre tuvo la ingeniosa idea, que la hizo práctica, de poner a su nene bajo la protección de San Nicolás, el Tolentino; y el santo hizo su milagro, el niño vivió: y, desde entonces, todas las madres, imitando a la primera, dedicaban sus hijos al santo y los llamaban *Nicolases o Nicolasas*, y el bendito santo les correspondía multiplicando sus milagros por diestra y siniestra, de tal modo que, todos casi se llamaban Nicolases o Nicolasas. Y sin duda, esta uniformidad de nombres, hizo exclamar a un andaluz: «Voto compaire, esta tierra debe llamarse Viya de San Nicolá».....Punto redondo y empiezo el cuento.

III

Tenía doce años, como ya he dicho, la ínclita Villa, lo que quiere decir que aun no había salido de la infancia, pero esto no se opone a que hubiera tenido un desarrollo precoz y de hecho hubiera entrado en la vida mundanal, como vamos a ver.

Era el de 14 del mes de agosto de 1557. En una casa, que hoy ni sus cimientos existen, situada cerca del templo de San Pablo, se celebraba el nacimiento de un criollito, que ya se puede adivinar, fué bautizado con el nombre de Nicolás, y le pusieron el apellido de Cepeda y Chamorro, porque era hijo nada menos que del Capitán don Andrés de Cepeda y Chamorro y de doña María de Padilla y Altamirano.

Puédese figurar que, hijo de tan ilustres padres, el festejo de su nacimiento debía ser espléndido y adecuado a los usos y costumbres de aquella feliz infancia de la Villa, que, como toda infancia, sería seductora.

El susodicho Nicolasito dormía en su mullida cuna, mientras que sus padres, parientes y amigos, festejaban su advenimiento a este valle de lágrimas, con sendos tragos de aromáticos licores, en vasijas de plata y oro, y cuando se hallaban en el instante más solemne de la algazara, llegan a sus báquicos oidos ruidos sordos, voces desesperadas, lamentos, ayes, clamores, etc. Confusos y en tropel salen, criollos y criollas, ancianos y ancianas, al patio, a la calle a inquirir la causa de tan tremendo alboroto, que venía a interrumpir su inocente regocijo, y se encontraron con un diluvio de nevada que caía sobre la infantil Villa aplastando sus aun mal construidas casuchas, y vieron que el ruido provenía de los socorros que pedían los que morían bajo el peso del derrumbamiento.

Duró este diluvio de nevada en miniatura, once días, elevándose hasta la altura de una vara y media, pereciendo en consecuencia, multitud de gente, especialmente de indios, que, como aun vemos hoy, es la clase que siempre lleva la peor parte.

Vinieron, por añadidura y para colmo de males, después de la nevada una peste horrorosa y una carestía terrible, en la que llegó a valer la onza de pan dos reales.

IV

«No hay mal que por bien no venga», dice otro refrán de mi tatarabuelo, y efectivamente, el que causaron a la naciente Villa la nevada, la peste y carestía, le produjo un bien y fué el ardor que les metió a sus habitantes por el trababajo; que no fué inútil, porque a los diez días de sus constantes desvelos, descubrieron pingües tesoros, que dieron fama, nobleza, honra y otras lindezas a la Imperial Villa.

Estos tesoros fueron: en primer lugar las vetas del Estaño y la del Corpus Cristi; vetas tan ricas que de cada 100 quintales de metal se sacaba 90 qq. de plata.

En seguida se descubrieron otras, y ya no era estraño que cualquier vecino que se echaba a andar por el bendito Cerro, no volviese a su casa a dar un alegrón a su cara mitad, con la noticia de pue una rica veta se le ha metido por sus narices.

Después de este diluvio de nevada hubo otros en los siguientes años, aun que no con tanta fuerza, y cada vez que caía una nevada se descubrían nuevas vetas, de suerte que el año que había nevada había plata.

He ahí, pues, el origen de «año de nieves, año de bienes» tal como he podido averiguar.

Y termino suplicando al cielo nos endilgue una nevadita como en aquellos tiempos, no para que nos conjele y aplaste, sino para que después de la nevada venga la plata.

Potosí, mayo 12 de 1891.

PEDRO B. CALDERÓN

EL TRAJE DE SEDA

I

¡Un traje de seda!. ....Vaya un objeto que se me entra en la imaginación como Juan en su casa! ¿Qué puede decirse de él? Nada y mucho. Vamos a verlo.

Tengo un amigo semi poeta, semi llorón, semi filósofo, semi hombre. Encontrele una tarde taciturno y sombrío. Contemplaba un trapajo de seda que tenía en la mano y al parecer hacía amargas deducciones, según el gesto compungido que contraía su rostro.

—Chico, le dije, poniéndole la mano en el hombro: ¿se te ha muerto tu suegra cuando estás tan triste?

—Ojalá mil diablos cargarán con ella, me respondió: lo que me hace estar triste es este pedazo de un traje de seda.

—Hombre! repuse, que demás puede tener un traje de seda? o tal vez ese retazo contiene algún talismán?

—Se conoce, amigo, me dijo él, que tienes los cascos en el bolsillo, lo que te impide seas algo sensato y contemplativo. Sabe, pues, continuó poniéndose serio, que este pedazo me trae a la mente infinidad de consideraciones tristes y lastimosas. Cuando lo veo, pienso que él ha sido parte de un lujoso y vistoso traje que se ostentaba en los aristocráticos salones; pienso que detrás de él se ocultaban ¡quién sabe! cuantas lágrimas, cuantas privaciones, cuantos dolores. Pienso también, que quizá él ha sido la causa de la ruina de algún complaciente marido, o talvez la deshonra de alguna vanidosa niña; y, en que, pienso.....porque todo se puede pensar, que también ha sido testigo de la infidelidad de alguna liviana mujer.....

—Calla! le dije interrumpiéndole, que algo de cierto pueden tener tus pensamientos.

—Y mucho, repuso mi amigo.

Despedíme de él, y sus palabras o mejor dicho, sus pensamientos trajéronme a la memoria una historieta que me refirió un ayo mío, en aquella época en que yo era un nene perillán para atraparle sus dulces, porque de paso diré, que el tal vejestorio, archivo de chismes y antigüedades, era golosillo, y por milagro de la beatísima santa Tecla buñolera, no se me impregnaron sus gustillos.

Entro en materia (estilo parlamentario); pero antes digo, con el eminente e inmortal Zorrilla:

«Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira o verdad es».

II

Era Matilde una niña de quince a diez y ocho abriles; rubia, de mediana estatura, de bellas y agradables formas, que un día mirándola de reojo, exclamó un fraile: «bendita la santa abstinencia, que de contrario, venciera la tentación». Sus grandes ojos, abrigados por unos párpados dormilones, de donde salían unas pestañas largas y sedosas, se llevaban en pos de sí montones de almibarados jovenzuelos, que la pícara costumbre ha dado en nombrarlos en unos países pepes, moscones, zánganos; planchadores en otros; más yo no se cual denominación les cuadra mejor.

Pero, finalizando la *anatomía* de la belleza de Matilde, diré que era acabada hasta llegar a ser proverbial, y de consiguiente, peligrosa, porque de todos los polluelos hacía estúpidos, porque todos se enamoraban de ella *sin ton ni son*, y quien se enamora de ese modo, se hace estúpido y casi imbécil.

Sus cualidades morales no corrían parejas con sus físicas: era vanidosa, orgullosa y superficial; y esto provenía de que sus padres, que eran medianamente acomodados, se descuidaban de su educación por el excesivo cariño que la tenían; ya se ve: era hija única; y ella abusando de la criminal condescendencia de sus padres, se educó mal, a su manera, es decir, según sus inclinaciones.

He dicho mal; se educó bien, según las aristocráticas costumbres del país. Salía de la cama muy tempranito, a las once de la mañana: a las doce almorzaba, a la una entraba al tocador, a las dos se sentaba al piano hasta las tres y desde esta hora hasta las seis se la veía en su balcón ostentando su bella figura. Esta era su ocupación diaria, con algunas modificaciones en los grandes días de fiesta y de galas y de saraos.

Y qué más? Aquí está lo gordo. Jamás usaba trajes no siendo de seda y estos cuando más adornaban su cuerpecito por dos veces, porque según ella, era plebeyo, nada decente, hasta incivil presentarse en público tres veces con el mismo traje, y los benditos padres, por no disgustar a su idolatrada Matildita y darla un trago amargo, aunque ellos se tragaban muchos con frecuencia y muy turbios, la daban gusto en todo.

Las cuentas de la casa se hicieron enormes y las entradas pequeñas, de modo qne, día a día, iba disminuyendo la fortuna de sus padres, porque no sólo se gastaba en trajes, sino se empleaban también grandes sumas en guantes, adornos, diamantes, perlas, perfumes y otras patrañas propias de las mujeres.

Olvidábame añadir, que otra de las cualidades de Matilde, era encolerizarse y aborrecer a las personas que tenían algún traje o algún chisme que ella no poseía; no recuerdo el nombre de esta excelente virtud. Y ésta descollaba, especialmente, cuando alguna amiga suya se casaba. ¡Santo Dios! Qué de apodos, qué lluvia de dicterios endilgaba sobre los infelices que caían en la desgracia de unirse con el sagrado vínculo del matrimonio!.....Ya se ve, esa era la costumbre del país, estaba a la moda, y ésta es muy exigente, en el cobro de su tributo.

III

Días van, días vienen, y Matildita se hacía más incorrejible; digo mal, se perfeccionaba en sus inclinaciones y adquiría más imperio y dominio en sus bonachones padres, de quienes era ya un intransigente tiranuelo.

Sucedió, pues, que un día su madre, queriendo reflexionarla y darla consejos, entre otras cosas, le dijo: *Hijita*, es preciso que ya te entre el juicio, que tengas prudencia, que disminuyas tus gastos, que si siguen siendo enormes, como hasta hoy, acabarán por arruinarnos y arrastrarnos a la miseria; esto dijo la pobre mujer con lágrimas en la punta de las pestañas.

Pero.....aquí ardió Troya; hubo una de san Bartelemí de suspiros, sollozos, gritos por parte de Matilde, que para calmar la terrible catástrofe, fué preciso obsequiarla un aderezo de brillantes, tres trajes, de seda por supuesto, y otras zarandajas, que costaron la miseria de 999 Bs. 99 cts.

A propósito de esta escena, un día dijo a su madre estas palabras: «Injustamente me reprendes, *mamita*, de mis gastos, pues acabo de leer unas máximas hermosas de un santo y nada menos de san Pablo tu devoto, que dice: «Conviene que las mujeres se vistan de un modo decente y que sus mejores adornos sean el pudor y la humildad». Claro es, continuó, que la mejor decencia es un traje de seda bien adornado».

¡Miren si no sería inteligente y sensata la niña! Y cumpliendo esta máxima a su modo, duplicó los gastos de sus arreos y se presentó desde aquel día más enjaezada y llena de brillantes, como quien dice al público: tanto valgo; ¿hay alguien que me compre? ¡Pobre san Pablo, si se imaginaría que debía llegar un día en que su máxima fuera tan perjudicial!

IV

Como era niña de buen tono, la amaban todos estúpidamente, como ya hemos dicho; pero entre sus adoradores, había uno que más religiosamente pasaba «las noches de claro en claro y los días de turbio

en turbio», en éstos, taciturno y suspirando y en aquellas, en las rejas mudas de su ventana, cantando lacrimosas endechas, acompañadas con roncos gemidos, semejantes a los graznidos de un buho.

Este tal, el enamorado no el buho, aunque para el caso me parece lo mismo, era un joven dependiente de comercio.

Llegó un día a encontrar con su adorado hechizo y temblando de cabeza a los pies, le contó sus cuitas, sus amores, y en melífluas y entrecortadas frases, le dijo que deseaba ser su esposo—Le acepto, contestó la niña, siempre que tenga U. una renta anual de unos 20,000 Bs. por lo menos.

Un rayo caido a los pies, no habría hecho el efecto que estas palabras en el joven. Fueron suficiente remedio para curarlo de su locura. Retiróse, pues, exclamando amargamente: ¡Cuánto vale un traje de seda!

Pocos días después murió el padre y no tardó mucho tiempo en seguirle su esposa, pues tanto se querían que habían hecho juramento de no separarse ni con la muerte; y en efecto, como eran tan fieles, leales y religiosos, al pie de la letra cumplieron su juramento.

Espiró la madre dirigiendo estas palabras a su hija, que las escuchó como quien oye llover: «*Hijita*, de mi alma, poco dinero te dejo, se prudente, reflexiona en el porvenir, te quedas sin apoyo, huérfana, etc. etc.», y se murió la infeliz mujer, y su hija lloró con un ojo y con el otro veía los elegantes trajes de seda de las damas que acompañaronla en el duelo de su madre.

V

Pasaron dos años. En una pobre vivienda, desmantelada, antihigiénica por estrecha, el suelo deshecho, las paredes mugrientas; digo, pues, en esa triste vivienda se encuentra una pobre mujer, en cuyo rostro, avejentado prematuramente, pero aun con señales de haber sido hermoso, se notan las huellas de un acerbo dolor, de cruel sufrimiento como también de un tardío arrepentimiento. Se ocupa de una costura, y observando un poco, se nota que ella no entiende a la costura ni ésta a ella.

A su lado está una vieja, de esas que pierden más jóvenes que el diablo, de esas asquerosas harpías, primas de Luzbel, para quienes sería bueno una inquisición. Esta vieja.....para qué describir más esta desesperante escena?.....Basta con decir que era Matilde, la joven de la vivienda, la que pobre, sin recursos por haber terminado en el lujo su poco patrimonio, se encontraba en ese estado de degradación y de miseria.

Una tarde, un diminuto acompañamiento de algunas personas caritativas, conducía, al cementerio general del hospital, un cadáver, cubierto con un tosco y pobre sayal.

En una de las esquinas del tránsito, la comitiva encontróse con un joven, que por casualidad dirigió la vista al férretro y retrocedió como herido por un agudo puñal, exclamando: Matilde.....Era el joven dependiente de comercio cruelmente desairado por aquella.

Después de haber calmado su sorpresa, siguió su camino, exclamando dolorosamente:

«¡Cuánto cuesta un traje de seda!»

Potosí, julio 24 de 1891.

PEDRO B. CALDERÓN

FENOMENOS DE LA CONCIENCIA

DE CÓMO UN NEGRO PIERDE LA CHABETA

I

El templo de San Pablo, en esta ciudad, era un suntuoso y hermosísimo templo, al que concurría la gente más noble y acaudalada, luciendo a porfía un lujo estremado.

Las bellas criollas, cubiertas con sus pequeñas mantillas de seda, bordadas con oro y piedras preciosas; sus polleras cortas y anchas, dejando ver las zapatillas con hebillas de oro y botones de diamantes, deslumbraban con su riqueza.

Los criollos descollaban igualmente, ostentando una riqueza incomparable.

Por aquel año, 1604, era cura de dicho templo don Andrés de Alcova, sacerdote austero y virtuoso, modelo de piedad, y que el único defecto que tenía era ser bastante avaro y codicioso.

Jamás se conoció en su casa cocinera, ni sobrina, ni *ama de llaves*, ni ningún animal que se pareciera a mujer, exceptuando dos mulas que le servían para ir a algún lugar distante cuando le llamaban a confesión.

El único ser que habitaba con el cura era un negro de nombre Marcelo; en quien depositaba el cura toda su confianza; todas sus penas y placeres; sus deseos y esperanzas, aunque estas empezaban a agotarse por que parecía que al cura se le agotaba ya la vida, pues tenía cerca setenta años, pero el negro sólo contaba cuarenta y cinco.

El cura era rico, muy rico, y aparentaba ser pobre hasta el estremo de que se le tenía compasión y varias personas le enviaban regalos, en la creencia que hacían una obra de caridad.

El único que conocía la verdadera riqueza del cura era el negro Marcelo.

Una noche, después de haber servido a su amo el consabido chocolate, se quedó delante de la cama del cura. Estuvo largo tiempo observando el demacrado semblante y notó que, desde algunos días antes, había cambiado mucho y que parecía que la muerte se apoderaba de su amo.

Con esta idea se retiró a dormir, y no pudo conciliar el sueño, por que otro pensamiento, para él más grave, vino a perturbarlo. Y este era, que, muerto su amo, todas sus riquezas irían a parar a las autoridades que le arrojarían a él a la calle. Pero, para evitar este contraste urdió un plan, que consistía en dar muerte al cura en la primera ocasión; cargar toda la plata posible en una de las mulas y en la otra marcharse.

Satisfecho con su plan buscaba el momento oportuno para realizarlo. Y este momento llegó pronto.

Tres noches después, el cura se halló bastante indispuesto, y ordenó al negro que le preparara un medicamento. Este fué a cumplir la orden; pero en vez de hacer el medicamento, se dedicó a afilar con mucho entusiasmo un cuchillo toledano, operación en la que empleó como dos horas. Cuando volvió al dormitorio del cura, éste dormía con ese sueño fatigoso del que sufre alguna enfermedad.

Paróse delante de la cama a contemplarlo, teniendo el cuchillo oculto en su pecho, sujetándolo del mango con su diestra.

Aquella contemplación duró como tres minutos, durante los que, los ojos del negro Marcelo despedían una sinientra luz, semejante a la que alcanzara el génio del mal cuando arrojaba al hombre al abismo de las miserias.

Después, silenciosamente se acercó al lecho y con mucha suavidad levantó la barba del anciano cura.....Un minuto después tenía suspendida con su siniestra la cabeza del sacerdote destilando sangre y en su diestra el cuchillo homicida.....El ministro del Evangelio no tuvo tiempo para exhalar ni un gemido.....

Inmediatamente después, reunió todas las alhajas, piedras preciosas, objetos de plata y oro, y lo de más valor que pudo, y haciendo dos pesados bultos formó una carga que colocó en una mula, después de cabalgarse en la otra se puso en marcha a las doce de la noche.

Caminaba a todo galope, como una furia, sin detenerse un instante. Saltaba sobre las piedras que encontraba en el camino; atravesaba los montes como un relámpago; chocaba con los árboles, pero nada, nada le detenía en su vertiginosa carrera; cuando derrepente siente un estremecimiento en todo su cuerpo, vacila y súbitamente se detiene en su veloz carrera, y escucha.....qué escucha? el sonido de las campanas del templo de San Pablo que llaman a misa, como de costumbre a las cinco de la mañana. Y luego, oye los golpes recios que por orden del cura da cada mañana el sacristán en la puerta de la casa, que está contigua al templo. Todo esto escucha, y cree soñar, y no obstante, el so-

nido de las campanas es más recio, los llamamientos a la puerta más continuados.....Se restrega los ojos.....los abre.....y oh desgraciado! mira y se encuentra en el patio de la casa del cura rodeado del sacristan y otros individuos que han forzado la puerta, y que absortos lo contemplan en aquel estado, manchado de sangre.

Sospechando algún crimen, el sacristán y los que lo acompañan lo ataron y lo enviaron ante el Justicia Mayor.

El negro Marcelo, en su desesperación por huir, se olvidó abrir la puerta principal, y en su delirio creyó galopar en un espacioso camino cuando solo daba vueltas al rededor de la casa del cura. ¡Fenómeno de la conciencia!

Dos días después, la cabeza del negro Marcelo se hallaba en la plaza a la espectación pública, y su cuerpo fué quemado.

II

De cómo el amigo mas íntimo puede ser el más perverso

Trasladémonos, con la imaginación por supuesto, a principios de nuestro siglo, que a boca llena, lo llamamos de la civilización y el progreso, y creemos en ello, como un discípulo de Mahoma en un versículo de El Córan:

Sea, por ejemplo, el año 182.....pero, para el caso no importa la cita del año, y basta decir, que estamos a principios del siglo, y en el quinto lustro, poco más o menos.

Es el caso que por esos benditos años, vivía en esta ciudad, un joven matrimonio. No indicaré la casa y calle donde residía, porque creo conveniente omitir, como tampoco llamaré por sus propios nombres a los que formaban esta feliz pareja.

Pero, para la claridad de este episodio, al hombre le pondré el nombre de Bustos y a la mujer el de Santusa; y hecho este bautizo a mi modo y manera, con perdón de los prelados y cánones de la Iglesia, empiezo mi cuento.

Hacía pocos meses que la susodicha pareja se había unido indisoluble y eternamente con el sagrado vínculo del matrimonio, y según díceres de las comadres del barrio, que a veces suelen ser verídicas, los esposos eran felices.

Y tenían razón: él, joven simpático, medianamente rico, laborioso, educado en las costumbres severas de esos tiempos, instruido en el Catecismo, que lo relataba desde el «Todo fiel» hasta la última llana en que dice «Amen», sin equivocarse en un punto ni en una coma; ella, oh, ella era la criollita más hermosa que haya visto Potosí, es decir, en esos años, que en estos ya es otra cosa, en éstos son muy lindas, tan lindas que involuntariamente, cuando las veo recuerdo aquello de «Ese blanco y carmin de doña Elvira», etc.....Digo y concluyo, que Santusa era un almacén de atractivos.

Por supuesto, con tantas y tan buenas cualidades, Bustos y Santusa eran dichosos, y tanto más si se añade que esta dicha no era perturbada por suegros ni cuñados, (que diz es gente maligna).

Tenían pocas relaciones, y el único que asíduamente visitaba la casa, era un antiguo amigo de Bustos, amigo desde la niñez, a quien llamaremos Apolonio Cuervo.

Era tan estrecha la amistad de Bustos con este joven, que no había secreto entre ellos, ni pesar de que ambos no trataran de cosnsolare, ni goces que los dos no disfrutaran. Entre ellos no existía aquello de «tuyo y mío».

De consiguiente, cuando Bustos se casó, esta amistad no varió, y Apolonio siguió siendo el amigo predilecto de los dichosos cónyuges. Así pasaron algunos meses; pero el diablo, que es un truhan de siete suelas, se metió por las orejas de Apolonio, y le hizo consentir, con buenas y elocuentes razones, que la existencia del «tuyo y mío» entre amigos que bien se quieren, se podía estender y comprender hasta a la mujer del amigo; y .....Apolonio se convenció. Ardió en desesperante pasión, y aguijoneado por apremiantes deseos, empezó el ataque a paso de vencedor. Al principio halló enérgica resistencia por parte de su dulce enemiga; pero también dizque el diablo le ayudó, y al fin, la fortaleza sucumbió.....

Hacía días que gozaban de este amor criminal inpunemente. No obstante Bustos empezó a sospechar algo. Claro está; por más estúpido que sea un marido, llega al fin a olfatear la ensalada que le prepara su mujer, y allí de san Quintín, salvo el caso, y frecuente, que olfatee después de tragar el anzuelo, como en el presente.

Como decía, sospechó el marido Bustos que su mujer Santusa le jugaba a la gallina ciega; pero, según él, era imposible, ni dudar de la fidelidad y lealtad de su amigo, ni de la virtud de su mujer.

Para descubrir y cerciorarse de sí existía el pastel, fingió un viaje largo. Y en efecto, después de hechos los preparativos, salió una mañana de Potosí, caballero en un mulo, y tomó el camino de Tupiza.

¡Oh qué gozo el de Santusa y el del otro cuando se vieron libres del palurdo Bustos, cuyo único delito era ser esposo de la primera y bondadoso amigo del segundo.

No es menester decir, que se entregaron a las fruiciones de su amor, sin restricción ninguna. Pero no contaban con su tía.

Era la segunda noche de la ausencia de Bustos, cuando a eso de las tres de la mañana, estando Apolonio y Santusa en lo más delicioso del sueño, soñando con flores y Cupidos, oyen tocar la puerta de la tienda, que me olvidé decir que en una tienda vivían, con un golpe especial, que sólo Bustos llamaba de esa manera. Despiertan alarmados; los golpes se repiten, y Santusa conociendo que no podía ser otro que su marido el que llamaba, trató de suicidarse porque no había manera de huir para libertarse del justo furor del marido ofendido.

Apolonio, sugerido por el demonio, busca un palo grueso que servía para asegurar la puerta, se coloca dotrás de ésta y ordena a Santusa abrirla. Abrese la puerta, entra Bustos dando voces, e interrogando, y por toda contestación recibe sendos golpes en la cabeza que lo dejan sin aliento, y así estará hasta la consumación de los siglos.

Son las once de la noche siguiente; noche algo oscura, pero tan silenciosa y tranquila, que se podía oir hasta el ruido que hace una mosca al volar. Nadie transita en la población; todos duermen. De repente se oye el chirrido de una puerta de tienda que se abre; sale sigilosamente un bulto, después otro. Son un hombre y una mujer, arrastrando un objeto enorme. Son Apolonio y Santusa que llevan el cadáver de Bustos a enterrar en el campo.

Andan algunos pasos, vacilan y se detienen; vuelven, se precipitan en la tienda y cierran la puerta.

Pasados algunos instantes, vuelven a salir, caminan un poco y, otra vez corren a encerrarse en la tienda arrastrando consigo el cadáver. Repiten esta operación por muchas veces hasta que los sorprende el día; es decir, salen, andan un poco y vuelven a esconderse en la tienda.

A la noche siguiente y a la misma hora, repiten la tarea de la noche anterior, pero sin adelantar un paso. Dos noches más repitieron sus afanes, y siempre con el mismo resultado. No podían alejarse diez pasos de la tienda. Y el cadáver entraba ya en putrefacción.

¿Pero, qué les impedía seguir en su camino? Una cosa estraña. Apenas salían de la casa, cuando sentían venir hacia ellos multitud de gente; o ya se aproximaba la patrulla, o jinetes a galope, o algunos ebrios en gran algazara. U oían voces cercanas, gritos, aullidos desesperantes, clamores sin fin: eso les sucedía en cada salida que hacían, y temerosos de ser encontrados, se volvían precipitadamente a ocultarse en la tienda. Y sin embargo, no había el menor ruido, nadie transitaba y la noche seguía su curso impasible, silenciosa y tranquila; y no obstante, ellos oían, sentían y veían tantas cosas ilusorias.....¡Fenómeno de la conciencia!

Al caer la tarde del quinto día de esta situación angustiosa, en un rincón del patio de la casa, estaban ambos, Cuervo y Santusa, con un cuchillo en la mano, reduciendo el cadáver de Bustos a pedazos, y arrojándolos a un pozo. Agitados y apresurados en esta operación, no notaban que del techo de la casa, con infantil curiosidad, les observaba un muchacho que había subido allí en busca de su pelota.

Arrojado el último pedazo del cadáver, Apolonio se salió y Santusa se quedó lavando el suelo, para hacer desaparecer el último resto.

El muchacho contó, en primer lugar, lo que había visto a los otros muchachos que jugaban con él, lo que equivalía a contar a toda la ciudad. En un instante llegó la noticia a todos los habitantes, que en casa de Bustos se despedazaba un cadáver.

Acudió la policía, sorprendió a Santusa lavando aun el suelo; registró la casa y halló en el pozo lo que buscaba.

Santusa fué conducida a la carcel, donde murió, después de algún tiempo, loca.

Apolonio Cuervo huyó a la Argentina, donde vivió pobre y miserablemente.

Años después, bajo el gobierno de Melgarejo, *dizque* se veía por estas calles un anciano ciego, conducido por un perrillo, sin hogar conocido; su capa y demás vestidos raidos y mugrientos; un triste anciano envuelto en harapos, e implorando y viviendo de la caridad pública, repitiendo ya, maquinalmente, aquellas tristes palabras:

—Uno bendita caridad, por el amor de Dios!

Ese anciano *dizque* era Apolonio Cuervo.

Potosí, septiembre de 1893.

LA DISCORDIA DE LOS BONETES

PEDRO B. CALDERÓN

I

El año 1708 era el 2.° del gobierno del XXIV Virrey del Perú, don Manuel Olmus de Santa Paw Olim de Sentmanat y Lanuza, Marqués de Castell-dos-Rios, y que, aunque pequeño, se nombraba Grande de España.

Y en esta, por entonces, rica Villa, se hallaba papando el XXV Corregimiento, el General don Tomás Chacón de Medina y Salazar, del hábito de Calatrava: basta con eso para entender que era un *campanudo* señor y por ende, déspota y orgulloso.

Llega el 25 de marzo del yá nombrado año, y con él la faustísima noticia del nacimiento de *un* Luis 1.° de España, con el aditamento de la orden para la celebración de fiestas reales.

¡Qué de movimientos, qué de agitaciones, qué de preparativos se despliegan de un ámbito a otro de la opulenta Villa! Las señoras ordenan, arreglan y desordenan sus vestidos, joyas y galas; los hombres sus ropillas, los jóvenes enjaezan sus corceles; los vascongados peinan sus mostachos; los frailes, curas y monjas, con golpes de pecho, la cabeza

baja, se preparan a comulgar por la vida del recien nacido, y, sorviendo huevos, esperan la hora del *Te Deum*; y en fin, los militares cepillan sus labios para el *besa manos* .....¿a quién?—no lo sé.

Y realízanse las fiestas.

Y luego vino la calma, y como esta brinda a la meditación, el pueblo meditó. Pero los que meditaron más fueron los frailes y curas, dando por fruto un pleito que, en sentir del cronista de aquella época, es curiosísimo.

El cual consistió, en que habiendo notado los curas, que los caballeros cruzados, en las fiestas ya nombradas, comulgaron en San Agustín y no en la Matriz, como era costumbre, les armaron camorra, es decir, les metieron pleito a los reverendos de dicha orden, fundándose en que era indecoroso e injurioso que los susodichos caballeros hayan comulgado en S. Agustín y no en la Matriz. Los cruzados respondieron que eran libres de comulgar donde mejor les parezca.

—No! dice el Cura-Vicario, don José Faustino Echequivel.

—Sí! gritan los cruzados y el Prior de San Agustín, Fr. González Carbajo.

—¡Caracoles! responden los otros.

—Pues, no!.....entonces.....los excomulgo! dice el Vicario. Y dicho y hecho, fulmina sobre los caballeros cruzados y las reverendísimas cabezas de los frailes una solemne excomunión.

—Hola! nueces tenemos? dijo el Prior; pues; allá van otras, y lanza sobre el Vicario y Curas otra excomunión.

Apelan ambas partes ante el Arzobispo de La Plata, Fr. Diego Morcillo de Auñón, que más tarde llegó a ser Virrey del Perú. El Arzobispo levantóles la excomunión por ambas partes; pero exhortándoles a que vivan como hermanos en Jesucristo, y que no hagan otra vez tan solemnes disparates, o mejor dicho, tan agradables lindezas; y que, finalmente, los curas tenían la justicia, porque los caballeros cruzados podían comulgar en cualquier templo.

II

La sentencia del Arzobispo no les agradó a los de la orden, y anduvieron meditando el modo cómo se sacarían el clavo.

El diablo sin duda, que diz que es un señor bastante traviesillo, y que en aquellos tiempos se andaba muy suelto de cintura, les hizo urdir la trama siguiente.

Reuniéronse en conciliábulos los R. R. bajo la presidencia del Prior, y después de varias proposiciones que se hicieron, saltó un R. y dijo: «Hermanos míos, prohibamos a los curas entrar en nuestros templos y usar en ellos *bonete* bajo la pena de una multa si infringen nuestra orden.

Un prolongado aplauso acogió esta opinión.

Y probablemente, se expidió la orden, porque más tarde se registraba un espediente con el rótulo de «Queja de los Curas de Potosí, contra la orden de San Agustín de dicha ciudad», en el despacho del Virrey del Perú que era a la sazón el Excmo. don Diego Ladrón de Guevara, Obispo de Quito; y más abajo del rótulo anterior, entre paréntesis, se leía «Discordia de los bonetes».

El modo como terminó el asunto, no nos lo dice el cronista, y solo concluye esta parte de sus apuntaciones, con esta frase sentenciosa: «Quien es tu enemigo, el de tu oficio».

Potosí, dicienbre de 1891.

RECOMPENSA A UNA LIMOSNA

PEDRO B. CALDERÓN

I

Don Antonio Lopez de Quiroga llegó a esta Villa hacia el año 1648, y a mediados de 1668 era Maestre de Campo y el azoguero más rico. Poseía las minas Candelaria, Cotamito, Amoladera, que daban 800 marcos por cajón, y varias otras en Aullagas, Lípez, Ocurí y Puno. 20,000 pesos limpios y redondos gastaba semanalmente, y en veinte y ocho años de trabajo, dió en *quintos*, como dos cuartos, 23.000,000 de pesos a su majestad cristianísima, el rey de España y de las Indias. Claro, y así debía ser, puesto que su capital ascendía a la bagatela de 115.000,000 de pesos, adquiridos concienzudamente, como Dios lo manda.

No era tan espléndido en sus gastos personales como el célebre Rocha, su contemporáneo, que hacía herrar caballos con herraduras de plata, ni se adornaba con perlas y diamantes, como el General don Fernando de Torres Mesia, conde de Betayos; pero tampoco era tan humilde en el vestir como el hasta hoy recordado don José de Quirós, de cuyas virtudes y especialmente por su caridad, ha quedado el célebre estribillo: *Después de Dios, Quirós* Don Antonio no era tan estravagante en gastos supérfluos, ni estaba reñido con la sociedad, para presentarse en lucha con la decencia, y vestía elegantemente, como cualquiera puede cerciorarse encaminándose en derechura a la Biblioteca y entablar relaciones con el retrato de nuestro héroe que existe allí.

En materia de honor era muy quisquilloso y no permitía que nadie se le viniese a las barbas, ni soportaba que su reputacion ande haciendo agua las lenguas.

La siguiente anécdota prueba nuestro aserto, aunque hace sospechar mucho de su humildad.

Envió un día a su mayordomo a la casa de Abasto a comprar pescados, pero habiéndose éste tardado demasiado, no encontró sino uno, que lo estaba comprando el mayordomo de don Lorenzo de Noriondo y Oquendo, fundador que fué, con su mujer doña Ana de Oquendo y Eguivar, del Convento de Carmelitas de Santa Teresa. El pescado era un hermoso y apetitoso dorado, de vara de largo, que valía la pena hallarse en las entrañas de cualquiera de los amos de los dos mayordomos. Al de Don Antonio se le entró en las mientes la idea de disputárselo al otro; y dicho y hecho, endilga estas palabras al dueño del pescado:

—Doy quinientos pesos por ese pescado!

Atónitos quedan auditorio y el otro mayordomo, y éste después de repuesto de su asombro, dice:

—Yo doy mil!

—Yo, mil y quinientos!

—Tres mil!

—Tres mil y quinientos.

—Cinco mil pesos, al momento!

—Ocho mil, en el acto!

—Quédese, señor mío, con su gusto, que mi amo don Antonio no se morirá por tan poca cosa!

Y.....el dueño del pescado fué el mayordomo de los fundadores del convento por la cantidad de ocho mil pesos.

Noticioso don Antonio de la derrota de su mayordomo, creyose humillado y rebajada su reputación; hácele llamar, dale una azotaina y le muestra la senda de Villadiego.

Según don Antonio, su mayordomo obró muy mal porque podía haber hecho la *puja* hasta cien mil pesos.

II

En todas épocas, como ahora, y más aun en aquellos años de riqueza, acudían a esta Villa, como moscas *a un panal de rica miel*, mercaderes de varios pueblos, y los cruceños no se descuidaban en menudear sus viajes con sus cargamentos de azúcar.

Un día, al cerrar la noche, estaban varios jóvenes nobles en amigable conversación sentados en la plaza del Regocijo, cuando vieron dos viajeros que, por sus trajes, eran arrieros cruceños que acababan sin duda de llegar.

—Buena cara tienen los muy chuchos, dijo uno de los jóvenes, dirigiéndose a los arrieros con intención de burlarse.

—No tanto como las de usarsedes, respondió uno de los arrieros.

—Avinagradillos creo que están los zopencos, dijo otro de los jóvenes.

—Y hay razón para estarlo, respondió el otro arriero; pues hace tres largas horas que hemos llegado a esta ciudad y que andamos por estas calles en busca de un pobre para cumplir una promesa que hemos hecho, y si sus mercedes son servidas, como deben serlo, les suplicamos hagan el bien de endilgarnos a uno, que Dios lo tendrá a bien.

Y qué promesa es esa? interrogó el primer joven que habló.

—Nada es, repuso el otro arriero, sino que al venir, en el camino, le dió la soberana gana al cielo de descargar sobre nosotros una furiosa tempestad en que los granos de nieve eran del tamaño de los huevos de paloma. Y por más que rogábamos con lágrimas en nuestros ojos a la santa Bárbara doncella, no tenía intención de calmar su furia; y solo se calmó cuando hicimos la promesa de regalar diez pesos al primer pobre, que a nuestra llegada, encontráramos en esta Villa, y ¡guay! buscamos al pobre y no lo encontramos.

Al terminar estas palabras el arriero, pasaba por lado de los jóvenes un hombre embozado en su larga capa. Al verlo, se cuchichearon entre sí, y luego rápidamente dijeron a los arrieros señalando al hombre que pasaba.

—Ahí teneis al que buscais. Corred a cumplir vuestra promesa: ese es el más pobre en esta Villa.

Oyeron esto los arrieros y corrieron detrás del hombre que marchaba con apresurado paso.

Al fin lo alcanzaron y deteniéndolo uno de ellos de su capa le dijo,

—Detente, hombre, que te vamos a hacer una caridad, que no encontrarás quien te lo haga dos veces en el año.

Sorprendióse el hombre al verse tan bruscamente detenido; pero reponiéndose les dijo:

Que me quereis?

—¡Vaya la pregunta! Regalarte unos diez pesos para que vayas a tragarte un buen pan y suculenta cena en compañía de tu esposa e hijos, siquiera una vez en este año, porque nos han dicho que eres muy pobre y nosotros hemos hecho promesa de dar diez pesos al primer pobre que encontráramos al llegar a esta ciudad, y tú eres el primero que se nos viene por las narices. Conque, toma y al avío!

—Dios les recompense a Uds. la caridad que me hacen, y por cada peso de esta limosna, les devuelva mañana mil, dijo el hombre recibiendo los diez pesos, y siguió su camino.

Los arrieros, cumplida su promesa, se volvieron a su posada.

III

Eran las nueve de la mañana del día siguiente. Los arrieros se ocupaban en desliar sus cargas de azúcar, que en todas habría como unas 120 a 140 arrobas. De paso diremos que en aquella época la arroba de azúcar se vendía en esta Villa en veinte pesos, así como un huevo de gallina valía 2 reales.

Eran las nueve, como decíamos, cuando se les presenta a los arrieros un caballero ricamente vestido con luenga y gruesa cadena de oro, con brillantes del tamaño de un frejol en el pecho, y seguido de cuatro esclavos negros.

—¿Ustedes son los cruceños que ayer han llegado con azúcar y han dado diez pesos de limosna a un pobre? dijo el caballero a los arrieros.

—Para servir a U.; y dar otra limosna si nos cae otra tempestad, contestó uno de los mercaderes.

—Cuantas arrobas de azúcar contiene vuestro cargamento?

—Un poquito más de ciento cuarenta.

—A cómo dan la arroba?

—Al precio de la plaza; veinte pesos.

—Pues, cargad y conducid toda vuestra azúcar a casa de mi patrón y venios por el dinero.

—Antes pesaremos.

—No es necesario, me fio de vuestra palabra.

En suma, en menos de media hora estuvo el cargamento de azúcar en casa del patrón del caballero de la gruesa cadena y los arrieros en su posada contando unos tres mil pesos blancos como este papel.

Apenas acabaron de contar el último peso, cuando se les presentó nuevamente el mismo caballero, y les invitó en nombre de su patrón a almorzar. Los arrieros, temerosos de que se les armara alguna trampa, se resistieron al principio, pero al fin consintieron y siguieron al invitador.

Llegaron a la casa y fueron sorprendidos cuando los introdujeron a un espacioso comedor, donde había una mesa llena de seculentos y variados manjares y vinos; y aumentó más su sorpresa al verse servidos por el caballero invitador. Pero más asombro tenían viendo que el *patrón* no se presentaba y almorzaban solos.

Terminado el almuerzo, fueron conducidos a un lujoso salón, y se restregaban los ojos creyendo que soñaban al ver las *piñas* y demás objetos de plata que adornaban la estancia, y casi, casi, caen muertos al ver descorrerse unas cortinas bordadas con oro y perlas y aparecer de detrás de ellas al pobre a quien tarde antes habían dado diez pesos de limosna.

El caballero de la cadena se inclinó profundamente, y se colocó a respetuosa distancia. Sólo los arrieros no se daban cuenta de lo que les pasaba.

—No os alarméis, amigos míos, dijo el que salió de detrás de las cortinas; sois unos buenos hombres que cumplís fiel y lealmente vuestras promesas. Ayer yo también os hice otra y quiero cumplirla. Llevaos esos diez talegos de plata, que en cada uno hay mil pesos, y decid en vuestro país, que los pobres de la Imperial Villa de Potosí, recom-

pensan a un peso de limosna que se les da con mil, y acordaos del Maestre de Campo Don Antonio López de Quiroga.

Por supuesto que los arrieros no se hicieron rogar y cargaron con los diez talegos, ayudados por unos esclavos que les dió el mismo don Antonio.

No se si cumplirían el encargo que les hizo don Antonio, pero lo que creo es que dirían en su país, que en Potosí hay piñas de plata, como en Santacruz terrones de azúcar.

Potosí, noviembre de 1892.

BELLA

DE PEDRO B. CALDERÓN

I

Era una tarde de invierno del año 1648, tan fría, como todas las de aquellos feroces inviernos de esos tiempos, en que para que viva un recien nacido o nacida, había necesidad, devotamente y con todo corazón, de endilgárselos a San Nicolás y precisamente ponerles su nombre; de lo contrario, el chiquitín o chiquitina, se iba a la otra *costa*, dejando en gesticulaciones de dolor a sus padres. ¡Sí era atroz el frío en Potosí por aquellas épocas! Figúrese cualquiera, que tal sería, que cuando se escupía, la saliva, en el pequeño trayecto de la boca al suelo, caía ¡tas! conjelada, como si se hubiera arrojado una piedrecilla! Y sino, ahí están Martinez y Vela y otros que no me dejarán mentir.

En una de esas tardes, en que el viento silbaba agudamente, el sol *temblaba* (supongo que de frío), y las gentes encorvadas y arropadas atravesaban las calles de la Villa como fantasmas o *camas* andando, una porción de gente, con gran algazara, contemplaba a una niña de diez a doce años, que tirititaba de frío en la acera oeste de la calle del Rastro.

Jamás se había visto ser más feo que esta niña, y su misma fealdad llamaba la atención de las personas que la rodeaban.

Era corcovada, llena de harapos, manca de la mano derecha; torcido el pie izquierdo; toda la cara cubierta de enormes cicatrices, y dos de estas cubrían casi los ojos, que parecían dos gérmenes de sanguijuelas; por narices tenía dos agujeros, que semejaban nidos de gusanos; una boca casi tan enorme como la del *Hombre que ríe* de Víctor Hugo; y por añadidura, era demente. ¡Que ser tan desgraciado! Pero, lo que somos los humanos; esta su misma desgracia, en vez de inspirar

compasión, era objeto para unos [los menos] de pasatiempo inocente; para otros, de burla, y para todos de diversión, que al terminar, tiraban en la bolsa de la mendiga unos cuantos centavos, y se iban muy satisfechos.

La gente se agolpaba al rededor de la mendiga, siempre que la encontraban en la calle, y esto había sucedido la tarde a la que aludimos. Nadie la conocía, ni se sabía quienes eran sus padres. Había aparecido año antes, sin saberse de donde vino, ni quien la trajo, y como se ignoraba su nombre, porque ella tampoco lo sabía, el pueblo tuvo la ocurrencia de bautizarla con el nombre de *Bella*. Felices ocurrencias, y de estas no sólo tiene un pueblo, sinó todo el mundo; así hay quien se llama Blanca y es más negra que el azabache; un libertino, se llama Casto; una imprudente, que da mil entripados diariamente a su marido, Prudencia, y así por el tenor, todos queremos ser lo contrario de lo que somos.

II

Oscureció la tarde de aquella noche, y la gente que rodeaba a *Bella* se alejó poco a poco y ésta quedó completamente sola. El frío aumentaba más y más. Bella se levanta de donde estaba acurrucada; dirige tímidas miradas a toda la calle y comienza a andar lenta y acompasadamente, en dirección a la calle de Santo Domingo. Tiembla, sus piernas crujen, se para a cada instante, pero luego prosigue su camino con agitado aliento. Las calles están silenciosas y oscuras; todavía no es la hora de las camorras y pendencias sangrientas entre criollos, estremeños y vascongados.

Después de dos horas, llega apenas la infeliz Bella, rodando como un cuerpo deforme y fantástico, a la calle San Pedro, y de allí se dirige a una mugrienta puerta de una tienda situada en un callejón oscuro y apartado. Llama, y luego instantaneamente se abre la puerta, y se descubre la figura de una mujer, que de un empujón, arroja dentro la tienda a Bella, gruñendo con voz aguardentosa.

Gimiendo débilmente, se levanta Bella y para calmar el enojo de la mujer, le alcanza su bolsa, llena de los centavos, que en el día había recogido, en pago de la diversión que daba a la opulenta Villa. La mujer los cuenta y recuenta, y terminada esta operación, interroga a Bella, que tímida y temblorosa, no osaba levantar la cabeza:

—Es esto todo? dijo en su idioma quichua.

—Sí, responde, con acento que semejaba un triste quejido.

—¡Todo es esto! Pícara, *lagrona*, contrahecha, hija del infierno; tú me has robado; esto es una miseria, ¿dónde está lo demás? Díme la verdad, si no, no te daré cena. ¡La endemoniada, robándome! Y yo que me agito trabajando por ella, por dar alimento a una malagradecida!.... Y como no contestaba la niña, se dirigió a ella, la arrojó al suelo y le dió tal tunda de golpes, que la hubiera matado si no sale de entre los harapos que servían de cama, un mendigo, que había estado envuelto en ellos.

—Basta, *Inaca*, dijo el hombre, separando a la mujer de la niña; no maltrates a la chica; hoy lo ha hecho mejor que otros días; y mañana doblará su trabajo, entiendes?

—Por vos, caro *Martinchu*, no la mato a ese *mónstruo*; pero no le doy de comer; y soltó a Bella que cayó bañada en sangre y casi sin vida.

Basta esta triste escena para dar una débil idea de la vida de la infeliz Bella. Mas adelante conoceremos sus mayores desgracias y crueles sufrimientos.

III

Retrocedamos unos diez años, es decir, al año 1638. En esa época brillaba en esta Imperial Villa, por su hermosura, por su virtud y y cuantiosa riqueza, Doña Clara de Argain y Herrera, hija única de Don Francisco de Argain y de Doña Magdalena de Herrera.

Era Dª Clara un pimpollo de diez y ocho primaveras, deseado por todos los jóvenes nobles y opulentos de entonces, que a porfía le dedicaban sus tiernas endechas, sus lamentos amorosos y sus suspiros tiernos. Pero ella, «insensible como roca», los escuchaba como quien oye llover.

Sus adoradores mas constantes, y que la perseguían, como la sombra al cuerpo, eran Alonso Díaz de Mendoza, hijo del rico azoguero Jerónimo Díaz de Mendoza, y Fernando Salgado, joven español, que hacía pocos años, que había llegado a la Villa, ignorándose a punto fijo sus antecedentes.

Ambos la sitiaban, la estrechaban a la hermosa Clara por tener alguna señal, por pequeña que sea, de que ablandaban el corazón de tanta hermosura, y nada conseguían. La misma impasibilidad, la misma insensibilidad noble que rechaza toda seducción.

Cansado y desesperado Alonso de tanta lucha, habla a sus padres de su triste situación, y les suplica que pidan a los padres de Clara, le concedan la mano de ésta para su esposa.....Accedieron los padres a las súplicas de su hijo, y un día de fiesta, engalanados y de rigurosa etiqueta, se fueron en derechura a la casa de Clara.

Al entrar en ella, salía Fernando Salgado, con aire victorioso. Tuvieron el presentimiento de que llegaban tarde. Y así era en efecto. Salgado se había adelantado para sí, en la demanda que ellos iban a hacer para su hijo.

No obstante, en breves y elocuentes frases, espusieron el objeto de su visita, expresando que la felicidad de ambas familias, relacionadas desde años atrás, dependía de esta unión.

Entonces el padre de Clara, respondió de este modo:

—Señor de Argain; honrámonos en sumo grado en este instante con vuestra presencia y la de vuestra amable esposa, a quien beso sus manos, y aun más honrados quedamos, al escuchar vuestra hidalga pe-

tición. La respuesta, favorable o contraria, no depende de nosotros, sino de Clara, a quien dejamos en libertad para aceptar o negar la petición. Comprendereis por esto, que nosotros obramos de distinto modo del que se acostumbra entre las personas de nuestro rango: no dispongo de la voluntad de mi hija. Hablaré con ella, dentro de tres días, os daré su respuesta, y quiera Dios que sea favorable a vuestro hijo. Esta también ha sido mi contestación al señor Salgado, que acaba de hacerme la misma demanda; pero yo influiré en Clarita para que vuestro hijo sea preferido.

Y después de una conversación sobre varios puntos, se despidieron amigablemente los peticionarios.

El término fué esperado con ansia por ambos amantes, que ignoraban que los dos tenían la misma pretensión.

A las tres de la tarde del día tercero, el señor de Argain recibió una perfumado pergamino, en el que en pocas palabras, el padre de Clara le invitaba pasar a su casa para tratar del asunto de sus *hijos*, porque la hermosa Clara, había aceptado ser la esposa de Alonso.

Dicho y hecho. Se hicieron los preparativos, y en menos de quince días, suntuosa y opíparamente, previa bendición del Cura, se unían con el indisoluble lazo del matrimonio Alonso y Clara.

Salgado quedó a la luna de Valencia, es decir, fué *calabaceado.*

Este, la noche del matrimonio de Alonso y Clara, se aburría embriagándose en una taberna, y jurando vengarse de Clara. Pocos días después, vendió algunas propiedades que tenía, y desapareció de la Villa, sin que se haya nunca tenido noticias de él.

IV

Pasaron seis años. Alonso y Clara vivían como vulgarmente se dice, cual dos tórtolas en un nido. Habían tenido tres hijos, de los que dos se les habían muerto, y quedó solo la primogénita, de cinco años de edad, llamada Luz, parecida a su madre y hermosa como ella, siendo la idolatría de ambos y de sus abuelos.

Ninguna nube de tristeza turbaba la felicidad de los esposos, ningún pesar entristecía la morada de esa dicha. Pero nadie está libre de la desgracia. El invierno del año 1643, fué tan crudo y lleno de epidemia, de la que no se libró Alonso. Cayó enfermo, y el mal le duró muchos días. Cuando estaba convaleciente, le prescribieron que, por las tardes, diera algunos paseos para tomar el aire libre.

En uno de esos paseos, en que sólo había salido acompañado por su idolatrada *Luz*, distraidamente hizo avanzar la hora, y al anochecer de esa oscura noche, se encontraba recientemente a las cuatro cuadras de la Villa a un lado de la Cantería. Como estaba bastante débil, no caminaba con la ligereza necesaria. La pequeña Luz temblaba de frío, y tropezaba a cada paso en las piedras.

Contra su costumbre, esa tarde había salido acompañado solamente con *Luz*.

Clara, notando la tardanza de su esposo e hija, mandó a sus lacayos en todas direcciones a que los buscaran; pero no los encontraron.

La noche avanzaba, la oscuridad se hacía más densa, el frío más intenso, y los paseantes casi no adelantaban un paso.

La pequeña *Luz* temblaba de miedo y frío, su padre procuraba alentarla con cariños y halagos, recordándole a su madre. Se sientan a descansar sobre una piedra, teniendo Alonso a Luz entre sus brazos para preservarla del frío.

Cuando iban a proseguir la marcha, se presentan a su alrededor cuatro embozados: Luz grita, Alonso, interroga:

—Quiénes sois? qué quereis?

—Venganza! responde una ronca voz de dentro de una de las máscaras, e inmediatamente, los cuatro incógnitos se abalanzan a Alonso, le arrebatan a Luz, y le acosan a puñaladas hasta dejarlo exánime, sin vida.

Luz lloraba amargamente: entonces uno de los embozados cruza un látigo en el rostro angelical de la infeliz criatura; y como no cesaba de llorar y gritar; «papá», «papá», toman uno de los puñales, le ponen en la boca, le atan atras, en la nuca, y tomándola en brazos huyen con Luz que derramaba por la boca abundante sangre. Ya no lloraba, estaba desmayada .....

.....

Al amanecer de esa horrible noche, los criados de Clara, acompañados de gran gentío, entraban en fúnebre cortejo en la casa de Alonso, conduciendo el cadáver de éste cubierto de puñaladas. Clara cayó sin sentido y profundo dolor hirió su corazón al saber que no parecía su hija, su adorada y bella Luz, no parecía ni en cadáver. ¿Cuál sería su aflicción? Cayó enferma por largo tiempo.

Los padres de Clara y los de Alonso, hicieron por mucho tiempo, vanas e inútiles pesquisas por descubrir a los autores de tan horrible crimen o averiguar si Luz había muerto o estaba viva. Todo fué en vano.

Clara, mediante los cuidados de sus padres y parientes, pudo salvar de la muerte; pero volvió a la vida para llevar una existencia de dolor interminable, por el recuerdo incesante de los dos seres que más su corazón amaba; Su esposo y su hija.

No obstante, parecía que su corzaón abrigaba alguna esperanza respecto a ésta; creía verla de un momento a otro; soñaba estarla acariciando teniéndola en sus brazos, adormiéndola con sus tiernos y dulces cantares. ¿Y qué madre no sueña, no delira, no se ilusiona con sus hijos adorados?.....

V

Pasaron cinco años. Clara seguía con su vida de dolores, vida verdaderamente de mártir. Tener presente la imagen de los seres queridos, y no poderlos hablar; verlos, en las horas de delirio, pasar a nuestro lado, rozando nuestro vestido, y no poderlos abrazar, imaginarse que están junto a nosotros, a nuestra espalda, volver la vista y encontrarse con el vacío; hablarles, y que sólo nos responda nuestro triste eco! Oh! eso debe ser horrible, y ese sufrimiento padecía la hermosa Clara!

Una tarde, en que apoyada a la ventana, presa de estos tumultuosos y tristes pensamientos, oyó un ruido de gente en la calle y vió que ésta pasaba rodeando a una inválida niña, que era nuestra ya conocida *Bella*, remedo del *Cuasimodo* de Víctor Hugo.

La deformidad de esta criatura, llamole su atención, y su alma sensible se compadeció de ella, con una compasión, que se parecía algo al amor maternal. Preocupola mucho esta aparición; pero al fin se dijo: no es posible, mi Luz no tuvo ningún defecto; mi corazón me engaña. Llamó a uno de sus criados, hízole seguir a Bella, le mandó una bolsa de monedas de oro, que como es facil suponer, fué a manos de aquella *Inaca*; y desde ese día mandaba Clara a Bella, una buena limosna.

La vida de esta desgraciada niña mendiga, en vez de amejorarse, fué empeorando cada día. Cayó enferma, por los crueles maltratos que le daba aquella perversa harpía *Inaca*.

Un día que ésta, la había dejado solá en esa asquerosa cloaca donde la vimos por primera vez, arrastrándose salió Bella a tomar el sol a la puerta.

Entonces una vecina, que de ella se compadecía, la única quizá en todo el barrio, se le acercó, y aprovechando de la ausencia de *Inaca*, y de los momentos lúcidos que tenía la enferma, la habló de este modo en el dulce idioma quíchua:

—Dime Bella, ¿la Inaca y el Martinchu son tus padres?

—Padres! que son padres?, respondió la niña asombrada.

—Padres, chica, son los que nos han dado el ser y nos crían, y que cuando somos chiquitos, les decimos: papá, mamá.....

—Ah!.....espera! .... dijo con vacilación y como recordando la niña; yo decía: mamá a una señora muy linda y buena que me acariciaba y quería; pero no se dónde, no recuerdo..... era chiquita.....creo que yo no tenía mis manos y pies maltratados.....vivíamos en una casa hermosa, como esas que hay en esas calles.....oh, no recuerdo.

—Y papá, no sabías decir.....

—Papá.....papá.....sí, también a un caballero alto, que me tiraba de mi mano.....sí, una noche en un campo me abrazaba.....ah! papá, papá, gritó en castellano interrumpiéndose la niña; abrazadme, esos hombres.....sus puñales.....y quedó sin sentido.

La compasiva mujer, tomó un jarro de agua, roció el rostro de Bella, y la llevó a su cama, y estuvo a su lado hasta que dió señales de vida, y como ya era hora de que volviera la Inaca, se salió. Poco después entraba esta en el chirivitil.

VI

A las seis de la tarde del mismo día, Clara absorta en sus dolorosos pensamientos, estaba sola, cerca de una ventana en su habitación.

Una criada le anunció que una mujer, mal vestida, deseaba hablarla de un asunto secreto e importante. Accedió Clara, y un instante después, estaba en presencia de ella la mujer que, horas antes, había estado con Bella interrogándole por sus padres. En su idioma quíchua, entabló con Clara la conversación siguiente:

—Señora, dijo la buena mujer, hace años que tu esposo murió asesinado y tu hija desapareció; ¿quisieras encontrarla ahora como tambien a los asesinos de tu marido?

—¿Qué dices? interrogó Clara, con una emoción indefinible.

—Si no me equivoco, tu hija vive y está en poder de unos malvados que la maltratan y la han maltratado cruelmente hasta desfigurarla, de modo que, quizá no la reconozcas.

—¿Dónde, dónde está?.....

—Cálmate y te contaré todo. Y le relató la escena que había tenido con Bella, con más los sufrimientos que esta padecía.

—Pero, ¿cómo conocerás que es tu hija?, dijo la mujer al terminar.

—Tú me has asegurado que es ella.

—No te aseguro, sólo creo que sea ella.

—Mi hija tenía en el brazo izquierdo una mancha azul, que, por más que sus verdugos hayan intentado hacerla desaparecer, no habrá sido posible. ¡Vomos!.....Y de todos modos si no es mi hija, en nombre de ella, haré una acción buena librando de su martirio a esa infeliz.

Con todo el sigilo del caso, y acompañada de cuatro criados y otros tantos agentes de Policía, se encaminó a la *tienda*, donde Bella agonizaba, presa de una fiebre horrible.

Llegados que fueron al lugar, oyeron que *Inaca*, más ebria que costumbre, apostrofaba a la enferma, con estas palabras:—

—Miren la enferma! la zaparrastrosa enferma! lo hace de floja. Levántate, sapo podrido!.....

—Calla, *Inaca*, creo que verdaderamente está enferma la chica, balbuceó con voz aguardentosa un hombre, que no otro que el ya conocido *Martinchu*.

Impetuosamente Clara abrió la puerta y entró seguida de su acompañamiento. *Inaca y Martinchu*, quedaron mudos de espanto y terror al mirar a los policiales.

Clara se dirigió al lecho de Bella y sin pronunciar palabra, quitó el mugriento jergón que la cubría, levantóle el brazo, lo examinó largo rato y exhaló un grito de dolor.

Por la mancha azul del brazo y el instinto de madre conoció y se convenció que aquella masa deforme de carne humana, era su hija; su idolatrada *Luz*, bella antes como su nombre, y ahora desconocida para toda persona que no sea su madre.

Los policiales tomaron presos a Inaca y Martinchu. Clara hizo conducir a su hija a su casa. Pero ¡ay! en vano fueron todos los cuidados de Clara para salvar a su hija: la muerte hacía su presa de ella; el estertor se pronunció y la agonía lenta tuvo fin a las dos de la madrugada, hora en que el médico, declaró terminada su misión.

Bella, en el último instante de su agonía, gritó: papá, papá!!..... esos hombres me dan miedo!.....mamá, mamá, y espiró.

¿Cómo pintar el dolor de la afligida madre? Mi pluma es impotente. Esos dolores se sienten, no se definen; se comprenden, pero no se describen. El ¡ay! de una madre, encierra todo un poema de amor y de dolor; de dicha y de llanto; de felicidad y de desgracia.

VII

Los padres de Clara y los de Alonso, pidieron el juzgamiento de *Inaca y Martinchu;* y del proceso resultó lo siguiente:

Que hacia el año 1643, una noche se les presentó un caballero disfrazado en su casa sita en Cantumarca, y les ofreció una bolsa llena de oro con la condición de que Martinchu, con otros tres individuos más, diera muerte a un hombre, que en ocasión oportuna, les enseñaría quien era. Martinchu aceptó y recibió el dinero.

En otra vez, al oscurecer la noche, se les presentó el mismo caballero disfrazado, llevando un disfraz, y dijo que había llegado la hora de que Martinchu cumpla su compromiso. Martinchu se vistió con dicho disfraz y salió con el caballero.

Se dirigieron a la Cantería, y allí encontraron otros dos disfrazados, y uno de éstos sacó cuatro puñales, y se distribuyeron. Luego silenciosamente se ocultaron detrás de unas piedras. Poco después, sintieron ruido: era un hombre que venía del lado del norte con una niña pequeña. Al verlos el caballero, rugió: El es! y volvió a acurrucarse. El hombre que venía se sentó a poca distancia de los disfrazados, y tomó a la niña en brazos. Los embozados instantáneamente se levantaron, y el caballero les dijo:

—A él! y se digieron silenciosamente y luego lo asesinaron, como ya hemos relacionado.

El que dió de latigazos a Luz, fué el caballero; él mismo le puso la espada en la boca, y el que lo condujo en brazos fué Martinchu. Después que corrieron alguna distancia, los dos últimos disfrazados se des-

pidieron del caballero y se fueron en distintas direcciones. Este, la niña y Martinchu se encaminaron a Cantumarca, casa de *Inaca* o Ignacia.

Allí el caballero les dió una fuerte suma de oro, encargándoles que abandonaran el lugar, y se fueran a alguna estancia de indios y allí criaran a la niña, y se despidió.

En efecto, una hora después, Martinchu, Inaca y Luz, temblando de frío, caminaban por cerros desconocidos hacia el sud. Al caer la tarde, del siguiente día, después de haber caminado bastante, llegaron a una ranchería de indios, en el fondo de un valle. Allí se instalaron.

Pronto se les hizo insoportable la vida que pasaban. La niña, era carga pesada y un constante tormento.

Sus gemidos y llanto, no cesaban; llamaba a sus padres y no la respondían. Resolvieron, pocos días después, martirizarla, y matar su alma con el tormento.

Después de esta resolución, el primer gemido de la niña fué recibido con un fuerte garrotazo que Inaca la aplicó en la espalda y desde entonces, no cesaron los golpes. Una noche, Martinchu, que estaba ebrio, oyó llorar a Luz e inmediatamente le arrojó con furia al rostro su bota y le fracturó los huesos de la nariz.

Para colmo de tormento, Bella enfermó una asquerosa viruela, que la dejó llena de cicatrices, con uno de los brazos y piernas encogidos, por el poco cuidado que tuvieron en su curación.

Sanó, pero no completamente, porque quedó demente e inválida.

Así pasaron cuatro años, y viéndose ya faltos de recursos, resolvieron volver a esta Villa, con la confianza de que a Luz, no la conocería ni la misma madre que la parió.

Lo demás está relacionado.

En virtud de estas declaraciones, recibidas de varios testigos del rancho donde habían huído, a Inaca y Martinchu, el tribunal juzgador, los condenó a la pena de muerte, que la sufrieron en la horca en la esquina que hasta hoy conserva ese hombre.

Clara, poco tiempo después, fué a reunirse con su esposo y su hija; murió dejando un triste recuerdo de su vida.

Potosí, mayo 3 de 1895.

PEDRO B. CALDERÓN

FRAY VICENTE BERNEDO

(Un episodio de su vida)

Plumas hábiles y eruditas, y a las cuales desde luego sinceramente perdón pido por ocuparme de cosas sobre las que ya elegantemente han escrito, hannos dado a conocer la vida y hechos del personaje cuyo nombre encabeza esta tradición, historieta o cuento o como se quiera llamar.

Pero, con permiso del lector, (si es que alguno tengo), voy a darle mis *razones fundamentales* para que me *absuelva* de mi presente atrevimiento (estilo abogadil).

Primera y *confieso* que: los datos sobre los que se escribe este episodio de la vida del santo varón Bernedo, me los ha dado, obsequiado y dedicado, mi estimable y respetado amigo el señor cura Dr. Alejandro Roso, quien los había adquirido cuando era Párroco del beneficio de Vitichi, lugar donde pásan estos sucesos.

Segunda y *declaro* que: por no caer en el defecto de ser *cursi*, y mal agradecido, (como muchos que yo conozco), le dedico al señor Roso el presente trabajo con la condición sencilla, de que si no es de su agrado, me lo diga en el oido.

Con esta *declaración decisoria*, me descuelgo al fondo.

I

Hácia el año 1590, poco más o menos, se avecindó en el pueblo de Calcha, un capitán español de nombre Sancho Martínez, que cansado de la vida militar, pidió su licencia para vivir más holgadamente y dedicarse a la existencia pastoril.

En aquellos tiempos, como hoy mismo, era Calcha una campiña hermosa: fructífera en cereales, rodeada de sendos árboles, cuyas ramas parecían a *las nubes desafiar;* tierra virgen, como todas las de América por aquellos memorables años.

Oh!, cuánto no se alegró nuestro Sanchote al verse en aquel encantador paisaje!

Y él, que solo estaba acostumbrado a la ruda vida del soldado (hablo del de aquellos tiempos), a obedecer mecánicamente; a amar a Dios, al rey y a su dama, que constituían su patria; a morir por ellos sin intentar traicionarlos; digo, pues, cuánto no fué su placer al verse en aquella grata holgura!

Dedicóse con actividad y constancia al trabajo agrícola, y añadida a esta cualidad, las de ser simpático y algo decidor e instruido, llegó a captarse el aprecio de todos los estantes y habitantes de Calcha.

Claro: era simpático, joven aun, amable, pundonoroso, valiente, que como tal y por su vida *cuarteril* de antes, era a veces quisquilloso y por un: «quítame esas pajas», armaba camorra con el más emperegilado, saliendo siempre victorioso de la refriega y quedando su audaz contrincante, mal trecho y ferido, sin chistar.

Pero aun, con este defecto, llegó a hacerse amar ciegamente con la más hermosa y apetecida indiana del lugar, llamada María Paico, hija única y legítima del opulento Cacique de la comunidad de Calcha.

Y no miento al asegurar (por supuesto, fundado en los datos que he expresado) que dicha María, era una hembra de las de *armas llevar*, como hermosa: talle airoso y gentil, que hubiera envidiado la reina amazona; mirada franca y leal, que salía de unos ojos negros como.....como las uvas de mi majuelo, en el que cualquiera puede tropezar y caer de bruces. Y luego tenía unas cosas.....qué cosas!.....vamos! si la estoy viendo.

Con esta casóse el pícaro Sancho, y luego;

«La oración fecha, la misa *acabada la han*» como dice el romance del heroico Cid.

II

Existía en aquellos tiempos, como actualmente existe en nuestro Oriente, una gran porción de tierras donde sólo crecían matorrales y yerbas, en las que el trabajo inteligente del hombre podía utilizarlas. Esta extensa llanura era de la propiedad del Cacique Paico, padre de la bella indiana María. A la muerte del cacique nombrado, quedó María dueña absoluta de ese campo y de toda la riqueza *cresoriana* de su padre, que es lo mismo que decir, el dueño fué Sancho Martínez.

Pues éste, después de la muerte de su suegro, y los consabidos lloriqueos de familia y los suspiros y gemidos, muchas veces mentidos de los amigos, dijo a su cara mitad: vámonos a aquel campo extenso é inculto, donde sólo crecen yerbas y matorrales: allí, *con más placer* lloraremos la muerte de nuestro amado padre, porque nadie nos verá ni oirá nuestros gemidos, y *nuestro oculto llanto* ese recuerdo regará. Y... dicho y hecho: venden sus propiedades en Calcha, se cabalgan gentilmente en sus llamas y sultanamente se marchan de allí y se avecindan en el susodicho campo, donde construyendo casas y demás adminículos, se establecen con toda comodidad y la cultivan, fundando un pueblo, que, con el tiempo vino a llamarse *Vitichi*, y que hoy es la Capital de la Segunda Sección de Nor-Chicas.

III

Pero, dirá el que me lea, este hombre promete hablar de Fr. Bernedo y nos endilga a Sancho Martínez, a su mujer y a otras cosas más. Paciencia, que aquí se viene el tal Fr, con permiso de su Excelencia.

Cuentan, entre otros, Martínez Vela, que hacia el año 1601, llegó a esta Imperial Villa de Potosí, *un santo varón viznieto* de no se quien, probablemente de su visabuelo, llamado Fr. Vicente Bernedo, el cual *poseía* inmensos hábitos de la orden de los domínicos, diez y ocho años y no se que otras cosas más de santidad, que a decir de todas las personas que aun lo recuerdan hoy día por sus hechos (no el de los Apóstoles), era un santo a carta cabal, como he dicho, que tenía la especial cualidad de tener *doble vista*, lo que en estilo espiritista, dirían los inteligentes, era un *medium vidente*. ¡Válgame el cielo, si entiendo yo de tales arrumacos!

Este tal señor o Fr. Bernedo, a su llegada aquí, se fué en derechura al convento dominicano o de domínicos, que ahora sirve de cárcel de los criminales, calle Cobija. ¡Lo que son los tiempos!

Bueno!.....como no se quien dice; y ¿qué hizo este Fr.? A qué vino aquí?—Hizo milagros, que rezan en sendas crónicas—Vino.....a vivir, y como era santo, impecable, fué adorado y respetado por el pueblo.

Y los que quieran averiguar más sobre la vida y hechos de este santo personaje en esta ciudad, abran esos librejos antiguos, y verán cosas muy edificantes, que yo me voy a lo que tengo dicho.

IV

Fray Bernedo, por sus virtudes, milagros y olor de santidad en que vivía, llegó a ser el querido con preferencia por el guardián de los de su orden, quien le concedía frecuentes licencias para ir y pasearse, por cualquier parte, con objeto de hacer penitencia.

En uno de estos paseos, acertó a llegar a la mansión de Sancho Martínez y su esposa, la bella María Paico, de los que fué después, su huésped obligado todas las veces que iba por aquellas tierras, donde fué tenido por oráculo por la fama de santo, que legítimamente adquirió por su bondad.

No permanecía completamente en casa de Martínez cuando iba por esos lugares, sino que prefiría habitar una gruta, que dicen, aun existe en las cercanías de Vitichi guardando, como reliquias, algunos objetos del uso personal de Fr. Bernedo. Allí se dedicaba, por largas temporadas, a la oración y penitencia, y la tradición conserva en el pueblo, episodios notables de su santidad.

En una de estas sus ausencias de la casa de Martínez, María dió a luz un niño, que en cambio le dio a ella la oscuridad eterna, es decir, que María se murió! En los instantes de su agonía, su esposo Sancho rogaba al cielo y a todos sus santos para que viniera Fr. Bernedo y salvara a su esposa. Pero ni aquellos le oyeron ni éste se dió por entendido, y no llegó a la casa sino después de cinco horas de la muerte de la indiana hermosa: encontró la casa anegada en llanto; el esposo se hacía calvo arrancándose los cabellos de dolor; la servidumbre se

desentripaba de aflicción; las aves de la casa tristemente gemían; los perros aullaban, y reinaba doquier espanto y desolación.

Fr. Vicente Bernedo, con la faz tranquila, bondadoso y humilde como siempre, cual ángel de amor y consuelo, se presentó a Martínez, quien airado y turbada la razón le injurió.

—¿Por qué me ultrajas Sancho? humildemente le interrogó el fraile.

—Porque eres un ingrato, que no correspondes al cariño que se te profesa ni a los servicios que se te hacen. ¡Eres un impostor! Mi pobre María ha muerto sin que hayas escuchado su llamamiento. Si eres santo, como haces creer a la gente ignorante, ¿por qué no viniste a salvarla? Impostor! impostor!

—Muerta? interrogó con calma Fr. Bernedo; muerta! vamos a verla, y diciendo se encaminó a la habitación donde María exánime estaba en un lecho. Después de examinar largo espacio el cadáver Fr. Bernedo, con las mejillas encendidas y despidiendo por los ojos una luz misteriosa, como hablando consigo mismo dijo: No está muerta.....

—Qué dices, Bernedo? preguntole Martínez.

Y aquel, como si recientemente notara la presencia de éste, contestole: No está muerta, he dicho.

—Dices la verdad?

—Vas a convencerte; y tomando la diestra del cadáver, e imitando el pasaje bíblico de Jesús dijo: «María, levántate» y dos minutos después María, volvió a la vida, asombrando a todos los estantes de la casa, especialmente a Sancho, que no comprendía ni se daba cuenta de lo que le pasaba.

Un instante después, Martínez quizo dar satisfacción y pedirle perdón a Fr. Bernedo, por el bofetón que cobardemente le había dado; pero éste no le dió tiempo y proféticamente le dijo:

—En castigo de la desconfianza que has tenido en Dios, tendrás numerosa descendencia, y tus vastas propiedades no abastecerán para ella, y serán divididas en infinitas partes, como la arena del mar!.....

V

Han pasado los siglos y con ellos las generaciones. La profecía de Fr. Bernedo se ha cumplido y cumplirá aun.

Según las apuntaciones que tengo a la vista, los descendientes del Capitán español Sancho Martínez y la bella indiana María Paico, se han multiplicado en toda esa estensa llanura, conocida hoy con el nombre de Vitichi, capital de la 2ª Sección de la provincia de Nor-Chichas; cultivada primitivamente y fundada por Sancho Martínez y su esposa, descendencia que sigue multiplicándose, hasta el estremo que las propiedades dejadas por sus progenitores, se han dividido infinitamente, y de un terreno de treinta metros, son propietarios diez familias. Y el que quiera, puede averiguarlo en el mismo pueblo.

Potosí, abril 28 de 1895.

PEDRO B. CALDERÓN

Cuentos de ultratumba

De cómo un espíritu confiesa su delito.

I

Los anales de esta Villa Imperial de Potosí, abundan en cuentos de brujas, endemoniados, almas en pena, diablos arquitectos y constructores de puentes, como el de Yocalla, por ejemplo, obra, según dice la crónica, de uno de estos malignos espíritus, que en aquellos tiempos de antaño, se andaban por estos mundos muy sueltos de cintura, haciendo travesuras, por supuesto, no inocentes, y dando sustos y petardos hasta a los más valientes.

Pero no sólo la crónica de esta Villa, abunda en esta clase de sombrías y tenebrosas leyendas, sino que, todos los países, tienen sus cuentos, mas o menos lúgubres, en los que la imaginación supersticiosa ha tenido no poca parte.

Felízmente en este siglo, de luz y progreso, de la electricidad y el vapor, como cualquier vecino lo dice, ya no se nos presentan endemoniados, brujas, apariciones, diablos, ánimas en penas, ni cosas que se les parezcan, porque sin duda, nuestra *ilustración y alta sabiduría*, los ha puesto en derrota; aunque según me dicen por ahí, ya vuelven otra vez a la carga, y en un plan más serio, trayendo por escudo a la Filosofía y a la Ciencia.

¿Se me comprende? No? Si es muy claro: hablo del *Espiritismo*, que tan en boga se encuentra hoy, y que está dando en qué pensar a más de un millón de *caletres* graves, inteligentes y serios, y día a día se van publicando sendos libros filosóficos sobre esta máteria, y otros, esperimentales, llenos de hechos maravillosos, admirables, sorprendentes, que hacen crispar los nervios, y a la sóla lectura de ellos, se cree que uno de aquellos habitantes de la otra vida, se nos vá a presentar en *cuerpo y alma* y nos va a dar un sustarrón..... horrible, y peor es el susto si el lector es *medium*, que es el brujo *científico* de esta nueva ciencia, según dicen los baqueanos en esta materia.

Pero, dejando *Espiritismos*, *mediums* y otras cosas semejantes, paso a contar de un espíritu, que por los años 1790 y tantos, vino a esta Vilja de la otra vida, a hacer una confesión, sin necesidad de *mesas parlantes*, *cadenas magnéticas*, *mediums* ni otras cosas del estilo. Vino muy sencillamente, como vamos a ver.

II

En sus tiempos felices los habitantes de esta Villa tenían la costumbre, agradable por cierto, de hacer paseos los domingos de enero y febrero a las lagunas, especialmente a las de San Sebastián y San Ildefonso. En estas correrías ostentaban soberbio lujo, tanto en sus personas como en los arreos de los briosos corceles que montaban, y el anfitrión era el que se portaba con más fausto y rango. Basta decir que a uno de estos, un paseo a las lagunas, le costó cinco mil y tantos pesos de a ocho reales, muy poca cosa para los ricos de entonces.

En el año a que aludimos, la señora Francisca Veramendi, respetable mujer, por su riqueza, algo *jamona* y creo que era también solterona, que no lo aseguro, invitó a toda su *clientela* de amigos a un paseo a la laguna de San Sebastián el tercer domingo de enero del susodicho año de 1790 y tantos.

Día antes del paseo, que no hay necesidad de decir que era sábado, toda la servidumbre de doña Pancha se ocupó en llevar a dicha laguna, apetitosos manjares, bebidas esquisitas y variadas y la vajilla más fina de oro y plata de la tal señora. Entre los objetos de servicio y de más valor había una bandeja, que solo salía de la alhaccna de la señora los días solemnes, como éste, y en los que se repicaba con la campana más grande de la Matriz. La tal *palanganita* era de oro, con el peso de diez libras; toda ella con adornos hechos hábilmente con buril, y en los que con simetría habían colocadas varias piedras preciosas; y en esto consistía su valor y mérito. Era una obra hecha por manos hábiles, por tanto, codiciada por todos.

Entre los convidados al paseo; estaba doña Joaquina Villaverde, solterona, de unos cuarenta y cinco años de edad, y algo habladora, fastidiosa por lo mismo, y no muy bien querida, porque de todos hablaba mal, como muchas que yo conozco, sin ofender a nadie. Esta señora, era la que más elogios y alabanzas, había prodigado a la palanganita. Ventajas que dá el ser rico y bonito.

III

La noche se vino encima, con desagrado de nuestros paseantes. que creyeron que de envidiosa, se apuró en llegar a turbar su alegría y algazara; y descontentos, no tuvieron más recurso que volverse a la Villa.

Al día siguiente fué sorprendida doña Pancha con la noticia que le dió su servidumbre de que la *palanganita* se había perdido. Imposible era creer en esta pérdida entre gente tan honrada, como la que concurrió al paseo. Y doña Pancha creyó fírmemente que los críados eran los autores de tan trasendental robo, y para escarmentarlos, les dió sendas palizas, tratando de obligarles a que declaren la verdad.....y nada. Los pobres infelices criados sufrieron las azotainas sin entregar la palan-

ganita. Todo fué en vano: recurrió a las *decidoras de la buena fortuna o adivinadoras; a las naipeadoras* y etc. y el objeto robado permanecía oculto, no obstan estas cosas y otras pesquisas y averiguaciones que se hicieron, hasta que la buena doña Pancha se cansó de investigar y se declaró vencida.

Pasaron algunos meses, y la palanganita se quedó en el olvido, abandonada a su suerte.

Una noche doña Pancha estaba con visitas, entre las que había algunas personas de las que asistieron al paseo a las lagunas; y como siempre sucede, se acordaron de la palanganita y la canversación recayó sobre ella.

—Yo no se por que creo, y Dios me perdone, dijo, una vieja haciendo la señal de la cruz, con una voz de pollo trasnochado, que la Joaquina se zampó la palanganita.

—Y yo creo lo mismo, graznó otra como la anterior, que para más señas, tenía una naríz de cuervo.

—¿Y cuando volverá doña Joaquina?, pregunto un joven.

—Se ignora, contestó la dueña de casa; por que según noticias que tengo de Chuquisaca, su salud está empeorando, y ni aquel clima le ha sentado bien, y parece que su viaje ha sido inútil....

Interrumpiola un sonido sordo, estraño, producido en la puerta, que se hallaba cerrada por precaución al frío. Todos se miraron, se estremecieron; los cabellos se les erizaron, y ni el más valiente osó chistar, y mústios y pálidos, quedaron en silencio.

Repitióse el ruido con más fuerza y más estraño aun, y los más tímidos, cayeron unos sobre otros de miedo. Abrese la puerta, y se presenta una sombra, un fantasma negro; y extendiendo sus demacradas y largas manos hacia doña Pancha, pronunció estas palabras con acento cavernoso:—

—«Yo soy la que en esta vida me llamé Joaquina Villaverde, y y vengo a hacer ante ustedes una confesión desde la otra vida, donde Dios ya me ha llevado hace dos horas. Yo ordené a uno de mis criados que robara la palangana; perdonadme, Panchita; rogad y orad por mí», y desapareció con estrépito.

Dos días después, se supo que, efectivamente, había muerto en Chuquisaca doña Joaquina Villaverde la misma noche y dos horas antes que hizo su aparición en casa de doña Pancha.

El susto de los visitantes fué superlativo, tanto que ninguno se movió de su asiento toda aquella memorable noche, y por largo tiempo, fué objeto de conversaciones en la Villa la aparición y confesión de doña Joaquina Villaverde.

CUMPLIMIENTO DE UN COMPROMISO DESDE ULTRATUMBA

I

A fines también del siglo pasado, llegaron a esta Villa dos jóvenes sacerdotes procedentes de España; modelos de virtud y caridad, que ejercían su sagrado ministerio tal como Jesucristo ordenó y enseñó a sus discípulos.

Se amaban como verdaderos hermanos; en un mismo día habían empezado sus estudios, y en el mismo mes recibieron la orden sacerdotal. Salieron juntos de su patria, y vinieron por estos mundos a ajercer su noble misión, no impulsados por la ambición, sino guiados por el deseo de hacer el bien y practicar la caridad, como lo hicieron, según dice la tradición.

A los dos años que estuvieron en esta Villa, siendo objeto de cariño de los habitantes, recibió uno de ellos la orden de marchar inmediatamente a una misión a las fronteras de Tarija.

Fué dolorosa la separación, tanto más si se tiene en cuenta que en aquellos tiempos las misiones, eran más peligrosas que en estos.

Noche antes de la partida, el sacerdote que aquí se quedaba, dijo al otro: «En caso que tuvieras la desgracia de perecer; ¿cómo sabré que has muerto?

—Mis compañeros te escribirán.

—Ya lo se; pero eso tarda mucho, y las cartas están espuestas a extraviarse.

—No imagino, entonces, otro medio.

—Yo, sí; y consiste en que ahora formemos un contrato escriturado, por el que nos comprometamos, el que muera primero, a venir a participar al vivo su muerte con estas sólas palabras: hermano, hay eternidad.

Y dicho y hecho, formularon el contrato en ese sentido.

II

Pasaron cuatro años. El sacerdote misionero continuaba en su comisión y el otro en ésta.

Una noche, el sacerdote que se quedó aquí, no podía conciliar con el sueño; tenía una agitación sin causa; era presa de multitud de pensamientos, que se le agolpaban sin coordinación, parece que presentía algo, algo que no se daba cuenta qué era.

Serían las dos y media de la noche, cuando oye un ruido estraño a su alredor; fija su atención, y el ruido era más continuado, semejante al crujido de una mesa cuando se le arrastra. Iba a rasgar su pajuela, cuando escucha tres palmadas sobre la mesa, y en seguida oye pronunciar, clara y distintamente estas palabras:—«Hermano, hay Eternidad», y cesó el ruido y la estancia quedó en absoluto silencio.

Inmediatamente recordó el compromiso que había hecho con su compañero; se levantó de la cama y desatando un lío de papeles, se puso a examinarlos.

Después de un momento de trabajo, halló un pliego cerrado y sellado; lo rasgó y lo leyó; era el contrato firmado por él y su compañero.

Al día siguiente se presentó llevando luto, y cuando le preguntaron la causa, respondió: mi compañero, que fué a la misión, ha muerto; él mismo ha venido a avisármelo anoche.

Nadie le creyó; pero pocos meses después, se confirmó la noticia de esa muerte por las cartas venidas de los frailes, que formaban parte en la expresada misión.

Potosí, mayo 21 de 1895.

EMILIO FERNÁNDEZ C.

UN GENERAL ROBADO

(Episodio de la Guerra de la Independencia).

Antes de los grandes triunfos, que al finalizar el año 1824, dieron también fin, con la dominación de los españoles en América, el suelo del Alto Perú, se vió regado con sangre, más que nunca, en el curso de aquella gloriosa lucha y fué el escenario de hechos heroicos, que ponen de relieve el valor y constancia de los titanes, que tomaron parte en ella.

Los fieles vasallos de Fernando 7° se batían con el valor de la desesperación, y los patriotas con la intrepidez de hombres que quieren ser libres y que caracterizó a los fundadores de nuestra patria.

A los realistas se les derrumbaba ya, el terreno que pisaban. Nubes de guerrilleros, brotaban de nuestro glorioso suelo, picaban la retaguardia de los ejércitos, cortaban los víveres, mantenían en contínua alarma los campamentos y desaparecían, sin que aquellos pudieran darse cuenta, ni de donde habían salido, ni donde iban a parar.

A esto se agregaba el rompimiento a que habían llegado los Generales españoles Valdez y Olañeta, que hizo que descuidando al enemigo común se ocupasen sólo de sus rencillas personales y de hostilizarse recíprocamente, con gran contentamiento de los patriotas que aun llegaron a tomar partido con uno u otro a fin de que se destruyesen más pronto.

Entre los que apoyaban a Olañeta, figuraba el famoso guerrillero patriota, don Pedro Arraya con una columna de la provincia de Chichas, es decir, de los mejores soldados de nuestros tiempos gloriosos.

Era este caudillo el tipo del Chicheño; infatigable a pie, centauro a caballo y sobrio e intrépido siempre. Entre otras varias proezas cuéntase de él: el asalto dado en 1816 a la guarnición de Tupiza que constaba de 500 hombres, con sólo cien jinetes, donde cayó herido Arraya y fué salvado por el heróico arrojo de un compañero suyo, de apellido Salinas, que notando ya en el campo, que su jefe había quedado entre los muertos, volvió grupas, penetró impávido en la plaza, cogió el cuerpo exanime de su amigo y partió con él al galope; antes de que los asombrados españoles, pudieran comprender lo que hacía.

El General Valdez después de tomar Potosí, en el mes de julio de 1824, pasó al Sud, dejando de gobernador en aquella plaza, al General José Carratalá con 200 hombres de guarnición.

Don Pedro Arraya entretanto ocupaba con su tropa el pueblo de Puna, distante 10 leguas de Potosí. La noche del 14 de julio formó su escuadrón, escogió cuatro soldados de confianza y partió con ellos en dirección a la ciudad, llegando a los suburbios de Potosí al amanecer, habiendo logrado con su astucia de montañés, burlar la vigilancia de las avanzadas.

Dirigiose con serenidad completa al palacio que ocupaba Carratalá, franqueó la entrada, fingiéndose portador de pliegos urgentes, y dejando un soldado en la plaza, otro en la escalera y un tercero en el salón, con orden de hacer fuego a cualqniera que apareciese en actitud hostil, penetró al dormitorio del General, que dormía a pierna suelta muy confiado en la vigilancia de sus tropas.

Despertó Arraya a Carratalá y le ordenó vestirse previniéndole que era hombre muerto, si daba alguna voz de alarma. Empezaba apenas el soñoliento General a hacerlo, cuando sonó un disparo próximo que obligó a Arraya a tomar a su prisionero del pescuezo y arrastrarlo fuera.

Veamos entretanto cual había sido la cómica causa del disparo, que estuvo a punto de dejar frustrada la arriesgada empresa.

El soldado puesto de centinela en el salón, había avanzado dos o tres pasos y vió, que por una ventana lateral, aparecía otro soldado igualmente armado; preparó entonces su fusil, operación que fué simultáneamente ejecutada por su contrario, apuntó lo que también hizo el otro y se apresuró a disparar; pero con gran asombro oyó tan sólo un ruido de vidrios rotos. Era su propia imagen reflejada en un espejo la que había tomado por un enemigo. [1]

Arraya salió arrastrando al infortunado General, lo montó en la grupa de su caballo y partió antes de que las tropas de la ciudad, pudieran darle oportuno socorro. A las dos leguas encontró ya su escua-

---

), No se crea est ; El mismo soldado de apellido Pereira relató el hecho al padre del que fneas escr ,

drón que obedeciendo sus órdenes había marchado a darle alcance y proteger su retirada.

Algunos días después el pobre General, robado de su cama por Arraya, fué devuelto al General Valdez.

Los hechos como éste y no raros por cierto, durante la guerra de los 15 años, dan idea del temple de alma de los que nos legaron Independencia y Patria.

Agosto 1894.

DE TOMAS O' CONNOR D' ARLACH

EL DIABLO DE CORREGIDOR

Endiablada es la tradición que voy a contar, pero ella es la purísima verdad, y el que la ponga en duda puede consultar las crónicas de Potosí, y caso de no dar crédito ni a las crónicas, puede preguntarlo a los sencillos vecinos de Paucarcollo, y si duda del testimonio de éstos, apele a la palabra de los habitantes de ese lugar a principios 1600 que a fe han de tener la *memoria fresca*.

Y basta de introducción y *adelante con los faroles*.

Cerca de Puna existe un pueblo llamado Paucarcollo, célebre por haber sido gobernado durante siete años por su Majestad Cornuda en persona, allá en los primeros tiempos de la conquista.

Pues, señor, un día de esos, se presentó en el mencionado pueblo un caballero de capa colorada, a tomar posesión del Corregimiento, con despacho en forma del mismo Virrey de Lima; visto lo cual se le entregó el mando sobre la marcha.

Nadie sabía quién era ni por dónde había venido, aun que él protestaba ser de raza española; y se daba todo ese tono y ese aire de alta importancia que se dan, cuando les sopla el viento de la fortuna, los que nada valen y de ello tienen conciencia.

Poco tiempo tardó para que los vecinos empezaran a sospechar que su nuevo Corregidor era el mismo Diablo; y sus sospechas crecieron cuando observaron que la daba de beato, aunque sin querer nunca penetrar en la iglesia; pues no oía misa ni en los días de fiesta; aunque él mismo se colocaba en la puerta del templo, los domingos, y apuntaba en un libro, (*rojo* había de ser, puesto que era del Diablo) a todos los vecinos que no iban a la misa, a los que después, les hacía aplicar 50 azotes en la plaza pública, por esta falta y para corregir la indevoción, como él decía.

«El, entre tanto, dice Walker, se paseaba a largos pasos por la plaza frente a la parroquia, mirando al soslayo a la puerta, envuelto en los anchos pliegues de su capa colorada».

Fiscalizaba hasta la vida privada de todas las personás, y era tan excesivamente severo con los pobres indios, que ya los tenía desesperados. Jamás aflojaba la capa roja y bajo de ella un gran sable, que es el arma favorita de los diablos. Visitaba a todos los del lugar, menos al cura, pretestando que no era de sus mismas opiniones en política.

Muchas veces se había pensado en hacer una revolución para derrocar a tan odioso Corregidor, pero apenas un individuo pensaba en esto cuando ya estaba preso; así es que el Corregidor infundió tal miedo en el lugar, que ya todos se conformaron a soportar tan endemoniada tiranía.

En tal estado se hallaban los infelices habitantes de Paucarcollo, cuando un día, y como caido del cielo, llegó un santo misionero, al que con la mayor reserva del mundo, algunos honrados vecinos manifestaron sus sospechas respecto del maldito Corregidor.

—Hijos míos, les dijo el religioso: puede ser que efectivamente vuestro Corregidor actual sea el mismo demonio en figura humana y que Dios haya permitido que él os gobierne, a él entregandoos por vusstras culpas.

Lo mejor es hacer penitencia para que Dios se digne libraros de él, y gracias a que estamos bajo el gobierno del Rey nuestro Señor, que bajo el régimen monárquico, el Diablo puede aspirar a ser Corregidor cuando más; pero yo os profetizo que día vendrá que en estos paises de América desconozcan la autoridad paternal de los reyes de España y reclamen la república: entonces, hijos míos, el *rabudo* no se contentará con un humilde corregimiento y aspirará a puestos mejores, en las repúblicas de esta América española».

Al día siguiente de esta conversación, el misionero que no sabía qué pensar a cerca de este misterioso Corregidor y de las mil diabluras que a él le habían contado los vecinos más respetables del pueblo, resolvió encaminarse a visitarle y observarle atentamente.

Encontró al señor Corregidor que era de elevada estatura y de larga barba, paseándose en su salón, siempre envuelto en su capa roja; se sentó junto a él después de saludarse ambos muy cortesmente, y como le sintiera cierto olor a azufre, de golpe le leyó un exorcismo cuando él menos lo pensaba. «Hubo un trueno terrible, dice la crónica: una llamarada de fuego salió de la tierra y el Corregidor, convertido en lo que realmente era, se hundió en ella».

Todavía se vé la piedra partida, por donde, juran todos los habitantes de Paucarcollo, que el Diablo se volvió a los infiernos, después de haber estado allí siete años de Corregidor.

Conclusión—Cuando algún diablo, no de más que por puro diablo, intente subir a la primera magistratura, en cualquier república de la América libre, léale el pueblo soberano un exorcismo, que de fijo se irá en el acto, donde se fué el Corregidor de Paucarcollo.

Tarija, febrero 11 de 1874.

DE ANGEL DIEZ DE MEDINA

DON ANTONIO DE ITA

No se si alguien haya escrito y publicado lo que mis lectores habrán de ver en seguida, o si el proceso que me ha servido de argumento, ha permanecido cubierto de polvo y condenado al olvido, entre los pergaminos de nuestro Archivo Nacional.

Alguien me ha dicho que ha visto en letras de molde esta tradición, contada por yo no se que escritor. Alguien, por otra parte, me ha prometido no ser ella conocida sino de oidas.

De cualquier modo que sea, es el caso que mi amigo el Dr. Samuel Achá, Director del Archivo y hombre no poco amante de las bellas letras, se ha dignado poner en mis manos un espediente de hojas amarillentas, aunque cuidadosamente conservadas, cuya lectura me ha causado vivo interés y cuya singularidad me ha sugerido la idea de escribir este mal emperejilado articulejo que, con el permiso de ustedes, lo lanzo a la luz pública, confiando en la benevolencia de mis lectores, como se estila decir por los escritores cursis, que no escaseamos por estos mundos de Dios.

I

Allá por el año del Señor de 1797, cuando nuestra patria se hallaba aun registrada entre las colonias sujetas a la dominación del Reino de España, llegó a la célebre y populosa Villa Imperial de Potosí, un apuesto mancebo, al parecer muy joven, de mediana estatura y de rostro más fresco y rozagante que un albérchigo recien madurado y más lampiño que la palma de sus manos, lo cual no amenguaba en nada lo varonil de su porte ni lo simpático de su conjunto. Era un galleguito, como se usaba llamar por esos tiempos a todo hijo de las Españas, listo, vividor y capaz de hacer perder la chabeta a la más empingorotada criolla.

Español y bien recomendado, era natural que se alojase en casa del señor Gobernador, donde, a causa de lo exhausto de sus bolsillos [los del mancebo, no los del Gobernador, que si algo tenían de relleno los gobernadores de esos buenos tiempos era la bolsa], se constituyó en un miembro de la familia de esta real autoridad, viviendo dos largos años a costa y expensas de ella.

Pero, como a todos les llega su San Martín, cayole también el suyo a Don Antonio de Ita, que así se llamaba el mocetón, y se enamoró probablemente de Doña Martina Vilvado y Balverde, natural de Cochabamba, robusta y gallarda moza, como todas sus paisanas, pues terminó por contraer con ella el santo sacramento del matrimonio en la

Iglesia Matriz de la Villa, previas todas las solemnidades y jolgorios que por entonces se estilaban. El cual matrimonio trajo consigo los comentarios a que esta clase de acontecimientos suele dar lugar entre las malas lenguas, tanto más listas a la murmuración, cuanto que era versión que los dichosos contrayentes, habían antes de casarse, mantenido ciertas relaciones poco, o mejor, nada permitidas por nuestra madre la Iglesia.

Luna de miel sin menguantes, parecía la vida de estos buenos cónyuges, durante los primeros dos años. Todo les iba en arrumacos y en pasar las horas muertas, ocupados en causar la envidia de dueñas y vecinos, tan dichosos parecían y tan enamorados.

Mas, como la necesidad tiene cara de hereje y las tiernas palomas no podían vivir de puro amor por muy robustas y férvidas que fueran, y como, por otra parte, no disponían de muchos recursos, resolviéronse ir a buscarlos en otras tierras y con tan honesto fin se dirigieron a esta histórica ciudad de La Plata, donde el nombrado Don Antonio de Ita, después de un año de permanencia al servicio de S. E. el Gobernador Zamora, cató el puesto de Administrador del pueblo de la Magdalena en la Provincia de Mojos, en el cual pueblo, pasó otro año justo.

Pero los meses volaban y como, probablemente, también en tiempo de sus altezas Reales de España se devengaba sueldos, sucedió que Don Antonio se vió obligado a encaminarse otra vez a esta ciudad de La Plata, con el objeto de reclamar ciertos haberes que las Reales Arcas le adeudaban.

Entre tanto ¿sabrá el lector los lances y peripecias que a la pareja Ita acontecieron? ¿Sospechará, acaso, cuantos nublados pasaron por el cielo de su vida conyugal? No lo sabe, sin duda, ni lo sospecha; pues lo mismo pasa con el que estas crónicas escribe. Mas, es indudable que hubo camorra, y camorra gorda, por más que estos antecedentes de lo que vendrá después, no cursen en autos. En cuatro años de matrimonio ¡cuántas cosas pueden suceder! ¡Cuántas serían las que acaecieron a los Ita!

Pero con menos reflexiones y más datos, vamos al grano.

II

Sucedió, pues, que en octubre de 1803 y cuando menos lo esperaba el bueno de Don Antonio de Ita, se presentó Doña Martina Vilvado y Balverde ante la justificación del Excmo. Señor Presidente de la Real Audiencia de Charcas, Don Ramón García Pizarro, Caballero de la Orden de Calatrava, Capitán General en su distrito y Gobernador Intendente de la Provincia de la Plata, pidiendo se enjuicie a la persona de su esposo, Antonio de Ita, por el delito de disfraz en el vestido y ocultación de su sexo, motivo por el cual había entablado ante los jueces eclesiásticos, el correspondiente juicio de nulidad.

Antonio de Ita, según su esposa, era mujer y archimujer. Y en prueba de su aseveración azás comprometedora, aparece haciendo a la respectiva autoridad, revelaciones que pasan de castaño oscuro y que no son para estampadas en letras de molde. Ahí es nada lo de la falta de descencia y lo del voto de castidad de que hablaba Don Antonio con edificante unción a su amada costilla.

Aquello fué una bomba. La policía, en virtud de órdenes superiores, cató a Don Antonio y lo llevó de las orejas ante los estrados de la Real Audiencia. Y siguió a esto lo de las citaciones y comparendos, declaraciones e indagatorias de que hablan los códigos! Había que saber si lo que la Vilvado afirmaba era cierto, y, caso de serlo, qué crímenes o motivos habían traido al buen Ita a estas regiones, abandonando la madre patria y cambiando de traje, de nombre y, aparentemente, de sexo.—El esposo de Doña Martina de Vilvado ¿era una mujer? Imposible!

Mas he aquí que los doctores don José Gregorio de Salas y don Diego de Juano, médicos y cirujanos de la ciudad, confirman la cosa y declaran, aunque haciendo notar ciertas especialidades poco naturales en la persona reconocida, que don Antonio de Ita era mujer cabal, completa y bien acondicionada.

¿Es esto posible? exclamará el lector, como exclamaría probablemente el Excmo. Señor Presidente de la Real Audiencia, Caballero de la Orden, etc., cuando ordenó la inmediata declaración del acusado para proceder luego a la averiguación del misterio o del crimen que se ocultaba en este embrollo. Recibióse la indagatoria al de Ita; habló éste largo y claro como cursa en autos; algo se aclaró; pero la autoridad que no daba, como era natural, plena fe a las declaraciones del acusado, ordenó que se le tenga preso y bien seguro, mientras lleguen de España, a donde se dirigió pidiendo datos y pruebas, los documentos que hagan conocer al misterioso don Antonio en su verdadera faz, condición y aun sexo.

Y también fué asegurado el infeliz, que siguiendo las prácticas, un tanto salvajes, que hasta tiempos bien avanzados han subsistido, se le condenó a no ver luz, ni respirar aire puro, ni hablar con nadie, ni moverse en dirección alguna, gracias a la presión de los *grilletes* que abrieron brecha, y honda, en sus robustas, blancas y bien contorneadas pantorrillas. A tal grado dura fué la prisión por él sufrida, que el defensor de reos apiadado al ver la situación del pobre acusado de un delito desconocido, pidió piedad en nombre de sus sentimientos humanitarios para el de Ita. Fué en virtud de esta intercesión que se le permitió ver la luz, recibir a las personas que querían buscarlo y hacer menos pesada la vida del preso, que se alargó más de lo esperado, pues trascurrió en todo lo referido, un año casi completo.

Entre tanto, la esposa que se decía burlada, olvidó probablemente a su cara mitad, o se gozaba en sus sufrimientos.

Cierto día el Alcaide de la Cárcel pública, presentóse dando parte a la Gobernación, de la fuga de nuestro preso, quien tomó el portante

por una pared que comunicaba con la cárcel de mujeres, cárcel que estaba, como todas las de Bolivia, entonces Alto Perú, en un deplorable estado de ruina. Y fugó tan diestramente el de Ita, que no quedó huella de su paso por ninguna parte, ni se supo más de su paradero. De zanjar pleitos, así.

III

Mas ¿quién podía adivinar que poco tiempo después llegarían los esperados documentos, concernientes al fugitivo? Y llegaron ellos, consistiendo en una declaración de la madre de éste y de algunas certificaciones de las superioras de varios conventos.

Antonio de Ita no mintió en lo que había declarado ante sus jueces. De esa declaración y de los papeles venidos de ultramar, sale claro, u oscuro, según como se entienda, lo que paso a referir.

IV

Allá en las postrimerías del siglo pasado, existía en la villa de Colmenar de Oreja, distante cuatro leguas de la del Oso y del Madroño, don José Ita y doña Felipa Ibañez, padres de algunos hijos, entre los que se contaba a María Leocadia Ita, una muchacha no mal parecida ni muy bien inclinada, según resulta del curso de la presente historia.

Sabido es que, para las gentes de antaño, no había dicha más cabal, que tener eternamente rodeada de los infranqueables muros de un convento, alguna hijita que pase su vida ocupada en buscar la eterna bienaventuranza para su alma y para los de sus deudos y progenitores.

Pues, doña Felipa y su digno marido don José, resolvieron dedicar a su Leocadia a tan santo estado y sin preguntarle su vocación, que a buen seguro no era la monacal, pusiéronla la toca, cortáronle el cabello y.....a vivir y orar en el convento de *Franciscas*, donde logró ingresar gracias a la valiosa influencia y protección de una noble dama de alto coturno, lo señora duquesa viuda de Medina-Celi.

Diez y siete años tenía cuando tomó los hábitos monjiles en el susodicho convento, donde no llegó a profesar, pues, pasado poquísimo tiempo, la Madre Abadesa la despidió bonitamente, haciendo como todas las mujeres de vida edificante, mil misterios respecto al motivo que la obligó a poner de patitas en la calle a la buena monjita.

Forzoso fué pasarla a otro convento y forzoso le fué a la Superiora de éste, imitar el ejemplo de su colega del de *Franciscas*. De Nuete, donde estaba radicada esta santa casa, pasó a otra de Colmenar de Oreja; de ésta a la de Santa Juana, distante cinco leguas de la Corte, y por último a otra de Segovia.

Testarudo como un aragonés debió ser el papá de la doncella, cuando después de tantos desahucios y expulsiones, volvía a romper el cántaro contra la piedra, queriendo hacer de su hija una monja a palos.

Entre tanto las murmuraciones comenzaron y crecieron. Quién decía que la dichosa Leocadia, era algo alborotada y maliciosilla; quién que la habían despedido por ser muy propensa a inquietar a las buenas monjitas, sus compañeras; quién que las abadesas habían descubierto que era una monja que parecía monje: quién que era un hecho la versión de habérsela sorprendido requebrando como un varón, y de los más troneras, a tal cual novicia en olor de santidad. La verdad es que aquello fué un escándalo y hubo justo motivo para que la conciencia de la exclaustrada, así como la de sus padres, se sintieran inquietas y mortificadillas.

Pero el caso es que la tal Leocadia, parecía el más retuno de los mozos de su pueblo. Viviendo en compañía de una hermana suya, alzó cierto día el vuelo, sin decir abur a los vecinos y se marchó sola y resuelta hasta la Santa Sede Romana, con el objeto, según ella afirmaba, de salvar ciertos escrúpulos y cargos de conciencia muy reservados y muy públicos, como que eran los provenientes de sus múltiples exclaustraciones.

Habló con la gente del palacio pontificio, ocupose algo del asunto Su Santidad; algo gordo y notable reveló la ex-monja, en fin sucedió no se como, no se que, lo cierto es que el Penitenciario de la Lengua Castellana Fr. Pedro Ramos Aragonés, le hizo la solemne notificación de la siguiente orden papal que es de *primo cartello*: Su Santidad la declaraba hombre y medio, pues le prescribía llevar constantemente el traje de varón, bajo los apercibimientos de ley.

Y cuidado que las órdenes del Sumo Pontífice cumplianse en esos tiempos al pie de la letra! No eran nuestros abuelos, rebeldes y liberalones como han salido sus nietos.

Ajustose la doncella de Colmenar de Oreja el bien armado frac de esas épocas; calose el apretado pantalón, cubrió su cabeza con descomunal sombrero, y a vivir:

Tengo el honor de presentar a mis lectores, a Don Antonio de Ita, caballero español, fidalgo y sumiso vasallo del Reino Ibérico.

Ita se fué a Barcelona. Cierto Obispo llegó a saber que era una hembra el tal hombre. Lo tuvo preso [y perdón por el masculino] y sólo después de la muerte del nombrado Obispo, volvió a la libertad.

Pero, hay que creerlo o reventar. La tal hembra era hombre alegrón, enamoradizo y aficionado a las hijas de Eva, como el que más. Así lo declara su buena madre, firmemente convencida de que su niña era niño. ¿Y quien no se convencería si resultara la chicuela, y esto antes de su viaje a Roma, haciendo el oso a una tal Rita Benedicto, vecina de la Corte de Madrid, burlándose de ella como un maladrín y dejándola con un palmo de narices, perdida la honra y muerto el recien nacido a poco de ver la luz? Pues lo cuento como lo cuenta la madre del pícaro Antonio, aunque no con las frases claras, lisas y desnudas que la bendita señora emplea.

Calaverón y pendenciero decían que era el tal Antonio. Después de burlarse de la malaventurada Rita, la cual murió de resultas de su desgracia, cate Ud. ahí que en Cádiz, ya desempeñando correctamente el papel de varón, resulta que Vicenta Arias de Reina, le forma querella, y querella en forma, tratando de obligarlo a matrimoniarse, en virtud de igual razón que la que podía asistir a la difunta Rita.

Así lo cuenta la madre, más sin garantizar la verdad del hecho en sí, pues también sólo habla por referencias. Tan mayúsculo trapicheo obligó al Tenorio de nuevo cuño a dejar la patria, levantar anclas para Montevideo, y pasar, después de algún tiempo y pocas peripecias, a la Imperial Villa de Potosí, donde le ocurrió lo que el lector conoce.

V

No se si la Curia Eclesiástica declaró nulo o válido el matrimonio de Antonio Ita con Martina Vilvado. Lo presumible es lo primero, una vez que el recónocimiento médico y la confesión del acusado lo declaraban mujer, aunque inclinada a hombre, *no a los hombres*, como «*las demás mujeres de su sexo*», que diría el palurdo del cuento.

Farsa y fraude, de los de mayor cuantía, debió ser lo de la Rita y lo de la Vicenta, a que alude doña Felipa Ibáñez y con la que sin duda quisieron engatusar a la madre y a la hija. De no serlo.....vaya U. a desenmarañar este enredo!

Mujer era y bien mujer. Entre tanto lo antes relacionado, con muchos detalles que omito por no ser muy edificantes en la forma, revelan curiosidades dignas de estudio y de comentario. Pues si señor; creer o reventar. Antonio de Ita, monja, varón, soltero, calavera, casado y mujer eran seis personas distintas y una sola verdadera: Doña María Leocadia, hija de Don José Ita y de Doña Felipa de Ibáñez, residentes en Colmenar de Oreja.

Cuéntase que, desde entonces, [aunque esto ya no cursa en autos] cuando Doña Martina Vilvado y Balverde veía a algun españolito boquirrubio y carilimpio, dedicando sus requiebros a cualquiera moza del lugar, solía señalarla con el dedo y exclamar con la más compasiva de las sonrisas: ¡Si no se llevará una burla la criollita!

DE EMILIO FERNÁNDEZ

LA SERENATA DE ROBLES

La historia que me propongo narrar, ha llegado a mi tan incompleta, que por más investigaciones que al respecto he hecho, no he podido saber el año fijo en que ocurrió y por tanto tampoco puedo decir quien estaba entonces de Corregidor en la Imperial Villa de Potosí donde ocurrieron los acontecimientos de ella; pero como ni el nombre del año, ni del señor Corregidor, que por cierto sería de muchas campanillas, vienen al caso a mi cuento, paso a referirlo pidiendo mil perdones a mis lectores, por esta involuntaria omisión.

I

En el siglo XV y en la época en que de las famosas minas de Potosí, de universal nombre, brotaba un torrente de riqueza que corría a la Metrópoli y que acabó por causar la desgracia de ésta, hubo en la coronada Villa, un notable casorio, que trajo revuelto al vecindario y que dió que hablar por mucho tiempo.

Don Esteban de Alcaraz, se unió con indisolubles lazos a una bellísima criolla llamada Mercedes García. Dió que hablar el casorio, por que Dn. Esteban era un viejo que tenía sus buenos cincuenta inviernos y aunque lo rejuvenecían sus otras tantas talegas llenas de pesos del rey, era no obstante suficientemente antipático.

Mercedes García era bellísima; describirla, sobre ser superior a mis fuerzas, sería sumamente difícil y el lector suplirá mejor esta falta imaginándose, una de aquellas criollas que reuniendo en su persona toda la sal española al fuego americano, son capaces de hacer perder la chaveta a cualquier hijo de vecino por indiferente que sea.

Bien pues, la susodicha Mercedes estuvo triste y preocupada durante el matrimonio y las regias fiestas que a él siguieron; tenía rázón, pues, hacía un pan como unas hostias casándose con el vejete de Don Esteban y dando unas duras calabazas a un joven hidalgo español que la amaba con frenesí.

Era el tal don Luis de Robles segundón de una noble familia, venido cómo tantos otros en busca de gloria y fortuna y que en pos de la segunda trabajaba minas en el Cerro, con muchas esperanzas, como todos los mineros, y pocas realidades. Había conocido a Mercedes y se prendó de ella, la que por su parte correspondió su amor con creces llegando hasta a ser su prometida, pero don Luis no contó con la huéspeda y esta fué que Mercedes era tan ambiciosa como bella y tan incons-

tante como graciosa, de tal modo que a las primeras de cambio olvidó su amor y juramentos por la espléndida posición que le ofrecía la fortuna de don Esteban.

Don Luis hubo de morir al recibir aquel desengaño y si vivió solo fué con el pensamiento de vengarse.

II

Pocos meses habían pasado del matrimonio de Don Estéban y ya Mercedes empezaba a sentir el vacío y malestar que producen las uniones de mero interés, cuando recibió misteriosamente una carta de D. Luis a quien siempre guardaba un rincón en su memoria.

Pintábale aquel con vivos colores lo mucho que había sufrido al verla unirse a otro hombre, sus tormentos actuales viviendo lejos de ella; le ponderaba que su amor en lugar de amortiguarse por el duro golpe recibido, se había convertido en una loca pasión que acabaría con su vida si ella no le compadecía, y terminaba pidiéndole una cita.

Mercedes luchó aunque débilmente con su deber; pero las manifestaciones de Don Luis se sucedían de modo que terminó, como era de esperar, por acceder a la cita.

Esto esperaba Dn. Luis y en consecuencia previno a Dn. Esteban de la infidelidad de su esposa, poniéndose a sus órdenes para ayudarle a vengar su honor mancillado.

III

Era una negra noche de invierno, hacía un frío capaz de helar a las mismas vicuñas y era tal la oscuridad que no se veía ni la palma de las manos; el viento como único transeunte campeaba en las calles, silbando en los tejados de un modo lúgubre.

Los pacíficos habitantes de la Real Villa, se habían visto obligados por la crudeza del tiempo a recogerse desde temprano y las siempre silenciosas calles, estaban aquella noche desiertas, pues hasta la ronda las había creido mejor guardadas por el temporal y se había ido a reposar tranquilamente.

A eso de la media noche, a la hora de los aparecidos y fantasmas, despertaron los vecinos de las principales calles con una rara música. Era un concierto de instrumentos de cuerda y voces, entre el que sobresalía una voz de mujer, que más que canto era un alarido, aquella voz que por momentos se hacía más angustiosa, fué convirtiéndose en un gemido, que helaba la sangre en las venas de los menos tímidos hasta que fué estinguiéndose poco a poco siendo dominada por el coro.

Los primeros madrugadores del siguiente día, eran sorprendidos por el horrible espectáculo que presentaban las calles: un surco de sangre en el piso y miembros de una mujer, mutilados, señalan el paso de la infernal serenata que ha quedado tradicional.

La infeliz Mercedes arrebatada por su esposo y su vengativo amante había sido despedaza en las calles.

—J. L. JAIMES [Brocha Gorda]—

TIEMPOS HEROICOS

Triunfal entrada de Belgrano en Potosí

Historia de tiempos que ya fueron

Más crece la sombra cuanto más el sol se aleja del mediodía. Como las sombras son las glorias de los héroes, la grandeza de los ejércitos, la opulencia de los pueblos. Crecen con el tiempo, empequeñeciendo lo presente; y como sólo el pasado tiene recuerdos, solamente en el pasado viven los héroes. El pedestal de su renombre se cimenta en la tumba, el monumento lo elaboran los tiempos; la aureola es obra de la historia.

Extinguida la generación de los hombres que produjeron la leyenda de la guerra magna, sus nombres, sus hechos, sus doctrinas se glorifican; sus restos se guardan en sarcófagos que construye la gratitud pública; sus armas, sus escudos, sus objetos de uso, pasan a los museos y cobran el valor de las sagradas reliquias.

Con los pueblos ocurre algo de lo propio: se tornan monumentales aunque el arte no brille por lo común en sus obras, si a las condiciones de lo antiguo en la materia se juntan las condiciones del espíritu que marcan civilización suya, costumbres oriundas y tradiciones de grandeza y opulencia. Eterna es Roma, como lo fué Nínive en expresión diversa, como lo es en América el Cuzco incásico, como lo es Potosí el grande, el de renombre universal, que habiendo dado infinitos tesoros a la riqueza efectiva, proporciona inagotables tesoros de tradición fantástica a la historia.

Belgrano crece; ¿quién ignora lo que fué Belgrano? Potosí crece entre ruinas; ¿quién ignora lo que vale un Potosí? Juntaré a entrambos en un episodio que aun no cuenta más que ochenta y un años y se realizó en el interregno entre las auroras de la libertad y las últimas convulsiones de la dominación española.

Ni hubo más fervientes patriotas que los mismos iberos que tomaron armas en el ejército de la revolución americana, ni hubo más fervientes realistas que los criollos de estas comarcas que sentaron plaza en el ejército y los reales de España. De estos últimos fué Goyeneche, el general de las sorpresas y las crueldades, vencedor en Huaqui, que se creía dueño de las provincias del Alto Perú hasta que el triunfo de Belgrano en Salta, tan completo y tan fecundo para la causa revolucionaria, le hizo pensar en los goces de la espléndida fortuna recogida, lejos de los azares de una guerra que tomaba tal mal aspecto.

Diola de humano abriendo las duras prisiones en que encerraba a los patriotas en Potosí su asiento, y dióla de previsor entrando a saco en la Casa de Moneda y la de Rescates y en toda caja o gabeta que encerrase dinero y pudiera servir a los patriotas y a Belgrano, a quien suponía en marchas forzadas sobre él, con su ejército vencedor. No dejó la ciudad sino cuando la juzgó inofensiva y exhausta, para marchar de prisa arrastrando todo al paso a pesar de que sus maniobras tenían los caracteres de una fuga. Potosí, no obstante, se hallaba fuerte, poderoso y rico, como se comprueba por el suceso que sirve de materia a esta referencia.

La Villa Imperial de Potosí, en donde las luchas que Martínez y Vela y otros cronistas de su tiempo llamaron de las naciones, por intervenir en ellas entre sí los diversos reinos de España o en oposición con los criollos nobles y ricos y por ende orgullosos, engendraron con el amor al suelo, que es espontáneo, el deseo de su independencia del dominio de la metrópoli que exprimía sus jugos como dueño, e imponía sus leyes como soberano.

Las hazañas de León de Morla, el noble alzado, las guerras de los Vicuñas, contra la autoridad y los pechos, los quintos y las alcabalas del rey, eran las muestras de la independencia que germinaba acaso inconsciente en la masa popular, reacia a las dávivas y sorda a las amenazas para la delación y el espionaje.

La chispa revolucionaria que produjo la combustión del 25 de mayo, del año 9, en Chuquisaca, y el glorioso estallido del 16 de julio en La Paz, ahogado con sangre y resucitado un año después en Buenos Aires, encontró eco y resonancia en la Imperial Villa entre la misma aristocrácia harta de imposiciones y el pueblo harto de Mitas y servilismo. Pero los primeros actos de la revolución fueron alarmantes; sus jefes más altos se mostraban reformadores de raiz. Castelli se ostentaba volteriano, jacobinos sus adherentes, y el fantasma del 93 en Francia se ofrecía como espectativa a los nobles y cristianos sentimientos de aquella corte sin rey, de aquel centro de opulencia que ansiaba acaso cambiar su señor prestado por señor propio, pero no levantando a la canalla su trono.

Los excesos de linaje diverso caracterizaban a los que llegaban allí, llevando el lábaro de la Patria desplegado en el cabildo abierto de Buenos Aires. La Patria se ofrecía hereje y demoledora, lastimaba intereses, tradiciones y creencias y se tornó antipática.

Desde allí ciertas hostilidades qne después de desgraciadas escaramuzas, sufrieron los patriotas en Potosí y que tanto al general Mitre en su monumental Historia de Belgrano, como al general Paz en sus interesantísimas Memorias, los inducen a atribuir a efectos del realismo potosino, lo que no pudo ser sino protesta contra la perversión social que se levantaba amenazadora.

Corroboran esta verdad dos de los actos entre los muchos de gran político que engrandecen la memoria del general Belgrano. La orden impartida desde Salta al jefe de lo vanguardia de su ejército, al mando del mayor general Díaz Vélez en Potosí, en la cual condenaba a muerte a todo el que no respetase los usos, costumbres y creencias de aquellos pueblos o se burlase de cualquiera manera del modo de ser o pensar de sus habitantes, a la vez que imponía pena de la vida a quien robara si más no fuese que un huevo. Y como lo que caracterizaba al hombre era la firmezá en sus resoluciones y la seguridad en los propósitos, el ejército de las Provincias unidas se tornó en ejemplo de sobriedad, de moralidad y de templanza, siembra que cosechó Díaz Vélez y su vanguardia en agasajos de todo género, dádivas y presentes a su tropa, galardón de amores y distinciones de altas damas potosinas a sus oficiales, y herraduras de plata, arreos de montar recamados de lo propio para sus caballerías.

No era, pues, el miedo, como lo dice Paz y lo repite Torrente, el que arrojaba a los pueblos del tránsito hacia el camino que seguían las huestes patriotas de Belgrano, llevando en lienzos de mano, cigarrillos, pan, azúcar, yerba, dulces, frutas secas, y anudadas en alguna punta, monedas de plata y doblones con el busto de Fernando VII. Era el entusiasmo por la causa revolucionaria y la confiianza inspirada por el gran general que supo halagar a grandes y chicos, convirtiendo en sus mejores aliados a los indios reducidos, entre cuyos caudillos encontró verdaderos héroes de caballerescas leyendas.

Era de los últimos días de junio del año 13, y aunque un frío polar entumecía a la Imperial Villa, sus habitantes habían trasnochado en los arreglos consiguientes a una gran fiesta. Al levantarse las nieblas matutinas deshechas por el sol que asomaba su faz luciente por el costado oriental del afamado Cerro, las ventanas, balcones, ojivas y portales aparecieron ornados con ricas colgaduras de damasco, brocato o terciopelo, galoneados de oro o plata o con bordados multicolores de seda, o bien con tules de los colores consagrados a la patria por el vencedor de Salta. Doscientos cincuenta arcos de triunfo se levantaban desde la plaza de las Cajas Reales hasta el socavón que domina los suburbios y da comienzo a la ciudad, a una legua del centro.

En estos arcos alternaban los de follaje y festones de flores con los de lienzos y cintas de colores y oriflamas de raso y los que se adornaban con todo linaje de utensilios de plata y oro, pendiendo de ellos los braserillos y pebeteros de filigrana en que habían de quemarse resinas y perfumes orientales.

Todos los trabajos, oficios y ocupaciones habianse suspendido. Belgrano estaba a las puertas de la ciudad, llevando la buena nueva de la libertad sin la licencia, de la independencia, sin la demolición de creen-

cias y fortunas. Los nobles, los ricos, los potentados, los títulos no veían ya en la revolución de Buenos Aires ni en su delegado a los Dantón, Marat y Robespierre, ni a la canalla convertida en Tribunal de Salud pública. No eran incompatibles la libertad y la grandeza; la propiedad sería mejor que antes un derecho, la revolución igualaba a las gentes ante la ley conservando la desigualdad social en razón de educación y de fortuna, y, en fin, Belgrano en medio de ese trastorno de ideas producido por el cataclismo político que conmovía a los pueblos; en medio de ideas confusamente adquiridas, de aspiraciones sin término claro; en medio de esa penunmbra que era el tránsito de un sistema a otro radicalmente opuesto y de creencias con violencia sustituidas.— Belgrano era una figura casi fantástica, uno de aquellos triunfadores a la romana, que había de ser arrastrado en carro de marfil y de oro, tirado por esclavos ya que no por leones de Numidia.

He ahí porque la aristocrática Villa Imperial estaba de plena gala. El tronar de los obuses a la señal de María Angola que desde la elevada torre de San Francisco tañó tres veces, echó a vuelo las campanas de los numerosos templos cuyas cúpulas se alzan gallardamente sobre las techumbres rojas de aquella ciudad de Carlos Quinto. El Cabildo seguido del nobilísimo gremio de azogueros matriculados, de los miembros de la Casa real de Moneda y de Rescates y de los nobles criollos, todos caballeros en corceles de Andalucía ricamente enjaezados y llevando los últimos banderolas de tisú y raso sobre astas de plata, salieron en dirección a las puertas de la ciudad por el camino de las laderas del Cerro, entre San Cristóbal y Santiago.

A poco los oleajes de la muchedumbre, el eco lejano de las músicas y de las danzas de indios que presidían a la comitiva, anunciaron la proximidad del héroe, a quien el Cabildo por la representación del rico minero D. José Diego de Ardiles, le ofreció un magnífico caballo árabe, con herraduras y tornillos de oro, bridas y arreos enchapados y montura de terciopelo carmesí recamado y flecado de oro con arte de perfección damasquina.

Rompían la marcha los *bailes* que representaban la sucesión de los Incas, con magníficas túnicas de tejido multicolor, ajorcas de oro y y vistosas plumas. Seguíanles los *danzantes*, representación de los caballeros armados de punta en blanco, que lo eran en realidad, pues las armaduras, los cascos, las rodelas, las espadas y hasta la volante capa eran de plata maciza. [1] Luego los endriagos, los vestiglos, los gigantones, el minotauro y la tarasca, en medio de músicas diversas de índole propia; y finalmente, los indios de la Mita vestidos de gala, con la montera luciente de lentejuelas, el sayo y el calzón de velludo, las sandalias con tacón de plata, la *chuspa* abigarrada, llevando amplias banderas de colorines, seguidos de sus hembras pintoresca y voluptuosa-

(1).—Hoy todavía existen en algunas fiestas. Pueden comprobarlo numerosos viajeros que han visitado Potosí.

mente vestidas con oriental estilo, luego la nobleza y el Cabildo y Belgrano entre dos sacerdotes con sobrepelliz y bonete, caballeros estos últimos sobre redondas mulas enjaezadas con lujo.

Belgrano vestía el traje militar que ha caracterizado a los hombres de aquella época, por su alto cuello bordado, la alta pechera guarnecida de laurel de oro, las charreteras gachas, la casaca ajustada ciñendo el gallardo busto, y el semblante descansando con nobleza en el corbatín, resurada barba, labios y mejillas, el cabello ensortijado sobre la frente, y los ojos en que se revelan a una, severidad, grandeza, magnanimidad y energía.

Cuajados a no admitir solución, hallábanse los balcones de nobles damas y doncellas que, vuelta la confianza por el irreprochable manejo de Díaz Vélez y su vanguardia, habían tornado desde sus señoríos a la Villa y echado el resto para recibir al triunfador en aquella ciudad tan castellana en su estructura que repetía de coro los romances del Cid, las coplas de Manrique y los versos del Real de Santa Fe y Gonzalo de Córdoba.

Al paso del general caía una lluvia de esencias y de flores, lanzadas por delicadas manos, mientras la muchedumbre vitoreaba, las músicas se aturdían unas a otras, las campanas se hacian pedazos y tronaba el cañón como mensajero de un porvenir incógnito.

En el recibimiento destinado a Belgrano, el salón cubierto de techumbre a suelo de terciopelo rojo galoneado de oro, aguardábanle las más nobles damas, brillantes de pedrería, con la doble belleza que forman las ventajas físicas y la altivez moral, para ofrecerle por manos de la linda marquesa de Cayara y de las condesas de Carma y Casa Real las coronas de filigrana de plata y oro con que la nobleza potosina sellaba su afecto hacia el mensajero de una revolución que en nada amenazaba los derechos de su nobleza. Sólo la noche puso término a aquella fiebre no esperada ni presentida ni capaz de ser imaginada por su generalidad y por el dominio que había llegado a ejercer sobre todos los espíritus. El clero reunido y las comunidades religiosas ofrecieron incienso y aguá bendita al triunfador en las puertas de la basílica monumental y sus bóvedas resonaron bajo la solemnidad augusta del *Te Deum laudamus*, mientras el comedor y las reposterías de la casa alojamiento se llenaban de los dulces mas exquisitos: las golosinas delicadas, los limones con clavos de olor, los ramilletitos coronados de ángeles de hilado de oro, regalo de los monasterios de Remedios y Santa Teresa y del beaterio de Copacabana. La página inmortal estaba escrita. (2)

Sobre los serenos ojos del héroe, dicen las crónicas que repetidas veces cuajábanse las lágrimas; que el alto peto de su casaca mostrábase a punto de estallar por los movimientos de ese corazón engrandecido.

(2).—Existe en el Museo histórico de Buenos Aires, opulenta muestra de las señoras de Potosí a Belgrano,

Belgrano amó a Potosí y aún rindió tributo en los altares de una de sus más bellas damas. Reorganizó su Casa de Moneda histórica y su Banco de Rescates de piñas; recibió con grandeza los donativos de oro, joyas y caballos, sin tomar nunca cosa alguna para sí; alentó a sus indios, asegurándolos en la posesión de sus terrenos; alentó a los ricos y nobles respetando el título de sus derechos, de manera y forma que cuando salió de la Villa Imperial para ír en pos de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, siguiole el pueblo todo hasta las afueras, acompañando a su clero en la petición de las bendiciones del cielo.

Belgrano, si fué notable en la organización del ejército en Potosí y en las provincias del Alto-Perú, eligiendo para gobernarlas a hombres como Arenales, Warnes y Ocampo, no fué menos grande en las derrotas. Después de Vilcapugio con amor paternal recogió sus restos deshechos, organizó la conducción de sus heridos, dió su propio caballo de batalla para ayudar a conducirlas y marchó el último a pie, sufriendo la intemperie cruda, con la fe en el corazón y la confianza en el establecimiento inevitable de la libertad americana.

¡Cuán colosales las figuras de los hombres y los pueblos del pasado! ¡Qué pequeños los que en el presente aun nos atrevemos a discutir sus merecimientos, sin alcanzar siquiera a comprenderlos!

DE ENRIQUE SALAS

CRIMEN Y EXPIACION

I

Dícese que el corazón humano es el misterio más misterioso: otros dicen que es un vergel de flores: otros, que es un desierto: otros, que es un abismo: otros, que es todo, y otros, en fin, que es nada.

Idealistas y positivistas, creyentes y descreidos, sabios e ignorantes, ilustrados y necios, todos, todos habeis emitido vuestra opinión al respecto, y ¿cual de vosotros ha acertado a ese blanco tan aspirado, a ese blanco al que llega sólo el que muere para no volver jámás?

Si nacemos del misterio, vivimos en el misterio y morimos para el misterio.....¿Qué se titulan los sabios del siglo XIX que ya se extingue dejando sólo su frío nombre en el largo catálogo del tiempo y del espacio? siglo en el que el más sabio tiene que decir lo que Sócrates, en la niñez del mundo: *lo único que sé, es que nada sé;* lo que San Agustín dijo a su vez, *que la verdad es la realidad, o, es lo que es;* lo que para un desdichado como yo, es *no decir nada, por decir todo.*

Pero como lo dijo un sabio.....asunto a otra cosa.....

Continuando diré: que unos son metafísicos por sabios, y yo, soy metafísico por *¡ignorante!*.....

Veo que he dicho *ignorante,* y yo mismo, y en tratándose de mí mismo ¡Qué valor!.....

Tal vez seré el primero en el mundo, porque he tenido la hidalguía de expresar aquel doloroso «*nosce te ipsum*» (conócete a tí mismo), que tanto cuesta confesar al hombre en su estúpido orgullo.

Pero yo he ido a parar donde no pensé; es decir que estoy haciendo lo que no imaginé como siempre le sucede al débil mortal, que aspira su ideal y jamás lo realiza, ¿por qué? porque es formado de lodo y en polvo tiene que convertirse.

¡Miserable humanidad!!!

II

Volviendo a mi objeto nuevamente y prometiendo no ser más abusivo de mi ilustrado y resignado lector, digo:

Pisé Potosí, opulento país de mis antecesores, cuna de oro, marfil y plata de mis padres, y que hoy es para mí, solo el pasado óasis del viajero en el desierto, el sarcástico recuerdo de lo que podía haber sido, y la fría realidad de lo que soy; la nada de la nada misma!

Forastero en el suelo de mis antepasados, contemplé sus derruidos hogares, recordando que no pude recoger siquiera un último suspiro; una última lágrima!!

Otra vez pisé este suelo bendecido, cuando se sepultó en ese día (por algo aciago y funesto). el domingo 7 de Julio de 1889, uno de los seres más queridos, aquel entrañable pedazo de mi existencia, propiamente ser de mi ser....Angustioso día en que no encontré ya más que la helada tumba de la Madre de mi mismo padre!.....El y yo, lloramos mucho nuestro dolor.....

Comprendí entonces su sentimiento, por el amor que a él le tengo.....

¡Una Madre!.....ángel de bondad y ternura! ¡único amor sin interés.....verdadero.....eterno.....sublime.....!!

III

Hoy, domingo, 7 de 1893, quiere el destino que también mis ojos especten ese orgulloso panorama de su imponente grandeza, para pasar como el viento la corriente de una catarata, sin dejar mas huella que el respeto y dolor que llevo en el alma.

Entre estas impresiones, y en el tambo llamado de Belén, me sorprendió mi posadero Don P.....quien viéndome tan melancólico, sin embargo de mis diez y ocho años, y tal vez por lo mismo, me dijo, después de saber mi procedencia:

—Por primera vez veo que un niño que llegando a un nuevo país, se melancolice tanto.

Señor, le repuse; tal vez sus años no cuenten los desengaños de mi edad: Potosí debía ser mi Edén, y hoy es mi martirio; mi familia brilló como una estrella, mas, esa estrella se eclipsó.....Por eso ansío más bien pasar a la Costa y llegar a admirar la inmensidad del oceano, quien sabe él, como Dios en su grandeza, me dará algún consuelo.

P.....me repuso,—también como Ud. fuí joven, también como Ud. aspiré a esa idea; pero mi suerte fué contraria, y mi destino atroz.....

Empezó a pintarse en el semblante del anciano un melancólico tinte, y una congoja tan marcada, que al nublado de sus ojos, sucedió un que revelaba el fulgor de un fuego que de entre las cenizas de su corazón, arrojaba las llamas ocultas por esa fisonomía hecha ya al indiferentismo; y notando esos suspiros comprimidos, esos sollozos ahogados, y dos lágrimas rodadas de sus mustios ojos que cimentaron tan largos años una frente espaciosa, pero llena de arrugas, que servía de pedestal a abundantes y nevados cabellos; entonces inquirí con ansiedad la razón de su mudanza.

Allí fué cuando me refirió una relación tan sombría, que el lector la juzgará tal vez como yo.

Héla aquí, no quizá como me dijo, sinó como la entendí.....

Dice Don P.....Era el año 1853, justamente en los días de este mes de Mayo, cuando como *remesero*, conducía 5,000 $ sellados y enzurronados, a Cobija, por el desierto de Atacama.

A mi salida de Potosí, advertí que dos individos seguían tras mí, el mismo camino, pero con tal insistencia, que parecían sombras de mi mismo cuerpo.

Su actitud al principio indiferente, llegó a ser cada momento mas alarmante, puesto que cuanto más apresuraba el viaje, más se empeñaban en perseguirme, al punto de armarme ya en algunos lugares, emboscadas, de las que merced unas veces a la astucia, otras a la prudencia, y otras al valor, logré evadirme.

Era indudable que el demonio de la codicia, los impulsaba tras mi huella, para robar y matar

Una noche, negra como el fondo del abismo, fría como el centro polar, en la que, el viento con el agua se disputaban el dominio de las tinieblas y el terror, en que tan sólo un volcán de los helados Andes con su inapagable fuego anunciaba la vida en aquel panteón de la naturaleza, como un avanzado centinela de la muerte; esa noche, repito, me aproximaba con la expresada remesa, a «Canchas Blancas», único refugio en mi desconsuelo, lugar donde vivía el postero Don Diego, con su mujer y su hijo, joven de veinte años, único sostén, única ilusión de ese matrimonio del desierto llamado Juan, esbelta esperanza de su hogar.

Sería las once de la noche cuando mi Compadre Don Diego, a quien le conté mi situación y temores, me alojó en el cuarto de su tan querido hijo—cuarto estrecho y que tenía una angosta ventana al campo—haciéndome acostar con tierna hospitalidad en el poyo donde su hijo debía dormir; porque esas noches Juan, a hurtadillas de sus padres, como joven, se había furtivamente ido a la fiesta de «La Cruz» de Alota, inmediato pueblejo, tras de la realización de un ensueño, de un encanto de su corazón, de una mujer que era, en fin, el absoluto tirano y dueño de su alma.

Mi responsabilidad y más que todo mi honorabilidad, único patrimonio de mi pobreza, me obligaron a colocar los zurrones de dinero, todos, en el mismo cuarto, y a dormir yo, al lado de ellos, abandonando el poyo de Juan.

Entre el temor y la desconfianza de aquella noche, yo no cerré los párpados y velaba contando las horas en mi mente, como contaba los latidos de mi corazón inquieto y agonizante, víctima de funestos presentimientos.

Al primer canto del gallo, sentí que la ventana de mi cuarto, cedía al impulso de una persona; entonces, conteniendo hasta la respiración, esperé el resultado para llamar en su caso la protección de mi Compadre.

Pero luego que un hombre hubo penetrado; se recostó en el lecho de su hijo, y sea por la fatiga, el frío el agua o todo junto, en fin, conciliando en el acto el sueño, durmió con toda la franqueza del que en su casa y en su cama desquita ocho días y sus ocho noches de amorosas campañas.

Aun yo no me explicaba nada, cuando antes del segundo canto del gallo, vuelve a abrirse la malhadada ventana: penetra un hombre por ella, siente el ronquido del dormido, le tienta apresurado el cuerpo, le esco-

je el pecho y.....¡le hunde un puñal hasta el mango!.....en el acto en que un relámpago con su siniestro resplandor iluminó el aposento.

Convencido de que su víctima era ya frío cadáver, recoge el cuerpo, lo saca por la ventana y al mismo pie, y como puede, lo sepulta y desaparece.....

En este momento creía soñar, porque mas bien me suponía preso de una pesadilla mortal, que de una horrorosa realidad; creía que mis facultades intelectuales me abaudonaron, que no tenía razón.....que estaba loco.....

Mi misma situación me inmovilizó en el febril delirio de mi mente, hasta que a los primeros destellos del alba, salí del aquel sepulcro, enajenado, para comunicar toda esta escena de sangre, a un Corregidor del más inmediato lugar que fué, como dicho se tiene, Alota.

Acompañado de él y de cuatro vecinos más, volvimos al teatro de los acontecimientos.

Llegamos, y apenas el postero mi Compadre Don Diego, me vió, cuando, abriendo tan desmesuradamente sus ojos que querían desquiciarse de sus órbitas, con los cabellos crispados, apretando los puños y retrocediendo paso atras, exclama: *¡Compadre!!.....¿entonces a quién..... he muerte anoche?.....*

El hielo de los Andes no hubiera enfríado su alma tanto, como este encuentro.

Confuso Don Diego, y de rodillas ante el cielo, no era ya hombre, era un autómata, que levantándose violentamente, corrió a desenterrar a su víctima; era su hijo Juan.....a quien, juzgándole yo, y por interés del dinero que conducía, lo inmoló a su codicia.

Don Diego en su agitación, y por la inseguridad de su arresto, fugó.—Había perdido, después de verse en la mendicidad más espantosa, la razón, en fin; idiotizado, por último, murió en el Hospital, no como hombre sinó como una bestia feróz.

IV

La justicía de los hombres no se ejecutó, pero el cielo dispuso que, salvando del patíbulo que es sólo inícua ficción humana para la que, nadie sin llamarse *asesino*, tiene derecho, puesto que Dios mismo dice: «*no matarás*»; el cielo, vuelvo a decir, le dió el suplicio de los suplicios: *¡el remordimiento de la Conciencia!* ese juez severo, inflexible, inexorable, que como reflejo de la sabiduría y justicia de Dios, es el único que realiza en el mundo la terrible ley de la *expiación;* ley a cuyo poder y cumplimiento, no se eluden ni el grande, el sabio, el poderoso, ni el débil, el ignorante, ni el proletario; ley suprema que, como ley de la muerte, nivela a los hombres, haciendo a todos iguales: en la vida, por la conciencia; y en la muerte, por la tumba!!.....Después?.....

Arcanos del porvenir, ¡os espero!.....

¡Interés!.....venenosa serpiente del humano corazón, que has perdido al mundo!

¡Por tí, la virgen vende su candor, y la inocencia su pureza; por tí, el probo magistrado inclina la balanza de la justicia que Dios depositó en sus manos. la mujer es infiel, el marido desleal, el hijo un monstruo; por tí, en fin, hasta el patriotismo y los más íntimos afectos del alma, son un escarnio!.....

¡Virtud! por eso vives en el cielo; profanada y perseguida siempre en la tierra!

Realidad del mundo!.....egoismo, miserias e hipocresías, falsedad y mentira!

La realidad de la vida, mientras a otro mundo pasamos, la única realidad, son *el dolor y la muerte!*.....después? *¡el olvido la nada!*.....

Pero, ¡no!.....En medio de las tormentas de la vida, en medio de sus borrascas, hay un faro y una esperanza.....

¡Ese faro es la Religión!!.....¡Esa esperanza es Dios!!!!.....

Potosí, Mayo, domingo 7 de 1893.

El Libertador tuvo, como el personaje del *Excelsior* de Longfellow, la aspiración de las alturas.

Como el águila, gustaba posarse en lo alto de la montaña, y si algo envidió su grande alma alguna vez, fué el paso de los Andes a San Martín y el de los Alpes a Anibal y a Bonaparte.

Como era sumamente ágil en razón de su alma activa y ardiente, que bulle y maneja los tendones de la musculatura como el vapor del caldero a la locomotora, y como físicamente fuese siempre de una estructura endeble y casi tísica, como que de la doble tísis del corazón y del cuerpo muriera en 1830 (a los 47 años de edad), era por naturaleza exaltado.

Y así vemos que en tres solemnes ocasiones de su vida coronó el monte y desde su cima se hace profeta, poeta y libertador.

En el Monte Sacro de Roma juró en su juventud la libertad de su patria.

En el Chimborazo cantó como Pindaro y legó a la fogosa literatura de los trópicos su famoso delirio.

Por último, pretente escalar el Potosí y dominar desde allí la América austral.

Vamos a tener ahora noticias íntimas de aquel discurso en el cual, se ha dicho, mostróse Bolívar inspirado hasta el lirismo, y no solamente hasta el delirio, por que se halló capaz de poner su mano bajo la frente de la América en toda su extensión desde el Orinoco al Plata, desde el Apure al Biobio. Como es sabido, Bolívar, sin ser sibarita, era bebedor de champaña, en oposición al austero y parco Sucre que no bebía sino agua, y como se achispaba con extraordinaria facilidad, dando soltura a su lengua y su imaginación arrebatadoras, solía excederse con más frecuencia que un niño de su talla.

Naturalmente, el pulcro y reservado secretario del general Sucre calla todo esto, y se limita a referir el célebre ascenso del Potosí, en que tomó parte, de la manera siguiente:

«Llegó el Libertador a Potosí en su marcha circulatoria por Bolivia el 20 de julio, y una semana después, esto es, el 26 de julio tuvo lugar la ascensión.

«A la hora conveniente de ese día se dirigió el general Sucre con sus edecanes y varios jefes al alojamiento del Libertador, para acompañarle en la pretendida ascensión. Hallábanse ya allí el Prefecto, el Comandante General, varios oficiales de la plaza y algunos vecinos de distinción. Espléndida era la cabalgata; parecía reflejarse en los semblan-

tes de todos el pensamiento en que se engolfaba el Libertador, y empeñábanse en congratularlo amablemente. Dejando al pie del Cerro los caballos, la subida era aliviada por el contento y la más viva animación, aumentada en cada ascendente paso.

«No bien hubo coronádose la empresa, cuando fué saludado por músicas, cohetes y despliegue de banderas. Constituido allí y dominando el punto culminante, paseaba sin obstáculo la vista por el dilatado horizonte, como si la tendiese desde algún otro más elevado planeta. Entonces su emoción era ostensible; su alma parecía difundirse en su fisonomía, acariciando el pensamiento de recuerdos gloriosos, que le hacían más lisonjero el momento presente. Así lo expresó el general Sucre, diciéndole—que su espíritu había sido transportado al Chimborazo.—Contemplo, dijo, en este momento el pasado y el presente. Allí, presagios... esperanzas gloriosas.....aquí, paz bien consolida.....la salud de la patria. A esa poética y poderosa imaginación afluían ideas sublimes, grandiosos pensamientos que se dilataban a la sombra de la paz obtenida. En la contemplación de la ventura y prosperidad del continente americano se extasiaba su espíritu: parecía inspirado.

«En medio de los aplausos que arrancaba su fascinadora palabra, vinieron a mezclarse los gustosos refrescos, el espumante champaña y deliciosos vinos, lo cual imprimió un aire más festivo y franco a la especialidad del paseo. Fluyeron en seguida los brindis: y asi que el Libertador y el Gran Mariscal pronunciaron los suyos, a cual más entusiastas, liberales y sublimes, continuron los demás en igual sentido. Podía decirse que el argentado Cerro abría todas sus bocas para respirar patriotismo, fraternidad, libertad, unión y cuanto puede hacer la dicha y felicidad de los hombres,

«Como la atmósfera en esa altuna no era ya muy grata, se hizo indispensable cambiarla por otra templada. El descenso no se practicó con menos alborozo que la subida. Regresando a la población, y durante la comida, se hablaba de la extraordinaria riqueza del Cerro, y se narraban sucesos raros y aun extravagantes que registran sus anales, de los que algunos provocaban la hilaridad. En medio de todo, repetía siempre el Libertador su satisfacción en ese día, por haber cumplido para sí un glorioso deseo; y acogía placenteramente las felicitaciones de sus amigos».

EL BAILE DEL 28 DE OCTUBRE EN POTOSI

DE BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Permaneció Bolívar cerca de tres meses en la ya desmantelada pero hacía poco opulentísima ciudad Imperial de Potosí, que en seis años de bonanza había contado hasta 200,000 habitantes, y el vecindario quiso despedirlo, al partir para Chuquisaca, con algo que recordara su antigua grandeza, esto es, con un banquete seguido de un suntuoso baile, que tuvo lugar el 28 de octubre de 1825.

Y he aquí como describe el Rey de Castro este gran sarao, al que también asistieron los delegados que la República Argentina había despachado al encuentro de Bolívar, en apariencias para felicitarlo y en realidad para defender sus fronteras, que comprendían entonces hasta Tarija, es decir, en la raya meridional de Potosí. Esos dos delegados eran dos hombres notables, el general Alvear, una especie de Bolívar chiquito del Plata, vencedor poco más tarde del Brasil en Ituzaingo y don Miguel Díaz Valdés.

«Invitados,—dice el secretario del general Sucre,—los dos huéspedes argentinos en el Potosí, dichos señores atenta y cortesmente se sirvieron concurrir al espléndido banquete que la ciudad había preparado para festejar el 28 de octubre, así como también al sarao en la noche. Días anteriores llamaba la atención cierta diligente actividad y afamoso movimiento en los domésticos de las señoritas potosinas y aun en ellas mismas, viéndoseles traficar en los almacenes y tiendas de comercio, y hasta en los talleres de los industriales, como para proveerse de lo extraordinario que necesitaban.—¿Sería que algo esperaban? Sí, y ese algo era el sarao previsto para la noche del 28 de octubre. Los recuerdos de su antigua grandeza, que no querían desmentir, y más que esto, el digno objeto de la reunión a que habían sido convidadas, era un halagüeño y poderoso estímulo para pensar en presentarse galanas, elegantes, y lujosamente adornadas, como lo hicieron, y para dar más realce y mayor solemnidad a la fiesta en honor del cumpleaños del héroe que simbolizaba la libertad.

«Llegada la noche, iban poblándose los salones de señoritas y caballeros, que saludados afablemente por el Libertador, y fraternizando con los jefes y oficiales, ofrecían el aspecto del más bello y ameno jardín, en que había algunas flores peruanas y argentinas. La alegría e íntima satisfacción se dibujaban en todos los rostros, la expresión de viva simpatía animaba todas las miradas. Una misma idea, un mismo pensamiento poseía los ánimos,—era el deseo de contribuir con todas sus facultades a fijar este día clásico como imperecedero en los anales de

Potosí. El efecto de tan plausible propósito, debía responder, como sucedió, a una poderosa causa: ésta era el bello humor desplegado en esa noche por el Libertador, como pocas veces se había visto. Se hallaba tan complacido, que en su semblante nada se divisaba del imponente aspecto guerrero: su fisonomía respiraba más amabilidad, y hasta en su traje usual se notaba alguna diferencia: había cambiado la bota militar por el fino zapato, y ni aún quiso conservar el bigote».

Estas dos nimiedades de la vida del Libertador, son en sí mismas interesantes, y revelan algo de extraordinario en sus ideas y en su carácter.

Bolívar hallábase, en efecto, tan identificado en sus botas granaderas como Napoleón con su capote gris. Ni para dormir, ni para bailar, ejercicio al que era en sumo grado afecto, se despojaba de ellas; y a propósito debemos consignar aquí, aun a riesgo de despertar susceptibilidades, que respetamos aun entre idólatras, una circunstancia que ocurrió a Bolívar y sus botas en un baile que le dieron en Guayaquil el día de su famoso encuentro con San Martín en esa ciudad y que cuenta en una carta a don Luis de la Cruz el coronel Loyer, edecán del último y que le acompañó en su viaje político a aquella ciudad.

Refiere al efecto Loyer, que bailando el Libertador un valse con una bella de Guayas, con botas, y las botas con espolines (curioso apéndice para valsar) un oficial colombiano tropezó con él, y sin más ni más soltó a su delicada pareja y arremetió a bofetadas con el torpedanzante que lo había incomodado. Bolívar, según de todos es sabido, era sumamente arrebatado, aun hasta la grosería, diferenciándose en esto de la siempre tranquila, digna y compuesta actitud del general Sucre, que si no tenía como él genio, tenía mucho mejor educación.

Pero dejemos concluir al señor Rey de Castro su relación del baile de Potosí, pidiéndole perdón por haber introducido en él, antes del antiguo, el baile de Guayaquil y las botas del general Bolívar.

«A la estimulante y melodiosa voz de la música,—prosigue el secretario del general Sucre,—Se abrieron los diques al contento y placer: puso la primera contradanza el Libertador; siguieron acelarados valses, alternados con nuevas contradanzas y otros bailes del país, casi sin interrupción, hasta que llegó la hora de pasar al refresco que, exquisito y abundante, nada dejaba que desear al más delicado gusto. En la mesa descollaba, como ufano protagonista, el Cerro de Potosi, curiosamente modelado en sabrosa pasta de almendras, con todas sus bocaminas, y bajando de ellas algunas llamas cargadas de metales.

«Pasado los brindis, ya patrióticos, ya galantes, análogos al objeto de la fiesta, regresaron todos al salón, y continuó la diversión con mayor expasión en el ánimo tan poseido ya de regocijo.

«Al mejor tiempo y cuando con más ardor se entregaban al placer, fué interrumpido por segunda vez, por la entonces poca grata insinuación de que era la hora de gustar del ambigú. No por eso se entibió

la animación creciente, manteniéndose con más vigor; hasta que la ineludible luz del día vino a imponer el reto a tan deliciosa fiesta. Mas, tal acto despótico produjo un rebelión de protesta contra él, y muchos de los concurrentes, acompañados de las músicas y señoritas se dirigieron a la plaza principal. Allí, al pié de la pirámide que estaba en construcción, se cantó a las siete de la mañana, en coro de argentadas y sonoras voces, la entusiasta marcha de Carabobo. Así fué celebrado en Potosí el cuadragésimó segundo año de la vida del Libertador».

DOS BODAS

DE FIDEL RIVAS

I

Luego tuvo otro dolor,
Con justa causa mortal,
Que en la enfermedad de amor
Sentir mucho en poco mal,
Es el peligro mayor.

(*El Canónigo de Valencia*).

Blanca, la hermosa criolla de diez y ocho abriles, la de mirada apasionada y labios rojos—como diría algún novelista romántico—encontrábase triste y meditabunda.

Una tempestad de ideas encontradas debieron agitar aquel cerebro adolescente: un ideal que se aleja, sueños de luz y poesía que se disipan, ante una amarga realidad que se entreve y no se quiere comprender, pesaban sobre su imaginación soñadora con la sombría impasibilidad del plomizo manto que encapotaba la atmósfera fermentadora del rayo.—Era tarde de ventisco y nieve.

Su padre, don José de Almaráz y Santelices, caballero vascongado y rico comerciante de esta, entonces viciosa y turbulenta, Imperial Villa de Potosí, habíala anunciado la voluntad paterna, con la *suavidad* de los mandatos irrevocables que se estilaban en esos benditos y cristianísimos tiempos, con estas tiernas y tranquilizadoras frases.

—Hija mía, desde la muerte de tu santa madre que Dios la tenga en bienaventuranza, heme consagrado a tu felicidad y cuidados, sin reparar en gastos por superfluos que hayan sido.....

—Gracias, padre!—dijo Blanca.

—Los crímenes, continuó don José, deshonras, raptos y asesinatos que diariamente se cometen en la Villa, a causa de la maldita guerra de bandos, hánme resuelto fijar tu enlace para el próximo mes de agosto, con don Antonio de Briantes, noble, de fortuna y crédito comercial.

Pero.....murmuró Blanca.

—Ni una palabra más, repuso don José y luego añadió:—Dispón tus adornos, sin fijarte en valores; mandaré a mi cajero.

Tomó su sombrero y salió. Blanca se arrojó en los brazos de Juana, su camarera, sollozando.

II

«Donde, amor, su nombre escribe
Y su bandera desata,
No es la vida la que vive
Ni la muerte la que mata».

(*Cartajena*)

Pobre Blanca! Había amado con toda la fuerza del primer amor y su espíritu impresionable, a don Carlos Nicolás de Fuentes, noble criollo, arrogante mozo, decidor y pendenciero, que, afiliado al bando de castellanos, andaluces y vicuñas, mas de una ocasión, había batallado contra los vascongados y navarros, ensangrentando las calles de la Villa Imperial. No embargante, habiéndose aunado aquellos en rebelión para quitar la vida de don José Saenz de Lordoy, caballero de la orden de Alcántara y XVII Corregidor de Potosí, tuvo la buena suerte de defenderle, con otros criollos amigos suyos, adquiriendo la reputación de generoso y valiente; pero pronto tuvo la inconsecuencia de volver armas contra los vascongados, sostenedores y partidarios del dicho Corregidor, en el mismo año de gracia de 1636. Por ende y otras habilidades propias de su edad y carácter, Carlos Nicolás no pudo entrar por el ojo derecho de don José; por el contrario fué visto con el rabillo; tampoco se ocultaba a la penetración del comerciante las nocturnas cantinelas a Blanca y paraba mientes en el cambio de miradas de los jóvenes amantes, en los bailes y paseos a que asistían.

Porque, desde cinco años antes, en que se celebraron las bodas de doña Sinforosa Orzales, sobrina del Licenciado Pavón, Justicia Mayor de la Villa y en uno de los famosos bailes, el audaz mancebito tuvo la ocurrencia de rozar sus labios en la casta frente de Blanca y alzarse con una flor desprendida de sus cabellos: ésta llegó a sentir una dulce inquietud y un deseo vehemente, pocas veces satisfecho, de ver a don Carlitos. Billetes perfumados y después citas en la reja de la ventana, con protestas y juramentos de amor eterno, gracias a los oficios interesados de Juana la camarera, hicieron que la inocente Blanca apostase más en la partida, y bien pudo decir con el poeta Nuñez:—

«Ya no es pasión la que siento,
Sino gloria, pues que sé,
Que puede sufrir mi fé
La fuerza de mi tormento».

III

«Que esfuerzo puede ser tal,
Que sufra dolor tan grave,
Que la vida no se acabe.
Donde no se acaba el mal?»
(*Soria*)

Pálida y ojerosa estaba Blanca con el velo nupcial y la corona de azares: collar de brillantes incrustados en finísimo oro, adornaba su níveo cuello; prendedores, pendientes, anillos, irradiaban sus cambiantes de luz de resplandor de las bujías, y los bordados de oro y perlas, entrelazados con delicada profusión, hacían desaparecer los anchurosos pliegues de su traje de seda de desposada.

Don José, de rigurosa etiqueta, con toda la ceremonia de la antigua usanza española, recibía a las familias de convidados que concurrían a sus salones. Don Antonio, radiante de alegría, escuchaba las felicitaciones de los amigos que habían entrado de los primeros. Y don Carlos Nicolás hallábase en el valle de Macaca, preparando un ataque contra Don José.

Las nueve había sonado en el templo de la Matriz y la noche anunciaba nieve.

Presentóse Juana la camarera y confidenta de Blanca, dirigióla algunas frases al oido y la hizo palidecer aun más de lo que estaba. Levántose rápidamente de su sillón la desposada, tomó del brazo a la camarera, y juntas salieron del salón, dirigiéndose al tocador de aquella. Con mano febril abrió la esquela que la hubo presentado Juana; la leyó y después de un momento de vacilación, con voz sorda y temblorosa, dijo:—«*Es preciso!.....Sígueme*».

Abrigadas con mantones de invierno salieron: Juana abrió la puerta que comunicaba el patio con la tienda de comercio; atravesáronla en silencio y a la oscuridad, abrieron la puerta que da a la calle y se presentaron en sus umbrales.

Un hombre embozado con una larga capa avanzó hacia ellas, y Blanca con voz conmovida y suplicante. dijo:

—Don Carlos, por favor, mis cartas .....Respetemos la voluntad de mi padre: olvidadme, todo ha concluído entre nosotros.....

—Sí, Blanca!.....interrumpió Carlos con voz sombría y reconcentrada por la ira. Luego se oyó un ¡ay! sofocado, seguido de un grito de socorro, y después.....nada.

....

IV

«Como siervo huiste
Habiéndome herido
Salí tras tí clamando y eras ido»
(*S. Juan de la Cruz*)

La concurrencia había llenado los salones; damas y caballeros, cambiados los saludos de costumbre, preguntaron por la desposada, y don José y Briantes creyeron que Blanca se encontraba en su tocador y que en breve saldría al sarao. Hubo matrona que dijo: «las novias por hermosas que sean, procuran parecerlo aun más la noche de bodas»—Y otra añadió: «es coquetería de buen tono y por sabido se calla».

Las once y Blanca no parecía! Inquieto don José busca a su hija por los demás compartimientos de la casa y no la encuentra; pregunta por ella a los de la servidumbre y no le dan razón; azorado participa a su yerno el hecho, y ambos tornan a indagar sin resultado alguno. Los criados se alborotan, corren por acá por allá, hasta que dan con Lucas, mozo gallego, que indiferente dormitaba al pie de la escalera, quien, impuesto del suceso, dijo: «La señurita cun Juana ribujadas intrarun al almacen».

Padre, esposo y criados se precipitan por el postigo y encuentran la puerta a la calle abierta.—Don José cayó anonadado; Antonio jura, blasfema y amenaza. Momentos después la concurrencia de convidados se dispersa, no obstante los copos de nieve que caían: hombres y damas comentan el hecho de diversas maneras, dejando mal parados el honor y la virtud de Blanca.

Al siguiente día dos jornaleros de Cuti-Ingenio, encargados del arreglo de la acequia, encontraron en el desagüe principal y debajo del puente próximo al establecimiento, el cadáver de una mujer horriblemente magullado.—Por el reconocimiento hecho ante las autoridades, con asistencia del asesor, resultó identificada la persona de Juana, la camarera de Blanca, muerta sofocada y tres puñaladas en el pecho dadas ya en cadáver, concluyendo el parecer científico haberse destrozado el rostro en los pedrones del lecho del río, donde lo arrojaron de lo alto del puente.

Don Antonio, casado y viudo en una misma noche, retiróse de la Villa con ánimo de dirigirse a Lima y alistarse en los tercios que a la sazón organizaba el Excmo. Virrey don Luis Gerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchón, contra los salvajes de las tierras de Chile, sin que se haya tenido noticia de él posteriormente.

El desgraciado don José, visto el cadáver de Juana, perdió toda esperanza de hallar a su hija; cayó enfermo y murió, de inanición a los dos meses, legando su cuantiosa fortuna a los pobres, amén de otras mandas piadosas, habiéndose incautado de gran parte el Gobernador por las Cajas Reales de su Majestad Católica.

La existencia, trágica desaparición y hasta el nombre de Blanca, pronto fueron dados al olvido, con el rumor de otras catástrofes y crímenes, ocasionados por la guerra de bandos y las venganzas personales.

V

"*Cependant il se plaint, il gémit; et ses vices*
Sont ses accusateurs, ses juges ses supplices".

(Racine les fils)

Carlos Nicolás de Fuentes, el orgulloso y pendenciero criollo, en menos de cinco años, ha perdido la alegría que reflejaba su semblante, el brillo y la serenidad de sus miradas, y su ingénita afición a los torneos y saraos de suma esplendidez en aquellos—por demás—dichosos tiempos de riqueza. No embargante, noche tras noche, al toque de oraciones, veíasele salir de su morada y caminar envuelto en una larga capa, con la frente inclinada y paso incierto, y dirigirse a alguna de las casas de juego que en número de 36 habían en la famosa Villa, para aniquilarse unos y enriquecerse otros, según la acertada expresión del cronista Vela. En estos inmundos lugures sentábase en la mesa más aislada o situada entre el claro- oscuro del aposento y pedía de beber licores fuertes y de subido precio. Algunos de sus amigos de antaño que el afán del juego hacía concurrir a aquellas casas, se le aproximaban; pero él recibíales con marcada indiferencia, contestando a sus afectuosas expresiones con sarcasmos e ironía: tal conducta le valió, no pocas veces, algunos lances de honor de los que salió siempre airoso; porque, a más de haber sido un duelista consumado, parece que el ángel de la destrucción guiaba su fuerte brazo.

Don Juan Francisco de Fuentes, padre de Carlos y notable vecino de Potosí, que amaba tiernamente a su vástago, advirtiendo, aunque tarde, el cambio de carácter y la mala conducta de éste, quiso hacerle volver al buen sendero. Con tan laudable fin, como por otras razones, tuvo una larga conferencia con don Andrés Santos Guzmán, amigo suyo y sevillano rico, dueño de minas e ingenios, como lo eran por entonces muchos de los moradores de la Villa.—Resultó de la entrevista concertado el matrimonio de Carlos Nicolás con la hermosa y codiciada doncella Isabel Santos de Guzmán, por cuyos hechizos bebían vientos más de una docena de jóvenes criollos y peninsulares. Concertóse la carta dotal que contenía una fortuna envidiable.

Carlos Nicolás fué docil por esta vez a las amonestaciones y consejos paternales, celebrándose los desposorios en el templo de la Compañía de Jesús y con la bendición del Padre Patiño, Rector de dicho Colegio y Gran Siervo de Dios.

El sarao que dieron don Andrés Santos Guzmán y su esposa doña Ana María Oviedo, la noche de bodas, fué espléndido y costoso, y con razón hubiera escrito el inmortal Arolas, si hubiese vivido en esa época y en la opulenta Potosí, puesto que no se sabe la descripción que haría Juan Sobrino:

.....“Cien bugías
“ En un ambiente de ambar y de rosa,
“ Sus noches iluminan como días
“ Al estruendo de orquesta sonorosa.
“Vense tras los cristales, entre sedas,
“ Cruzar nobles y duques y varones,
“ Y danzar a compas vírgenes ledas,
“ Ninfas de flor con alas de ilusiones”.

VI

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura...."

[*Francisco de la Torre*].

"Besando a tu hijo la su fría boca
Maldice las manos de quien lo matara".

[*Juan de Mena*].

En tanto que en los salones reinaban la animación y el contento, hallábase Carlos Nicolás en el aposento del *echarté* y refrescos, departiendo con varios jóvenes y caballeros sobre las pasadas disenciones de vicuñas y vascongados; pero como no tenía la cabeza de Marco Antonio, cayó rendido ante la fuerza de los exquisitos licores y vinos generosos, quedándose dormido sobre un sillón con los codos apoyados a una mesa.

Una hora después, en que los concurrentes disputaban acaloradamente sobre la razón o la sin razón del desafío y muerte de los hermanos don Pedro y don Gracián González, por las igualmente hermanas doña Juana y doña Lucía Morales; en el momento preciso en que muchas voces defendían la honra y el valor de éstas, opinando ser justo el castigo por la traición de los amantes, despertó don Carlos y con voz bronca y sonorosa, dijo:

—«Dejadme!.....Sí, yo maté a la traidora Blanca, en la noche de « sus bodas y.....después de cortar la cabeza.....já! já!.....la enterré « en el campo de.....de.....

No pudo continuar mas; porque, apesar del asombro que causó la revelación del horrible crimen, el estallido de la indignación manifestado por gritos e imprecaciones, cortaron las últimas frases: unos piden no le hagan caso por su embriaguez, y otros se le entregue a la justicia para un ejemplar castigo. A las voces siguen las amenazas: arrancan sus espadas los de una y otra opinión; acuden los de los salones y éstos, sin darse cuenta del suceso, hacen brillar también sus aceros, y fórmase un combate en confuso remolino, en aquel estrecho recinto.

—¡Favor al Rey!—grita con extentórea voz el Corregidor General Vázquez de Acuña: *Favor al Rey!*—repite una y otra voz.—Los combatientes paran los golpes; retíranse hacia los muros abriendo un círculo a cuyo centro cae don Carlos Nicolás, bañado en su propia sangre. El Corregidor manda a los concurrentes se den presos y se examine al herido; pero, cual fué el asombro de la cristianísima reunión y autoridades, al notar que don Carlos se hallaba atravesado del pulmón al pe-

cho con su propia espada, en cuya empuñadura de oro con incrustaciones de brillantes, estaban cinceladas estas palabras:

«*A Don Carlos Nicolás de Fuentes, en sus bodas*».

Era el aguinaldo que recibió de su padre esa mañana.

Los caballeros se santiguaron y las damas temblaron de espanto, viendo, unos y otras, un hecho sobrenatural y prodigioso y la justicia de Dios. Quizá algunos pensaban de distinto modo, y en especial los vascongados y los amigos de la ya olvidada Blanca.

Don Juan Antonio besó la helada frente de su hijo y con mirada ansiosa indagó por el matador de Carlos; pero, como los circunstantes se manifestaron serenos aunque apesadumbrados, no tuvo otro consuelo que el de las lágrimas.

La fiesta había concluido. El lecho nupcial, adornado con los fúnebres crespones de ataud, recibió el inanimado cuerpo de Carlos.

La justicia tuvo que hacer muy poco, puesto que, según declaraciones e íntima convicción de los cristianísimos testigos del drama, había mediado la intervención divina, concluyó aquella por absolver de cargos a los sospechosos, con el aditamento de una sanción futura semejante a la que recibió don Carlos por su crímen; puesto que la susodicha sentencia termina con algo parecido a lo que se lee en un auto antiquísimo y de autor desconocido, y es como sigue:

«Y a la conciencia exortamos
le ande siempre remordiendo,
industriando y persiguiendo;
y ansina lo pronunciamos
pro tribunali sedendo».

No debió quedar duda de que recibiría su castigo el homicida presunto, salvo que hubiera sido algún espíritu vengador invisible como se suponía.

El año siguiente la hermosa viuda y doncella, Isabel Santos de Guzmán, en compañía de sus harto afligidos padres, se dirigía a la Península con el propósito de seguir la vida monástica, sin que pudieran hacerla desistir de su intento los ruegos de aquellos, ni las ventajosas proposiciones que recibiera de muchos nobles y ricos caballeros de la Villa.

A muertos e idos, no hay parientes ni amigos: no se tuvo noticia alguna del término de su viaje y cumplimiento de sus propósitos.

VII

Gobernaba la Villa Imperial don Francisco Sarmiento de Mendoza, Oidor de la Real Audiencia de Lima, y marcaba el año de gracia de 1656: año fecundo en crímenes y acontecimientos siniestros que presagiaban la decadencia de la riqueza en Potosí, tanto por la famosa cuadrilla

de ladrones titulada «La Magdalena y los Doce Apóstoles», como por las exacciones y crueldades que por muchos años había desplegado contra los moradores, el nunca bien ponderado Presidente Nestares Marín.

Muerto éste en Chuquisaca, y al terminar el susodicho año, se encontró en el campo el cadáver de una mujer, sepultado en la arena y en traje de boda. El cronista potosino don Bartolomé Martínez Vela, consigna en sus anales de la Villa, lo siguiente:—«Este mismo año hallaron en el arenal de Potosí el cuerpo de una mujer; pero sin cabeza. Sus costosas galas, ricas sortijas y perlas de sus manos, manifestaron ser de alguna dama de porte; no se supo quién era, ni quién la había muerto».

¿Sería Blanca?

Quién sabe!.....Pero el expediente seguido contra los presuntos matadores de don Carlos Nicolás de Fuentes que tenemos a la vista, nos inclina a creer que fué su cadáver, por las circunstancias de su muerte y la confesión de Fuentes en la noche de sus bodas.

UN EPISODIO HISTORICO

(14 de Julio de 1824)

DE FIDEL RIVAS

I

Al anochecer de un día,
con faz arrogante y fiera,
de Puna de Talavera
una brava compañía
en son de guerra salía.
Escuadrón Santa Victoria,
de renombrada memoria,
de don Pedro Arraya al mando
fué el Kari-kari trepando
en pos de lauros de gloria.

II

Héroe de muchas acciones
este incansable guerrero,
ahora en marchar el primero
con los setenta dragones,
busca nuevas ocasiones
de aniquilar, el poder,
que ha jurado defender
obligado a sus heridas,
gloriosamente adquiridas,
y sus cadenas romper. (1)

III

Con temerario valor,
a órdenes de La Madrid,
fué colosal en la lid
contra O'Relli y Ricafor.
En los campos del honor
fué muchas veces herido,
derrotado, perseguido,
y después de encadenado
a un calabozo arrojado,
para la Patria perdido.

IV

En españa, suerte fatal,
comprometióse el realismo;
Urgel manda *absolutismo*,
que lo tuvieron a mal,
quieren *constitucional*
gobierno de monarquía,
y en la sangrienta porfía
chocan, como opuestas olas,
las falanges españolas
diezmándose cada día.

V

A Arraya juramentando
Don Antonio de Olañeta
de Urgel a favor sujeta:
le da contra el otro bando
de los dragones el mando.
Por su triste situación
acepta la comisión
ocasionando mil males
a los constitucionales
con su pequeño Escuadrón.

VI

El odio que le avasalla
contra el regio poderío,
tiene el ímpetu de un río
que quiere romper su valla.
En la sangrienta batalla
entre fuerzas de Borbón,
él mira con emoción
a la España agonizante
y de la Patria triunfante
el *celeste* pabellón. (2)

VII

Más ¿dónde va, que pretende
trepando la cordillera
con su vanguardia lijera?—
qué fuego su mente enciende?—
es el águila que hiende
la diáfana inmensidad?
Es noche de tempestad!.....
Ruge el brucón violento,
y entre las nieves y el viento
se escucha:—*Marchad, marchad!*

---

(1).—Pedro Arraya, héroe patriota, después de haber luchado contra las fuerzas españolas, en muchas y gloriosas acciones, habiendo atacado con cien jinetes a un batallón de 500 plazas en Tupiza, cayó herido en el muslo y destrozadas las quijadas, salvándole su ayudante Zalazar. Asilado en el Convento de Recoletos en Tarija, fué descubierto, engrillado y conducido en prisión a Tupiza.—El General Olañeta le juramentó a favor del partido absolutista contra la Monarquía Constitucional, dándole el mando del Escuadrón Santa Victoria.—Pronto volvió a la causa de la emancipación, hasta su completo triunfo. Sirvió al General español pocos meses.

(2).—Era celeste el pendón de los patriotas de la independencia.

VIII

Adelante!—arrebatado
exclama el fiero Escuadrón;
y entre el pedrisco y turbión,
convulso y acelarado,
camina cada soldado
con el instinto por guía.
Ni una estrella se veía,
y en esa agreste comarca
cuanto con la vista abarca
lo sublime le infundía.

IX

Anuncia luz matinal
al pálido sol de invierno,
y la Casa de Gobierno
sus puertas, en hora tal,
abre en la Villa Imperial.
La guardia del Batallón
ya concluye su oración:
el fuego chisporretea
y a su calor se recrea
el medroso corazón.

X

De pronto se oye el ruido
de los setenta dragones
que se lanzan, cual leones
a un redil desprevenido.
Arrojase enfurecido
Don Pedro de su bridón:
rayos sus miradas son.
Con el acero en la mano
y con desdén soberano,
se abre paso hasta el salón.

XI

Llega al lecho donde está
el Gobernador dormido:
—Despierta, dice, querido
General Carratalá. (3)
—Quien se me atreve.....quién va?
le responde soñoliento.
Replica Arraya violento:
—«Vístase, marche conmigo
o mal trato al enemigo.
—Que quieres, cual es tu intento?»

XII

—«Yo no tengo la intención
« de arrebatarte la vida
« como a una fiera cojida
« en la trampa y a traición.
« Jamás tuvo la ocasión
« de ensangrentarse mi acero
« en pecho de un prisionero».
Le viste.....le pone abrigo.....
y se lleva como amigo
al español altanero.

XIII

Rodeado del Escuadrón
emprende su retirada:
la guarnición espantada
de la audacia de la acción,
encerrose en el balcón,
y a la Plaza Principal
prepara fuego mortal;
pero no lo pudo hacer
viendo de Arraya en poder
a su ilustre General.

XIV

En la grupa del corcel
se fué al General llevando:
de entonces siguió luchando
cual patriota, siempre fiel,
Pedro Arraya el Coronel.
Libre la Patria adorada,
por la calumnia menguada,
fué en Suipacha fusilado
aquel titán denodado
de la libertad sagrada. (4)

XV

El deber siempre cumplido
aunque sin recompensa sea,
fué la virtud, fué la idea
de aquel Jefe esclarecido.
Jamás el ingrato olvido,
de sombras podrá cubrir
glorias que supo adquirir:
sus hazañas inmortales
cual antorchas eternales
alumbran el porvenir.

1893

(3).—Gobernador de Potosí, General español (constitucional).

(4).—Fué pasado por las armas el 24 de Junio de 1836, por orden del Coronel Felipe Branon, Jefe de las fuerzas bolivianas espedicionarias contra el General Rosas, Presidente de la Argentina, calumniado de complicidad con los enemigos.

NOTA.—Este mismo episodio histórico es el tema de la tradición UN GENERAL ROBADO, escrita por el señor Emilio Fornández C., que se registra en el presente tomo, pág. 383 (N. del E.)

LA CAPA DE SANGRE — DE FIDEL RIVAS

Verifícanse hechos, cuya explicación científica y racional está fuera del alcance de la inteligencia; cuyas causas, si bien pueden comprenderse en sus consecuencias morales, como fenómenos físicos, no han podido ser descubiertas apesar de los gigantescos adelantos de la electricidad y el magnetismo.

Pese a los ilustres Edisson, Harrisson, Hofmann y otros, solamente ha quedado al orgullo humano uno de los dos extremos: la completa incredibilidad del hecho acaecido por inverosímil o la deficencia de la manifestación de la verdad a causa de la perturbación de los sentidos en los testigos presenciales.

Sea cual fuere la opinión de nuestros lectores, nosotros, a fuer de creyentes de buena fe en acontecimientos de que no podemos darnos cuenta, pero cuya evidencia se nos impone, nos permitimos narrarlos tal como los hallamos consignados, dejando a aquellos el derecho de *creer o reventar.*

Con este ligero preámbulo, a guisa de *confiteur*, vamos a entrar en materia, si bien extraordinaria, no muy espinosa.

Corría el año de gracia de 1652 y gobernaba la Imperial Villa Don Luis Pimentel, de la Orden de Santiago, y antes Justicia Mayor de Potosí.

El mercader de plata don Antonio López Quiroga, después Maestre de Campo y afamado azoguero de la Ribera, iniciaba sus trabajos de minas e ingenios que, muy en breve, debían colocarle entre los primeros de los Reinos del Perú, tanto en caridad como en riqueza: de tal suerte, que llegó época en que no pudo darse cuenta del monto de sus caudales e intereses.

Refieren las crónicas de aquellos venturosos y apartados tiempos que don Antonio López de Quiroga «fué un caballero humilde: su vestido era sumamente honesto aunque aseado; su conversación, muy decente; su conciencia muy ajustada, y fué admirable su gran caridad. Las limosnas que daba a los pobres vergonzantes eran de 200, 100 o mil pesos. Durante la Semana Santa se sentaba en su sala, cerca de cuatro sacos de plata, en reales, de a ocho. Entraban los que pedían las demandas: metía con fuerza un plato de plata a uno de los sacos; y llenándolo, lo daba a cada uno». Pero, lo que él encargaba más era, que a

los indios se le satisfaciese en todo por su trabajo; porque de no hacerlo, decía, le quitaría Dios lo que le había dado».

Para esta cristiana recomendación tuvo sus motivos, don Antonio, como vamos a verlo.

En los comienzos de su colosal fortuna o, mas bien, cuando con un fuerte capital, adquirido en el comercio de plata, se hizo azoguero en la Ribera, tenía la grata y caritativa costumbre de dar asiento en su mesa, no pocas veces, a alguno de los muchos pobres que diariamente acudían a sus limosnas.

Tal vez tenía en cuenta que en el año 1626, en la inundación de la Villa por la ruptura del dique de la laguna de Kari-kari que arrasó gran parte de la ciudad y 120 cabezas de ingenios, el Capitán Francisco Oyanume, salvó la vida, junto con los doce pobres a quienes daba de comer, lo que siempre hacía los domingos.

Entre los pobres que asistían a la mesa de don Antonio, se distinguía un anciano de larga y canosa barba, de frente despejada aunque rugosa y de noble continente, apesar de los harapos que cubrían sus enflaquecidos y cansados miembros. Llamábanle los dependientes de Quiroga, don Justo, sin que se haya sabido, a punto cierto, cual era su nombre, patria y antecedentes. Decíanle don Justo y razón había para ello, atenta la sabiduría de sus consejos y la prudencia con que los daba.

Al iniciarse el invierno en el susodicho año, si es que podían haber otras estaciones en el riguroso clima de Potosí, hízose sentir de un modo terrible el *tomaabi* o frío cierzo, producido por la nieve.

Uno de esos días, nebuloso y de intenso frío, disputaban los dependientes de don Antonio, sobre la manera de contribuir a un pequeño, pero significativo obsequio, destinado al anciano don Justo. Hallábanse en el comedor de Quiroga y cuando éste hubo entrado, le participaron haber acordado regalar una capa al mendigo, de que era menester para ese invierno, y que el minero mayor de la mina Candelaria, Juan de Ortega, quedaba encargado de hacerla fabricar, contribuyendo los mineros de Cotamito, Amoladera y Centeno: labores que había principiado a reabilitar don Antonio.

El domingo siguiente, después del almuerzo, levantose el de Ortega y hecha una profunda reverencia a Quiroga, cogió de una mesa situada en uno de los ángulos de la habitación, la consabida capa, hecha de gruesa y valiosa tela de lana, convenientemente forrada y acolchada, y se la presentó a don Justo, con estas razones:

—«Buen anciano: a vuestra edad no es prudente desafiar los rigores del invierno que se nos viene encima, sino con un abrigo que pueda mantener el calor en el cuerpo.—Vuestros amigos, dependientes de don Antonio Lopez de Quiroga, tienen el honor de obsequieros esta capa y os ruegan tengais la bondad de usarla».

Don Justo que se había puesto de pie y avanzado imperceptiblemente hacia la puerta, contestó:

—¡Gracias, generosos jóvenes! que Dios os lo pague y haga merced doble con vosotros. Pero, antes de usarla, quiero que la enjuagueis, porque está mojada.

—¡Mojada!—exclamaron los dependientes y se precipitaron en tumulto a reconocerla.

Haced la prueba, dijo don Justo.

Dos de los más jóvenes y de bastante buen humor, tomaron de los extremos de la capa y la retorcieron; pero, cuanto fué el asombro de los que allí estaban presentes, al ver que fluía sangre, enrojeciendo el pavimento de la habitación, y mientras más torcían, caía en mayor abundancia.

Lopez de Quiroga, atónito, dirigía sus miradas ya a la capa, ya a don Justo, sin poder articular palabra alguna; igual cosa sucedía a los dependientes, hasta que con voz solemne y conmovedora, se escucharon estas frases:

Antonio Lopez de Quiroga: esa capa no ha costado tu plata ni la de tus dependientes: cuesta la sangre de tus pobres jornaleros, cuyo trabajo se les engaña, apesar de los sufrimientos a que están condenados y las privaciones que padecen. Sé justo en abonar sus salarios e impide a tus dependientes se enriquzcan con el sudor de los pobres, y Dios te recompensará con largueza.

Diciendo esto, don Justo salió de la habitación.

Don Antonio, como si despertase de un sueño que le embargaba los sentidos, sin poderse explicar lo que había visto y oido, gritó: llamad, traedme a ese hombre!

A estas voces, los dependientes, sobrecogidos aun de terror religioso, salen en tropel al patio, se dirijen a las puertas de entrada y en seguida a las calles adyacentes, buscan, indagan; pero, no encuentran al mendigo, ni adquieren noticia alguna de habérsele visto siquiera.

Jamás volvió a verse en el Ingenio al llamado don Justo.

En cambio, don Antonio Lopez de Quiroga, llegó a adquirir ingentes riquezas, cuyo monto no le fué dado conocer, estendiendo sus labores a los asientos mineros de Lípez, Oruro, Aullagas, Puno y otros; casó a sus dos hijas, legítimas y únicas, con don Juan de Velasco y don Miguel Gambarte, caballeros de la Orden de Santiago, con dotes colosales, y vivió hasta una edad tan avanzada que fué necesario sustentarlo con la leche de las mujeres, dándole de mamar.

Durante su vida, ejercitó siempre la virtud de la caridad, y lo que más encargaba a sus dependientes y sucesores, «era, que a los indios se les satisfaciese en todo por su trabajo; porque, de no hacerlo, decía, le quitaría Dios lo que le había dado».

Dichosos tiempos de milagros o siquiera de visiones que producían tan ópimos frutos, en favor de los proletarios.

Cuánto fuera de desear que en esta época se presentara otro don Justo, para hacer retorcer la capa.....siquiera del Presupuesto Nacional, y mostrar la sangre que cuesta a los mineros, indebidamente sugetos a fuertes impuestos que han puesto en decadencia y, talvez, hagan desaparecer la industria.

INDICE

		Páginas
Benjamín Rivas	Huallparrimachi	1
Benjamín Blanco	La venganza de una mujer	7
M. C.	La Voz de Jehova	28
J. M. Camacho	Un Santo Niñero	31
« « «	Fray Bernedo	35
Julio César Valdez	Rochuno	40
Tomás O'Connor D'Arlach	El Cristo de San Lorenzo	44
« « «	Sonko miccuc	45
José Manuel Aponte	El Santo Cristo de bronce	47
« « «	Y yo le digo lo mismo	50
« « «	El arco de una imágen	53
« « «	Los milagros de San Cristóbal	59
« « «	La procesión del martes de Carnaval	62
« « «	El paquete	66
« « «	Punto y coma	79
« « «	El robo de los cabos de vela	74
« « «	Una misa a las doce de la noche	77
« « «	De cómo un Santo Cristo fué fiador y llano pagador	80
J. L. Jaimes (Brocha Gorda)	Los tesoros de Rocha	84
« « « « «	Amor, al diablo utiliza	99
« « « « «	Rencor de rencores	105
« « « « «	La Descubridora de Centeno	110
« « « « «	Aventuras nocturnas	113
« « « « «	La Condesita de Aznar	117
« « « « «	Sin miedo como Toledo	120
« « « « «	Vascongados, Andaluces y Estremeños	125
« « « « «	Pues te llamas Nicolás, vivirás	131
« « « « «	Treinta años de misterio	135
« « « « «	El gozo en un pozo	139
« « « « «	¡Pobre Niña!	142
L. F. Manzano	Un Divino llamamiento	147
« « «	El papelito de San Antonio	151
« « «	¡Qué tiempos!	155
« « «	Fr. Vicente Vernedo	160
« « «	El toro cchocñi	163
« « «	El mozo de la otra vida	166
« « «	Cosas pretéritas	169
« « «	Hombre prevenido vale por dos	172
« « «	Potosí ¡eso sí!	176

	Bs. Cs.
Fabian Vaca Chavez. Para Ellas.	1.50
Néstor Morales V. Al Pie de la Cuna.-Nueva edición de esta interesantísima obra, corregida y aumentada.	3.50
Juan F. Jurado. Leyes sustantivas y adjetivas en materia civil.	2.00
Franz Tamayo. Horacio y el arte lírico	0.80
" " La Prometheida.	3.00
" " Crítica del duelo.	0.80
" " Creación de la Pedagogía Nacional.	2.50
Dr. Carlos Menendez. La ciencia de curar al alcance de todos.	6.00
José David Berríos. Gramática Keshua. Segunda edición corregida.	3.50
J. Eissman V. Mapa de Bolivia.	5.00
Ananías Torrico. Indice alfabético del Código Penal de Bolivia.	1 50
Juan del Valle. Breves anotaciones a la compilación de leyes de minería.	0.60
Benjamín Guzmán C. Instrucción Cívica o el libro del patriota.	1.00
Angel Salas. Breves Historias.	1.00
Manuel A. Elías. Finanzas prácticas.	5.00
Federico Alarcón. Codigo Penal.	4 50
Sociedad Geográfica de La Paz. Bibliografía del General Pando.	5.00
" " Las islas de Titicaca y Koati.	2.00
Mariano E. Tapia. Leyes Orgánicas y Reglamento General de Aduanas.	8.00
Alcides Arguedas. Pueblo Enfermo	2.00
" " Vida Criolla.	3.00
" " Raza de Bronce. Ultima obra escrita por el notable literato nacional.	3.50
David Garzón. Arimética.	0.60
Juan Manuel Balcázar. La Cruz Roja Boliviana. Edición ilustrada. Verdadero manual de medicina casera con especial aplicación al ejército.	4.00
Julio Gutiérrez Pinilla. Tarija, su progreso y su porvenir.	6.00

	Bs. Cs.
J. L. Jaimes. (Brocha Gorda) Epílogo de la Guerra del Pacífico.	2.50
E. Rodríguez Vázquez. Libertad de Cátedra. Libertad de Prensa.	2.00
Jorge Sempértegui. Romanticismos lejanos.	1.50
Jorge Delgado Q. Estudios Financieros.	2.00
Mario C Araoz. Nueva legislación sobre Privilegios Industriales.	3.00
Emma Pérez de Carvajal. Orfebrerías.	1.50
Miguel Mercado M. Historia Internacional de Bolivia	6.00
" " Páginas Históricas.	2.00
" " Charcas y el Río de la Plata.	4.00
José R. Estenssoro. Compilación de leyes de minas de Bolivia.	6.00
Felipe Guzmán. Libertad de enseñanza	0.50
Octavio Limpias S. Tarifas Postales	1.50
" " Nociones sobre Encomiendas Internacionales.	2.50
Humberto Delgado Ll. Tarifa de Avalúos de Bolivia	8.00
" " Legislación de tierras baldías.	2.50
Casto Rojas. Historia Financiera de Bolivia.	8.00
" " Bocetos.	2.50
" " El Dr. Montes y la Política Liberal.	2.50
Composiciones premiadas en los Juegos Florales de 1913.	1.00
Constitución Política del Estado.	1.50
Debate Parlamentario sobre la acusación al ex-presidente Dr. Ismael Montes.	3.00
Cartas del General Antonio José de Sucre, con prólogo y notas del Sr. Carlos Blanco Galindo	3.50
Buenaventura Reinales. El asesinato del Gran Mariscal, Antonio José de Sucre, con prólogo de Max Grillo.	3.00
Jaime Molins. Bolivia, 2ª edición	4.00
Dr Emilio Fernandez Molina, Teniente Coronel del Ejército de Bolivia. La Campaña del Acre. (1900-1901). Prólogo de Brocha Gorda.	3.00

	Bs. Cs.
Teniente Amadeo F. Ballón. Temas Rudimentarios para la Sección de Infantería.	1.50
Ministerio de justicia. Ley de Privilegios Industriales	0.50
" " Ley y Reglamento del Matrimonio Civil	1.00
E. Diez de Medina. Estrofas nómadas.	3.00
" " Variando Prismas	2 00
" " El Laudo Argentino en el ligio Perú-boliviano.	2.00
" " De Política y Doctrina.	2.00
" " «Bolivia» Resúmen histórico, geográfico, físico y político	2.00
" " La 2ª Conferencia de la Haya y la América Latina.	2.00
Roberto Zapata y Noel Salazar. Anuario de Jurisprudencia.	5.00
Melchor Terrazas. Doctrina popular de la Legislación Civil de Bolivia.	2.50
José María Santivañez. Vida del General José Ballivián.	4.00
Carlos A. Almanse M. Química Práctica. Tratado de Ensayes	2.50
Jaime Mendoza. Páginas Bárbaras 2 tomos.	5.00
Bautista Saavedra. Reforma Electoral.	2.00
Federico More. Deberes de Chile, Perú y Bolivia ante el problema del Pacífico.	3.50
" " La Próxima Conflagración Suramericana.	3.00
" " ¿Tacna y Arica para Bolivia?	1.00
" " Gregorio Reynolds y Leónidas Yerovi.	2.00
" " Por ahí van las almas	0.80
omingo Cartesegna. Compendio de Mineralogía, referente a Boli-Dvia.	2.50
Oficina Nacional de Estadística. Anuario Nacional Estadístico y Geográfico, primera publicación de este género en Bolivia.	8.00
José Quintín Mendoza. Discusión de la Ley de Imprenta en el H. Senado	2.00

	Bs. Cs.
Gregorio Reynolds. Quimeras.	1 00
« « El Cofre de Psiquis.	3.50
Colegio de Abogados. Procedimiento Criminal.	4.50
Leo Tax. La Masonería en Bolivia.	2.00
Alcibiades Guzmán. Libertad o Despotismo en Bolivia.	3.00
« « Historia Universal	3.00
« « Los Colorados de Bolivia.	3.50
Daniel Sánchez Bustamante. Principios de Derecho Natural.	4.00
Alán y Jotaje. La muerte del General José Manuel Pando.	1.50
Benjamín Zamora. Recopilación de todas las disposiciones que fijan las atribuciones de los corregidores.	2.00
Ricardo Jaimes Freyre. Castalia Bárbara. (2ª ed.)	3.00
" " Leyes de la versificación Castellana.	2.00
S. Alfredo Valverde. Ley del Procedimiento Criminal y disposiciones reformatorias que le son relativas.	2.50
José M. Valdivia. Un año de Arte en La Paz.	2.00
Ernesto Palza S. Diccionario de la Legislación boliviana. 2 tomos.	12.00
Gustavo A. Navarro. Poetas e Idealistas de América.	2.50
Alfredo Guillén Pinto. La Educación del Indio.	2 50
Rosendo y Gregorio Viscarra Heredia. Guía General de Bolivia. La obra más completa, que se ha publicado. Un volúmen con más de 1,000 paginas, lujosamente editado.	12.00
V. Luna Pizarro. Guía plano de la ciudad de La Paz.	5.00
Francisco Sazatornil. Guía Comercial de La Paz—1919—Contiene datos estadísticos, biográficos, geográficos y comerciales que más pueden interesar.	1.50
Wálter Carvajal y Julio Gutiérrez Pinilla.—Guía Internacional del Viajero. Contiene los datos necesarios al viajero, en el Circuito.—La Paz, Buenos Aires, Santiago, Lima, con tarifas e	

	Bs. Cs.
itinerarios. Dirección de todas las ciudades, del Comercio, Abogados, Médicos, Cónsules, Agentes de aduana, Bancos, Hoteles y del Directorio Social de señoras y señoritas.	2.00
Vicente M. Carrió. Del Plata al Pacífico. Viajes por Chile y Bolivia	3.50
J. Soruco C.—Abaroa. Drama Patriótico en un acto.	0.50
Alfredo Jáuregui Rosquellas. Geografía General de Bolivía.	2.00
Luis Arce Lacaze. Realidades Pedagógicas de Bolivia.	1.50
" " Cuestiones Americanas	1.50
Carlos Paz. Nociones de Derecho Civil.	6.00
" " Bolivia y la Argentina.	7.50
Víctor M. Ibáñez. Chachapuma—Novela de costumbres de los Incas.	3.00
Octavio Campero Echazú. Arias Sentimentales. (Poesías).	1.50
Pio Cáceres Bilbao. Ley Orgánica de Municipalidades. Comentada y Concordada.	1.50
Dr. T. H. Angerer. Gramática práctica para el estudio del Inglés.	1.50
Ricardo Mujía. Bolivia—Paraguay Interesantísima obra que estudia los problemas de ambas repúblicas con extraordinaria erudición y abundante material histórico, vindicador de los derechos bolivianos, 9 tomos y además una cartera con 23 mapas.	100.
Bautista Saavedra Defensa de los Derechos de Bolivia en el Litigio de Fronteras con el Perú. 2 tomos.	10.00
José Sierra Carranza. Cuestiones Americanas. Examen de una fórmula de cordialidad entre ambas Américas.	3.00
Claudio Peñaranda. Cancionero Vivido. Poesías completas.	3.00
Americo del Val. Bolivia-Paraguay. Estudio de las Cuestiones pendientes entre ambas repúblicas.	2.50
*** Descripción del Territorio de las Misiones Franciscanas de Apolobamba, por otro nombre Caupolicán.	2.50

	Bs. Cs.
*** Relación Histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba, por otro nombre Caupolicán.	2.50
Luis T. Molina de la Tapia. Presbítero. Tradición de la milagrosa aparición de Nuestra Sra. de la Natividad de Chirca, en el árbol llamado de la Cereza. Contiene la novena y los principales milagros.	2.50
Arturo Posnansky. La Hora futura.	1.50
Antonio José de Sainz. Ritmos de Lucha.	1.50
Manuel M. Lara. (Pujavante). Colección de Artículos, en prosa y versos. 2 tomos.	4.00
Alberto Sanjinés y R. Saenz. Diccionario Comercial.	5.00
Carlos A. Valcarcel. El Proceso del Putumayo.	4.00
Sabino Pinilla. La Creación de Bolivia	7.50
Cristián Suárez Arana. Exploraciones en el Oriente Boliviano.	1.50
Brissot. Bolivia ante la Liga de las Naciones.	3.00
Salvador Sargenti. Historia de Bolivia.	1.50
Anuarios de Leyes, Decretos y Resoluciones Supremas, los años siguientes:	
Años 1904	6.00
" 1906	5.00
" 1909	4.50
" 1910	6.00
" 1911	7.00
" 1912 2 tomos.	8.00
" 1913 2 tomos.	8.00
" 1914	5.00

EN PRENSA

Dr. José Carrasco. Cuestiones Constitucionales.—Magistral obra que hará época, y ha de constituir un verdadero orgullo para el foro nacional.	
Armando Chirveches. Flor del Trópico.	
Soc. Geográfica. Hombres de Bolivia.	
Abel Alarcón. Relicario.	

GETTY RESEARCH INSTITUTE
3 3125 01713 8609